

TROZOS SELECTOS
DE
LITERATURA

Y
MÉTODO DE COMPOSICIÓN LITERARIA

SACADOS DE AUTORES ARGENTINOS Y ESTRANJEROS

POR

ALFREDO COSSON

TOMO SEGUNDO

DISCURSOS Y TROZOS ORATORIOS — PRESENTACIONES MORALES Y FILOSÓFICAS. —
CRÍTICA LITERARIA. — CARTAS — DIÁLOGOS.

NUEVA EDICIÓN AUMENTADA

BUENOS AIRES

IMPRESA DE PABLO E. CONI, CALLE DEL PERU, 107

1872

TROZOS SELECTOS

DE LITERATURA

TROZOS SELECTOS
DE
LITERATURA

Y:
MÉTODO DE COMPOSICION LITERARIA

SACADOS DE AUTORES ARJENTINOS Y ESTRANJEROS

POR
ALFREDO CÖSSON

TOMO II.

DISCURSOS Y TROZOS ORATORIOS. — DISERTACIONES MORALES Y FILOSÓFICAS. —
CRÍTICA LITERARIA. — CARTAS. — DIÁLOGOS.

Nueva edicion aumentada

BUENOS AIRES

IMPRESA DE PABLO E. CONI, CALLE DEL PERÚ, 107

1872



DOS PALABRAS.

La favorable acogida que ha recibido del público la presente obra, nos impone el deber, no diremos de ir la mejorando en cada nueva edicion, pues todos los trozos que componen la anterior son de maestros en el arte de pensar y escribir, sinó modificando en la eleccion de modelos, que, con preferencia, pediremos en adelante á la literatura argentina.

Verdad es que nuestro escaso conocimiento de cuanto mas notable se ha publicado en un país donde las mejores producciones del ingenio están confiadas á la hoja efimera del diario, no nos hace acaso la persona mas apta para el fin que nos hemos propuesto; pero confiamos en que nuestros amigos no dejarán de ayudarnos en nuestras investigaciones para hallar siempre nuevas páginas que agregar á este libro, si es que continúa mereciendo el favor que el profesorado literario y el público le han dispensado.

Y es en virtud de estas consideraciones que hemos reemplazado este segundo tomo, quitando de la edicion anterior muchos trozos de autores extranjeros, que hemos reemplazado con otros de escritores argentinos, cuya palabra ardiente é inspirada por los acontecimientos ó intereses de la patria, conmoverá mas hondamente el espíritu de nuestra juventud estudiosa, escitándola á hacer esfuerzos para imitar cuanto ve pintado bello y magnánimo en la tierra de su nacimiento.

Además, hay un rasgo que distingue estas composiciones. Al leerlas, se siente que no son ensayos de retóricos que entretienen sus ocios modulando armoniosas frases ó inventando ficciones literarias. Hay algo de vivo, de palpitante, de verdadero en todas ellas que no puede menos de afectar profundamente al lector.—No se ha hecho arte por amor al arte segun la espresion consagrada, sinó que se ha hablado

ó escrito obedeciendo á un sentimiento poderoso ó para marcar ideas ó acontecimientos que han dejado huellas profundas en la historia del país, y en los que el escritor y el orador han sido verdaderos actores.

Por eso, á veces sucede que lo mas elocuente se encuentra en la asociacion de nombres y en lo patético, dramático ó trágico de las situaciones.

El Doctor Velez se adelanta en nombre de la patria redimida á recibir los despojos mortales de Don Bernardino Rivadavia, del que veinte y cinco años antes se habia despedido, en la rada de este mismo puerto, oyendo sus proféticos anuncios sobre su suerte y los tristes destinos de su patria. — El Jeneral Mitre habla sobre la tumba de Paz, porque ha sido su discípulo y porque ha conocido su rara pericia y su patriotismo infatigable sobre el campo de los combates ó soportando con él aquellas angustias del sitio de Montevideo, que conocerá la posteridad, trasmitidas por el admirable relato de Don Andrés Lamas, actor á su vez en aquellos dias prodijiosos. — El señor Sarmiento habla en palabras elocuentes sobre la educacion del pueblo; y esta ha sido la pasion, el tema, la preocupacion suprema de su vida. — Así, cada página es para los que la han pronunciado ó escrito una fibra de su alma ó un hecho de su vida asociado á las vicisitudes maravillosas de un pueblo, que durante sesenta años no ha tenido un dia de reposo.

Pero, tantas son las páginas agregadas á esta nueva edicion, que nos hemos visto en la necesidad de reservar las composiciones poéticas para un tercer tomo, que saldrá á luz á principios del próximo mes de Abril.

Enero 10 de 1872.



DISCURSOS Y TROZOS ORATORIOS

D. Bernardino Rivadavia en su renuncia de Presidente de la República Argentina ante el Congreso Nacional.

1.—Cuando fui llamado á la primera Magistratura de la Nación por el voto libre de sus representantes, me resigné á hacer un sacrificio muy penoso para un hombre que conocia demasiado los obstáculos que en momentos tan difíciles, quitan toda ilusion al poder y mas bien inducen á alejarse de la direccion de los negocios públicos. Entré con resolucion en la nueva carrera que me designaba el voto público; y sinó me ha sido posible vencer las dificultades inmensas que se me han presentado á cada paso, tengo al menos la satisfaccion de haber hecho los esfuerzos posibles para llenar mis deberes con dignidad. Rodeado sin cesar de obstáculos y de oposiciones de todo jénero, he proporcionado á la patria dias de gloria que podrán recordarse con orgullo, y he sostenido hasta el último momento el honor y la dignidad de la nacion. Mi celo para consagrarme sin reserva á su servicio es hoy el mismo que en el primer dia que me encargué de presidirla. Pero desgraciadamente dificultades de nuevo jénero, que no me habia sido posible prevenir, han llegado á convencerme que mis servicios no pueden ya serle útiles. Cualquier sacrificio por mi parte seria infructuoso. En esta conviccion, debo renunciar el poder, como lo hago desde este momento, deponiéndolo en el seno del cuerpo nacional de quien recibí aquel depósito. Me es penoso no poder esponer á la faz del mundo los motivos que justifican mi irrevocable resolucion; pero tengo al menos la certidumbre que ellos son bien conocidos de la Representacion Nacional. Puede ser que hoy no se haga justicia á la nobleza y sinceridad de mis sentimientos; pero *la espero algun dia de la posteridad; la historia me hará justicia.*

Al descender del puesto elevado donde me habian colo-

cado los sufragios de los representantes, debo manifestarles mi profundo reconocimiento, no tanto por la alta confianza con que me honraron, sinó tambien por el celo constante y patriótico con que han sostenido mis débiles esfuerzos para conservar hasta ahora sin mancha el honor y la gloria de nuestra República. Me atrevo ahora á recomendarles provean prontamente al nombramiento de la persona á quien debo hacer entrega de una autoridad que no puede permanecer mas largo tiempo en mis manos. El estado de los negocios públicos lo exige imperiosamente; y este será un nuevo motivo de gratitud hácia los dignos representantes, á quienes les ofrezco los sentimientos de mi alta consideracion y respeto.

**Discursos pronunciados al sepultarse los restos del señor D.
Bernardino Rivadavia (1857).**

—

EL DR. D. DALMACIO VELEZ SANSFIELD, EN NOMBRE DEL
GOBIERNO Y DEL PUEBLO.

Señores:

☉.—La sangrienta y tempestuosa noche que durante veinte años pesó sobre la infeliz Buenos Aires, arrojó al Sr. Rivadavia por mares y lejanas tierras hasta acabar su vida en suelo extranjero y en solitaria muerte. Mas, cuando el Cielo nos volvió los serenos dias, la Sociedad de Beneficencia, el Gobierno y el Pueblo, todos inmensamente gratos á su memoria, han buscado sus restos mortales en Europa, y despues de traerlos hasta el Templo del Omnipotente, para asistir á las plegarias de la Santa Iglesia por su eterna felicidad, los han conducido en fúnebre y solemne fiesta hasta el borde de este sepulcro para darles aquí el último adios. Ahora, señores, se conmoverán de gozo esos huesos por tan largos años humillados. Ahora van ya á reposar para siempre en la tierra de la patria, bajo el cielo que alumbró los primeros dias del grande

hombre, y en el mismo lugar que él, en otros años, inspirado por el destino, habia dedicado y consagrado á las grandes virtudes sociales.

¡Salve! ilustre padre de la República Arjentina! ¡Os saludo otra vez, sombra y cenizas venerables, venidas tan tarde, y despues de haber errado desconsoladas por tantos años fuera de la patria y de los lares de vuestra familia! ¡No ha permitido el cielo que con vos, señor, llegáramos al término del trabajoso viaje! ¡No ha permitido el cielo que os alumbrara el dia de la libertad de Buenos Aires! ¡No ha permitido el cielo que vierais la reparacion de vuestro nombre, el renacimiento y triunfo de vuestros principios y de las instituciones que nos disteis, ni la fortuna y felicidad que vuelve por vos á gozar el pueblo al cual consagraстеis vuestros trabajos, vuestro reposo y toda vuestra existencia!

Sí, señores: nos quedan solo estas mudas cenizas del hombre que llenará la historia de la República Arjentina, y las debemos á la noble y jenerosa España que lo asiló en su desgracia y dió á sus despojos una mansion segura. Pero los restos de D. Bernardino Rivadavia conducidos en triunfo hasta el sepulcro, presentan la ínas significativa leccion para los tiranos, y el mas grande ejemplo para los pueblos. Rosas vive aun, cuando su trabajo de tantos años de sangre y de tanto martirio de los hombres ha desaparecido, oyéndose solo las imprecaciones de los pueblos.

Ved ahora la obra inmortal.

Hace treinta años que el Sr. Rivadãvia dejó el mando de la República, y desde entonces los bárbaros se empeñaron en manchar su esclarecido nombre y acabar con todas las instituciones que hacian de Buenos Aires un pueblo ya afamado, sustituyéndoles el albedriq de un despota inculto. La dignidad del hombre, la propiedad, el libre pensamiento eran elementos de anarquía. La nueva Atenas vió cerradas sus últimas escuelas. Quedaba solo la conciencia pública y el grande ejemplo que precedia aquella época de eterno duelo. El recuerdo del Gobierno del Sr. Rivadavia, los derechos de los pueblos tan altamente proclamados por él, salvaron la moral y la patria: levantaron hombres fuertes, que nunca rendidos, destruyeron de un

golpe la obra que las furias del infierno habían levantado sobre las ruinas de Buenos Aires.

El Sr. Rivadavia, ni en su destierro, ni en su muerte dejó conjuraciones. Su poder estaba en la civilización, en la inteligencia, en las libertades sociales, en los ejemplos que legaba á la posteridad.

Al día siguiente buscamos las tradiciones del tiempo del Sr. Rivadavia; abrimos sus registros, estudiamos sus pensamientos, y su grande y vasta obra es reconstruida y su nombre elevado hasta los cielos. La tempestad había pasado, y el alto mástil se alzaba triunfante en serenas aguas.

Recorred ahora, señores, las delineaciones mas notables de la herencia que el Sr. Rivadavia dejó á los pueblos todos de la República Argentina. Recordemos y reconozcamos sus grandes servicios en este último día en que la luz del cielo alumbró sus restos mortales.

Él, antes que otro alguno, sentó el principio y dió ejemplo, que ni los talentos, la esperiencia, ni el jenio mismo tienen derecho para gobernar los hombres á su fantasia, y estableció el sistema representativo bajo las formas mas democráticas.

Reconoció los servicios prestados á la patria en la grande guerra de la Independencia y los premió dignamente.

Acabó la guerra con la España y retiró de los mares nuestros armamentos. Dió al enemigo vencido la mas real garantía de todos sus derechos.

No ha sido, señores, en su época, ni por sus consejos que las Provincias Unidas sufrieron las grandes desmembraciones de que se han formado tres Repúblicas. Él siempre mantuvo la integridad del Estado, y jamás cedió un palmo del territorio.

En lucha con el poderoso Imperio del Brasil, llamó del Perú á todos los guerreros de la Independencia, y á su respetable voz, vinieron Necochea, Alvarado, Lavalle, Paz, Brandzen, Videla, Suarez, Pringles, y cien otros ilustres capitanes con el victorioso estandarte que llevaron desde Tucuman al Ecuador para enarbolarlo triunfante mas allá del Yaguaron.

Nuestra marina se ilustró mil veces en combates sangrientos. El 11 de Junio, el 29 de Julio, el combate del

Juncal serán días inolvidables en la historia del Gobierno del Sr. Rivadavia.

El gran principio de su gobierno fué la mas absoluta moralidad. Jamás el desconocimiento de un derecho, jamás una injusticia. Los enemigos políticos del Sr. Rivadavia vivieron completamente tranquilos y seguros. A él jamás le fué necesario un acto de violencia. Llevó al destierro y lo habrá acompañado hasta el sepulcro, el dulce consuelo de que jamás hizo derramar lágrimas á ninguna familia, ni obligó á nadie á abandonar la patria.

Llegado al poder en una larga y desastrosa guerra con los pueblos litorales, y en medio de la mas profunda anarquía, hizo una paz definitiva, y proclamó por una famosa ley el olvido de los errores políticos abriendo á todos las puertas de Buenos Aires.

El Sr. Rivadavia ha sido el verdadero fundador de la libertad de imprenta, pues fué el primer gobernante que toleró sus abusos.

Varió las formas administrativas.

Creó las leyes de retiro y jubilacion de los servidores del Estado.

Fundó el Registro Estadístico: el depósito histórico de todos los pueblos de la República. Creó el Museo, y emprendió las mas importantes construcciones para el decoro de esta ciudad.

Fundó el Departamento Topográfico, y el departamento de ingenieros é hizo arreglar á un plan todas las vias públicas.

Estableció los mercados que hoy existen. Creó los cementerios públicos que antes estaban dentro de los templos ó en sus atrios.

Fundó el establecimiento de la vacuna, y dió al pueblo este elemento de salud.

Protejió la emigracion, y la ley de ayer que concede á los inmigrantes la propiedad de terrenos públicos en Patagones, pertenece al Sr. Rivadavia.

Buenos Aires sentia todas las perturbaciones que causan los fueros personales y él los abolió á todos.

Hizo la famosa Reforma Eclesiástica, que le trajo tantos y tan injustos enemigos. El Sr. Rivadavia alzaba el im-

perio de la razon, y abatia el imperio de los abusos falsamente apoyados en la santidad de la religion.

Hizo tambien la gran reforma militar, concediendo un digno premio á todos los Jenerales y Oficiales que quedaban fuera de servicio.

Antes que otras naciones nos dieran el ejemplo, él nos mostró que estaba en nuestras manos criar jeneraciones pacíficas y laboriosas, enseñando y educando á la juventud: que la escuela era el secreto de la existencia futura de los pueblos nacientes. Creó las Escuelas de la ciudad y campaña, y rodean en estos momentos sus cenizas algunos de los venerables hombres á quienes las encomendó.

Fundó las Escuelas de niñas, y creó la Sociedad de Beneficencia para su direccion y fomento. Las escuelas le han pagado un tierno tributo; ellas han recojido sus restos mortales, y desde mas allá de los mares los han traído coronados de flores hasta este monumento que les han consagrado.

A las escuelas siguieron establecimientos literarios para la enseñanza de las ciencias. El Sr. Rivadavia fundó la Universidad; reglamentó los varios estudios que en ella se hacian y trajo de Europa hábiles profesores que dieron á la enseñanza de las ciencias una estension y riqueza desconocidas hasta entonces en las Universidades de la América española.

Mandó en todo el tiempo que estuvo en el gobierno multitud de jóvenes á educarse á Europa para cursar estudios que aquí no podian hacerse.

Fundó tambien el Colejio de Ciencias morales, donde hoy se educa la juventud de Buenos Aires.

Creó la enseñanza de la Medicina; fundó la Academia, y el Tribunal de esta facultad.

Buenos Aires, en fin, se llenó de establecimientos literarios y científicos.

El Sr. Rivadavia descollaba, señores, en la ciencia de la creacion de la riqueza pública. Mas de una vez alzó su voz para decirnos, que la mas ó menos abundancia de los elementos naturales de la riqueza, no determinaba los diferentes grados de prosperidad reservados á las naciones. Para el Sr. Rivadavia, el hombre moral era el verdadero instrumento de la riqueza pública, y no el hombre y los

instrumentos materiales de la naturaleza. La inteligencia primero que todo. La nacion mas culta, mas civilizada, mas intelijente, será siempre la nacion mas rica y poderosa.

Primero que Huskisson, que Peel, primero que Cobden, antes que el famoso congreso de sabios de 1847, él nos enseñó que la libertad de industria, que la libertad del comercio, era el primer derecho y la primera necesidad de la especie humana: que los intereses de todas las naciones estaban en la mas absoluta armonia: que jamás habia antagonismo alguno entre la riqueza de una nacion y los progresos de las otras. La fraternidad de la especie humana demostrada por el comercio.

Destruyó el principio de las corporaciones, la apropiacion esclusiva de los elementos de la actividad humana; y declaró libre la industria.

Acabó con las prohibiciones aduaneras, con los derechos repulsivos de los productos extranjeros: bajó los impuestos sobre el comercio y creó sobre estas bases un nuevo y desconocido sistema de hacienda, mucho antes que los primeros hombres de Europa levantaran la bandera, que Cobden y Sir Roberto Peel hicieron triunfar despues en Inglaterra.

Si el Sr. Rivadavia hubiera pisado en el alto pedestal de la Inglaterra, seria hoy tenido como uno de los primeros hombres de la Europa.

Su sistema lo llevó á la creacion del Banco cuyos restos aun son la esperanza de un grande porvenir. Puso en accion el crédito privado, y creó tambien el crédito público y la caja de amortizacion, y en él halló inagotables recursos.

Reconoció y pagó toda la deuda interior de la nacion, aun la del tiempo del gobierno colonial.

Creó tambien las cajas de ahorros para las economias del pobre.

Consolidó todas las rentas y todas las obligaciones del Estado. Abolió mil contribuciones embarazosas, y estableció los impuestos únicos que hoy existen.

El Sr. Rivadavia no limitó su accion á la ciudad: la campaña era el objeto de su primera atencion. Él la dividió en departamentos regulares: acabó con las comandancias

de campaña. ¡Rosas fué despues el primer comandante de campaña que se creó!

Estableció una línea de fronteras que abrazó doble estension de territorio. La grande expedicion de 1823 nos aseguró posesiones lejanas que conservamos hasta hoy.

Trajo para la defensa de la campaña las mejores tropas que habia en las provincias vecinas. Despues de una larga lucha con los bárbaros, el ejército de Buenos Aires triunfó definitivamente de los indios.

El famoso y desgraciado Coronel Rauch se paseó triunfante mil veces por los desiertos del Norte y Oeste, al mismo tiempo que el Coronel Lavalle destruía en fuertes combates á los bárbaros del Sud.

Hizo trazar en formas regulares todos los pueblos de campaña. Creó en ella los Juzgados de Paz y las comisarias de Policía. Estableció Jueces letrados del Crimen y facilitó la comunicacion de la campaña con la ciudad. Quitó mil abusos que hacian insegura la propiedad de las haciendas y la propiedad territorial.

Libró á los productos agrícolas de la pesada contribucion de los diezmos, y cargó á los Gobiernos con el deber de sostener el Culto. El principiò las sociedades rurales que tanto se multiplicaron despues.

El Sr. Rivadavia comprendió desde el primer dia que Buenos Aires tenia en las tierras públicas un poderoso elemento de riqueza, y prohibió desde entonces su enajenacion. Vosotros sabeis, señores, las fatales consecuencias de la revocacion de esta ley. Creó el sistema de las concesiones enfiteúticas y puso el orden en las posesiones territoriales; creando por primera vez registros públicos de los terrenos del Estado, y de los del dominio privado.

¿Para qué seguir, señores, en la enumeracion de los trabajos del Sr. Rivadavia en la administracion, en la ciudad y en la campaña? Él halló solo las instituciones del gobierno colonial, y dejó á Buenos Aires como el pueblo mas adelantado de la América del Sud. Reconozcamos, señores, ante sus cenizas, ante el inmenso pueblo que las rodea, ante el mundo todo, que el Sr. Rivadavia es el creador, es el fundador del orden actual, de las formas administrativas, de los principios de que hoy Buenos Aires puede gloriarse. Él con mil fatigas, con mil contra-

dicciones, venciendo con su carácter y su palabra abusos inveterados, nos abrió el ancho y fácil camino por donde marcharemos. Él nos señaló el fin á donde debíamos llegar, la efectiva soberanía del pueblo, la fraternidad con todos los hombres de la tierra; la mejora moral é intelectual de todas las clases; la dignidad humana demostrada por el libre pensamiento, por la libre conciencia, por el libre trabajo, por las garantías de todos los derechos individuales.

Si él estuviera en vida, su noble y poderosa voz llamaría á todos los pueblos á reconstruir la afamada República Argentina, y todos los pueblos se agolparían al redor del varón prudente que en 1821 aplacó sus iras, y los condujo despues por el camino de la moral, del orden y de la gloria.

¡Tanta es, señores, la pérdida que lloramos! ¡Tal fué el hombre cuyos despojos mortales encierra esta urna!

Que él reciba ahora la única recompensa digna de los grandes hombres, y la única que nos es permitida despues que ha dejado el mundo. Que él baje al sepulcro en medio de esta gran ovacion que le consagra el pueblo de Buenos Aires y todos los hombres de la República Argentina: que baje al sepulcro con la solemne proclamacion y reconocimiento de sus altas virtudes y grandes servicios que prestó á su patria: que baje al sepulcro rodeado de los innumerables huérfanos de tantos hombres que rindieron su vida en defensa de la gran causa que él presidió, y de tantos padres que perdieron sus hijos en la santa lucha: rodeado de las respetables matronas que elijió para fundar la Sociedad de Beneficencia; ellas deramarán llantos y rosas sobre su tumba. Que baje al sepulcro rodeado de estos ancianos, últimos restos de la última Representacion Nacional, con quiehes tantas veces dividió sus trabajos, y de todos estos otros representantes de las instituciones que nos dejó.

Y si ahora sus manes revuelven al derredor de sus restos en este momento insepultos, yo le diré: Escuchad, señor, una voz que no os fué desconocida. A mí, á quien cupo la suerte de recoger vuestras últimas palabras, cuando desde la rada de este puerto partiais para un destierro eterno, y perdiendo ya de vista las altas torres de

Buenos Aires anunciabais proféticamente vuestro destino y el destino de nuestra patria, á mí, señor, 25 años despues, me cabe el honor de dar á vuestras cenizas sobre este sepulcro el último adios á nombre del Gobierno y del pueblo de Buenos Aires, á nombre de todos los hombres de la República Argentina. Consagrasteis vuestra vida al engrandecimiento y prosperidad de la nacion. Predicasteis un nuevo evangelio social que rejeneró los pueblos del Plata, y fuisteis el verdadero fundador de Buenos Aires. Sufristeis la calumnia y todas las viles pasiones: sufristeis la ingratitude de los hombres y de los pueblos, y acabasteis vuestra vida solo y olvidado del mundo. Pero la posteridad os ha juzgado ya. Cuando al andar de las edades, el pueblo revuelva en su mente las tradiciones de sus antiguos héroes, vuestro nombre será tenido é invocado como el jenio que vela sobre los destinos de la República Argentina.

¡Reposad en paz, señor!

La antigüedad derramaria ahora sobre vuestro sepulcro sangre consagrada para hacerlo inviolable á los hombres y á los Dioses. El Gobierno de Buenos Aires encomienda vuestros restos mortales á cuidados mas sinceros y afectuosos. Las damas de la Sociedad de Beneficencia perpetuamente velarán solícitas sobre este altar de la muerte.

¡Adios, señor, para siempre! ¡Que vuestra alma se halle en el coro celestial cantando las alabanzas del Señor!
Hé dicho.

EL SR. MÁRMOL, EN NOMBRE DEL SENADO :

Señores :—

3.—No es el tributo de dolor que paga el corazon humano á la memoria de los seres que amó, lo que aquí nos reune en este instante. Es la posteridad agradecida quien nos convoca delante del pasado, á deponer sobre la urna que guarda unas cenizas veneradas, la corona de su admiracion y su respeto.

Es la posteridad de Mayo que se congrega para decir al mundo que no se han roto aun los eslabones diamantinos que la encadenan á sus viejas glorias; y que hay patria argentina todavía cuando una mano de la libertad mece la cuna de los niños, mientras la otra recoge y vuelve á la madre comun los huesos de sus grandes hijos, proscritos por el odio de los tiranos.

La tierra manchada por la planta de la barbarie, no era digna de hospedar en su seno las cenizas del guerrero del pensamiento. Pero, purificada por el aliento de la libertad, se abre orgullosa para recibirlas, como el alma del pueblo se abre y se expande para aspirar el espíritu que las animara, esparcido en los santos principios de la revolucion.

Si: los tiranos al proscribir al hombre, y la naturaleza al reclamar su tributo de polvo, no pudieron estender su imperio hasta el espíritu de Rivadavia, porque era el espíritu de una revolucion que llevaba en si misma el sello de la dignificacion y del progreso humano. Y con el espíritu que animó esas cenizas, con el corazon en Dios y la esperanza en el porvenir, los pueblos argentinos han resistido el embate de la barbarie; y adelante! adelante siguen incansables en la prosecucion de su grande obra.

Al saludar esta urna veneranda, si las olas del Plata nos ven en este instante en torno de ella, es que la libertad ha dado un paso mas entre nosotros, porque solo los pueblos que sienten en el alma los estímulos de la virtud y la ambicion viril de grandes hechos, tributan homenajes como este á la memoria de sus grandes hombres.

Y esta es, señores, la apotéosis mas digna con que podemos honrar estas cenizas; el recibirlas bajo el solio de la libertad, con el himno sagrado de la religion de Mayo en nuestros labios; la razon en todo su resplandor soberano, la autoridad amparada por el sentimiento de los pueblos y los pueblos amparados por ellos mismos; y tras el cataclismo de la barbarie, entre el estrépito aun de la victoria, presentarnos delante de esta urna, sin sangre de venganza en nuestras manos, dejando á las edades venideras que venguen con su fallo las desgracias de dos jeheraciones.

Si en la tumba los huesos se animaran, las lágrimas de respeto á su memoria, la palabra humana brotando de las fuentes purísimas del alma, y el eco de esas salvas fune-

rarias no conmoverian tanto estos despojos como la ofrenda que hace la patria á su hijo, presentándole el cuadro vivo y palpitante de aquello que diseñó su mente en su grande ambicion por su felicidad y su gloria.

Ante la majestad de este momento, respondiendo al pasado de la herencia que dejó en nuestras manos, y frente á frente con la posteridad que nos observa, la historia y el porvenir hablan mas alto que el rumor de circunstancias transitorias, que el tiempo y la razon dominarán mas tarde; y la historia y el porvenir tambien saludan y nos muestran esta urna, como el simbolo imperecedero de la sabiduria y la honradez en el gobierno, de la libertad y el orden en el pueblo, y de la unidad perpetua de la patria..... Y de hoy más, los pueblos arjentinos tienen el deber de trabajar incansables por esta trinidad política que compendia la vida del hombre cuyas cenizas vienen hoy donde existe el testamento de sus principios.

El acompañó á la República en los primeros tiempos de su grandeza, él formuló el pensamiento mas alto de su revolucion; cruzó con ella la noche tormentosa y larga de su infortunio, y cuando sobre el Plata el sol de la libertad quiebra sus rayos, sus cenizas vienen á pedir á su patria un poco de tierra para la almohada de su descanso eterno....

¡La tierra arjentina para sus huesos!

¡El corazon de sus compatriotas para su nombre!

¡Dios para su alma!

EL SEÑOR D. DOMINGO F. SARMIENTO, EN NOMBRE DE
LA MUNICIPALIDAD :

Señores :—

4.—La Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires me encarga espresar los sentimientos de la poblacion, que viene á recibir en sus brazos esos despojos que llegan á las playas de su patria, como llegan á veces á tierra las tablas desunidas de la nave que destrozaron las tempestades.

Por la eleccion de su intérprete, la Municipalidad no

viene á reclamar, como bien y gloria esclusiva de la porcion de pueblo que representa, el bien y la gloria que esa urna encierra.

Al rededor del puñado de polvo que sirvió de ropaje mortal al espíritu de D. Bernardino Rivadavia, nadie es primero ni último, nadie puede decir: á mí me interesa mas que á otro, á mí me toca mas de cerca que á los demás.

Esas cenizas se agitarían dentro de la urna que las contiene, si otros sentimientos y otras ideas las acojiesen á su vuelta, diferentes de aquellos que sintiera su corazón cuando era corazón, y encerró ese cráneo cuando contenía un cerebro humano.

Por eso, están bien al rededor de esta urna cineraria, como están bien en el seno de Buenos Aires, los que nacieron argentinos á la orilla opuesta de este río, y honran con nosotros la memoria del animoso varón que empujó el cañón, nacional entónces, hasta Ituzaingó para asegurarles su independencia.

Y mejor están todavía en derredor de sus cenizas los que aun llevan el nombre argentino que él les dió, porque para ellos la tumba de Rivadavia es el único vínculo que les queda como nación, y á ella tienen asida todavía una mano, con la tenacidad del naufrago que no pierde la esperanza de salvación, mientras queda un leño para luchar contra las desencadenadas olas.

Por eso, están bien aquí los que nacieron á la falda oriental de las lejanas Cordilleras, que son el límite natural que el supremo árbitro de las naciones ha dado á estos países. Criáronse todos allí venerando la sagacidad profunda del estadista, que trazó el canal de los Andes para encadenar los ríos intervinientes y hacerlos tributarios, artifices y vehiculos de la riqueza y engrandecimiento de esas provincias; y si el agua ha sido ahora sustituida por el hierro como intermediario, la idea grandiosa y la solicitud por su progreso quedan siempre á Rivadavia.

Y están bien aquí, contemplando esta escena, los que han nacido en los climas ardientes del Norte, á orillas del Bermejo y del Pilcomayo. Ellos ven realizado ya en su beneficio el pensamiento que lanzó á Soria, en mal segura navecilla, á sondear el tortuoso lecho de aquellos ríos, para unir mas de cerca por las vías fluviales á los pueblos que

la dilatada estension de pais tan grande separa. El espíritu de Rivadavia ha hinchado las velas de los nuevos exploradores, y su sombra protectora conducidoslos á feliz término.

Porque la ciudad que vió nacer á Dn. Bernardino Rivadavia era, para él solo, el centro que debía irradiar sus beneficios sobre los extremos, el corazon que siente y simpatiza, y la cabeza que piensa y determina los actos de la voluntad; y para que no se crea que la ciudad de Buenos Aires de hoy, no es la ciudad de Buenos Aires que Rivadavia hizo la ciudad argentina por su espíritu y su solicitud, observaré que, hoy como en otro tiempo, el Colejio de Ciencias Morales reúne en el seminario conciliar igual número de representantes de cada una de las secciones en que se divide la República.

Así, pues, todos estamos bien reunidos aquí y con justo título, en esta escena de familia, pero de la gran familia argentina, para la recepcion de los restos de un hijo muerto en tierras estrañas. Que si, — como ya no son sino restos orgánicos los que vuelven, — se presentase D. Bernardino Rivadavia en vida y salud, ascendiendo las escaleras del muelle con su paso grave y mesurado, el pueblo de Buenos Aires acudiría como en tropel á darle la bienvenida, y honrar sus virtudes, admirar sus talentos y su jenio. ¡Cuántas cosas sucedidas en el largo lapso de su ausencia, y cuán horribles, le contarían los ancianos!

¡Cuánto esfuerzo jeneroso! y de cuántos propósitos y hechos heroicos se jactarian los jóvenes que no lo conocian sino por el espíritu de las instituciones que les legó!

Instituciones, que, aunque holladas por la tiranía, les fueron trasmitidas por las madres en el secreto del hogar doméstico, donde la libertad, la civilizacion y el amor á la patria tenían altares, como en las catacumbas romanas el cristianismo, cuando los Césares arrojaban los mártires á las fieras, y dioses de barro y de iniquidad recibian incienso y adoracion pública en los templos.

En esta fiesta de familia que supongo, señores, la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, nacida de una indicacion suya, como nacen de una idea fundamental las consecuencias, no hallando trabajos dignos de serle presentados, pues que muelles, aduanas, teatros, pirámide y

plazas embellecidas, fronton de la catedral aun no ornamentado, habian sido abrazados por un solo golpe de vista del recién venido, presentaría esa falange de niños de las escuelas públicas que él fundó hace treinta años, y que dispersados como se dispersan las avejillas á la vista de las aves carnívoras y rapaces, ha vuelto á reunir la ciudad de Buenos Aires, tan luego como recuperó sus libertades perdidas, á fin de realizar el pensamiento profundo del creador de la Sociedad de Beneficencia, « para que acordase una seria atención á la educacion de las mujeres, á la mejora de sus costumbres, y á los medios de proveer á sus necesidades para poder llegar al establecimiento de leyes que fijen sus derechos y deberes y les aseguren la parte de felicidad que les corresponde. » Y, como á la Municipalidad le está hoy confiado el cuidado de desarrollar la educacion de los varones, nosotros le daríamos cuenta de nuestros comienzos, diciéndole:—Señor, la Municipalidad de Buenos Aires ha tomado á pechos secundar, por la difusion de la enseñanza, el pensamiento vuestro, que atribuye á las escuelas el secreto de la prosperidad y engrandecimiento de los pueblos naciescentes.

Esos alumnos que vienen á complimentaros con nosotros, son solo planteles que comienzan á organizarse, para dar cima á la rejeneracion de nuestras costumbres por la educacion.

Vuestro busto está colocado, le diríamos, en cada una de las escuelas públicas, á fin de que su presencia inspire desde la mas tierna infancia á los niños el respeto á las virtudes severas del republicano, veneracion por los que se inmolan por la Patria, constancia para soportar la injusticia de los pueblos, amor á la gloria duradera, y noble aspiracion á todo lo que es grande y digno de ser imitado.

Estamos en comunicacion con los agentes celosos de la educacion en las principales ciudades de los Estados Unidos, donde ya reciben en riqueza, tranquilidad, progresos asombrosos y engrandecimiento de que los siglos no vieron ejemplo, el fruto de la educacion pública difundida por escuelas; nos llegan consejos del saber, direcciones de la esperiencia, modelos de palacios en lugar de escuelas, instrumentos, útiles y métodos para su organizacion, que ha inventado una larga y fructífera práctica.

Ensayamos ya, con nuestras débiles fuerzas, vencer los obstáculos materiales que, á la realizacion de idea tan salvadora, se oponen; y, ¡decretos insondables de la Providencia que llena de arena la boca del malvado, y da lecciones eternas de moral á los pueblos! la morada sangrienta del tirano, que alzó la barbarie y el crimen al rango de instituciones de esta ciudad, se ha encontrado, sin pensamiento preconcebido, al otro dia de juzgado como Reo de lesa Patria y condenado por la Lejislatura que creasteis; su morada, decíamos, se ha encontrado transformada en la *primera escuela* pública que tendrá la ciudad de Buenos Aires, poseida por la Municipalidad, y dotada por ella de los mejores y mas completos útiles de enseñanza que producen las fábricas norte-americanas.

Eso le diriamos los Miembros de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, si D. Bernardino Rivadavia pudiese escucharnos, seguros de que, al poner de nuevo el pié en las riberas de su patria, las penas infinitas de su vida se apartarian de su memoria, y se regocijaria de tener entre sus compatriotas intérpretes é imitadores.

Eso decimos en presencia de sus cenizas, como el mejor, aunque el mas modesto tributo que podemos ofrecer á su gloria.

Que en cuanto al que habla, el último de sus discipulos, el primero entre sus admiradores, si le fuese permitido insinuar una palabra que no sea la espresion de sentimientos colectivos, como argentino, como municipal de esta ciudad, como soldado, y como senador del Estado de Buenos Aires, pudiera decir á esas augustas cenizas: *entrada sin zozobra y sin rubor en la ciudad, cuna de vuestro nacimiento. No sereis escandalizadas ya, ni perturbadas en el asilo de la tumba. Para que reposeis tranquilas en el seno maternal de esta patria, hemos luchado veinte años contra la barbarie, aterrádola á las puertas de esta ciudad, y espulsado al monstruo de su seno y de la América.*

Para que este puñado de polvo entrase dignamente á Buenos Aires, hemos lavado la ciudad de todas las máculas morales que afeaban su fisonomía.

¡Dn. Bernardino! Esta es la misma patria que dejasteis hace treinta años! Las mismas instituciones la rijen; el

mismo espíritu la anima! Estais con los vuestros! Entrad en ella y reposad en medio de las bendiciones de la posteridad!

EL SR. D. BARTOLOMÉ MITRE, EN NOMBRE DEL EJÉRCITO:

¿Por qué buscáis entre los muertos
al que vive?

(Evanjelio.)

Señores:

5.—Hémos aquí agrupados en torno de los huesos de un pobre peregrino, á quien la muerte sorprendió distante de sus hogares. Hé aquí, señores, un puñado de cenizas proscriptas, que vuelven triunfantes del destierro; hé aquí los despojos mortales de D. Bernardino Rivadavia que vienen á recibir el apoteosis que el pueblo les consagra.

Al saludarlos en nombre del Ejército del Estado, yo me inclino con relijioso respeto ante la urna que los encierra, porque esas banderas que flamean á su paso, esas armas que les tributan honores, cual si su sombra recorriese las filas empuñando el baston del mando, estas espadas que rendimos ante esos átomos de polvo, simbolizan no solo la fuerza, sinó tambien el homenaje debido al último representante de nuestra grandeza militar, porque él fué el último capitán general de los ejércitos de la nacion argentina. Después de él, la espada que Balcarce desenvainó en Suipacha, la que Belgrano llevó hasta el alto Perú, la que San Martín hizo resplandecer en la cima de los Andes, la que Rondeau esgrimió en lo alto del Cerrito, la que Alvear y Brown empuñaran en Ituzaingó y en el Juncal, no ha salido de la vaina para poner á raya á los enemigos esteriore. Ella está colgada, como las armas de Rolando, al lado de las banderas enemigas con que Rivadavia engalanó nuestros templos en la época memorable de su gobierno. No fué él quien manejó esa espada; pero, ¿quién, sinó él, la templó en el fuego sagrado de los principios, al depositarla en las robustas manos de los

campeones de la lucha con el Brasil? ¿Quién, sinó él, empujó á nuestros soldados en el ancho camino de la gloria? ¿quién, sinó él, botó al agua las naves de la República, coronadas de cañones y adornadas de flámulas argentinas, que nos dieron el dominio de los rios? ¿Quién, sinó él, preparó nuestros espléndidos triunfos en la tierra y en los mares? ¿Quién, sinó él, por fin, laureó las armas vencedoras en Ituzaingó con la paz gloriosa, á cuya gloria se lo faltó su firma? Nadie, sinó él, señores; y despues de él, desaparece el grande ejército nacional que habia reorganizado en presencia de las hordas vandálicas del caudillaje; desaparece el antiguo espíritu militar; desaparece la vieja disciplina, y el jenio de la victoria deserta de nuestras banderas en presencia de los enemigos estraños. ¿Será porque despues de Rivadavia hayamos sido menos valientes, porque nuestras lanzas hayan estado menos afiladas? No; es porque despues del gran Presidente de la República Arjentina hemos dejado de ser nacion; porque el soplo de las malas pasiones ha apagado aquella luminosa antorcha de los principios, que él levantó, en su mano; porque la tempestad nos ha dispersado, desmoralizándonos, y porque el nervio de la virtud militar no reside en la pujanza de los brazos, ni en el temple de las armas, sinó en el espíritu sublime de que se penetra el guerrero cuando marcha al sacrificio, cuando los deberes austeros del soldado se armonizan con la dignidad humana y los mas preciosos derechos del ciudadano.

Rivadavia encomendó al ejército la defensa del honor nacional, le constituyó en el guardian armado de las instituciones de un pueblo libre, le infundió una creencia y le envió á la muerte y á la gloria, en el interés y en el nombre de lo mas sagrado que hay para el hombre sobre la tierra.

Por eso fué grande el Ejército Republicano, formado bajo la inspiracion de Rivadavia en el espacio de sesenta dias. Por eso, despues del ejército republicano no se ven sinó hordas feroces de jenizaros que degüellan, ó bandas populares que pelean y mueren heroicamente por la libertad, pero no ejércitos democráticos regularizados. Estos solo se forman bajo los auspicios de un gobierno liberal y enérgico como el de Rivadavia, que imprima á las

masas disciplinadas su poderosa voluntad, inoculándoles su espíritu entusiasta y metódico al mismo tiempo. Por eso, señores, para restablecer la antigua disciplina relajada por la tiranía; para levantar el espíritu militar, amortiguado por los infortunios de la guerra civil, tenemos que venir á pedir inspiraciones á las tumbas, tenemos que templar nuestros corazones en el noble ejemplo de ese ilustre muerto, que no mandó ejércitos ni ganó batallas, pero que poseyó el secreto de hacer invencibles las intrépidas falanjes de la República Argentina:

Perdonadme vosotros, los que no profesais el culto de la gloria militar, si me he detenido en colocar sobre la frente pacífica de Rivadavia el lauro bélico que conquistaron nuestras tropas en la guerra del Brasil. He querido, al derramar una luz nueva sobre esta gran figura histórica, demostrar con la filosofía de los hechos, que no es un incienso grosero, producto de la falsificación de la historia, el que, á nombre de mis compañeros de armas, he quemado sobre su altar fúnebre.

Ahora debo deciros, señores, que no es aquel ejército con el que Rivadavia ha vencido á sus enemigos; no es con él que han triunfado sus grandes principios, ni se han salvado sus inmortales instituciones; ¡no!! El ejército con que Rivadavia ha vencido, para honor y gloria de la humanidad vilipendiada por la fuerza brutal, son aquellos niños tiernos, á quienes puso la cartilla en la mano en las escuelas primarias que fundó; son esas matronas, sacerdotizas de la beneficencia, á quienes sentó á la cabecera del enfermo, encomendándoles la educación de la mujer; son esos huérfanos desvalidos, á quienes sirvió de padre; son aquellos emigrados inerme, á quienes él dió una segunda patria; son esas madres argentinas, émulas de la madre de los Gracos, que han mantenido en el altar de la familia el fuego sagrado de sus virtudes cívicas; son aquellas ideas, que él derramó como semillas fecundas en esta tierra clásica de la libertad americana, y que hoy brotan en torno de su urna cineraria, como un bosque de sagrados laureles, consagrado á la inmortalidad.

Hé ahí el poderoso ejército que alza en sus escudos la urna de Rivadavia, y del que su sombra majestuosa

es la intrépida cabeza de columna, que avanza, según las palabras de la Escritura rejuvenecidas por un gran orador (Lord Chatham), derramando con una mano los largos días para la patria, con la otra la libertad y la riqueza, y marchando siempre por el sendero de la justicia y de la paz!

¿Decidme, conciudadanos, si al elevar vuestra mente á las rejiones serenas de las ideas del grande hombre, decidme, si al ver eslabonarse misteriosamente la cadena de oro de los destinos de Rivadavia con los destinos del pueblo que le vió nacer, no sentís desprenderse de esas frias cenizas una chispa de inmortalidad, que ilumina las profundidades de vuestra alma con súbito resplandor? ¿Decidme si el alma de Rivadavia no ajita sus alas invisibles sobre vuestras cabezas? ¿Decidme, decidme, si no vivís de la vida de ese muerto?

Sí, D. Bernardino Rivadavia vive en nosotros, de la vida inmortal de los espíritus, que se trasmite de jeneracion en jeneracion inoculándose como un perfume en el alma de los pueblos. Él fué carne de nuestra carne, huesos de nuestros huesos; es hoy alma de nuestra alma. Por eso, gobierna hoy mas que cuando era gobernante; por eso, obedecemos hoy sus leyes, mas que cuando era lejislador; por eso, derramamos todavía con afán la semilla en el surco que abrió á lo largo del camino de su vida. Es que sus mandatos están en nuestra conciencia; es que sus ideas forman hoy el fondo comun del buen sentido del pueblo, como las ideas de Franklin vulgarizadas por el tiempo; es que su ser moral, identificado con el nuestro, como los nervios á la carne, forma parte de nuestra propia esencia, es un elemento que obra en nosotros mismos con el poder irresistible de las inspiraciones íntimas.

Así se forma, se mejora y se perpetúa, señores, el alma de los pueblos, por la agregacion de las virtudes y de las ideas de los grandes hombres. Ellos dotan á la humanidad de nuevos sentidos morales, de nuevos órganos de apreciacion, de nuevas fuerzas intelectuales, que reaccionan poderosamente sobre las jeneraciones que se suceden, hasta que llega un dia en que la humanidad comprende que su vida es la vida póstuma de los muertos.

Así lo comprendereis vosotros tambien, si borrais por un momento el nombre de Rivadavia del libro de nuestra historia; si apagais por un momento la antorcha que él encendió para alumbrarnos el camino, y si velais, para apartarla de vuestra vista, aquella noble figura del varon justo, que se alza majestuosa en el linde de dos campos ensangrentados. Entonces sentireis morir en vosotros una parte de vuestro ser moral; vereis oscurecerse una parte de vuestra alma, y hallareis vacío de la imájen simbólica de vuestras creencias el altar de nuestra religion politica. Sin Rivadavia, sin los materiales de reconstruccion que elaboró su vasto jenio con la clara vision del porvenir, la resurreccion de la República Arjentina habria sido imposible, despues de los veinte años de tiranía devastadora.

Todo se habia destruido, menos sus instituciones grabadas en granito, menos sus monumentos fundidos en bronce. En ellos volvimos á encontrar las tablas perdidas de nuestros derechos, y nos levantamos del polvo como nuevos Lázaros, con los piés y las manos atados, pero llenos del espíritu vital de los pueblos libres.

Así es como los pueblos se salvan bajo los auspicios de sus númenes tutelares; así es como Rivadavia nos ha salvado y nos gobierna por la fuerza de la idea que sobrevive á los trastornos violentos y á la materia perecedera. Y así es como, colmados de sus beneficios, rodeados de sus creaciones inmortales, obedeciendo á la impulsión que nos dió, ha cerca de medio siglo, el proscrito dormia aun el sueño de la eternidad en la tierra del extranjero!

No culpemos á la ingratitud de los pueblos! Ellos no pueden tener la revelacion de sus grandes hombres sinó despues de cosechar sus beneficios.

Los hombres predestinados á recibir el culto de la posteridad, son superiores á esos mezquinos cálculos de los que trafican con la gratitud contemporánea, dispensando beneficios con la obligacion de que se les reconozca la deuda.

Rivadavia lo era.

Esto dignifica su carácter, y nos presenta su gran figura histórica rodeada con esa aureola del estoicismo político,

que es el signo de los verdaderos hombres de gobierno, según el evangelio de los pueblos libres.

Rivadavia hizo el bien obedeciendo á las inspiraciones de su jenio previsor y á los impulsos jenerosos de su naturaleza expansiva, y como aquel lejislador de la antigüedad, que hizo jurar á sus conciudadanos guardar sus leyes hasta que reuniesen todos los miembros de su cuerpo, y se hizo dividir en pedazos para hacerlas eternas, Rivadavia nos ha dejado un pedazo de su corazon en cada una de sus instituciones, á fin de inmortalizar en ellas su amor á Buenos Aires.

Su corazon ha sido siempre nuestro.

Si en las melancólicas horas de la proscripcion, pudo creer que sus instituciones habian sucumbido; si dudó por un momento de los altos destinos que esperaban á su patria; si pudo suponer por un instante que sus discipulos habian renegado su escelsa doctrina, al verlo perseguido como al Divino Maestro, ¡bendigamos al cielo! porque, á pesar de todo, vuelven al seno amoroso de la patria esas reliquias, cuya falta hubieramos llorado por los siglos de los siglos, como lloramos las del inmortal Moreno que le precedió en el camino trillado por él, y que hoy yacen bajo las ajitadas olas del Océano!

Bendigamos al cielo, porque, al fin, la relijion de las tumbas tiene un altar en esta tierra donde el martirio no ha tenido coronas, donde el sacrificio no ha tenido estímulos, y donde, hasta el mártir de los mártires, el noble campeón de la cruzada libertadora, continúa en el sepulcro, su ostracismo que se prolonga hasta en sus huesos.

Y ahora, á vosotras que mirais enternecidas esta urna cineraria, permitidme repetiros aquellas palabras dirigidas á las mujeres de Jerusalem, que venian á derramar aromas sobre el sepulcro de Jesus resucitado. *¿Por qué busenis entre los muertos al que vive?* No busqueis entre los muertos á D. Bernardino Rivadavia: él vive en sus obras, vive en nosotros y vivirá inmortal en nuestros hijos mientras latan corazones arjentinos, mientras en esta tierra se rinda culto á la intelijencia, al patriotismo y á la virtud.

Discurso del Jeneral D. Bartolomé Mitre, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, en la inauguracion de la estatua del Jeneral San Martin, el dia 13 de Julio de 1862, en Buenos Aires.

Señores:

6.—Va á descorrerse el velo, detrás del cual se oculta la noble imájen del Jeneral D. José de San Martin, en la actitud heroica en que lo ha inmortalizado el arte, representando el momento en que, al escalar las mas elevadas montañas del orbe montado en su caballo de guerra, enseñó á sus leñones el camino del heroismo, y contempló desde lo alto de ellas, con la mirada profética del jenio, las pampas, los mares, los valles y las montañas de la América del Sur, teatro de sus pasadas y futuras glorias.

Esa imájen va á ser presentada al fin á la admiracion y á la gratitud de aquella posteridad, á cuyo fallo apeló confiadamente en el momento mas solemne de su vida, cuando se despidió por siempre de las playas Americanas.

El Jeneral San Martin dijo, al descender espontáneamente del alto puesto á que se habia encumbrado: « En cuanto á mi conducta pública, mis conciudadanos, como por lo jeneral de las cosas, dividirán sus opiniones;—á su posteridad corresponde el verdadero fallo. »

Ese fallo ha sido pronunciado ya por la voz de cuatro jeneraciones.

Tres Repúblicas lo han aclamado como al padre y fundador de su independencia y de su libertad.

La jeografia política ha señalado ocho Repúblicas independientes dentro del círculo trazado por su espada victoriosa.

El mundo entero lo ha reconocido como al primer jenio militar del nuevo mundo.

La América toda lo ha declarado el libertador de medio mundo, á la par de Bolívar, con quien comparte la gloria de haber sido el apóstol armado de la revolucion americana, cuyas banderas victoriosas hizo flamear desde el Atlántico hasta el Pacífico, y desde Valdivia hasta la línea del Ecuador, marcada por sus volcanes encendidos.

La historia ha consignado en sus páginas eternas sus inmortales triunfos de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, su atrevido paso de los Andes, su memorable expedición al Perú.

La justicia póstuma de los pueblos ha comprendido al fin en el gran capitán y el hábil político, al hombre superior á las ambiciones vulgares, que supo dirigir la fuerza con inteligencia y con vigor, y usó del poder con moderación y con firmeza, para hacer servir todo al triunfo de la grande y noble causa á que habia consagrado su espada, su corazón y su cabeza.

Por fin, señores, la moral humana ha recojido de su vida el bello ejemplo de un hombre, que levantado por sus trabajos y por su genio al apojeo del poder y de la gloria, desciende voluntariamente de él, sin debilidad y sin enojo; comprendiendo que habia llenado su misión, y no queriendo ser un obstáculo al triunfo definitivo á que habia consagrado su vida. Este ejemplo, único en la América del Sud, y que solo puede ser comparado con el de Washington, levanta y dignifica su figura moral como hombre público.

Tales son sus títulos á la admiración y á la gratitud de la posteridad, y tales son los motivos que reúnen á un pueblo en torno de su estatua de bronce, cerrando con este acto el período de la ingratitud, y abriendo el de la reparación que le debíamos.

La obra de la reparación ha sido lenta y tardía, pero segura.

Por veinte años su nombre y su gloria han sido votados ó á la ingratitud ó al olvido; reprochándole como un crimen el que no pidiese limosna como Belisario!

Cuando abandonó al Perú, trayendo consigo el Estandarte que Pizarro habia llevado para esclavizar al Imperio de los Incas, la calumnia y el insulto cobarde le persiguieron por la espalda, y aunque no faltaron para honor del Perú, voces valientes y jenerosas que se levantaron en su honor y su defensa, cuando él no ejercia ya influencia alguna en aquella República, el insulto y la calumnia empañaron por el momento la corona del Libertador.

Al recorrer solitario el camino que poco antes habia cruzado seguido de leones valerosos, de que su genio era el alma, apenas pudo merecer de Chile una hospitalidad preca-

ria y pasajera, amargada por el denuesto; y, desde entonces, Chile borró de su historia, por el espacio de veinte años, el nombre del fundador de su independencia. En las grandes festividades nacionales que la conmemoraban, en los aniversarios de las batallas de Chacabuco y Maipú que la aseguraron; en las mismas banderas que flotaban al viento de la libertad conquistada por el genio y la espada de San Martín, acaudillando las lecciones Argentinas y Chilenas, el nombre de San Martín brillaba tan solo por su ausencia.

Al regresar á la patria, al volver al punto de partida, de donde habia salido ocho años antes al frente de sus valerosos granaderos á caballo, el Jeneral San Martín, el Capitan ilustre de tres Repúblicas, no tenia donde pasar revista en el Ejército Argentino; y el gran ciudadano de medio mundo se encontró despojado de los derechos de la ciudadanía en su propia patria, porque la humilde aldea donde habia abierto sus ojos á la luz del dia, era un monton de ruinas!

Y ya que hemos hablado de la ingratitud pública y estamos aquí haciendo un acto de reparacion, lo diré todo, porque todo debe decirse cuando los pueblos levantan monumentos póstumos á la memoria de sus grandes hombres.

Condenándose voluntariamente el Jeneral San Martín al ostracismo, con una fuerza de alma y una serenidad de espíritu de que hay pocos ejemplos en la historia, sintió á los cinco años de ausencia la necesidad de volver á respirar el aire de la tierra natal. Llegó al puerto de Buenos Aires el dia 12 de Febrero, aniversario de sus gloriosos triunfos de San Lorenzo y Chacabuco, y en las puertas de su patria encontró este letrero, escrito por manos Argentinas:

AMBIGUEDADES. El Jeneral San Martín ha vuelto á su país á los cinco años de ausencia, pero despues de haber subido que se habian hecho las paces con el Emperador del Brasil.

El primer Capitan americano era así apostrofado de cobarde por sus mismos compatriotas, precisamente en el momento en que se celebraban dos grandes dias de gloria militar que habia dado á su patria! El Jeneral San Martín, al recibir este saludo, volvió á su destierro con dignidad y en silencio, sin pisar la tierra que venia buscando, y se fué para no volver mas, para morir lejos de nosotros, es-

perando tranquilamente el fallo justiciero de aquella posteridad á que habia apelado en otro tiempo.

Se ha dicho muy bien que la respuesta de San Martin en aquella ocasion, habia sido dada dos mil años antes por la boca de Escipion, insultado por sus compatriotas en el aniversario de una de sus grandes batallas: «En un dia como este salvé á Roma; vamos al templo á dar gracias á los dioses tutelares del Capitolio, para que siempre tenga Jenerales que se me parezcan.» Pero San Martin, ni dió esta respuesta, ni mandó grabar como aquel grande hombre sobre su sepulcro: *Ingrata patria, no tendrás mis huesos*. La respuesta nos la ha dado modesta y jenerosamente desde la tumba. El dejó escrito en su testamento: *Quiero que desde el lugar en que muera se me conduzca al cementerio; pero deseo que mi corazon descanse en el de Buenos Aires.*»

Al fin, señores, despues de aquella larga y tenebrosa noche de ingratitud y de olvido, la gloria de San Martin se ha levantado como una estrella del cielo americano.

La República del Perú, la primera que le decretó en vida una estatua, ha glorificado dignamente su memoria, y ha atendido jenerosamente á sus descendientes.

Chile, que durante parte de su destierro, lo consideró como al Jeneralísimo de sus ejércitos, abandonándole el sueldo que su patria no se creia el deber de darle, ha sido la primera que ha realizado el pensamiento de erijirle una estatua, que inmortalice su memoria para los presentes y para los venideros.

Y Buenos Aires por último, presidido por su Municipalidad, asociado al pueblo y al Gobierno en representacion de su patria agradecida, le ha erijido tambien una estatua ecuestre cincelada en el bronce, para perpetuar dignamente el recuerdo de sus altos hechos, montando un caballo del metal de sus cañones, que no se fatigará jamas de llevarlo sobre sus hombros, como no se fatigará jamás el jenio de la gloria de levantar en alto su corona cívica y militar de luces y de laureles.

El breve espacio que llena ese soberbio pedestal de mármol, será el único pedazo de tierra que San Martin ocupará en esta tierra libertada por sus esfuerzos, mientras llegue el momento en que sus huesos ocupen otro pedazo de tierra en ella!

Pero su nombre, pero el recuerdo de su jenio, pero sus altos hechos y los resultados de sus jenerosos esfuerzos, ocuparán eternamente el corazon y la memoria de sus compatriotas!

Debémosle este homenaje de gratitud póstuma, nosotros sus compatriotas, los herederos lejítimos de su nombre y de su gloria, á quienes legó su corazon al morir; porque si San Martín es verdaderamente grande, considerado como hombre americano, para quien la revolucion del nuevo continente no tuvo fronteras, tiene además títulos especiales á nuestra admiracion y nuestra gratitud, considerándolo puramente del punto de vista de la historia y de la nacionalidad Arjentina.

El fué quien templó las armas de la revolucion Arjentina, por medio de la severa disciplina, prometiendo su direccion unida á la consumada ciencia militar.

El fué el representante de la accion esterna de la revolucion Arjentina, concretada en un vasto plan de campaña que abrazaba toda la América del Sud, en sus atrevidas combinaciones al través de mares y montañas.

El fué el propagador mas infatigable de los principios de la revolucion de Mayo en los paises que libertó su espada, inoculando en ellos el espíritu varónil y democrático, que presidió á nuestros primeros trabajos de organizacion politica.

El fué quien, en los momentos mas angustiosos de nuestra revolucion, cuando la América sucumbia bajo el peso de las armas Españolas y todo parecia perdido, impulsó al Congreso de Tucuman á declarar nuestra Independencia en 1816, y su espada, á la par de la de Belgrano, fué la primera que se levantó para sostenerla, y la única que la selló con tres grandes victorias.

El fué el que reveló á la República Arjentina el secreto de su poder y de su fuerza, dando vuelo á su jenio militar en el esterior, en los momentos en que, devorada en el interior por la anarquía y las malas pasiones, apenas parecia tener fuerza para sostenerse á si misma; y gracias á esta fé robusta que lo animó entonces, fuimos redentores de pueblos; gracias á ella, las banderas Arjentinas pasaron en triunfo la América del Sud, y salvando con nuestros sacrificios á medio mundo, nos salvamos á nosotros mismos.

Por eso tambien le debemos un monumento mas duradero que la estatua que vamos á inaugurar en su honor, porque en fin los metales y las piedras son materiales frágiles para la mano del tiempo, que puede convertirlos en polvo, mientras que el recuerdo de las grandes naciones es imperecedero y no se borra jamás de la memoria de los hombres. Debémosle la organizacion y la consolidacion definitiva de la República Arjentina, á la que consagró su vida, su jenio y sus afanes, para que su patria no se muestre inferior á las glorias que él le dió, y para que sean cumplidos los votos de los padres de nuestra independencia.

Es sin duda un feliz augurio para la nacionalidad Arjentina, que la estatua del grande hombre que mas cumplidamente la simboliza, se levante por los esfuerzos jenerosos del pueblo de Buenos Aires, en momentos en que el mismo pueblo pone de pié y consolida la base de la patria comun.

Si el bronce se animara, sin duda que el General San Martin se estremeceria de gozo, cuando pudiese contemplar, como en este momento, en torno suyo, á todos los miembros de la gran familia Arjentina, reunidos en paz y libertad, y realizando despues de medio siglo de trabajos y de infortunios, la grande obra á que consagró su vida.

Mientras tanto, y mientras llega el momento en que, organizada definitivamente la República Arjentina, podamos colocar á su frente la estatua del Jeneral Belgrano, que divide con San Martin las pájinas de nuestra historia y el corazon de los Arjentinos, porque ellos son los dos grandes hombres de accion y pensamiento de nuestra revolucion, saludamos en ese bronce que va á descubrirse, la noble y la inmortal efijie del fundador de tres Repúblicas, del vencedor de San Lorenzo, de Chacabuco y Maipú, del primer capitán del Nuevo Mundo, del ilustre Jeneralísimo Arjentino, el Jeneral D. José de San Martin.

Discurso pronunciado en Montevideo por el Jeneral D. Tomás Guido al ser conducidos á Buenos Aires los restos del Señor Jeneral D. Carlos María de Alvear, el 21 de Junio de 1854.

7.—Hé aquí, señores, las reliquias de un veterano que vuelve inanimado á su cuartel, porque en su amor á su bandera, ha querido legarla hasta los restos de su naturaleza mortal. ¡Paz á los bravos en la tumba! ¡paz á esas ilustres cenizas, que dos repúblicas veneran!

Y á mí, señores, apartado del suelo de mi nacimiento, séame permitido dar un último adios á esa urna cineraria de un amigo, de tránsito por la tierra extranjera, si así puede llamarse con justicia á la que fué la patria de sus triunfos; á la que le siguió en los combates, cuando le tocó lidiar por el principio escelso de su existencia política; á la que, en fin, ha sabido honrar su memoria con un respeto digno de un pueblo agradecido y valiente.

El Brigadier Jeneral D. Carlos María de Alvear, de noble carácter, de ingenio vasto y sagaz, fué amado de la victoria; vosotros lo sabeis y no lo ha olvidado la América. Este recuerdo no es mas que una expansion, pues ante el aspecto majestuoso y sublime de la muerte, las pompas de la vida empalidecen, dejando el alma absorta en los misterios de la inmortalidad.

Si no me hallase bajo esas impresiones supremas, yo os haria en este punto la narracion de sus servicios, entrando con vosotros así mismo en la secunda historia de su carrera pública, tan vigorosa, tan activa. En ella supo ilustrarse doblemente por la intelijencia y por las armas.—Tambien fué unjido por el infortunio, que es casi siempre la última condecoracion de los varones insignes. La gloria tiene sus eclipses como el sol.

El Jeneral Alvear era demasiado notable como político y como hombre de guerra, para haber escapado á la participacion del fatal privilejio de la desgracia, que ha pesado sobre las cabezas mas nobles de la América. ¡Destino singular! ¿Quién penetra los designios del cielo?

A veces, parece que la humanidad estuviese condenada á

no avanzar en sus conquistas hácia su perfeccion moral, sino á precio de ser atormentada en los mas poderosos instrumentos de sus revoluciones; y que la libertad, como los ídolos del paganismo, no fuese propicia á los hombres, sin ofrecerle antes en holocausto el sacrificio de víctimas ilustres. ¡Formidables ejemplos nos presenta la América de esta terrible hipótesis!

Miradla, sinó, convirtiéndose, á principios del siglo, en palenque de heróicos justadores, apercibidos á la lid, bajo el prestijio de la mas bella de las causas. ¡Felices los que han caido combatiendo!

¿Qué fué de los que sobrevivieron? ¡Ah! doloroso es decirlo; arrastraron, como el Jeneral Alvear, una existencia sombría, en que hay todavía algunos relámpagos de gloria; existencia llena de peligros, de desengaños y de desventuras.

Sí, la adversidad se halla en el fondo de todas las vidas agitadas. El sufrimiento, en el órden de la naturaleza, precede al nacimiento y desarrollo de las causas, que mantienen la admirable armonía del universo en sus relaciones múltiples, en sus combinaciones infinitas. Es un fallo inexorable que gravita sobre todo lo creado, alcanzando hasta á las abstracciones del espíritu.

Dios ha querido que la religion se divinice por el martirio; que las ideas no se produzcan sin que haya esfuerzo en su jermiacion, sin que, á las veces, se bauticen con sangre; que los pueblos no se rejeneren sinó por la convulsion y por las lágrimas.

¿Tendré que recordaros los sufrimientos sobrehumanos que costó al Salvador legarnos una creencia en la tierra, un refujio en la Divinidad?.....

Ante ese espejo claro donde se reflejan todas las angustias, el hombre religioso y pensador inclina la cabeza y marcha al término de su jornada, resignado á la fatalidad de aquella ley espiatoria.

Así han ido alejándose en su postrer romería, uno tras otro, los hijos de esa jeneracion fuerte, que templó su acero en el cráter de los mas encumbrados volcanes, para fulminarlo desde allí como un rayo á la frente de sus enemigos.

De tanto como trabajaron, de tanto sacrificio como hicieron, ¿qué han llevado esos hombres á la morada del eterno

silencio? Preguntadlo á esas cenizas, pues tambien hablan los sepulcros para quien sabe interrogarlos.

Si los presentimientos íntimos son una inspiracion que merezca escucharse; si es que existe alguna armonia entre la naturaleza animada y el espíritu libre de su envoltorio mortal; yo, que me he puesto tantas veces en intimidad con mis antiguos camaradas ausentes; yo, que les he visto pasar, como ahora, delante de mí, precediéndome en la marcha, arrebatándome cada uno de ellos, en su eterna despedida, una parte de mi corazón, yo os diria, señores, que lo único que esos muertos han llevado de este mundo, es una gran tristeza en el alma, y una esperanza en la posteridad. Pero no evoquemos recuerdos ingratos, donde no deben prevalecer sinó gloriosas memorias. Ni digamos tampoco cómo la envidia y la maledicencia persiguieron sin tregua á esos patriotas, minando tenazmente sus dias, su prestigio y su fama. La calumnia, empero, cae sin fuerzas, inficionada por su propio veneno, cuando se ensaya mas allá de los lindes de la vida. El sepulcro es el crisol donde se purifican las acciones humanas, porque el espectáculo de la muerte da severas lecciones, despierta sentimientos de justicia, desarma la pasion, convida á las meditaciones profundas.

¡La muerte! Ella va ya estinguendo á toda esa gran familia que emprendió la libertad del continente, y de la cual solo quedan algunos miembros dispersos en la soledad y en la sombra....

Los últimos de una jeneracion, semejámonos en nuestro aislamiento á aquel guerrero de Ossian, quien, al tender los brazos en las tinieblas, solo encontraba en todas partes los huesos de sus viejos compañeros.

Los despojos de casi todos los nuestros, de nuestros contemporáneos, de nuestros amigos, descansan en el seno amoroso de la madre comun. Una nueva jeneracion se ajita sobre sus sepulcros, y algunos de los hombres que les han sucedido, fascinados tal vez por el brillo de una perspectiva engañosa, hablan yo no sé qué lenguaje siniestro para la unidad de la patria, que aquellas sombras venerandas de los que fueron no podrian comprender jamás.

Ellos murieron confiados en que descansarían al pié de la bandera que amaron—símbolo augusto de una nacion

unida y victoriosa que conocen las altas cordilleras—la misma que flameó triunfante desde las márgenes del Plata hasta las faldas del Chimborazo.

Acuerdáseme, señores, una tradicion antigua, que en su poética simplicidad, acaso dé un ejemplo digno de imitarse de fé robusta y de veneracion á los que ya no existen.

Dicese que los Celtas, raza helicosa y guerrera, tenian costumbre de ir á meditar en la tumba de sus héroes; que allí se adornaban para que les inspirasen en el sueño. ¡Sublime creencia, rejeneradora de las almas, la que así eslabonaba el mundo de los vivos con el mundo de los espíritus, fundando de este modo el dogma de la inmortalidad!

Eh bien; la mayor parte de la bizarra falanje, á que perteneció el Jeneral Alvear, cayó rendida por el tiempo. ¡Pluguiera al cielo que los arjentinos pidiesen tambien inspiracion á los manes de esos campeones para siempre dormidos!

Quizá una voz secreta, partida de las entrañas de la tierra; una voz que penetrase hasta lo mas hondo de su corazon; una voz, insinuante, como la que dijo á los hombres: amaos los unos á los otros; quizá, digo, señores, les aconsejara la reconciliacion sobre las tumbas de sus antepasados, la paz, la union, la fraternidad y la justicia!

Perdonad, si vuelvo así los ojos incesantemente á la patria; es el consuelo de los que viven lejos de ella. Hoy, mas que nunca, mi pensamiento la pertenece todo entero, á la vista de ese féretro que encierra los despojos de uno de sus hijos mas esclarecidos. Mi alma se enluta en el presente, pero, remontándose al porvenir, se promete que la historia de estos paises reservará al Jeneral Alvear algunas de sus páginas mas brillantes.

Orientales y Arjentinos comienzan ya á tributarle el homenaje de respeto y agradecimiento que merecen los esfuerzos que hizo por la independencia. A estas demostraciones acudió el celo de un antiguo adalid, su afamado compañero de glorias; y hoy vemos, no sin orgullo, á ese militar, honor y prez de la República, custodiándole en su último viaje, fiel á la amistad, como lo saben ser los hombres de su temple.

Mientras al Jeneral Alvear le coloca su país en el panteon de sus próceres, á sus amigos toca conservar la me-

moria de sus calidades privadas, de su trato fácil, de su amenidad, de su índole caballeresca y jenerosa.

Una palabra mas, y habré concluido. El inclito Argentino, cuya pérdida lamentamos, dejó este mundo lejos de su suelo, despues de una ausencia de diez y siete años. Las oscilaciones políticas que nos traen en continua zozobra, lleváronle á vivir bajo una zona inclemente, donde se vió forzado á permanecer sirviendo un cargo diplomático.

Pero, ni los contrastes, ni las decepciones amargas que hubo de sufrir mas de una vez, ni su salud herida hasta la savia, fueron parte á entibiar en esa alma ardiente su deseo de volver á la Patria.

El no hubiera repetido jamás, ni aun en medio de sus tribulaciones, aquellas crueles palabras de Escipion, cuando, quejoso de la ingratitud de la República, la apostrofaba, despechado el grande hombre, negándole para lo futuro hasta el depósito de sus cenizas.

No: El Jeneral Alvear era un soldado enfermo y triste, que miraba de lejos sus armas y su tienda de largo tiempo abandonadas, y suspiraba por ellas. Ya que no pudo sentarse de nuevo á sus hogares, quiso al menos que sus restos reposasen bajo la bóveda de ese cielo que le vió en sus dias de juventud y de triunfo: á la sombra de los colores argentinos, en el suelo de su gloria, de su amor y de sus esperanzas!

¡Cúmplanse sus votos, y que la tierra que suele faltarnos en la vida no le falte en la muerte!

Discursos pronunciados al ser depositados en la tumba los restos del Brigadier Jeneral Argentino D. José María Paz.

1.

EL DOCTOR D. DALMACIO VELEZ SANSFIELD.

Señor Gobernador:

8.—A mí me corresponde ahora cumplir un triste deber á nombre de los amigos del Sr. Jeneral Paz; pero mi voz no puede alzarse ante este sepulcro, ante estos restos mortales que van á ser encerrados en él para siem-

pre. Honrado con la amistad y confianza del señor jeneral Paz desde largos años atras; testigo de sus sacrificios, de la consagracion absoluta de su vida á los grandes intereses de su patria; conociendo intimamente al hombre privado en los diversos azahares de su trabajada vida, yo, señores, puedo deciros, que no hay lágrimas bastantes para tanto duelo. Aquí termina la existencia del hombre que por mas de cuarenta años combatió por la independenciam de su país ó contra sus tiranos. Alcanzadas las victorias encomendadas á su fuerte brazo, llenado ya su destino sobre la tierra, ahora descenderá al sepulcro. Así la providencia lo habia decretado. Pero, si los peligros renacieren, todavía su nombre, su grande sombra defenderia el suelo de la patria! Deja en ella un grande ejemplo, lecciones eternas que no serán perdidas para su país. Así lo promete esta misma grande y solemne reunion. El conocimiento de sus altas cualidades, la gratitud á sus grandes servicios, ha traído hasta este lugar á todo el pueblo de Buenos Aires, á sus autoridades, á todos sus compañeros de armas; á todos aquellos á quienes su poderosa espada abrió las puertas de la patria. Todos se hallan reunidos al rededor de sus restos, para darles el postrer adios en el último dia que debe alumbrarlos esta luz del cielo de la patria. Descendeis, jeneral, á la tumba, lleno de honor, llorado de todos vuestros compatriotas, recibiendo la recompensa que vos juzgabais mas digna sobre la tierra. El Dios Todopoderoso habrá llevado vuestra alma á las rejiones celestiales donde habitan los hombres virtuosos, á la mansion y descanso de los justos. Estos consuelos se llevan vuestros amigos al dejaros eternamente, ¡Jeneral Paz! ¡Adios para siempre!

2.

EL SEÑOR D. BARTOLOMÉ MITRE.

Señores :—

●—Hé aquí otro antiguo veterano de Mayo que deja un nuevo claro en las filas raleadas por el infortunio y la metralla; hé aquí otro atleta de la revolucion americana, que cae

exhausto de fatiga al pié de su bandera; hé aquí al mas ilustre soldado de la patria de los arjentinos vencido por la muerte, que solo la muerte pudo vencerlo y desarmarlo. La espada que ha caido de su brazo, ha resplandecido en su diestra por el espacio de cuarenta y cinco años, y el espíritu inmortal que lo animaba ha volado al seno de la divinidad, dejando impregnada nuestra atmósfera con el perfume eterno de sus virtudes y de sus glorias.

Ya nunca mas el nombre glorioso del jeneral Paz se oirá repetir con entusiasmo entre las masas populares; ya nunca mas resonará su voz en los campos de batalla, ni será saludado vencedor laureado por las falanjes que condujo á la victoria, ni se le verá dictar la ley entre los próceres de la patria y marchar con paso seguro hácia los altos destinos que le esperaban; pero el lamento de un pueblo entero, pero las bendiciones de la posteridad resonarán eternamente en torno de ese melancólico sepulcro, y este apotéosis sublime de la muerte vale mucho mas que las vanas pompas de la vida.

Ese ilustre muerto que descansa por siempre tendido en su sepulcro, jamás aspiró á esas pompas: profesaba la relijion austera del deber: no buscaba la efimera gloria de la popularidad, ni pedia la gratitud, ni temia la reprobacion, porque á su conciencia rijida bastaba llenar cumplidamente su deber, y lo ha llenado cumplidamente, como no lo llenó nadie en esta tierra, como no lo ha llenado ninguno de los que en este momento rodean su sepulcro. En presencia de esta tumba, que encierra en breve espacio medio siglo de trabajos y de infortunios, la capacidad militar mas vasta de la América del Sud, la gloria mas es-celsa de nuestra patria, las ideas mas elevadas del patriotismo, la probidad mas severa, y lo que vale mas que todo esto, la virtud mas acrisolada del ciudadano, en presencia de ese sepulcro, señores, somos bien pequeños los que lo rodeamos. El jeneral Paz nos lega la mas rica herencia de su nombre y de su gloria, y en cambio, nada le hemos dado, nada nos ha pedido: ni poder, ni riqueza, ni gratitud, ni nada de lo que puede halagar la vanidad humana; bastaba á esa alma tan bien templada la satisfaccion de cumplir con su deber. El no pidió á su patria sino un lugar entre los combatióntes de la buena causa; él no pi-

dió al poder sino los medios de servir á su patria; él no pidió á las armas sino la fuerza para hacer triunfar los principios de su credo político; él no pidió al corazón de los demás sino la firmeza para perseverar en la religión austera del deber. Modesto y desinteresado, lleno de esa sublime abnegación que caracteriza á los hombres predeterminados para llevar á cabo grandes cosas, es el tipo, el símbolo más alto del sacrificio sin ostentación, que derrama á manos llenas su existencia á lo largo del camino de su vida, sin esperar más recompensa que la aprobación silenciosa de su conciencia. Por eso ha muerto pobre, por eso ha sido desgraciado, por eso no ha probado en su vida la embriaguez del mando supremo; esta circunstancia es la bella aureola que rodea su frente inanimada, porque para coronar tan noble vida, para completar tan sublimes sacrificios, para hacer comprender que su nombre nada debía á las formas exteriores que rodean al poderoso, era lógico, era necesario que se presentara así á presencia de su Dios, del Dios que le envió á esta tierra infortunada para llenar una misión de que ha sido el apóstol armado. Sí, era lógico, era necesario que muriese así despojado de ese falso brillo, dejando rica á la tierra con su gloria, y muriendo pobre, sin deber nada á nadie, debiéndole á él todos su existencia y su libertad, porque servicios tan eminentes como los del general Paz, porque virtudes tan escelsas como las de ese ilustre muerto que duerme el sueño de la eternidad, no tiene el mundo precio con que pagarlos. No culpamos por esto á la ingratitud de los pueblos: la Providencia le ha querido así, sin duda para darnos en ese ejemplo de una existencia tan gloriosa como infortunada, tan pura como borrascosa, una lección viva que muestre de lo que es capaz el patriotismo, y alienta en la escabrosa senda del deber á los que marchan tras sus huellas luminosas. Bello destino que envidiarán las almas fuertes que no ven la felicidad en la satisfacción de sus apetitos: vivir, cumpliendo con su deber; morir, con mansa resignación, envuelto en el manto de una gloria que fué la obra exclusiva de sus altas inspiraciones.

Al fin, reposa en el sepulcro ese infatigable trabajador de nuestra felicidad, que hace cerca de medio siglo no ha tenido una sola hora de descanso: vivió en medio de las

borrascas que nos han ajitado, y jamás desertó el puesto de la labor comun. Alma sensible, formada para gozar y comprender las dulzuras de una existencia tranquila, ha pasado los últimos cuarenta y cinco años de su larga y fatigosa carrera ó bajo la tienda del campamento militar, ó en el calabozo del cautivo, ó en las tristes mansiones del destierro: esas han sido sus posadas sobre la tierra, la postrera es la tumba. Era preciso que así fuese para que el sacrificio magnánimo brillase en todo su esplendor.

Permitidme arrojar una mirada retrospectiva sobre la brillante y melancólica carrera de ese muerto laureado por la victoria y unjido por el infortunio.

Hace cuarenta y cuatro años que esos frios despojos que yacen en el sepulcro, sustentaban á un jóven lleno de vida, de entusiasmo y de esperanzas. La centella de la revolucion de Mayo, habia incendiado su alma en el fuego santo del patriotismo, y, poseido de ese noble aliento que temple los caracteres varoniles, ese jóven habia ceñido la espada y marchaba á incorporarse á las lejiones de la patria en el Alto Perú. Salido de Córdoba, la tierra querida de su nacimiento, ese jóven era conductor de las armas, con que debian armarse las lejiones inermes del Alto Perú, porque en aquella lucha de gigantes los hombres se lanzaban á la pelea sin mas armas que sus brazos, y con ellos triunfaban. A treinta leguas de Córdoba, el jóven oficial, que no era otro que el mismo D. José María Paz, que entonces apenas tenia diez y seis años, se encontró con el mayor Tollo que traia á Buenos Aires la noticia de la batalla de Suipacha, del primer triunfo que coronó las armas de la nacion argentina. El jóven Paz dijo al mayor Tollo que él marchaba á incorporarse al ejército del Alto Perú, para participar de sus peligros, y ayudar á sus hermanos en la magnánima empresa que habian acometido. El mayor Tollo, parándose sobre sus estribos, con toda la arrogancia de un vencedor le contestó:

—« Ya es tarde: las armas de la patria han triunfado completamente en Suipacha »; y siguió su camino, dejando á Paz desalentado y sumido en la mas profunda melancolía. Le he oido repetir varias veces este suceso, y me ha asegurado que casi lloró de tristeza en aquel momento. En su inesperienza de la vida, en la sublime aspiracion de una

alma devorada por el amor de obrar el bien, creyó que ya no habia lugar en las filas para un nuevo combatiente y que las puertas de la gloria se le cerraban para siempre. No le fué dado en aquel momento presajiar, al través del tiempo, el porvenir de su patria, que, en su primitiva ignorancia de la vida pública, creia que habia conquistado la libertad y la paz en un solo combate; y sin embargo, ese jóven que así desesperaba de los altos destinos que le esperaban al pisar el umbral del templo de la gloria, es el mismo que hace cerca de medio siglo no ha cesado de combatir por los principios de Mayo, es el mismo que en tan largo espacio de tiempo ha sustentado con vigor en su mano la bandera de la civilizacion en estos paises, y cuya espada ha estado dando golpes repetidos sobre las cadenas de nuestra esclavitud por el espacio de cuarenta y cinco años, desde el 25 de Mayo de 1810 hasta el 22 de Octubre de 1854, época infausta de su muerte.

En el curso de tan larga y fatigosa carrera, el jeneral Paz ha representado dignamente la fortaleza y el sacrificio, de que ha sido siempre la mas bella y mas alta expresion. Poseia esas calidades sobresalientes del guerrero y esa fé incontrastable que siempre anima al justo, que inculcan en los pueblos el aliento para salvarse obedeciendo á la mano poderosa que los conduce. En esos momentos solemnes de que está llena nuestra historia, cuando el poder de la buena causa se ocultaba entre el polvo de la derrota, cuando los lauros de la libertad se marchitaban, cuando los corazones pusilámines renegaban de la esperanza y los cobardes desertaban de las filas, próximas á ser debeladas por la tiranía y la barbarie, allí se nos presenta la noble figura del jeneral Paz con la severa intrepidez que cuenta con los recursos de su jenio para levantar del polvo la bandera caida, para reanimar la antorcha moribunda que se apagaba, para templar de nuevo los corazones al calor de su incontrastable corazon, para conquistar nuevos lauros y salvar la causa que parecia perdida.

Tal ha sido la mision que ha llenado entre nosotros ese guerrero que yace inanimado en el sepulcro.

Recorred las pájinas inanimadas de su vida política y militar, y le vereis constantemente rehaciendo falanjes derrotadas para conducir las nuevamente á la victoria.

En 1828, él repara en el interior con sus triunfos los desastres de su partido en Buenos Aires, combatiendo contra los caudillos que atormentaban á los pueblos, y habría tal vez coronado su obra si esa fatalidad que siempre le ha perseguido en medio de sus mas gigantescas empresas, no hubiese paralizado el desarrollo de sus atrevidas concepciones políticas y militares.

En 1839, él, oscuro fujitivo de Buenos Aires, que huía, no de la muerte, si no de los favores con que el tirano de su patria pretendía mancharlo, llega al campamento del jeneral Lavalle en los momentos en que el ejército libertador acababa de ser batido en el Sauce Grande, el mismo que mas tarde fué derrotado en el Quebracho, y cuyas últimas reliquias se han arrastrado batallando hasta los Andes, marcando su itinerario con un ancho reguero de sangre generosa, hasta conducir á la tierra estraña el cadáver de su heroico jeneral. Mientras esto sucedia, el jeneral Paz organizaba un nuevo Ejército Libertador en la Provincia, que parecia exhausta de recursos; reanimaba el espíritu público decaído, y preparaba modesta y silenciosamente la rehabilitacion de la libertad argentina. Cuando todos habian caído, cuando el tirano Rosas aparecia por todas partes triunfante, y cuando parecia que ya nada habia que hacer sino tender el cuello á la cuchilla del verdugo, entonces, en ese momento aterrador y solemne, el jeneral Paz desplegó la enseña de los libres del otro lado del Paraná, y el triunfo espléndido de Caaguazú, resultado de sus profundos cálculos militares, restableció nuevamente el equilibrio de la lucha contra la tiranía y haciendo concebir la esperanza de un desenlace próximo y favorable.

Cuando ya parecia que tocaba al término de sus áduos trabajos, otra de esas fatalidades que siempre le persiguieron, lo separó de la escena pública y todo se perdió en el fúnebre campo de batalla del Arroyo Grande. Montevideo fué entonces la última esperanza, el último refugio, el último baluarte de la libertad y de la civilizacion del Rio de la Plata, y en esos momentos desesperados en que casi todos se preparaban á tender las manos á las cadenas, allí tambien se presentó sereno el jeneral Paz para clavar con denuedo en lo alto de la brecha la bandera de la nueva Troya, que por el espacio de diez años ha desafiado el po-

der de Rosas desde los muros de Montevideo, de cuyo centro partió mas tarde el movimiento que dió en tierra con él.

Mas tarde lo vemos otra vez en los momentos del conflicto reorganizar las indomables legiones de Corrientes, reunir bajo sus banderas doce mil soldados, y ser de nuevo paralizado en la carrera ascendente de sus triunfos por otra de esas fatalidades que solo á él le estaban reservadas. Desapareció él de la escena y todo se perdió. En medio de este naufragio, la libertad argentina, vencida en todas partes, alzaba el último fanal de la esperanza sobre las murallas de Montevideo, salvadas bajo el escudo de la pericia militar del vencedor de Caaguazú.

Pero aun faltaba la última prueba á esta vida de abnegacion y fortaleza, que nunca desertó las causas perdidas, que simbolizaban los altos y jenerosos principios de su fé política. Restituido al seno de la patria, permaneció tranquilo sobre sus armas hasta que sonó la hora del verdadero peligro. Sitiado Buenos Aires, rotas nuestras falanjes en San Gregorio, perdida toda su esperanza de un advenimiento honroso, la situacion era casi desesperada: entonces el jeneral Paz aparece por última vez en la escena pública para salvar á Buenos Aires, para acompañarlo hasta el dia del triunfo, y retirarse despues modestamente á la oscuridad de la vida privada, pobre como ha vivido, pobre como ha muerto.

Pero, al menos, ha muerto en el seno amoroso de la patria, ha muerto á la sombra de su vieja bandera, en medio de los suyos, rodeado del amor, de la veneracion y de las bendiciones de todo un pueblo que le han acompañado en su lenta y dolorosa agonía, y que le acompañan hasta este momento en que va á descender para siempre á la mansion misteriosa del sepulcro.

¡Leve le sea la tierra de la patria que tanto amó! Al darle nuestro último adios á las puertas de la eternidad, rieguen nuestras lágrimas esa gloriosa tumba, para que, como se dijo al borde de un sepulcro húmedo todavía, nos las retorne en esas misteriosas bendiciones de los muertos que alientan la virtud cuando flaquea, la enerjia cuando desfallece, y la perseverancia cuando desespera.

Adios por siempre! Gloria en el mundo y paz en el

sepulcro á las cenizas del brigadier jeneral argentino Don José Maria Paz!!

Discurso pronunciado por el Dr. D. Juan M. Gutierrez, en el sepulcro del Dr. D. Vicente Lopez, el 11 de Octubre de 1836.

¡ Señores !

10.—La muerte no ha completado su triunfo sobre el hombre que aquí yace. La tierra ha caído sobre sus restos, pero no el olvido. Las jeneraciones argentinas, al sucederse unas á otras, transmitirán á la mas remota posteridad el nombre, las virtudes, el patriotismo y el claro talento del Sr. Dr. D. Vicente Lopez y Planes.

El que narrase la vida tan llena y completa de este varon benemérito, haria á la vez la historia laboriosa de nuestra patria desde los primeros años de este siglo. El fué uno de esos seres privilegiados que recibieron de la Providencia las dotes necesarias para emprender la obra de la rejeneracion de América. Él pertenece á esa jeneracion denodada que, en los campos de batalla, en las asambleas, en los consejos del gobierno, por medio de la accion y de la palabra, estaba destinado por Dios para trasformar una colonia en una nacion independiente.

En diferentes climas de este mundo, mi corazon se conmovió siempre (como el corazon de un hijo), cuando una de esas almas bien templadas remontaba al cielo. En este momento yo lamento la pérdida de uno de los padres de mi patria y tambien de mi intelijencia. A este último título, escusadme, señores, si ante esos labios elocuentes que ha enmudecido el sueño eterno, se atreven á abrirse los míos. Yo no soy capaz ni siquiera de comprender todo el valor moral de ese republicano segun el evanjelio; de ese justo acrisolado por la filosofia; de esa cabeza escojida é indagadora que tras las huellas de Newton sabia seguir el curso de los astros, y cantar inspirado como Fray Luis de Leon sus misterios y sus armonías reveladas por el sentimiento de lo infinito.

Señores, somos argentinos: somos hombres de amor, de sentimiento y de entusiasmo. Estas magnificas cualidades hervian ardientes en el alma del Dr. Lopez; él fué nuestro compatriota por excelencia. Nuestro amor debe deramarse á torrentes sobre su tumba como nuestras lágrimas.

Las fuerzas morales tuvieron para él en las dificultades de la vida, dos fuertes columnas de apoyo: la religion de sus padres y la religion de la patria.

Si habeis conocido, señores, aquel manso filósofo, cuya palabra escojida, mesurada, armoniosa, acariciaba amorosamente el oido de quien la escuchaba; aquel cristiano que amaba al prójimo como á si mismo; aquel hombre de paz que estudió por inclinacion la ciencia de distribuir la justicia,—ese mismo fué un guerrero intrépido y audaz cuando el peligro de la patria puso una espada en sus manos de ciudadano. Las insignias de maestro en leyes, le fueron colocadas en la Universidad de Chuquisaca sobre el uniforme de capitán de Patricios con que se habia distinguido en las famosas acciones de guerra de 1806 y 1807, en las calles y suburbois que tanto amó.

Bautizado por los peligros en la religion de la gloria, la gloria estará siempre desvelada sobre su tumba.

El Dr. Lopez fué una de esas criaturas á quienes Dios tanto ama, que las identifica con la patria, dándoles un instante de inspiracion para que en él reasuman y den forma al instinto característico de esa misma patria en toda su prolongada duracion.

La noble igualdad de la democracia; el presentimiento de la realidad de la independecia en el albor de la lucha que habia de conquistarla; la fé en la libertad, todas estas aspiraciones realizadas mas tarde á fuerza de sangre y de heroismo, él las impuso como de fé á su pueblo y al mundo, desde los primeros dias de nuestra revolucion en las magnificas estrofas de la *marcha nacional argentina*. Himno sagrado que repetimos en las grandes conmemoraciones patrias, puestos en pié y con la cabeza descubierta por respeto á la santidad de los conceptos y á la sangre de nuestros mártires:—¿Cuánto no habrá contribuido á alentar el esfuerzo de nuestros viejos soldados desde las márgenes del Plata hasta los torrentes del Ecu-

dor? Vosotros, señores, conocéis las emociones que en la niñez y en la edad madura produce en todo pecho argentino ese himno para nosotros inmortal. Yo he comprendido todo su poder y toda su influencia cuando me he sentado á la orilla del Maipú y á las faldas del Pichincha. El agua que corria, la brisa que pasaba por mis cabellos, me traían los versos patrios del poeta como si saliesen de las tumbas de nuestros guerreros que pelearon allí por la libertad de dos repúblicas hermanas. Ah! señores, el molde en donde se vaciaron tan sublimes y armoniosos pensamientos tiene ya en esa fria tierra la almohada de la noche sin dia siguiente.

Ah! y cuán sin vanidad era en medio de una gloria tan envidiable! El premio de merecerla consistia para él, por bendicion del cielo, en encontrarse estimulado para obrar bien, para amar mas, y para sentirse impelido hácia la juventud en quien miró siempre la prolongacion de la patria. Él estudiaba para enseñar, y enseñaba no solo para cultivar la mente sinó para elevar los sentimientos del corazon sobre el orgullo del espiritu tan propenso á sublevarse en la edad de la inesperienza. El alma del Dr. Lopez era de aquellas que buscan el estudio como medio de perfeccion moral: la encendia en el fuego de la ciencia para que se levantase hácia arriba como una llama. Esa alma de poeta jamás se materializó al investigar las leyes del mundo fisico y al someter esas mismas leyes al cálculo matemático. La fuerza atrayente de su moral, subordinando en ella todo lo creado de que tenia conciencia y conocimiento, y armonizando lo que se palpa con lo que únicamente se concibe, la devolvía á Dios en un himno cuya síntesis, segun él mismo, se encerraba en estas tan sublimes como sencillas espresiones: *hágase, señor, tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* (1)

Su voluntad se ha realizado: un justo mas está á su diestra.

Adios, mi venerado compatriota! Adios para siempre, maestro y amigo mio! Permittedme que, al separarme de vuestro sepulcro, diga para vos lo que dijisteis elocuentemente en este mismo sitio sobre la tumba de otro sabio y virtuoso porteño. «Adornemos tu sepulcro con ro-

(1) Armonía de los cielos y la moral, poema en verso del Dr. Lopez.

sas y siempre-vivas y mientras existan tus discípulos y amigos, y mientras haya amantes de la gloria literaria de Buenos Aires, serás nombrado y alabado como un digno modelo.»

«*Semper honos, nomenque tuum laudesque manebunt.*»

A Avellaneda, Alvarez, Acha, Lavalle, Maza, Varela, Beron de Astrada, y en su nombre á todos los mártires de la Patria.

II.—MÁRTIRES SUBLIMES! Envidio vuestro destino. Yo he gastado la vida en los combates estériles del alma convulsionada por el dolor, la duda y la decepcion;—vosotros se la disteis toda entera á la Patria.

Conquistasteis la palma del martirio, la corona imperecedera, muriendo por ella, y estareis ahora gozando en recompensa de una vida toda de espíritu y de amor inefable.

Oh Avellaneda! primojénito de la gloria entre la jeneracion de tu tiempo; tus verdugos, al clavar en la picota de infamia tu cabeza sublime, no imaginaron que la levantaban mas alto que ninguna de las que cayeron por la Patria.—No pensaron que desde allí hablaria á las jeneraciones futuras del Plata, porque la tradicion contará de padres á hijos que la oyeron desfigurada y sangrienta articular—*libertad, fraternidad, igualdad*, con voz que horripilaba á los tiranos.

Oh Alvarez! tú eras tambien, como Avellaneda, hermano nuestro en creencias, y caiste en Angaco por ellas:—diste tu vida en holocausto á la victoria, que traicionó despues al héroe de aquella jornada, á Acha, el valiente de los valientes, el tipo del soldado Argentino. Pero fué mejor que cayeras; los verdugos sé hubieran gozado en tu martirio, y encontrado tambien, como para la cabeza de Acha, un clavo y una picota infame para la tuya.

Y tú, Lavalle, soldado ilustre en Chacabuco, Maipú, Pichincha, Riobamba, Junin, Ayacucho, Ituzaingó;—los Andes que saludaron tantas veces tu espada vencedora, hospedaron al fin tus huesos venerandos. Te abandonó la victoria cuando te vió el primero de los campeones de la Patria;—te hirió el plomo de sus tiranos, y caiste por ella envuelto en tu manto de guerra.

Maza, tú tambien pertenecias á la jeneracion nueva; su

espíritu se había encarnado en tí para traducirse en acto. —Debiste ser un héroe y el primer ciudadano de tu Patria, y solo fuiste su más noble mártir. Vanamente el tirano puso en tortura tu alma de temple estóico, para arrancarte el nombre de los que conspiraban contigo; te lo llevaste al sepulcro.

Oh Varela! como Avellaneda y Alvarez, tú no debiste ser soldado. Si no hubiera nacido un tirano en tu patria, la ciencia y la reflexión habrían absorbido vuestras preciosas vidas.—La traición del bárbaro enemigo te hirió cobardemente, y tus huesos están todavía en el desierto, pidiendo sepultura y religioso tributo.

Varela, Avellaneda, Alvarez;—La espada y la pluma, el pensamiento y la acción se unían en vosotros para enjendrar la vida:—sois la gloria y el orgullo de la nueva generación.

Pago-Largo, y Beron de Astrada; primera página sangrienta de la guerra de la regeneración Argentina.—Tu nombre, Astrada, está escrito en ella con caracteres indelebles.

A tu voz, Corrientes se levantó como un solo hombre, para quedar con el bautismo de sangre de sus hijos santificado é indomable, y ser el primer pueblo de la República.

Desde el Paraná al Plata, desde el Plata á los Andes, desde los Andes al Chaco, corre el reguero de sangre de sus valientes; pero le quedan hijos y sangre, y ahí está de pie todavía más formidable que nunca desafiando al tirano Argentino.

¿Qué pueblo como Corrientes en la historia de la humanidad?—un corazón y una cabeza que se reproducen con nueva vida, como los miembros de la Hidra bajo el hacha esterminadora.

Obra es esa tuya, Beron:—tu Pueblo tiene en su mano los destinos de la República, y los siglos lo aclamarán Libertador.

Mártires sublimes de la Patria!—vosotros reasumis la gloria de una década de combates por el triunfo del *Dogma de Mayo*: vuestros nombres representan los partidos que han dividido y dividen á los Argentinos:—desde la esfera de beatitud divina, donde habitais como hermanos unidos en espíritu y amor eterno, echad sobre ellos una mirada

simpática, y rogado al Padre derrame en sus corazones la fraternidad y la concordia necesaria para la salvacion de la Patria.—*Echeverria*.

Discurso pronunciado por D. Feliz Frias en la Cámara de Diputados del Estado de Buenos Aires, en el enjuiciamiento de Rosas, sesion 1º de Julio de 1857.

12.—Señor Presidente: Rara vez se habrá encontrado la Asamblea de un pueblo libre encargada de una deliberacion mas solemne que la que se abre hoy en este recinto. Vamos á discutir un proyecto de ley en el que se nos propone fulminemos una sentencia contra el tirano, hoy vencido y proscripto, que por tan largos años humilló á este país y fué el escándalo de la América. Se nos pide demos al anatema de la conciencia pública la sancion de la ley, á fin de que la pena aplicada á la pasada tiranía nos preserve de nuevos tiranos, y á fin de acordar á la libertad victoriosa y á los esforzados sacrificios hechos para conquistarla la satisfaccion que les es debida

A nosotros estaba reservada la triste suerte, señores, de desmentir la esperanza de los que creian agotada en el siglo XIX la raza de los Nerones y Robespierre. Cuando nuestros padres rompieron heróicamente los lazos que nos unian con la nacion española, no pudieron preveer sin duda que llegaria el dia en que un hombre haria de este país su propiedad, y de sus hijos sus esclavos; y que cometiera él solo en veinte años, mas crímenes que cuantos se habian cometido en tres siglos de nuestra vida colonial. Para ellos un tirano era una cosa antidiluviana, como uno de esos raros animales, cuya raza se ha estinguido y cuyos restos se hallan en nuestras llanuras de la Pampa.

Ese hombre vino sin embargo; vino como vienen los tiranos, precedido por la anarquía, por la anarquía que no es jamás infecunda, que tiene siempre un heredero forzoso. Ese hombre fué Rosas.

¿Os recordaré sus crímenes, señores? ¿Quién los ignora en esta tierra? ¿Os pintaré la relijion abatida, los templos profanados, los ministros del altar llevando al pecho pala-

bras de muerte, las asambleas mudas ó serviles, su presidente asesinado ahí—en esta misma casa, la prensa encadenada, las damas arrastrando el carro que conducía el retrato de aquel hombre, las propiedades confiscadas, los ciudadanos indefensos arrancados de sus hogares y degollados en los cuarteles y en las plazas, los cohetes que atornaban el aire, y la música recorriendo las calles para anunciar á la poblacion aterrada que la sangre argentina corria á torrentes? Y el sereno, interrumpiendo el sueño de los habitantes de esta ciudad en las calladas horas de la noche con el grito de *¡mueran los salvajes unitarios!* ¡Maldición á la anarquía, señores, maldición á la anarquía que enjendra tales monstruos!

El nombre de Rosas irá estigmatizado hasta las mas remotas jeneraciones de este país; y el sol de Mayo tiene que brillar muchas veces en el cielo de la patria antes que se seque la sangre que aun humea en las ciudades y en los campos.

Para nadie es un problema si fué ó no Rosas un tirano. Las madres y las esposas argentinas que agotaron las lágrimas de sus ojos en los largos días, y en las noches mas largas aun de la época del terror, os dirán que el problema está resuelto, y el fallo pronunciado. Ellas os dirán que es tarde ya, y que es inútil acusar á un hombre que no puede ser defendido.

Se me contestará tal vez, que pronunciado el fallo por la conciencia pública, es menester aplicar la pena al criminal. ¿La pena? ¿Creis que, aunque recorrais todos los códigos del mundo, hallareis una pena proporcionada al crimen de la tiranía? La pena existe, y voy á deciros cual es; pero no está escrita en ningun código.

La pena consiste, no en matar á los tiranos, sino en dejarlos con vida. Rosas condenado á sobrevivir á su caída en el seno de la civilizacion europea, ¿hacia donde dirijirá sus pasos, en qué objeto fijará la vista que no le recuerde sus enormes atentados, su guerra brutal contra la prosperidad y la civilizacion de su país? Verá en Inglaterra, cuya hospitalidad ha puesto en tan dura prueba, que hasta para las bestias hay garantías en sus leyes, que él negaba á sus paisanos; pues no se puede azotar allí impunemente á un animal. En Inglaterra, señores, no hay

mas que un esclavo, es Rosas, que no puede sacudir el yugo del remordimiento.

Rosas ha desaparecido últimamente de la casa que ocupaba en Southampton, y busca en no sé que orjías inmundas el olvido de sí mismo. Al huir de su casa ha creído huir de su conciencia; su conciencia le sigue, y el remordimiento ha escrito en ella con caracteres indelebles la pena. ¿Sabeis lo que es remordimientos para los tiranos? Es el grito incesante, la maldición de la víctima en la conciencia del verdugo. No se mata impunemente, señores, á una madre que lleva en su seno una criatura de Dios. El remordimiento ha grabado en la conciencia de Rosas el retrato de Camila O'Gorman. ¡Esa es la pena!

El único asilo donde pudiera hallar la paz para su alma atormentada por los recuerdos, es en el templo católico, y ahí no la busca. Si ahí la buscara, los venerables sacerdotes inmolados á su furor, invocarian en el cielo, en su favor, la misericordia divina. ¡Solo Dios puede perdonar á los tiranos!

La sentencia está dada, señores, y la pena aplicada; y no veo que tengamos nada que agregar ni á la sentencia ni al castigo. Además, ¿somos acaso nosotros un tribunal competente? ¿Es menester que una Cámara Argentina juzgue y condene á Rosas? Yo no lo creo, pero si vosotros lo creyerais, os diria que para eso somos pocos los miembros de esta Cámara.

Rosas no fué el tirano de Buenos Aires únicamente, fué el tirano de catorce pueblos argentinos. Yo no veo aquí á los diputados de Tucuman que pudieran contarnos como murió Avellaneda, cuando, al sentir cortada lentamente su cabeza por la mano del verdugo, que probaba su coraje, la levantó con sublime indignacion y exclamó: «Acabe V., pues.»—No veo aquí á los diputados de Catamarca, que nos dirian cuanta fué la sangre que enturbió el agua de los rios que bañan sus hermosos valles.—No veo aquí, señores, á los diputados de esos bravos Correntinos, que despues de haber visto talados sus campos é incendiados sus hogares, dejaron rastro de su jenerosa sangre en todas las provincias de la República, y acompañaron con indomable constancia á su jeneral durante dos años de combates, hasta que vencidos al fin, pero no cansados de pelear por la libertad arjen-

tina, regresaron por el Chaco al suelo en que nacieron. La visita fué corta, pues sabéis que volvieron con nuevo ardimiento á continuar la lucha.

El testimonio de los representantes de esas provincias, y de todas las otras son piezas inseparables del proceso. ¡Y quisiera el cielo que el odio de la tiranía nos moviera á reunir cuanto antes el Congreso Argentino que ha de condonarla! Podríamos entonces contemplar sin rubor la memoria de nuestros padres, y confiar en la grandeza del porvenir de nuestros hijos.

Os he dicho que Rosas estaba condenado por la conciencia pública y por su propia conciencia. Lo estará además por la de la humanidad, y la sentencia de la humanidad es la historia la que la pronuncia. El día que ella se escriba, el tirano quedará castigado por la execración de las edades venideras. Mi memoria es muy escasa, y soy poco instruido en la historia; ignoro si Neron fué condenado por alguna asamblea romana. Lo que yo sé y lo sabe el mundo, es que Neron fué un abominable bandido; y que los Tácitos reemplazan muy bien á los senados, y vengan victoriosamente á la humanidad ultrajada desde que dejan de los tiranos una pintura parecida al orijinal. En vano los falsificadores de la historia procuran dorar la guillotina y disculpar con el sofisma á esos jenios perversos para vejar la dignidad del hombre; la conciencia de la humanidad es invencible y sus fallos inapelables.

Discurso pronunciado en Palermo por D. Bartolomé Mitre en la adjudicacion de premios de la Esposicion Agrícola-Rural Argentina de 1869.

13.—Al proclamar los nombres de los que han concurrido en este año á la Esposicion Agrícola-Rural Argentina, con objetos dignos de llamar la atencion pública; y al distribuir los premios á que se han hecho merecedores, no me es posible dejar de recordar con tal motivo, los nombres de aquellos benefactores de la humanidad que los precedieron en la tarea, aclimatando en nuestro suelo

las plantas y animales mas útiles al hombre. Ellos fueron los primeros que abrieron el surco y depositaron la simiente: los primeros que dieron el noble ejemplo de la inteligencia aplicada al trabajo, y fundaron con el sudor de sus frentes la tierra jenerosa de la patria, que hoy nos brinda con sus riquísimos y varios productos. Vendrá un dia tambien en que los nombres de algunos de los premiados sea, como el de aquellos, bendecido por las jeneraciones futuras, y en que la modesta corona que hoy vamos á colocar sobre sus sienes, sea para sus hijos un timbre de gloria mas envidiable que el lauro ensangrentado del guerrero.

Mientras tanto, yo cumplo con el deber de rememorar, para estímulo suyo y para alentar en el trabajo á las jeneraciones presentes, los nombres de aquellos conquistadores de la naturaleza bruta, que combatieron por el triunfo de la civilizacion en estas rejiones, armados con el hierro del pico y del arado; de aquellos que conquistaron el suelo para la agricultura y multiplicaron las fuerzas productoras del hombre ó embellecieron su vida, poniendo á su servicio la constancia del buey, la rapidez del caballo, el vellon de la oveja, la piel de la cabra, los granos alimenticios, las aves domésticas, las frutas y las flores desconocidas en el Nuevo Mundo; en una palabra, señores, todo aquello que hoy constituye nuestra delicia ó nuestra riqueza.

¡Gloria á ellos! Vergüenza para nosotros que gozamos de sus beneficios, sin conocer la mano jenerosa que los derramó, sin preguntarnos en qué dia nacieron y en qué hora murieron los que consagraron su vida al bien de sus semejantes, y dejaron por herencia á las jeneraciones venideras el monumento mas imperecedero de los siglos: las razas de animales que se perpetuan, y las plantas que se reproducen eternamente.

La antigüedad consagró altares en honor de Ceres, por haber depositado en la tierra el primer grano de trigo, y la posteridad agradecida ha afirmado sobre su cabeza esa espléndida diadema de espigas de oro, que simbolizan la abundancia que nace del trabajo.

Méjico ha salvado del olvido el nombre del negro de

Hernan Cortes, que con tres granos de trigo cubrió de mieses el antiguo imperio de los Aztecas.

El Perú recuerda con gratitud el nombre de Maria de Escobar, la Ceres peruana, que fué la mensajera de la semilla de la vida.

Menos felices ó mas ingratos, nosotros no podemos decir á quien debemos las mieses que cubren nuestros campos, y al romper el pan de cada día, no podemos enseñar á nuestros hijos quién fué el primero que depositó el primer grano de trigo en las entrañas vírgenes de la tierra Argentina!

Apenas sabemos quienes fueron los primeros que introdujeron al Rio de la Plata los primeros animales vacunos, lanares y caballares; los primeros árboles, las primeras flores, mientras que la historia ha conservado el nombre del importador de uno de los insectos, que solo sirven para hacer ajitado el sueño del hombre.

Para apreciar debidamente el inmenso beneficio de que somos deudores á los primeros que derramaron en estas soledades las semillas de la abundancia y los jérmenes de la vida animal; para apreciar los inmensos progresos que hemos hecho en el sentido de la produccion y de la riqueza, debemos transportarnos con la imaginacion á aquella época, no muy lejana todavía, en que este suelo se hallaba tal cual salió de manos del criador. Entónces ese verde manto de pastos azucarados que hoy alimenta nuestros ganados, no tapizaba la planicie de la pampa; y el agreste pajonal sofocaba en ella todo principio de vegetacion. Ningun árbol interrumpia su melancólica monotonía, lijeramente matizada por la roja margarita de sus campos (la verbena), que hoy es el mas bello adorno de los jardines ingleses. Ni mas animales cruzaban las llanuras que el venado y el avestruz, en pos de los cuales corria á pié el indio cazador. Si allá, en las nacientes de los rios interiores, sus habitantes tenian algunas nociones de agricultura, si cultivaban el maiz y varios vegetales desconocidos en Europa, la canoa payaguá no llegaba hasta el Plata; y los salvajes habitantes del territorio que hoy forma el Estado de Buenos Aires, no participaban de esas bendiciones.

Los cataclismos del globo habian sepultado para siem-

pre en las profundidades de la tierra, las primeras razas de animales antidiluvianos, entre los cuales acaba de descubrir M. Bravard en sus investigaciones jeológicas, el tipo del caballo primitivo de la fauna Argentina, al lado del gigantesco esqueleto del mastodonte.

Fué entonces cuando el hábito de la vida penetró hasta estas rejiones, y fecundó los ricos jérmenes que este suelo ocultaba en su seno.

Para ello fué necesario que el jenio de Colon, partiendo de la idea preconcebida de la esferidad de la tierra, restableciese su equilibrio, descubriendo el hemisferio desconocido; fué necesario que, siguiendo la lijera estela de sus carabelas, se lanzarán tras él osados aventureros, misioneros de pan, trabajadores infatigables, trayendo consigo los animales que forman el cortejo de la civilizacion, las semillas que constituyen su tesoro y los instrumentos de labranza que son las armas con que combate y vence á la naturaleza bruta.

Fué necesario que Solís, víctima propiciatoria de esa civilizacion, derramase en este suelo la primera sangre europea que la regó; y que Gaboto, internándose á los rios superiores, clavase la cruz del cristianismo en las solitarias orillas del Paraná. El abono de la sangre y el simbolo de la redencion, fueron los únicos resultados que dieron las dos primeras espediciones que arribaron al Rio de la Plata.

Con la espedicion de D. Pedro de Mendoza en 1535, vinieron las primeras yeguas y los primeros caballos. Entonces se levantó sobre las márgenes del Riachuelo la primera poblacion de Buenos Aires, que destruida por las llamas y asediada por el hambre, fué totalmente abandonada por sus pobladores. Al separarse de estas playas y remontar al Paraná en busca de una rejion mas hospitalaria, los pobladores dejaron abandonados en estos campos cinco yeguas y siete caballos, que reproduciéndose libremente dieron origen á esas innumerables bagualadas, que no hace un siglo poblaban las Pampas hasta el pié de las Cordilleras. A la espedicion de D. Pedro de Mendoza debemos, pues, el caballo, ese noble animal en cuyos hombros cruzamos la llanura, y que nos acompaña á los trabajos de la paz y en los peligros de la guerra.

Transportada la naciente colonia á las márgenes del Paraguay, el capitán Nuño de Chaves atraviesa toda la América y llega hasta Lima; y de regreso, trae de Charcas, en 1550, las primeras ovejas y las primeras cabras que se hayan conocido en el Río de la Plata.

En 1556 se introducen del Brasil al Paraguay los primeros animales vacunos. Seis toros y una vaca, tal fué el origen que la historia asigna á esos millones de ganados que pueblan nuestros campos, aunque no puede decirse con propiedad que tal haya sido la base de nuestra riqueza pastoril. Disputátese la gloria de haber sido los primeros introductores de esas seis vacas y un toro (porque es una gloria digna de disputarse), los hermanos Goes, auxiliados del portugués Gaete, según Ruiz Díaz de Guzmán, y el capitán D. Juan Salazar, según Azara; aunque ámbos coinciden en el número y en que vinieron del Brasil, lo que haría creer que de todos ellos es igualmente la gloria, y que quizá realizaran la empresa en calidad de asociados.

Los descendientes de esos vacunos vinieron con Garay, cuando este fundó la segunda ciudad de Buenos Aires en el mismo sitio en que hoy se ostenta.....

(Cita en seguida el orador el nombre de los importadores de nuevas industrias hasta la época actual, y termina su discurso con las elocuentes palabras que siguen:)

Todo esto, señores, debe alentar á los iniciadores de las grandes ideas, á los introductores de nuevas razas, á los productores de toda especie, á perseverar en el trabajo, y á complementar la obra de Dios por medio de la inteligencia aplicada á él. Hemos recorrido los humildes orígenes de nuestra industria agrícola rural, y hemos podido convencernos que este suelo tal cual se presenta á nuestra vista, que esos pastos que lo tapizan, esos árboles que le dan sombra, esas flores que lo esmaltan, esos animales que lo cubren, esos productos que se esportan en forma de vellones y de pieles, son el resultado de viajes, guerras, aclimataciones, emigraciones, de injentes capitales gastados, y sobre todo de la inteligencia y del trabajo incorporado á esos objetos materiales.

Hace tres siglos no existían aquí, ni las plantas ni los

animales mas útiles al hombre. Hoy pacen millones de vacunos, de ovejas y de caballos por la verde planicie de la Pampa, cuyos pastos se han endulzado por la aclimatación de esas nuevas razas. Hoy la campaña se puebla de árboles, y el bosque cultivado acabará tambien por modificar el clima, atrayendo la humedad y haciendo periódicas las lluvias. Todo esto tuvo por origen seis vacas y un toro, cinco yeguas y siete caballos, un puñado de semillas que cabia en la mano y algunos huesos de frutas traídas por la casualidad. En presencia de tan pequeños medios y de tan magníficos resultados, la esperanza, ese resorte de la vida que nunca se destempla, no debe abandonarnos, para transmitir nuevos y riquísimos productos á nuestros hijos, sobre todo cuando vemos aclimatados ya todos los animales útiles, que multiplican las fuerzas productoras del hombre; cuando vemos crecer al aire libre casi todas las plantas de todas las zonas, introducidas de pocos años á esta parte, cuando marchamos, en cuanto á lanas, pieles, sebos y carnes preparadas, á la vanguardia de toda la América, y podemos distribuir premios á la industria en presencia de este concurso poco numeroso, pero escogido; inmortalizando en el metal duro y precioso, no ya los triunfos de la guerra, sino el triunfo pacífico del trabajo, coronando al vencedor, cuya victoria enjugará muchas lágrimas en lo futuro, sin hacer derramar ninguna ni á las jeneraciones presentes.

Así, señores, debemos persuadirnos, que tal vez asistimos en este momento á una escena digna de la posteridad, y que muchos nombres que hoy resuenan en este limitado recinto serán tambien bendecidos por nuestros hijos, como los de otros muchos benefactores de la humanidad, que hemos recordado antes.

Mientras tanto, séame permitido saludar y felicitar á los premiados, en nombre del país y del Gobierno; alentarlos con mi voz en sus nobles y fructíferas tareas, y decirles á ellos y á los que imiten tan hermoso ejemplo, que el mas humilde animal, la mas pequeña planta, la mas pobre flor, el mas insignificante producto que el hombre puede mejorar ó modificar por la intelijencia y el trabajo, dándole una aplicacion útil ó agradable, tiene mas influencia sobre la felicidad del jénero humano que un nuevo astro

descubierto por el astrónomo en la inmensidad de los cielos.

Las ciencias y la sociedad.

14.—Arrojado débil y desnudo en la superficie del globo, parecía el hombre haber sido creado para una destrucción inevitable: los males le asediaban por do quiera; los remedios le quedaban ocultos, pero había recibido el genio para descubrirlos.

Los primeros salvajes cojieron en las selvas algunas frutas alimenticias y raíces saludables, y con ellas, satisficieron sus mas apremiantes necesidades; habiendo notado los primeros pastores que los astros siguen una marcha fija, sirviéronse de éstos para dirigir sus correrias al través de las llanuras del desierto: tal fué el origen de las ciencias matemáticas y de las ciencias físicas.

Seguro desde entonces de que podia combatir á la naturaleza con sus propias armas, no descansa ya el genio, que, espiándola sin cesar, hizo continuamente sobre ella nuevas conquistas, marcadas todas por alguna mejora en el estado de los pueblos.

Sucedieron entonces sin interrupcion espíritus reflexivos, fieles depositarios de las doctrinas adquiridas, constantemente ocupados en ligarlas, vivificarlas unas por otras, y conduciéndonos, en menos de cuarenta siglos, á los profundos cálculos de los Newton y de los Laplace y á las sabias enumeraciones de los Linneo y de los Jussieu. Esta preciosa herencia, siempre acrecentada, llevada de la Caldea á Egipto, de Egipto á Grecia, oculta, durante siglos de infortunio y de tinieblas, recobrada en épocas mas felices, desigualmente esparcida entre los pueblos de Europa, ha llevado siempre en pos de sí la riqueza y el poder: las naciones que la han acojido han llegado á ser dueñas del mundo; las que la han descuidado, cayeron en la debilidad y en la oscuridad.

Verdad es que durante largo tiempo, aun aquellos que tuvieron la suerte de revelar algunas verdades importantes, no percibieron por completo las grandes relaciones que las

unen á todas, ni las consecuencias infinitas que pueden dimanar de cada una.

No hubiera sido natural que esos marinos fenicios que vieron la arena de las riberas de la Bética trasformarse en el fuego en vidrio trasparente, presintiesen en el acto que esa materia nueva podria prolongar para los ancianos los goces de la vista; que ayudaria al astrónomo para que penetrara en las profundidades de los cielos y numerara las estrellas de la vía láctea; que descubriria al naturalista un pequeño mundo, tan poblado, tan rico en maravillas como aquel que parecia haber sido el único ofrecido á sus sentidos y á su estudio; que, en fin, su uso el mas simple, el mas inmediato, procuraria, corriendo el tiempo, á los ribereños del mar Báltico, la posibilidad de construirse palacios mas espléndidos que los de Tiro y de Menfis, y cultivar, casi bajo los hielos del círculo polar, las frutas mas sabrosas de la zona tórrida.

Cuando un bondadoso religioso, desde el fondo de un claustro de Alemania, encendió por primera vez una mezcla de azufre y salitre, ¿quién hubiera podido predecirle todo lo que orijinaria su esperiencia? Cambiar el arte de la guerra; proteger el valor contra la superioridad de la fuerza fisica; restablecer en Occidente la autoridad de los reyes; impedir que en adelante los países civilizados fuesen presa de las naciones bárbaras; llegar á ser, en fin, una de las grandes causas de la propagacion de las luces, al obligar á que se instruyesen los pueblos conquistadores que, hasta entónces, habian sido casi en todas partes los azotes de la instruccion: tal era el destino de una de las mas simples combinaciones de la química.

Hoy, estas consecuencias hieren todos los ojos; pero la vista mas penetrante no hubiera podido percibirlos en esos principios en que cada uno se contentaba con seguir la senda que le habia abierto la casualidad: era casi sin saberlo que los primeros observadores llegaban á ser los bienhechores de sus semejantes.

La principal é inmensa ventaja de la actual marcha de las ciencias consiste en la cesacion de ese aislamiento.

Los diversos caminos se han encontrado; los que los recorrian se han creado un lenguaje comun; sus doctrinas particulares, á fuerza de estenderse, han llegado á to-

carse, y, prestándose un mutuo apoyo, marchando en una misma línea, abrazan las existencias en toda su jeneralidad.

Al elevarse así por sobre todo, la ciencia lo ha alcanzado todo con sus miradas; todas las artes le han sido sometidas, la industria la ha reconocido por su reguladora; ella ha servido y protegido al hombre en todos sus estados; entrelazándose de la manera mas íntima y mas sensible con todas las conexiones de la sociedad.

Un botanista, cuyo nombre apenas es conocido, trajo el tabaco del Nuevo Mundo á Europa, hácia los tiempos de la Liga. Hoy dia, esta planta da á la Francia sola la materia de un impuesto de cincuenta millones; los otros países de Europa sacan de ella recursos proporcionales; hasta por las partes mas recónditas de la Turquía y de la Persia, ha llegado á ser un grande artículo de comercio y de agricultura.

Otro botanista, en la época de la Rejencia, hizo pasar á la Martinica una planta de café, de ese arbusto de la Arabia que no habia empezado á ser conocido en Europa mas que en los primeros años del reinado de Luis XIV. Esa sola planta ha dado todas las de nuestra isla; ha enriquecido los colonos. Su uso se ha vulgarizado; y por cierto que ha sido mas eficaz que toda la elocuencia de los moralistas para destruir el abuso del vino en las clases superiores de la sociedad.

¿Quién podria afirmar que hoy mismo no recelen nuestros jardines de botánica alguna yerba despreciada, destinada á producir, en nuestras costumbres ó en nuestra economía política, revoluciones tan importantes como aquellas?

Y, lo que coloca en una categoría muy distinta las revoluciones que las ciencias ocasionan, es que siempre son felices. Combaten á las otras; es la oposicion de los dos principios: la guerra de Ormuzd contra Ahriman.

Cuando una funesta desidia entregaba nuestras selvas á la destruccion, la física mejoraba nuestros hogares; cuando los celos de los pueblos nos privaba de los productos estranjeros, la química los hacia brotar de nuestro suelo. Jamas parecieron las naciones de Europa trabajar con mas ardor como desde veinte años á esta parte en aniquilar

sus subsistencias. ¡Cuántas carestías no hubiesen producido en otros tiempos las devastaciones de que hemos sido testigos! La botánica habia atendido á ello: habia ido á buscar allende los mares algunas nuevas plantas alimenticias, aprovechando cada mal año para recomendar su propagacion, llegando así á hacer imposible cualquier carestía.—
Jorje Cuvier.

Invencion de los globos aereostáticos.

15.—Los descubrimientos científicos, aun los que prometian mayores ventajas á los hombres, como, por ejemplo, los de la brújula y de la máquina de vapor, fueron recibidos, á su aparicion, con una desdeñosa indiferencia. Los acontecimientos políticos, las hazañas militares, son los únicos que gozan del privilejio de conmover la masa del pueblo. Ha habido, sin embargo, dos escepciones á esta regla. A esta sola infliccion, cada uno de vosotros ha nombrado ya la América y los globos aereostáticos, Cristóbal Colon y Montgolfier. Los descubrimientos de estos dos hombres de jenio, tan diferentes hasta ahora en sus resultados, tuvieron al nacer igual suerte. Recojed, en efecto, en la *Historia del Almirante*, las pruebas del entusiasmo público que el descubrimiento de algunas islas promovió en el Andaluz, el Catalan, el Aragonés, el Castellano; leed el relato de los honores inauditos que se afanaban en rendir, desde las ciudades mas grandes hasta los mas humildes villorios, no solamente al jefe de la empresa, sino tambien á los simples marineros de las carabelas la *Santa Marta*; la *Pinta* y la *Niña*, y escusaos en seguida de buscar en los escritos de la época cual fué la sensacion que produjeron los globos aereostáticos entre nuestros compatriotas: las procesiones de Sevilla y de Barcelona son la fiel imájen de las fiestas de Lyon y de Paris. En 1783, como dos siglos antes, las imajinaciones se guardaron muy bien de encerrarse en los límites de los hechos y de las probabilidades. Allá, no habia un solo Español que, en huellas de Colon, no quisiese, él tambien, ir á sentar su planta en esas comarcas, donde, en el espacio de algunos

días, debía recojer tanto oro y piedras preciosas como en otro tiempo habian poseido los mas ricos potentados. En Francia, cada uno, segun la direccion habitual de sus ideas, hacia una aplicacion diferente, si bien seductora de la nueva facultad, casi dije de nuevos órganos, que el hombre acababa de recibir de manos de Montgolfier. El fisico, trasportado á la rejion de los metéoros, tomando la naturaleza *infragante*, penetra, en fin, con una sola mirada, el misterio de la formacion del rayo, de la nieve, del granizo. El jeógrafo, aprovechándose de un viento favorable, iba á explorar, sin peligro como sin fatiga, á esas zonas polares que hielos amontonados desde siglos parecen querer sustraer para siempre á nuestra curiosidad, y á esas rejiones centrales de Africa, de Nueva Holanda, de Java, de Sumatra, de Borneo, tan bien defendidas contra nuestras tentativas por un clima devorador como por los animales y las tribus feroces que alimentan. Ciertos jenerales creian dedicarse á un trabajo urgente al estudiar los sistemas de fortificaciones de artillería, que convendria oponer á enemigos viajando en globos aereostáticos, otros elaboraban nuevos principios de tácticas aplicables á batallas aéreas. Semejantes proyectos, que se diria sacados del Ariosto, parecian seguramente deber satisfacer los espíritus mas atrevidos, mas entusiastas; no sucedió así, sin embargo. El descubrimiento de los globos aereostáticos, á pesar del brillante cortejo del que, á porfía, cada uno lo rodeaba, no pareció ser mas que el precursor de descubrimientos mucho mas grandes aun: en adelante, nada debia ser imposible para quien acababa de conquistar la atmósfera; este pensamiento se reproduce á cada momento, revistiendo todas las formas: la juventud se apodera de él con júbilo; la vejez le hace el testo de mil amargas quejas. Ved á la mariscala de Villeroy: octojenaria y enferma, la conducen casi á la fuerza á una de las ventanas de las Tuillerías, porque no cree en los globos aereostáticos; el globo, sin embargo, se desprende de sus ataduras; nuestro cólega Charles, sentado en la barquilla, saluda alegremente al público y se lanza en seguida majestuosamente en los aires. ¡Ah! al fin y al cabo, pasando, y sin transicion, de la mas completa incredulidad á una confianza ilimitada en el poderío del espíritu del hombre, la

vieja mariscala cae de hinojos, y con los ojos anegados en lágrimas, deja escapar estas palabras: « Si, es cierto, no hay ya como dudar de ello, hallarán el secreto de no morir en adelante, y esto, cuando haya yo muerto! » — *Francisco Arago.*

La horticultura

Improvisacion de Lamartine en la sesion jeneral de la sociedad de horticultura de Saone et-Loire, en Mâcon, Setiembre 20 de 1847.

16.—De la horticultura, señores, solo conozco sus goces, sus colores, sus sabores, sus olores, en una palabra, sus sensualidades; de ella, no comprendo otra cosa que esta atraccion irreflexiva, natural, instintiva, que ha impulsado en todo tiempo á los hombres, y sobre todo á los hombres de intelijencia y de sentimiento, á los poetas, á los escritores, á los filósofos, á los guerreros y aun á los cenóbitas, á buscar el espectáculo, la contemplacion, el recojimiento de los jardines, á sustraerse allí al ruido de la turba, á la mirada de la muchedumbre, al tumulto del foro, á encerrarse allí á la sombra de algunos arbustos, al borde de algun manantial, á estudiar los fenómenos, á escuchar, con el oido en tierra, permitáseme la espresion, las sordas palpitaciones del suelo, el murmullo de la vida vegetal, la circulacion de la savia de las ramas de los árboles; á sentir allí tambien vejetar en sí mismos esos pensamientos, esas inspiraciones, ya piadosas, ya tiernas, ora filosóficas, ora heróicas, lo que se llama el jenio de la soledad; ó bien á venir á reposarse allí al medio dia ó en la tarde de la vida, á recuperar fuerzas en aquella postracion moral que, en ciertas horas, se apodera de los hombres de accion, como vuestras fatigas del cuerpo os sorprenden algunas veces á vosotros mismos durante vuestras pesadas tareas y os fuerzan á sentaros bajo el árbol que acabais de podar.

Este gusto natural, este parentezco secreto entre el hombre y un rincon de tierra mas especialmente apropiado, cercado, cultivado, plantado, sembrado, regado, cosechado por las manos del jardinero, es lo que ha hecho de la historia de los jardines, en todos los tiempos y en todos los paises,

una parte de la historia misma de las naciones, y tambien una parte de los sueños de la vida futura ó de la teogonia de los pueblos. Recorred todas esas teogonias, todas esas relijiones, todas esas historias, todas esas fábulas, no hay una que no haga aparecer al primer hombre en un Eden, esto es, en un jardin; no hay una que no le confine despues de la muerte en un Eliseo; no hay una que no mezcle esa imájen de un jardin abundante de aguas y frutas, á las imájenes y á los sueños de felicidad primitiva ó de dicha futura en el cielo. Y ¿qué prueba esto, señores? Que la imajinacion del hombre, en todos los paraísos que ha creado para sí, no ha podido soñar en algo mejor que un jardin terrestre ó celeste, aguas, sombras, flores, frutas, céspedes, árboles, cielo benigno, astros serenos, tierra fértil, una intelijencia secreta, una amistad reciproca, por decirlo así, entre el hombre y el suelo; tan cierto es así mismo que, en sus mas bellos sueños, no ha podido inventar el hombre nada mejor que la naturaleza: un sitio en la tierra, resguardado de los malvados, embellecido por la vejetacion, vivificado por las aves del cielo y por los animales amigos del hombre, santificado por el trabajo de sus manos, divinizado por la presencia viva del creador, habitado, en fin, por la familia, por el amor, por la amistad y por una sucesion de jeneraciones eternas! Es allí donde el hombre ha situado la dicha; y, ¿no es allí tambien donde vosotros os obstináis en buscarla? En buscarla, no inmutable y completa como en nuestros ensueños; pero en buscarla al menos en las imperfectas y cortas imájenes donde Dios nos ha permitido entreverla, por momentos y determinados sitios, aquí abajo.

Ah! bien haceis en buscarla allí, pues si vuestra ocupacion es la mas dichosa de las ocupaciones, vuestra ciencia en el fondo es la menos quimérica, la menos problemática, la menos engañosa, la mas segura de todas nuestras ciencias.

Dios, en sus inmutables obras, no se presta á nuestras quimeras: la naturaleza no se muestra complaciente con nuestros falsos sistemas. Soberana y absoluta, resiste ella como su autor, á nuestras locas tentativas, y burla, algunas veces rudamente, nuestras ilusiones. Ella nos secunda, nos ama, nos recompensa si la observamos bien y si coadyuamos á sus esfuerzos; pero si nos engañamos, si queremos

violentarla, forzarla, falsearla, inmediatamente nos da solemnidades desmentidos con su esterilidad, agostamiento y muerte de todo lo que intentábamos crear á su despecho y en contra de sus leyes. Nosotros podemos engañarnos impunemente y durante muchos siglos seguidos, en historia, en filosofía, en sistemas religiosos ó sociales y aun en astronomía. Podemos inventar las mas absurdas quimeras sobre todo eso y darlas por mucho tiempo al mundo como verdades. Pero, vosotros, agricultores ó horticultores, no lo podeis! Vuestros mas durables errores no pueden pasar de una estacion! el tiempo de una vejetacion! una primavera, un año cuando mas!....Hé ahí el término de vuestros errores, puesto que lo es de vuestras esperiencias. Trascurrido este, la naturaleza misma os rectifica, os revela su voluntad para que hagais concordar con ella vuestros trabajos. La interrogais así mismo sin cesar, respetuosa y experimentalmente y os responde siempre con exactitud y presteza.

Lo que ha fascinado en todo tiempo á los hombres por este bello arte, y sobre todo á los hombres mas sensibles. á los hombres de estudio, á los literatos, á los poetas, á los sabios, á los escritores, á los filósofos, y aun á los hombres de Estado y á los guerreros, es la cohabitacion mas cercana con la naturaleza, es el encanto unido al estudio de sus fenómenos, es esa contemplacion piadosa de la vejetacion, son esos éstasis que se renuevan sin fin al aspecto de esa vida universal, de esa secreta intelijencia difundida y visible en los vejetales; son esos límites indecisos entre el reino vejetal y el animal, que parecen reunir todos los elementos organizados en una misteriosa unidad en medio de su diversidad y separacion aparente.

Sí, son esas las seducciones que, en todas las épocas, han vinculado el alma de los hombres de pensamiento al espectáculo de la jerminacion, florescencia y fructificacion en los jardines. ¿Deberé acaso citaros á Pitágoras, que imponia á sus discipulos, como precepto de sabiduría, el ir á adorar el eco en los lugares agrestes? á Escipion, en Linternes? á Diocleciano, renunciando el imperio del mundo para ir á cultivar sus lechugas en sus jardines de Salona? á Horacio en Tibur? á Ciceron en Túsculo ó bajo sus naranjos de Goete? á Plinio, describiendo para la posteridad el plan de sus calles cercadas con boj, y dando el catálo-

go de sus árboles podados en forma de estatuas vegetales? al anciano Homero, recordando sin duda su propio cercado paternal en la descripción [del pequeño cercado de Laertes, sombreado y enriquecido de sus trece perales? á Petrarco, en Vaucluse ó sobre su colina de Arqua? á Téocrito, bajo sus castaños de Sicilia? á Gesner, bajo sus pinos de Zurich? á Madama de Sévigné, en su jardín de las Rocas ó en su parque de Livry, inmortalizando á su jardine-ro en esta frase conmovedora de una de sus cartas y que le vale mas que un mausoleo: « *ha muerto Pablo, mi jardín; tristes han quedado por ello mis árboles* »? á Montesquieu, en las largas calles de su castillo de la Brède, evocando las sombras de los imperios y el espíritu de las lejislaciones, como Maquiavelo antes que él, y superior á él, en su rústica ermita de San Miniato, sobre las colinas de la Toscana? á Voltaire, ya en las Delicias, ya en Ferney, encerrando el lago Lemán y los Alpes de Italia en el horizonte de sus jardines? á Buffon, en Montbard, sabiendo como Plinio en Roma, gozar, en los magníficos museos vivos de su parque, de las magnificencias de la naturaleza que describía? á Rousseau, en fin, que estaba por olvidar, él que ha querido que sus cenizas reposasen bajo un álamo, en una isla en medio de un último jardín!

Yo tambien, he tenido por primera cuna un pequeño y agreste jardín, cercado de un muro de ásperas piedras, sobre una de esas colinas áridas y tristes que distinguis de aquí á la estremidad de vuestro horizonte; allí no habia (la mediocre fortuna de mi padre no lo permitia) ni vasta estension, ni majestuosas sombras, ni aguas surjentes, ni flores raras, ni frutas precoces, ni lujosos plantios; solamente algunas calles estrechas, cubiertas de arena roja y rodeadas de clavelinas, violetas y primulas, que servian de borduras á tablonés de legumbres. Pues bien! es allí, y no en los jardines de Italia ó de los grandes propietarios de parques de Francia, Inglaterra ó Alemania, donde he esperimentado los primeros y mas dulces goces que puede la naturaleza proporcionar á una alma, á una imaginacion de niño ó de jóven. Ahora habito jardines mas vastos y mas artisticamente plantados; pero conservo mi predileccion por aquel. Yo lo conservo preciosamente como antes, pobre de sombras, de agua, de flores y de fruta. Y cuando tengo al-

gunas raras horas de libertad y de soledad, robadas á los negocios públicos ó á los trabajos del espíritu, para consagrarlas á la meditacion, es allí donde voy á pasarlas! Si, es en ese pobre recinto tanto tiempo desierto, devastado por la muerte, es en esas calles invadidas por las yerbas, por el musgo y por las clavelinas de las borduras; es bajo esos añejos troncos faltos de savia, pero no de recuerdos; es sobre esa arena mal rastrillada que yo busco aun con la vista las huellas de mi madre, de mis hermanos, de mis antiguos amigos, de los viejos sirvientes de la familia, y que voy á sentarme al pié del muro enfrente de la casa que se sepulta mas y más cada año bajo la yerba, á los rayos del sol poniente, al zumbido de los insectos, al ruido de los lagartos del viejo muro, que se me parece reconocer como antiguos huéspedes del jardín, y con los cuales me figuro que puedo al menos conversar de los dias pasados.

Discurso pronunciado por el Dr. Avellaneda en la inauguracion del ferro-carril en Chivilcoy.

SEÑORES:

17.—Dos hechos de la conquista se producian al mismo tiempo. El compañero de Pizarro, despues de haber subyugado á Chile, se encontraba detenido delante de la mole inmensa de los Andes. El tesoro del Inca peruviano habia sido ya repartido en el botin; y la hambre insaciable de oro y de tierras lo empujaba para ir adelante. Pasemos dijo el uno: Pasarémos dijeron los otros; y pasaron. La cumbre escelsa que antes solo sirviera de pedestal al águila, levantó hasta mas allá de la nube la enseña de la conquista, que sostenida por el brazo de un aventurero, se enseñoreaba sobre este su mundo de la América.

Casi al mismo tiempo, Pedro de Mendoza desembarcaba en nuestras playas. Venia atraido por la fama del río que descubriera Solis, y por el esplendor del nombre que le habia dado Gaboto, prometiendo riquezas desconocidas.

Pero, hé ahí, señores, que se presenta un momento único en la historia de la colonizacion.

El conquistador se encuentra por primera vez en presencia de la pampa sin horizontes, del desierto incommensurable, y retrocede espantado ante tanta soledad. Ha venido á desafiar al espacio, y teme que el espacio lo devore. Sus nervios de acero se quiebran; y se siente penetrado de aquel terror de lo desconocido, que sobre los confines de la India envolvió en pavorosa disolucion al ejército victorioso de Alejandro.

El compañero de Pizarro quisiera ocultarse en las profundidades de la montaña. Parecele por fin que los Andes lo protegen, y levanta entonces á su pié la ciudad de Mendoza, para cobijarse bajo su sombra gigantesca. El héroe soldado de Pedro de Mendoza no acierta tampoco á desprenderse del embarcadero del río.—Ha entrevisto la llanura, dilatándose sin límites; y vuelve poseído de vértigo á encerrarse en sus naves, que lo llevan presurosas á la Asuncion.

El alma del conquistador se retempla, para proseguir la guerra terrible contra las razas indijenas, disputando la ocupacion del suelo.—La conquista avanza, precedida por la *espada* del esterminio; y acabamos nosotros de recorrer uno de sus sangrientos itinerarios.—La tribu numerosa de los Querandies desaparece; Matanza y la Villa de Lujan son su tumba. Un dia, los últimos restos de los pobladores primitivos desaparecieron, arrojando todavía su grito de combate, tras de los resplandores rojos que limitan la línea del horizonte en el desierto, ó fueron á perderse en los bosques inaccesibles del Chaco.

El indio ha sido sojuzgado: ¿á quién pertenece el dominio de la tierra? ¿Al vencedor del indio? No! La tierra pertenece al que la ocupá; y ella se halla poblada no por hombres, sino por millones de ganados. Entonces principia esa segunda guerra de la conquista, que Azara nos ha trasmitido en relatos tremendos, y que no ha encontrado todavía el nuevo Ercilla que debe cantarla. El español libre del indio, se encuentra con el toro que furioso é indómito se levanta por todas partes, queriendo arrojarse de la posesion del suelo.

Asomaba ya el siglo 19, cuando recién concluía entre el hombre y el animal salvaje aquella lucha titánica, que en las tradiciones del mundo antiguo hizo del Hércules un

Dios, y que en las humildes crónicas de la colonia se llama solamente—«El alzamiento de los ganados». El toro ha sido postrado; y su mujido retiembla en la soledad. ¿Quién es el vencedor? Vedlo allí en la lejana pampa, cruzando rápidamente el horizonte, y sublevando bajo su paso, en signo de victoria, un torbellino de polvo. El vencedor del indio y del toro no se llama con un nombre humano. Es el gaucho. Es el Centauro.

No en balde, el conquistador primitivo se recelaba del desierto. El desierto acoge á su nuevo huésped, para abatirlo al nivel de su barbarie; y le hace perder hasta su figura humana, para mejor marcarlo con su sello. Por eso, lo mantiene en perpetua lidia, para que siempre perseguido por la flecha y por la fiera, siempre con el oído tendido y en asecho, su cabellera flotante se confundiera con la crin de su caballo. Un día, la refundición estaba cumplida. El jinete que durante dos siglos no había podido descender de su cabalgadura, era el centauro; y desde entonces, hombre y caballo, rey de la pampa, recorre tranquilo su vasto imperio. En otro día, el jinete es ya el caudillo. Es Lopez. Es Ramirez. Es Quiroga; y las ciudades coloniales aprendieron entre el espanto el drama que había pasado en la soledad.

Esta faz de la colonización ya desaparece y nosotros estamos aquí para declarar que el suelo argentino no pertenece al salvaje de la raza primitiva, ni al bárbaro del estado intermediario, y que durante tres siglos ha sido disputado al desierto, al toro y al indio que lo guardaban para que pudiéramos nosotros entregarlo pacíficamente un día como este á la libertad, á la industria, á la civilización. La toma de posesión está ya hecha. Es ahí el nuevo conquistador que se interna, arrastrando en su cauda un pueblo, marcando la tierra con sus piés de fierro, y dibujando en los cielos la columna de humo y de fuego que es el estandarte revelador del progreso humano.

¿De dónde viene? Es el conquistador del mundo que va unciendo las naciones á su carro, y que corre á la dominación universal. Es el Alejandro de la nueva civilización, que no sufre el vértigo del espacio, y que marcha hasta los confines de la tierra, para proclamar sobre el universo mundo el señorío del hombre, antiguo Prometeo

que, escalonando los siglos y las ciencias, ha robado por fin sus rayos á Dios.

Toda tierra, dond  una vez ha puesto el pié, es tierra suya; y la recorre jadeante, hasta oprimirla con su cintura de fierro. Ayer era desconocido: y la Europa hoy le pertenece; y la América de Washington es su obra. Las cavidades de los Alpes han resonado con su alarido met lico; y la pradera que recorrieron los Padres Peregrinos, medida por su paso gigantesco, ha perdido su estension.

¡Salve al conquistador, encargado de llevar en triunfo la intelijencia del hombre!

Desde este lugar divisamos la antigua Pampa del Yroques, del Toro y del Gaucho. Ella queda en adelante soinetida   su dominio; y para que sea por todos conocida su entrada victoriosa en el desierto argentino. y el hecho se repita de jeneracion en jeneracion, hemos venido presurosos tras de sus pasos, y congregado esta fiesta, llamando para solemnizarla   los hombres de todas las naciones; al mismo tiempo que grabamos su recuerdo en la medalla antigua de bronce imperecedero.

Señores: — Estamos convocados delante del mundo para presenciar uno de los sucesos mas grandes de la Historia.—

Señores: —

¡A la desaparicion del desierto en la América!

**Discurso del Sr. Ministro de Justicia, Culto   Instruccion Pública,
Dr. D. Nicolas Avellaneda, con motivo de la colocacion de la
Piedra fundamental del Colejio Nacional del Rosario. (Setiembre
1871.)**

Señoras, Señores:

18. — Os saludo y me asocio con intimo contento   esta fiesta y   las gratas emociones que ajitan vuestras almas. Debo tambien deciros que no puedo asistir   un acto semejante sin viva y profunda conmocion, porque colocando esta piedra, sobre la que reposar  antes de un año el Colejio del Rosario, nos ponemos como nunca en preseneia del porvenir.

El arado abre el surco; se deposita la semilla y antes que

el trigo se levante, muchos podrán anunciar si será ó no copiosa la cosecha. Pero ¿quién puede decir lo que valdrá una Casa de educacion para el desenvolvimiento futuro de un país? ¿quién puede vaticinar lo que valdrán cien ó mil niños educados, ó lo que valdrá uno solo, si al hacerse hombre, gobierna como Washington, piensa como Newton, ó inventa como Fulton? Así, la fundacion de un Colejio es el llamamiento mas poderoso que puede dirigirse á todos los poderes de lo desconocido, pero á los poderes del bien, de la intelijencia cultivada y de las ciencias que han producido siempre la felicidad de los pueblos.

Permitidme, Señores, que os hable familiarmente.

Cada uno de los pueblos de la República se halla hoy dotado de su Colejio; y todos para facilitar su establecimiento han proporcionado los edificios, donde se encuentran instalados—¿No es verdad que no podia ya continuarse diciendo sin mengua, que lo que habian hecho San Luis y Jujuy, los pueblos pobres y lejanos, dejaba de hacerlo esta ciudad del Rosario, simbolo y orgullo de nuestros nacientes adelantos, y que ostenta ya todos los atavios de las poblaciones cultas, escapando la primera á esas condiciones del crecimiento secular y lento, que ha sido hasta hoy una ley del progreso para los pueblos Sud-Americanos?

Tuve ocasion de decirlo á algunos de vosotros, al pasar por esta ciudad en el año anterior. Es necesario que el Colejio nazca, como nace hoy, intimamente vinculado con vosotros. Es necesario que os pertenezca de veras, que sea la obra de vuestras manos, el resultado de vuestros esfuerzos:—y venis hoy á darme la razon con esta fiesta á la que concurre un pueblo, y con el regocijo sincero que se expande en este momento sobre nuestras fisonomías alegres y risueñas.—Ah! nada tan solitario y triste como una Escuela erijida únicamente por los decretos de una autoridad lejana.—No pertenece sino por su situacion al pueblo, donde se establece; y el vecino que ha visto ahondarse con indiferencia sus cimientos, no atravesará mañana sus umbrales, para investigar su atraso ó sus progresos.

Cuántas veces hemos oido decir: —«El Rosario no es un pueblo, sino una agregacion casual de hombres que vienen de todas partes, para encontrarse con un objeto de comercio, porque le faltan el espíritu comun que vivifica á una Ciudad, y la

identidad de propósitos que auna las voluntades con vínculo solidario para los mismos designios.—En balde, el Censo le asigna una poblacion de veinte y cinco mil habitantes.—Son extraños que van y vienen; y por eso es que se edifican vastos Hoteles para los dias de tránsito, y no se erije un solo edificio de aquellos que revelan el establecimiento permanente de una sociedad».—Os habeis apercibido, señores, de la objecion; y hace algun tiempo, que principiasteis á oponerle poderosas respuestas. Esta es la concluyente y la última. La fundacion de un Colejio es el hecho que mejor designa aquellas preocupaciones que se adelantan en mucho sobre el dia presente, porque un Colejio es erijido por los adultos para los niños, y por la jeneracion actual para las jeneraciones futuras.

Era ya tiempo, Señores, que este Colejio se construyera.—Lo recuerdo todavia.—En el año pasado visitaba esta Ciudad del Rosario, y después de haber admirado su soberbio puerto que se ofrece como un umbral hospitalario al pié del extranjero, recorria sus calles llenas de movimiento y de ruido, notaba sus edificios tan nuevos y tan frescos que parecen recién salidos de las manos de los obreros, observando al mismo tiempo el número tan grande de niños que dejaban asomar por todas partes sus negras y rubias cabelleras.

Buscaba al mismo tiempo con ojos anhelosos los establecimientos que estuvieran destinados á convertir estos niños por la educacion en hombres inteligentes y útiles, y cuando hube visto que ninguno de estos establecimientos existia en una Ciudad tan populosa,—yo me decia tristemente: ¡Cuánta imprevision! Hay muchas madres que en este momento duermen tranquilas, sin apercibirse de que está ya próximo un dia en que sentirán que se les arranca el corazon del pecho, porque su hijo se ausenta á lugares lejanos, para buscar la educacion que no puede recibir en su ciudad nativa.

Ah! señoras. Un instinto os ha hecho acudir tan numerosas á la presente fiesta. Necesitais defender vuestra vida contra semejante tortura. Esta historia de un niño que se ausenta, para hacer sus estudios é ilustrar tal vez su nombre en otros lugares, dejando un asiento por siempre vacío en su hogar, es una historia triste, repetida mil veces en nuestros pueblos interiores, historia que muchas madres saben y que hemos oído todos contar con lágrimas.

Habéis hecho bien, Señoras, en venir, porque sois las mas interesadas en que este Colejio se construya. Pongo la piedra fundamental que vamos á colocar bajo vuestro patrocinio.

¡Cuántas veces os ha sucedido, Señoras, inclinaros sobre la cuna de vuestros hijos y levantaros en seguida con el corazon palpitante, porque habéis creído entrever en sus frentes los signos misteriosos de un alto porvenir. ¡Cuántas veces esta alucinacion, cándida y santa, no os ha turbado dulcemente, como una vision en vuestros sueños!—Ayudad á vuestros hermanos, á vuestros esposos, sostenedlos en su propósito, hasta que este Colejio se construya, porque no vereis de lo contrario convertidas en verdades las profecías de la ternura sobre las cabezas de vuestros hijos.

Señores:—Os pido que perseveréis; y perseverando vereis como esta piedra que dejamos hoy colocada bajo el haz de la tierra, se levante pronto en columnas, y se despliega en un vasto edificio, donde se agruparán antes de un año niños numerosos, para recibir en sus almas esa luz de las ciencias, que enseña á pensar y á vivir.

He dicho.

Discurso pronunciado por el Señor Ministro de Instruccion Pública Doctor Avellaneda, al abrir el concurso de las máquinas agrícolas. (Octubre 1871.)

Señores:

19.—Acabamos de ver como operan las poderosas máquinas con que el jenio industrial de nuestro siglo ausilia al hombre en la tarea que lo tiene desde los dias de la creacion permanentemente inclinado sobre la tierra, porque esta no se muestra jenerosa, derramando con profusion sus dones, sinó cuando ha sido sometida, y su seno solo es fecundo regado por el sudor incesante de las jeneraciones.

La tierra y el hombre se encuentran así perpetuamente unidos por la eterna relacion del trabajo. Mirad la tierra y conoceréis al hombre que la habita.

La tierra se halla cultivada; y para hacer mas fecundo y menos penoso su cultivo, lo abrevian y facilitan las nu-

meras aplicaciones de las ciencias y de las artes. Luego sirve de asiento á un gran pueblo, que se llama la Francia, la Inglaterra ó la Unión Americana y que ostenta como los mejores signos de su gloria los medios poderosos con que ha sabido sojuzgar la tierra, multiplicando sus productos. La tierra solo se despliega por el contrario en páramos incultos ó en territorios inesplorados. Luego la América Española á la que pertenece, no ha podido todavía escapar á la dominacion del desierto que la sigue por todas partes, la cerca y la oprime, como si fuera una ley de su destino.

No comprenderíamos por lo tanto en su verdadera trascendencia el espectáculo que hemos presenciado, sinó levantamos el pensamiento sobre el hecho material y visible. El arado que abre el surco, la máquina que siega y la que trilla, no sirven solamente como agentes mecánicos para ahorrar las fatigas del hombre en una de sus tareas cotidianas, sinó que son sus colaboradores en la obra de la vida y lo dotan con fuerzas nuevas para avanzar en la prosecucion de todos sus destinos.

Hemos oido hablar de una Ciudad que cuenta todavía menos dias que los de la existencia de un hombre, y que ya es famosa por su riqueza, por su comercio, por sus ostentosos palacios. Hemos oido todos hablar de Chicago la opulenta; y cuando interrogamos á los norte-americanos sobre los misterios de su fabuloso crecimiento, nos señalan ellos por única esplicacion á la Segadora de Mac Cormik, que la ha convertido en un granero de abundancia, dando á Chicago los trigos con que alimenta á New-York, á Boston y á Filadelfia, y que principia á conducir, pródiga y triunfante, por muchos paises de la Europa.

El bienestar se difunde en las campañas antes tan desoladas de la Inglaterra; y es la poblacion agricola la que aumenta principalmente los censos electorales, dando nuevos ciudadanos que se incorporan en la vida politica, por haber alcanzado la cifra de capital ó de renta que la ley señala para el ejercicio del voto. ¿Por qué el pueblo inglés no acude hoy á su Parlamento, pidiendo leyes de exclusion contra los cereales extranjeros, que no son sinó leyes productoras de escasez y de hambre? La Inglaterra presentaba en la Esposicion de 1867 sus arados perfeccionados, sus máquinas de trillar y los poderosos aparatos de John Fowler,

demostrando que no teme ya á la concurrencia y que se apresta para buscarla en los mismos mercados extranjeros, desde que su jenio inventivo, libre de la compresion de los monopolios, ha encontrado los medios para fertilizar hasta la roca dura, y para impedir en honor del trabajo humano que se pierda un solo grano de trigo, al recojer sus abundosas cosechas.

¡Cuánto poder tiene una sola de estas máquinas, aplicada por un pueblo viril al fomento de la produccion y de su riqueza! Mr. Gould, nuestro sabio huésped, testigo de esta fiesta, y cuya presencia podemos á la vez invocar como un testimonio, de que al ofrecer nuestros campos á los inventos de los pueblos adelantados, buscamos al mismo tiempo iluminar nuestras almas con la luz de las mas altas ciencias, Mr. Gould, calculaba en uno de sus escritos que los Estados-Unidos poseian en 1865, 175 mil de estas segadoras que han desplegado á nuestra vista sus rápidas operaciones y que ellas sustituan en sus tareas á un millon quinientos mil hombres, que ya no necesitaban inclinar sus frentes para recojer las últimas cosechas, y que podian, nuevos emancipados del trabajo material, cultivar sus inteligencias en el estudio ó defender con sus brazos la unidad y la existencia de la gran República.

Así, Señores—Lo que vemos es limitado; pero lo que puede venir, lo que vendrá indefectiblemente, no alcanza á ser espresado por el número, porque es incalculable, por la palabra, porque no acertamos siquiera á concebirlo. Una curiosidad anhelosa que suele ser como el instinto que lleva á contemplar los grandes espectáculos de la historia, principia á fijarse sobre estas apartadas rejiones; signos extraños cruzan por los aires; y sentimos removerse en el suelo y agitarse en nuestras almas las incubaciones de destinos desconocidos.

Esas locomóviles, esas trilladoras, esos arados que vemos desplegados en batalla como para acometer la mas colosal conquista, y que han venido de la Europa y de la otra América, atravesando los Océanos y centenares de leguas, para situarse en medio de nuestras pampas, son tal vez las portadoras y los agentes de una nueva y maravillosa historia.

Démonos entre tanto cuenta de lo que pasa bajo nuestros ojos. Presenciamos un espectáculo desconocido hasta hoy en

la América del Sud. Hemos dejado nuestras ciudades del litoral, familiares al extranjero y conocidas en los mercados esteriores, para internarnos al través de los campos solitarios que, medidos por el paso gigantesco de la locomotora, no han perdido todavía su estension. Hemos llamado á las Naciones, para entregarles en nombre de los destinos solidarios de la humanidad nuestras tierras incultas, á fin de que nos muestren, despues de arrancarlas al desierto que las posee, como pueden ellas ser cultivadas y pobladas en provecho nuestro y para beneficio de todos los hombres.

Trescientas cincuenta máquinas se encontraban en los últimos dias agrupadas en las márgenes de este Rio que dejaba correr sus aguas, reflejándolas blanda y silenciosamente, como si sospecharan que una suerte ya comun las liga, porque están destinadas unas y otras á ser colaboradores en las mismas obras. Ciento veinte de estas máquinas han entrado en la liza representando el jenio industrial de cinco naciones.

¡Honor, señores, á la Francia, á la Inglaterra, Alemania, Béljica y á los Estados-Unidos y pronunciamos con gratitud sus nombres!

La Inglaterra presenta perfeccionadas las trilladoras con que concurrió á la Esposicion de Paris—La Alemania, en medio de los ejércitos que ensordecen los aires con el ruido de sus armas, ha dejado escurrirse misteriosamente algunos arados, para que la representén en este jénesis, hoy oscuro, pero de que saldrá una nueva naturaleza. La República Americana que nos ha dado sus instituciones y que nos alienta con sus ejemplos, debia encontrarse y se encuentra tambien con nosotros en esta ocasion: y la Segadora de Buckeye y la Segadora de Woods han trasladado sus competencias gloriosas desde las riberas del Ohio y desde los bosques del Kentucky al fondo de los desiertos argentinos.

Agradezco, señores, en nombre del Gobierno Nacional, vuestra presencia; y me dirijo especialmente á los que representais las casas constructoras de New-York, de Lóndres, de Amberes, de Lyon y de Bruselas y que habeis desde tan léjos escuchado nuestro llamamiento—Sed los bien venidos y estad contentos,—porque habeis obedecido al mismo tiempo á la ley de la civilizacion que no reconoce territorios lejanos ó estraños, y que la lleva á dilatarse por el universo mundo.

Os saludo, y me identifico con vosotros, representantes de Buenos Aires, de Santa-Fé, de Córdoba, de San-Luis, de la Rioja, de Catamarca y de Tucuman, que habeis venido para hacer verdaderamente nacional con vuestra presencia esta fiesta, comunicando nuestras almas en el santo amor de la patria comun, y para que podamos unidos decir en nombre del pueblo argentino—que la tierra no es el patrimonio esclusivo de la nacion que la posee, que no hay derecho para mantenerla estéril, y que entregamos las nuestras, tan vastas como son, á la accion de la industria, bajo el imperio de nuestras instituciones libres que llaman y amparan á todos los hombres.

Nos encontramos reunidos en este breve recinto, hombres nacidos bajo todos los cielos, presenciarnos un espectáculo dado por el jenio inventivo de todas las naciones, tenemos por delante planicies que dilatándose horizonte tras horizonte van á perderse en el seno del Continente y que serán pobladas por hombres de todas las razas. Estamos así llamados á levantar en este acto nuestros corazones y nuestras palabras. Saludemos, señores, la universalidad de la industria, para la que todos los pueblos forman un solo pueblo—la soberanía de la intelijencia que se enseñorea sobre la tierra—y la fraernidad humana que hace del hombre el ciudadano del mundo.

Señores—Queda solemnemente abierto el Concurso de las máquinas agrícolas.

Las ciencias, las letras y las artes.

Discurso pronunciado por D. Amadeo Jacques, en la apertura del Círculo Literario, el 30 de Setiembre de 1864.

❶.—Señores: Esta asociacion no es puramente *literaria*; este es su carácter principal, pero no su carácter único. Es *artística* tambien, y en esto siquiera, nada hay que no sea conforme con el uso recibido. La literatura y las bellas artes siempre han vivido bien avenidas, y en el docto coro de las Musas antiguas, Euterpe tenia su lugar. Pero, el círculo es, además, *filosófico*; admite en sus consejos á esos modestos habladores que todo lo convierten en silojismo, á

esos *abstractores de quinta esencia*, como los llama Rabelais, que viven de sutilezas y se alimentan con sofisterias. ¿No encontráis ya que se hace algo pesada la atmósfera de estos salones, al dejar penetrar en ellos la nube de la metafísica? Pero hé aquí cosa peor: toda la filosofía ha entrado á hurtadillas con todo el séquito de las ciencias *positivas*. La *X*, la disforme *X*, terror eterno de los estudiantes, se ha desprendido de la negra pizarra, su patria, y ha venido á sentarse á esta mesa, que entristece con su repugnante aspecto. La *Química* podrá tener las ollas de su hedionda cocina. La *física* introducirá la *gravedad*, la *pesantez*; hablará sin claridad de la *luz* y con frialdad del *calor*; nos aturdirá con los *metéoros*, los *relámpagos*, los *truenos*, los *vientos* y en fin con todas aquellas cosas en las que este buen Mr. Jourdain de nuestro *Molière*, encontraba con alguna razón « *trop de tintamarre, trop de brouillamini* ». Y esto no es todo; el arte industrial nos invade también; tal vez oigamos aquí un día el infernal silbido de la locomotora; y ¿por qué no se abriría la puerta al arte de tornear el barro en forma de tinajas ó al de clavetear zapatos? ¿no son acaso artes y muy útiles? ¡*Proh!* ¡*puodor!* alianza impura y sacrilega! mezcla heterojénea destinada á perecer por la contradicción misma de sus propios elementos! Entre también la triste *Minerva!* ¡Pero *Vulcano*, ese cojo, pero *Mercurio*, ese perillan, admitidos en el santuario de las castas hermanas! ¡Vaya! Está pasa de raya.

¿*Risum teneatis, amici?*

Desinit in piscem mulier formosa superne.

No chanceo, señores; refiero lo que susurran algunos chismosos eruditos, augurando al *Circulo* una muerte prematura. No ha sido para asociarme á estas críticas, ya lo habeis pensado, sino, al contrario, para rebatirlas que he aceptado, aunque indigno, la palabra en esta reunion. Yo, que no tendria ningun derecho á sentarme en esta asamblea, si fuera meramente literaria, quiero justificar mi presencia. Digamos mejor, quiero legitimar el pensamiento de los honorables iniciadores que han tenido á bien unir en estrecha alianza la literatura y las ciencias, las bellas y feas.

artes. Este pensamiento será la principal honra del *Círculo*, y si fuere amenazada su existencia, sería su salvación.

Vayamos derecho á los principios. Tratemos de descubrir las fuentes de lo bello, de lo verdadera y eternamente bello, de lo que Platon llamaba lo bello *en sí y por sí*. Veremos despues si la ciencia puede preténder alguna injerencia en ello.

Dios nos ha deparado dos facultades principales: la *inteligencia*, por la cual conocemos las cosas y somos capaces de medirlas; la *sensibilidad*, por la cual gustamos de ellas. Si fuéramos solamente inteligentes, las cosas serian, aun para nosotros, grandes ó pequeñas, bien ó mal arregladas, con ó sin órden; pero, no serian ni bellas ni feas. Lo verdadero, lo justo, existirian aun para nosotros; lo bello nos sería desconocido. Es porque somos sensibles, á mas de inteligentes, es porque la Providencia nos atrae y nos apegá, aun por el placer, á cuanto escede en su clase la medida comun, que el mundo se revela á nosotros bajo este otro aspecto de lo bello. La grandeza, en todo, nos conmueve, y elevándose á un cierto grado, nos apasiona. Lo bello es, pues, todo aquello que, siendo objeto del entendimiento y manifestándose á este con alguna superioridad, es, además y por lo mismo, causa de ese noble y desinteresado placer, cuyo nombre comun es la *admiracion*, y cuyo grado superior es el *entusiasmo*.

Espliquemos esto con algunos ejemplos.

Nadie ignora lo que es la *fuerza*; la noción de fuerza es una de esas ideas simples que todos tienen y que no admiten definicion alguna, porque es imposible resolverlas en otras ideas mas sencillas. Hay, por lo demás, fuerzas de clases muy variadas, y, primeramente, las fuerzas brutas é inanimadas, quiero decir, en poder de aquellos indomables agentes físicos, tan terribles cuando se exasperan, las aguas de los mares, de los torrentes y de los grandes rios, los vientos y el huracan, el rayo de las nubes, el fuego devorador.

Estas fuerzas, las conocemos, y sabemos todos, poco mas ó menos, avaluarlas. Si toman un dia, en presencia nuestra, un exceso de enerjía no acostumbrado; si el viento, por ejemplo, desenfrenándose con furia sobre las aguas, las levanta en cerros líquidos que vengan á estrellarse con

fragor sobre las tierras de la ribera, arrancando y llevándose peñascos enteros, este espectáculo podrá hacernos temblar, pero no dejará de hacernos gozar. Será una hermosa tormenta.

Suave Mari Magno turbantibus æquora ventis . . . Un célebre pintor, José Vernet, queriendo prepararse á expresar dignamente con su pincel esta grandiosa escena de la naturaleza, se habia hecho atar, durante una de esas espantosas luchas de los elementos, al palo mayor de un buque batido en alta mar por la tempestad, y decia que jamas habia contemplado mas *sublime horror*.

Así es tambien como el fuego, que destruye en un instante los mas firmes edificios y algunas veces hace de una ciudad entera un monton de escombros humeantes, no deja de ser para nuestra alma aterrorizada y entristecida, pero sensible á pesar de todo al desarrollo de una potencia aun maléfica en un grado poco comun, un *magnífico* incendio.

No siento mucho no haber presenciado el diluvio, pero si pluguiese á Dios renovar lo ó reproducir algunos de aquellos tremendos cataclismos, de que la Geología encuentra la historia escrita con monumentos imperecederos en las arrugas de la cara atormentada del globo que pisamos, le pediria por favor un palco de primer rango para esta extraordinaria funcion.

Admiramos tambien las fuerzas animadas. Su poder mas limitado nos asombra menos; pero ya es dirigido con conciencia, y por esto, nos halaga mas dulcemente. Al mismo tiempo, si se une á la fuerza misma la destreza ó el acierto en la direccion, á la belleza se agrega la gracia; y la emocion es doble. ¿Quién no gusta de ver abalanzarse en la carrera al impetuoso caballo, que rivaliza de velocidad con el viento; al jaguar, trepando de un brinco á la cima de un árbol ó salvando de un salto un ancho precipicio; al elefante, desarraigando un árbol secular de un revés de esa singular y poderosa mano que la naturaleza le ha dado en uno de sus caprichos. No hay tal vez en el mundo una cosa mas necia que un atleta, y sin embargo, acudimos á verlo alzar sus pesas y aplaudimos los esfuerzos de ese brazo nudoso que se hace un baston del eje de hierro de una carreta y juega á las bolillas con balas de cañon.

Ahora, hay una ciencia de la fuerza; se llama la *Mecánica*. Sus principios son abstractos y racionales, sus aplicaciones infinitas. Nos enseña á conocer mejor la fuerza y á medirla con exactitud: nos enseña tambien á dirijirla, para hacerla servir á nuestros menesteres. ¿La desterraremos de aqui? Pero si la fuerza es uno de los elementos de la belleza, ¿por qué la literatura, que busca lo bello en todo, no se inspiraria un poco en el estudio de la fuerza? No será menos bella en sí, por ser mejor entendida: la admiracion no se desvanece al ilustrarse. Por lo demás, si la Providencia ha asignado un placer al espectáculo de la fuerza en accion, ha sido precisamente para convidarnos á su estudio, porque sabia que nos era útil y aun necesario. Y es esto una ley de nuestra constitucion; cuanto hay bueno para nosotros nos complace y nos atrae. Este aliciente del placer es un estímulo para nuestra inteligencia distraida y nuestra voluntad perezosa. La ciencia hubiera sido en sí muy austera; para hacernos tragar el brebaje, la naturaleza ha untado con miel los bordes de la copa.

Es verdad que la fuerza cuyo espectáculo nos conmueve mas profundamente, es la fuerza moral, esto es, la voluntad libre é ilustrada en pugna con los arrebatos de la pasion, luchando contra los obstáculos y los enemigos de afuera, y ya triunfante, ya vencida. Pascal lo ha dicho muy bien: «El hombre es una caña, la mas débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa. No es menester que el Universo entero se arme para aplastarle; un soplo, una gota de agua lo mata. Pero, aun cuando lo aplastára el Universo, seria el hombre aun mas noble que aquello que lo mata, porque él sabe que muere, y la ventaja que el Universo tiene sobre él, el Universo la ignora.» Por lo tanto, la vista de esos combates interiores del alma, de sus derrotas y victorias, es el manantial mas abundante de nuestros goces intelectuales mas esquisitos. Allí es donde el Drama y la Novela, estos dos ramos maestros de la Literatura, van á buscar los objetos de sus mas interesantes cuadros. Pero, creedlo; aun en esto, no es sino por el estudio, por el estudio atento y concienzudo del corazon humano y de todos los resortes ocultos de la vida moral, no es sino por una prolongada y paciente meditacion que el autor dramático y el novelista alcanzan á conmovernos, presentándonos la pintura exacta y fiel de los movimientos del alma. Llamemos las cosas por sus nombres; la *Psicología*,

es decir, la ciencia bajo una de sus formas mas severas, es lo que sostiene esas magnificas producciones del arte literario y que lleva el escritor á las fuentes mismas de lo verdaderamente bello; pues faltando ese fondo de verdad científica, no hay mas que producciones efimeras y sin valor.

Pero, pasemos á otra clase de ejemplos.

Se me concede fácilmente la legitimidad y aun la utilidad de la alianza entre las bellas artes y las bellas letras. Pues bien; entre las bellas artes está la *Arquitectura*, y si analizamos la belleza del mas espléndido monumento, hallaremos en el fondo toda una geometría. Es á la observancia rigurosa de ciertos *teoremas* (he dicho *teoremas*, señores, y podria enseñarles el rango que llevan en los cuadernos de mis colegiales), que el arco achatado debe su elegancia, la voluta Jónica su preciosidad, la columnata del Partenon su majestad. Y esa multitud de lindas cornizas, de rosetones deslumbradores, todos esos encajes que la mano hábil del escultor labra en la piedra de los templos, son, antes que todo, unas combinaciones definidas de líneas y de ángulos que la Geometría nos enseña á conocer y á producir. Así pues, esta ciencia tan fria y tan sin gracia hace parte tambien del gran arte de concebir y realizar lo bello, de modo que Dios ha hecho que todo cuanto está conforme con las leyes racionales de la Geometría mas abstracta nos encanta, mientras que toda falta, aunque sea lijera, contra las condiciones científicamente demostradas de la regularidad, del orden y de la simetría de las figuras, hiere penosamente la vista de los ignorantes así como la de los sabios.

Hay algo parecido en la *Música*, una de las bellas artes que mas suavemente nos embelesa. Los físicos han descubierto las razones profundas y las condiciones necesarias de la armonía de los sonidos, que son simplemente unas combinaciones numéricas. La cuerda sonora vibra, y el estremecimiento que comunica al aire es la causa del sonido. Si los números de vibraciones de dos cuerdas que suenan juntamente tienen entre sí una relacion sencilla, el oido es dulcemente acariciado; hay concordancia y tanto mas perfecta cuanto la relacion es mas conmensurable. La disonancia, al contrario, es el resultado inevitable de una relacion sin sencillez ni rigor, y lo que nos desgarrá tan feamente el tímpano, sea que lo sepamos ó lo ignoremos, es la aspereza de un quebrado

cuyos términos crecidos no tienen divisor común. La música es, pues, también una matemática á su modo. Tal vez se me diga que el autor de *Freyschutz* no era probablemente un eximio calculador y que muchos de aquellos á quienes han encantado sus melodías no sabían ni contar. Convengo en ello; pero reconoced también que con esplicaros la razón de vuestros goces, nada se les quita, y que por lo menos esta singular y constante conformidad de las reglas del buen gusto con los principios de la aritmética y de la geometría, justifica en algo la reunión en una misma asociación, fundada con un objeto común, de los matemáticos y de los artistas.

He leído, ha mucho, un *Tratado de lo bello*: es, según creo, de Marmontel, y puede resumirse así: la belleza resulta, en las obras de la naturaleza y del arte, de la apropiación de los medios al fin propuesto. Voltaire, en su artículo del *Diccionario filosófico* sobre lo bello, critica esta teoría con su chanza habitual. Cuenta que en el teatro, durante la exhibición de no sé que tragedia, uno de sus vecinos lloraba á mares, y en medio de sus sollozos, exclamaba: « ¡ qué bello es esto ! » — Y, ¿ qué encontráis de bello en esta tragedia, le preguntó Voltaire. — Eso, respondió el discípulo de Marmontel, que ha alcanzado su fin, me hace llorar. Dos días después, habiendo nuestro hombre tomado un purgante, Voltaire fué á preguntarle si el remedio había obrado bien. — Muy bien, le fué contestado. — Hé aquí un muy bello purgante, replicó el socarrón; ha alcanzado su fin.

Efectivamente, la doctrina es falsa, porque es exclusiva. Ni todo lo que es bello resulta de un fin alcanzado; ni conseguir su objeto es siempre una condición suficiente de belleza. Sin embargo, hay en la idea de Marmontel su buena parte de verdad. Basta que el objeto sea un poco más noble que aquel que se propone un remedio para despertar la admiración.

Ved por ejemplo aquella locomotora que se apronta para la carrera; gruñe sordamente, como impaciente por abalanzarse. Pero, tan dócil como poderosa, espera la señal. Dentro de poco, su amo, cuyas caricias la están puliendo y preparando, va á tocar con sus dedos ennegrecidos por el humo un resorte que se doblaría bajo la presión de la mano débil de una criatura, y en el acto la enorme masa se conmovió. Héla aquí que respira; una toz grave y potente sacude sus entrañas de hierro candente; jime bajo la carga. Uno tras otro,

sus órganos entran á funcionar con sabia regularidad; su movimiento se acelera; los golpes, siempre acompasados, se suceden con tan asombrosa rapidez que la vista no los puede seguir: devora el espacio. Es el huracan desencadenado que todo lo rompe y todo lo voltea. Pero, esperad; otra presion de mano bien lijera va á calmar luego y en un instante toda esa efervescencia, y la obediente máquina irá al lugar de su descanso, ya adelantando, ya retrocediendo obsequiosamente de media pulgada, con toda la suavidad del movimiento mas moderado. ¿No es esta, os pregunto, una hermosa máquina? Y, ¿qué admiramos en ella? La fuerza, por supuesto, pero tambien y sobre todo la disposicion hábil de todos esos órganos, cuyo juego es tan bien concertado y su efecto tan seguro y exacto. Ya lo veis; ese pobre diablo cubierto de harapos manchados de hollin y de aceite, al frotar y al encebar el hierro os prepara emociones artisticas: él es un artista, pues, á su manera; pensabais que lo que hacia era pura mecánica, y habia sido casi *estética*.

Pero, ¿qué valen las máquinas fabricadas por el arte del hombre, comparadas con aquellas que Dios ha hecho? Aquí es, en el estudio y contemplacion amorosa de lo que Bernardin de Saint Pierre llamaba tan justamente las *Armonías de la naturaleza*, donde es preciso darse el espectáculo de la mas prodijiosa habilidad spendida en la constitucion de los seres mas viles. En esa infinita variedad de animales grandes y chicos que pueblan el mundo, y de los cuales algunos escapan á la vista por su extrema pequeñez, no hay tan despreciable y tan imperceptible insecto que no tenga su papel y su destino con todo cuanto precisa para alcanzarlo, con órganos para respirar, otros para decir, armas para atacar y despedazar su presa, y otros para defenderse contra sus enemigos, y sobre todo, con instintos de una infalibilidad admirable, que lo impulsan á todos los actos necesarios á la conservacion del individuo y á la reproduccion de la especie.

No puedo resistir al placer de manifestaros en esta ocasion la solicitud maternal de una pequeña abispa, estudiada con paciencia por un ingenioso observador francés, Mr. de Sausure. De los seis gruesos volúmenes en 4º que él ha llenado con relaciones de esta clase, tan curiosos como verídicos, es traigo un ejemplo entre mil:

« La heroina de mi sencilla narracion no es de aquellas abe-

jas que se reunen en sociedad formando enjambres y colmenas; vive solitaria y no tiene siquiera familia, pues muere antes que nazca su prole. Cuando se aproxima el tiempo de la postura, en un terreno elejido con discernimiento, ni muy desmorable, porque el edificio podria sumirse, ni muy resistente, porque no se dejaria agujerear, ella abre un pozillo en forma de dedal volcado, para lo cual la naturaleza la ha provisto de un taladro hecho á propósito. En este mismo momento estrae de las plantas los elementos de un zumo viscoso, que elabora por medio de un órgano especial y con el cual unta cuidadosamente, para pulir y fortificar las paredes interiores de la habitacion destinada á servir de cuna á su projenie. Hecho esto, pone un huevo y lo deposita en el fondo del hoyo.

« Cuando venga el tiempo de la eclosion, el animalito, que ha de nacer huérfano, no tendrá todavia bastante fuerza para ir á buscarse la vida. Como si lo hubiese previsto, la tierna madre se pone á cazar; recóje sobre los vegetales y trae uno por uno gusanillos que coloca encima del huevo. Pero, es preciso pensarlo todo; si estos animales se conservan vivos, tal vez se defiendan contra la abispita recién nacida, y, tan tierna aun, ha de sucumbir en la lucha. Por otra parte, matarlos es imposible; su carne se podriria y dejaria de ser alimento. La madre abispa parece saber todo esto; hinca con su aguijon á cada gusanillo y hace penetrar por la herida un licor narcótico que ella misma destila y que entorpece la presa, sin matarla. Habrá pues provision segura y buena carne fresca en la despensa. »

Además, esta provision es contada. Todos los nidos de esta clase que Mr. de Saussure ha abierto (y ha abierto millares) contenian invariablemente *doce* gusanos, ni mas ni menos. En unos, abiertos y en seguida vueltos á cerrar por él, intentó agregar algunos insectos de la misma clase; casi siempre el animalito llegaba á su completo desarrollo antes de haber consumido ese inútil refuerzo de avío, y tomaba su vuelo despues de doce comidas. En otros, quitó algunas raciones, y entonces el bicho parecia de inanicion antes de poder abrir, para volarse, el techo de la primera vivienda.

¿Qué os parece de tanta sabiduria en un cuerpo tan pe-

¿quéño? ¿Hay muchas novelas mas interesantes que la simple historia de esta discreta madre, y la *Historia Natural* estudiada bajo este punto de vista, no tiene algun derecho á ser considerada como un ramo de la Literatura?

¿Qué diremos ahora de esa asombrosa máquina del cielo, de la ley tan fecunda y tan sencilla que rige soberanamente los imperturbables movimientos de aquellos grandes cuerpos que dan vuelta en el espacio ilimitado? Tal es su orden inquebrantable, tal es su absoluta regularidad y tal al mismo tiempo la seguridad de la ciencia que ha penetrado los secretos de la gravitacion universal, que un astrónomo puede, aunque sea con diez años de anticipacion, apuntar un anteojo en un observatorio, estirar segun el diámetro del objetivo un hilo de los que teje la araña que hila el mas fino, y anunciar la hora, el minuto, el segundo y hasta el décimo de segundo en que un planeta dado vendrá á estar tanjente por su borde á este hilo. El experimento ha sido hecho mil veces y jamas el astro ha faltado á la cita, ni en un décimo de segundo.

«*El cielo es una armonía,*» decian los Pitagóricos. La ciencia que lo mide tan acertadamente, agregaremos nosotros, es un *poema*; es el mas *bello* de los *himnos* cantados á la gloria del Arquitecto Supremo, del eterno Jeómetra. Por lo demás, tengo aqui la fábula en mi favor; Urania era una de las nueve Musas.

El cálculo mismo, el álgebra y sus fórmulas secas, es á decir, la verdad abstracta y desnuda, tal como sale algunas veces de su pozo, tiene su poesía y sus encantos. He hablado de máquinas: el cálculo es la mas poderosa de cuantas ha inventado el jenio del hombre. Alivia á la mente el peso del pensamiento, permitiéndole operar mecánicamente sobre el signo, sin ocuparse mas de la cosa significada, hasta una consecuencia final que contiene la solucion de los mas árdusos é interesantes problemas. Uno piensa con estas fórmulas así como se toca música, dando vuelta á la manija de un organillo. Y entre ellas, á pesar de la aspereza de su primer aspecto, hay fórmulas *bonitas*, como hay *hermosos* teoremas y demostraciones *elegantes*. Se dice que Pitágoras, cuando descubrió la famosa propiedad del cuadrado de la hipotenusa, inmoló en su alegría una hecátombe á Júpiter. Cuentan tambien que

Arquímedes, habiendo encontrado, mientras estaba bañándose, la solución del problema de la areometría, salió desnudo de la bañera, y, desnudo, se puso á recorrer las calles de Siracusa gritando en la embriaguez de la verdad conquistada: *E'vrika! E'vrika!*

No separemos, pues, el artista del sabio, ni la literatura de la ciencia, puesto que lo bello no existe separado de lo verdadero y no es sinó uno de sus aspectos. La verdad entendida, hé aquí la ciencia; la verdad sentida, hé aquí la poesía y el arte. La literatura que merece tal nombre, es la expresión genuina bajo formas muy variadas de este atractivo que el espectáculo del mundo físico y del mundo moral ejerce sobre el alma sensible del hombre, y ¿no será cierto que el sentimiento debe ser tanto mas profundo y tanto mas recto cuanto mas lucida sea la inteligencia de aquello cuyo calor vivificante se siente? Sentir enérgicamente, y para ello entender claramente, ahí está toda la retórica. Despreciamos aquella otra retórica escolástica, que enseña á decir agradablemente unas cosas y á rescatar por lo precioso de la forma lo insignificante de la materia. Y por cierto, no ha habido escritores verdaderamente grandes sinó aquellos que han estado profundamente convencidos de una causa grande y profundamente apasionados por ella, y cuya pluma ha sido una espada. Nuestro Boileau ha dicho admirablemente:

Rien n'est beau que le vrai, le vrai seul est aimable.

Platon decía con no menos acierto: « *La belleza es el resplandor de la verdad.* » A Platon efectivamente pertenece esta gran doctrina, entrevista ya por Sócrates, elevada por su discípulo á la altura de un dogma, y que coloca en las cimas del mundo inteligible lo verdadero, lo bello, lo justo y lo útil identificados entre sí y en un solo ser que es Dios mismo. El *Círculo Literario* ha querido realizar en los hechos esta indestructible alianza, lo felicito y lo alabo por ello.

Dogma de la República Argentina.

❶.—La ociosidad de raza, la ineptitud hereditaria para la industria y la libertad, no acabarán con prédicas y admoniciones. Acabarán por la presencia estimulante de poblaciones activas, formadas en el trabajo mediante un período mas ó menos dilatado, no de un dia para otro. El pueblo que ha de realizar hasta su última consecuencia el réjimen que la Confederacion acaba de darse, está por existir, no es el presente; y justamente es sabia la constitucion moderna por haberse combinado para formar la futura República Argentina. Darle la insignia, el tipo nacional, el nombre argentino, será el medio de salvar la posteridad de la patria de los peligros que ofrece á los nuevos Estados de Sud América el progreso invasor y absorbente de razas viriles y emprendedoras de orijen setentrional.

No esperéis de un dia para otro la realizacion literal del nuevo sistema proclamado; pero no dudeis de las mudanzas progresivas que van á ser su consecuencia porque no las veais realizadas en un solo dia. El tiempo, colaborador inevitable para la formacion del álamo, del buey, del hombre y de todas sus obras, lo es igualmente para formar la ley, y con doble razon para formar ese ser colectivo de vida perdurable en la tierra, que se llama la Nacion. La libertad es planta inmortal; y el árbol que la simboliza, se asemeja mas á la encina secular, que al trigo efímero.

Figuraos un buque que navega en los mares del Cabo de Hornos con la proa al polo de este hemisferio; esa direccion lo lleva al naufragio. Un dia cambia de rumbo y toma el que debe llevarlo á puerto. ¿Cesan por eso en el momento la lluvia, el granizo, la oscuridad y la tempestad de los sesenta grados de latitud? No, ciertamente; pero, con sólo persistir en la nueva direccion, al cabo de algun tiempo cesan el granizo y las tempestades, y empiezan los hermosos climas de las rejiones templadas.—Pues bien: toda la actual política argentina, todo el sistema de su constitucion jeneral moderna, es de mera direccion y rumbo, no de resultados instantáneos. La nave de nuestra patria se habia internado demasiado en rejiones sombrías y remotas, para que baste

un solo día á la salvacion de sus destinos.—Nuestra organizacion *escrita* es un cambio de rumbo, un nuevo derrotero. Nuestra constitucion es la proa al puerto de salvacion. Sin embargo, como todavia navegamos en alta mar, á pesar de ella tendremos borrascas, malos tiempos, y todos los perances del que se mueve en cualquier sentido, del que marcha en el mar proceloso de la vida libre. Solo el que está quieto no corre riesgos, pero es verdad que tampoco avanza nada.

La libertad, viva en el testo escrito y maltratada en el hecho, será por largo tiempo la ley de nuestra condicion politica en la América antes española. Ni os admireis de ello, pues no es otra la de' nuestra condicion relijiosa en la mayoria del mundo de la cristiandad. Porque en el hecho violemos á cada instante los preceptos cristianos, porque las luchas de la vida real sean un desmentido de la relijion que nos declara hermanos obligados á querernos como tales, ¿se dirá que no pertenecemos á la relijion de Jesucristo? ¿Quién, en tal caso, tendria derecho de llamarse cristiano? Impresa en el alma la doctrina de nuestra fé, marchamos paso á paso hácia su realizacion en la conducta. En politica como en relijion, obrar es mas dificil que creer.

La libertad es el dogma, es la fé politica de la América del Sud, aunque en los hechos de la vida práctica imperen con frecuencia el despotismo del gobierno (que es la tiranía) ó el despotismo del pueblo (que es la revolucion). Hace dos mil años que los hombres trabajan en obrar como creen en materia de moral. ¿Será extraño que necesiten largos años para obrar como creen en materia de política, que no es sino la moral eterna aplicada al gobierno de los hombres?

Dejad que el pueblo sud-americano ame el *ideal* en el gobierno, aunque en el hecho soporte el despotismo, que es resultado de su condicion atrasada é indijente. Dejad que escriba y sancione la República en los textos; un día vendrá en que la palabra de libertad encarne en los hechos de la vida real, misterio de la relijion política de los pueblos comprobado por la historia de su civilizacion; y aunque ese día, como los límites del tiempo, nunca llegue, es indudable que los pueblos se aproximan á él en su marcha progresiva, y son mas felices á medida que se acercan al prometido término, aunque jamás lo alcancen, como el de la felicidad del hombre en la tierra. Por fortuna no es de Sud-América úni-

camente esta ley, sino del pueblo de todas partes; es ley del hombre así en política como en moral. Su espíritu está cien años adelante de sus actos.—*Alberdi*.

La educacion no es la instruccion.

❧.—Nuestros primeros publicistas dijeron: «¿De qué modo se promueve y fomenta la cultura de los grandes Estados europeos? — Por la instruccion principalmente: luego, este debe ser nuestro punto de partida.»

Ellos no vieron que nuestros pueblos nacientes estaban en el caso de hacerse, de formarse; antes de instruirse, y que si la instruccion es el medio de cultura de los pueblos ya desenvueltos, la educacion por medio de las cosas es el medio de instruccion que mas conviene á pueblos que empiezan á crearse.

En cuanto á la instruccion que se dio á nuestros pueblos, jamas fué adecuada á sus necesidades. Copiada de la que recibian pueblos que no se hallan en nuestro caso, fué siempre estéril y sin resultado provechoso....

Los ensayos de Rivadavia en la instruccion secundaria, tenian el defecto de que las ciencias morales y filosóficas eran preferidas á las ciencias prácticas y de aplicacion, que son las que deben ponernos en aptitud de vencer esta naturaleza selvática que nos domina por todas partes, siendo la principal mision de nuestra cultura actual el convertirla y vencerla. El principal establecimiento se llamó *colegio de ciencias morales*. Habría sido mejor que se titulara y fuese *colegio de ciencias exactas y de artes aplicadas á la industria*.

No pretendo que la moral deba ser olvidada. Sé que sin ella la industria es imposible; pero los hechos prueban que se llega á la moral mas presto por el camino de los hábitos laboriosos y productivos de esas naciones honestas, que no por la instruccion abstracta. Estos paises necesitan mas de ingenieros, de jeólogos y naturalistas, que de abogados y teólogos. Su mejora se hará con caminos, con pozos artesianos, con inmigraciones, y no con periódicos agitadores ó serviles, ni con sermones ó leyendas.

En nuestros planes de instruccion debemos huir de los

sofistas, que hacen demagogos, y del monarquismo, que hace esclavos y caracteres disimulados. Que el clero se eduque á sí mismo, pero no se encargue de formar nuestros abogados y estadistas, nuestros negociantes, marinos y guerreros.— ¿Podrá el clero dar á nuestra juventud los instintos mercantiles é industriales que deben distinguir al hombre de Sud-América? ¿Sacará de sus manos esa fiebre de actividad y de empresa que lo haga ser el *yankee* hispano-americano?

La instruccion, para ser fecunda, ha de contraerse á ciencias y artes de aplicacion, á cosas prácticas, á lenguas vivas, á conocimientos de utilidad material é inmediata.

El idioma inglés como idioma de la libertad, de la industria y del orden, debe ser aun mas obligatorio que el latin: no debiera darse diploma ni título universitario al jóven que no le hable y escriba.— Esa sola innovacion obraria un cambio fundamental en la educacion de la juventud. ¿Cómo recibir el ejemplo y la accion civilizante de la raza anglo-sajona sin la posesion jeneral de su lengua:

• El plan de instruccion debe multiplicar las escuelas de comercio y de industria, fundándolas en pueblos mercantiles.

Nuestra juventud debe ser educada en la vida industrial, y para ello ser instruida en las artes y ciencias auxiliares de la industria. El tipo de nuestro hombre sud-americano debe ser el hombre formado para vencer al grande y agobiante enemigo de nuestro progreso:—el desierto, el atraso material, la naturaleza bruta y primitiva de nuestro continente.

A este fin debe propenderse á sacar á nuestra juventud de las ciudades mediterráneas; donde subsiste el antiguo réjimen con sus hábitos de sociedad, presuncion y disipacion, y atraerla á los pueblos litorales, para que se inspire de la Europa, que viene á nuestro suelo, y de los instintos de la vida moderna.

Los pueblos litorales, por el hecho de serlo, son liceos mas instructivos que nuestras pretenciosas universidades.

La industria es el único medio de encaminar la juventud al orden. Cuando la Inglaterra ha visto arder la Europa en la guerra civil, no ha entregado su juventud al misticismo para salvarse; ha levantado un templo á la industria y le ha rendido un culto, que ha obligado á los demagogos á avergonzarse de su locura.

La industria es el calmante por excelencia. Ella conduce

por el bienestar y por la riqueza al orden, por el orden á la libertad: ejemplos de ello la Inglaterra y los Estados-Unidos. La instruccion en América debe encaminar sus propósitos á la industria.

La industria es el gran medio de moralizacion. Facilitando los medios de vivir, previene el delito, hijo las mas veces de la miseria y del ocio. En vano llenareis la intelijencia de la juventud de nociones abstractas sobre religion: si la dejais ociosa y pobre, á menos que no la entregueis á la mendicidad monacal, será arrastrada á la corrupcion por el gusto de las comodidades que no puede obtener por falta de medios. Será corrompida sin dejar de ser fanática. La Inglaterra y los Estados Unidos han llegado á la moralidad relijiosa por la industria: y la España no ha podido llegar á la industria y á la libertad por la simple devocion. La España no ha pecado nunca por impia; pero no le ha bastado eso para escapar de la pobreza, de la corrupcion y del despotismo.

La religion, base de toda sociedad, debe ser entre nosotros ramo de educacion, no de instruccion. Prácticas y no ideas relijiosas es lo que necesitamos. La Italia ha llenado de teólogos el mundo; y tal vez los Estados-Unidos no cuentan uno solo. ¿Quién diria sin embargo que son mas relijiosas las costumbres italianas que las de Norte-América? La América del Sud no necesita del cristianismo de gacetas, de exhibicion y de parada; del cristianismo académico de Montalembert, ni del cristianismo literario de Chateaubriand. Necesita de la religion el hecho, no la práctica estéril y verbosa.

En cuanto á la mujer, artífice modesto y poderoso, que desde su rincon hace los costumbres privadas y públicas, organiza la familia, prepara el ciudadano y echa las bases del Estado, su instruccion no debe ser brillante. No debe consistir en talentos de ornato y lujo exterior, como la música, el baile, la pintura, segun ha sucedido hasta aquí. Necesitamos señoras y no artistas. La mujer debe brillar con el brillo del honor, de la dignidad, de la modestia de su vida. Su\$ destinos son serios; no ha venido al mundo para ornar el salon, sino para hermostear la soledad fecunda del hogar. Darle apego á su casa, es salvarla; y para que la casa la atraiga, se debe hacer de ella un Eden. Bien se comprende que la conservacion de ese Eden exige una asistencia y una laboriosidad incesantes, y que una mujer laboriosa no tiene el tiempo de per-

derse, ni el gusto de disiparse en vanas reuniones. Mientras la mujer viva en la calle y en medio de las provocaciones, recojiendo aplausos como actriz en el salon, rozándose como un diputado entre esa especie de público que se llama la sociedad, educará los hijos á su imájen, servirá á la República como *Lola Montes*, y será útil para sí misma y para su marido como una *Mesalina* mas ó menos decente. — *Alberdi*.

Educacion comun.

23.—Tendamos á la educacion comun; que sea este el fin buscado por los esfuerzos de todos, ya se dirijen los unos á la opinion, á fin de que se halle pronta á seguir sus vias, ya procuren los otros organizar en nuestras leyes los medios de accion que la preparan. Esta es la gran labor que solicita á pueblos y á gobiernos, ofreciéndoles el insigne honor de marcar sus actos de un dia con el sello de una causa imperecedera.

¿Cuál necesidad puede presentarse mas lejitima y mas grande, que la necesidad de desenvolver la aptitud moral é intelectual del pueblo? Esta cuestion refunde en sí todas las cuestiones, abarca la vida universal; y principia por ser humana, social y democrática, para colocarse como termino último hasta en los pormenores del réjimen administrativo. Se ha iniciado un noble programa. Queremos traer á la existencia de la Provincia las instituciones que hemos adoptado para la existencia de la Nacion; tratamos de concluir con el centralismo absorbente. Está bien; pero la descentralizacion contiene un acto doble. Hay una autoridad que se desprende de ciertas atribuciones; pero hay tambien un municipio, una parroquia, un vecindario que la recoge; y para que la descentralizacion sea benéfica, es necesario que estos tengan la capacidad de las funciones que componen la vida colectiva.

El pensamiento de la educacion popular es la preocupacion del siglo, y se siente dentro de ella removerse como la incubacion de destinos desconocidos. Es la humanidad que recoge sus fuerzas hasta hoy latentes, estraviadas ó perdidas, para que tomen su parte en el señorío del mun-

do. Es el hombre que quiere levantarse con la plenitud de su ser. Son la inteligencia y la libertad que se buscan, para expandirse la una, para ilustrarse la otra—sosteniéndose ámbas con recíproco apoyo, al mismo tiempo que bajo la influencia de su consorcio las sociedades se transforman. Toda alma de hombre reclama su rayo de sol, su parte de luz ó de verdad, y los gobiernos y los pueblos se vuelven solícitos, reconociendo el deber de dársela. —¿Cómo dársela? La cuestión se halla planteada en todas partes, en América y en Europa; y los pueblos nuevos, sin tradiciones de retroceso que los compriman, están llamados más que cualesquiera otros á aprovechar de esta labor universal.

Necesitamos incorporararnos al movimiento.

Hemos adoptado instituciones que no solamente reposan sobre el voto directo del pueblo, sino que tienden á entregarle la dirección de los negocios comunes en la Nación, en la Provincia, en el Municipio, en la Parroquia: y no conseguiremos jamás encarnarla en vida real, sino desenvolviendo la aptitud necesaria en el agente que debe aplicarlas. De lo contrario, nada habremos hecho sino jirar de nuevo al rededor del eterno círculo que constituye la política sur-americana, ensayando siempre constituciones nominales ó efímeras, para caer en la realidad de pavorosos desastres.—*N. Avellaneda*. (Informe á la Legislatura Provincial de Buenos Aires).

La educación.

24.—No sé á que comparar el vivo apetito que tiene el alma por mejorar, sino á verdadera hambre y sed de conocimientos y de verdad, ni podemos descubrir la incumbencia de la educación, sino diciendo que ella produce en la mente humana lo que en el cuerpo los cuidados y alimentos que son necesarios para su crecimiento, salud y fuerza.

Me parece que de esta comparación se pueden deducir nuevas consideraciones sobre la importancia de la educación. Hoy es un solemne deber, una tierna y sagrada

verdad. ¡Cómo! nutris el cuerpo del niño, y dejais el alma hambrienta; hartais sus miembros, y dejais morir de necesidad sus facultades mentales!

Plantais la tierra, cubris con vuestros rebaños mil montañas, perseguis el pez en sus escondites dentro del Océano, cubris las llanuras de mieses con el objeto de proveer á las necesidades del cuerpo, que bien pronto quedará frio é insensible como el mas pobre terron, y dejais languidecer y agonizar la pura esencia intelectual interna con toda su gloriosa capacidad de mejora. ¡Cómo! Erijis fábricas, forzais á los rios á que muevan molinos con sus aguas, desencadenais los aprisionados espíritus del vapor, tejeis vestidos para el cuerpo, y dejais el alma desnuda y sin ornato!

¡Cómo! mandais vuestros bajeles á mares apartados y dais batalla á los monstruos del abismo, á fin de obtener medios de iluminar vuestras moradas y almacenes, prolongais las horas del trabajo, por las cosas que perecen, y permitis que la chispa vital que Dios ha encendido, que ha confiado á nuestro cuidado para ser vivificada en ardiente y celeste llama; ¡le permitis, digo, languidecer, estinguirse!—
Ed. Everett.

El Maestro de Escuela.

25.—La naturaleza inanimada y las sociedades humanas presentan á cada paso ejemplos de efectos inmensos producidos por causas infinitamente pequeñas. Los pólipos del mar, seres vivientes que apenas tienen formas, han alzado, desde las profundidades del abismo hasta la superticie de las aguas, la mitad de las islas, floridas hoy, y habitadas por millares de hombres en la Oceanía. Las catedrales góticas de la Europa, la maravilla de la arquitectura, en cuanto á sus detalles, columnatas, estatuas, rosetones, pináculos, y calados en la piedra, han sido obra de artesanos oscuros, de millares de albañiles, cofrades de una hermandad, que trabajaban sin salario, en desempeño de un deber, un voto, ó una creencia; sucediéndose una jeneracion á otra, los aprendices á los maestros, hasta dejar sobre la tierra un monumento de la intelijencia, de la belleza, de la audacia

y de la elevacion del jenio del hombre. Los Maestros de Escuelas son en nuestras sociedades modernas esos artífices oscuros á quienes está confiada la obra mas grande que los hombres puedan ejecutar, á saber, terminar la obra de la civilizacion del jénero humano, principiada desde los tiempos históricos en tal ó cual punto de la tierra, trasmitada de siglo en siglo de unas naciones á otras, continuada de jeneracion en jeneracion en una clase de la sociedad, jeneralizada solo en este último siglo en algunos pueblos adelantados á todas las clases y á todos los individuos. El hecho de un pueblo entero, hombres y mujeres, adultos y niños, ricos y pobres, educados ó dotados de los medios de educarse, es nuevo en la tierra; y aunque todavia imperfecto, vése ya consumado ó en visperas de serlo, en una escojida porcion de los pueblos cristianos en Europa y América, en países desde muy antiguo habitados, y en territorios cuya cultura data de ayer solamente, para mostrar que la jeneralizacion de la cultura es menos el resultado del tiempo que el esfuerzo de la voluntad, y el movimiento espontáneo y la necesidad de la época. El caudal de los conocimientos que posee hoy el hombre, fruto de siglos de observacion de los hechos, del estudio de las causas y de la comparacion de unos resultados con otros, es la obra de los sabios; y esta obra eterna, multiplíce, inacabable, está al alcance de toda la especie. La prensa la hace libro, y el que lee un libro, con todos los antecedentes para comprenderlo, ése tal sabe tanto como el que lo escribió, pues este dejó consignado en sus páginas cuanto sabia sobre la materia.

El humilde Maestro de Escuela de una aldea pone, pues, toda la ciencia de nuestra época al alcance del hijo del labrador, á quien enseña á leer. El maestro no inventa la ciencia ni la enseña: acaso no la alcanza sino en sus mas simples rudimentos; acaso la ignora en la magnitud de su conjunto; pero él abre las puertas cerradas al hombre naciente y le muestra el camino; él pone en relacion al que recibe sus lecciones con todo el mundo, con todos los siglos, con todas las naciones, con todo el caudal de conocimientos que ha atesorado la humanidad.

El Sacerdote, al derramar el agua del bautismo sobre la cabeza del párvulo, lo hace miembro de una congregacion que se perpetúa de siglos al traves de las jeneraciones, y

lo liga á Dios, origen de todas las cosas, Padre y Creador de la raza humana. El Maestro de Escuela, al poner en las manos del niño el silabario, lo constituye miembro integrante de los pueblos civilizados del mundo, y lo liga á la tradicion escrita de la humanidad, que forma el caudal de conocimientos con que ha llegado, aumentándolos de jeneracion en jeneracion, á separarse irrevocablemente de la masa de la creacion bruta. El Sacerdote le quita el pecado original con que nació, el Maestro la tacha de salvaje que es el estado orijinario del hombre; puesto que, aprender á leer, es solo poseer la clave de ese inmenso legado de trabajos, de estudios, de esperiencias, de descubrimientos, de verdades y de hechos, que forman, por decirlo así, nuestra alma, nuestro juicio. Para el salvaje, no hay pasado, no hay historia, no hay artes, no hay ciencia. Su memoria individual no alcanza á atesorar hechos mas allá de la época de sus padres y sus abuelos, en el estrecho recinto de su tribu, que los trasmite por la tradicion oral. Pero el libro es la memoria de la especie humana durante milares de siglos: con el libro en la mano, nos acordamos de Moises, de Homero, de Sócrates, de Platon, de César, de Confucius: sabemos palabra por palabra, hecho por hecho, lo que dijeron ó hicieron; hemos vivido pues, en todos los tiempos, en todos los paises y conocido á todos los hombres que han sido grandes, ó por sus hechos, ó por sus pensamientos, ó por sus descubrimientos. Y como si Dios hubiese querido mostrar á los hombres la importancia de la palabra escrita, el libro mas antiguo del mundo, el primer libro que escribieron los hombres, el libro por escelencia, la Biblia ha llegado á nuestras manos al traves de cerca de cuatro mil años, traduciendo en cien idiomas, despues de haber sido leído por todas las naciones de la tierra y uniendo de paso á todos los pueblos en una civilizacion comun. Cuando el renacimiento de las ciencias, despues de siglos de barbarie, ensanchó la esfera de accion de la intelijencia sobre el globo, la publicacion de la Biblia fué el primer ensayo de la imprenta; la lectura de la Biblia echó los cimientos de la educacion popular, que ha cambiado la faz de las naciones que la poseen; y últimamente, con la Biblia en mano, y á causa de la Biblia, del libro primitivo, del libro padre de todos los libros, los inmigrantes ingleses pasaron á

América á fundar en el Norte de nuestro continente los Estados mas poderosos del mundo, porque son los mas libres, y aquellos en que todos los hombres sin distincion de edad, de sexo, clase ó fortuna, saben leer cuanto deposita en libros la ciencia, el talento, el jenio, la esperiencia ó la observacion de todas las naciones, de todos los tiempos.

Todo un curso completo de educacion puede reducirse á esta simple expresion: *leer lo escrito, para conocer lo que se sabe, y continuar con su propio caudal de observacion la obra de la civilizacion.*

Esto es lo que enseña el Maestro en la escuela, este es su empleo en la sociedad. El juez castiga el crimen probado, sin corregir al delincuente: el Sacerdote enmienda el extravio moral sin tocar á la causa que le hace nacer; el militar reprime el desórden público, sin mejorar las ideas que lo alimentan ó las incapacidades que lo estimulan. Solo el Maestro de escuela, entre estos funcionarios que obran sobre la sociedad, está puesto en lugar adecuado para curar radicalmente los males sociales. El hombre adulto es para él un ser extraño á sus desvelos. El está puesto en el umbral de la vida, para encaminar á los que van recien á lanzarse en ella. El ejemplo del padre, el ignorante afecto de la madre, la pobreza de la familia, las desigualdades sociales producen caracteres, vicios, virtudes, hábitos diversos y opuestos en cada niño que llega á su escuela. Pero él tiene una sola regla para todos. El los domina, amolda y nivela ante sí, imprimiéndoles el mismo espíritu, las mismas ideas, enseñándoles las mismas cosas, mostrándoles los mismos ejemplos; y el dia en que todos los niños de un mismo país pasen por esta preparacion para entrar en la vida social, y que todos los maestros llenen con ciencia y conciencia su destino, ese dia venturoso, una nacion será una familia con el mismo espíritu, con la misma moralidad, con la misma instruccion, la misma aptitud para el trabajo un individuo como otro, sin mas gradaciones que el jenio, el talento, la actividad ó la paciencia.—D. F. Sarmiento

Sobre la importancia del saber.

☞.—Contemplad en el otoño una de esas encinas magníficas de la selva, cubierta con millares de bellotas. No hay uno de estos frutos que no lleve en sí el jérmén de un árbol perfecto, tan soberbio, tan majestuoso como el tronco paterno; cada uno de ellos es el embrion de una encina que hundirá sus raíces en la tierra, elevará sus ramas hácia los cielos y desafiará los huracanes de trescientos inviernos. Para esto, no se necesita mas que un puñado de tierra que venga á cubrir la bellota caída, un poco de humedad que la nutra, un abrigo que la proteja hasta que haya echado raíces. No se necesita mas que esto, pero esto es indispensable, porque, faltando este auxilio insignificante en la apariencia, ni uno de estos frutos innumerables llegará á ser árbol.

Contemplad ahora las ciudades, las aldeas, los pueblos de nuestra querida patria, pensad en lo que compone esta poblacion ya muy densa en algunos sitios, y que, por todas partes, crece rápidamente. Un pueblo no es un hacinamiento de máquinas animadas, de brutos amaestrados en domeñar el suelo, sinó una reunion de seres racionales é inteligentes. Entre todos estos millares de hombres que forman nuestra república, no hay una inteligencia que no sea apta para hacer grandes progresos en los conocimientos usuales, y nadie puede decir ó limitar el número de aquellos que están dotados de bastante talento para alcanzar hasta los mas altos descubrimientos. Todos estos hombres tienen naturalmente los mismos sentidos, las mismas facultades que poseia un Newton, un Franklin, un Fulton. Que las tengan en igual grado, no tengo la pretension de afirmar; pero, ¿quién se atreverá á decir que no las tienen en ningun grado? ¡Y bien! para despertar cada una de estas inteligencias, para darles el sentimiento de su maravilloso poder y enseñarles á usarlo, poca cosa se necesita; pero esta poca cosa es indispensable.

¡Cuánto mas maravilloso instrumento es el ojo que el telescopio! La Providencia nos ha dado los ojos, pero ne-

cesitamos que el arte nos suministre el telescopio, pues de otro modo se nos ocultarian las maravillas de los cielos. Si la mayor parte de la inteligencia humana perece sin desarrollarse, es por falta del debido auxilio que medios humanos hubiesen fácilmente dado á esta prodijiosa facultad de mejoramiento que es innata en el hombre. Cuando una bellota cae en un suelo desfavorable para pe-
recer en él, conocemos la importancia de la pérdida. Es la pérdida de un árbol semejante á aquel que ha dejado caer su fruto; pero, cuando el espíritu de un ser racional está sofocado por falta de cultivo y no propende á los grandes fines para que ha sido creado, es una pérdida que nadie puede ponderar, una pérdida en el tiempo y en la eternidad. — *Ed. Everett.*

La vida.

Discurso pronunciado por M. Jouffroy en una distribucion de premios

1837.—... Jóvenes alumnos, hace hoy veinte y siete años que, por última vez, latia mi corazón en un recinto semejante á este. Salí de él cargado de coronas para entrar en la vida. Esta vida, la he recorrido en su mayor parte; conozco sus promesas, sus realidades, sus desengaños: podríais recordarme como se la imagina; quiero deciros como se la halla, no para destrozár la flor de vuestras nobles esperanzas (la vida es perfectamente buena para quien conoce su fin), sinó para desvanecer equivocaciones sobre este fin mismo, y enseñaros, al revelaros lo que ella puede dar, lo que teneis que pedirle y de qué modo debeis ser-viros de ella.

Se cree que la vida es larga, jóvenes alumnos; es muy corta: porque la juventud no es mas que su lenta preparacion, y la vejez su mas lenta destruccion. Dentro de siete ú ocho años, habreis entrevisto todas las ideas fecundas de que sois capaces, y no os quedará mas que unos veinte años de verdadera fuerza para realizarlas. ¡Veinte años! esto es, una eternidad para vosotros, y en la realidad, un momento! Sinó, preguntadlo á aquellos para

quienes no existen ya esos veinte años: pasan como una sombra, y no queda de ellos mas que las obras que las hicieron. Aprended, pues, á conocer el valor del tiempo, empleadlo con infatigable, con celosa actividad. Por mas que hagais, esos años que se desenvuelven delante de vosotros como una perspectiva sin fin, jamas cumplirán sinó una muy pequeña parte de los pensamientos de vuestra juventud; permanecerán los otros como jémenes inútiles, sobre los cuales el rápido estío de la vida pasará sin hacerlos brotar, estinguiéndose sin fruto en los hielos de la vejez.

Vuestra edad se engaña todavía de otro modo sobre la vida, jóvenes alumnos: sueña que en ella hallará la dicha y lo que sueña no está en ella. Lo que hace tan hermosa la juventud, que tanto se echa de menos cuando ha pasado, es esa doble ilusion que aleja el horizonte de la vida y la dora. Estos nobles instintos que hablan dentro de vosotros, y que se dirijen á fines tan altos; estos pujantes deseos que os ajitan y os llaman, ¿cómo no creer que Dios los ha puesto en vosotros para satisfacerlos, y que esta promesa la cumplirá la vida? Si, es una promesa, jóvenes alumnos, la promesa de un grande y noble destino, y se llenarán las aspiraciones que ella escita en vuestra alma; pero, si pensais que será en este mundo, os engaÑais. Este mundo es limitado, y los deseos de vuestra naturaleza son infinitos. Aunque cada uno de vosotros se apoderara para sí solo de todos los bienes que contiene, esos bienes, arrojados en ese abismo, no lo llenarian; y esos bienes son disputados, se consigue parte de ellos soló merced á esa lucha ardiente que ayer se os pintaba con tanta elocuencia, y la fortuna no concede siempre lo mejor al mas digno. Hé aquí lo que la vida nos enseña: hé aquí lo que la entristece y la desanima; hé aquí lo que hace que se la acuse, y con ella á la Providencia que os la ha dado. Ninguna otra época fué mas dichosa que la nuestra, ninguna ha abierto con mayor liberalidad á todos el acceso á las dichas de la vida, y sin embargo, se oye resonar esta acusacion; á todos se echa la culpa de la comun desdicha, á Dios y á los hombres, á la sociedad y á los que la gobiernan. No llegue jamas vuestra voz á mezclarse á esta acusacion, jóvenes alumnos:

no caiga á su vez vuestra alma en este miserable desaliento; y para esto, aprended, desde muy temprano, á ver la vida como es, y á no pedirle lo que no encierra. Ni la Providencia, ni ella os engañar; nosotros somos los que nos engañamos sobre los designios de la una y el fin de la otra. Al desconocer este fin, es cuando se blasfema y se llega á ser desdichado, así como se llega á ser hombre cuando se comprende ó se acepta. Escuchadme, jóvenes alumnos, y dejadme decir la verdad.

Vais á entrar en el mundo; de los mil caminos que abre para la actividad humana, cada uno de vosotros tomará uno. La carrera de los unos será brillante, la de los otros oscura y oculta: ella depende sobre todo de la posición y fortuna de vuestros padres. No murmuren los que tengan la parte mas modesta. De un lado, la Providencia es justa, y lo que no depende de nosotros no podría ser un verdadero bien; del otro, la patria vive por el concurso y trabajo de todos sus hijos, y no hay resorte inútil en la mecánica de la sociedad. Entre el Ministro que gobierna el Estado y el artesano que contribuye á su prosperidad con el trabajo de sus manos, no hay sino una diferencia, y es que la función del uno es mas importante que la del otro; pero, en desempeñarlas bien, el mérito moral es igual. Conténtese, pues, cada uno de vosotros, jóvenes alumnos, con la parte que le haya tocado. Sea cual fuera su carrera, le dará esta una misión, deberes, cierta suma de bien que producir. Esta será su tarea: llénela, pues, con valor y energía, honradamente, fielmente, y habrá hecho en su posición cuanto es dado hacer al hombre. Desempeñela también sin envidia contra sus émulo. No estareis solos en vuestro camino; marchareis acompañados con otros llamados por la Providencia para perseguir el mismo fin. En este concurso de la vida, podrán ellos sobrepujaros en talento, ó ser deudores á la fortuna de un éxito que se os escapará. No les tengais rencor, y si habeis obrado lo mejor que os ha sido posible, no os echeis la culpa á vosotros mismos. El éxito no es lo que importa; lo que importa, es el esfuerzo; el esfuerzo que depende del hombre, le enaltece y le llena de íntima satisfacción. El cumplimiento del deber, hé aquí, jóvenes alumnos, el verdadero fin de la vida y el verdadero bien;

y lo conoceréis en este signo que, el alcanzarlo depende únicamente de vuestra voluntad, y en este otro, que es igualmente accesible á todos, al pobre como al rico, al ignorante como al sabio, al pastor como al rey, y que permite á Dios el echarnos á todos en la misma balanza, y pesarnos con las mismas pesas. Despues de esto es cuando se produce en el alma la única verdadera dicha de este mundo, y la única tambien que sea igualmente accesible á todos y proporcionada al mérito de cada uno, el contentamiento de sí mismo. Así, todo es justo, todo es consecuente, todo es bien ordenado en la vida, cuando se la comprendé como Dios la ha hecho, cuando se la restituye á su verdadero destino.

Abordad la vida con esta conviccion, jóvenes alumnos, y no hallareis desengaños en ella. Sea cual fuera la posicion en que os coloque la suerte, os sentireis siempre en el órden, asociados á los designios de la Providencia, concurriendo libremente á sus fines con vuestra voluntad, útiles para vuestra patria tanto como os ha sido dado el serlo, dueños de vosotros mismos y de vuestro destino, dueños de vuestra dicha, que no dependerá mas que de vosotros, y sobre la que no tendrán dominio ni la fortuna ni los hombres. Trastornad este órden, abandonaos á las ambiciones de vuestra naturaleza, y andareis de desengaños en desengaños, y os hareis una vida desgraciada para vosotros, é inútil para los demás. ¿Qué importa á los demás y á nosotros, cuando dejemos este mundo, los placeres y las penas que en él hemos experimentado? No existe todo esto sino en el momento en que es sentido; la huella del viento en las hojas no es mas fugaz. Lo único que nos llevamos de esta vida es la perfeccion que hemos dado á nuestra alma; no dejamos de ella mas que el bien que hemos hecho.

Perdonadme, jóvenes alumnos, en un dia tan lleno de júbilo para vosotros, el haber detenido vuestro pensamiento sobre ideas tan austeras. A nosotros, á quienes la experiencia ha revelado la verdad sobre las cosas de este mundo, nos toca revelárosla. La cumbre de la vida os oculta su declive; de sus dos pendientes solo conoceis una: la que estais subiendo. Risueña es esta, hermosa, perfumada como la primavera. No os es dado, como á nosotros, el

contemplar la otra con sus aspectos melancólicos, el pálido sol que la alumbraba y la ribera helada que la termina. Si tenemos triste la frente, es porque la vemos. Vivid, jóvenes alumnos, con el pensamiento de esa pendiente que bajareis como nosotros. Obrad de tal modo que esteis entonces satisfechos de vosotros mismos. Obrad de tal modo sobre todo que no dejéis estinguirse en vuestra alma esa esperanza que hemos nutrido en ella, esa esperanza que enciende la fe y la filosofía y que hace visible, allende las sombras de la última ribera, la aurora de una vida inmortal.

Del problema del destino de la humanidad.

☉.—En el seno de las ciudades, el hombre parece ser el gran asunto de la creación: allí es donde se manifiesta toda su aparente superioridad, allí es donde parece dominar la escena del mundo, ó, por hablar mejor, ocuparla él solo. Pero, cuando este ser tan fuerte, tan altivo, tan lleno de sí mismo, tan exclusivamente preocupado de sus intereses en el recinto de las ciudades y entre la multitud de sus semejantes, se halla por casualidad arrojado en medio de una inmensa naturaleza, se encuentra solo enfrente de este cielo sin fin, enfrente de este horizonte que se extiende á lo lejos, y allende el cual hay otros horizontes todavía, en medio de estas grandes producciones de la naturaleza que lo abisman, sino por su inteligencia, á lo menos por su masa; pero cuando, viendo á sus piés, de lo alto de una montaña y bajo la luz de los astros, pequeñas aldeas perderse en pequeñas selvas, que se pierden ellas mismas en la extensión de la perspectiva, reflexiona en que esas aldeas están pobladas de seres débiles como él, compara esos seres y sus miserables habitaciones con la naturaleza que les rodea, esa misma naturaleza con nuestro mundo, sobre la superficie del cual no es ella mas que un punto, y este mundo, á su vez, con los otros mil mundos que flotan en el aire, y al lado de los cuales nada es él: á la vista de este espectáculo, el hombre considera con lástima sus miserables pasiones siempre contrariadas, sus miserables dichas que conducen al hastío; y entónces

se le presenta la cuestion de saber lo que él es y lo que hace aquí abajo; entónces se propone tambien el problema de su destino.

Y esto no es todo. No solamente la dicha, la desdicha, la comparacion de nuestra flaqueza con la grandiosidad de la naturaleza, sino además, la mirada arrojada; sea sobre la historia de nuestra especie, sea sobre la de esta tierra que habitamos, evocan en el alma mas preocupada, mas esclusivamente encerrada en la satisfaccion de sus necesidades y de sus pasiones, el problema del destino.

Vosotros que conceis la historia, ved un poco como la humanidad ha marchado.

En las grandes llanuras del Asia, veis llegar razas que descienden de las montañas centrales de ese vasto continente, razas que tienen tal vez antepasados, pero que no tienen historia. Llegan salvajes, casi desnudas, apenas armadas; llegan sin decir de donde salen, ni á quien pertenecen; llegan allí un dia y se apoderan de esas llanuras. Por otro lado, y de los desiertos de la Arabia, llegan otras razas, que no tienen el mismo cráneo, las mismas ideas, pero que están en la misma ignorancia de su orijen y de sus antepasados. Al encontrarse, se hallan hostiles unas contra otras; empuñanse largas luchas, que fundan grandes imperios, tan pronto derribados como establecidos; sobrenada en fin una raza, que queda en posesion de esas tierras donde domina sola, teniendo á las otras bajo su planta. Apenas creado, entra ese imperio en contacto con la Europa. Allá tambien, hombres sin historia, que tienen así mismo otros cráneos, otras ideas, otro modo de vivir. Y esas dos razas, la una asiática y la otra griega, se disputan la preponderancia: los Griegos salen victoriosos, y el Asia es sometida. Pero, pronto un nuevo pueblo habitando el occidente, se levanta, crece rápidamente, y, en los cuadros inmensos de su imperio, absorbe la raza griega y sus conquistas. Este otro pueblo está, él mismo, rodeado de razas que no se conocen á sí mismas y que las otras no conocen, que viven, desde épocas ignoradas, en el occidente y norte de Europa. Esos hombres, que no se parecen ni á los Romanos, ni á los Griegos, ni á los Orientales, que tienen otras creencias, otras ideas, otras lenguas, tienen tambien su vocacion que les ajita en el seno de sus

selvas, y que les llama á su vez á la escena del mundo. Aparecen en ella cuando ha llegado su hora, y Roma se desploma bajo su soplo. Y despues, mas tarde, se penetra en paises ignorados, se descubre el norte del Asia, el sur de Africa, la América, las innumerables islas sembradas como polvo sobre la superficie del Océano, y por todas partes, nuevos pueblos, pueblos de todos colores, blancos, negros, rojos, cobrizos, con cráneos de todas formas, con civilizacion de todos grados, con ideas de todas especies: y de esos pueblos, ninguno sabe de donde viene, lo que hace sobre la tierra, á dónde va; ninguno sabe por qué vinculo está ligado á la comun humanidad!

Cuando se reflexiona en esta historia de la especie humana, en esa noche profunda que cubre por do quiera su cuna, en esas razas que se encuentran en todas partes al mismo tiempo y en todas partes con la misma ignorancia de su orijen, en las diversidades de toda especie que las separan aun mas que las distancias, las montañas y los mares, en el asombro que se apodera de ellas cuando se encuentran, en la constante hostilidad que se declara entre ellas luego que se conocen; cuando se medita en esta oscura predestinacion que las llama sucesivamente sobre la escena del mundo, que las hace brillar un momento en ella, y que luego las hunde otra vez en la oscuridad, apodérase del alma un sentimiento de terror, y el individuo se siente agobiado por la misteriosa fatalidad que parece pesar sobre la especie. ¿Qué es, pues, esta humanidad de la que formamos parte? ¿De dónde viene? ¿á dónde va? ¿Sucede acaso con ella como con las yerbas de los campos y los árboles de las selvas? ¿ha salido por ventura de tierra como ellos, en todas partes, en el dia marcado por las leyes jenerales del universo, para volver otro dia á entrar con ellos en su seno? ó bien, como lo ha soñado su orgullo, ¿no es acaso la creacion mas que un teatro sobre el cual viene ella á representar un acto de sus inmortales destinos? En fin, ¿si la luz que no brilla sobre su cuna alumbrara siquiera su desarrollo! Pero, ¿quién sabe á donde va ella, cómo va ella? La civilizacion oriental ha caido bajo la civilizacion griega; la civilizacion griega ha caido bajo la civilizacion romana; una nueva civilizacion, salida de las selvas de la Germania, ha destruido la

civilizacion romana: ¿qué será de esta nueva civilizacion? ¿conquistará el mundo, ó será acaso crecer y caer el destino de toda civilizacion? En una palabra, ¿no hace por ventura la humanidad mas que jirar eternamente en el mismo circulo, ó avanza? ó bien todavia, como algunos lo sostienen, ¿retrocede ella? porque, se ha supuestó tambien, que toda luz existia en el principio, que de tradicion en tradicion, de trasmision en trasmision, iba esta luz apagándose, y que, sin qué lo sospecháramos, nos encaminábamos hácia la barbarie por el camino de la civilizacion. El hombre, señores, queda despavorido en presencia de estos problemas: anonadado como lo está en la especie, el anonadamiento de la especie misma, en medio de un mar de tinieblas, hiela su corazon y confunde su imaginacion. Pregúntase á sí mismo cuál es esa ley, bajo la cual marcha el rebaño de los hombres sin conocerla, y que lo arrastra con ellos de un orijen ignorado á un fin ignorado: y, de este modo tambien, se presenta para él la cuestion de su destino.

En fin, un motivo de proponerse esta cuestion, mas formidable aun, si me es permitido servirme de esta espresion, es aquel que recién nos ha suministrado la ciencia. Sabeis que al sondear las entrañas de la tierra, se han encontrado en ellas testimonios, monumentos auténticos de la historia de este pequeño globo que habitamos. Hánse cerciorado que hubo tiempo en que la naturaleza no habia sabido producir en su superficie mas que vegetales, vegetales inmensos, al lado de los cuales los nuestros no son mas que pigmeos, y que no cubrian con su sombra á ningun ser animado. Sabeis que se ha constatado que una grande revolucion vino á destruir esa creacion, como si no hubiera sido digna de la mano que la habia formado. Sabeis que en la segunda creacion, entre esas grandes yerbas y bajo la bóveda de esas selvas gigantescas que habian singularizado la primera, se vió desenroscarse monstruosos reptiles, primeros ensayos de organizacion animal, primeros propietarios de esa tierra de la que eran los únicos habitantes. La naturaleza destrozó esa creacion, y en la siguiente, echó sobre la tierra cuadrúpedos cuyas especies no existen ya, animales informes, groseramente organizados, que no podian vivir y reproducirse sino con dificultad, y que no parecian mas que el

primer bosquejo de un inhábil obrero. La naturaleza destrozó también esa creación, como había hecho con las otras, y de ensayo en ensayo, yendo de lo más imperfecto á lo más perfecto, llegó á esa misma creación que puso por primera vez al hombre sobre la tierra. Así, el hombre no parece ser más que un ensayo de parte del creador, un ensayo después de muchos otros que se ha dado el gusto de hacer y de destruir. Esos inmensos reptiles, esos animales informes, que han desaparecido de la faz de la tierra, han vivido antes en ella como nosotros vivimos ahora. ¿Por qué no llegaría el día en que nuestra raza será borrada, y en que nuestras osamentas desenterradas no parecerán á las especies vivientes más que bosquejos groseros de una naturaleza que se ensaya? y si no somos así más que un anillo en esa cadena de creaciones cada vez menos imperfectas, una mala prueba de un tipo desconocido sacada á su vez para ser desgarrada á su vez, ¿qué somos, pues, y dónde están nuestros títulos para entregarnos á la esperanza y al orgullo?

Tales son, señores, algunas de las circunstancias que, aun en medio de la vida más indolente, vienen súbitamente á provocar en el espíritu del hombre la aparición del problema del destino. Veis que se puede reasumir todas estas circunstancias bajo una misma fórmula; porque lo que es común á todas y lo que hace que conduzcan igualmente el alma á ese melancólico repliegue sobre sí misma, es que ponen en evidencia la contradicción que existe entre su grandeza natural y la miseria de su condición presente; es que la desengañan de la profunda confianza que tenía en sí; es que, al mostrarle por do quiera sus instintos burlados, sus esperanzas engañadas, sus creencias impugnadas, por do quiera límites, por do quiera tinieblas, por do quiera impotencia, la ponen en alarma sobre sí misma y la obligan á considerar que su destino es un enigma, cuya explicación no conoce. Tal es la común virtud oculta en el fondo de todas estas circunstancias, y que les dá, así como á todas aquellas que la comparten, el mismo efecto. Ahora, estas circunstancias son tan numerosas, la enseñanza que de ellas se desprende tan inmediata y tan simple, que es imposible que ningún hombre, por irreflexivo que se le suponga y en cualquier condición

que se le imagine, se sustraiga, durante el curso de una larga vida, al concepto del problema del destino. Porque, no creáis señores, que sea necesario ser sabio para elevarse hasta allí: el pastor, en la cumbre de la montaña, está también enfrente de la naturaleza: medita también, en sus largas horas de ocio, en lo que es, en lo que son esos seres que habitan á sus piés: tiene también antepasados que bajaron á la tumba unos tras otros, y también se pregunta por qué ha nacido, y por qué después de haber arrastrado su vida sobre esta tierra durante algunos años, murieron para ceder su lugar á otros, que á su vez desaparecieron, y siempre así, sin fin ni razon. El pastor medita como nosotros sobre esta infinita creacion de la que no es mas que un fragmento; se siente como nosotros, perdido en esta cadena de seres cuyos extremos se le escapan; entre él y los animales que vijila, se le ocurre también buscar la conexion; se le ocurre preguntarse si, del mismo modo que él les es superior, no habria otros seres superiores á él; y cuando siente su miseria, concibe fácilmente criaturas mas perfectas, mas capaces de dicha, rodeadas de una naturaleza mas propia para darla; y con propio derecho, con la autoridad de su intelijencia, que califican de flaca y limitada, tiene la audacia de dirigir al criador esta alta y melancólica cuestion: «¿Por qué me has hecho, y qué significa el papel que desempeño aquí abajo?»

De consiguiente, cuando bajo la influencia de una ú otra de estas circunstancias, ha llegado por fin el hombre, en cualquiera época de su vida, á proponerse esta gran cuestion, ¡oh! entónces, las dudas que provoca, si no encuentra inmediatamente su solucion en creencias establecidas, las dudas que provoca son terribles. Yo sé que muchos hombres, después de haber concebido el problema, parecen perderlo de vista, y no inquietarse ya casi de él; pero, no os engaños en esto, señores; esta idea, toda vez que se ha manifestado, no puede ya perecer; podemos dejarla como olvidada, es cierto; pero, desprendernos de ella, jamas; y, hé aquí porque: es que las mismas causas nos la recuerdan sin cesar, y con mucho mas facilidad que nos la han sujerido; es que la vida y la muerte, las propensiones y miserias de nuestra naturaleza, la grandiosidad de la naturaleza y las tinieblas de la historia, es-

tán siempre allí, hablando al espíritu, al corazón, al alma del hombre de lo que más lo interesan, está siempre allí asediándole, atormentándole, y no permitiendo que, una vez despertado, se duerma otra vez. Entonces, señores, el hombre no es ya lo que era; entonces, el hombre está cambiado; ha salido del estado de inocencia, ha llegado al estado racional y reflexivo, al estado humano propiamente dicho. Esta cuestión es la antorcha en la fábula de Psyche: antes de esta formidable revelación, el hombre obedecía sus instintos, y sin previsión, sin inquietud, llegaba ó no llegaba al objeto á donde lo impelían; cuando lo alcanzaba, era dichoso; cuando no lo alcanzaba, sufría; pero, estas desdichas pasajeras, luego borradas por nuevas pasiones, no se parecían en nada á esta tristeza profunda, á esa incurable melancolía, que se apodera de aquel que ha concebido la cuestión del destino de la humanidad y entrevisto las tinieblas que la envuelven; entonces, una nueva cuerda está puesta en vibración en el fondo del alma, y todas las distracciones del mundo no impiden que esta cuerda esté allí, y que el menor acontecimiento la haga vibrar.—*Jouffroy*.

Peroracion de la oracion fúnebre del príncipe de Condé.

29.—Echad los ojos en torno, y contemplad lo que pudo hacer la magnificencia y la piedad para honrar á un héroe; títulos, inscripciones, señales vanas de lo que no existe ya; figuras que parecen llorar sobre un sepulcro, frágiles imágenes de un dolor que disipa el tiempo; columnas, que parecen llevar hasta el cielo el magnífico testimonio de nuestra miseria; nada falta en una palabra á tan suntuosas exequias.

¡Llorad pues sobre estos débiles restos de la vida humana; llorad sobre esta triste inmortalidad que tributamos á los héroes! Pero, acercaos en particular, oh vosotros que corrais con tanto ardor en la carrera de la gloria, almas guerreras é intrépidas, y decidme; ¿Hubo alguien más digno de ponerse á vuestro frente? ¿Cuándo vieron los siglos una dominación más benévola?

Llorad ese gran caudillo, deplorad su pérdida irreparable,

y esclamad con voz doliente: ahí yace inánime el que nos conducia á los peligros, cuyos ejemplos formaron tantos impávidos capitanes, aquel, cuya sombra bastaria para ganar las batallas, cuyo nombre en silencio nos anima y nos advierte que, para encontrar en la muerte algun fruto de nuestros trabajos, y no llegar con las manos vacías á la celestial morada, es necesario servir al rey de los cielos no menos que al de la tierra.

Servid pues á este monarca inmortal, tan lleno de misericordia, que os agradecerá un suspiro y un vaso de agua dado en su nombre mas que los monarcas terrestres toda vuestra sangre vertida por su causa; y comenzad á contar el tiempo de vuestros útiles servicios, desde el dia en que os habreis entregado á un dueño tan benéfico.

¿Y no acudireis á visitar este triste monumento, ilustres personajes que incluia el ilustre difunto en el gremio de sus amigos? Rodead su sepulcro, oh vosotros todos los que recibiera con diversos grados de confianza el noble guerrero, cuyo cuerpo reposa en el ataud; regad con vuestras lágrimas el fúnebre crespon, y al admirar en tan gran príncipe una amistad tan sincera y un trato tan afable, conservad el recuerdo del varon hazañoso cuya bondad al valor igualaba.

Así pueda su memoria fomentar vuestras pláticas, pueda el recuerdo de sus virtudes jerminal benéfico en vuestros corazones, pueda su muerte, cuya idea inunda vuestros ojos, servirnos á la vez de consuelo y ejemplo.

Por mi parte, si me es permitido venir despues de tantos á tributar los últimos deberes á este sepulcro, os diré, oh príncipe, digno de nuestros constantes loores é inagotables lamentos, que vivireis eternamente en mi memoria, sin que consiga el tiempo borrar vuestra imájen trazada, no con esa mirada audaz é impertérrita fisonomía que prometia la victoria, pues no quiero conservar de vos cosa alguna sujeta á la muerte y á destruccion, sino como estabais en ese dia postrero bajo la mano de Dios, cuando su luz pareció querer bañar por primera vez vuestro rostro. Tal os veré mas triunfante que en Fribourg y en Rocroy, y gozoso de veros así trasfigurado por la célica gloria, diré en accion de gracias estas bellas palabras del discípulo bien amado: *Et hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra* (nuestra fé es la victoria que pone al mundo entero bajo nuestras plantas).

Gózad, príncipe, de esta victoria, gozad eternamente de tan escelso triunfo por la inmortal virtud de este sacrificio. Acojed benévolo los últimos esfuerzos de una voz amiga; voz que vuestra memoria enmudecerá para siempre. Si, en lugar de deplorar la muerte ajena, quiero desde este momento santificar la mia propia; dichoso si, advertido por estas canas de la cuenta que debo dar de mi administracion, reservo para la grey á la cual debo alimentar con la palabra de vida, los restos de una voz decaida y de un ardor casi apagado.
— *Bossuet.*

Discurso pronunciado por Victor Hugo en la tumba de Federico Soulié, el 8 de Setiembre de 1847.

30.—Señores: Los autores dramáticos han tenido á bien manifestarme el deseo que fuese yo quien tuviese el honor, en este dia de luto, de representarles y dirijir en nombre suyo el postrer adios á este noble corazon, á esta alma jenerosa, á este espíritu serio, á este bello y leal talento que se llamaba Federico Soulié. Deber austero que requiere ser cumplido con viril tristeza, digna del enérjico y preclaro varon, cuya pérdida llorais. ¡Ay! apresurada es la muerte. Tiene ella sus misteriosas predilecciones, y no espera, para escogerla, que una cabeza esté encanecida. ¡Triste y fatal cosa, ver los obreros de la intelijencia arrebatados antes que concluyan su jornal! Cuatra años hace apenas, cuando todos, casi los mismos que estamos aqui, nos inclinábamos sobre la tumba de Casimiro Delavigne; hoy nos inclinamos ante el féretro de Federico Soulié.

No esperais, señores, que yo os dé la larga nomenclatura de las obras, constantemente aplaudidas, de Federico Soulié. Permitid solo que trate de representar á vuestros ojos, en pocas palabras, y de evocar, por decirlo asi de este ataud, lo que podría llamarse la figura moral de este notable escritor.

En sus dramas, en sus novelas, en sus poemas, siempre ha sido Federico Soulié el espíritu serio que se remonta hácia una idea y se ha impuesto una mision. En esta grande época literaria, en que el jenio—cosa no vista antes, digámoslo en honor de nuestro tiempo,—jamás se aparta de la indepen-

dencia, fué Federico Soulié uno de aquellos que no se doblegan sino para dar oídos á su conciencia, y que, con la propia dignidad, honran al talento.

Pertenecía á esa raza de hombres que nada admiten sino lo conquistado con el propio trabajo, que hacen del pensamiento un instrumento de honradez y del teatro un sitio de enseñanza, que respetan al mismo tiempo la poesía y el pueblo y tienen osadía, al paso que aceptan plenamente la responsabilidad de esa osadía, pues jamás olvidan que el escritor representa un magistrado y el poeta un sacerdote.

Queriendo trabajar mucho, trabajaba de prisa, como si presintiese que corta había de ser su carrera. Su talento era su alma, llena siempre de la mejor y más sana energía; de allí le provenía esa fuerza que se convertía en vigor para los pensadores, y en poder para la muchedumbre. Vivía de la vida del corazón; de allí también su muerte. Pero, no le tengamos compasión: ha sido recompensado por veinte triunfos, recompensando con una grande y amable fama que á nadie irritaba y á todos era grata. Querido de los que le veían cada día y de los que jamás le habían visto, era amado y era popular, lo cual es además uno de los modos más dulces de ser amado. Merecía esa popularidad, pues siempre tenía presente ese doble fin que abarca cuanto hay de noble en el egoísmo y cuanto hay de verdadero en el sacrificio: ser libre y ser útil.

Ha muerto como un sabio que cree porque piensa; ha muerto; suave, dignamente, con la cándida sonrisa de un joven, con la benévola gravedad de un anciano. Sin duda, no ha podido menos de lamentar el verse obligado á abandonar la otra de civilización á que los escritores de este siglo se dedican todos en comunidad, y partir antes de la hora solemne, y próxima tal vez, que llamará al santo trabajo del porvenir á cuantos tienen probidad é inteligencia. Apto era, en verdad, para tan glorioso trabajo, él que abrigaba en el corazón tanta compasión y tanto entusiasmo, y que sin cesar dirigía su vista hácia el pueblo, pues en el seno de este están todas las miserias, como también todas las grandezas. Como lo saben sus amigos, lo manifiestan sus obras y lo prueban sus triunfos, Federico Soulié ha tenido, durante toda su vida, fijos los ojos en un estudio serio sobre los resplandores de la inteligencia, sobre

las grandes verdades políticas y sobre los grandes misterios sociales. Recien ha dejado interrumpida su contemplacion, pero es para continuarla en otro lugar! ¡se fué para descubrir otros resplandores, otras verdades, otros misterios en la sombra profunda de la muerte!

Una última palabra, señores. ¡Que esta muchedumbre que nos rodea y tiene á bien escucharme con tan religiosa atencion; que este pueblo jeneroso, laborioso y pensativo que nunca deja de asistir á estas solemnidades dolorosas, y que acompaña los funerales de sus escritores como se acompaña los de un amigo: que este pueblo tan intelijente y tan serio lo sepa: cuando los filósofos, cuando los escritores, cuando los poetas vienen á traer aquí, á este comun abismo de todos los hombres, á uno de sus compañeros, vienen sin perturbacion, sin incertidumbre, sin inquietud, llenós de indecible fé en esa otra vida sin la que esta no seria digna del Dios que la da, ni del hombre que la recibe! ¡Los pensadores no desconfian de Dios! Miran con tranquilidad, con serenidad, algunos con alegria, esta fosa que no tiene fondo: ¡saben que si en ella el cuerpo halla una prision, el alma halla alas!

¡Oh! Las nobles almas de nuestros llorados muertos, esas almas que, al par de la que se marchó y que lloramos en este instante, no han buscado en este mundo mas que un fin, no han tenido mas que una inspiracion, no han pedido mas que una recompensa de sus trabajos: la luz y la libertad, ¡no! no caen aquí en una trampa! ¡no! la muerte no es una mentira! ¡no! no encuentran en esas tinieblas aquel espantoso cautiverio, aquella horrible cadena que se llama la nada! Allí prosiguen, en mas espléndida irradiacion, su vuelo sublime y su inmortal destino. Eran libres en la poesía, en el arte, en la intelijencia, en el pensamiento; y son libres en la tumba!

Discurso pronunciado por M. V. Cousin en los funerales de M. Larauza, antiguo maestro de conferencias en la Escuela Normal (1825).

31.—No es la primera vez que la muerte hiere á un alumno de la Escuela Normal, pero puede decirse que jamas ha escojido en sus filas una víctima mas pura y mas irrepro-

chable. Luego vendrá otro que, sobrepujando su dolor, rendirá la debida justicia al mérito de aquel que ha amado y tratado con mas intimidad. Invitado á suplirle en esta triste circunstancia, solo quiero satisfacer aquí, y en pocas palabras, la deuda comun hácia el bueno y perfecto camarada que vamos á abandonar para siempre.

Muchos de nosotros recuerdan aun los brillantes triunfos del jóven Larauza en el liceo Napoleon, y sabeis todos cuanta estimacion y amor se granjearon en la Escuela Normal su talento y carácter. Ya, en tan temprana edad, Larauza era para consigo mismo un rígido cristiano, dulce y afable para los otros, austero en sus principios, moderado aun en la expansion de su franca alegría, merced al candor de su alma y á la vivacidad de su imaginacion. Ya, en tan temprana edad, ponía en todas sus tareas ese celo tenaz por la verdad y esa rara sagacidad que poco á poco le conducía á inesperados resultados, mostrando sucesivamente esas bellas cualidades en los diferentes cargos que le fueron confiados, y que, á la vuelta de muchos años de un profesorado dignamente desempeñado en Montpellier y en Alenzon, hizo brillar en la Escuela Normal, donde tuvo la ocasion de desarrollarlas mas ampliamente. Encargado de la enseñanza científica de las lenguas muertas, M. Larauza profundizó esas cuestiones de gramática jeneral que encierran las materias mas espinosas de la metafísica, dejando al recorrerlas surcos luminosos de su paciencia y penetracion, y hemos tenido en nuestras manos mas de una disertacion dirigida con un espíritu de análisis que revela un profundo pensador.

Estas ocupaciones severas habian contenido hasta entonces, sin ahogarle, el instinto secreto que impulsaba M. Larauza hácia mas poéticas rejiones. La supresion de la Escuela Normal en 1822, al proporcionarle un ocio forzado, le dejó tiempo para agregar á sus trabajos literarios estudios de música y de armonía, que continuó con su perseverancia habitual, y en los que recompensaron pronto sus esfuerzos los mas rápidos progresos, permitiéndole á esa alha pura y tierna exhalar en cantos melodiosos la ardiente sensibilidad que reprimía en sus costumbres y en su conducta. ¿Por qué no quedaron satisfechas sus aspiraciones al cultivar entre nosotros esos felices talentos? La pasion de instruirse nos lo arrebató y se fué á Italia. El afan de verlo todo y de verlo bien en poco tiempo,

le hace arrostrar las mas rudas fatigas. Un problema de erudicion le retiene durante largos meses al rededor de esas rutas de los Alpes, escarpadas y cubiertas de nieve, que se disputan el honor de haber sido pisadas por la planta de Anibal. Cree, despues de muchos otros, haber resuelto el célebre problema, y regresa, pero ya encanecido y trayendo en su seno funestos jérmenes. Apenas llegado, se dedica á un trabajo escesivo y compone en algunos meses un volumen entero, monumento de labor, de buena fé, de sagacidad y de exactitud. Concluido por fin su trabajo, va á tener el honor de leerlo ante una sabia sociedad; y no se trata ya mas que de señalar el dia. Todo está preparado; no hacen todavía dos semanas que yo hablaba con él de sus próximos triunfos y de la carrera que iban á abrirle; y héle aquí ahora tendido sin vida, fulminado por una ferrible enfermedad y arrebataado para siempre á la felicidad y á la gloria. Hé ahí, pues, el lamentable fin que aguardaba tantos nobles esfuerzos, tantas dulces virtudes, tanta ciencia y tanta inocencia! La muerte viene á buscarnos lo mismo en un pacifico gabinete como en medio de los peligros. Aquel, que por seguir una estrella aventurera, se arroja en las tempestades de la vida, á riesgo de ser mil veces despedazado en ellas, ha atravesado en ocasiones la tormenta y regresado al puerto; y tú, pobre jóven, sin haber abandonado la ribera, ni haber conocido este mundo, ni sus bienes, ni sus males, ni la inquietud de sus esperanzas, ni las miserias de sus promesas, caes en la flor de la edad como doblegado sobre tí mismo! Y tú, mi querido Viguier, á quien me es imposible separar de tu amigo, tú que llenabas su alma como él llenaba la tuya, no permita Dios que trate yo de consolarte. Despues de una ausencia tan larga, le ves de nuevo un dia, y te es arrebataado para siempre! Tu pérdida es amarga, inesperada, irreparable. Debe ser profunda y eternamente sentida. Pero, que la voluntad y el ejemplo de Larauza te sostengan. Su primera ley fué hacer el bien; vive tú para hacer el bien. Es necesario soportar la existencia, aunque esté marchita, apegarse á esta vida que despreciamos porque podemos ser útiles en ella todavía, y podemos siempre serlo; podemos, porque debemos.

Soporta, pues, con fuerza y dulzura la desgracia que Dios te envia para probarte, no para abrumarte. Y vosotros, se-

ñores, nosotros sobre todo alumnos de la Escuela Normal, al abandonar á nuestro digno y escelente compañero, prometamos imitarle en sus costumbres, en sus creencias rigurosas, en su celo por la ciencia y en aquella fraternidad del alma que le unia á cada uno de nosotros. Resto cada dia mas escaso de una Escuela que hubiera podido ser grande y que quiso ser útil, ya que solo su nombre nos queda, sostengámosle por nuestra union, por nuestra constancia, por nuestra consagracion á todo lo que es bueno. Si no podemos cambiar el destino, elevémonos sobre él por nuestro valor. Disputemos á la muerte y á la injusticia de los hombres el recuerdo de nuestra Escuela muy amada. Su gloria no puede consistir ya en el número de sus hijos, sino en los trabajos y virtudes de los que le quedan. Bajo todos aspectos no podemos tomar mejor modelo que el hombre virtuoso y afable á quien vamos á dar el último adios. En cuanto á mí, que me asombro de estar aun de pié sobre tantas tumbas que me llaman, ¡ojalá pueda al fin de mi carrera no parecer indigno de haber sido uno de sus amigos!

¡Adios, mi querido Larauza; te entregamos con confianza á las manos de Dios!

Discursos pronunciados en el acto de ser depositados en el mausoleo de Elorencio Varela los restos del jóven D. Domingo F. Sarmiento, hijo del actual Presidente de la República, muerto en el asalto de Curupaití, el 12 de Setiembre de 1866.

EL DR. D. NICOLÁS AVELLANEDA :

☛. — ¡Sombra de Varela, levántate!

La ola de sangre que os arrebató en su torbellino, continúa arrojando sobre la ribera nuevas víctimas — Son vuestros hijos en el martirio y en la patria, y á vos el mas grande y el mas ilustre de nuestros muertos, os toca conducirlos al seno de Dios!!

Hemos removido ya muchas veces este suelo para confiarle despojos queridos — Sobre las viejas losas ¡cuántas inscripciones nuevas!... Nuestra tarea súnebre nos trae vencidos; y como en aquellos días de la tribulacion tremenda, parecenos que va á desaparecer cuanto de noble

y jeneroso alienta en la patria del Argentino. — Esta es siempre, Señor, vuestra tierra; y en ella, el mártir continúa fatigando al sepulturero.

Pero, hoy venimos como nunca, con el alma rota, trayendo en estos dos féretros, lo mas precioso de nuestra sangre, y viendo remontarse á los cielos lo mas puro de nuestras almas.

Francisco Paz era la admiracion de los jóvenes de su tiempo, por su valor superior á todos los peligros.—Domingo Sarmiento era una parte de nuestra vida, y lo habiamos asociado á nuestras mas vivas esperanzas, creyéndolo prometido á todas las glorias. Se le habia visto una vez, escuchando su voz vibrante, y desde entónces no se desprendia ya de la memoria aquella aparicion, y una curiosidad instintiva y un secreto anhelo del corazon se ligaban á sus pasos.

Los ojos se desviaban con pena de su fisonomia siempre velada por tristes sombras, y de esa su mirada vagarosa que parecia anhelante de bienes, que aquí en la tierra no se encuentran.

Los encontrará en el cielo! El niño que sentia arder en sus venas la llama del héroe, ha muerto por su patria... ¡Sombra de Varela, levántate! solo vos sois digno de presentar ánte Dios á los nuevos mártires!

EL DR. D. PEDRO GOYENA:

Señores:

33.—Un poeta antiguo, encerrando la vida en estrechos horizontes, decia que la muerte era la última línea de las cosas. Nosotros, contemplando la eternidad en que ha entrado el noble espíritu que animó estos despojos, decimos: la muerte es una línea que separa dos mundos: el mundo del combate y el mundo de la gloria.

Domingo Sarmiento, que luchaba ayer por arrancar á la ciencia sus misterios, y se batia heroicamente á la sombra de nuestro glorioso pabellon, mora ya en la rejion de la verdad y de la justicia, á cuya investigacion y á cuyo triunfo consagró las fuerzas todas de su alma varonil.

Aunque haya sido muy breve la vida del joven cuyo cadáver entregamos hoy á esta tierra siempre humedecida con

la sangre de los mártires, todo nos autoriza para afirmar que habria descollado notablemente entre sus contemporáneos por las dotes del carácter y de la inteligencia.

No hace mucho tiempo á que un ilustre pensador francés arrojaba sobre el mundo en las hojas de un libro admirable, las últimas revelaciones de la libertad. Sarmiento se apresuró á recojerlas para difundirlas en el pueblo Argentino. El jóven, el niño comprendia la saludable y trascendental influencia que aquel libro ejerceria en la República; y le agregó una página que merece pasar con él á la posteridad. Tenia apenas diez y ocho años, y podia ya marcar con firmeza el rumbo que los pueblos deben seguir para llegar á la grandeza y á la prosperidad.

Un dia, la lucha de los partidos se habia enardecido; densas nubes cubrian nuestros horizontes, y la imájen de la patria comun se desvanecia ante los ojos de los combatientes. Sarmiento la trazó con mano inspirada en el programa de la asociacion politica que presidia, y la levantó como bandera, ajitándola entusiasmado sobre la juventud. Así apareció este noble jóven en la escena pública proclamando entre el vértigo de las pasiones desencadenadas, la unidad indivisible de la patria Argentina!

Apenas se supo en Buenos Aires que el honor nacional habia sido torpemente injuriado en Corrientes, Sarmiento abandonó las aulas y el hogar donde su desolada madre le llora con lágrimas inagotables, para acudir á la defensa de la patria ultrajada. Allá, en el campo de la horrible batalla, ha caido gloriosamente al pié del lábaro que amó!

Luminosa inteligencia, corazon jeneroso, inquebrantable voluntad...¿hasta donde habria llegado Sarmiento? ¡Ese es el secreto de Dios! Nosotros no podemos medir la magnitud de su pérdida, como no podemos medir la intensidad de nuestro dolor!

Tu nombre ¡oh mártir! vivirá perpetuamente en la memoria de los Argentinos, con los de Mayer, Solá y Paz, soldados y estudiantes como tú, cuya vida refleja las dos fases sublimes del hombre sobre la tierra: la meditacion y el sacrificio. Mientras lloramos tu ausencia y admiramos tu heroismo, llenas en el seno de Dios las nobles aspiraciones de tu alma. ¡El martirio es la gloria!

Discurso pronunciado por el Dr. Rawson en la muerte del
Dr. D. Marcos Paz.

34.—Señores! El espectáculo melancólico á que asistimos en este momento es singularmente conmovedor. Son los restos mortales de un gran ciudadano, conducidos hasta las puertas de la ciudad de la muerte, y acompañados por el duelo de un pueblo que quiere consagrar con sus lágrimas y con sus simpatías el tributo de gratitud y de respeto que merecen las altas calidades del ilustre finado: es el Dr. D. Marcos Paz, es el primer magistrado de la República, á cuya memoria un millon de Argentinos representados en este lúgubre recinto por cuantos han tenido la posibilidad material de asistir á él, vienen á dar testimonio de la simpatía que el carácter del hombre supo despertar en el corazón de sus conciudadanos y de la distinguida estimación que los servicios del magistrado le han merecido en la República.

Tócame á mí, señores, la honrosa y melancólica misión de proclamar estos sentimientos nacionales delante de la tumba del Dr. Paz. Con el alma oprimida de un dolor inmenso, vengo á decir la palabra de despedida al amigo que nos deja, y á recordar en esta hora solemne para el pueblo argentino los títulos que el Dr. Paz tenía para nuestro amor, que son á la vez el fundamento de la profunda veneración que después de su muerte le debemos.

Fué siempre el Dr. Paz, hombre honrado á la par que modesto. Su vida privada se distingue por su ejemplar consagración y su solícito cariño para su familia y por una lealtad nunca desmentida para sus amigos. En la vida pública, en las diversas posiciones á que fué llamado por las exigencias políticas del país, se distinguió siempre por su austera adhesión al cumplimiento del deber. Como soldado, tuvo la virtud del soldado; subordinado siempre y poseído de una verdadera pasión por la disciplina, jamás esquivó el peligro de los combates. Como ciudadano, desde que pudo hacer sentir su acción en las ardientes escenas de la política, se inspiró constantemente en el sentimiento del verdadero patriotismo.

Amaba la libertad con entusiasmo, pero nunca pudo comprender que la libertad, que la consagración de los principios,

que la prosperidad de la patria, que era el objeto de su culto, podrian afianzarse entre nosotros sino en la base incommovible de la union nacional. El Dr. Paz era esencialmente arjentino y subordinó sus actos en todas ocasiones á la notabilisima aspiracion de consolidar la union indisoluble del pueblo arjentino, cada una de cuyas fracciones, sin distincion geográfica, era un pedazo de su corazon.

Llamado al gobierno de la provincia de Tucuman, desplegó en ese puesto las dotes inherentes á su carácter; fué su administracion un ejemplo de trabajo, de intelijencia, de enerjia y de liberalidad; el gobierno del Dr. Paz en Tucuman, ha de ser memorable porque son profundos los surcos que abrió en aquel suelo privilegiado para secundarlo y hacerlo prosperar.

Su misma provincia natal lo habia elegido antes senador en el Congreso de la Confederacion. Allí tambien se mostró siempre digno: su palabra y su voto estuvieron á todas horas del lado de los altos principios constitucionales y de las conveniencias de la Nacion.

Pero cuando la batalla de Pavon se preparaba: cuando los hombres perspicaces pudieron comprender que iba á desparecer para siempre la division entre los pueblos, y á asegurarse el vínculo estrecho y sagrado que haria de todas las provincias una sola nacion, bajo el imperio de una sola ley, bajo el calor de un solo patriotismo, entonces, señores, el Dr. Paz que veia realizarse el ideal de toda su vida, se lanzó con denuedo y con una abnegacion sin límites, haciéndose uno de los principales actores en esa parte del drama de nuestra historia.

Eso tuvieron en cuenta los pueblos cuando, al organizarse el Gobierno Nacional, el sufragio público colocó al Dr. Paz como Vice-Presidente de la República, al lado del vencedor de Pavon. Era este un reconocimiento de su mérito á la par que una esperanza de que podria ser utilizado para el bien de la patria.

Y la República no se ha equivocado, señores: llegó un dia en que el déspota oscuro del Paraguay, abandonando las selvas que por tantos años habian sido el teatro de tres jeneraciones de tiranos, vino á golpear con sus insultos las puertas de la República Arjentina, invadiendo gratuita y alevosamente nuestro territorio, humillando nuestra bandera y desolando á los pacíficos habitantes de nuestro suelo.

En medio del grito de santa indignacion que produjo este atentado, el Dr. Paz se sintió conmovido como el que mas con el resentimiento de la atroz injuria, y llevado al frente del gobierno por la ausencia del Jefe del Estado, que marchaba á la cabeza de los ejércitos aliados para revindicar el honor ultrajado de la patria, se consagró entonces sin reserva al desempeño de las altas funciones que la ley depositaba en sus manos.

El ha estado, señores, á la altura de la prueba. En estos largos días de esperanza, de sacrificios y de dolores, el espíritu del Vice-Presidente no desfalleció jamás. Honrado siempre, no tan solo con esa honradez vulgar que consiste en no medrar con el abuso de posiciones oficiales, sino con esa honradez que por ser rara se llama una virtud entre los hombres públicos, y que se manifiesta por el religioso respeto á los principios, aunque se sacrifiquen las afecciones personales, el Dr. Paz ha merecido bajo este concepto la mas cumplida justicia entre aquellos que han podido conocer su conducta. De este jénero fué la honradez del hombre cuya muerte lloramos y así lo ha reconocido el país.

En esta larga lucha, señores, en que se juega el honor y la existencia de nuestra patria idolatrada, en medio de los triunfos de nuestras armas, hemos sufrido dias amargos, dias de desconsuelo, dias de luto. Tocóle al Dr. Paz en suerte, no solo como majistrado sino como padre, una parte principal del dolor comun. El plomo enemigo que arrebató tantas vidas preciosas á la patria en Curupaití, hirió de muerte tambien al jóven Paz, hijo del Vice-Presidente. Vosotros lo habeis visto, señores, en aquellas horas de amargura, encerrar en su pecho de temple antiguo el piadoso duelo del padre, y continuar sin vacilar un punto, y con mano firme, la difícil tarea de reparar el contraste sufrido, y de alentar con su ejemplo y su accion el espíritu de los que desfallecian en aquel momento de prueba.

La traicion que cubre de vergüenza á los púeblos, habia levantado en el interior su odiosa bandera sobre la sangre de los héroes que acababan de sacrificarse en Curupaití, en aras de la gloria nacional; la pusilanidad en otros no pudo resistir al primer contratiempo que nuestras armas habiau sufrido en su carrera de triunfo, y aconsejaban con un pretesto ú otro una transacion con el enemigo, que hubiera sido

una derrota y un baldon para nuestra bandera inmaculada, como si la patria de San Martín y de Belgrano no tuviera ya en sus venas mas sangre que derramar por su propia gloria, como si en esta tierra de heróicas tradiciones no hubiera ya pechos argentinos para la defensa de la honra comun.

En medio de estos nuevos conflictos y de estas vacilaciones de la opinion, el Dr. Paz pensaba siempre que la guerra del Paraguáy no debia terminar sino por una victoria de nuestras armas ó por una paz que significara lo mismo que la victoria, y procedió siempre iluminado por esta conviccion, y fueron estos los sentimientos que mas de una vez recojió y de sus propios labios aun en las horas angustiosas que precedieron á su muerte.

Tal es, señores, el pálido bosquejo del hombre que acabamos de perder. Tambien él ha caido víctima del azote terrible que siembra la muerte y el espanto en nuestras ciudades y en nuestros campos, de ese enemigo misterioso que asalta sin piedad en el silencio de la noche á las víctimas señaladas por el dedo de Dios, las estrecha, las devora, las hiela y las lanza sin vida á la huesa comun. Al cúmulo de desventuras que aflijen en este momento á la República, ha venido á agregarse como coronacion del monumento de dolores, el triste y extraordinario acontecimiento que deploramos; ¡hágase la voluntad de Dios!

El Dr. Paz ha sido llamado á la mansion de los buenos. Desde la tumba, sobre la cual inclinamos la cabeza con doloroso respeto, yo levanto, señores, hácia aquellas rejiones serenas mi espíritu impregnado de relijiosa resignacion, y en nombre de esa alma pura que vive ahora en la inmortalidad, pido con fervor al Eterno que aparte de este pueblo las calamidades que lo agobian.

¡Haced, señor, que vuelva á estas comarcas el aire vivificante y saludable que las hizo famosas y les dió nombre en otro tiempo, que salvemos sobre todo para la República el lustre de nuestra bandera, que es la bandera de la justicia! Esto es, señor, nuestro tesoro que recibimos de nuestros mayores, el patrimonio que debemos legar á nuestros hijos. ¡Que las santas aspiraciones del justo que habeis recibido en vuestro seno, se cumplan en el destino de esta patria que fué el objeto del culto de su vida!

En la muerte de José Casacuberta.

(Setiembre 1849.)

35.—Molière, el padre de la comedia francesa, murió agobiado de fatiga despues de la representacion del *Malade Imaginaire*. Casacuberta, mas afortunado aun, ya que es fortuna para el artista sucumbir sobre la arena, ha muerto deshecho, despedazado por un papel terrible. Su esquisita sensibilidad, escitada mas allá del grado de electricidad que admiten las fibras humanas, no pudo reponerse del sacudimiento, y «el último laurel que el público le acordaba, como tan sentidamente lo ha dicho Moreno, su discípulo, amigo y compatriota, caia ya sobre un cadáver.» *Los seis escalones del crimen* de Victor Ducange han producido arrepentimientos y conversiones de jóvenes estraviados, segun lo han rejistrado varias veces los diarios; pero hasta el Mártes pasado, no habia ocurrido que matasen al pobre actor encargado de hacerlos producir su efecto moral sobre el público; y que el protagonista que se escapa del fatal carro no se escape realmente de la muerte.

¡Cuántas vibraciones han debido dar aquellos nervios para extinguir la vida, como las convulsiones causadas por el hong-hong, ruido con que los chinos matan á los criminales! ¡Cuán artística ha debido ser aquella organizacion para sentir las congojas y los pavores de una muerte afrentosa hasta morir victima de sus emociones! ¡Ah! debemos decirlo, una platea casi desierta de un teatro americano, no era arena para tanta gloria! Paris solo se hubiera creido á la altura del sacrificio.

Despues de muerto el artista, nós vino la curiosidad de leer el cartel con que él habia anunciado un dia antes su beneficio. Conoce todo el mundo el charlatanismo del cartel de anuncio, y hay cierto lenguaje, una literatura especial para el cartel de teatro. Pero nos hemos quedado mudos de enternecimiento y de congoja, mirándonos unos á otros, al leer en él una biografía y un testamento, los adioses al público por la *última vez*, y el presentimiento de lo que iba á costarle su pieza favorita! Hemos guardado religiosamente el cartel de anuncio, como el comple-

mento de este triste drama. «Grato me es por demás, dice, en la tercera vez que he vuelto á Chile, rendirle en una funcion que lleve mi nombre, el homenaje de mis simpatías. Hay incidentes en la vida del hombre mas vulgar que se graban eternamente en el corazon. Cuando la suerte me encaminó á este país la vez primera, habia abandonado hasta las ilusiones del artista. Proscrito, errante, escapado milagrosamente de debajo de las nieves en la Cordillera, no soñaba mas que con el porvenir de mi patria..... Casi ciego en esta peregrinacion, hallé hospitalidad, y manos benefactoras. Me reconcilié pues con el arte, y á Chile debo mas de un recuerdo imperecedero, el de la gratitud. Estos acontecimientos no se olvidan jamás.» Y despues de anunciar

Los seis grados del crimen y escalones del cadalso, ó sea una leccion terrible á la juventud

—añadia: «Han sido tantas y tan reiteradas las instancias que he recibido para que pusiese esta obra en escena, que al fin me he resuelto á hacerlo «por última vez», venciendo las resistencias que siempre he opuesto, por la descomposicion fisica que he sufrido cuando la he dado, en la situacion horrible del protagonista en el último cuadro, cuando escapado del carro fatal, trata de sustraerse al cadalso.»

No era pues accidente, era consecuencia fatal aquella catástrofe que anonadó al artista. Cuantas veces habia ejecutado aquellas aflicciones horribles del criminal, que aun tiene viva la conciencia, habia sentido á la muerte subirle hasta la garganta para sofocarlo, procurando acabar ella el drama.

Esta vez, empero, no pudo salvarse. El aereonáuta, cuando habia perdido de vista la tierra, vió, él triste, romperse el globo que lo llevaba á las rejiones celestes, y los aplausos de los hombres de aquí abajo cuando cayó, pudieron apenas agitar el aire para que remontase de nuevo el alma sola del artista al ideal que termina la existencia humana.

Permitaseme que cuente aquí sobre la tumba de este proscrito lo que de él sabemos todos.

Buenos Aires fué largo tiempo para esta parte del continente la boca por donde aspiraba la civilizacion europea que venia con la brisa á bañar las costas americanas. A orillas del Plata se hi-

cieron las primeras transformaciones de la vida colonial; allí se ensayaron los primeros pasos de la cultura americana. En 1825 había ópera en Buenos Aires; y por largos años Rosquellas, la Tanni y el célebre bufo Vacani, educaban el gusto lírico. El teatro dramático tenía desde mucho antes su gloria y sus tradiciones nacionales, indíjenas. Velarde, Morante, Trinidad Guevara, Felipe David, actores argentinos, se habrían hallado bien en los teatros de la Península. Este temprano brillo del arte dramático, había muy de antiguo roto la cadena de las preocupaciones contra el teatro, y jóvenes educados en buena sociedad se hacían actores, como otros se hacían guerreros ó abogados.

La naturaleza privilegiada de Casacuberta le echó en aquella noble carrera que ha coronado gloriosamente. Hijo de un bordador, éralo él también como Maiquez. Su naturaleza artística le había llevado á adivinar papeles imposibles para otros, y reiterados estudios sobre el sentido de esta ó aquella palabra oscura, fijaban al fin su manera especial de traducirlas.

Esta escena del criminal escapado del carro, la había creado él, bordando la tela de Ducange con un cuajado de pasiones, de esperanzas desesperadas, imposibles, que se agolpan en un segundo á la cabeza de aquel infeliz. Para el público que ha aplaudido aquella escena, que ha sentido todas sus pavorosas sublimidades, ver morir al actor es la prueba de que el arte humano había dado la última gota de la pasión, puesto que las cuerdas del corazón se habían roto á fuerza de tirarlas.

Romea, actor distinguidísimo en España, se había quedado en lo real de esta escena; Latorre, nunca había alcanzado á lo sublime. No conozco sino uno que en este caso le habría aventajado. He visto á Lemaitre hacer así una escena muda que él había inventado en el Docteur Noir. Un amigo chileno, que estaba á mi lado, me decía al verlo: ¿se acuerda Vd. de Casacuberta? No quiero comparar al uno con el otro. El primero es el hijo del arte francés, el primero, el único hoy en la tierra; el segundo era el hijo de la naturaleza ruda aun, el pampero que ajita á veces y tumba los mares.

Quando su patria hizo el último, el mas desesperado esfuerzo para trozar si podía las cadenas que continúan ci-

ñendo su cadáver, porque aquella patria apenas existe, Casacuberta se lanzó á la guerra, recorrió las provincias, animó los campamentos con su entusiasmo, alegró las marchas de los vencidos con sus cantares patrióticos, y últimamente, de desastre en desastre, sobre la cima de los Andes, las nieves lo sepultaron en el límite extremo de su patria y á la puerta del destierro.

Casacuberta fué anunciado en Santiago como el hijo predilecto del arte argentino. Todavía recuerdan sus compatriotas los conflictos en que su alma altanera los puso. Tanto bueno dijimos de él que la incredulidad, los celos, la indiscrecion, ó la maledicencia produjeron en la prensa un artículo que heria sin motivo á Casacuberta, antes de presentarse en las tablas. Dos dias mas tarde, el actor mimado por otro público, volvía ofensa por ofensa; pero la suya era mas punzante, porque recaía sobre Chile, á quien reprochaba no tener reputaciones artisticas.

Las susceptibilidades nacionales se despertaron irritadas.

Casacuberta iba á presentarse en las tablas para ser juzgado por los agraviados. Comprábase aquel dia pitos, y se alistaban docientos jóvenes á castigar su audacia. Mil setecientos espectadores habia reunido la venganza no satisfecha, la curiosidad ansiosa de ver el desenlace de aquel duelo entre un hombre y una ciudad. Los pitos se ensayaban cautelosamente antes que el telon se levantara; ráfagas de silencio venian de cuando en cuando á dar solemnidad alarmante á aquellas pasiones que se estaban encorbando y recojiendo para lanzarse sobre su presa.

Estábamos nosotros tristes y amilanados; porque en aquella época los emigrados éramos solidarios todos en el mal de uno.

De repente se levanta el telon, y allí, en el fondo del teatro, descúbrese la talla majestuosa de un anciano de sesenta años que habla con alguno de adentro. Vuélvese al procenio, avanza con paso de rey el Dux de Venecia; su voz grave, sus maneras cultas, su mirar tranquilo, su larga barba aliñada con arte esquisito, todo en fin, tenia sobrecojidos los espíritus, clavados los ojos, embargadas las lenguas; los pitos estaban ahí, en las manos de todos, indóciles ahora para acercarse á los labios. Casacuberta se sentó en una silla con la distincion de un noble italiano. Este movimiento solamente hizo estallar el

sentimiento de lo bello; de lo artístico, que estaba oprimido en el corazón de todos por causas rencorosas; y Casacuberta agradeció aquellos aplausos arrancados á fuerza de arte, de genio, como el hombre honrado que recibe lo que lejitimamente se le debe, sin descortesía y sin servilismo.

Lo que de aquella amarga prueba habia quedado en el corazón de Casacuberta, lo ha derramado en derredor de su tumba. «Me reconcilié entónces con el arte (dijo al morir por el arte), y á Chile debo mas de un recuerdo impecederero, el de la gratitud.»

Ha muerto así el artista, cediendo á las nobles inspiraciones del genio. Ha dejado incrustado en la historia del arte dramático de Chile, asido á su nombre, el suceso de este jénero mas lamentable y ruidoso que haya ocurrido en América.

Para nosotros, sus compañeros de proscripción, desaparece con Casacuberta uno de los mas bellos recuerdos de la patria ausente y hoy semetida á todas las barbaries.

Oh! que nunca la gratitud hácia el país que nos acoge, nos impida soñar con el porvenir de la patria.... A su pasado pertenece ahora Casacuberta; los que le sobreviven, los que sigan su ejemplo y su consejo, pertenecerán siempre á su porvenir, al porvenir de la América. ¡Anda en paz, amigo! — *Domingo F. Sarmiento.*

¡El Dr. D. Juan Chassaing!

1.

36.—La última vez que la *Nacion Argentina* colocaba este nombre al frente de uno de sus artículos, para saludar al escritor ante el cual se abria un inmenso horizonte, estaba muy distante de pensar que, en breve, ese mismo nombre, circundado de luz y de esperanza, volveria á colocarse en estas columnas encerrado en el enlutado marco de la muerte.

El Dr. D. Juan Chassaing ha dejado de existir antes de ayer, á las doce y tres cuartos de la noche.

El Dr. Chassaing tenia apenas 24 años!

En esta edad temprana en que muchos hombres no han empezado aun á vivir, su organización activa y poderosa habia desafiado y atravesado las grandes tempestades de la existencia,

Las facultades de esa alma de temple escepcional, no podian marchar al paso señalado á los hombres vulgares. Intelijencia superior, valor indomable, voluntad de acero, tenia á su disposicion los medios morales que establecen inmediatamente la superioridad y hacen separar los obstáculos ó los doblan.

El Dr. Chassaing, arrastrado fatalmente á las rejiones activas que eran la vida para su espíritu y la muerte para su cuerpo, se habia encontrado sin ser militar, en tres campañas y en dos grandes batallas; habia figurado en primera linea en las luchas ajitadas de la vida democrática; habia dejado en dos diarios el surco ardiente de sus escritos; y habia electrizado con su palabra las reuniones populares, dominadas por ella, haciéndola escuchar despues en el seno del Congreso Arjentino donde le llevó el voto de sus conciudadanos.

Chassaing tenia el corazon demasiado grande para un hombre.

Para vivir, habria necesitado comprimirlo, y eso era imposible en una organizacion semejante.

Ese grande y noble corazon, ha cesado de latir, haciendo estallar la máquina que lo contenia.

Desde hace tiempo, la afeccion orgánica de Dr. Chassaing se habia pronunciado claramente.

La extravasacion de la sangre habia formado coágulos en el pulmon, afectando gravemente este órgano y produciéndole una tos tenaz y de mal agüero.

Sin embargo, el Dr. Chassaing gozaba intervalos mas ó menos largos, de aparente buena salud.

A veces, siéndole intolerable el método que se le habia prescripto, y temiendo que su enfermedad lo llevaria fatalmente á la tumba, abandonaba su casa por algunas horas y aparecia en los sitios públicos, creyéndose por algunos, con este motivo, que su enfermedad no era tan grave como se anunciaba.

Así es como se le ha visto en el teatro y mezclado entre los concurrentes al Retiro quince dias antes de morir.

Pero, de allí en adelante, sus sufrimientos se hicieron intolerables.

Los accesos de tos convulsiva le hacian sufrir horriblemente; y á veces saltaba de la cama, buscando alivio en un fuerte sacudimiento.

Dos días antes, la tos desapareció y la calma volvió hasta cierto punto al enfermo.

Tal vez esto era producido por la acción de los medicamentos narcóticos bajo cuya influencia se hallaba y que le fueron administrados para dominar la violencia espasmódica de los golpes del corazón; no obstante que, el extravasamiento que había sufrido ya la sangre, y la debilidad que se producía, podían impedir que llegase aquella á las estremidades, que ya empezaban á enfriarse.

A las diez de la noche, el enfermo deseó que pasáramos á su habitación.

Estaba reclinado en un sillón y una palidez mortal cubría su rostro.

Su pulso latía aun con bastante vigor. Sin embargo, al tocar sus manos, las hallamos frías y secas.

Al dejar caer la cabeza sobre la almohada, después de algunas palabras que, pronunciadas con cierto esfuerzo, mostraban sin embargo que se hallaba en el uso pleno de sus facultades, sus ojos ya extraviados y sus labios cárdenos y abiertos tomaron una expresión cadavérica.

En aquel momento creímos que espiraba.

Sin embargo, volvió á incorporarse con suma facilidad de movimientos, cuando sintió que entraban los Doctores Marengo y Mallo, porque el Dr. Alvarez, llamado varias veces y prometiendo que iría, no quiso concurrir á la hora de la junta.

Esta libre acción de los músculos que revelaba el enfermo en cada movimiento, y la convicción que tenía de lo que pasaba á su alrededor, neutralizaban hasta cierto punto el efecto que nos causó momentos antes la desorganización de su fisonomía.

El Doctor Chassaing no se creía enfermo de muerte.

Días antes había hablado de ir á convalecer al campo.

Su voluntad de hierro lo ha sostenido contra una enfermedad que hubiera acabado mucho antes con el hombre más vigoroso.

La primera idea, ó á lo menos la primera manifestación indirecta que él hizo de su estado, es un rasgo que pinta al Doctor Chassaing.

Poco más de dos horas antes de espirar, se había reclinado sobre la almohada, quedando allí en una especie de sueño letárgico.

De pronto dió una voz, cuyo eco mismo vino á despertarlo.

Chassaing, mirándonos con el anhelo del que desea vivamente ratificar una sospecha, nos preguntó: *¿qué he dicho?*

—Creo que vd. ha llamado, le contestamos. Ha dicho vd. *mama!*

Efectivamente nos parecia haberle oido esta palabra.

Pero entónces el enfermo, con tono de seguridad y aun de cierta reconvenccion, dijo resueltamente; *no: he dicho vamos!*

Era el alma flotando ya fuera de las rejiones de la vida, que se despedia de ella; y era la reaccion última de aquella naturaleza fuerte que se erguia para escuchar con serenidad aquella tremenda despedida.

El alma habia rendido y vencido al cuerpo, era necesario que lo mandara hasta el último momento de la agonía; era necesario que le ordenara con ese imperioso *vamos!* que rompiese el último escalon de la existencia para emprender su eterno viaje.

Despues de esto, el enfermo tuvo dos horas ó poco mas de letargo, del que volvia cada cinco minutos, tranquilo en lo posible, aunque respirando siempre con mas dificultad.

El corazon se hallaba horriblemente dilatado. Las válvulas, entreabiertas, dejaban pasar poca sangre á las arterias, extravasándose en el pulmon y en las demás entrañas una gran cantidad.

El frio de las estremidades se hacia cada vez mas intenso.

A la una menos cuarto, un coágulo de sangre hizo imposible aquel resto de funciones vitales.

El Dr. Chassaing espiró en los brazos de su familia y de sus amigos!

¿Qué podremos decir de este golpe fatal y prematuro?

La muerte en medio de la juventud y de la vida; haciendo violencia, por decirlo así, á las leyes de la creacion, produce en los que quedan una especie de estupor que vaga entre el dolor y la incredulidad.

La palabra es entónces impotente.

Dejemos pues que, mejor que nosotros, hable el vacío y el fúnebre silencio.

Cuando en las discusiones de la prensa y en las agitaciones democráticas; cuando en las bancas del parlamento y en las reuniones populares, no se oiga ya aquella voz metálica y elo-

cuenta, no aparezca aquella figura de líneas nobles é inspiradas; cuando se haya sentido muchas veces el vacío inmenso que deja en el corazón de sus amigos y en la vida del pueblo que tanto amó; cuando se presienta entónces el grande espacio que esa voz, esa figura y ese corazón hubieran ocupado en el porvenir, recién nos convenceremos que se ha tronchado realmente aquella vida sembrada de tan altas promesas; que ha caído para siempre aquella organización llena de fuerza, de inteligencia y de juventud.

Ahora, la muerte del Dr. Chassaing nos parece un sueño.

Ah! es el sueño espantoso de la muerte! — *José María Gutiérrez.*

2.

.37. — I. Un mes ha pasado después de su muerte, y todavía no acertamos á desprender la mirada de su tumba.

Muchos; ay! buscamos al amigo para siempre perdido; y los demás se inclinan queriendo sorprender á los misterios de la muerte el secreto de una existencia que parecía dotada con fuerzas para recorrer una carrera inmensa.

Apenas había alcanzado á los veinte y cinco años, y su muerte ha sido un acontecimiento. Ninguno de los hombres de nuestra generación ha herido de un modo más profundo la imaginación de sus contemporáneos. Se le había visto una vez, escuchado su voz vibrante que parecía querer imponerse á los sucesos mismos: y desde entónces ya no se desprendía de la memoria aquella aparición; y una curiosidad instintiva, y un secreto anhelo del corazón se ligaban á todos sus pasos.

Con solo verlo, con solo oirlo, se tenía el presentimiento de un gran destino.

La mayor parte de las jentes sabía apenas de donde venía; pero todos se preguntaban á donde iba. Tanto ardor de voluntad, aquella inteligencia dominadora, su espíritu inquieto atormentado por una ambición, ó por un sueño, debían labrar un surco profundo. ¿No han sido siempre estas las calidades que han anunciado á los hombres destinados á influir, con su nombre y su acción, en los sucesos de su tiempo?

Juan Chassaing, era una preocupacion pública. Su muerte, contristando á sus amigos, ha dejado un vacío en la imaginacion del pueblo. El problema de aquella vida prometida á todas las glorias, se ha resuelto tristemente en la tumba.

Un eco de dolor ha respondido desde los confines de la República á la triste nueva. Hasta allí habia llegado su nombre; y el país se hallaba en la expectativa de su suerte. El tiempo en que vivimos es escaso de grandes personalidades. Una sociedad que se elabora, solo lleva á su superficie naturalezas como ella — incompletas; — y por eso, apenas se diseña en el horizonte político una fisonomía acentuada con rasgos salientes y orijinales, cuando los pueblos se apoderan vivamente de ella, asociándola á sus mas caras esperanzas.

II.—La muerte suele á veces engrandecer la reputacion de aquellos á quienes sorprende en el principio de su carrera. El corazon, sublevándose contra esta injusticia de la suerte, rodea de prestijios fantásticos la tumba prematura, y llora sobre ella perdidas facultades y fuerzas que quizá los sucesos habrian desmentido.

Chassaing no era todavía mas que una sombra; pero se hallaba dotado de todas las calidades para esculpir fuertemente su figura en la historia de su país. La muerte ha sido para él cruel; y dando á su memoria esa vibracion simpática de la compasion y de las lágrimas, le ha arrebatado en verdad un gran papel en la escena de su tiempo.

Conocemos entre nuestros amigos algunos que le aventaban tal vez por la intelijencia, ó que le eran superiores por algun otro don espontáneo acordado por la naturaleza. Pero, ¿quién á su intelijencia reunia su voluntad poderosa, la audacia que aborda todos los caminos, y la perseverancia infatigable en el propósito que mantiene asido á la obra, cuando los demás la han abandonado ó perdido?

Y luego, esa fascinacion que sabia ejercer sobre todos los que se le aproximaban, aquel secreto que suele ser el instinto de las grandes ambiciones, para atraerlas á sus de-

signios, envolviéndolos en no sé qué círculo májico, imposible de romperse;—fascinacion que lejos de perderse en el tumulto de las reuniones populares, se convertia entón-ces en un poder, y en un poder incontrastable.

Una noche, el « Club del Pueblo » debatía las condiciones de un *compromiso*, para poner término momentáneo á la lucha desbordada de los partidos. La opinion aceptaba este arreglo, y una fuerte mayoría la sostenia en el « Club ».

De pronto, Chassaing se levanta. Estiende su brazo con ademán resuelto, como arrojando el guante al pensamiento que triunfaba; y con cinco palabras, tal vez sin fuerza fuera de aquella escena y de aquel lugar, arrebató su auditorio, lo hace palpar de entusiasmo, y momentos despues el « Club » se desbanda en grandes grupos que seguían al jóven tribuno por las calles gritando — *no hay transaccion*.

Sí, esta era la escena de Chassaing, aquí se desarrollaban sus grandes calidades; y era necesario verlo en ella para comprenderlo y para sentirlo.

Su alma estaba llena de esos acentos que ponen en presencia del orador un pueblo, y él mismo necesitaba envolverse en la corriente popular y aspirar su hálito de fuego. Su elocuencia embriagadora y vertiginosa era la elocuencia de la tribuna de las arengas.

A veces, durante largas sesiones del « Club del Pueblo », Chassaing se habia mantenido silencioso; pero aquel inmenso auditorio, no sentia completo su entusiasmo, no pensaba haberse estremecido hasta en su última fibra, y reclamaba á grandes voces la palabra de su tribuno. Chassaing retrocedía, vacilaba. Temia entregarse á los arrebatos de la improvisacion, á los gritos de su alma. Pero la seducccion de las emociones supremas que repele y que atrae, la necesidad de derramar su corazón en el corazón de todos, lo vencían por fin;—y nos retirábamós luego profundamente impresionados, pensando sobre el alcance futuro que nadie sino él reasumía.

Ah! pobre jóven! El viviria todavía, sin ese esfuerzo interno que quemaba su vida. Su alma lo ha muerto; y por eso, nunca arrancaba de ella sus acentos vibradores, sin que una sombra de muerte viniera á empalidecer su frente. Un instinto secreto se lo decia, y cuando nos habia hablado

de patria y de libertad, de todos los anhelos de su pensamiento, su frase se interrumpia bruscamente, sus labios quedaban palpitantes como prosiguiendo un monólogo interior, y se comprimian las sienes como sintiendo próximas á estallar sus arterias.

Pero, otro instinto mas fuerte que él lo arrastraba. Habia nacido para agitarse tras de un grande intento, para buscarlo y perseguirlo al través del torbellino. Necesitaba ir á todas partes. Llamaba la accion y el pensamiento; y el pensamiento y la accion venian en tunulto á ocupar su vida.

El ha estado en los campos donde se combatia por la libertad de su patria; tribuno, ha electrizado las muchedumbres; publicista, procuraba dirigir desde las columnas de su diario la opinion pública; y despues de haber agotado fuerzas que parecian pertenecer á diez vidas, su alma insomne, atormentada, melancólica; necesitaba salir del mundo, desplegarse en lo infinito, y raudales de poesia brotaban de sus labios.

III.—Si, es justo que delante de la tumba de Chassaing experimentemos atormentados este sentimiento de inquietud que no se resigna ante la muerte. En esta tumba hay una mision bruscamente interrumpida, un porvenir que se entierra, y á ella han bajado grandes pasiones, grandes fuerzas y un destino que apenas asomaba.

¿Cuál habria sido ese destino? Imposible es decirlo.

La vida de Chassaing concluida en su mañana, se asemeja á aquellos grandes coros que precedian á la tragedia griega. Ellos resonaban con el ruido confuso de todas las voces, de todas las armonías; los personajes atravesaban la escena arrojando el grito de sus pasiones, y sobre sus cabezas se mecía el destino con su brazo de hierro, y sus sentencias enigmáticas. El auditorio se sentia sobrecojido y solicitado para presenciar un grande y solemne espectáculo, sin acertarlo á definir en su mente.

El Correo del Domingo publicaba el otro dia el mas inspirado, el mas bello de los cantos de Chassaing, su himno á Colon.

La primera estrofa muestra al sublime aventurero en busca de su mundo. Ya se le divisa, asomando entre las olas, mundo de salvajes, con sus torrentes y sus montañas, con sus bosques y sus llanuras. El grito de ¡tierra! suena; el buque ancla . . . Colon se lanza; y el poema se cierra.

¿Qué habia en ese mundo apenas entrevisto en lontananza? La estrofa del poeta solo ha resonado con su murmullo confuso y lejano; y esta estrofa es la mejor imájen de su vida, desapareciendo apenas se diseñaba en sus primeros albores, pero dejando en todos los espíritus el pensamiento de grandes cosas. — *Nicolás Avellaneda*.

Jorge M. Mitre.

38.—Ayer reprodujimos las palabras que hoy completamos, consagradas por la prensa de Buenos Aires á la memoria del adolescente que acaba de bajar al sepulcro, por su propia deliberacion, á la edad en que para otros el májico resplandor de la esperanza se alza iluminando los horizontes del porvenir.

Por impenetrable que á veces sea cada uno de estos dramas cuyo secreto se encierra en la tumba, puede encontrar su explicacion moral, aun cuando el hecho determinante quede para siempre en el misterio.

Al unir nuestra palabra á la de nuestros cólegas, deplorando la temprana muerte de un jóven de grandes esperanzas; al ofrecer este tributo de amistad al que nos ha confiado las últimas cartas y los últimos pensamientos de un hijo malogrado, buscamos proyectar un rayo de luz sobre este acto supremo de la individualidad humana que dispone irrevocablemente de sí misma, investigando los móviles que á la vez que una explicacion, puedan presentar una dolorosa enseñanza á la jeneracion jóven que asiste á ella.

Jorge Mitre contaba apenas diez y ocho años. Sin embargo, su palabra ha dejado recuerdos y su pluma ha trazado pájinas que resaltarán mas aun dentro del marco fúnebre que las rodea.

Su organizacion intelectual, como sus sentimientos, su imaginacion como su forazon, habian adelantado á su desarrollo

físico y se hallaban respecto de su edad en una desproporción enorme.

Niño y poeta, volaba sin rumbo por los espacios.

Su imaginación lo llevaba á los mundos imaginarios, que á veces son los mundos ficticios; y su sentimiento, por su fuerza misma, se lanzaba en las rutas estraviadas de la melancolía, donde mas de una vez debió encontrarse frente á frente con el tremendo problema del suicidio.

Semejante imaginación, semejante fuerza de sensibilidad, al lado de la voluntad de un niño, debían producir el desequilibrio, haciendo inclinar uno de los platillos de la balanza y dejando caer una existencia en el abismo.

El suicidio debía presentarse á la imaginación del jóven Mitre como un acto heroico, y lo era en efecto bajo el miraje artificial que él habia hecho de la vida y acostumbrado como estaba á buscarla, fuera de la vida misma.

¿Por qué muere Jorge Mitre?

¿Hay en realidad una causa poderosa, inmediata y determinante de su acción?

No.

Envuelto en una dificultad de aquellas que con frecuencia se presentan en los años juveniles, podia la exajeración de su estado haberlo conducido á un acto terrible.

Pero esta explicación está lejos de ser completa.

Cuando hay en el espíritu una preocupación tan superior al hombre que necesita destruirse á costa de la vida, la disimulación no se concibe: el secreto se escapa de los labios al dar al mundo la despedida eterna ó la losa del sepulcro pesa eternamente sobre ella.

Pero esa causa terrible no existia.

Jorge se da la muerte y él mismo no sabe por qué!

Tomemos el fragmento de una de las cartas que escribe, cuando debia hablar con su alma, puesto que lo hacia dirigiendo la palabra, en su instante último, á una de las personas mas caras y veneradas de su corazón.

«No porque me tiemble el pulso (dice la carta escrita con una mano trémula), dejo de tener el alma entera y en posesión de todas sus facultades.

«Muero sin saber por qué.

«Soy de mi muerte el único culpable.»

El pobre niño no sabe realmente por qué muere.

No habia una causa inmediata que lo impulsase al suicidio.

Era la enfermedad moral que venia desarrollándose.

La imaginacion hacia estallar el cráneo juvenil en que desbordaba, como las dilataciones del corazon le ahogan dentro del pecho insuficiente para contenerle.

La voluntad, que es el moderador vigoroso de los extravíos del sentimiento y del espíritu, quedaba rezagada en el camino, y la pobre alma acongojada debia caer en una senda fatal, en un momento dado.

¿Cuándo debia ocurrir ese momento?

No se sabe; pero debia ocurrir, si un milagro de la Providencia no salvaba las crisis sucesivas, hasta que calmados aquellos estuvious poderosos y predominando al fin la voluntad, el hombre hecho hubiera sido dueño de la vida que con tanto despego miraba el adolescente.

Pero, qualquiera situacion difícil creaba un nuevo peligro, y entónces, una sujestion imprevista podia determinar el desenlace.

Quien sabe si, mientras el jóven Mitre, colocado en las condiciones morales que hemos indicado y bajo la preocupacion de una contrariedad súbita, no tuvo en la noticia del suicidio de Casaffousth, que llegaba al Janeiro la vispera de su muerte, ese rayo siniestro que le iluminó de improviso la senda que, tantas veces entrevista, no se hallaba entónces presente á su imaginacion!

El suicidio era para él una cuestion resuelta en teoría tal vez.

No tuvo que pensarlo mucho tiempo.

Hé aquí la lójica que sujeria al pobre niño su sentimentalismo y su imaginacion estremada.

En otro de los papeles sueltos que se encontraron sobre su mesa se lee:

«¿Es el suicidio un crimen?

«No! no lo es, ni puede serlo, ni considerarse tal en ninguna manera.

«El suicidio es un recurso lójico, natural, indispensable.

«El suicidio es la muerte.

«La muerte es la tranquilidad.

«La tranquilidad es el lenitivo de las almas que viven intranquilas.»

Para el jóven no habia ya vacilacion.

Resuelta la muerte, acaricia su pensamiento y le viste con los colores del poeta.

Léase este otro pensamiento que deja trazado en una pequeña hoja del papel:

«No detengas tu curso hasta el cielo que te abre sus puertas, pensamiento mio; vuela á purificarte en las alturas.»

¿Hay nada mas tranquilo, mas tierno, mas dulce que esta invocacion en presencia de la muerte?

No hay prueba mas evidente de que el jóven Mitre moria en la plenitud de sus facultades, abrigando hasta el último momento los sentimientos mas jenerosos de un corazon elevado y puro.

Murió sintiendo, pensando, cantando y llorando, como un niño estóico por la imaginacion y un hombre futuro que se encerraba en él!

Su cuerpo ha sido encontrado sobre su cama, en la posicion del que, estando sentado, se siente vencido por el sueño y se deja caer blandamente de espaldas cruzando las manos sobre el pecho. Una de esas manos conservaba aun el arma fatal.

Si al dirigir la vista á la eternidad, vemos al jóven encararla tranquilo y sonriendo, cuando vuelve la vista á las ilusiones que deja, no vemos en ella el sello de la amargura y la desesperacion. Es la pasion que habla todavía su lenguaje poético.

El niño canta y escribe estos fragmentos truncos, que re-
producimos testualmente:

Escucha! es el suspiro postrer del alma mia
Que quiere al apagarse golpear tu corazon;
La nota amortiguada, recuerdos de otro día,
Que mi laud desprende....

No me mires así: vierten tus ojos
Un fuego abrasador que me deslumbra;
No me mires así, porque en mi pecho
Levantán tus miradas una tumba.

Todo pasó!.... Las muertas ilusiones
Solo dejan tras ellas luto y llanto.

Todo pasó!.... Recuerdos confundidos
En los vagos celajes del pasado.

La pluma del jóven poeta se detiene en esta línea.
 Un recuerdo tierno y grave la deja embargada.
 El jóven Mitre escribe, en el mismo papel de que hemos copiado las anteriores líneas:

Hijo, Dios te bendiga!... entre mis brazos
 Quizá no vuelvas....

No sabemos que reminiscencias envuelven estas palabras ó si la fantasía ardiente del jóven se las sujeria, haciendo hablar á las sombras qué pasaban en los cuadros de su imaginacion.

De todas maneras ellas se refieren á su desolado padre, cuyo retrato en fotografia se encontró en tierra, á pocos pasos del cadáver de su hijo y en testimonio de que todos los sentimientos puros habian tenido su eco hasta el último momento en aquel jóven corazon.

En el último momento aparta dulcemente esos recuerdos, como un amigo que se desprende de los brazos de otro amigo y escribe:

«Consumatum est!
 «Silencio! todo es muerte! bajo el túmulo
 «Esa alma descarriada se durmió!»

Alma descarriada se llama el pobre Jorge!

Empezaba á comprender que el sentimiento y la imaginacion le estraviaban; pero su voluntad no tenia la enerjia suficiente para reaccionar y preferia dormir, como los que duermen sobre el hielo, para no despertarse nunca.

La idea de otro jénero de estravíos no se presentaba á su espíritu.

Por el contrario, descendiendo á la profundidad de su alma, en aquel momento supremo, su conciencia que interrogaba al sentimiento, hallaba esta respuesta: soy bueno y puro!

Esta conviccion sincera la vemos revelada en las siguientes cartas que dejaba escritas para el Jeneral Paunero.

CARTA AL JENERAL PAUNERO.

Jeneral:

Cuando estas líneas lleguen á sus manos, mi vida será un recuerdo, mi nombre una repercusion; solo mi espíritu revivirá en las alturas!...

He sido bueno, porque no he prostituido mi alma. Las lágrimas que por mi causa se han derramado en el mundo, he querido siempre enjuagarlas sobre la misma mojiilla que humedecian.

Mi madre, mi padre, mi familia, á todos los he amado. Mis amigos, á todos los he respetado.

Jeneral, mi espíritu se turba.

JORGE.

OTRA CARTA AL MISMO.

Jeneral:—

Dos cartas dejo escritas sobre mi mesita: una para mi madre, y otra para mi padre.

Le suplicó que las mande á Buenos Aires en primera oportunidad, porque ellas preservan á vd. de la responsabilidad que se le pudiera atribuir, despues de mi muerte.

Lo he venerado y lo he respetado siempre, Jeneral; al dejar el mundo solo llevo gratitud y cariño para su modo de ser para conmigo.

Consuele á la pobre mamita! justifíqueme á los ojos de los que me condenen, sin sondear el caos de sentimientos que se arremolinan en mi corazon.

Déle un abrazo á Leonor y sus chiquitos.

JORGE.

El Dr. Octaviano, al apresurarse á presentar al Jeneral Mitre el testimonio de su pesar por aquel acontecimiento desgraciado, le dice lo siguiente:

Rio Janeiro, Octubre 21 de 1870.

En el momento en que V. E. va á recibir un gran golpe, puede tal vez servirle de consuelo que sus amigos en esta córte desearon haberlo podido evitar, y que tomaron parte en la profunda pena de una familia digna de mejor suerte

El pobre jóven empezaba á ser acojido y podia haber sido feliz entre nosotros, cuando un incidente de juventud vino á aflijirle, y él por su pundonor se dejó arrastrar á la fatal estremidad que deploramos todos! Fué jeneral el sentimiento de la sociedad brasilera, comprendiendo el dolor que tan triste suceso debe producir á V. E. y á su digna consorte.

El Jeneral Paunero, á cuyo lado se hallaba el jóven Mitre, como agregado á la legacion de Rio Janeiro, que le conocia desde niño y que era juez de los sucesos que precedieron á su muerte, al hablar de los últimos sentimientos que ocupaban á Jorge, tiene esta sola palabra que reasume las nuestras:

¡Alma jenerosa!

Hé aquí un párrafo de carta del General Paunero al doctor Elizalde:

Rio Janeiro, Octubre 22.

«En las cartas que ha dejado escritas (Jorge Mitre) antes del trance terrible, deja consignado que sus últimos pensamientos los consagró á tres personas: su padre, su madre y yo.—A mí me trata con la misma ternura que á su propio padre.—Alma jenerosa!»

Terminaremos estos extractos con el de la carta que el Jeneral Paunero dirigió al Jeneral Mitre, remitiéndole las cartas póstumas de su hijo.

Su dolorosa elocuencia hace supérfluo todo comentario.

«Rio Janeiro, Octubre 10 de 1870.

Mi muy querido amigo:

Prepare su alma, mi querido Mitre, para recibir el mayor golpe que en su vida azarosa de hombre de guerra y de estado ha podido depararle el cielo.

Jorge ya no existe!... Como ha dejado este mundo, mejor que lo que pueda explicar lo dice él mismo en las cartas adjuntas que dejó para mí y para su escelente y desgraciada madre, pues la que dice haber escrito para vd. no ha parecido.

Cuando ocurrí al teatro de la tragedia, le encontré ya rjido, enteralemente vestido con la ropa con que habia salido á la calle, recostado al través de la cama como si durmiera, apoyando un pié en el suelo y el otro pasado por encima, oprimiendo con las dos manos contra su pecho el arma homicida, como si la acariciase, y cuya boca aun apuntaba á la sien.

Sobre el velador que estaba á la cabecera de la cama, encontramos una carta abierta para mí; sobre el tapiz y á sus piés una fotografía de V., colocada en un óvalo dorado que hacia pocos dias habia comprado en una tienda, circunstancias que me hacen ver, con lo que me dice en su carta, que sus últimos pensamientos fueron para su padre, su mamita y tambien para mí.»

Así muere Jorge Mitre!

Pobre niño!

Ayer no mas se le veia de la mano de sus padres, son-

reir y admirarse á las primeras impresiones del mundo, pidiéndoles, con su mirada, un consejo y una explicacion.

Muy pronto, demasiado pronto, quiso tomar esa explicacion del mundo mismo, llevado por el impulso de la fuerza latente y poderosa que se agitaba en su ser.

Sucumbió como el alquimista, al estallido de los elementos que hubieran dado la ciencia y el progreso, si no los hubiese arrojado prematuramente al crisol una mano inesperta.

Rindamos culto á esa vida juvenil que se troncha, á esa esperanza del porvenir que se pierde, á esa inteligencia poderosa que se esteriliza, á ese corazon jóven y bueno que se enfria, á ese dolor incurable que deja en pos de sí este drama que viene á ser tambien una leccion para la jeneracion contemporánea del que acaba de separarse de ella antes de haber cumplido su destino.

Jorge Mitre, cuya biografía moral hemos condensado, puede reasumirse en este idea:

«La vida, gobernada por la imaginacion y el sentimiento, antes que la voluntad, el carácter y la edad misma la haya emancipado de sus tutores naturales.»

Jorge Mitre, repetimos, al morir, lega á sus jóvenes amigos este ejemplo terrible pero fecundo de los resultados que puede producir el desequilibrio, que con tanta frecuencia se observa en la organizacion moral exhuberante de la juventud americana.

Lloremos su pérdida y honremos la memoria del que, hasta en sus últimos momentos, estaba destinado al sacrificio jeneroso que lo inmola en aras del ejemplo y enseñanza de los demás, y que fiel al culto de la inteligencia y del sentimiento que encerraba en sí, murió pensando y sintiendo, mártir de sí mismo! Por eso su última palabra es: «Muerdo sin saber por qué!» porque él mismo no habia alcanzado á comprender la vida, ni á comprenderse á sí mismo!

El camino de su existencia queda marcado con pájinas luminosas y fujitivas, como el rastro fosforescente que deja en pos de sí la nave arrastrada al abismo por el brazo formidable de las tempestades!—*José Maria Gutierrez.*

Filosofía de la historia.

39.—.... Hay, señores, hombres dotados de una inteligencia tan penetrante y tan certera que, cuando una vez aciertan á fijarla sobre un problema, lo resuelven en dos palabras. Uno de ellos, viéndose urjido un día por la necesidad de explicar lo que es y lo que hace la humanidad sobre la tierra, dijo:— «La humanidad es, para mí, un hombre que perpétuamente crece y que perpétuamente aprende.» ¡Cuánta sencillez y cuánta verdad en tan pocas palabras! ¡Solamente un genio podía haber tenido la ocurrencia de pronunciarlas; solamente Pascal podía haber sido capaz de introducir la verdad matemática de la geometría en el oscuro y embrollado laberinto de las acciones humanas..... ¡Un hombre que perpétuamente crece y que perpétuamente aprende!..... Luego, las verdades, los errores, y la lucha que ellos sostienen; las guerras y las desgracias mismas, no son otra cosa que los grandes documentos con que las sociedades prueban sus progresos y su estado de civilización?..... Así lo había sospechado el genio de un visionario que, por cierto, estaba muy lejos de sospechar que el genio y la ciencia de la humanidad, habían de venir al cabo de dos siglos á demostrar palpablemente su singular idea, y á enseñarnos que en la historia, todo, ménos el vicio, es lejítimo; y que aun el vicio mismo es necesario; porque, sentada la flaqueza inherente al hombre, él es el que con sus funestos ejemplos enseña los resultados de la ignorancia, de la imprevisión, y nos proporciona lecciones que, aunque terribles, son provechosisimas.

El Supremo Hacedor de todas las cosas puso los jérmenes de la historia en la cabeza del hombre: allí, al lado de las pasiones, al lado de los cálculos tibios del egoísmo, al lado de las mas grandes ideas morales, puso el *libre albedrio* y el *instinto de la perfectibilidad*. No pudo ser mas grandiosa ni mas completa su obra; segun ella la humanidad quedaba dueña de sí misma para obrar; quedaba sometida á una necesidad fundada en sus instintos mismos, la necesidad de

progresar; y en fin, veía lucir en el fondo del porvenir, como la brillante estrella de los Magos, un objeto inmenso á donde encaminar sus esfuerzos, *la perfeccion*.

Progresar perpétuamente hácia la perfeccion. Hé aquí el luminoso axioma que pudiera reasumir toda la historia, y que sin duda no es mas que una version moderna del celebrado dicho de Pascal. Para comprenderlo bien es menester no encerrar la vista dentro de los límites de un pueblo ó de una época; es preciso no atravesar ciegos por medio del tiempo presente, como hacen los mas, para abrir recién los ojos en el foro romano, ó en las plazas públicas de la Grecia. Por el contrario, se necesita inspeccionar lo pasado, partiendo del último progreso presente, y llevar la luz de la civilizacion actual á las civilizaciones anteriores, para no perder de vista la cadena necesaria que las liga, y que es el punto esencial, la revelacion mas grande que puede buscarse en el estudio de la historia. Solo haciéndolo así se puede llegar á comprender cuantas ventajas gozan los tiempos posteriores, de que no gozaron los anteriores; cuantos progresos morales y sociales hay en todo lo que es nuevo de que careció todo lo que es viejo: solamente haciéndolo así, en fin, se puede llegar á comprender la vida de esa humanidad tan misteriosa, de *ese hombre que perpétuamente crece y que perpétuamente aprende*.

Nada hay mas firme, señores, que el convencimiento que adquiere el hombre que estudia bien la historia, de que lo primero que en ella se encuentra es los progresos continuos, que al traves del tiempo verifica la humanidad sobre todos los ramos á donde puede dirigir su incesante actividad. La historia es la que nos enseña que la industria jeneraliza sus beneficios, sus aplicaciones y su manejo, á medida que la literatura y el gusto se desenvuelven, á medida que el Estado y las leyes toman una organizacion mejor basada y mas equitativa, á medida que la religion y el culto fraternizan y enlazan mejor las inteligencias y los intereses; á medida, en fin, que una filosofía intelijente, alta, franca, tolerante y progresista, viene á derramar el bálsamo consolador de la sabiduría, y los preceptos de su práctica, sobre la frente acalorada de los pueblos. Si, señores, la historia es, entre todas las demás ciencias, la que ha ganado la gloria de enseñar á la humanidad que

todos los progresos son solidarios, que todos están atados entre sí. El escritor que no tenga conciencia de este gran hecho mutilará en sus obras la más bella, la más grande y la más armoniosa de las ciencias sociales.

Tal es el vasto campo que se ofrece á nuestra inteligencia, así que echamos la primera mirada curiosa sobre la historia, esa mirada en la que tan sólo apercibimos su superficie, los fenómenos morales propiamente dichos, los trastornos y movimientos de las sociedades humanas. Pero la historia es algo más, es mucho más; señores, no es completa, brillante, ni grande, sino cuando representa el desenvolvimiento todo de las facultades racionales y activas del hombre. ¿Qué es pues el hombre? ¿Es acaso un ser puramente moral? No!.....Basta verlo pegado por su base al suelo, para concebir que no puede correr, ni trabajar, ni obrar, ni pensar, sino bajo las influencias de ese suelo. Si del individuo trasportamos esta observación á la sociedad, veremos cuán grandes y poderosas son las fuerzas locales, topográficas, para dar dirección y rumbo á los acontecimientos sociales, que son como la fruta que produce este inmenso árbol de infinitas ramificaciones que se llama historia.

Una simple atención dada á las cosas que nos rodean nos pondrá de manifiesto, que el hombre trabaja y explota el suelo sobre que vive, para apropiarlo á sus necesidades, para asimilarlo á sus usos. El suelo no es uno mismo en todas partes; grandes diferencias de configuración y de naturaleza se dejan sentir en cada país; y estas diferencias son las que haciendo variar al infinito los medios de trabajo con que el hombre transforma el trabajo, y las impresiones físicas que recibe á todas horas, introducen una admirable diversidad de caracteres morales, que no solo hacen distintos á todos los pueblos entre sí, sino también á las diversas fracciones de cada nación.

Cualquiera que profundice un poco los estudios históricos, comprende el importante papel que la topografía representa en el gran drama de la vida social. El conocimiento de las tierras, de los mares, de las ciudades, de los canales, de las montañas; de todo aquello, en fin, que la infatigable inteligencia del hombre revuelve y modifica, es una clave esencial para desentrañar la verdad enterrada bajo los numerosos escom-

bros que la mano del tiempo amontona sobre la tierra. El terreno sobre que se desenvuelve la humanidad, no es un objeto muerto é inerte. Mirado bien, se ve que la tierra se ajita tambien con la familia humana. Los atrevidos que surcan los mares y huellan las arenas de los desiertos, llevan ideas, llevan intereses, llevan novedades que van sembrando en las tierras por donde pasan: cuantas mas facilidades presenta la configuracion y posicion del terreno para estos viajes y para estas emigraciones, tantas mas las habrá para la importacion y la esportacion de los productos de la actividad humana; y poco á poco se irá formando así, en las tierras privilegiadas por la naturaleza, el primer anillo civilizador de la fuerte cadena de progresos que jamas se corta.

Penetrada la profundidad de las tierras y de los mares con el ojo perspicaz de la filosofia, se comprende al instante el inmenso movimiento, la incesante actividad con que la razon supera los obstáculos fisicos, y conquista valientemente sobre las fuerzas inertes de la naturaleza.

Yo, señores, he llegado á tener tal fé en estas verdades, que cuando veo levantarse una ciudad en un país cualquiera, cuando veo aparecer en la noche de las épocas pasadas un pueblo que brilla, que impone sus leyes y que escribe su nombre con enerjía en las invisibles pájinas del tiempo, concibo al momento que este fenómeno no es un resultado del acaso; que necesariamente hay una posicion geográfica que estudiar, y una necesidad histórica unida á esa posicion: creyendo que ámbas se esplican reciprocamente, busco en ellas el secreto de las grandezas y de los hechos con que ese pueblo se ha ilustrado.

La rapidez con que me propongo dar una ojeada jeneral sobre la civilizacion antigua, hace que no pueda entrar en el propósito de daros detalles topográficos. Mi vista se fijará principalmente sobre las sociedades, y buscará en ellas los jérmenes morales que las vivifican, tratando de seguir las en su secundo encadenamiento.

Ningun pueblo, ningun hombre detendrá mi carrera, si no es de aquellos que han hecho grandes servicios ó grandes males á la civilizacion. Los unos y los otros son necesarios para comprender la historia; porque la historia no es otra cosa que la lucha reciproca que sostienen los que quieren detener el progreso con los que quieren desatar los lazos que

le impiden volar sin obstáculos sobre las alas de la libertad. Por esto es, que cuando el estudio de la historia es hecho con conciencia, nos enseña á vivir con la sociable tolerancia del buen patriota: nos enseña á conocer y á respetar las virtudes del ciudadano, nos da valor para practicar y defender el bien en toda ocasion; en fin, solo en él aprendemos á conocer las exigencias del Estado y los medios mas propios de satisfacerlas en el sentido de la felicidad comun. Seriamente convencidos de las faltas y de los estravios producidos por los errores pasados, entraremos á influir sobre nuestro tiempo con el precioso caudal de esperiencias que nós legaron otros siglos; marcharemos entusiasmados en las filas de los que abogan por el bien de la humanidad; ningun error funesto vendrá á poner la venda de las preocupaciones sobre nuestros ojos, y repetiremos siempre lo que decia el gran Leibnitz:—«La época actual, hija de la pasada, está preñada del porvenir.» Nuestra intelijencia adquirirá una idea clara y brillante de todo lo que importa la libertad social; veremos que ella es tan sagrada, que no hay sistema politico ni religioso que tenga derecho para detenerla un solo instante en su espléndido vuelo.

La ley del progreso continuo forma un relieve de bronce sobre las páginas de la historia. Allí se ven los esfuerzos constantes que los pueblos hacen para conquistar la emancipacion y la vida libre, las armas con que las ideas nuevas invaden el territorio de las viejas y los resortes inmorales de que estas se valen para resistir, la caída de los imperios corrompidos por doctrinas caducas al impulso de pueblos mas nuevos, que aunque no dotados quizá de cultura, profesan creencias mas fecundas de sociabilidad. Allí es donde el filósofo aprende á comprender las revoluciones y á consagrar como un principio santo el principio que las produce: téngase presente que no hablo de motines; allí, donde se ve el continuo ataque con que el desarrollo intelectual del pueblo mina los baluartes á cuyo frente quisieran detenerlo el despotismo de los teócratas, los intereses monopolizadores de los nobles y de los ricos constituidos en clase dominante; y la tirania de los caudillos; allí tambien, donde las leyes inalterables de la sana razon se muestran haciendo gravitar sobre un centro de moralidad á las naciones, aun en medio de las mas fuertes oscilaciones; allí, en fin, donde Dios

muestra su brazo, empujando perpétuamente hácia su perfeccion á la mas bella y sublime de sus obras, al *Hombre-sociedad*.

Tal es el estudio de la historia. De él no se saca indignacion contra las instituciones, contra los pueblos, ni contra los hombres. Todo ocupa en ella su lejítimo lugar. Si se comprende el mal, no es para reclamar eternamente contra él, sinó para evitarlo, para curar facultativamente las llagas que pudiera haber producido.

La historia en su conjunto consiste para mí, en la apreciacion de los partidos y de las revoluciones que han modificado la condicion moral de la humanidad. Aquellos y esta tienen su principio en el movimiento continuo de ideas con que se caracteriza á sí misma la inteligencia humana. Un pueblo estacionario, es decir, un pueblo cuyas ideas estén estancadas siempre en un punto, es una hipótesis inconcebible, es un contra-sentido con las leyes inalterables de la razon y de la sociedad.

Desarrollarse, para los pueblos lo mismo que para los individuos, es una ley constante, una ley tan esencial como la vida misma. Todo cuanto nace sobre la tierra crece y se desarrolla, todo cuanto crece y se desarrolla experimenta revoluciones necesarias en el fondo mismo de su naturaleza. Las revoluciones son por esto consecuencias inmediatas de todo desarrollo, y al mismo tiempo son puntos de partida desde donde empieza á marchar la sociedad, en direccion á un nuevo orden de cosas, á una nueva organizacion. No hay nacion que no tenga en su pasado alguna revolucion á quien saludar como principio de sus dichas y de su libertad.

Para que las naciones verifiquen una revolucion, es necesario que la hayan preparado gradualmente desde mucho tiempo atrás. Las revoluciones no sirven tan solo para destruir, sinó que ponen tambien en el caso de reconstruir lo que antes estaba malo, dando á la sociabilidad bases mas anchas y mas sólidas. El desarrollo de los pueblos no es otra cosa en el fondo que la destruccion seguida de una reconstruccion lójica; y por esto es que un gran poeta contemporáneo ha dicho con una admirable fuerza de estilo, que *las revoluciones son los grandes silojismos del destino*. Efectivamente, la civilizacion pone premisas y saca

conclusiones que se deducen con una admirable precision de lójica.

Además de la humanidad y de las naciones tomadas en grupo, la historia nos presenta los individuos. El individuo influye directamente sobre los acontecimientos sociales con los actos personales que son fruto de su libre albedrío. Los hombres, como entes libres, somos los verdaderos autores de esa afinidad de hechos pequeños, insignificantes al parecer, que con su fuerte y complicado encañamiento, forman al fin la gran síntesis de los hechos sociales. Por los primeros, respondemos de los seguros. Y la sociedad nos declara virtuosos ó malvados segun elijamos entre la violencia ó la razon, para practicar las relaciones que sostenemos con nuestros iguales. La violencia conduce las sociedades por caminos ásperos y tortuosos, donde es indispensable dar funestas caídas, al mismo resultado á que las lleva la razon por caminos fáciles y rectos. La ley siempre es la misma: *Progreso continuo*. Las diferencias provienen de la manera con que la realizan las fuerzas motrices, que son las pasiones, las ideas, los intereses y las circunstancias especiales en que puede encontrarse el hombre. Tales son los principios filosóficos que necesita tener presentes el escritor que quiera ofrecer, en un cuadro fiel, los verdaderos resultados con que la civilizacion ha desarrollado las fuerzas intelectuales de la humanidad, estendiendo y enriqueciendo al mismo tiempo el campo de su accion. Cuando se desciende al estudio de la historia con estos principios y con una conciencia libre de preocupaciones, es cuando se comprende con una preciosa claridad que cada pueblo, que cada doctrina, que cada partido tiene una idea central, útil y progresista, mientras no se propone hacerse exclusiva, mientras no apela á la soberbia y al despotismo para imponer su yugo á los que, no admitiéndola como cimiento de sus creencias, quieren discutirla y modificarla en sus aplicaciones. — *Vicente Fidel Lopez*. — (De una memoria leida en la Universidad de Chile.)

Causas de la Revolucion de Mayo de 1810.—Hombres que dirijieron el movimiento revolucionario.

40.—Los hechos morales y latentes, que constituyen la vida íntima de los pueblos, trasforman la conciencia individual, que se opera por la lenta elaboracion de las ideas y de los sentimientos, y por el desarrollo de las facultades intelectuales. Los hechos visibles y materiales, que constituyen la vida estérna, y cuya accion es mas tangible, nos hacen ver como esos hechos reaccionan sobre la vida civil, modificando profundamente la condicion social, y alterando en lo sustancial la constitucion política y económica de la colonia.

Tales fueron en concreto las causas eficientes de la revolucion arjentina: el desarrollo armónico de las fuerzas morales y de las fuerzas materiales, de los hechos y de las ideas, del individuo y de la sociedad. La accion simultánea de este doble movimiento combinado, que obra á la vez sobre la parte y sobre el todo, es lo que esplica la relacion de los sucesos entre sí, el vínculo que los une, la causa orijinaria que los produce y el resultado que es su consecuencia lójica. Así progresaron las ideas económicas, al mismo tiempo que el pueblo se enriquecia por el trabajo; se fortaleció el poder militar de la sociedad, al mismo tiempo que se desenvolvía el espíritu público en los nativos; se jeneralizaron las ideas de buen gobierno, á medida que se conquistaban mayores franquicias políticas y municipales; surjiendo teorías revolucionarias de gran trascendencia del hecho de la desaparicion del monarca; afirmándose el imperio de la opinion á medida que el pueblo se ilustra por la irradiacion luminosa de las ideas; y sobreponiéndose definitivamente los americanos á los europeos, el día en que, con la conciencia de su poder, adquirieron la plena conciencia de su derecho.

Esto esplica como, al empezar el año de 1810, la revolucion arjentina estaba consumada en la esencia de las cosas, en la conciencia de los hombres, y en las tendencias irresistibles de la opinion, que hacian converjer las fuerzas sociales hácia un objeto determinado. Ese objeto era el es-

tablecimiento de un gobierno propio, emanacion de la voluntad jeneral y representante lejítimo de los intereses de todos. Para conseguir ese objeto era indispensable pasar por una revolucion, y esa revolucion todos la comprendian, todos la sentian venir.

Como todas las grandes revoluciones, que, á pesar de ser hijas de un propósito deliberado, no reconocen autores, la revolucion argentina, lejos de ser el resultado de una inspiracion personal, de la influencia de un circulo, ó de un momento de sorpresa, fué el producto espontáneo de jérmenes secundos por largo tiempo elaborados, y la consecuencia inevitable de la fuerza de las cosas. Una minoría activa, intelijente y previsora dirijia con mano invisible esta marcha decidida de todo un pueblo hácia destinos desconocidos. Ella fué la que primero tuvo la intelijencia clara del cambio que se preparaba, la que contribuyó á imprimirle una direccion fija y á darle regularidad el dia en que la revolucion se manifestó en todo su esplendor; sin dejar por esto de representar un solo instante las necesidades y las aspiraciones colectivas de la mayoría, que á su vez le comunicaba su impulso y le inculcaba su espíritu varonil.

Una sociedad secreta compuesta de siete individuos, ° elejidos por los mismos patriotas, era el foco invisible de este movimiento. Los miembros de esta memorable sociedad, cuya existencia es poco conocida, eran: Belgrano, D. Nicolás Rodríguez Peña, D. Agustin Donado, D. Juan José Passo, D. Manuel Alverti, D. Hipólito Vieytes y D. Juan José Castelli. Estos eran los que tenian en sus manos los hilos de la revolucion. Ellos eran los que ponian en contacto á los patriotas, hablaban á los jefes de los cuerpos, hacian circular las noticias, y preparaban los elementos para cuando llegase el momento de obrar. Reunianse unas veces en casa de Vieytes, pero mas frecuentemente en la quinta de Rodríguez Peña, que era el nervio de esta asociacion, de la que Belgrano era el consejero, que reflejaba unas veces el entusiasmo de Castelli, la prudencia de Vieytes ó la alta razon de Passo.

Así preparados todos los elementos de la revolucion, su triunfo definitivo era una simple cuestion de tiempo ó de oportunidad.

Como cuando se trató de coronar á la princesa Carlota, y cuando se meditó resistir á Cisneros, el poderoso rejimiento de Patricios era la columna fuerte con que se contaba. No se dudaba de la tropa, y tanto los Capitanes como los Comandantes de los demás cuerpos nativos estaban de acuerdo en apoyar el movimiento; pero D. Cornelio Saavedra era el árbitro en cuanto á la oportunidad. A este respecto habia diverjencias, y para ponerse de acuerdo sobre punto tan importante, D. Juan Martin Puyrredon, de vuelta ya de su destierro, convocó sijilosamente á su casa á todos los jefes militares, entre los cuales se contaban algunos españoles. Era la repeticion de la junta que nueve meses antes habia tenido lugar en la misma casa, y de su composicion heterojénea no se podia esperar una resolucion decisiva. Belgrano era uno de los que se inclinaban á que desde luego se levantase decididamente la bandera de la revolucion: otros, menos audaces ó mas prudentes, estaban porque se aplazase el movimiento para tiempos mas propicios. D. Pedro Andrés Garcia, jefe español que ejercia grande influencia sobre Saavedra, y que llevaba la voz en la junta, pertenecia á los últimos. Eran las cuatro de la mañana y aun no se habia arribado á nada, á causa de la oposicion de los jefes españoles á todo paso atrevido. Saavedra dominó tranquilamente todas las opiniones, declarando, que él se pondria á la cabeza de los Patricios para apoyar al pueblo, así que Sevilla cayese en poder de los franceses, cuyos ejércitos amagaban segun las últimas noticias el antemural de Sierra Morena. Así quedó acordado. Desde entónces todos esperaron con impaciencia que sonase la hora que el reposado Comandante de Patricios habia señalado con el índice inflexible del destino.—*Bartolomé Mitre.*

La revolucion. — La democracia. — El caudillaje.

41.—La revolucion americana, y en particular la arjentina, es un hecho múltiple y complejo, que necesita ser estudiado en sus varias y al parecer contradictorias manifestaciones, para ser bien comprendida.

Poco ó nada comprenderá de ella el que solo la mire por

el lado de sus grandes manifestaciones, así en el gobierno político como en los campos de batalla, sin penetrar al mismo tiempo en el organismo de la sociedad, y darse cuenta de la ley que presidió al desarrollo latente de las fuerzas sociales.

Menos la comprenderá el que pretenda explicar los fenómenos políticos, los errores, los grandes hechos, así como los desmayos y movimientos eléctricos y jenerosos de aquella época memorable, adjudicando al pueblo coronas y aplausos, y á sus directores vituperio y responsabilidades absolutas, ó *vice-versa*, — mezquina y anti-racional division, que estrechando los horizontes del observador, no le permitirá dominar los hombres y los sucesos de una época de movimiento activo, en que, como lo hemos dicho, la vida pública es múltiple y compleja. En ella la vida colectiva se ajita y bulle como la savia loca, así en el seno de los ejércitos y las asambleas populares, como en los desiertos donde despiertan y se levantan las multitudes semi-bárbaras, hasta entónces segregadas de la vida social y política. Compelidas ó apasionadas, ellas siguen el movimiento revolucionario á su manera, interpretándolo, aplicándolo y haciendo brotar otra revolucion del seno de la misma revolucion. Estas dos revoluciones se confunden unas veces, dividiéndose otras, ya concurriendo al triunfo comun, ya retardándolo; disolviendo por la violencia la sociedad vieja y malgastando los elementos de rejeneracion del nuevo orden de cosas en las orjias de la fuerza bruta, al extremo de casi aniquilar á veces la vida nacional; conquistando unidas por último la independendia, pero dejando por terminar la segunda revolucion hasta asumir esa revolucion su forma definitiva, quedando el gobierno en manos de la intelijencia que la inició en 1810, y entrando como elemento de derecho, de fuerza y de vida robusta la mayoría que la secundó, la desnaturalizó en parte y la encaminó por el instinto, y que contribuyó á la vez á ponerla en peligro y á salvarla.

Muy miope será el observador que, estudiando el curso de los sucesos históricos de nuestra gran revolucion, no los asimile á una corriente que nació manso arroyo, se convirtió en torrente, se dividió en dos brazos que siguieron distinto curso, ora confundiendo sus ondas, ora separándose, enturbiándose recíprocamente, y recíprocamente multiplicando su velocidad, hasta confundirse en un mismo nivel en

el piélago de la democracia actual, apenas serenado, después de esa tempestad de cincuenta años cuyos últimos estremecimientos hemos presenciado.

La revolución argentina, en su doble manifestación de lucha de emancipación y regeneración política, que se concreta en la injénita aspiración del pueblo hacia la soberanía de hecho y la soberanía de derecho, es como esos soles duplos de distintos colores de que hablan los astrónomos y que nos envían confundidos sus rayos luminosos.

La revolución tiene en efecto dos faces, que sin necesidad de telescopio y á la simple vista, se pueden distinguir claramente.

La una culta, casi europea, que mira siempre al exterior, y aparece grave y noble en sus guerras exteriores, en su política estérna, en las asambleas deliberantes, en las manifestaciones de la vida civil; y la otra semi-bárbara, enérgica, diremos plebeya, mas radicalmente democrática, mas americana en fin, que presenta su fisonomía móvil en la política interna, en las manifestaciones de la fuerza de las masas puestas en movimiento, que se vuelven ya contra la sociedad en la guerra civil, ya contra el enemigo común en defensa de la noble pasión de la independencia, madre común de sus estravíos y de su heroica fortaleza.

Por eso nuestra historia revolucionaria no debe estudiarse tan solo en la propaganda de nuestras armas y en el cambio de decoración de los gobiernos que se han sucedido, sino en el juego de las pasiones colectivas, en la condensación ó descentralización de las fuerzas, chocándose ó neutralizándose en la guerra social por una parte, mancomunándose y salvando la causa jeneral por la otra; pero concurriendo ámbas á su vez á la disolución, prolongando las dos los dolores de la revolución por los medios puestos en juego para el bien como para el mal. Este era el resultado natural de un movimiento en que la mayoría llamada á influir, á obrar, á combatir y por consecuencia, á pensar como podía para ejercer esas funciones, no se hallaba al nivel de la minoría inteligente que concibió la revolución en silencio y la inició y la llevó á cabo, contando con el auxilio de las fuerzas sociales, cuya energía y dirección no era posible haber calculado de antemano.

De este desnivel es consecuencia lójica la reaccion de las masas revolucionadas, pretendiendo abatir hasta su nivel á la parte culta y rica de la sociedad por medio de la violencia, apoderándose del gobierno; y la accion constante de las minorías mas civilizadas que tenian en sus manos el gobierno, trabajando por elevar el nivel democrático hasta su altura y luchando por ello.

Pero una vez llamado el pueblo á tomar parte en el gobierno, era natural que esta nueva entidad la tomase de hecho, primero en la guerra, luego en la politica, elevando sobre el escudo popular á sus representantes natos, caracteres viriles que acaudillasen sus instintos enérgicos ó brutales, que rayaban á veces en el fanatismo. Tales caudillos fueron la encarnacion del poder de esa democracia indisciplinada que á imájen y semejanza suya absorbieron la fuerza de todos, y sobre todos pesó despóticamente, sin ma diferencia que aplicarla mas ó menos directamente á la guerra civil ó á la guerra exterior; pero siempre desmoronando la sociedad vieja, á la par que agotando las fuentes de la vida comun, y dificultando la reorganizacion que se buscaba, porque el caudillaje, poderoso elemento de combate, dado el atraso social de la mayoría del pueblo, llevaba en sí los jérmenes de la decadencia social.

Tal es el orijen y tal ha sido la influencia del caudillaje en la República Argentina.

Artigas, el padre de los caudillos, el apóstol armado de los instintos vagos de independencia de las multitudes, empezó desenvainando la espada del libertador, y ganando al frente de sus gauchos unidos con los Patricios de Buenos Aires, la segunda batalla campal que coronó con palmas las armas de la revolucion naciente. Acabó con la tea de la discordia en la mano, en medio del incendio en que se ajitaban otros caudillos, guiados tan solo por los instintos ciegos del desórden que él habia desencadenado.

Güemes, continuador de ese moviniento democrático de independencia y descentralizador del poder del Gobierno, empieza lo que propiamente puede llamarse su carrera pública ajitando la tea de la discordia, y la termina con la espada del libertador en la mano, muriendo por la causa de la América y legando el poder que habia conquistado á otros

caudillos que continuasen la obra de disolucion de los vinculos politicos y sociales que él habia empezado.

Estos dos caudillos, que se aborrecieron á muerte, de los cuales el uno atacaba y el otro apoyaba al gobierno central que daba direccion al movimiento jeneral, y cuyo rol parece opuesto, contribuyeron tanto el uno como el otro así á su triunfo como á su paralización; así á sus peligrosas evoluciones, como á los dolores que por tanto tiempo nos han trabajado, despues de conquistar la independencia y antes de organizar y consolidar la libertad. — *Bartolomé Mitre.*

La República Argentina en 1825. — Quiroga, Rosas y Dorrego.

42. — Nada comprenderíamos, señores, de la situacion del pais, si deteniéndonos aquí, no investigáramos lo que era esencial y característico en la sociabilidad argentina; y nos halláramos á riesgo de tomar aquel escalon de nuestra historia, por una faz completa de un pueblo que marchára regularmente por caminos bien iluminados. Nada seria mas erróneo, sin embargo, y reclamo vuestra atencion para lo que voy á decir con modestia republicana. La verdad tiene severas amarguras, que es necesario devorar, cuando se ama la justicia y el progreso, únicos sentimientos dignos de fanatizar los pueblos libres. Bendigamos la Providencia que nos permite descubrir lo que estuvo oculto para nuestros nobles padres, infatuados con sus doctrinas científicas y la conviccion de su apostolado. Masa heterojénea amalgamada por la fuerza ó por los hechos, el pueblo no tenia miras armónicas ni ideales unánimes. Por el contrario: el pastor cuasi-salvaje y la muchedumbre de las ciudades, ignorante y desmoralizada por la ausencia de la educacion, eran un grupo inmenso y en alto grado robusto, con el cual se negaban á contar los estadistas. El cuadro de la República de entonces tiene rasgos sombríos y vigorosamente marcados. Permitidme, que os los recuerde, —sin insistir mucho en lo que ya tantas veces he dicho en el curso de estas Lecciones.

En una choza estraviada entre las quebradas de la Rioja, mirad aprupados unos pocos hombres al rededor de un fogon. Secas las fauces y pálidos los rostros parece que su sangre,

refujada en el corazón, va á reventar del vaso estrecho y agitado. Pasan los vidriosos ojos, con amor resignado al sacrificio, del monton de monedas que ponen febrilmente á un naípe, á la torva mirada del impasible tallador, que juega frio y sereno... Es Facundo. Facundo siempre gana. Levántase ganancioso, y sus compañeros de banca empobrecidos levántanse también en silencio, respetuosamente sometidos á su signo. Facundo siempre manda. A la sombra del negro y formidable pendon surcado por el rojo de una cruz, va horrible la montonera, idólatra de su caudillo: arrasa las aldeas y despedaza escuadrones. Facundo siempre vence. Ay! de aquel que relajara la áspera disciplina de sus hordas... Un soldado robó... El caudillo distribuye entre los suyos ramas de árbol de igual medida, diciendo: «La vara del ladron habrá crecido mañana !...» El aduar se desvela contemplando aquel testimonio mudo y sobrenatural, y aterrados los gauchos las miden entre sí, las comparan... y el ladron, para escapar del terrible castigo, corta la suya. Al siguiente día una aparece cortada. «Este es el ladron» dice friamente el caudillo. Facundo adivina. Un momento mas. El quejido de la victima suena entrecortado en la mústia y quemada soledad. Facundo mata ! !

Y la tapia ensangrentada que convirtió en patíbulo: é! bosque frondoso, que no adormeció sus iras ni lo dispuso á ceder de sanguinarios propósitos bajo el ruego de las bellezas tucumanas: la familia desolada y la virgen hecha pedazos por su látigo, el campo de tumultuosa victoria ó de poético sacrificio... Barranca Yaco, Farsalia de los dos grandes caudillos argentinos, ved ahí los monumentos y testimonios del imperio, la crueldad, los amores y el arrojito fatalista de Facundo.

Barranca Yaco, Farsalia! Ah! sí! No impera solo Facundo, Aquiles de las edades bárbaras de América, sobre el suelo estremecido de la Patria. En las anchas sábanas del sud va subyugando las masas, jinete que doma el potro, hipócrita caudillo que fanatiza, otro hombre famoso ya en ciudades y campañas. No era nuevo hácia 1825 en el teatro de su negro drama. He retardado, empero; su exhibicion, porque el aliento de los grandes malvados envenena. La musa se irrita al respirarlo, y la conciencia embargada, apenas y á costa de supremo esfuerzo si puede escojer entre la serenidad del que juzga y la emocion iracunda del que aborrece. ¿Quién era ese hombre,

señores? Al verlo creeríais que el arte diabólico se agotó para encarnarse en él. Es el hijo hermoso del medio día. Atlético de formas y arrogante de apostura, lleva en su andar los aires de la audacia: pero en su frente ceñuda y en los rasgos que se desprenden de sus ojos dominados, revélase patentemente que aquella actividad no está rejida por movimientos espontáneos. Tosca y pertinaz mirada baña el óvalo de su rostro blanco; sus labios contraídos tienen el jesto del sarcasmo jenial, y en su frente alta, pero mal desenvuelta, se lee un pensamiento fijo, uniforme, batido por las pasiones del alma que trasluce. La agria esperanza que lo alienta parece haber estereotipado en sus labios aquella fria sonrisa. La concibió en sueños amargos y se fijó con su espresion. En la emociion del hombre leal buscáis los estremecimientos del pecho; pero delante de aquel caudillo y subyugados por su mirada, buscaríais el reflejo siniestro de la faz que su pasion predominante asumiera en cada punto: aun dudaríais que tuviera corazon. Todo él está en sus ojos y en su sonrisa, como una encarnacion del tirano que humilla y se burla de sus semejantes. No resplandoce en su fisionomia el calor del sentimientos moral, ni la franca injenuidad del hombre imprevisor. Su alma no reposa. Inquieta y febril, va al capricho de la pasion, desmayada por la envidia, irritada por el encono. Tiene rasgos predominantes radicados en la vida vagabunda y en las confiancias del palenque: el profundo egoismo del hombre en la lucha con la naturaleza y la soledad: la idolatria de la fuerza y la resignacion al remordimiento debilitado por un fatalismo instintivo, que enjendran el combate y las privaciones. Es disimulado y suspicaz, frio y cruel. Está á servicio de sus fines ambiciosos sin lucha íntima: apenas siente su vida moral por el roce de pasiones coincidentes. Ninguna personalidad se ha desenvuelto con mayor lójica á favor de su elemento: nada lo contrariaba en el fondo de su alma por la ausencia absoluta del sentido moral. Gaucho un dia, fué otro protector de vagabundos: caudillo de desertores que cobijaba y mandaba: capitán de montoneras militares, amparadas por la ley primero, independientes despues, rebeldes por fin: jefe de las campañas mañana, y al amparo de la corrupcion y el desaliento, brutal tirano, al cual una jeneracion de mártires citaba ante el Dios de la justicia, y una jeneracion de esclavos ensalzaba gritando con acento ignominioso:

«*Loor eterno al magnánimo Rosas!*»

El gaucho estupefacto le admiraba, cuando corría la pampa dominando el bruto jeneroso con brazo y aliento de Hércules; lo admiraba deslumbrado: jamás la tierra de los desiertos sustentó, hubiera podido cantar el payador del sud, ni rico mas jeneroso, ni patron mas campechano, ni jinete mas robusto, ni gaucho mas enamorado: jamás la vida del desierto alimentó pecho mas fuerte, ni dieron resplandor sus luces á busto más hermoso. Y era así la belleza de Juan Manuel Rosas, prestigiosa para el sentido estético: de las masas bárbaras; es la idealizacion artistica del tipo campesino como era su corazon degradado el producto lógico y superior de la educacion, de los hábitos, de las preocupaciones con que el coloniaje envileció al pastor de los desiertos; y jamás apareció suma tal de ignominias morales bajo formas tan seductoras. Era el Belial de Milton.

Facundo en el interior y Rosas en el Sud, encarnaban la revolucion, cuyo imperio debian en breve disputarse. En presencia de estos dos vigorosos caracteres que todo lo avasallaban en la esfera de sus afinidades, preguntémosnos su orijen, el medio de su predominio. Yo oigo, señores, la imprecacion de un poeta, convertida en dogma, cuando encarándose con el tirano le gritaba: *Salvaje de la pampa, que vomitó el infierno!*... Palabras, señores, palabras... Los caudillos no son susceptibles de aislarse del fenómeno social en que aparecen. No son monstruos que envia el infierno: son monstruos enjendrados por las sociedades. Esplicadme de otra manera á César en la pampa y á Facundo entre los santos de Cromwell. ¿Por qué, señores, sino por la injénita apatía de las colonias españolas y mediterráneas, se prestán las Provincias de Cuyo á tiranías inertes y feroces como la de Benavidez? ¿Por qué, sino por la idolatría de la argucia y la vanidad local, desenvuelve Córdoba una revolucion de silojismos contra el Congreso unitario de 1826? ¿Por qué, sinó por arrogancia ateniense, se desarrolla en Buenos Aires el localismo negando audazmente á su patriarca? No, señores, los caudillos arjentinos representan jenuinamente en politica las condiciones morales de su elemento; y no son, sino la degradacion colonial hecha carne y sistema. En sus preocupaciones y en sus odios podriais leer toda la historia intelectual y moral de las masas, á cuya cabeza

arremetian, lanza en mano, organizaciones legales y núcleos civilizadores, despues que destruyeron el foco de toda presion igualitaria... Preciso es que nos lo confesemos: eso era el pueblo.

Frente á aquella masa bárbara y armada; frente á las evoluciones descentralizadoras de las provincias que daban forma y satisfaccion á los resultados revolucionarios y á las exigencias populares, presentábase el Congreso, lleno el corazon de ilusiones y la cabeza de teorías.

Las inteligencias mas ilustradas de la República tenian en su seno un teatro vasto en que funcionar. Contábase entre sus miembros á Gorriti, lójico y profundo pensador, á Agüero, teorizador implacable, á Gomez, tribuno brillante, á Castro, espíritu reflexivo y corazon leal, á Fúnes ya decrepito, á Passo, que mal grado de las flaquezas de la edad, solia justificar el prestigio tradicional que lo rodeaba: y diversos personajes de certero buen sentido como el doctor Mena. Al aumentarse el Congreso en 1825, y con la incorporacion de la Banda Oriental, tomaron puesto en sus filas nuevos caracteres que veremos en accion al entrar en el grande y critico período. de sus tareas, Don Manuel Moreno, la personificacion mas científica del partido federal; Cavia, orador enfático, pero incisivo y enérgico; Ugarteche, tribuno de combate; y sobremanera descollante, Manuel Dorrego, revolucionario de fibra jenial, capaz de la lucha, de la victoria y del martirio.

Quando la borrasca sacudia á la República, el lejislator pretendia aislarse y alejar de sus puertas el estrépito: buscaba una serenidad olimpica para sus abstracciones... Manuel Dorrego lo empujaba entre las oleadas y los truenos: queria incorporarlo á la lucha práctica y hacerlo ahondar las enormidades del problema; dirigir la conquista, pero con dura labor, jadeante entre el empuje de los huracanes, segun conviene al fuerte, y en vez de reprimir, impulsar la revolucion para que agotára su lójica y se consumára á sí misma. Pero su incorporacion fué muy posterior á los primitivos trabajos del Congreso.

El jenio dominante en él era el espíritu teórico de los unitarios, y el sentimiento mas noble por cuanto afectára al progreso de la Nacion, ya en las mejoras materiales de los pueblos y en su educacion, ya en la tendencia impresa á los prin-

cipios sociales y económicos que habian de rejirla. No se le ocultó, desde su instalacion, que habia en la autoridad que investia, mucho de ilusorio, que lo obligaba á conducirse con suma reserva á fin de no exacerbar las pasiones locales ni concitarse la enemistad de las provincias, en las cuales residia evidentemente la soberanía real. Sus primeros pasos fueron dados con tinida mesura, pero encaminados desde luego hácia la rehabilitacion mas completa del poder central. Ya el 9 de Marzo de 1825, discutiendo los poderes de un diputado de Catamarca (1), sancionó una declaratoria que anulaba de hecho lo facultado de las Provincias para poner limites á sus mandatos, atribuyendo la plenitud de sus atribuciones al acto de la eleccion, sin que instruccion ni reserva provincial alguna pudiera invadirlas ni modificarlas. No sin prudentes demoras y despues de luminosos debates, llegó empero á intervenir potestativamente en el régimen interior de las Provincias. El órden legal fué perturbado en la de Córdoba por las violencias del gobernador Bustos, que á fin de perpetuarse en el mando, disolvió en una asonada la lejislatura, que habia tenido el coraje de nombrarle sucesor. Los representantes acudieron ante el Congreso con su querella; pero este se abstuvo de injerirse directa ni indirectamente en turbulencias puramente locales, en virtud de las resertas federativas de la ley fundamental. Solo cejó de tal propósito cuando en los últimos meses de 1825, se reprodujeron en Córdoba aquellos escándalos impunes, y otra lejislatura, disuelta tambien por el gobernador Bustos, se puso al amparo del Cuerpo Nacional. Su intervencion fué estéril y solo propia para enconar la resistencia que ya se preparaba en la provincia.

El proceder del Congreso en la primera emergencia lo privaba, es verdad, de todo prestigio en el ánimo de las masas, pero con esta nueva resolucion descendia á una arena en que le aguardaban combates desiguales. Su espíritu, como vemos, era noble y elevado. Por otros muchos títulos obtiene la admiracion de la posteridad. Su política, señores, era caballeresca y jenerosa, y habia sin duda una superioridad inmensa de ánimo en la Asamblea que, presintiendo que, apenas vió asegurada la independencia sud-americana por las victorias de Bolívar y de Sucre, que las Provincias del Alto Perú serian

(1) El Dr. Acevedo. •

difícilmente incorporadas á la unidad argentina, acata espontáneamente aquella situacion creada por los sucesos, y las deja en plena libertad para disponer de sus destinos.

Los principios civilizadores incorporados á la circulacion en Buenos Aires desde el ministerio de Rivadavia y Garcia, imperaban sin reserva en su espíritu. A sus ojos el extranjero no era ya un presente maldito; ni los derechos que la humanidad acuerda por igual á todos los individuos era tampoco peligro que lo arredrara. Apenas funcionaba, cuando aprobó el tratado con la Inglaterra de 1825, formulado bajo la base mas ancha de las nociones modernas respecto á garantías individuales; y la cuestion religiosa, tratada con este y otros motivos, se presentó plácida, indicando sus propias soluciones en el espíritu de mansedumbre y caridad que constituye su esencia.

Debatiendo en Setiembre de 1825 la concurrencia de la República al Congreso diplomático de Panamá, cedió, limitando su compromiso con los principios que aceptaba para la politica internacional, lejos de prestarse á colaborar en dogmas absurdos y barbarizadores, que levantáran los americanos en masa, potencia contra potencia, ebrios de orgullo funesto y agoviados bajo la domesticidad y el egoismo de los antiguos colonos.

El hombre tiene, en cualquier lugar de la tierra donde sus hermanos habiten, la garantía de su bienestar. Se lo dan Dios y su derecho. La tierra argentina está abierta á toda actividad y á toda industria. La libertad civil no conoce extranjero. El espíritu argentino está abierto tambien á toda influencia moral y á todo amor humano. La desigualdad de oríjen y de lengua no es causa de antagonismo. Estas ideas fundamentales eran el punto de partida de una doctrina social, radicalmente nueva en América y que juntamente heria las preocupaciones que sobrevivieron á la Colonia y el corazon del problema económico en nuestro pais.

Su radicacion era uno de los resultados mas fecundos del trato con el extranjero y de las reformas de 1821 á 1824.

Pocos, tal vez ninguno, entre los espíritus elevados sobre todo, dudaban de ellas en Buenos Aires, desde que la atmósfera española fué disipada por la libertad y por las brisas que venian del extranjero á ventilar el hueco en que los Reyes católicos amontonaban sus esclavos.—*José Manuel Estrada.*

Sitio de Montevideo.

43.—Hallándose ya el ejército invasor á las órdenes de D. Manuel Oribe á las puertas de Montevideo, organizóse la administracion de 3 de Febrero de 1843, que debia emprender la defensa del pais, sin dinero, sin crédito, sin material de guerra, sin soldados, en medio del terror que esparcian las armas invasoras, á quienes precedia la fama de haber destruido varios ejércitos, de haber bañado de sangre con la espada del soldado y el puñal del asesino, el inmenso territorio que se estiende desde los Andes hasta las márgenes del Uruguay.

Esa administracion tuvo que improvisar (1) con materiales tomados donde los encontraba, por la ley del peligro supremo, las débiles murallas destinadas á guardar en pocas cuadras de terreno, todas las esperanzas de la República, todas las de la civilizacion y de la humanidad en el Rio de la Plata.

En estas pocas cuadras, se vió asediada el 16 de Febrero, trece dias despues de su nominacion, por el ejército de tierra y por las fuerzas de mar del Dictador Rosas.

Las rentas públicas quedaron reducidas á la nulidad.

Los almacenes se cerraron.

El comercio de esportacion desapareció.

El de importacion se limitó al consumo de la ciudad.

La desconfianza y la incertidumbre se apoderaron de todas las clases. El dinero, aun con las mejores garantías particulares, llegó á un interés que en los tiempos venideros parecerá fabuloso. Nuestros hijos apenas podrán creer que durante el sitio de Montevideo se dió dinero y se tomó sobre bienes raices y en transacciones entre particulares, á 40, 50, 80 y 100 por 100 de interés al año! Solo podrá esplicarse este hecho, observando que á la escasez de la época se añadia que nadie se creia dueño de lo suyo, con el invasor á la vista; que cualquier contrato podia ser roto por este, cuyo triunfo parecia siempre probable y quasi seguro, y muchas veces cierto.

Los que empleaban su dinero en algun contrato, empleá-

(1) D. Andrés Lamaera el Jefe de Policia.

banlo en esa loteria anti-social creada por el sistema del dictador Rosas.

En tal estado de cosas, el Gobierno tenia que vestir, alimentar y armar el ejército que defendia la plaza.

Tenia que atender, como atendió en efecto, al ejército en campaña.

Tenia que armar centenares de camas, para los centenares de heridos que regaban con su sangre todos los dias, los muros y las calles de la invicta ciudad.

Tenia que alimentar y vestir la poblacion que huyendo del enemigo se habia asilado en la ciudad, las familias de los soldados, y la mayor parte de los empleados civiles y sus familias.

Tenia que luchar en el interior del pais y en el exterior con las intrigas, la buena fortuna y el oro del enemigo.

Pasáronse dias, semanas, meses, muchos meses, sin que el gobierno pudiese conseguir las raciones con que debia sustentar al dia siguiente, al soldado, al herido . . .

No hay en esto la menor exajeracion: todo es la pura verdad; y esa verdad que esplica las requisiciones y la venta á vil precio de las rentas futuras, de las propiedades públicas, de la casa misma de gobierno y hasta las plazas de la ciudad, atestigua uno de los mayores prodigios y glorias de la defensa de Montevideo.

El abajo firmado confiesa esta verdad con orgullo.

Habia patriotismo en esas ventas, y muchas veces lo habia en esas compras.

Patriotismo, mucho patriotismo, mucha abnegacion habia en los miembros del gobierno, que suscribian con mano firme sus nombres en esas órdenes de requisicion, en esos contratos que pasaban á los particulares las rentas y las propiedades públicas, estando cercados por tierra y por mar por un enemigo implacable, rodeados de conspiraciones enemigas, del desaliento, tedio y desesperacion de los propios amigos; y sabiendo que esos actos serian algun dia juzgados en circunstancias normales por las reglas de los tiempos ordinarios y por el buen sentido.

El abajo firmado sabe que así fueron juzgados por agentes del Gobierno Imperial, cuando le informaron de la situacion financiera del pais, y no lo estraña.

Seria necesario que los que así juzgaron, pudiesen, y no pueden, trasportarse á aquellos momentos de sublime peligro, de sublime angustia, en que de un puñado de pesos y de algunas libras de pan dependia la salvacion de Montevideo y de la República, la cabeza y la honra de las familias de aquellos que tuvieron entónces la gloria de vivir y de luchar dentro de aquellos sagrados muros.

Seria necesario que pudiesen, y no pueden, colocarse en el momento en que no teniendo el gobierno mas que veinte ó treinta mil cartuchos á balas, no encontrando una sola libra de pólvora en Montevideo, no teniendo un solo peso con que hacerla venir de afuera, y sabiendo que el secreto de esta situacion habia sido llevado al enemigo por un desertor, tuvo y ejecutó el Jeneral del ejército la feliz y audaz inspiracion de mandarlos quemar haciendo fuego al enemigo, en un ataque sin importancia, para que el enemigo desconfiase de la verdad del desertor, y no se aprovechase, como no se aprovechó, de su aviso.

¿Cuánto valia el peso para hacerse de una libra de pólvora?

¿Cuánto valia la libra de pan que debia darse al soldado que estaba combatiendo?

¿Cuánto el pedazo de tela que estancaba la sangre del herido, la cama en que estendia sus miembros mutilados?
—*Andrés Lamas.* (Nota al Gobierno del Brasil, 15 de Setiembre de 1857.)

Las tropas de Rosas á fines del año 1851.

44.—Pocas veces he experimentado impresiones mas profundas que la que me causó la vista é inspeccion de aquellos terribles tercios de Rosas, á los cuales se ligan tan sangrientos recuerdos, y, para nosotros, preocupaciones que habriamos creído invencibles. ¿De cuántos actos de barbarie inaudita habrian sido ejecutores estos soldados que veia tendidos de medio lado, vestidos de rojo, chiripá, gorro y envueltos en sus largos ponchos de paño? Fisonomias graves como árabes y como antiguos soldados, caras llenas de cicatrices y de arrugas. Un rasgo comun á todos, ca-

si sin escepcion, eran las canas de oficiales y soldados. Diríase al verlos que habia nevado sobre las cabezas y las barbas de todos aquella mañana. La mayor parte de los cuerpos que sitiaban hasta poco antes á Montevideo habian salido de Buenos Aires en 1837; y desde entonces ninguno, soldados, clases, ni oficiales habia obtenido ascenso. El coronel Susbiela, que mandó despues uno de estos cuerpos, era el mismo jefe que lo habia creado en 1836, y encontró cabos y sarjentos á los que él nombró entónces. El teniente Guardia sanjuanino, pertenecia á un cuerpo que salió de Buenos Aires en 1836, compuesto al principio de doscientas plazas y que conservaba aun treinta y tres soldados y ocho oficiales. Los restos de un batallon de infanteria habiendo perdido todos sus oficiales, estaba hácia años al mando de un negro sarjento, que en su calidad de tal mandaba el cuerpo. Urquiza lo hizo mayor.

¡Qué misterios de la naturaleza humana, que terribles lecciones para los pueblos! Hé aquí los restos de diez mil seres humanos, que han permanecido diez años, casi en la brecha combatiendo, y cayendo uno á uno todos los dias, ¿por qué causa? ¿sostenidos por qué sentimiento?..... Los ascensos son un estímulo para sostener la voluntad del militar. Aquí no habia ascensos. Todos veian los cuerpos sin jefes, ó sin oficiales, por todas partes habia claros que llenar y no se llenaban; y los mil postergados nunca trataron de sublevarse. Estos soldados y oficiales carecieron diez años del abrigo de un techo, y nunca murmuraron. Comieron solo carne asada en escaso fuego, y nunca murmuraron. La pasion del amor, poderosa é indomable en el hombre como en el bruto, pues que ella perpetúa la sociedad, estuvo comprimida diez años, y nunca murmuraron. La pasion de adquirir como la de elevarse no fué satisfecha en soldados ni oficiales subalternos por el saqueo, ni entretenida por un salario que llenase las mas reducidas necesidades, y nunca murmuraron. Las afecciones de familia fueron por la ausencia estinguidas, los goces de las ciudades casi olvidados, todos los instintos humanos atormentados, y nunca murmuraron. Matar y morir, hé aquí la única facultad despierta, en esta inmensa familia de bayonetas y de rejimientos, y sus miembros,

separados por causas que ignoraban, del hombre que los tenia condenados á este oficio mortifero y á esta abnegacion sin premio, sin elevacion, sin término, tenian por él, por Rosas, una afeccion profunda, una veneracion que disimulaban apenas. ¿Qué era Rosas para estos hombres? ó mas bien que seres habia hecho de los que tomó en sus filas hombres y habia convertido en estatuas, en máquimas pasivas para el sol, la lluvia, las privaciones, la intemperie, los estímulos de la carne, el instinto de mejorar, de elevarse, de adquirir, y solo activos para matar y recibir la muerte? Y aun en la administracion de la sangre habia crueldades que no solo eran para el enemigo. No habia ni hospitales ni médicos. Poquisimos son los inválidos que han salvado de entre estos soldados. Con la pierna ó el brazo fracturado por las balas, iba al hoyo el cuerpo, atacado por la gangrena ó las inflamaciones. ¿Qué era Rosas, pues, para estos hombres? ó son hombres estos seres?—*Domingo F. Sarmiento.*

Pasaje del Paraná.

Cuartel Jeneral en el Diamante, Diciembre 21 de 1851.

45.—El sol de ayer ha iluminado uno de los espectáculos mas grandes que la naturaleza y los hombres pueden ofrecer—el pasaje de un gran rio por un grande ejército.

Las alturas de Punta Gorda ocupan un lugar prominente en la historia de los pueblos argentinos. De este punto han partido las mas grandes oleadas políticas que los han agitado. De aquí partió el jeneral Ramirez, de aquí el jeneral Lavalle defendiendo principios políticos distintos. De aquí se lanza ahora el jeneral Urquiza al grito de Regeneracion de poblaciones en masa, y ayudado de naciones que piden paz y seguridad.

La Villa del Diamante ocupa uno de los sitios mas bellos del mundo. Desde sus alturas, escalonadas en planos ascendentes, la vista domina un vasto panorama—masas inyectas de las plácidas aguas del Paraná, planicies incon-

mensurables en las vecinas islas, y, en el lejano horizonte, brazos del grande Rio y la costa firme de Santa-Fé, punto de partida de la gran cruzada de los pueblos Argentinos.

Animaban la escena del paso de las divisiones de vanguardia la presencia de los vapores de la escuadra brasilera, y la llegada de las balsas correntinas, construidas bajo la hábil direccion de D. Pedro Ferré, y capaces de contener en su recinto circundado de una estacada, cien caballos.

Al amanecer del dia 23, todo era animacion y movimiento en las alturas del Diamante, en la Playa, en los buques y en las aguas.

En los paises poco conocedores de nuestras costumbres, el juicio se resiste á concebir como cinco mil hombres, conduciendo diez mil caballos, atravesaron á nado en un solo dia el Uruguay en una estension de mas de una milla de ancho, y sobre una profundidad que da paso á vapores y buques de calado.

Esta vez el auxilio del vapor mismo hacia innecesarios esfuerzos tan prodijiosos. Embarcaciones menores pasaban de una á otra orilla los batallones de infanteria en grupos pintorescos que matizaban de vivísimo rojo la superficie brillante de las aguas. El vapor *D. Pedro*, de lijerisimas dimensiones, remolcaba las balsas cargadas de caballos; pero aun no satisfecha la actividad del Jeneral en Jefe con estos medios, centenares de nadadores dirijian el paso de tropas de caballos, cuyas cabezas se diseñaban apenas, como pequeños puntos negros que interrumpian en líneas transversales la tersura del Rio. Por horas enteras veíase algun nadador, luchando con un solo caballo, obstinado en volver atras á la mitad del canal, mientras que el espectador se reposaba de la fatiga que causa el espectáculo de tan peligrosos esfuerzos, al divisar en la opuesta orilla los caballos que tomaban tierra, los batallones que desplegaban al sol sus tiendas y, allá en el horizonte, los rojos escuadrones de caballeria, que desde temprano avanzaban perdiéndose de vista en la verde llanura de las Islas.

Daba impulso á aquel estenso y variado campo de accion la mirada eléctrica del Jeneral en Jefe que, situado

en una eminencia, dominaba la escena, inspirando arrojo á los unos y á todos actividad y entusiasmo.

En medio de la variada escena del paso del Paraná, descubrióse al sud el humo de nuevos vapores que llegaban conduciendo tropas; y poco despues, túvose noticia que el jeneral Mansilla habia abandonado los acantonamientos de Ramayo, dejando clavados los cañones que guarnecian el Tonelero. Los entusiásticos vivas de la poblacion del Rosario saludaron en su paso á nuestros ausiliares, y varios oficiales del desconcertado ejército de Rosas, obtuvieron pasaje en los vapores para reunirse á nuestras fuerzas.

El 24, á las tres de la mañana, el Jeneral Urquiza se hallaba en la ribera occidental, dando las disposiciones necesarias para marchar sobre el enemigo. La operacion militar que arredra á los mas grandes capitanes está, pues, ejecutada, y el pasaje del Paraná, realizado por un grande ejército y por medios tan diversos, será considerado por el guerrero, el politico, el pintor ó el poeta como uno de los sucesos mas sorprendentes y extraordinarios de los tiempos modernos.

La vanguardia del Ejército Grande está ya en el campo de sus operaciones. Entre el tirano medroso y nuestras lanzas, entre el despotismo que desaparece y la libertad que se levanta, no media mas tiempo que el necesario para atravesar la pampa al correr lijero de nuestros intrépidos jinetes.—*Domingo F. Sarmiento.*

Saludo á Lafayette.

46.—Este año completa medio siglo desde una fecha considerable en la historia del mundo, el principio de la guerra de la revolucion. Hé aqui el jubileo de nuestra existencia como nacion. El tiempo trascurrido desde esa era memorable, ha confundido en el polvo, ya santificado con la sangre de los bravos, á la mayor parte de los grandes hombres á quienes debemos, despues de Dios, nuestra independencia y nuestras libertades. Algunos quedan todavia entre nosotros para recoger los preciosos frutos de sus trabajos y de sus padecimientos; pero, existe uno que se ha dejado atraer por la voz de

todo un pueblo y que ha vuelto en su vejez para recibir las manifestaciones de agradecimiento del pueblo á quien ha hecho el sacrificio de sus floridos años. Está escrito en las pájinas de nuestra historia que, cuando este ardiente amigo de la América se dirigió á nuestros comisarios en Paris, en 1776, para pedir pasaje en el primer navío que despachasen, tuvieron por fuerza que contestarle (tal era la situación de nuestra patria) que no tenian medios ni crédito suficientes para armar una sola nave en todos los puertos de Francia. ¡Y bien! exclamó el jóven héroe, tendré mi nave! Y cuando toda la América estaba demasiado pobre para traerle á sus playas; dejó, muy jóven aun, su hogar, la felicidad doméstica, los goces de la fortuna y de su rango para precipitarse en el polvo y en la sangre de una lucha desesperada.

¡Sed el bienvenido, amigo de nuestros padres; sed el bienvenido en nuestras playas! ¡Dichosos nuestros ojos que pueden contemplar estas venerables facciones! Gozad de un triunfo que jamas ha conocido conquistador ni monarca; tened la seguridad de que no hay en América un solo corazon que no lata de alegría y de reconocimiento al oír pronunciar vuestro nombre! Ya habeis visto y saludado, ó pronto vereis los escasos restos de ardientes patriotas, de sabios consejeros, de valientes soldados, con quienes estuvisteis asociado para acabar la obra de nuestra libertad. Pero, en vano buscareis esos otros rostros amigos, para quienes un día como este, pasado al lado de su viejo compañero de armas y de peligros, hubiera sido un siglo de dicha. Ya partieron Lincoln y Green, y Knox, y Hamilton. Cayeron los vencedores de Saratoga y de York-Town ante el enemigo á quien nadie resiste. Y, sobre todo, el primero de los héroes y de los hombres, el amigo de vuestra juventud, el que fué mas que el amigo de su patria, está allí en esta tierra que ha redimido. En las orillas del Potomac, descansa en la gloria y la paz. Vereis otra vez la morada umbrosa y hospitalaria de Mount-Vernon; pero, aquel que reverenciáis, no lo hallareis ya en el umbral. Esa voz consoladora que os buscaba en la torre de Ollmütz no puede ya interrumpir su silencio para daros la bienvenida al momento que penetreis bajo su techo. Pero los hijos de la América, llenos de agradecimiento, os acogerán á nombre suyo. ¡Sed el bienvenido, tres veces el bienvenido á nuestras playas, y por do quiera que vayais en todas nuestras provincias, el oído.

que os oirá os bendecirá, el ojo que os vea os tributará homenaje, y cada boca esclamará con una alegría que brota del corazon: sed el bienvenido, Lafayette, sed el bienvenido!
— *Ed. Everett.*

Franklin y su folleto «Buen Sentido.»

47.— Dichosa en estos tiempos la América, y dichoso Franklin que tuvo la suerte de ver libre á su pais, habiendo él, mas que ningun otro, contribuido á libertarlo con su famoso *Buen Sentido*, folleto de solo dos hojas sueltas. Jamás libro alguno, ni abultado tomo, hizo tanto en pro del linaje humano. Sucedia que, en los albores de la insurreccion americana, todos esos Estados, ciudades, pueblos, estaban con opiniones encontradas, siendo los unos adictos á la Inglaterra, fieles, y con sobrados motivos, al poder lejítimo; los otros, temerosos de que no fuera posible romper el yugo, recelaban perderlo todo al tentar lo imposible; algunos hablaban de arrego, dispuestos á contentarse con una libertad moderada, la concesion de una Carta, aunque debiera esta ser pronto modificada ó anulada; resultando de allí que pocos eran los que osaban esperar un feliz resultado de voluntades tan diferentes. Pues bien; vióse, en medio de este estado de cosas, lo que puede la palabra escrita en un pais donde todo el mundo lee, poder nuevo y muy diferente del de la tribuna. Unas cuantas palabras de una arenga son acaso recojidas por unas pocas personas; pero la prensa habla á todo un pueblo, á todos los pueblos á la vez, cuando leen como se lee en América; y de lo impreso, nada se pierde. Franklin escribió; su *Buen Sentido*, reuniendo todos los ánimos al partido de la independencia, decidió esa gran guerra que, terminada allí, continúa en el resto del mundo.

Fué sabio; ¿quién lo supiera, si no hubiera escrito acerca de su ciencia? Hablad á los hombres de sus negocios, del negocio del día, y haced que todos os oigan, si deseais conquistaros renombre. Haced folletos como Franklin, Cicéron, Demóstenes, como San Pablo y San Basilio; pues, de veras, habia olvidado á esos grandes hombres, cuyos

opúsculos, desengañando al pueblo pagano respecto de la religión de sus antepasados, destruyeron parte de las antiguas supersticiones é hicieron nuevas naciones. En todo tiempo, los folletos cambiaron la faz del mundo. Difundieron entre los Ingleses esos principios de tolerancia que llevó Penn á América, y esta debe á Frámlin su libertad conservada por los mismos medios que se la han adquirido, folletos, diarios, publicidad. Allí todo se imprime; nada queda secreto de lo que á cada uno importa conocer, allí la prensa es mas libre que en otras partes la palabra, y se abusa menos de ella. ¿Por qué? Es que se usa de ella sin trabas, y que una falsedad, venga de donde viniere, es al momento desmentida por los interesados, á quienes cosa ninguna les obliga callarse. No se acata impostura ninguna, por oficial que sea su origen; ninguna baladronada puede quedar en pié; el público no es engañado, pues no se halla allí á nadie con facultades para mentir é imponer silencio á cualquier contradictor. La prensa no hace mal ninguno, é impide. ¿cuántos? Os tocará decirlo, cuando hayais contado los abusos que reinan en vuestro país. Pocos volúmenes salen á luz; libros abultados, ni uno, y sin embargo todo el mundo lee; es el único pueblo que lea, y tambien el único instruido en lo que se necesita saber para no obedecer mas que á las leyes. Las hojas impresas, circulando cada dia en número infinito, forman una enseñanza mútua y de toda edad. Pues casi todo el mundo escribe en los diarios, pero sin lijereza; nada de frases picantes, de jiros ingeniosos; la espresion clara y franca basta para esa jente. Trátese de una reforma en el Estado, de un peligro, de una coalision de las potencias Europeas contra la libertad, ó del terreno mas á propósito para sembrar nabos, no difiere el estilo, y bien dicha es la cosa cuando todos la entienden; dicha con tanto mayor acierto cuanto es dicha con mayor brevedad; mérito por cierto nada comun ni fácil, encerrar mucho sentido en pocas palabras. ¡Oh! cuán rara es en los libros una página llena! Nuestros Americanos, sin haber tal vez nunca pensado en ello, pero con este buen sentido de Frámlin que les guia, breves en todos sus escritos, parcós en palabras, hacen el menor número posible de libros, y publican sus ideas casi únicamente en folletos, diarios, que

se enmiendan unos á otros, llevando toda invencion, todo pensamiento nuevo hasta su perfeccionamiento. El hombre que haya imaginado ó descubierto algo interesante para el público, no compondrá sobre ello una obra abultada, con su nombre escrito en letras abultadas, *por el Señor. . . . de la Academia*, sino un artículo de diario, ó, á lo mas, un folleto. Y nótese de paso que no hay buen pensamiento que, en una página, no pueda ser explicado y desarrollado lo suficiente; quien mas se estiende, á veces poco se entiende á sí mismo, ó carece de tiempo, como suele decirse, para meditar y ser breve.

Por manera que en América, sin darse cuenta de lo que se entiende por escritor ó autor, se escribe, se imprime, se lee, tanto ó mas que en ninguna otra parte, y cosas útiles, porque allí es donde hay verdaderamente negocios públicos, de los que el público se ocupa con pleno conocimiento, sobre los que, consultado, opina cada uno y da su parecer. La nacion, como si siempre estuviera en asamblea, recoge los votos y no cesa de deliberar sobre cada punto de interes comun, y forma sus resoluciones en el sentido de la que prevalece en el público, en el pueblo todo entero, sin escepcion ninguna; es el buen sentido de Franklin. . . .—*P. L. Courier.*

Recuerdos nacionales.

48.—¿Cómo puede formarse el espíritu de un pueblo libre, ni animarse, ni entusiasmarse, sino recordando su historia? ¿Continuaremos alabando siempre á Maraton y las Termópilas, y habremos de retroceder á los oscuros testos griegos y latinos para buscar ejemplos de virtud patriótica? Doy gracias á Dios de que podamos hallarlos mas cerca en nuestro mismo país, en nuestro propio suelo; que el arranque de los sentimientos mas nobles que jamas nacieron del corazon humano lo veamos en cada página de nuestra historia nacional, escrito con la elocuencia nativa de nuestra lengua materna; que los consejos provinciales y coloniales de América nos ofrezcan modelos de los que á Grecia y Roma dieron fama y prez entre las naciones. Ahí es donde debemos acudir á instruirnos;

la leccion es sencilla, clara y aplicable. Cuando ocurrimos á la historia antigua, nos desorienta la diferencia de usos é instituciones. Deseamos pagar nuestro tributo de aplausos á la memoria de Leonidas que sucumbió noblemente por su país en presencia del enemigo; pero cuando le seguimos á sus hogares, nos confunde la reflexion de que ese mismo heroismo espartano por el que se sacrificó en las Termópilas, le habria inducido á arrancar del seno de su madre á su propio hijo (objeto que en el corazon del hombre revela cuanto tiene de tierno y bueno) si por ventura hubiera sido enfermizo, para arrojarlo como pasto á los lobos del Taijeto. Sentimos un torrente de admiracion por el heroismo que en Maraton desplegaron diez mil campeones de la Grecia invadida; pero no podemos olvidar que la décima parte de ellos eran esclavos arrancados de los talleres y guarda de las casas de sus amos para librar las batallas de la libertad. No intento con estos ejemplos destruir el interés con que leemos la historia de los tiempos antiguos; tal vez aumenten ese interés por los mismos contrastes que presentan; pero nos estimulan, si de estímulo necesitamos, á buscar entre nosotros las grandes lecciones de patriotismo práctico en las hazañas y sacrificios de que nuestra patria ha sido teatro en los caracteres de nuestros antepasados. Bien los conocemos, ciudadanos héroes, de alma elevada, natural y sin afectacion. Sabemos cuan dichoso era el hogar que abandonaban por el campo ingrato. Sabemos con que hábitos tan pacíficos arrosaban los peligros de la batalla. No habia entre ellos misterios, ficciones ni furor disfrazados bajo el nombre de caballería. Todo es firmeza y resistencia varonil, en nombre de la conciencia y la libertad, no solamente contra un poder tiránico, sino contra toda la fuerza de los hábitos inveterados; todo, amor innato al orden y la paz.

Antes que nada, su sangre nos llama desde la tierra que pisamos; late en nuestras venas; nos grita no solo por la voz conmovedora de una de las primeras víctimas de esta causa: — «Hijos míos, despreciad la esclavitud,» — sino con una elocuencia conmovedora: — «Hijos míos, no olvideis á vuestros padres.» Pronto, muy pronto, ay Dios! á pesar de todos nuestros esfuerzos en contrario, su memoria preciosa se va borrando. A despecho de nuestros numerosos anales escritos, mucha parte de lo que sabemos de aquellos tiempos

borrascosos subsiste solo en la memoria de los pocos que sobreviven y reverenciamos, y con ellos va pereciendo, olvidada é irreparable. ¡Cuántos prudentes consejos concebidos en los días de angustia, cuántas palabras salidas del corazón cuando era traición la libertad, cuántos bizarros y heroicos hechos ejecutados cuando la cuerda, no el laurel, era galardón prometido al patriotismo aulaz, están ya perdidos y olvidados en el sepulcro de sus autores! ¡Cuán poco (aunque no haya sido dado departir con los restos venerables de aquel tiempo) cuán poco sabemos de sus horas sombrías de angustia, de sus secretas meditaciones, de los episodios de ansiedad y peligro en la lucha suprema! Y mientras van cayendo á nuestro lado como las hojas del otoño, mientras apenas pasa una semana que no se lleve algún miembro de las filas veteranas, ya tan tristemente contadas, ¿no haremos un esfuerzo para transmitir á nuestros hijos las tradiciones de su tiempo, para pasar la antorcha de la libertad (que hemos recibido con todo el esplendor de su primera luz) brillante y radiosa todavía á los que nos han de suceder, á fin de que antes de que nos sepulten junto á las cenizas en que yacen nuestros padres, podamos decir á nuestros hijos y á nuestros nietos: — «Si no la aumentamos, no hemos cercenado vuestra herencia de gloria!» — *Edw. Everett.*

Los Estados Unidos de América.

49. — Los Estados Unidos de América constituyen una parte esencial del gran sistema político que abraza todas las naciones civilizadas del globo. En una época en que la fuerza de la opinión moral se aumenta con rapidez, ellos han sabido adelantarse á todos los demás pueblos en la práctica y defensa de los derechos del hombre. La soberanía popular es aquí un axioma indisputable; y las leyes establecidas sobre aquella base son observadas con lealtad y patriotismo. Mientras las naciones de Europa tienen que esperar todo de sus cambios políticos, nuestra constitución conquista cada día más el respeto del pueblo que la fundó. La prosperidad es el efecto inmediato de la ejecución de la justicia: los descubrimientos útiles tienen el poderoso estímulo de la libertad de

competencia: el trabajo encuentra recompensa sobrada y lisonjera. La paz interior se conserva sin necesidad de instituciones militares; la opinion pública solo permite la existencia de pocas tropas veteranas, diseminadas en las costas marítimas y en las fronteras del país. Una armada valerosa protege á nuestro comercio y despliega sus pendones en todos los mares y lleva sus empresas á todos los climas. Nuestras relaciones diplomáticas nos ponen en contacto con las potencias principales del mundo, bajo condiciones de igualdad y de amistad honrada, sin que por eso tengamos que mezclarnos en sus intrigas, sus pasiones ni sus guerras. Nuestros recursos nacionales se desarrollan mas activamente cada dia á favor de la paz. Todo hombre puede gozar del fruto de su trabajo, y es completamente libre para publicar sus opiniones. Nuestro gobierno, por su peculiar organizacion, está necesariamente identificado con los intereses del pueblo, de cuya adhesion y apoyo depende exclusivamente su estabilidad. Aun los enemigos del país, si existen algunos entre nosotros, tienen la libertad de manifestar sus ideas sin ser molestados; y se les tolera, porque la razon tampoco tiene trabas para combatir sus errores. La constitucion no es, sin embargo, una letra muerta, irrevocablemente inalterable; puede siempre mejorársela, y admite cualesquiera alteraciones que el tiempo y el país puedan requerir, exenta del desprestigio y conservando su energia. De lugares incultos se forman nuevos Estados: numerosos canales cruzando nuestras llanuras y atravesando nuestras montañas, son otras tantas fuentes de comercio interior; las fábricas prosperan en todas las orillas de nuestros rios; el uso del vapor en estos y el de los ferro-carriles han suprimido todas las distancias. Por nuestra riqueza y nuestra poblacion hemos conquistado un puesto entre las naciones de primer rango, y progresan en tanto grado que la primera es hoy cuatro veces mayor de lo que fué pocos años ha y la segunda se duplica cada veinte y dos ó veinte y tres años. No tenemos deuda nacional: la comunidad es opulenta: el tesoro público está siempre abundoso. La religion, que no es perseguida ni pagada por el Estado, encuentra su mejor apoyo en consideraciones de moral pública y en las convicciones de una fé ilustrada. Los conocimientos están difundidos con una universalidad sin ejemplo, alimentándoles la prensa con las mas escojidas producciones de todos los países y de todos los

siglos. Hay mas diarios en los Estados Unidos que en todo el resto del mundo. Un documento público de interés jeneral se reproduce un millon de veces en el espacio de un mes, y así se pone al alcance de todo hombre libre en el país. Un número inmenso de inmigrados de razas diversas afluye sin cesar á nuestras riberas y los principios de libertad, amalgamando todos los intereses por medio de leyes de igualdad y justicia, convierten en armoniosa union los elementos mas discordantes. Otros gobiernos temen y padecen con las innovaciones y reformas de los Estados vecinos; pero nuestra constitucion, primer objeto aquí del afecto del pueblo, por cuya sola voluntad fué formada, neutraliza la influencia de los principios extranjeros, y sin temor, brinda un asilo á los virtuosos, á los desgraciados y á los oprimidos de todas las naciones.

Y eso no obstante, apenas han trascurrido dos siglos desde que el mas antiguo de nuestros Estados recibió en su territorio la primera colonia permanente. Antes de aquel tiempo, todo nuestro territorio era completamente improductivo. Las artes no habian erijido un solo monumento en toda su vasta estension. Sus únicos habitantes eran unas cuantas tribus de indios bárbaros, diseminados aquí y allá, estraños al comercio y destituidos de toda conexion politica. No se conocia ni el hacha ni el arado. El suelo, de fertilidad asombrosa, debida á su reposo secular, mal gastaba sus fuerzas en una vejetacion magnífica, pero inútil. A los ojos de la civilizacion, el inmenso dominio no era mas que una soledad. . . .
— *Bancroft.*

Suerte de la raza india.

50.—Hay, á la verdad, en la suerte de estos seres desgraciados mucho que escita nuestra simpatía y turba la calma de nuestros juicios; mucho que puede contribuir á hacer disculpables sus propias atrocidades; mucho en sus hechos que nos arranca una admiracion involuntaria. ¿Qué puede haber mas melancólico que su historia? Parecen destinados por una ley de la naturaleza á una estincion lenta, pero segura; y en todas partes, dejan de existir al contacto de

los blancos. Llega á nuestros oídos el ruido de sus pasos, como el de las hojas marchitas del otoño, y desaparecen. Pasan tristemente á nuestro lado, y no vuelven jamás.

Ahora dos siglos, el humo de sus *wigwams* (chozas) y los fuegos de sus consejos se dejaban ver en todos los valles, desde la bahía de Hudson hasta la mas distante de las Floridas, desde el Océano hasta el Misisipi y los Lagos. Sus gritos de victoria y sus danzas de guerra resonaban en las montañas y cañadas. Sus flechas innumerables y el *tomahawk* matador retumbaban en los bosques; y la huella del cazador y el campamento nocturno espantaban de sus guaridas á las fieras. Enorgullecianse los guerreros de su gloria. Escuchaban las mozas con placer el canto de otros días. Jugeteaban las madres con sus chiquillos, y contemplaban aquella escena con esperanzas lisonjeras para el porvenir. Permanecían sentados los ancianos; pero no lloraban. Esperaban con calma el momento de ir á descansar bien pronto en rejiones mas hermosas donde el grande Espiritu habia preparado una morada para los valientes, mas allá de las nubes del ocaso.

Hombres de mas valor, nunca los hubo; ni manejaron nunca el arco hombres mas varoniles. Tenían arrojo, fortaleza, sagacidad y constancia mas que ninguna otra raza humana. Ni los arredraba el peligro, ni los afligian las penalidades; si tenían los vicios de la vida salvaje, poseían al mismo tiempo sus virtudes. Tenían apego á su país, á sus amigos y á su familia. No olvidaban la injuria; pero no olvidaban los beneficios. Si era terrible su venganza, su fidelidad y su jenerosidad eran tambien invencibles. Su amor, lo mismo que su odio, no se extinguía hasta la tumba.

Mas, ¿qué se han hecho? En donde están las aldeas, los guerreros y la juventud, los sachems y las tribus, los cazadores y sus familias? ¡Percieron! Están anonadados y no consumó esta obra de desolacion la peste solar. No, ni el hombre, ni la guerra. Una causa mas poderosa ha existido, un cáncer moral, que ha roído el fondo de sus corazones; una plaga con que los contajió el roce con los blancos; un veneno que produjo en ellos una ruina lenta. Los vientos del Atlántico no soplan sobre un solo punto de la tierra que ahora puedan ellos llamar suyo. Ya se preparan las últimas tristes reliquias de su raza para su viaje mas allá del Misisipi. Los veo dejar sus miserables hogares; se van

todos, ancianos, enfermos, mujeres y guerreros, «pocos y estenuados, pero valientes todavía.»

Frias están las cenizas de su nativo hogar. No ondea en los aires el humo de sus humildes cabañas, se ponen en camino con paso lento é indeciso. Tras ellos van los blancos para aterrarlos ó para empujarlos; mas ellos no les hacen caso. Vuélvense para dirigir una postrer mirada á sus poblaciones desiertas. Despidense con los ojos de la tumba de sus mayores, sin derramar una lágrima, sin lanzar un grito, sin exhalar un jenido. Pasa algo en sus corazones que no puede espresarse. Hay en sus miradas algo que no es venganza ni sumision, sino cruel necesidad de ocultar ámbas cosas, que ahoga toda queja, y no tiene ni designio ni plan fijo. Es el valor absorbido por la desesperacion. Vacilan, pero un solo momento. Su mirada se dirige con fijeza hácia adelante. Han pasado por último el arroyo fatal. No lo repasarán jamás, ¡oh! no, ¡jamás! Sin embargo, no media entre ellos y nosotros un golfo inseparable. Ellos saben y sienten que un nuevo sitio no distante, no desconocido, los espera. Es el terreno designado para cementerio de toda la raza.—*Story.*

La sociedad.

51.—La condicion de los habitantes actuales de Inglaterra es muy diferente de la de sus antepasados. Estos últimos, jeneralmente divididos en pequeños Estados y en pequeñas sociedades, tenian pocas relaciones de amistad con las tribus vecinas. Sus pensamientos y sus intereses estaban confinados en los límites de sus pequeños territorios. Ahora, por el contrario, cada uno se considera como miembro de una vasta sociedad civilizada que cubre la faz de la tierra, no siéndole indiferente ninguna parte del mundo. En Inglaterra, un hombre de mediana fortuna puede echar la vista en rededor de sí y decir con verdad: «Estoy alojado en una casa que me procura mas bienestar y agrados de los que un rey mismo hubiera podido proporcionarse hacen algunos siglos. Hay navíos que atraviesan los mares en todas direcciones para traerme de todas las partes del globo terres-

tre lo que me es útil. En China, hombres recojen para mí la hoja del té; en las Islas de las Indias occidentales, preparan mi azúcar y mi café; en Italia, crían para mí el gusano de seda; en Sajonia, trasquilan ovejas para hacerme vestidos; en Inglaterra, poderosas máquinas de vapor hilan y tejen para mí, me hacen cuchillería, extraen el agua de las minas para que puedan procurarme los minerales útiles. Mi patrimonio es reducido, y sin embargo, tengo coches de posta que corren noche y día por todos los caminos para llevar mi correspondencia; tengo caminos, canales y puentes para traerme el carbon que debe alimentar mi chimenea durante el invierno; tengo flotas protectoras y ejércitos al rededor de mi dichoso país para asegurar mis gozes y mi reposo. Tengo tambien editores é impresores que me envian cada día una relacion de cuanto ocurre en todo el globo á todos esos pueblos que me prestan servicios, y en un rincon de mi casa tengo libros,—lo mas bello de mi propiedad,—maravilla mas asombrosa que el cabo de los Deseos en los cuentos árabes,—porque estos libros me transportan instantáneamente á todas las rejiones, y tambien á todos los tiempos. Por mis libros, puedo evocar ante mí toda existencia viviente, todos los buenos y grandes hombres de la antigüedad; puedo por mi propia satisfaccion, hacerles empezar de nuevo sus mas afamadas hazañas. Los oradores declaman para mí; para mí narran los historiadores, cantan los poetas; en una palabra, del ecuador al polo, y desde el principio de los tiempos hasta hoy día, puedo, por medio de mis libros, estar en donde me agrada. Esta pintura no es exajerada, y se podria estenderla aun mucho mas. Es el milagro de la bondad de Dios y de la Providencia, que cada uno de los millones de hombres civilizados que cubren la tierra tenga casi los mismos gozes que si fuera el único dueño de todo.—*Arnott*.

La tierra de libertad.

52.—La libertad es inseparable del territorio británico. La ley inglesa proclama, aun para el extranjero, desde el momento en que sienta la planta sobre la tierra de la Gran

Bretaña, que el suelo que pisa es sagrado y santo para el jenio de la emancipacion universal. Sea cual fuera la lengua en que su sentencia haya sido dictada, sea cual fuera el color incompatible con la independenciam que un sol indio ó africano haya impreso en su cútilis tostado, sea cual fuera la desastrosa batalla en que haya sido postrada su libertad, sean cuales fueran las solemnidades con que haya sido sacrificado en el altar de la esclavitud, luego que toca el suelo sagrado de la Gran Bretaña, caen al mismo tiempo en el polvo el altar y el Dios, pasea ufana su alma en la majestad que le pertenece, hinchase su cuerpo mas allá de la medida de sus cadenas, que crujen y caen rotas á sus piés; en tanto que él, se halla de pié, redimido, rejenerado, libertado por el jenio de la emancipacion universal.—*Carran.*

Mirabeau á la Asamblea Constituyente.

53.—En medio de tantos debates tumultuosos, ¿no me será posible traerlos otra vez á la deliberacion del dia con unas pocas y muy sencillas cuestiones?

Dignaos, señores, dignaos contestarme?

¿No es verdad que el Ministro de Hacienda os ha presentado el cuadro aterrador de nuestra situacion actual? ¿No es verdad que os ha dicho que toda demora agravaba el peligro, y que un dia, una hora, un instante bastaba para hacerlo mortal? ¿Tenemos acaso algun plan que sustituir al que propone? (*Sí,* exclamó alguien en la Asamblea.) Ruego al que ha contestado *sí,* tenga á bien considerar que su plan no es conocido; que se necesita tiempo para desarrollarlo, examinarlo, demostrarlo; que, aun cuando fuese en el acto sometido á nuestra deliberacion, puede equivocarse su autor; que, aun cuando estuviese exento de todo error, se puede creer que no lo está; que, cuando todo el mundo se equivoca, todo el mundo tiene razon; que podria suceder, pues, que el autor de ese otro proyecto, aun teniendo razon, no la tuviese contra todo el mundo, puesto que sin el asentimiento de la opinion pública, no podria el talento mas descollante triunfar de

las circunstancias. Y yo tambien, creo que los medios propuestos por M. Necker no son los mas acertados; pero libreme el cielo, en tan critica situacion, de oponer los mios á los suyos! En vano me parecerian preferibles; no se llega en un instante á poder luchar con armas iguales contra una prodijiosa popularidad, conquistada por brillantes servicios; una larga esperiencia, la reputacion del mas hábil financista, y si es preciso decirlo todo, una suerte que ningun otro alcanzó. Es necesario, pues, volver al plan de Necker. Pero, dirán acaso: ¿hay tiempo para examinarlo, estudiar sus bases, verificar sus cálculos? No, no; mil veces no. Cuestiones insignificantes, conjeturas arriesgadas, inseguros tanteos, hé ahí cuanto está en este momento á nuestro alcance.

Pero, pregunto yo: ¿Qué vamos á conseguir con el aplazamiento de la deliberacion, sinó dejar escapar el momento decisivo, enconar nuestro amor propio en cambiar algo á un plan que ni siquiera hemos concebido, y disminuir, por nuestra indiscreta intervencion, la influencia de un ministro cuyo crédito de financista es y debe ser superior al nuestro? Señores, no hay en ello prudencia ni prevision. ¿Habrà á lo menos buena fé? ¡Oh, si las mas solemnes declaraciones no fuesen garantes de nuestro respeto por la fé pública, y de nuestro horror por la palabra bancarrota, me atreveria á buscar los motivos secretos, y tal vez, ¡ay! ignorados de nosotros mismos, que nos hacen retroceder tan imprudentemente en el momento de proclamar el acto de mayor desprendimiento, y por cierto ineficaz, si no es rápido y fielmente ejecutado: diria á los que quizá se familiarizan con la idea de faltar á los empeños nacionales, por medio de escesivos sacrificios y terror del impuesto, yo les diria: ¿qué viene á ser la bancarrota, sinó el mas cruel, el mas inicuo, el mas desigual, el mas desastroso de los impuestos?...Amigos mios, una palabra, una sola palabra.

Dos siglos de deprecacion y rapiña han ahondado el abismo bajo nuestras plantas; este abismo, que amenaza tragarse la nacion, es necesario llenarlo. Pues bien; aquí está la lista de los propietarios franceses: escojed entre los mas ricos para sacrificar el menor número de ciudadanos, pero escojed; porque, ¿no es acaso preferible que perezca

un corto número para salvar la masa del pueblo? Vamos; dos mil notables poseen lo suficiente para cubrir el déficit; por este medio restablecereis el orden en la hacienda, y dareis al reino paz y tranquilidad. Herid, inmolad sin piedad esas tristes víctimas; precipitadlas en el abismo, y este volverá á cerrarse.

¿Qué haceis? Retrocedeis de horror, hombres inconsecuentes, hombres pusilánimes? ¿no veis que, al decretar la bancarrota, ó por mejor decir, al hacerla inevitable sin votarla, mancillais vuestro honor con un acto mil veces mas criminal, y ¡cosa increíble!: gratuitamente criminal? porque, en fin, este horrible sacrificio haria desaparecer á lo ménos el déficit. Y os figurais acaso, porque nada hayais pagado, nada debereis? ¿Creeis por ventura que los millares, que los millones de hombres que, á consecuencia de la terrible esplosion y sus resultas, perderán todo lo que formaba el consuelo de su vida, y tal vez su único medio de subsistir, os dejarán gozar pacíficamente de vuestro crimen? Contempladores estóicos de los males incalculables que vomitará en Francia catástrofe semejante; egoistas impasibles, que pensais que las convulsiones de la desesperacion y de la miseria, pasarán como otras tantas, y con tanta mayor rapidez, cuanto mas violentas sean, ¿estais bien seguros de que tantos hombres sin pan os dejarán saborear en paz los manjares opíparos, cuyo número y calidad no habeis querido disminuir? No, perecereis, y en la conflagracion universal que no temeis producir, la pérdida de vuestro honor no salvará siquiera uno de vuestros detestables goces. Hé allí á donde marchamos.....Oigo hablar de patriotismo, de invocacion al patriotismo, de arrebatos de patriotismo. ¡Oh! no prostituyais esas palabras de patria y patriotismo. ¡Muy magnánimo es, en verdad, el esfuerzo que se hace, dando una parte de sus rentas para salvar cuanto se posee! ¡Eh! señores, esto no es mas que simple aritmética, y aquel que vacile, no puede desarmar la indignacion sinó por el desprecio que su estupidéz inspirará. Sí, señores, apelo á la prudencia mas vulgar; al razonamiento mas trivial, al interés mas grosero. Ya no os digo como antes: ¿consentireis en ser los primeros en dar á las naciones el espectáculo de un pueblo reunido en asamblea para faltar á la fé pública? Ya no

os digo: ¡Eh! ¿cuáles son los títulos, cuáles son los medios que hareis valer para manteneros libres, si, desde vuestros primeros pasos, sobrepujais las infamias de los gobiernos mas corrompidos, si la necesidad de vuestro concurso y de vuestra vijilancia no es la garantia de vuestra constitucion? Yo os digo ahora: sereis todos arrastrados en la ruina universal; y los primeros interesados en el sacrificio que os pide el gobierno, sois vosotros mismos.

Votad, pues, este subsidio extraordinario, y ojala baste! Votadlo, porque, si teneis dudas sobre los medios, dudas vagas y que el exámen no ha esclarecido, no las teneis sobre su necesidad y sobre nuestra incapacidad para sustituirle nada; votadlo, porque las circunstancias publicas no admiten espera, y culpables seriais de cualquier retardo. Guardaos de pedir un tiempo que jamas concede la desgracia ¡Oh, señores! con motivo de una risible insurreccion, que nunca tuvo importancia mas que en las imagi-naciones calenturientas ó en los perversos designios de algunos hombres de mala fé, habeis oido hace poco estos furibundos gritos: *Catilina está á las puertas de Roma y se delibera*; y por cierto, no existia tal Catilina, ni peligro, ni facciones, ni Roma; pero actualmente la bancarrota, la horrorosa bancarrota ahí está, amenazando devorar vuestras propiedades, vuestras personas, vuestro honor..... y ¡deliberais! (*No, no se deliberó ya, dice La Harpe; gritos de entusiasmo aclamaron el triunfo del orador.*)

El imperio romano y el cristianismo

54.—En esa época, Roma era no solamente la capital del imperio, sino tambien el centro del mundo; hacia tanto ruido en la superficie de la tierra, que no se oia siquiera el murmullo de las otras ciudades; cubria con sus casas todo el espacio que se estiende desde Tivoli hasta Ostia, y desde Pontemolle hasta Albano. En esa inmensa colmena zumbaban, como abejas, cinco millones de habitantes, esto es, seis veces la poblacion de Paris y cuatro veces la de Lóndres. Tenia un soberbio jardin que se estendia desde el Vesubio hasta el monte Ginebra, un voluptuoso jineceo que se lla-

maba Baía, una espléndida casa de campo que se llamaba Nápoles, y dos inmensos graneros siempre llenos de trigo y maiz, Sicilia y Egipto. Además, sea por seducción, sea por fuerza, había heredado los tesoros de Babilonia y Tiro, sus antepasadas, el comercio de Cartago y Alejandria, sus rivales, y la ciencia de Atenas, su institutora.

Así, de esa centralización de hombres, oro y ciencia, había resultado costumbres estrañas, un lujo insensato, una corrupción gomorrhiana: el coloso romano, omnipotente como era en la apariencia, experimentaba á veces, súbitas conmociones, sacudimientos subterráneos y misteriosos temblores. La tierra estaba entónces como una mujer que espera su parto; sentia estremecerse su fruto en sus entrañas; fruto desconocido, anunciado por el saludo anjélico y esperado por la fé. El mundo antiguo cruja de vejez: el Olimpo pagano se rajaba de Oriente á Occidente; estaba el universo en el letargo de una serpiente que muda de piel. Un mortal estremecimiento corria por esa sociedad, que trataba de combatir el presentimiento con la orjía, y que con una mano ardiente de lujuria, se esforzaba de borrar con vino y sangre, las fatales palabras escritas por el dedo del ánjel sobre los muros sudorosos del festin. En fin, Roma no osaba fiarse de la tierra ni del cielo: estaba entre un volcan y una tempestad; tenia bajo sus piés catacumbas llenas, y sobre su cabeza un Olimpo vacío!

Y esto, porque recién había sido escojida para los designios del Señor: porque, ciudad predestinada, de escollo iba á ser faro; porque, crisol inmenso en que el linaje humano, hirviendo, se trasformaba, era al mismo tiempo el molde jigantesco del cual debía salir un nuevo mundo.

Luego, como las revoluciones humanas, aunque conducidas por la mano del Señor, no pueden cumplirse sino por medios humanos, Dios quiso minar á la vez por la cabeza y por la base, esa fortaleza de iniquidades; envió la locura á los emperadores y la fé á los esclavos.

Por eso, vedlos sucesivamente á esos Césares y como, apenas ascendidos á esa cumbre que se llama el imperio, se apodera de ellos súbito vértigo, una locura increíble, una ceguera inaudita, que principia con Tiberio y acaba con Juliano. Ved como esa demencia sangrienta aniquila imprudentemente cuanto puede servirle de apoyo, hiriendo á los caballeros

y al patriciado, esas dos columnas naturales de la monarquía. Ved como esa nobleza despavorida se destruye á sí misma, y por una palabra, por un jesto del tirano, presenta la garganta, se abre las venas, ó se deja morir de hambre! És una sed de muerte, una monomania de destruccion; y Roma no tiene un palacio del cual no salgan gritos, estertores y suspiros.

Ahora, dirijid la vista sobre el estremo opuesto de la sociedad; en lugar de desesperacion, el consuelo; en lugar de verdugos armados con el hacha, ancianos llevando la cruz del Evanjelio; en lugar de una mano que cava la tierra, un dedo que enseña el cielo.

Así, la cólera de Dios descendia sobre los grandes y su clemencia se estendia sobre los pequeños: esas dos enviadas del Señor marchaban una en pos de otra, descendiendo una del emperador al pueblo, subiendo la otra del pueblo al emperador; encontráronse en medio de la sociedad, habiendo hecho su obra cada una. Desde entonces hubo un Papa en lugar de un César, mártires en lugar de gladiadores cristianos y no mas esclavos. Un segundo Génesis estaba cumplido; á la luz de los ojos sucedia la luz del alma. Dios habia rehecho un nuevo inundo con los restos del antiguo!—*Alejandro Dumas.*

Establecimiento del cristianismo.

55.—Trasportándome por el pensamiento á los tiempos antiguos, en que todas las naciones eran idólatras, supongo que en el momento en que Jesus empieza á recorrer la Judea para anunciar su religion, le sale al encuentro un filósofo muy versado en todos esos conocimientos que estima el mundo; supongo que Jesus tenga con este filósofo la conversacion siguiente: «¿Cuál es, pregunta este filósofo á Jesus, cuál es vuestro designio al recorrer así las ciudades y aldeas de la Judea para enseñar á los pueblos una nueva doctrina?—Mi designio, contestó Jesus, es reformar las costumbres de toda la tierra, cambiar la religion de todos los pueblos, destruir el culto de los dioses que adoran, para

hacer adorar al único Dios verdadero; y por mas asombrosa que parezca mi empresa, afirmo que tendrá buen éxito.

—Pero, ¿sois acaso mas sabio que Sócrates, mas elocuente que Platon, mas hábil que todos los hermosos jenios que han ilustrado á Roma y á Grecia?—No me precio de enseñar la sabiduría humana, quiero convencer de locura la sabiduría de éstos sabios tan ponderados; y la reforma que ninguno de ellos hubiese osado tentar en una sola ciudad, quiero efectuarla en el mundo entero por mí ó por mis discípulos.

—Pero, á lo menos, vuestros discípulos, por su talento, su crédito, su dignidad, sus riquezas, arrojarán tanto brillo que harán olvidar al Pórtico y al Liceo, y que podrán fácilmente arrastrar tras sí á toda la muchedumbre. —No, mis enviados serán hombres ignorantes y pobres, sacados de la clase del pueblo, oriundos de la nacion judía, despreciada, como se sabe, por todas las demás; y sin embargo, mediante ellos quiero triunfar de los filósofos y de las potencias de la tierra así como de la muchedumbre.

—Pero, seria necesario á lo menos que pudieseis contar con el auxilio de lejiones mas invencibles que las de Alejandro y de César, llevando delante de sí el terror y el espanto, y obligando á naciones enteras á caer á vuestros piés. —No, nada de todo esto entra en mi pensamiento. Entiendo que mis enviados serán mansos como corderos, dejándose degollar por sus enemigos, y les imputaria á crimen el servirse de la espada para establecer el dominio de mi ley.

—Pero, ¿estais entonces esperando que los emperadores, el senado, los majistrados, el gobierno de las provincias, favorecerán con todos sus poderes vuestra empresa? —No, todas las potencias se armarán contra mí; mis discípulos serán arrastrados ante los tribunales; serán aborrecidos, perseguidos, enviados á la muerte, y durante tres siglos enteros, esforzarse en ahogar en rios de sangre mi religion y sus sectarios.

—Pero, ¿qué atractivo tan grande tendrá entonces esta doctrina para atraer á ella toda la tierra? — Mi doctrina, continúa Jesus, estribará en misterios incomprensibles; su moral será mas pura que la que se ha enseñado hasta ahora; mis discípulos publicarán de mí que he nacido en un pesebre, que he llevado una vida de pobreza y de sufrimiento; y podrán

añadir que habré espirado en una cruz: porque es por este jénero de suplicio que he de morir. Todo esto será publicado en alta voz, todo será creído por los hombres, y soy yo, quien os habla, que la tierra debe adorar un dia.

—Es á decir, responde en fin el filósofo, con tono de mofa, que pretendéis ilustrar los sabios por medio de ignorantes, vencer las potencias con hombres débiles, atraer á la multitud combatiendo sus vicios, haceros discípulos prometiéndoles sufrimientos, desprecios, oprobios y la muerte; destronar todos los dioses del Olimpo para haceros adorar en su lugar, vos que debeis ser, segun decís, atado en una cruz como un malhechor y el mas vil de los esclavos. Vamos, vuestro proyecto no es mas que una locura y pronto fallará sobre él la irrisión pública. Pues, para que triunfara, necesario fuera refundir la naturaleza humana; y por cierto, la reforma del mundo moral por los medios que proponéis, es tan imposible como la reforma de este mundo material; y antes de creer en el éxito de vuestra empresa, creeria que, con una palabra, podeis hacer bambolear la tierra y precipitar del firmamento el sol y las estrellas. »

Hé aquí como me imagino que hubiera pensado y hablado un filósofo á quien Jesus hubiese comunicado el designio de convertir al cristianismo el mundo pagano; y en efecto, el éxito era tan imposible, al no consultar mas que la razon humana, que en la apariencia, toda la sabiduría estaba del lado del filósofo. Y bien! lo que ha ocurrido es precisamente lo que era humanamente imposible: la sabiduría humana ha sido confundida; todas las ideas comunes han sido trastornadas; la *locura* de la cruz ha triunfado del universo; y hé ahí el inmortal monumento de la divinidad del cristianismo. Y ahora, comprendereis esta singular y memorable palabra de un sabio escritor: «Señor, si, al apegarme al cristianismo, me engaño, sois vos mismo quien me habeis engañado, porque está marcado con rasgos que solo vuestra mano ha podido imprimirle: *Domine, si error est, á te decepti sumus.*—*Frayssinous.*

El cristiano.

56.—Buscáis el hombre justo, el hombre fuerte, el hombre santo, el hombre que ama á Dios: le conozco y voy á deciros su nombre.

Diez y ocho siglos ha que Neron reinaba sobre el mundo. Heredero de los crímenes que le habian precedido sobre el trono, habia tomado á pecho el sobrepasarlos, y formarse con ellos en la memoria de Roma, un nombre que ninguno de sus sucesores jamas pudiera igualar. Lo habia conseguido. Presentáronle un dia en su palacio un hombre encadenado que él habia deseado ver. Este hombre era un extranjero; Roma no le habia nutrido, y la Grecia no conocia su cuna. Sin embargo, interrogado por el emperador, contestó como un Romano, de otra raza que la de los Fabios y de los Escipiones, con una libertad mas grave, una simplicidad mas altiva, un no sé qué tan franco y profundo que asombró al César. Al oírle, los cortesanos se hablaron en voz baja, y los restos de la tribuna de las arengas, se conmovieron en el silencio del foro. Despues, rompieron las cadenas de este hombre que se puso á recorrer el mundo.

Atenas le hospedó y convocó para hablar con él los restos del Pórtico y de la Academia; Ejipto le vió pasar al pié de sus templos, cuya sabiduria desdeño consultar: el Oriente le conoció y todos los mares le llevaron. Fué á sentarse sobre las playas de la Arinórica, despues de haber errado en los bosques de las Galias, y las riberas de la Gran Bretaña le acogieron como á un huésped que esperaban. Cuando los buques del Occidente, fastidiados de las barreras del Atlántico, se abrieron nuevas rutas hácia nuevos mundos, lanzóse tan veloz como ellos, como si tierra, rio, montaña, desierto ninguno debiese escapar á la fogosidad de su carrera y al imperio de su voz: pues hablaba; y la misma libertad que habia mostrado en presencia del esclavizado Capitolio, mostrábala á la faz del universo.

Viajero á mi vez en el misterio de la vida, he encontrado á este hombre. En su frente llevaba la señal del martirio; pero ni la sangre derramada, ni el trascurso de los siglos le habian marchitado la juventud del cuerpo ni la virjinidad del

alma. Le he visto y le he amado. Me habló de la virtud, y he creído en la suya. Háblome de Dios, y he creído en su palabra. Su aliento difundía en mí la luz, la paz, la afección, el honor, y no sé qué primicias de inmortalidad que me abstraían de mí mismo; en fin conocí, al amar á este hombre, que se podía amar á Dios, y que en efecto era amado. Tendí la mano á mi bienhechor y le pregunté su nombre. El me contestó como lo había hecho al César: « Soy cristiano. »—*Lacordaire.*

Poder del hombre.

57.—Cuando uno considera el trabajo intelectual ejecutado por el hombre acá en la tierra, no puede reprimir en sí un movimiento de estupor y de admiración. El hombre, colocado en esta tierra como dentro de una isla, cuyo cielo es el Océano, ha querido conocer el lugar de su tránsito; pero, innumerables barreras, erijidas al rededor de él, se oponían á su designio, y le privaban de tomar posesion de su imperio, y de su destierro. El mar le oponía la envidia de sus olas: ha mirado el mar y ha pasado. La proa de su ingenio ha tocado las mas inaccesibles playas, ha dado la vuelta por él, ha dibujado sus pliegues, y despues de algunos siglos de una audacia mas obstinada que las tempestades, dominador pacífico de las aguas, se pasea por donde quiere y cuando quiere en la sumisa superficie de su inmensidad. Envía sus órdenes á todos los escollos convertidos en puertos; les toma prestado, con cambios que no cesan jamas, el lujo y el orgullo de su vida, mezclando juntos todos los climas para no hacer de ellos, por mas divididos que sean, sino un servidor único, obedeciendo en todos los puntos del globo á sus deseos soberanos.

Otro mar mas vasto y aun mas profundo, coleccion de misterios infinitos, derramaba sobre su cabeza sus olas pobladas de estrellas. El, simple pastor entonces, errante detrás de sus rebaños en los campos de la Caldea, ha mirado el cielo por en medio de las claras noches del Oriente. Ayudado del silencio, ha dicho á los astros sus nombres, como tambien su marcha, penetrado el número de sus oscurecimientos, predicho su desaparicion y su vuelta; y todo este ejército luminoso, como

si hubiese tomado sus órdenes en los ojos del hombre, no ha cesado de presentarse, en un ciclo exacto, á la cita en que le esperaba el observador.

El mismo astro que no aparecía sino un día en muchos siglos, no ha podido ocultarnos su curso; llamado á hora fija, se desprende de las profundidades inenarrables, en que ninguna mirada le sigue, llega, aporta á un punto señalado de antemano de nuestro limitado horizonte, y saludando con su luz la inteliencia que le ha profetizado, vuelve á las soledades en donde solo lo infinito no le pierde jamas de vista.—*Lacordaire.*

El siglo XIX.

58.—¿Quién podría seriamente tachar de decadencia al siglo XIX? Pero la decadencia significa probablemente una disminución de vida; de vida intelectual, por una reducción de ciencia; de vida moral, por una pérdida de simpatía del hombre hácia el hombre; de vida física, por un desfallecimiento de fuerzas, y por consecuencia, de trabajo. Y, ¿en dónde se halla esta disminución? ¿Será acaso en el orden de la ciencia?

Pero el siglo XIX ha creado la química, descubierto la paleontología, descifrado á libro abierto la historia subterránea de las primeras creaciones, manoseado la electricidad, profundizado el magnetismo, perfeccionado la fisiología, inventado la anatomía comparada, percibido la unidad de vida sobre el planeta, entrevisto la filosofía de la historia, formulado la teoría del progreso, &c.

Este siglo ha penetrado, pues, mas hondamente que ninguno otro en el secreto de la naturaleza, y, como el fauno de Ticiano, levantado una punta mas del velo de la ninfa dormida.

¿Será acaso en la aplicación de la ciencia que ha perdido el secreto de la inspiración?

Pero ha hallado el alma de la industria en una gota de vapor; ha derramado esta alma en el fierro colado, y ha creado un reinado nuevo, el reinado de la mecánica, el Leviatan de Hierro, encargado de reemplazar al hombre en el trabajo, de relevarle, para llevarle á la vida superior de la inteliencia.

Gracias al vapor, el siglo XIX ha suprimido el espacio; ha arrojado la Europa sobre la América, instalado cada nacion en la nacion vecina, ó mas bien, hecho de todas las nacionalidades la patria universal de la humanidad; reducido en fin el planeta á la dimension de una isla; y la travesía del mar á la proporcion de un paseo sobre el agua, en bote de paseo.

Desde ese dia, el siglo XIX ha puesto en circulacion la palabra nueva de *humanitaria*, para traducir la idea nueva de fraternidad entre las naciones y de reciprocidad entre ellas por la idea, por el cambio.

Quien dice humanitario dice por lo menos un ciudadano de la Europa, que ama igualmente al Inglés, al Aleman, al Italiano; si el Italiano, el Aleman, el Inglés alzan como él ó tratan de alzar una frente libre bajo el sol.

Quien dice humanitario, dice el hombre universal, engrandecido hasta la talla de la humanidad para abrazarla toda entera con la mirada del pensamiento y querer siempre coordinar la pequeña patria que el acaso le ha puesto bajo la planta con la gran patria de la civilizacion. Mofaos del vocablo, ahora.

Pero recordad que el sentimiento oculto bajo este vocablo destrozará el derecho brutal de la fuerza, en el mundo, y abolirá ese homicidio perpetrado con alevosía, que, por cortesía, llamais la guerra.

El milagro llama al milagro. El hombre calentaba la máquina de vapor con carbon de piedra, y con esta misma ulla, negra como la noche del Erebo, halla el medio de estraer la luz; hunde un sol humano en una cloaca para relevar al otro sol.

Recien ha llegado la noche; y ya del suelo mismo de la ciudad, como de un segundo cielo volcado, brotan millares de estrellas que contestan de abajo á las estrellas de arriba; y los transeuntes van y vienen, como triunfadores romanos, entre dos guirnaldas de lumbreras.

El siglo XIX lleva aun mas lejos la audacia; osar, hé aquí su lema. Ha vengado á Prometeo. Estiende, de un extremo al otro de la Europa, un vasto hilo eléctrico, como un nuevo sistema nervioso en que va y viene el pensamiento con la rapidez del rayo, haciendo así de un continente todo entero no sé qué ser pensando, vibrando unisono, sin cesar en conversa-

cion consigo mismo; porque sin cesar flota en el espacio una invisible palabra.

El siglo XIX ha hallado por fin la piedra filosofal; transforma en metal la arcilla; va á buscar, á incalculables profundidades, la veta surjente del pozo artesiano; desagua, con la ayuda del *drainaje*, el subsuelo inyectado de agua: detiene sobre una plancha, el rayo fujitivo de luz y se lleva la imájen con el espejo. Aun más; halla el secreto de adormecer el dolor bajo la cuchilla del cirujano y de quitar un pedazo de carne, mientras nada el paciente en el éstasis de un sueño voluptuoso.

Veis, pues, que ha tenido, en cuanto á invenciones, la mano mas afortunada que cualquier otro siglo de la historia.

¿En dónde hallar, pues, la decadencia? ¿Será acaso en el orden del sentimiento? Pero, ¿en qué consiste el sentimiento? En amar á su prójimo, ¿no es así? y en querer mejorar su destino.

Eh bien! en conciencia; ¿decidme á qué hora del tiempo manifestó jamás el hombre mas viva simpatía hácia el hombre, y trabajó mas seriamente á la redencion del padecimiento?

El es quien ha abolido la trata, suprimido despues la esclavitud; él, quien ha borrado del código internacional el latrocinio de la letra de marca; él, quien ha rayado de la legislación penal el tormento del hierro candente y de la picota; él, quien ha manifestado tal respeto por la vida, aun bajo sus formas inferiores, que ha puesto á los animales de nuestra domesticidad bajo la proteccion de la ley; él, quien ha roto el hacha por causa política, arrojando á tanta distancia el mango que en adelante ninguna mano podrá devolverla al verdugo.

¿Lo he dicho todo? No. Tambien él es quien toca á cada instante con mano fraternal la viva liaga del proletario; quien ha proscrito la lotería, derramado aire en los alojamientos insalubres, reducido las horas de trabajo de la niñez en las manufacturas; él, quien ha dado la orden de tratar á los enajenados como á enfermos y no como á presidiarios, quien ha fundado en fin las cajas de ahorros, las salas de asilo, las sociedades de socorros mútuos, las colonias agrícolas, las sociedades de artesanos, &c.

El es quien, bajo el nombre de socialismo, ha promovido el estudio del problema de la miseria; él, quien ha abogado por el bienestar del pobre, la vida barata, la reforma del impuesto, el libre cambio, á fin de procurar al trabajador un sa-

lario cada vez mas mas crecido; él, quien ha proclamado la fusion de las clases entre sí, en el *rendez-vous* comun de la *bourgeoisie*, colocada á igual distancia del privilegio y del proletariado, para realizar la igualdad no en la escasez sino en la abundancia.

¿En dónde, pues, hallar esta decadencia inhallable que huye siempre delante de nuestra investigacion?

¿En la produccion? Pero, cada golpe de piston de la máquina de vapor responde con un ruido atronador á la acusacion; pero, por no hablar mas que de la Francia, veo á esta por todas partes ocupada en fundir, en moler, en limar, en aserrar, en estirar, en pulverizar, en abatanar, en tejer, en torneare, en forjar, en destilar, en cepillar, en edificar, en cavar, en desaguar, en abonar, en metamorfozar en fin la materia en innumerables formas por innumerables usos.

Hé aquí la foja de servicios del siglo XIX; si trata alguno de negarlos, miro á ese como mi enemigo personal; me ha injuriado, y, por espíritu de venganza, le obligaré á subir en ferro-carril para abreviar de seis dias el camino de Paris á Bayona, á escribir á Londres por el telégrafo eléctrico y recibir la contestacion á los diez minutos, ó mirar el nuevo Perú que Ruolz ha sacado de la pila de Volta; ó revolcarse sobre el oro conseguido á precio de cobre; á tender la mano al obrero para elevarlo en dignidad; á ensanchar su alma hasta lo infinito haciendo entrar en ella el alma toda entera de la humanidad; á vivir multiplicado tantas veces como haya convocado en sí mundos de simpatias ó de conocidós; á vivir dichoso, en fin, en todos los instantes por todos los poros del espíritu, maldiciendo el siglo magnánimo que le ha dado esa dicha.

Ved el estado de la Europa. ¿Qué erà ella hace cuarenta y cinco años, esceptuando la Inglaterra? ¿Y qué es hoy? ¿y qué ha de ser mañana? Preguntad á todas las naciones, y vereis que el espíritu viviente del siglo XIX las ha librado del despotismo y encaminado á la emancipacion. Los soberanos, acosados en sus palacios por no sé qué poder oculto y conturbados por una especie de terror sagrado, tratan de reaccionar; alzan la mano para echar el anatema á la libertad, su mano cae, su lengua les hace traicion, y como Balaam, bendicen en vez de maldecir.

En presencia del gran drama europeo de este momento,

enfrente de lo que se derrumba, en vista de lo que va subiendo, yo creo, una vez mas, en el Dios del progreso, y á pesar de la tristeza de la hora presente, le agradezco por haberme dado un asiento en la platea, en esta gran representacion de la historia.

No justifico al siglo XIX: hago mas, lo glorifico. Es un siglo profeta. Ha dado mucho, y promete mas aun. Insúltele ó trate de cerrarle el paso el que quiera; nos encojemos de hombros, y pasamos. Sabemos que toda mujer que da á luz un hijo, en la hora presente, da á luz un hijo de la libertad y un soldado de la democracia.—*Eugenio Pelletan.*

La República, la propiedad, el inmigrante y el hogar.

I.

Somos una República y deseamos que nuestro país continúe bajo este bello y santo réjimen.—Multipliquemos entónces la clase de los propietarios libres.--

BENTHAM.—*Discurso en el Senado de los Estados- Unidos.*

59.—La propiedad engrandece y dignifica al hombre; y el proletario de ayer, cuando ha conseguido despues de algunos años de penosa labor, adquirir su campo, se siente revestido con nuevas fuerzas y ennoblecido á sus propios ojos. No se considera ya como un huésped de tránsito por su propio país; y parece que la propiedad ha venido como un segundo nacimiento á vincularlo al suelo de su cuna. Si es extranjero, la peregrinacion ha concluido, desde que se encuentra ligado á una tierra que es suya. El país del destino se ha presentado por fin para fijar su paso errante; y hasta el carácter aventurero que en él habian desenvuelto los largos viajes, desaparece bajo el impulso de aquella ley, que da por patria estable al hombre, el lugar de su bienestar ó de su fortuna—*Ubi bene, ibi Patria.*

La propiedad levanta la condicion del hombre, é imprime á su carácter la independencia que su vida asume; y

como ha sido adquirida por el trabajo, que es un esfuerzo, y preparada por la economía, que es una prevision, le da la conciencia enérgica de sus facultades y de sus fuerzas. El propietario se reconoce entónces dueño de su destino, porque ha luchado hasta realizar el sueño de su ambicion, y porque ha vencido.

De ahí en adelante, principia para él una nueva vida, porque la propiedad la ocupa y la dilata, trayendo consigo aquellas preocupaciones de porvenir, que son el tormento y el orgullo del hombre. Su alma deja de flotar incierta, porque sus pensamientos tienen ya un rumbo, y su voluntad una direccion. La propiedad lo ha incorporado al mismo tiempo á la vida del país. Sus leyes lo protejen; la prosperidad jeneral acrecienta su valor; y sus instituciones libres le aseguran el empleo de su intelijencia y de sus brazos, para continuar siempre ascendiendo por el camino de la fortuna y de la consideracion social.

Así, el propietario, aunque haya nacido en lejanas rejiones, se convierte en *ciudadano*, porque realiza la hermosa definicion de la ley romana, *viviendo del derecho* y de la *vida de la ciudad*. Hay entre ámbos identidad de intereses y de destinos. El hombre pertenece á la ciudad. La ciudad posee al hombre.

Luego entónces, si hay un país rejido por una constitucion social no basada sobre el privilejio que favorece y que escluye, sinó sobre la igualdad que no admite distinciones, y en el que se requiere sobre todas las cosas, respecto de los individuos que lo componen, amor á las instituciones públicas, intelijencia y enerjia para ejercer los propios derechos, firmeza para mantenerlos, este país debe tener por ciudadanos, propietarios libres; porque solo la libertad y la propiedad pueden desenvolver estas calidades y estos sentimientos en el hombre. Las palabras de Benthon en el Senado de los Estados-Unidos, deben por lo tanto ser nuestra bandera, principiando por abjurar á su sombra viejas preocupaciones. «Multipliquemos por todos los medios la clase de los propietarios libres, para perpetuar la República.»

II.

El prodijioso desenvolvimiento de los Estados-Unidos no puede ser explicado, sin contar como Laboulaye á la Europa

que lo escucha asombrada: su larga y bella historia. Es necesario para ello principiar desde la primera repartición del suelo, desde la llegada de los «Peregrinos», desde que fueron Colonias, desde que Jonatham, siendo aun niño, asistía á la escuela del viejo Franklin, que le imbuía la sabiduría con sentencias austeras sobre la vida, que formulaban una ciencia desconocida, al mismo tiempo que le enseñaba á domesticar el rayo en sus juegos infantiles, para que presintiera que estaba llamado á sobrepasar los prodijios del Hércules antiguo; hasta que se levantaron en santa guerra, hasta la constitucion de Washington, y hasta la trájica muerte de Lincoln, sellando la redencion del esclavo. Pero, aunque no se mida el caudal de las aguas que encierra en sus profundidades el rio insondable, se puede siempre contemplar el curso de algunos de sus arroyos tributarios.

La Union americana con la disposicion que adoptara, despues de la Independencia, sobre las tierras públicas, abria una página nueva en la historia del mundo. Dos terceras partes de su territorio despoblado se hallaban en sus manos; y rompiendo con todas las tradiciones del entitéusis, del arrendamiento y del inquilinaje, viejas rémoras de la sociedad europea, principi6 á ofrecerlas en propiedad absoluta, fácil y barata, á todos los hombres que quisieran ocuparlas.

No mas proletariado—no mas dependencia servil. Es el advenimiento de un pueblo entero á la propiedad territorial. Es el llamamiento á los menesterosos y á los oprimidos que intenten rehabilitar su condicion social, al colono de la Irlanda que desfallece, porque la mano ávida del señor territorial que derrocha sus sudbres en las capitales lejanas, se interpone año por año para arrebatarle su cosecha, como precio por el uso menguado de un suelo estéril; al agricultor de Inglaterra que encuentra la tierra inmovilizada en el poder de los que gobiernan la Nacion, al montañez de la Escocia desalojado hasta de las rocas que abrigaron á sus padres, y á los hombres todos que quieran gozar en paz de los frutos de su trabajo, fuera de la compresion de los monopolios, de las invasiones de los privilejios y de las exacciones de los gobiernos.

Un hecho tan grande y tan desconocido debia traer con-

secuencias igualmente pasmosas. Dejemos pasar algunos años; y que la voz que anuncia el prodigio, ya escitando el asombro ó la incredulidad, cunda por la Europa.

¿Por qué se precipita sobre el territorio de la Union ese aluvion de hombres que le llevan de todas partes el concurso de su intelijencia y de sus brazos? ¿Qué fuerza poderosa los trae y los reúne á ellos, nacidos bajo todos los cielos, hablando idiomas diversos, para venir á encontrarse sobre este suelo, que es hoy la patria de promision, donde se cobijan todos los que se lanzan á buscarla por el mundo?

Abramos ahora, para buscar la respuesta, el gran libro que narra y esplica la historia de las emigraciones. «No es la libertad que no se comprende, dice Jules Duval, hasta despues de haberse connaturalizado con su atmósfera, sinó la fácil consecucion de la propiedad lo que conduce á los estranjeros de Europa al territorio de la Union. Entre las múltiples influencias que entran en la determinacion de los emigrantes, la probabilidad de adquirir tierras es la mas decisiva. Ella suple á todas las otras, y ninguna la reemplaza. Nada tan difícil como arrancar á un hombre del lugar de su nacimiento. El proverbjo dice — que cuesta tanto como desarraigar una encina. Pues bien; la propiedad territorial liberalmente ofrecida, hace afluir á los hombres desde todos los puntos del globo.

Pero, estos estranjeros educados bajo la tutela ó el despotismo de los gobiernos, los mas de ellos de condicion abyecta, menospreciados en su propio país, no pueden venir sinó para inficionar el alma de este gran pueblo, concluyendo por enervar su carácter ó apagar su audacia. ¿Dónde estará el resorte que deba darles la virilidad que les falta, y sin la cual su presencia solo habrá sido perniciosa para los grandes intereses de la libertad?

Oigamos siempre á Duval. «En su patria, en Inglaterra, se acusa siempre á los irlandeses de ser perezosos, poco intelijentes, intemperantes. El orgullo inglés los juzga de una naturaleza inferior, y como incapaces de sobreponerse á su abatimiento. Mas, apenas los irlandeses han tocado una tierra que les *ofrece la propiedad*, y les asegura la igualdad, cuando estos hombres se levantan rejenerados. Un poeta antiguo habia dicho: Aunque corra al través de los mares,

el alma del viajero no cambia con los nuevos cielos. Los irlandeses desmienten al poeta. Con la propiedad, con la equidad social, con el espacio libre para moverse, su alma ha cambiado bajo los nuevos *Cielos*.

III.

Pero, la propiedad territorial libre y jenerosamente constituida, ha hecho algo mas en la Union Americana. Ha creado para todos los trabajadores el hogar; y el hogar es el alma del pueblo americano. Allí está su vida, su fuerza y el secreto de todos sus grandes hechos.

¿Por qué el sentimiento del hogar, el culto doméstico, ese amor que incrusta la vida del hombre con la piedra y con el árbol, con la sombra del bosque, con la plegaria de la tarde y la sonrisa del niño, cielo viviente que el hombre lleva en su corazon, y sobre el que le basta replegarse en las horas de fatiga y en los dias de inquietud, para sentirse mecido por el murmullo de un mundo de felicidades, por qué, decimos, este sentimiento santo que multiplica y difunde la vida, se encuentra desenvuelto en el pueblo anglo-americano con una intensidad, con una fuerza, con una universalidad, desconocida hasta hoy en la historia del jénero humano?

Es que nunca ha sido tampoco conocido el fenómeno social que lo produce—el advenimiento de un pueblo entero á la propiedad territorial. El hogar es un resultado, como es tambien su glorificacion.

El hogar es el sueño, el ideal norte-americano. Para realizarlo, el *pioneer* sale al desierto y desmonta el bosque, ahuyentando al salvaje y á la fiera. Su primer trabajo le ha dado un derecho de preferencia al suelo y materiales de construccion que vende. Un año despues ha comprado al Gobierno federal su tierra. Es ya propietario. Una nueva vida se abre delante de él. Su porvenir se halla seguro; y puede oponer á la soledad la familia. La casa se construye. El invierno pasa. La primavera viene; y al penetrar en la espesura del bosque, se escuchan las palabras inarticuladas de un niño, mezclándose al grito jubiloso de los pájaros.

La madre de este niño es la sacerdotisa del nuevo culto que tiene por Dioses,—la gloria de la Union Americana, la

independencia y el trabajo. Ella se llama tal vez Nancy Hanks, la madre de Abraham Lincoln, nacido en las soledades de Kentucky. El niño crece, y cuando ella le ha enseñado la misión que la vida impone á todo hombre nacido bajo el cielo de la Union, lo conduce un día al bosque, y dándole un hacha, y señalándole un árbol que debe derribar, á fin de que principie agrandando con su primer esfuerzo el dominio civilizado de su país, la santa mujer se inclina radiante sobre él, para bendecirlo, con las palabras con que fué bendito el nieto de Franklin—Dios y LA LIBERTAD.

IV.

¿Cómo se llama y qué trascendencia tiene el sentimiento del hogar, en la vida del pueblo anglo-americano? Un periódico de Nueva York, para hacerlo comprender á los extraños, lo ha definido así: «El sentimiento del hogar que abriga todo corazón americano, es el principal resorte de sus industrias, el espíritu que anima sus empresas, como es igualmente considerado en su universalidad, el poder conservador de sus instituciones». ¿Quereis ahora una palabra admirable que resuma esta descripción? Webster, el gran orador, ha dicho:—«que el sentimiento del hogar en los hombres de su país es una *fuerza nacional*.»

El hogar no ha sido hasta hoy sinó un refugio en la vida individual, mas no una fuerza, y mucho ménos la fuerza de una nación. ¿Qué significa entónces esta forma nueva con que hoy se presenta en el mundo? Es la aparición de un pueblo sin proletarios, sin colonos, sin dependencias serviles que liguen á los hombres; y mientras no haya un himno que cante su nacimiento glorioso, diremos con Milton: «Es una nueva aurora que se levanta en medio del día.»

¿Qué otra nación señala la historia, en la que el trabajador haya tenido una tierra suya, para poner sobre ella incommovible el asiento de su familia, al mismo tiempo que su labor la convierte en una fuente de poder y de riqueza? La plenitud de las fuerzas individuales desarrollándose en un hombre portentoso, nos habia dado la antigua epopeya de los héroes, postrando á los pueblos, para gobernarlos al redoble de sus tambores. La plenitud de las fuerzas restituida á un pueblo por la propiedad y la libertad que desenvuel-

ven todos los poderes del alma humana, debía hacernos presenciar otra epopeya, múltiple y grandiosa, cual nunca la habian visto los siglos—la historia contemporánea de los Estados-Unidos.—*Nicolás Avellaneda.*

Navegacion interior.

60.—Los grandes rios, esos *camino que andan*, como decia Pascal, son otro medio de internar la accion civilizadora de la Europa por la inmigracion de sus habitantes en lo interior de nuestro continente. Pero los rios que no se navegan son como si no existieran. Hacerlos del dominio esclusivo de nuestras banderas indijentes y pobres, es como tenerlos sin navegacion. Para que ellos cumplan el destino que han recibido de Dios, poblando el interior del continente, es necesario entregarlos á la ley de los mares, es decir, á la libertad absoluta. Dios no los ha hecho grandes como mares mediterráneos, para que solo se naveguen por una familia.

Reclamad la libertad de sus aguas. Y para que sea permanente, para que la mano instable de nuestros Gobiernos no derogue hoy lo que acordó ayer, firmad tratados perpetuos de libre navegacion.

Para escribir esos tratados, no leais á Wattel ni á Martens, ni recordeis el Elba y el Mississipi. Leed en el libro de las necesidades de Sud-América, y lo que ellas dicten, escribidlo con el brazo de Enrique VIII, sin temer la risa ni la reprobacion de la incapacidad.

Que cada caleta sea un puerto; cada afluente navegable reciba los reflejos civilizadores de la bandera de Albion; que en las márgenes del Bermejo y del Pilcomayo brillen confundidas las mismas banderas de todas partes, que alegren las aguas del Tamesis, rio de la Inglaterra y del universo.

No temais la confusion de razas y de lenguas. De la Babel, del caos saldrá algun dia brillante y vestida la nacionalidad sud-americana. El suelo prohija á los hombres, los arrastra, se los asimila y hace suyos. El emigrado es como el colono; deja la madre patria por la patria de su adopcion. Hay dos mil años que se dijo esta palabra que forma la divisa de este siglo;—*Ubi bene, ibi patria.*

Cada edad tiene su honor peculiar. Comprendamos el que nos corresponde. Mirémonos mucho antes de desnudar la espada: no porque seamos débiles, sino porque nuestra inesperecia y desorden normales nos dan la presuncion de culpabilidad ante el mundo en nuestros conflictos eternos; y sobre todo porque la paz nos vale el doble que la gloria.

La victoria nos dará laureles; pero el laurel es planta estéril para América. Vale mas la espiga de la paz, que es de oro, no en la lengua del poeta, sino en la lengua del economista.

Ha pasado la época de los héroes; entramos hoy en la edad del buen sentido.

El tipo de la grandeza americana no es Napoleon, es Washington; y Washington no representa triunfos militares, sino prosperidad, engrandecimiento, organizacion y paz. Es el héroe del orden en la libertad por escelencia.

Por solo sus triunfos guerreros hoy estaria Washington sepultado en el olvido de su pais y del mundo. La América española tiene jenerales infinitos que representan hechos de armas mas brillantes y hermosos que los del Jeneral Washington.—Su título á la inmortalidad reside en la constitucion admirable que ha hecho de su país el modelo del universo, y que Washington selló con su nombre.

Reducir en dos horas una gran masa de hombres á su octava parte por la accion del cañon: hé ahí el heroismo antiguo y pasado.

Por el contrario, multiplicar en pocos dias una poblacion pequeña, es el heroismo del estadista moderno: la grandeza de creacion, en lugar de la grandeza salvaje de esterminio.....

Desde la mitad del siglo XVI la América interior y mediterránea ha sido un sagrario impenetrable para la Europa no peninsular. Han llegado los tiempos de su franquicia absoluta y jeneral. En trescientos años no ha ocurrido periodo mas solemne para el mundo de Colon.

La Europa del momento no viene á tirar cañonazos á esclavos. Aspira solo á quemar carbon de piedra en lo alto de los rios, que hoy solo corren para los peces. Abrid sus puertas de par en par á la entrada majestuosa del mundo, sin discutir si es por concesion ó por derecho; y para prevenir cuestiones, abridlas antes de discutir. Cuando la campana del vapor haya resonado delante de la virjinal y solitaria Asuncion, la

sombra de Suarez quedará atónita á la presencia de los nuevos misioneros, que divisan empresas desconocidas á los Jesuitas del siglo XVIII. Las aves, poseedoras hoy de los encantados bosques, darán un vuelo de espanto; y el salvaje del Chaco, apoyado en el arco de su flecha, contemplará con tristeza el curso de la formidable máquina que le intima el abandono de aquellas márgenes. Resto infeliz de la criatura primitiva; decid adios al dominio de vuestros antepasados. La razon despliega hoy sus banderas sagradas en el pais que no protegerá ya con asilo inmerecido la bestialidad de la mas noble de las razas.—*Alberdi.*

De un discurso pronunciado por el Dr. D. Velez Sarsfield en la Cámara de Representantes del Estado de Buenos Aires sobre libre navegacion de los rios (16 de Octubre de 1852.)

61.— La Providencia, Señores, rodeó la tierra de mares para la mas fácil comunicacion y desenvolvimiento moral de la especie humana. Puso entre todas las naciones ó territorios, una rejion acuática que por su naturaleza no pudiese ser del dominio público de nacion alguna, por donde se pudiera transitar libremente de un territorio á otro sin reconocer superior alguno. Esta rejion es la mar. Los grandes rios que desembocan en ella, no parecen ser, sinó ramificaciones, del sistema, diré así, del Creador, tambien para la comunicacion y desenvolvimiento moral de los que habitan en el interior de los continentes. La creacion, el dedo de la Providencia está mostrando cual debe ser el órden moral en armonía con el órden fisico.

No es posible pues que este gran beneficio del Creador, esté á la merced del Gobierno que domine la ribera de la boca de los rios al entrar á la rejion comun, cual es la mar, ni que la jurisdiccion de un territorio pueda estenderse á réglamentar ó lejislar todo el canal acuático en perjuicio del derecho de las naciones de las riberas superiores. El derecho de jentes lo ha reconocido así en los estrechos marítimos. Si es libre la navegacion de los mares unidos por el estrecho, la navegacion del estrecho debe serlo tambien. Aunque ámbas costas del canal correspondan á un mismo soberano y él sea tan

estrecho que pueda ser dominado por el cañen colocado en tierra, la jurisdiccion territorial cede al derecho de las naciones para comunicar libremente con los mares ligados con el canal maritimo. Al Soberano de las costas solo le es permitido tomar aquellas medidas indispensables para su seguridad, pero no puede reglamentar la navegacion del estrecho, ni fijar el tonelaje de los buques que han de pasar por él, ni imponerles escalas ni arribadas forzosas, ni obligarlos á la sumision del registro de sus cargamentos, ni al reconocimiento de sus papeles. La navegacion del estrecho es tan libre como la de los mares á los cuales da salida, por el principio comun de la ley internacional que el que tiene derecho al fin tiene iguales derechos á los medios indispensables para llegar á él.

Mientras que las costas del mar Negro pertenecieron esclusivamente á la Turquía, no podia desconocerse el derecho de la Puerta Otomana, para escluir á las otras naciones del paso de los canales que lo ligan al mediterráneo, desde que ámbas costas de aquel pertenecian al territorio Turco, y sus fuegos podian cruzarse en el Estrecho de los Dardanelos. Pero desde que la Rusia hizo adquisiciones territoriales sobre las costas del Mar Negro, y tuvo allí establecimientos comerciales, ella y todas las naciones del mundo á las cuales abria su comercio, tuvieron derecho á la libre navegacion mercante del Estrecho de los Dardanelos y del Bósforo, sin que la jurisdiccion territorial del Sultan de Constantinopla pudiera reglamentarla en cuanto á tonelaje de los buques, escalas, arribadas, registros ó derechos impuestos al tránsito. Este derecho á la libre navegacion de aquellos canales marítimos, fué expresamente reconocido por la Puerta en el artículo 17 del tratado de Adrianópolis de 1829, celebrado con la Rusia no solo para los buques Rusos sino para todos los de las potencias Europeas. Cuando se formó la quintupla alianza para la guerra de Mehemet-Ali contra el Sultan de Constantinopla, este derecho fué confirmado por los tratados de 1840 y 1841, entre las cinco primeras potencias de la Europa. Es decir, que quedó reconocido entre ellas que la jurisdiccion territorial de las costas de un canal maritimo que une dos mares cuya navegacion es libre, cesa respecto á la navegacion mercante que transita de uno á otro mar, y cede al derecho de las naciones para pasar por ese camino, y sin cuyo libre ejercicio, seria efimero el derecho de la potencia situada en un estremo

superior para llegar á la rejion del uso de todos, el alta mar.

Pasemos á los rios, verdaderos canales acuáticos como los estrechos marítimos, debiendo sin duda importar muy poco para el derecho de las naciones, el que las aguas de los unos sean dulces y saladas las de los otros. Veamos antes las soberanías que existen en las riberas de nuestros rios, para concluir que no puede corresponder solo al Gobierno de Buenos Aires reglamentar la navegacion del Paraná. En el Rio de la Plata hay dos soberanías establecidas, la una á la derecha y la otra á la izquierda. Es inútil ahora hablar de sus derechos, porque felizmente el Rio de la Plata, este mar de agua dulce, se ha emancipado por su tamaño de las mezquinas leyes de los soberanos de sus costas, y su navegacion es tan libre como la de alta mar. Ninguna potencia admitiria hoy reglamento para navegar por él, ni reconoceria en sus aguas la jurisdiccion territorial sinó hasta el espacio de los puertos marítimos, como canal exterior, ó hasta donde alcance el cañon de la costa. Buenos Aires no puede decir que este desconocimiento de lo que fué su derecho, derecho únicamente deducido de las leyes que rijen rios de muy diversos tamaños, no puede decir, repito, que le haya venido algun perjuicio. Al contrario, con la liberalidad de sus principios ha traído al Rio de la Plata los buques de todo el mundo, y goza los beneficios indudables de la libre concurrencia á sus puertas.

En cuanto al Paraná, diré, que en sus riberas se hallan establecidas la Provincia de Entre Rios, hoy absolutamente independiente de la de Buenos Aires, y la Provincia de Corrientes: á su derecha la Provincia de Santa Fé, y despues una estensa y dilatada ribera que corresponde á la nacion.

En una rejion superior se encuentran dos naciones independientes, el Paraguay y el Brasil. Supongo la independencia del Paraguay porque ya existe un tratado que la reconoce, y porque el Gobierno de Buenos Aires ha presentado á la Sala un proyecto de ley que está aceptado por su comision de negocios constitucionales declarándolo por su parte, y reconociéndole todos los derechos de una potencia independiente.

Con tales antecedentes de los territorios por donde corre el Paraná ó sus afluentes navegables, yo digo que Buenos Aires, por estar en la boca, no tiene derecho á reglamentar la navegacion de ese rio, x que solo puede hacerse por todas

las provincias ó potencias situadas en sus riberas de comun acuerdo; y que esas provincias ó naciones pueden á pesar de la jurisdiccion territorial, pasar hasta el mar, lo mismo que todas las naciones de la tierra á quienes abran sus establecimientos comerciales situados sobre la ribera de ese rio navegable ó los de igual clase que desagüen en él.

El derecho público de la Europa establecido por el tratado de Viena regló así la navegacion de los rios de aquellos países, declarándose que la navegacion comercial de los rios que separan diversos territorios, ó que corren por sus respectivos territorios fuesen absolutamente libres en todo su curso, desde el punto en que el río fuese navegable hasta su boca, y que el reglamentarlo correspondia solo á las potencias ribereñas, debiendo esos reglamentos ser uniformes y tan favorables como fuese posible al comercio de todas las naciones.

Así fué que la navegacion del Rhin se reglamentó no por las potencias situadas en el territorio de su embocadura, sino de comun acuerdo por todas las naciones de los diversos territorios hasta el punto en que él principiaba á ser navegable.

Los reglamentos respectivos á la libre navegacion del Elba fueron tambien establecidos por todos los poderes interesados en el comercio de ese rio por un acto firmado en Dresde en 1821.

Lo mismo sucedió con los reglamentos para la libre navegacion del Vistula y los otros rios de la Polonia, que fueron acordados entre el Austria, la Rusia y la Prusia. Lo mismo del Pó en conformidad á los artículos definidos ó convenidos en el congreso de Viena.

Este comun acuerdo necesario para reglamentar la navegacion que corre por diversos territorios, nace de los principios que he indicado respecto á los canales maritimos. Si en estos la jurisdiccion territorial no excluye el paso inocente ó comercial del estrecho, ni da facultad á la soberania de ámbas costas para reglamentarlo, determinar el tonelaje de los buques &., tampoco el soberano de las riberas de las bocas de un rio podrá reglamentar la navegacion del rio concediéndolo ó negándolo á los buques del porte que quiera designar, ó imponiéndoles gravámenes en perjuicio de las naciones del territorio superior.

El Congreso de Viena por el artículo 8 hasta el 16 en los

que determinó la libre navegacion de los rios aun puso ciertas bases á las potencias ribereñas que debian observar precisamente; tales eran que en ninguna parte del rio navegable se pudiese obligar á escalas ó arribadas forzosas, ni á descargaderos determinados, ni que los reglamentos pudiesen alterarse en todo el curso del rio, sino que precisamente debian ser uniformes.

Puedo concluir de todo esto que el comun acuerdo de todos los poderes ribereños es absolutamente indispensable por el derecho público de Europa para reglar la navegacion de los rios, y Buenos Aires no puede, como lo hizo el General Urquiza, fijar el tonelaje de los buques que han de entrar al Paraná transitando para un territorio soberano é independiente por donde corre ese rio en su parte superior, ni imponer una arribada forzosa en Martin Garcia, ni obligarlos á pagar derechos algunos....

Discursos pronunciados en la solemne instalacion de la Exposicion Nacional, verificada en la ciudad de Córdoba el 13 de Octubre de 1871.

I.

*Discurso del Señor Presidente de la Comision Directiva,
D. Eduardo Olivera.*

EXMO. SEÑOR PRESIDENTE.

62.—Solemnizar en el centro del continente Sud-Americano lejos de los grandes centros de poblacion, de industria, y de riqueza, el espectáculo á que hoy asistimos, era una empresa ardua, Exmo. Señor, para la que habia que vencer obstáculos sin fin, descollando entre ellos, la poca fé en la posibilidad de llevar á cabo la reunion de los productos argentinos y estranjeros, con el éxito que el país tiene la ocasion de apreciar.

A. V. E. le estaba reservada la gloria de iniciar tan grande idea, y de tener la perseverancia bastante para apoyar los trabajos que requerian su realizacion, auxiliado eficazmente por su ministerio y por el Congreso, en los que re-

nacieron siempre las esperanzas y la fé, á medida que los obstáculos se agrupaban inexorablemente en nuestro camino.

Llegados esos trabajos á su término, la Comision Directiva así como el país entero, tuvieron que lamentar el doloroso acontecimiento de ver enlutada á toda una provincia, y tener que cerrar por el largo espacio de ocho meses, las puertas de este edificio que debieron haberse abierto el 1º de Marzo.

Sin embargo, ya una parte de la Esposicion se habia realizado, y los bienes que ella ha producido los sentirá el país con el trascurso del tiempo.

La agricultura en muchas de nuestras provincias, era mirarla como un bello sueño irrealizable. La maquinaria agrícola, con muy pocas escepciones, era casi desconocida.

Habia, pues, un velo que nos escondia todas las mejoras que el mundo admira hoy en la mecánica agrícola, y este vino á descorrerse, en gran parte para el centro de la República, el 15 y el 17 de Diciembre, en los ensayos de los campos del Segundo.

Allí, en algo mas de media hora, cayeron bajo las cuchillas de las segadoras, 27,000 metros cuadrados de trigo.

En pocos minutos, vimos que una trilladora con la fuerza de seis caballos de vapor, nos daba 751 arrobas de trigo limpio, y pronto para el molino en diez horas de trabajo.

Lo que no se habia hecho en años, fué hecho en pocos minutos. El ejemplo práctico concluyó con toda duda.

La agricultura que en nuestra mente no era sinó una ocupacion tan infructifera como ruda, pasó á ser en un dia, por la conviccion que cada uno pudo formarse, una obra fácil, halagüeña y productiva que servirá para centuplicar la produccion, la riqueza, y el bienestar social. Y esa conviccion, Exmo. Señor, será, no hay duda, la semilla que contribuirá mas tarde á garantir la libertad del ciudadano argentino; porque es con el trabajo y con la máquina que los pueblos aprenden á ser libres.

Con este auxiliar poderoso, ya no pedirá sinó á la tierra y á la industria su fortuna y bienestar; el labrador no dejará inseguro sobre el campo el fruto de sus cosechas, bendecirá siempre el nombre del que inventó la máquina que le ahorró trabajo cuando, al esconderse el sol, vuelva tran-

quilo al regazo de su familia; y elevándose así las condiciones sociales del individuo y no haciéndole depender, después de Dios, sino de la fuerza de sus brazos y del poder de su inteligencia, que le da la dignidad y la fiera del ciudadano libre, habremos elevado las condiciones del pueblo entero, consiguiendo que desaparezcan todas las servidumbres personales; que la conciencia del derecho se cimente; que la asociación reemplaze al aislamiento, y el noble espíritu de cooperación mutua, al duro y seco egoísmo que entorpece y enervá el espíritu de las naciones.

Si de los campos del Segundo pasamos al Parque de culturas comparativas, las adquisiciones que ha hecho ya nuestra agricultura con la multitud de cereales y legumbres que allí se han cultivado, han difundido por toda la República los conocimientos prácticos que han de guiar al labrador en la perfección de sus trabajos.

Y no es esta la única ventaja que los ensayos han venido á preparar.

Con ellos y con la introducción de culturas desconocidas hasta aquí en el país, han venido á crearse nuevas fuentes de producción que, inteligentemente explotadas, aumentarán la exportación de nuestros frutos.

Ahora, si fijamos nuestra vista en este recinto, la mente no puede menos que elevarse hácia el autor de todo lo creado, para darle gracias, con lo más íntimo de nuestro corazón, por la multitud de riquezas con que ha favorecido, á manos llenas, el suelo argentino, permitiéndonos reunir las bajo este techo, para admirarlas, clasificarlas metódicamente y ponerlas al servicio y al alcance de todos los que hayan de utilizarlas en beneficio nuestro y de la humanidad.

Toda la República, Exmo. Señor, desde Jujuy hasta las riberas del Plata, se ha agitado, con verdadero entusiasmo, por la reunión de las riquezas y productos que hoy admiramos en este torneo de la civilización y del progreso. Así vemos aquí, los tejidos de Catamarca, las valiosas arcillas de Salta, las bellas vicuñas de Jujuy, los ricos mármoles de Corrientes, los metales de las provincias de Cuyo, y del centro, los productos agrícolas de las del Norte, los del pastoreo del litoral; y en fin, á la industria y el arte naciente, en todas ellas, acudiendo á porfía al llamado que les habeis hecho, para ponerse en contacto con el espíritu

industrial de nuestro siglo, y para que siendo conocido el inventario de nuestras fuerzas productoras, los ferro-carriles se hagan posibles, el crédito exterior se afianze sobre anchas bases, y los capitales é inteligencias de los pueblos industriales se arraiguen en medio de nuestros bosques, montañas y llanuras.

Y la exactitud, Exmo. Señor, con que todas las provincias han sabido concurrir al llamamiento, quiere decir mucho en bien de los pueblos arjentinos. Ello muestra que entran de lleno en el noble sendero del trabajo y que la voz de los que quisieran estraviarlos, para llevarlos al campo fratricida de las luchas civiles, tiene que desaparecer ahogada por los golpes del martillo del industrial y el silbato de las locomotoras.

El extranjero ha tomado su parte tambien, no menos importante, en esta fiesta de la inteligencia y del trabajo, mostrándonos, con ello, su simpática adhesion.

Chile, Exmo. Señor, cruzando el estrecho, ha venido á presentarnos los adelantados productos de su industria.

El Paraguay, al entrar por la primera vez en la categoría de los pueblos libres, quiere mostrarnos, que comprende que no hay libertad posible sin industria ni trabajo, y por ello, nos envia los riquisimos productos de sus bosques, metódica y científicamente clasificados.

Bolivia, atravesando distancias inmensas y fragosos caminos, responde á nuestro llamamiento, enviándonos las bellas alpacas, cargadas de valiosos vellones y los productos de sus minas.

El Brasil nos envia la bella vejetacion de sus bosques, como lo veis en nuestros invernáculos, y sus maderas de construccion, perfectamente preparadas, nos muestran la riqueza de su Flora.

La Inglaterra que, por medio de la mecánica, ha sabido multiplicar seis mil veces el poder fisico de cada hombre, ha cruzado los mares y las Pampas, para enviarnos parte de esa maquinaria con que ha cambiado su suelo en un taller industrial, produciendo trigos y forrajes, como produce tejidos de algodón en sus fábricas de Manchester.

Los Estados Unidos vienen á competir con la madre patria, en aquellas máquinas con que anualmente saben liber-

tar al hombre de la tiranía de la fuerza física, haciéndole señor de la naturaleza.

La Alemania, al enviarnos la obra jefe de Schwerz, el arado de Hohenheim, en medio de la guerra en que se encontraba, parece que ha querido recordarnos que es sobre su suelo donde nació la agricultura científica—y al presentarnos los ricos vellones de la Pomerania, que es también al jenío laborioso y paciente del Aleman, á quien debemos el merino, que sirvió para transformar en oro los duros y cerdosos vellones de nuestras ovejas, trayendo por año al mercado del mundo ciento cincuenta millones de libras de lana.

La Francia, desgarrada por los dolores que aun la afligen, contribuyendo en cuanto ha podido al concurso á que fué llamada, parece que ha querido salvar, en nuestro suelo, del naufragio en que se hundia, el útil mas caro para el corazón de una madre,—la rueca que prepara el hilo que teje el lienzo con que cubre á sus hijos, enviándonos luego ese mismo lienzo, tejido con el lino que no ha muchos meses vejetaba sobre nuestro suelo.

Ha ido aun mas lejos, Exmo. Señor; han respondido á vuestra invitacion hasta en el interior de las Indias Orientales, y uno de sus ciudadanos nos envia sus ricas simientes, para que produzcamos aquí la espléndida vejetacion de los bosques, y los productos de la agricultura de aquellas rejiones.

La España á quien estamos ligados por la comunidad de origen y de sangre, no ha querido tampoco olvidarnos en esta ocasion, y aunque en pequeña escala, ha contribuido á solemnizar esta fiesta Nacional, pidiéndonos también espacio hasta el último momento, para mayor número de objetos que la premura del tiempo no ha permitido recibir.

La Italia, en fin, preocupada del gran pensamiento de su union nacional, se ha mostrado como siempre, jenerosa, y al enviarnos los productos de su industria, se ha especializado consagrando una parte de ellos á enjugar las lágrimas de nuestros desvalidos.

Esta cooperacion, Exmo. Señor, tan decidida de parte de las naciones amigas, y la prueba que acaba de dar la República toda de su amor al trabajo, á la industria, es una de las mas altas recompensas que debe recibir el autor

del pensamiento que nos tiene aquí congregados, y al felicitar por ello á la República, debemos felicitarnos tambien, de que este espectáculo tenga lugar en momentos en que va á ponerse á nuestro servicio el telégrafo trasandino, con que pondremos en contacto, con la celeridad del rayo, nuestros progresos con los del resto del mundo.

Exmo. Señor, los trabajos preparatorios de la Esposicion Nacional están concluidos.

La Comision Directiva, al presentarlos á V. E., rogándole se digne inaugurarlos, los entrega al juicio del Gobierno y pueblo Argentino, aprovechando esta oportunidad para agradecer la abnegada cooperacion que le han prestado las comisiones auxiliares de Provincia y los empleados de la Direccion y declarando, que se creará bien recompensada, si en ella se reconoce, al menos, el buen deseo de corresponder á la confianza que ha merecido, para dar impulso al desarrollo de los intereses bien entendidos del país.

II.

Discurso del señor Ministro de Instruccion Pública de la Nacion, Dr. D. Nicolás Avellaneda.

SEÑORES.

63.—Hemos oido todos hablar de aquellas Esposiciones maravillosas que las dos ciudades metropolitanas del mundo ofrecieron en Palacios de cristal á la actividad del genio humano, y resuena todavía en los aires el himno de gloria y orgullo que saludando su advenimiento circuló por la tierra. Éran las artes, las industrias, las ciencias que acudian presurosas trayendo el tributo de sus tesoros, para consagrarlos á la glorificacion de este siglo, grande entre los siglos de la historia. Era la inteligencia del hombre, avanzando de las profundidades del pasado y arrastrando en su séquito las civilizaciones y los pueblos para desplegar en un dia glorioso el espectáculo universal de sus obras.

¡Cuán distantes nos encontramos de aquellos espectáculos!

Una Esposicion en la América del Sud no es un fin, sinó un principio, no una civilizacion que forma el catálogo de sus progresos, sinó la primera manifestacion de la civilizacion

naciente que alborea como una luz en las cumbres y sobre los horizontes, y que sus pueblos llamados en la nueva promision se ponen de pié para ver venir como al espíritu de Dios, cuando aparecia flotando sobre las aguas.

Es la montaña con sus palacios de metal; el bosque revestido con la pompa selvática de la India, el rio caudaloso pero inesplorado y la llanura con sus pastos ondulantes que se ofrecen como un nuevo y grandioso teatro para la actividad humana. Es un pueblo vigoroso, altivo, joven, que despues de haber ahogado las serpientes que lo oprimian en su cuna, se presenta en la escena del mundo armado con las artes y el poder de las civilizaciones, mostrando ya el telescopio que encumbra su pensamiento á los cielos ó el telégrafo que le da el dominio de la estension, para sobrepasar desde su primer paso los prodijios del Hércules antiguo, esa personificacion mitológica de los pueblos nacientes que solo ostentaban la clava como signo de su fuerza.

Los estraños comprenderán dificilmente las emociones que hoy nos agitan, porque conocen apenas nuestro nombre y nuestra historia; no saben de donde venimos y cuanta sangre de nuestra sangre hemos debido dejar en el duro camino, para poder reunir en paz, en union y libertad los productos de nuestras artes y de nuestro suelo, y congregados bajo el doble vínculo de la patria y del trabajo, tomar en un dia como este un puesto entre las naciones libres ó industriales de la tierra.

Ayer la convocacion estaba hecha:—el gran espectáculo se preparaba preocupando todos los espiritus desde Buenos Aires hasta Jujuy. Ah! habiamos olvidado que uno de nuestros pueblos se hallaba aun retardado en las vias del pasado; y la provincia de Entre-Rios solo ha podido despues de supremos esfuerzos, presentarse en este recinto, libre y rejeenerada como sus hermanas, arrancando de prisa á sus rebaños algunos vellones de lana que llegan todavía cubiertos por el polvo del último combate.

Estamos reunidos despues del itinerario de medio siglo los miembros todos de la familia arjentina en esta ciudad de Córdoba, que concentra con sus monumentos las memorias del pasado, para sentirnos y reconocernos tres veces hermanos—en la patria que hemos creado con nuestros sacrificios—en el trabajo industrial que hoy consagramos con el

himno de Mayo y con el alborozo de catorce provincias como una relijion de nuestra nueva vida—y en la espectacion por fin del mismo porvenir, hácia el que hemos marchado soportando durante cincuenta años el fusil de los combates que reemplazamos en esta ocasion y para siempre por la máquina del agricultor ó la barreta del minero.

Están aquí Salta y Jujuy que trazaron con su espada el limite jeográfico de la República; Tucuman, donde se lanzó aquel grito de la independencia, que cundió iluminando los horizontes de medio mundo; Catamarca, la ciudad de la tragedia en el dia mas horrible de la guerra civil: Santiago, que se escapa valeroso á la soledad que lo circunda, cuando lo llaman los combates de la libertad; Córdoba, donde se educaron nuestros padres en la ciencia y en el patriotismo, donde enseñó Funes y estudió Paz; las Provincias de Cuyo que escalaron los Andes con San Martin; Corrientes, la de los combates heróicos laureados por el martirio ó por la victoria; Santa-Fé, donde se dictó la ley suprema que rige la República; Entre-Rios, que derribó con su brazo en Caseros la tiranía de veinte años; y Buenos Aires, por fin, el pueblo de la revolucion que recibió con la luz de Mayo la mision sagrada de iniciar para nosotros y para la América del Sud, los progresos y las instituciones de la libertad.

Las naciones que nos rodean han querido en nuestro honor que la fiesta argentina sea condecorada por los espléndidos dones de la naturaleza Sud-Americana; y están con nosotros en este dia el Brasil, nuestro aliado en campos de batalla donde no se han recojido otros trofeos sino la libertad para un pueblo,—el Paraguay que hemos contribuido á redimir con el precio de nuestra sangre,—Bolivia, nuestra hermana, que se inclina desde las altas montañas esperando que desembaracemos el cauce de los rios interiores para entregarnos los ricos productos de su suelo tropical,—la República Oriental, tan adherida á nuestras vicisitudes que nos parece á los argentinos como una continuacion de la patria,—Chile, que para conmemorar la vieja fraternidad en la victoria, nos ha enviado con el trigo de sus cosechas el Aguilá de los Andes que presenció sorprendida desde la roca inaccesible el paso de nuestros ejércitos.

¿A dónde vamos? ¿Qué seremos? ¿Cómo describir la línea

de proyeccion inmensa que el número no calcula, que la palabra no espresa y que nuestras esperanzas mismas no aciertan á medir? Entrad, y recorred este recinto.

Cada piedra de cobre, de plata ó de oro representa una montaña. Aquel fragmento de madera es un bosque; los dones tropicales preciados para los hombres de todos los climas ocupan el suelo de cinco provincias; los vellones, ayer no mas de tosca lana, hoy de blanda seda bajo la acción intelijente de la industria, nos recuerdan las praderas que corren á lo largo de nuestros majestuosos rios ó se internan hasta perderse en la Pampa inconmensurable, y que pueden dar alimento á millones de rebños, superiores á los que él Patriarca durante sus sueños distribuía en herencia inagotable á los hijos de sus hijos.

Habladme de lo mas pobre, y yo os mostraré que está allí latente ó escondido en jermen lo mas rico.

Pobre y solitaria Rioja! desolada por las desgracias, agostada por los ardores del sol en las llanuras sin agua y sin sombra que os rodean! Pero esperad!—Hemos visto en este tiempo improvisarse ciudades en las selvas, y florecer los desiertos. Recordad á California, ayer una soledad, hoy un imperio. Rioja ¡levantaos! Teneis el misterioso Famatina que descubrieron los emisarios del Inca, que encendia en sueños de oro la imaginacion colonial desde Buenos Aires hasta el Cuzco, y que hoy sale de la tradicion vaga con sus muestras de plata viva y con el análisis del sabio, mostrando que sobrepasará en los hechos como superó en la leyenda los prodijios del Potosi opulento.

La riqueza del mineral, la fertilidad espontánea de los campos, las maderas sin número de los bosques están allí; y solo esperan la presencia del gran agente que ha de arrancarlos á la inercia para convertirlos en fuentes vivas de progreso y bienestar! Ese agente llega ya. Es el espíritu humano. Es el siglo XIX—y todos los que respondemos al nombre argentino, hemos venido á recibirle en el centro de nuestras tierras y en medio de nuestro pueblo, viéndole avanzar conducido por el sentimiento expansivo de la fraternidad que pone á su servicio el paso triunfante de las locomotoras; concurrir á este espectáculo con las máquinas que representan sus poderosos inventos; enseñar nuevas ciencias en los claustros de la Universidad colonial como el verbo de su doctrina, ó erijir el

Observatorio Arjentino para que las supersticiones del pasado no hagan flaquear nuestro fuerte corazon, desde que podamos descubrir como brillan sobre nuestra frente, espléndidas y propicias, las estrellas todas del cielo americano.

Una curiosidad anhelosa que suele ser como el instinto que nos lleva á contemplar los grandes espectáculos de la historia, principia á fijarse sobre estas apartadas rejiones. El anuncio de nuestra Esposicion fué saludado por el aplauso universal; y no hemos desplegado con vano alarde los estandartes que coronan este palacio para atestiguar la presencia de las naciones poderosas de la tierra. Ellas nos han enviado profusamente los instrumentos agricolas, que quedan de hoy en adelante asociados á nuestros destinos para acometer con su auxilio la supresion del desierto. Así la ciencia y sus inventos, la industria y la riqueza, el crédito y el capital se difunden por un movimiento natural de expansion; y los pueblos nuevos sin tradiciones de retroceso que los compriman, están llamados á beneficiar para si este patrimonio universal.

¿A dónde vamos? ¿Qué seremos? En cincuenta años hemos vencido la barbarie, creado la patria y organizado en instituciones la libertad para que sea por siempre el alma de nuestra vida, iniciándonos al mismo tiempo en las artes, en las ciencias, en las industrias.

No hace veinte años que oíamos hablar del vapor y de la electricidad sin que sus pasmosas aplicaciones escitaran sino débilmente nuestra curiosidad, porque las reputabamos como las leyendas prodijiosas de otros hombres, de otros cielos, de otros mundos; y esta fiesta es hoy tan numerosa, porque centenares de personas han podido venir conducidas por aquel ajente portentoso que domina del mismo modo la tierra y las aguas, y veinte pueblos se asocian á las emociones que nos ajitan, recojiéndolas sobre los alambres eléctricos que cruzan los caminos, hablando minuto por minuto el diálogo múltiple de nuestra vida íntima y familiar.

Las relaciones del tiempo se escapan al poder del hombre que ha subordinado el espacio. No podemos decir hasta donde llegaremos; porque es imposible encerrar en una fórmula el movimiento de un pueblo que avanza bajo los auspicios de la naturaleza que le ha prodigado sus dones, de la libertad que ha conquistado y de todos los progresos humanos

que le impulsan en su rápida carrera. Pero invocando los sentimientos que elevan y confunden en esta ocasion nuestras almas, poniendo por testimonio nuestra comun historia, puedo afirmar que las catorce Provincias concurrentes á la presente Esposicion Nacional constituirán por los siglos de los siglos una Nacion, gloriosa é indivisible—la patria Argentina.

He dicho.

Discurso del señor Presidente de la República, Don Domingo
F. Sarmiento.

SEÑORAS Y SEÑORES:

64.—Al dirijiros la palabra desde el centro de este palacio, rodeado de los bellos jardines que el arte ha improvisado á su alrededor; entre la multitud de máquinas é instrumentos de la industria moderna, y de tan variados objetos como de todas partes de la República se han acumulado, tengo que refrescar el recuerdo de la pampa que acabo de atravesar, y de los monumentos que decoran esta ciudad, para no olvidar que estamos en la Córdoba Americana, y no créerme trasportado á otros países ú otras ciudades, cuyas esposiciones he presenciado. Tal como es la *Esposicion de los productos del suelo é industria argentina*, que hoy se inaugura, puedo deciros, con la esperiencia del viajero, que llena y escede los objetos que el Congreso y el Ejecutivo se propusieron al decretarla.

En ella está dignamente representada la parte de la industria extranjera que ha de ayudarnos en nuestros trabajos. Estánlo los productos espontáneos de nuestro suelo, los artefactos é industrias de nuestras manos; estánlo, debo decirlo con satisfaccion, el buen gusto y el celo de los ciudadanos que han consagrado sus desvelos á realizar el pensamiento; estánlo, en fin, el pueblo argentino de las varias provincias; y las fisonomías complacidas que veo en todas direcciones, completan este cuadro halagüeno, el primero de su jénero entre nosotros, acaso el precursor de uno mas perfecto en época mas adelantada.

Cuando contemplaba desde lejos hace un año, en medio de las alarmas que traian perturbados los ánimos, á los obreros que hoy me rodean, llevando adelante la obra confiada á sus

manos, no podia apartar de mi memoria aquel hecho simbólico con que la tradicion ha honrado el genio de Arquímedes. Parecíame que si los bárbaros hubiesen penetrado hasta este recinto, la «Comision» les habria pedido como aquel, una tregua para terminar el trazo de un cuadro de flores ó el remate de alguna de esas molduras. El bien por sí mismo, la civilizacion y la ciencia escitan hoy fanatismos que como los de Livingston en el seno del Africa ó de los experimentadores en el gabinete de quimica suelen tener por término hasta el martirio.

De intento evoco el recuerdo penoso de las perturbaciones que acaban de conmover la tranquilidad pública. La revuelta de los caudillos y la Esposicion de los productos del trabajo se tocan y se confunden como el dia y la noche, y nunca podrá decirse mejor que en la ocasion presente: *esto matará á aquello*.

Agrupamos aquí por la primera vez los elementos que revelan nuestro modo de ser presente, y los que, mediante el trabajo, prometen medios de subsistencia para millones de habitantes en lo futuro. ¡Leccion instructiva para todos! Instructiva por los riquezas que el suelo encierra y aun no han recibido forma y valor por el trabajo: instructiva por los artefactos en que se ensaya nuestra tímida industria: instructiva en fin por su deficiencia misma. ¡Cuántas veces el silencio es mas elocuente, la oscuridad mas ilustrativa, el vacío mas repleto, que las afirmaciones que aquellas *no-existencias* niegan!

Una obra provechosa y muy digna de alabanza haria el espectador extraño, que nos hiciese la descripcion, no ya de lo que aquí vea espuesto, sinó de lo que eche de menos, y se sorprenda de no encontrar.

Señores Comisionados de la Esposicion: ¿hay en alguno de esos compartimentos muestras del papel producido por nuestros molinos? Cómo! El papel que es el pan de la civilizacion; el papel que mide la cantidad de ideas que gasta diariamente un pueblo: el papel que es el Fénix moderno, que despues de haber servido á cubrir y engalanar el cuerpo, resucita para hacerse intérprete y heraldo del alma, el papel no se fabrica en nuestro pais?

Recorro en la imaginacion los pueblos aun medio civilizados que no lo fabriquen, y no encuentro ninguno!

Hé aquí un grande hecho histórico. Yo he visto en la humilde

habitacion del pobre, en la última y mas apartada aldea de la América del Norte, en el rincon mas oculto de la casa, un cajon ó una cesta en que la familia deposita con prolijidad todo desecho ó recorte de tejidos, y mediante algunos céntimos, el *traperero* hace de ellos su colecta; y de los andrajos de una aldea se llena un carro; y cien carros se dirijen de todos los rumbos hácia un molino, de donde á poco se ve salir un rio nítido, blanco, en una hoja continua de papel, que cortada de distancia en distancia por tijeras mecánicas, se acumula en *resmas* que vuelan á recibir la impresion de la palabra escrita, la que arrojada despues á todos los vientos en forma de cartas, libros, diarios, ilumina el mundo, convirtiéndose en una antorcha de luz, de poder y de civilizacion!

Y nosotros somos, sin embargo, los inventores del papel ó sus introductores en Europa. Yo he alcanzado á ver todavía en España, patria de nuestros antecesores, el taller del obrero que á mano y en pequeña forma, vacia su hoja de papel florete, tal como lo practicaron nuestros padres en Andalucía, Valencia, Córdoba y Granada, cuatro ó cinco siglos ha! Somos nosotros los españoles, los que hemos dotado al mundo moderno de esta preciosa plancha de reflejar las ideas, reteniéndolas con esta tenacidad que el bronce y el mármol. ¿Y cómo es que hoy tenemos que introducir este artículo de lo que á otros sobra, y hasta exonerarlo de derechos fiscales, tal es la necesidad que de él sentimos?

Hé aquí porque pudiera ser esta Esposicion de nuestra industria el comienzo de una rejeneracion social, que muestre á la presente y á la próxima jeneracion, el camino por donde hemos venido estraviados, á fin de que lo eviten cuidadosamente. Si no veis papel, ni vidrio, ni azulejos, ni terciopelos de seda, obra de nuestras manos, como lo fueron de las de nuestros padres en otro clima y otro tiempo, es por que ellos cometieron en España un crimen que Dios ha castigado mas allá de la cuarta jeneracion, y del cual sus hijos somos victimas espiatorias,—á dos mil leguas de distancia y cuatro siglos mas tarde—La espulsion de moros y judíos.

No eran moros los espulsados! Eran españoles que de padres á hijos venian habitando durante ocho siglos el rico suelo de la Bética, como eran descendientes de Cántabros, de Celtiberos y Godos los otros españoles que los espulsaron. La historia consigna á veces epítetos calumniosos con que se dis-

frazan las iniquidades de una época, y que son conservados por las generaciones cómplices ó simpáticas al delito. *Mendigos* hubo en Holanda, *descamisados* en Francia, y *salvajes unitarios* entre nosotros, como hubo en España moros y judaizantes. ¿Sabeis lo que estos réprobos eran? La parte mas adelantada de la sociedad en su país y en su época. El fanatismo es la ignorancia armada y asustadiza, pretendiendo detener el progreso, que es el soplo divino, el espíritu de Dios que marcha sobre las aguas.

De aquí nuestro atraso. Sin el obrero quedó desierto el taller y muerta la industria, y la pérdida de la industria comprometió el porvenir de la raza entera en España y en América, quedando así destituida del poder fabril que asegura el bienestar á los que no heredaron tierra ó capital.

Desde el Cabo de Hornos hasta Méjico hay meros fábricas de papel y de vidrio que las que encierra la ciudad de Pittsburgh en Pensilvania con menos de cien años de existencia, y á doscientas leguas de la costa.

California era hace veinte años carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso. Allí la tierra estaba como aquí dividida en estancias y el habitante á caballo se llamaba *ranchero*. El año pasado produjo treinta y tres millones en máquinas y tejidos de lana y seda, y sus productos agrícolas valieron mucho mas, sin hablar de sus minas que proveen de oro, plata y azogue al mundo. Sus frazadas solamente han bastado para espulsar nuestras lanas del mercado americano.

La industria ha hecho aquella transformación; y veinte años han bastado para que en aquel extremo de la América, se haga lo que en tres siglos no fué parte á realizar la colonización sin artes industriales en el resto del continente que fué español.

Otro legado de raza es la carencia del sentimiento que llamaré económico; somos raza de poetas; asistimos todavía á los tiempos heróicos: fueron nuestros pueblos fundados por héroes al servicio de una idea, la conquista de un mundo nuevo. Clavóse el pendon castellano ó la cruz donde hubo arrimo para un fuerte: en torno del fuerte se agrupó una poblacion, que cuatro siglos despues fué ciudad, y se encontró, al tiempo de emanciparse de la madre patria, sin vias de comunicacion hácia las costas, con pueblos diseminados, donde para otros

fines que el bienestar de sus habitantes, se habian echado los primeros planteles.

La América del Norte fué poblada por emigrantes espontáneos, que eligieron libremente el suelo propicio para la industria propia. Las trece Colonias se establecieron á orillas del mar, y casi no conocieron caminos de tierra por inútiles al principio, pues se guardaban de estenderse hácia el interior del continente. Con la revolucion de la Independencia, con el vapor por los rios navegables y el ferro-carril por los montes y los valles se lanzaron al interior, no obstante las admoniciones de Washington; y han agregado á su escudo veinticuatro estrellas mas que representan los nuevos Estados. Nosotros, ni con la Independencia nos hemos curado de la enfermedad colonial de abarcar tierras sin poblarlas por falta de industria y de agricultura. Los ferro-carriles tienen que atravesar los centenares de leguas que separan las poblaciones para inyectarlas nueva sangre y servir de arterias para que esta anime y vivifique el cuerpo social.

Tan hereditaria es en nosotros esta carencia de sentido económico, que el doctor Francia aisló al Paraguay, cerrándolo al comercio del mundo, precisamente cuando el comercio golpeaba con la Independencia á la puerta de estos paises como Bolívar constituía una nacion de su nombre, prescindiendo de puertos y vias de comunicacion.

Las convulsiones que en medio siglo aun no cesan, son la espacion de aquellas anomalías con que hemos venido á la existencia. Reparar estos errores, buscar los elementos que nos faltan, ensanchar la esfera de accion, utilizar las materias de que el trabajo puede sacar ventaja; introducir instrumentos auxiliares del esfuerzo humano, hé aquí lo que con esta Exposicion puede y habrá de conseguirse en parte.

No os detendré por mas tiempo en consideraciones jenerales. Los productos están ahí, y cada uno los apreciará segun su importancia. Están distribuidos por Provincias, segun su procedencia, aunque otra colocacion exigiera un órden clásico de las materias. Vereis las pieles y las lanas que representan la industria pastoril, llevada en nuestro pais á un alto grado de perfeccion, que el comercio y las fábricas europeas reconocen y estiman. En la Exposicion Universal de Paris, ámbas obtuvieron el primer premio; pero hay un nuevo desarrollo de esta industria, que la Exposicion exhibe en jérmen. A las

lanas americanas y rambouillets que nos vienen del vellon de la oveja europea, se agregan ahora las cabras de Angora que el Asia suministra, las llamas del Perú, las alpacas de Bolivia y la vicuña y el huanaco de nuestras montañas; ricas variaciones de materias textiles, con que podemos proveer al lujo europeo.

Los metales preciosos de esta Provincia, de la Rioja, Catamarca, San Juan, Mendoza y San Luis, que se ostentan en trece mil muestras, encierran promesas para lo futuro, que podrian atraer y crear enormes capitales con su explotacion, como sucedió en Chile, California y Australia, que deben su poblacion y bienestar á la riqueza de sus minas.

Nada diré de las diversas materias aplicables á la industria, de que hay profusa abundancia; de los mármoles y alabastros; de las piedras de sillería y semi-metales, ni de las sales aplicables á los usos de la vida. Dios ha derramado sobre la faz de la tierra, á veces con profusion, caudales que la industria humana recoge y hace servir á todas las necesidades. Un bosque es un campo cultivado por la accion fecundante del sol y de la lluvia; campo que el hombre explota y cosecha, convirtiéndolo con el hacha en maderas, en carbon ó leña. El carbon de piedra es fuerza depositada para el futuro hombre culto, desde los tiempos primitivos de la creacion. Nuestra tarea y nuestro beneficio están de hoy mas en convertir en riqueza propia aquellos dones naturales, poniendo en actividad esas fuerzas vivas que duermen, esperando que la voz de la industria les diga como á Lázaro «levántate!»

Pero este jenio de la industria es la intelijencia del pueblo. El Asia, el Africa y la América, están como nuestro suelo, preñados de riquezas naturales en eterno reposo, porque falta el espiritu que las evoca. En las esposiciones europeas se ha demostrado que los productos de cada pais están en relacion con el grado de desarrollo de la intelijencia; y vosotros tendreis ocasion de verificar este hecho aun en la nuestra.

Yo solo quiero señalaros algunos puntos culminantes que os sirvan de guia para juzgar en esta materia.

De las esposiciones europeas puede decirse que han sido un fiel espejo del trabajo y de la intelijencia del pueblo.

¿Creis que en esta Esposicion están representados los productos del trabajo de cada uno de los dos millones de habitantes que pueblan la República?

Quisiera hacerlos sensible lo que no está aquí presente; y son un millon por lo menos de brazos cristianos que poco ó nada producen; un cuarto de millon de indios que viven de lo que aquellos elaboran; algunos miles de cristianos peores que indios, que desearian vivir de la destruccion de lo que el trabajo honrado ha acumulado en muchos años de fatigas. Este es un rasgo característico de nuestra sociedad; rasgo que nace del desierto, de la ignorancia, de la destitucion, del aislamiento y de todas las concausas que abraza una sola palabra—la barbarie.

Cuando he oido (y hace cuarenta años á que lo vengo oyendo) el grito siniestro de ¡mueran los salvajes unitarios! ó el estrépito de caballos en la Pampa, ó el clamor de los que quedan arruinados, ó el jemido de las victimas, me ha parecido oír en esos desahogos de las pasiones, en esos lamentos de las desgracias, un grito mas noble, mas justo: dadnos educacion, y dejaremos de ser el azote de la civilizacion; dadnos un hogar y dejaremos de vagar por la inculta Pampa; dadnos una industria cualquiera, y nos vereis á vuestro lado creando riqueza en lugar de destruirla!

¿Por qué no he de tender, antes de concluir, una mirada de complacencia sobre el local de la Esposicion, sobre esta ciudad y provincia de Córdoba que, contra muy buenas razones, fué elejida para ser teatro de esta reunion de los productos argentinos?

El ferro-carril y los telégrafos la tendrán luego por centro de muchas líneas; la Universidad, con la profusa dotacion de profesores de ciencias naturales y exactas, justificará en pocos años su título. Sus sierras, con el estudio de su jeolojía y de su flora, se alzarán de cien codos mas, pues serán vistas y apreciadas por el mundo científico.

Su observatorio Astronómico añadirá algunas conquistas en los cielos, sometidos al dominio del hombre; y cuando los palacios de Buenos Aires y del Rosario sean construidos con los mármoles de Córdoba; cuando su cal y su yeso sirvan de cimiento á las obras hidráulicas de todo el Litoral y su campaña, Córdoba será menos docta quizá, pero en cambio será mas rica, mas próspera y jeneralmente civilizada.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Debo mi última palabra á la Comision Directiva de la Esposicion que inauguramos; á esta Comision que á través de todos

los obstáculos y resistencias, ha conseguido levantar esta obra monumental en el presente y en el porvenir y—siendo digna de la gratitud del Gobierno y mereciendo bien de la patria: débola á su honorable Presidente, cuyos trabajos todos conoceis, y débola, en fin, á los espositores todos que han concurrido con su ciencia, con su industria y con su patriotismo á honrar al pais, dando la prueba de que somos capaces de acometer con éxito estas obras grandes y fecundas de la civilizacion.

Que este ensayo sea el precursor de nuevas manifestaciones mas perfectas de nuestra cultura, y que la Esposicion de 1871, abra la serie de las exhibiciones con que nos presentaremos al mundo reclamando un puesto honroso entre las naciones civilizadas.

SEÑORAS Y SEÑORES :

Queda abierta la Esposicion Nacional de la industria y productos Argentinos.

Discurso del Ministro de Instruccion Pública Dr. D. Nicolás Avellaneda, en la clausura de la Esposicion Nacional y distribucion de los premios.

SEÑORES :

65.—Cerramos hoy la primera Esposicion Nacional en la que las Provincias Argentinas han presentado ante propios y estraños las mieses de sus cosechas, las maderas de sus bosques, los mármoles y minerales de sus cerros, los animales útiles que pacen por sus sierras y sus planicies, y las obras de sus industrias, como la representacion viva de las fuerzas naturales y adquiridas, bajo cuyo impulso avanzarán unidas siempre por un camino de prosperidad y gloria.—Se muestran escasos aquí en sus manifestaciones el capital y la industria que son obra humana; pero sobreabundan los dones espléndidos de la naturaleza, que con climas variados, tierras diversas y suelos fértiles nos ha dado la aptitud para llevar á los mercados del mundo casi todas las producciones que forman su consumo.

Nos falta el capital, y las industrias nacientes asoman

apenas en tímidos ensayos.—Pero la industria viaja con el hombre; y el capital cosmopolita por su naturaleza recorre igualmente la tierra, aumentándose y reproduciéndose sin medida al asociarse con nuevos elementos de riqueza.

La riqueza que yace inerte por la ausencia del capital indijena, se fecundiza por el capital extraño, ley expansiva de la civilizacion que estrecha la solidaridad de los pueblos, y sin la que no podriamos explicar las evoluciones maravillosas del progreso que nos presenta en este siglo un nuevo mundo formado en la Oceanía, el incremento portentoso de los Estados Unidos y á la misma América del Sud trazando sus caminos, navegando sus rios y engrandeciendo sus ciudades bajo la accion de los capitales que otros pueblos, otros siglos y hasta otras civilizaciones han acumulado en esta obra ciclopea del engrandecimiento humano que tiene por actor supremo al hombre, y por teatro el ámbito de la tierra.

El mundo es siempre viejo y siempre nuevo. La poblacion se desborda allá y se interroga con espanto la estadística de su crecimiento, mientras se discute la engañosa ley de Malthus.—Se nota aquí una sociedad embrionaria y casi perdida sobre una vasta rejion.—En Irlanda, en Escocia, en Inglaterra, la emigracion es propuesta como una medida de salvacion pública, y en América se reclama su advenimiento como una necesidad suprema.

Hay, pues, en el mundo demanda y oferta de hombres, como la hay de capitales. La demanda y la oferta se buscan; y cuando se han encontrado pactando sus condiciones al traves de los continentes y de los mares, se precipitan entónces esos aluviones de hombres que, llevando de todas partes el concurso de su intelijencia, de sus brazos y de sus capitales, exploran, pueblan, civilizan y enriquecen los territorios desiertos desde el nivel de las aguas del mar hasta las cimas de las mas encumbradas montañas.

Así, la necesidad primera para un pais nuevo es hacerse ventajosamente conocido en sus condiciones económicas y sociales por los millones de hombres que buscan una patria en el mundo, desplegando al mismo tiempo el opulento inventario de las riquezas naturales que esperan la accion del capital que ha de transformarlas, y para el que son el mas vivo y poderoso incentivo. Por esto, si las Esposicio-

nes son útiles en Europa, son de urgencia vital en la América del Sud; y no es por cierto el afán pueril de una imitación irreflexiva, el que indujo á Chile á realizar una Esposicion, y el que ha promovido la nuestra, al mismo tiempo que Colombia inaugura solemnemente la suya y que otra es decretada por el Perú, abarcando de este modo el movimiento todo el continente Sud-americano.

Hemos oído, sin embargo, averiguar por qué se había proyectado esta Esposicion, y por qué ha sido realizada con paciente esfuerzo, soportando erogaciones de dinero que suelen tantas veces invertirse en objetos estériles, sin encontrar quien las cuente.—La pregunta ha sido hecha, pero no lo ha sido por los que hayan penetrado en este recinto. Ah! ¿Por qué no han venido todos, practicando un acto de fraternidad y de patriotismo? Pero los que hemos acudido solícitos á la gran fiesta nacional, podemos decir á los ausentes que al entrar en este Palacio nos hemos sentido orgullosos de ser argentinos, que hemos experimentado como nunca clara y altísima la vision de nuestros destinos, difundiendo nuestras almas en el santo amor de la Patria comun.

Los designios con que se decretó la Esposicion se hallan cumplidos.

Encomendamos su ejecucion al patriotismo, y las provincias de la República han concurrido al éxito de la obra, trayéndonos sus producciones y sus votos. Quisimos compulsar el sentimiento de la union nacional y hemos visto agitarse y removerse un pueblo, aprestándose para acometer unido las nobles luchas del trabajo, y tomar un puesto entre las naciones libres é industriosas de la tierra. Tan lejos como se dilatan nuestro corazon y nuestras miradas, desde el Plata hasta Bolivia y hasta los Andes, por la pampa infinita, por los bosques impenetrables, ó por los rios solitarios, allí está el suelo de la Patria para el argentino, y sobre él se proyecta el jenio naciente de la República, como aquel embrion luminoso que en las Cosmogonias de la India daba su orijen á las nuevas creaciones.

Necesitábamos revelarnos á nosotros mismos nuestras fuerzas productoras, á fin de hacerlas luego conocidas á los extraños, y nos ha bastado tender la mano para arrancar sus vellones de lana á los rebaños que se reproducen sin

término en las llanuras, ó remover apenas la tierra para encontrar otros signos visibles de nuestra grandeza en los metales preciosos que atraen á los hombres con irresistible influencia, en el fierro que preside á los adelantos materiales del mundo, ó en la semilla que fecundada por climas y suelos propicios contiene en jémen la prosperidad mas segura y estable de las naciones.

Era necesario traer al centro de nuestros pueblos interiores una fiesta del trabajo y del progreso, como un llamamiento á una nueva vida que reanimara su actividad y sus esperanzas adormecidas. Era necesario mostrar á los extranjeros que se puede llegar fácilmente y con ventaja hasta ellos, y enseñar por fin á los pueblos mismos que no se hallan aislados apesar de su situacion lejana, porque les pertenecen igualmente todos los poderes que la civilizacion ha desenvuelto para el auxilio del hombre.—Vosotros lo sabeis. Los fabricantes de New-York, de Amberes, ó de Lóndres no se intimidaron al saber que la Esposicion Arjentina se abria en una ciudad mediterránea, y habeis visto, algunos por vez primera, agrupadas en este recinto ó ejecutando su tarea en los campos del Rio Segundo, las máquinas agrícolas que nos han enviado con profusion, y de las que muchas se han internado en los pueblos del Norte, en las Sierras de Córdoba, en la Rioja y en las Provincias de Cuyo, abriendo un camino que será marcado un dia como el jénesis visible de una maravillosa trasformacion.

El hombre se asocia con el hombre, aunque hayan nacido bajo diversos cielos, para emprender juntos los trabajos de la civilizacion y de la vida. El capital extraño llega atraido por las riquezas naturales que explota y valora; y la tierra puede apropiarse á la vez para su cultura las flores, las plantas y los árboles que nacen y crecen en las rejiones mas lejanas. ¿Recordais, señores, la mas bella duda de las Secciones de la Esposicion, el Jardín de cultivos comparados, que fué necesario recojer, á la aproximacion del último invierno?

El Presidente de la Esposicion habia pedido granos, semillas y aun plantas á los Estados Unidos, á Francia y á la Australia, para cultivar esmeradamente, con sus múltiples variedades, los cereales, legumbres y flores que pueden

formar la vejetacion de la zona templada en nuestro vasto territorio. El ensayo fué feliz, habiendo demostrado que debemos asimilarnos nuevos y numerosos ramos de cultura; y me apresuro á anunciaros que las semillas recojidas han servido ya para embellecer los jardines en las Provincias del Norte, para hacer mas productivos sus huertos, y que contribuirán en las Colonias de Santa Fé á dar mayor rendimiento á las cosechas de cereales, noble y nuevo artículo que será incluido antes de mucho entre nuestras valiosas esportaciones.

Debemos por fin, señores, á la Esposicion las plácidas emociones, la utilidad práctica y las enseñanzas solemnes de este espectáculo que la termina y complementa.

Vamos, señores, á distribuir á los espositores los premios que la Esposicion les ha discernido por el voto de sus jurados, y con los que enaltecemos la habilidad industrial de los unos, alentamos los ensayos que tienden á dotar nuestros cambios con nuevos productos, ó presentamos un testimonio de adhesion simpática á los que han soportado las fatigas de largos viajes, para conducir animales que no habian penetrado en la rejion central de la República, y cuya reproduccion queda desde hoy conquistada en estos y otros lugares, como un don al trabajo, al bien estar y al comercio de los pueblos.

Podemos en este momento mas que en ninguno otro entender el pensamiento sobre un nuevo porvenir, porque este principia á desenvolverse bajo nuestras miradas. El principio de las industrias es como el origen de los grandes rios,—hilo de agua que desciende apenas perceptible de las montañas, que corriendo acrecienta su caudal con las lluvias de los cielos y con los arroyos tributarios, hasta que viene á perderse, rio soberbio y majestuoso, en el insondable Océano. ¿Conoceis la historia de la propagacion de la oveja negrete traída por Rivadavia á la Provincia de Buenos Aires? Es la historia de la prosperidad de esa Provincia, de la mas poderosa de sus industrias y de la civilizacion misma de su vasta campaña. Una semilla es un árbol, ó millones de árboles despues de pocos años; y millones de árboles—son la riqueza de una comarca. Esta es la historia contemporánea del álamo en Mendoza.

¿Quién podria anticipar los maravillosos relatos que se

esconden tras de cada uno de los objetos premiados? La Australia rivaliza con nosotros en los mercados exteriores como productora de las materias textiles, que se pretenden superiores á las nuestras y que le han dado renombre famoso; pero ella ha malogrado su ensayo para introducir las alpacas que no quieren abandonar su tierra americana y que atraídas por la Esposicion han venido del Alto Perú, para decidir quizá en nuestro favor la competencia gloriosa.—Las cabras de Angora han encontrado una nueva patria en las Sierras de Córdoba, se propagarán por las de San Luis y Catamarca, y cuando formen rebaños numerosos, constituyendo su lana y su piel la fortuna de centenares de familias y un valioso artículo para el comercio exterior, podremos entónces decir que hemos visto en los establos de la Esposicion á las primeras cabras de Angora, portadoras inconcientes de tanta grandeza.

Habeis adjudicado, Señores Jurados, el gran premio de la Esposicion á una coleccion completa de cueros admirablemente curtidos: y la opinion pública confirmará vuestro veredicto, porque las fábricas europeas no presentan un artículo similar mas perfecto y porque se debia marcar con honor señalado el esfuerso mejor dirigido, que ha sido hecho para convertir en artefactos valiosos la mas abundante de nuestras materias primas.—Habeis igualmente hecho muy bien en distinguir con un premio los productos tropicales de las Provincias del Norte, el aromático café y la blanca azúcar, como los abundantes vinos que las vides jenerosas producen en las Provincias de Cuyo, porque es tiempo ya de que nos sean conocidos y familiares, puesto que están trazándose los ferro-carriles que llevarán su consumo á los confines de la República.

Señores espositores, nacionales y extranjeros—Vais á recibir los diplomas con que la Nacion condecora vuestros nobles esfuerzos. Son los primeros premios que el Gobierno Arjentino discierne á las labores pacíficas, puesto en medio de su pueblo y ante la espectacion de las naciones que nos rodean. Sois los bienvenidos del trabajo y de la paz.—Sed sus heraldos.—Id á enseñar por todas partes que la paz es condicion inevitable para el bienestar de los individuos y para el progreso de los pueblos, y que el

trabajo es doblemente bueno y útil, porque aprovecha al trabajador y engrandece á las Naciones.

Señores premiados—Vuestros diplomas representan el honor y el porvenir de la República.

Voy á concluir—Agradezco á la Provincia y ciudad de Córdoba su noble y jenerosa hospitalidad y á la Comision Directiva sus prolongados é inteligentes servicios, sin que necesite nombrar especialmente á su digno Presidente que la República conoce, y al que deben atribuirse mas que á otro cualquiera los resultados obtenidos.

Señores—La República realizará otras Esposiciones mas tarde con mayor brillo, siendo las representaciones sucesivas de un país que cada dia avanza bajo el impulso de todos los progresos.—Pero la opinion sensata dirá siempre que la presente Esposicion fué oportuna, como la abjuracion solemne de los estravios del pasado y como el bautismo de una nueva época que se inaugura para todos los pueblos arjentinos con la radicacion de las instituciones nacionales, con la libertad y con la paz, con la difusion de la enseñanza, con el ferro-carril que avanza y con el inmigrante que se interna, nuevo Centauro sentado sobre su máquina de vapor.

No se trataba aun de recojer las cosechas, sino de sembrarlas, y removiendo los espíritus, preocupándolos con miras de rejeneracion social, mostrando los instrumentos del trabajo, obligando á los pueblos á darse cuenta de sus propios recursos, y dignificando con honores públicos sus ensayos industriales, hemos arrojado moral y materialmente las semillas á todos los vientos del horizonte.—Os anuncio con fé profunda que su fecundacion se hará en breves años bajo la proteccion de Dios.

HE DICHO.

Los jardines de la Esposicion en Córdoba.

Efecto de una noche de iluminacion.

I.

66.—Las barrancas que rodean la ciudad de Córdoba, jirando caprichosamente en torno suyo, le han formado un

marco de aspectos variados hasta el infinito, cubierto de vegetación en unas partes, agreste y bravo en otras, cortado á pico como una vasta muralla aquí, grietado y dislocado mas allá, pero siempre bello, curioso, orijinal. A cualquier punto que se vuelva la vista, encuéntrase un paraje hermoso á su manera, distinto de los demas y digno de servir de base á las creaciones del jenio humano.

En el centro de este inmenso anfiteatro se levantan las cúpulas, torres y miradores de la antigua ciudad, mientras que siguiendo el curso ascendente del rio que baña sus plantas, se estiende hasta donde alcanza la mirada, el pintoresco valle con sus alamedas, sus quintas y sus jardines, como un oasis de verdura.

Pero en los jiros ondeantes de la barranca, una de sus curvas avanza inopinadamente hácia la ciudad, alcanzando á tocar sus últimos edificios del Oeste, y al llegar á ellos, como espantada de su propia audacia, se vuelve rápidamente replegando sus crestas bravías y arrastrando tras ellas la mole grietada, que al retroceder, ha quedado colgante, fraccionada y sembrada de accidentes, como la orla de un vestido violentamente recojido.

De este súbito contacto del monte con el valle ha resultado el paraje mas bello y pintoresco, que la Comisión Directiva se apresuró aprovechar, destinándolo á servir de planta á los jardines y construcciones de la Esposicion.

Participando de la barranca y de la llanura, monte y valle á la vez, este terreno contiene todas las ondulaciones, luces y sombras que atesoran los sitios donde la naturaleza múltiple y variada se ha complacido en dibujar sus panoramas.

Las erizadas crestas que coronan las alturas, bajan de repente serpenteando por entre árboles y flores hasta perderse en el valle, muriendo suavemente entre el musgo de los jardines.

Grietas profundas bifurcan la inmensa mole y en su fondo corren murmurando arroyuelos que van á vaciarse en la grande acequia que suministra el agua á las fuentes y surtidores.

Profundos vallecitos sombreados por corpulentos árboles, han sido convertidos en lagos, en cuyo centro se alzan is-

las terminadas por glorietas, como otros tantos espejos esparcidos por los jardines para reflejar sus bellezas.

Montecillos, artificiales tan solo para las plantas y construcciones artísticas que los decoran, levantan aquí y allá la cabeza cubierta de flores.

Grutas de piedra viva, tan naturales como las que se admiran en los flancos de las montañas, dejan escapar por entre sus grietas chorros de agua cristalina, como otras tantas vertientes que salieran del seno de la tierra.

Microscópicos cerros de agreste roca se elevan en el centro, arrojando el agua de sus flancos, y dejando nacer, crecer y florecer en sus intersticios los calás, los helechos y otras plantas peculiares de estos sitios.

Colinas alfombradas de verdinegro césped, bajan desde las alturas conduciendo á su espalda mesetas de flores, ópimos árboles cargados de fruta y surtidores de agua que refrescan el ambiente con finísima lluvia.

En medio de tanta variedad natural, pabellones rústicos, kioscos, glorietas y cenadores cubiertos de enredaderas, ofrecen un abrigo contra los ardores del sol en las pocas horas en que sus rayos caen sobre este suelo predilecto de las sombras y el frescor; en tanto que soberbios salones de 500 metros cuadrados de superficie, y formados por las copas entrelazadas de los árboles, se reparten por las anchas calles de reluciente arena, decorados por mullidos divanes de césped en cuyos bordes nacen los jacintos, ó por sofases contruidos de vástagos y mimbres que arrancan del suelo y cuyos espaldares lo forman vides tejidas de verdes hojas y de las que cuelgan los racimos de uvas como su mas bello adorno; ó en fin, por sillas talladas en el tronco mismo de los árboles.

Una ancha y prolongada galería de tres naves, sostenida por columnas de troncos de álamo en plena vegetacion, y cuya bóveda la forma un nutrido emparrado, conduce al rústico café edificado igualmente sobre árboles cortados á la altura de los techos.

Las fuentes y surtidores profusamente esparcidos por el parque refrescan la atmósfera en todas partes—Los altos convertidos en un panorama de los Alpes, dominan todos los alrededores por el Sud, con su fortaleza que arroja el agua como un proyectil á cien metros, sus kioscos y sus

fuentes, el establo y los puentes colgantes, sus cascadas y sus inaccesibles grietas;—mientras que el elegante y aéreo palacio, de formas amplias á la vez que ligeras, se alza por el Oeste limitando el horizonte, y dejando detras de él otras curiosidades y otras bellezas y otros cuadros igualmente pintorescos.

Todo este conjunto está encerrado en un perímetro de algunas cuabras de estension, al que dan entrada cuatro puertas principales: entre ellas el visitante admira la gran portada del centro, bellissimo arco sustentado por dos altas columnas, y que contiene los escudos de las catorce provincias, rodeando al gran escudo nacional—La elegancia, lijereza y esbeltez de este arco, lo hacen apreciar como una de las bellezas de la Esposicion.

Poblad estos parajes con centenares de pájaros que vuelan en todas direcciones, persiguiéndose de árbol en árbol, gorjeando en la enramada ó piando sus amores desde el fondo de una gruta; imaginaos los cambiantes de luz y de sombra que ondulan con el terreno, brillando ó apagándose á medida que se cambia de escena; unid á este conjunto el rumor bullicioso de las aguas que saltan de los surtidores; la brisa que juguetea entre los árboles; mil banderas que flotan al viento; el perfume de las flores; la presencia de los visitantes y la belleza de las vistas circunvecinas, y tendreis acaso una idea pálida de esta espléndida creacion, improvisada, puede decirse, por la hábil mano de Mr. Berthault, jardinero en jefe de la Esposicion.

II.

Pero cambiad el escenario y venid á contemplar estos mismos parajes en una noche de iluminacion, y vereis realizarse la trasformacion májica que convierte el encantado recinto en un paraje de las mil y una noches.

Todos hemos leído las descripciones que nos han dejado los poetas de aquellas espléndidas fiestas venecianas recargadas de luz, de amor y de armonias, entre góndolas y comparsas, y las músicas que repercuten sus acordes en las aguas del gran canal, y el espectáculo que se reproduce en su fondo, como si los abismos del mar se abrieran para ofrecer á las miradas del hombre sus fabulosos palacios de

nácar y coral, henchidos de placer, de algazara y voluptuosidad.

Y todos hemos creído exajeradas aquellas descripciones, faltos de una escena semejante que nos diera la aptitud de comprenderlas.

Una noche de iluminacion del parque de la Esposicion basta para darnos aquella aptitud.

Cuando caen las sombras de la noche y la tiniebla envuelve en sus densos pliegues tan pintorescos sitios, colocados en alguna eminencia de los altos, se puede asistir á la magnífica y súbita transformacion del parque, creyendo estar contemplando una iluminacion en los jardines del Pincio de Roma, ó á Rio Janeiro desde el Corcobado.

Se ve avanzar rápidamente una cadena de luz y fuegos de colores que como una serpiente de anillos luminosos se enrosca al tronco de los árboles y sube hasta su copa desalojando de sus nidos á los asustados habitantes del aire: salta de allí á una glorieta y la corona con sus fuegos; baja en seguida á rodear un cantero de flores, posándose en el musgo como gigantescas luciérnagas; se levanta de allí para ceñir un lago en círculos concéntricos que se reflejan en sus aguas; penetra luego al seno de una gruta iluminando su fondo, ó envolviéndose en torno de una fuente, convierte en chispas brillantes las gotas de agua que caen á su derredor: hasta que despues de mil giros fantásticos, de evoluciones caprichosas y efectos sorprendentes, se lanza atrevida sobre la barranca, y allí á treinta metros de altura, se columpia graciosamente al soplo de los vientos que mueven y ajitan este mar de luces y múltiples colores, produciendo un mareo delicioso, un espectáculo único y digno de ser contemplado por ojos de poeta.

¿Creeis acaso que para este cambio de decoracion se han empleado muchas horas?

Diez minutos han bastado para producir tales maravillas en un espacio que la mirada no acierta á abarcar por entero, como si al golpe de una varilla mágica un oculto encantador hubiera hecho brotar de la tierra, del ramaje y de las aguas estas súbitas corrientes de luces y colores. La mirada atraida en todas direcciones por tan múltiples é imprevistos efectos, se esfuerza en vano por concentrar en la retina los rápidos giros de la luz, y los ojos se fatigan

queriendo seguir las fugaces evoluciones de millares de faros luminosos: hasta que verificada la trasformacion por completo, puede contemplar una por una las variadas escenas del conjunto.

El gran lago central y los pequeños que se hallan esparcidos por los jardines reproducen cien veces el panorama embelleciéndolo con sus reflejos: los kioscos, glorietas y pabellones, son otros tantos fanales radiantes; las grutas, donde el sol no penetra, ofrecen á la vista los misterios de su seno y las copas de los árboles iluminadas en su interior y á quince metros de altura, se asemejan á inmensos candelabros de cien brazos colocados de trecho en trecho para alumbrar la espléndida fiesta.

Una media luz ópaca como la que se desprende de un fanal de cristales apagados, se difunde por debajo de los millares de farolillos y luces de Bengala, como si invisibles gasas interceptaran la mirada, ó como si un finisimo polvo de oro se mantuviera en suspension en las rejiones inferiores de la atmósfera.

Los objetos crecen y se mueven como dotados de vida propia al fulgor vacilante de las luces suspendidas; focos luminosos y corrientes brillantes se forman y disuelven cambiando de lugar á impulso del movimiento jeneral, proyectando mil figuras fantásticas que aparecen, crecen, se ajitan y desaparecen, como sombras chinescas dibujadas en el dilatado lienzo de una inmensa linterna mágica.

Las mas curiosas escenas ofrecen á la imaginacion ancho campo á sus divagaciones.

El grande invernáculo es un salon iluminado en que se han dado cita las flores y plantas mas bellas de la tierra para lucir sus galas, como las luce en una noche de baile la mas apuesta hermosura femenil. A la luz misteriosa que despiden los farolillos de colores, la ardiente orchidea del Brasil se inclina lánguidamente hácia el hermoso bananero, mientras que el erguido lirio exhala su perfume y sus amores en torno de una bella flor blanca como un racimo de perlas. Tambien aquí el agua de una fuente se une á la luz y á los cristales para producir encantadores efectos, cayendo como una lluvia de rubies sobre el cáliz de las flores.

Mas allá un cantero que se ha visto repentinamente invadido

por las luces de Bengala, parece despertar de su sueño y se ve erguirse las flores en sus tallos y abrir su corola como para aspirar las emanaciones de este nuevo agente de vida.

¿Sucede acaso una desviación de la ley que rige á estos bellos habitantes de la tierra? No—son las flores: nocturnas que abren su cáliz y exhalan su aroma en las horas calladas de la noche, cuando los rayos del sol no las abruman y el rocío del cielo refresca sus pétalos delicados.

Entre tanto el bullicio de los hombres ha invadido el encantado recinto y mil parejas circulan por las calles, avenidas y galerías, rodeando los lagos y las fuentes, ocupando las glorietas, reclinándose en los sofás de verdura y en los rústicos sillones, ó formando grupos animados en el centro de los salones abovedados con el ramaje de los árboles: varias bandas de música llenan el aire de armonías; mientras en el café que limita los jardines por el Este, se sirven helados y refrescos en mesas colocadas bajo los emparrados, ó al derredor de canteros de flores.

Todo es animación, placer, felicidad.

Pero levanta la vista á las alturas—Todavía aquí hay un espectáculo que no hemos admirado. La negra silueta de la baranca resplandece iluminada por círculos de fuego, que parecen jirar suspendidos en el espacio por hilos invisibles: globos encendidos se balancean en medio de las sombras: guirnaldas de colores adornan los kioscos y pabellones que parecen mecerse entre el cielo y la tierra, mientras que constelaciones brillantes finjen bajar del firmamento para iluminar la escena. Por entre constelaciones, globos y fanales, crúzanse los chorros de agua lanzados por la fortaleza con que los arrojan los surtidores, cayendo desde cuarenta metros de altura, como proyectiles disparados por armas invisibles en una batalla fantástica en que combatieran los genios de las tinieblas, alumbrados por celestes antorchas.

Esas luces se ajitan; esas coronas de fuego se mecen al compás de las brisas, las aguas saltan bulliciosas; los fanales se reproducen en los lagos; los árboles jimen sacudidos por el viento; las músicas llenan el ambiente; botecillos y góndolas cargados de luces surcan el lago en todas direcciones; animados grupos circulan por las calles; se oye todo esto concierto; se sienten las emanaciones combinadas de las flores y el agua; se participa de la agitación, se palpa la vida.

¿Cómo espresar todo esto en la muda piedra ó el insensible madero que ha servido de plancha para grabar tanta belleza?

Esta es la impresion de un segundo, á la que le faltan los mil y mil cambiantes que embellecen el espectáculo: — es una sola de las infinitas faces que presenta el panorama, aislada, estereotipada, sin vida, como si en un momento dado y en uno de sus jiros mas bellos hubiera sido herida de inmovilidad.

Es menester ver para alcanzar la plenitud de su belleza — no hay descripcion capaz de haceros comprender tanta variedad y hermosura.

Estas fiestas de las que no queda sino el recuerdo fugaz en los que las presenciaron, son el mas bello adorno de la Esposicion y la manifestacion mas espléndida del envidiable talento y esquisito gusto del májico que produce todas estas maravillas, y que vive oculto, sin ser conocido del vulgo, en un rústico albergue perdido entre los árboles plantados por su mano: de Mr. Eujenio Berthault, cuyos servicios á la Esposicion y contraccion ejemplar, merecen el reconocimiento público.

III.

Los habitantes del litoral justamente preocupados con el vuelo que ha tomado el comercio de sus pueblos y los adelantos materiales que se han realizado merced á él, viven olvidados de que mas allá de la pampa hay espectáculos dignos de llamar su atencion.

Una esposicion en el centro del país, del otro lado del desierto, es cosa que no se comprendia y menos se creia, hasta que el palacio abrió sus puertas y se vieron arregladas en orden de categorias, y como en un dia de parada, á las catorce provincias representadas por sus artes, sus industrias y sus producciones naturales.

Hoy la Esposicion ha dado ya sus frutos, siendo el principal de ellos, la conciencia de la propia capacidad productora que ha adquirido el país, y el consiguiente crédito que ha cobrado ante el mundo.

Pero aun nos falta algo por hacer: ir á ver con nuestros propios ojos aquel prodijio realizado, para que todos podamos dar fé de lo que somos capaces, y creer en los destinos que

nos están reservados bajo los auspicios de la paz y del trabajo.

Cuenta el célebre Manzoni, que los campesinos del Milanesado al acercarse á su capital, se empuñan sobre la punta de sus piés, y tendiendo el cuello hácia la mole de mármol que se levanta en lontananza, esclaman con el respeto y la admiracion que tal maravillosa les causa: « *Ecco il Duomo* » y prosiguen su camino con el corazon satisfecho y el alma enorgullecida en presencia de la famosa Catedral.

Algo semejante debiera acontecer á los viajeros que llegan al borde de la barranca, y contemplan tendido á sus piés el hermoso valle en que se asienta la ciudad de Córdoba con sus templos y sus torres, pináculos y miradores, confundidos con los altivos álamos y corpulentos sauces que sombrean sus lagos y paseos desde hace medio siglo.

Por encima de todo este conjunto pintoresco se levanta aereo y elegante, coronado por banderas y estandartes que flotan al viento, el Palacio de la Esposicion, este nuevo *Duomo* de la civilizacion argentina, consagrado al jenio del siglo XIX, y al que acuden los sectarios del trabajo, llevando las primicias de sus industrias, para rendir culto á la relijion que hoy domina al mundo.

El viajero que llega á descubrirlo, debiera como el milanés, alzarse sobre sus piés para saludar con lejítimo orgullo el primer templo levantado en estos pueblos al progreso; y al ver como quedan oscurecidos á su lado los altos campanarios de la ciudad secular, sentirá que los tiempos han cambiado, pues que allí donde el jenio industrial detuvo el vuelo, se alza hoy triunfante y glorioso, dominando los monumentos de la Edad Media, y cobijando bajo sus alas los jérmenes de una nueva civilizacion y de un pueblo nuevo.

Diciembre 9 de 1874.—O. Ojeda.



DISERTACIONES MORALES Y FILOSÓFICAS

Progreso.

1.—«La humanidad es como un hombre que vive siempre, y progresa constantemente». (*Pascal.*)—Ella, con un pié asentado en el presente y otro estendido hácia el porvenir, marcha sin fatigarse, como impelida por el soplo de Dios, en busca del Eden prometido á sus esperanzas.

Cielo, tierra, animalidad, humanidad, el universo entero tiene una vida que se desarrolla y se manifiesta en el tiempo por una serie de jeneraciones continuas:—esta ley de desarrollo se llama la *ley del progreso*.

Así como el hombre, los seres orgánicos y la naturaleza; los pueblos tambien están en posesion de una vida propia, cuyo desenvolvimiento continuo constituye su progreso; porque la vida no es otra cosa en todo lo creado, que el ejercicio incesante de la actividad.

Todas las asociaciones humanas existen por el progreso y para el progreso, y la civilizacion misma no es otra cosa que el testimonio indeleble del progreso humanitario.

Todos los conatos del hombre y de la sociedad se encaminan á procurarse el bienestar que apetecen.

El bienestar de un pueblo está en relacion, y nace de su progreso.

«Vivir conforme á la ley de su ser, es el bienestar—Solo por medio del ejercicio libre y armónico de todas sus facultades, pueden los hombres y los pueblos alcanzar la aplicacion mas estensa de esta ley.» (*Jóven Europa*).

Un pueblo que no trabaja por mejorar de condicion, no obedece á la ley de su ser.

La revolucion para nosotros es el progreso. La América, creyendo que podia mejorar de condicion se emancipó de la España:—desde entonces entró en las vias del progreso.

Progresar es civilizarse, ó encaminar la accion de todas sus fuerzas al logro de su bienestar, ó en otros términos á la realizacion de la *ley de su ser*.

La Europa es el centro de la civilizacion de los siglos y del progreso humanitario.

La América debe por consiguiente estudiar el movimiento progresivo de la inteligencia europea; pero sin sujetarse ciegamente á sus influencias. El libre exámen, y la eleccion tocan de derecho y son el criterio de una razon ilustrada. Ella debe apropiarse todo lo que pueda contribuir á la satisfacaion de sus necesidades: debe, para conocerse y alumbrarse en su carrera, caminar con la antorcha del espíritu humano.

Cada Pueblo tiene su vida y su inteligencia propia. «Del desarrollo y ejercicio de ella, nace su mision especial; la cual concurre al lleno de la mision jeneral de la humanidad. Esta mision constituye la nacionalidad.—La nacionalidad es sagrada.» (*Jóven Europa*).

Un pueblo que esclaviza su inteligencia á la inteligencia de otro pueblo, es estúpido y sacrilego.

Un pueblo que se estaciona y no progresa, no tiene mision alguna, ni llegará jamás á constituir su nacionalidad.

Cuando la inteligencia americana se haya puesto al nivel de la inteligencia europea, brillará el sol de su completa emancipacion.—*Esteban Echeverria*.

Fraternidad.—Igualdad.—Libertad.

3.—«La fraternidad humana es el amor mutuo, ó aquella disposicion jenerosa que inclina al hombre á hacer á los otros lo que quisiera que se hiciese con él.» (*Jóven Europa*.)

Cristo la divinizó con su sangre, y los profetas la santificaron con el martirio.

Peró el hombre entonces era débil, porque vivia para sí

y solo consigo. La humanidad ó la concordia de la familia humana, concurriendo á idéntico fin, no existia.

Los tiranos y egoistas fácilmente ofuscaron con su soplo mortífero la luz divina de la palabra del Redentor, y pusieron, para reinar, en lucha al padre con el hijo, al hermano con el hermano, la familia con la familia.

Ciego el hombre y amurallado en su *yo* creyó justo sacrificar á sus pasiones el bienestar de los demas, y los pueblos y los hombres se hicieron guerra y se despedazaron entre sí como fieras.

«Por la ley de Dios y de la humanidad todos los hombres son hermanos. Todo acto de egoismo es un atentado á la fraternidad humana. (*Jóven Europa*).

El egoismo es la muerte del alma. El egoista no siente amor, ni caridad, ni simpatía por sus hermanos. Todos sus actos se encaminan á la satisfaccion de su *yo*; todos sus pensamientos y acciones jiran en torno de su *yo*; y el deber, el honor y la justicia son palabras huecas y sin sentido para su espíritu depravado.

El egoismo se diviniza y hace de su corazon el centro del universo. El egoismo encarnado son todos los tiranos.

Es del deber de todo hombre que conoce su mision, luchar cuerpo á cuerpo con él hasta aniquilarlo.

La fraternidad es la cadena de oro que debe ligar todos los corazones puros y verdaderamente patriotas:—sin esto no hay fuerza, ni union, ni patria.

Todo acto, toda palabra que tienda á relajar este vínculo es un atentado contra la patria y la humanidad.

Echemos un velo de olvido sobre los errores de nuestros antepasados; el hombre es falible. Pongamos en balanza justa sus obras, y veamos lo que hubieramos hecho en circunstancias idénticas.—Lo que somos y lo que seremos en el porvenir, á ellos se lo debemos. Abramos el santuario de nuestros corazones á los que merecieron bien de la patria y se sacrificaron por ella.

Los egoistas y malvados tendrán su merecido; el juicio de la posteridad los espera.—La divisa de la nueva jeneracion, es fraternidad.

«Por la ley de Dios y de la humanidad, todos los hombres son iguales.» (*Jóven Europa.*)

Para que la igualdad se realice, es preciso que los hombres se penetren de sus derechos y obligaciones mutuas.

La igualdad consiste en que esos derechos y deberes sean igualmente admitidos y declarados por todos, en que nadie pueda sustraerse á la accion de la ley que los formula, en que cada hombre participe igualmente del goce proporcional á su intelijencia y trabajo.—Todo privilejio es un atentado á la igualdad.

No hay igualdad, donde la clase rica se sobrepone, y tiene mas fueros que las otras.

Donde cierta clase monopoliza los destinos públicos.

Donde el influjo y el poder paralizan para los unos la accion de la ley, y para los otros la robustece.

Donde solo los partidos, no la nacion son soberanos.

Donde las contribuciones no están igualmente repartidas, y en proporcion á los bienes é industria de cada uno.

Donde la clase pobre sufre sola las cargas sociales mas penosas, como la milicia, etc.

Donde el último satélite del poder puede impunemente violar la seguridad y la libertad del ciudadano.

Donde las recompensas y empleos no se dan al mérito probado por hechos.

Donde cada empleado es un mandarin, ante quien debe inclinar la cabeza el ciudadano.

Donde los empleados son agentes serviles del poder, no asalariados y dependientes de la nacion.

Donde los partidos otorgan á antojo títulos y recompensas.

Donde no tiene merecimientos el talento y la probidad, sinó la estupidez rastrera y la adulacion.

Es tambien atentatorio á la igualdad, todo privilejio otorgado á corporacion civil, militar ó religiosa, academia ó universidad; toda ley escepcional y de circunstancias.

La sociedad ó el poder que la representa, debe á todos sus miembros igual proteccion, seguridad, libertad:—si á unos se la otorga y á otros no, hay desigualdad y tiranía.

La potestad social no es moral ni corresponde á sus fines, sinó protege á los débiles, á los pobres y á los me-

nesterosos, es decir, sinó emplea los medios que la sociedad ha puesto en su mano, para realizar la igualdad.

La igualdad está en relacion con las luces y el bienestar de los ciudadanos.

Ilustrar las masas sobre sus verdaderos derechos y obligaciones, educarlas con el fin de hacerlas capaces de ejercer la ciudadanía y de infundirlas la dignidad de hombres libres, protegerlas y estimularlas para que trabajen y sean industriosas, suministrarles los medios de adquirir bienestar é independenciam:—hé aqui el modo de elevarlas á la igualdad.

La única *jerarquía* que debe existir en una sociedad democrática, es aquella que trae su origen de la naturaleza y es invariable y necesaria como ella.

El dinero jamás podrá ser un título, sinó está en manos puras, benéficas y virtuosas. Una alma estúpida y villana, un corazon depravado y egoista, podrán ser favorecidos de la fortuna; pero ni su oro, ni los inciensos del mundo vil, les infundirán nunca lo que la naturaleza les negó,—capacidad y virtudes republicanas.

Dios, inteligencia suprema, quiso que para tener el hombre el señorío de la creacion y sobreponerse á las demas criaturas, descollase en razon é inteligencia.

La inteligencia, la virtud, la capacidad, el mérito probado:—hé aqui las únicas jerarquias de orfjen natural y divino.

La sociedad no reconoce sino el mérito atestiguado por obras. Ella pregunta al jeneral lleno de títulos y medallas ¿qué victoria útil á la patria habeis ganado?—Al mandatario y al acaudalado ¿qué alivio habeis dado á las miserias y necesidades del pueblo?—Al particular ¿por qué obras habeis merecido respeto y consideracion de vuestros conciudadanos y de la humanidad?—Y á todos en suma ¿en qué circunstancias os habeis mostrado capaces, virtuosos y patriotas?

Aquel que nada tiene que responder á estas preguntas, y manifiesta, sin embargo, pretensiones, y ambiciona supremacia, es un insensato que solo merece lástima ó menosprecio.

El problema de la igualdad social, está entrañado en este

principio—« A cada hombre segun su capacidad, á cada capacidad segun sus obras. » — (*Saint-Simon.*)

« Por la ley de Dios y de la humanidad todos los hombres son libres. »

« La libertad es el derecho que cada hombre tiene para emplear sin traba alguna sus facultades en el conseguimiento de su bienestar, y para elejir los medios que puedan servirle á este objeto. » — (*Jóven Europa.*)

El libre ejercicio de las facultades individuales, no debe causar estorsion ni violencia á los derechos de otro.—No hagas á otro lo que no quieras te sea hecho:—la libertad humana no tiene otros limites.

No hay libertad donde el hombre no puede cambiar de lugar á su antojo.

Donde no le es permitido disponer del fruto de su industria y de su trabajo.

Donde tiene que hacer al poder el sacrificio de su tiempo y de sus bienes.

Donde puede ser vejado é insultado por los sicarios de un poder arbitrario.

Donde sin haber violado la ley, sin juicio previo ni forma de proceso alguno, puede ser encarcelado ó privado del uso de sus facultades físicas ó intelectuales.

Donde se le coarta el derecho de publicar de palabra ó por escrito sus opiniones.

Donde se le impone una relijion y un culto distinto del que su conciencia juzga verdadero.

Donde se le pueda arbitrariamente turbar en sus hogares, arrancarle del seno de su familia, y desterrarle fuera de su patria.

Donde su seguridad, su vida y sus bienes, están á merced del capricho de un mandatario.

Donde se le obliga á tomar las armas sin necesidad absoluta, y sin que el interés jeneral lo exija.

Donde se le ponen trabas y condiciones en el ejercicio de una industria cualquiera, como la imprenta, &c. — *Esteban Echeverría.*

El honor y el sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social.

3.—La moral regla los actos del hombre privado: el honor, los del hombre público.

La moral pertenece al fuero de la conciencia individual, y es la norma de la conducta del hombre con relacion á sí mismo, y á sus semejantes. El honor entra en el fuero de la conciencia del hombre social, y es la norma de sus acciones con relacion á la sociedad.

Existe cierto desacuerdo entre algunos preceptos evangélicos y la organizacion actual de las sociedades.

Hay ciertas acciones que la moral aprueba en el hombre privado y reprueba en el hombre público. Es por lo mismo necesario adoptar la palabra honor, la cual vulgarmente se aplica al hombre público que se conduce con honradez y probidad, puesto que ella designa la moralidad en los actos.

El honor y la moral son dos términos idénticos que conducen á idéntico resultadó.

La moral será el dogma del cristianismo y del hombre privado; el honor, el dogma del ciudadano y del hombre público.

El hombre de honor no traiciona los principios.

El hombre de honor es veraz, no falta á su palabra, no viola la relijion del juramento; ama lo verdadero y lo justo; es caritativo y benéfico.

El hombre de honor no prevarica, tiene rectitud y probidad, no vende sus favores cuando se halla elevado en dignidad.

El hombre de honor es buen amigo, no traiciona al enemigo que viene á ponerse bajo su salvaguardia, el hombre de honor es virtuoso, buen patriota y buen ciudadano.

El hombre de honor detesta la tiranía porque tiene fé en los principios, y no es egoista:—la tiranía es el egoismo encarnado.

El hombre de honor se sacrifica, si es necesario, por la justicia y la libertad.

No hay honor ni virtud sin sacrificio; ni habrá lugar al sacrificio permaneciendo en la inacción.

El que no obra cuando el honor lo llama, no merece el título de hombre.

El que no obra cuando la patria está en peligro, no merece ser hombre ni ciudadano.

La virtud de las virtudes es la acción encamijada al sacrificio.

El sacrificio es aquella, disposición jenerosa del ánimo, que lleva al hombre á consagrar su vida y facultades, ahogando á menudo las sugestiones de su interés personal y de su egoismo, á la defensa de una causa que considera justa; al logro de un bien común á su patria y á sus semejantes; á cumplir con sus deberes de hombre y de ciudadano siempre y á pesar de todo; y á derramar su sangre si es necesario para desempeñar tan alta y noble misión.

Todo hombre, pues, tiene una misión.—Toda misión es obligatoria.

Solo es digno de alabanza el que conociendo su misión, está siempre dispuesto á sacrificarse por la patria, y por la causa santa de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Solo es acreedor á gloria, el que trabaja por el progreso y bienestar de la humanidad.

Solo se granjea respeto y consideraciones, el que cifra su valer en su capacidad y virtudes.

«Sabeis que aquellos que se creen mandar á las jentes, se enseñorean de ellas, y los príncipes de ellas tienen potestad sobre ellas.»

«Mas no es así entre vosotros, antes el que quisiere ser el mayor será vuestro criado.»

«Y el que quisiere ser el primero entre vosotros, será siervo de todos.»

«Porque el hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos.»—*(San Mateo.)*

La doctrina de Cristo es la nuestra, porque es la doctrina de salud y redención.

El que quiera sobreponerse, se sacrificará por los demás.

El que quiera ver ensalzado su nombre, buscará por pedestal el corazón de sus ciudadanos.

El que ambicione gloria, la fabricará con la acción intensa de su inteligencia y sus brazos.

La libertad no se adquiere sino á precio de sangre.

«La libertad es el pan que los pueblos deben ganar con el sudor de su rostro.»—(*Lamennais.*)

El egoísmo labra para sí, el sacrificio para los demás.

El sacrificio es el decreto de muerte de las pasiones egoístas.—Ellas han traído las guerras, los desastres y la tiranía al suelo de la patria. Solo sacrificándonos lograremos redimirla, emular las virtudes de los que la dieron ser, y conquistar nobles lauros.—*Esteban Echeverría.*

Gloria y reputación.

4.—Hay grande diferencia entre *gloria* y *reputación*.—El que quiere reputación, la consigue. Ella se encuentra en un título, en un grado; en un empleo, en un poco de oro, en un vaivén del acaso, en aventuras personales, en la lengua de los amigos y de la lisonja rastrera.

La reputación es el humo que ambicionan las almas mezquinas y los hombres descorazonados.

Pero la reputación va á parar á menudo á un mismo féretro con el que la poseyó, y en un día se convierte en humo, polvo y nada.—En vano grabará la vanidad sobre la lápida que la cubre un *nombre*. Ese nombre nadie lo conoce, es un enigma que nadie entiende, es algo que fué y dejó de ser, como cualquier animal ó planta; sin que se sepa para qué lo vació Dios en el molde del hombre, y estampó en su frente la dignidad de la razón y la inteligencia.

La gloria es distinta. La gloria es como planta perenne, cuyo verdor nunca amarillea. La gloria echa raíces tan profundas, que llegan al corazón de la tierra, y se levanta á las nubes incontrastable como el cedro del Líbano.

La gloria prende y se arraiga en todos los corazones: la gloria es el himno perpetuo de alabanza que consagra un pueblo ó la humanidad reconocida al ingenio, á la virtud y al heroísmo.

La gloria es la riqueza del grande hombre adquirida con el sudor de su rostro.

Grande hombre es aquel que, conociendo las necesidades de su tiempo, de su siglo, de su país, y confiando en su fortaleza, se adelanta á satisfacerlas; y á fuerza de teson y sacrificios, se labra con la espada ó la pluma, el pensamiento ó la accion, un trono en el corazon de sus con-ciudadanos ó de la humanidad.

Grande hombre, es aquel cuya vida es una serie de hechos y triunfos, de ilusiones y desengaños, de agonías y deleites inefables, por alcanzar el alto bien prometido á sus esperanzas.

Grande hombre, es aquel cuya personalidad es tan vasta, tan intensa y activa, que abraza en su esfera todas las personalidades humanas, y encierra en si mismo - en su corazon y cabeza, todos los jérmenes inteligentes y afectivos de la humanidad.

Grande hombre, es aquel que el dedo de Dios señala entre la muchedumbre para levantarse y descollar sobre todos por la omnipotencia de su Jenio.

El grande hombre puede ser guerrero, estadista, lejislador, filósofo, poeta, hombre científico.

Solo el Jenio es, supremo despues de Dios. La supremacia del Jenio constituye su gloria, y el apoteosis de la razon. El Jenio es la razon por escelencia.

Toda otra supremacia no es mas que vanidad pueril, ignorancia sin seso. Pero desde la altura donde el Jenio se sienta como soberano, hasta la mas infima grada de la sociedad, háy mil escalones donde pueden colocarse otras tantas glorias tambien lejítimas, pero mas humildes: hay mil lugares para el hombre de mérito; mil lauros que puede ambicionar la capacidad, la virtud y el heroismo, con tal que marchen por la senda del honor, y lleven siempre al frente de sus pretensiones, el titulo lejítimo que las sanciona.

Ambicion lejítima es aquella que se ajusta á la ley, y marcha á sus fines por la senda que ella traza. Toda otra ambicion, no es mas que el frenesí de las mas innobles pasiones, cubierto con la máscara del verdadero mérito.

El que se siente capaz de hacer una cosa, de llevar á cabo una grande empresa, de ocupar un puesto elevado, de-

be ambicionarlo; pero sin hollar la ley ni la justicia, ni emplear los medios reservados á la incapacidad y la malicia.

La astucia es un instinto animal que poseen en alto grado los hombres que carecen de intelijencia, y el cual emplean sin rubor para llegar á sus depravados fines.

La virtud y la capacidad marchan á cara descubierta: la hipocresía y la estupidez se la cubren.

No hay gloria individual legitima, sin estas condiciones.—
Esteban Echeverria.

Emancipacion social americana.

5.—En la emancipacion social de la patria está vinculada su libertad.

La emancipacion social americana solo podrá conseguirse, repudiando la herencia que nos dejó la España, y concretando toda la accion de nuestras facultades al fin de constituir la sociabilidad Americana.

La sociabilidad de un pueblo se compone de todos los elementos de la civilizacion:—del elemento político, del filosófico, del religioso, del científico, del artístico, del industrial.

La Política Americana tenderá á organizar la democracia, ó en otros términos la igualdad y la libertad, asegurando, por medio de leyes adecuadas, á todos y cada uno de los miembros de la asociacion, el mas amplio y libre ejercicio de sus facultades naturales. Ella reconocerá el principio de la independencia y soberanía de cada pueblo, trazando con letras de oro en la empinada cresta de los Andes, á la sombra de todos los Estandartes Americanos, este emblema divino;—*la nacionalidad es sagrada*. Ella fijará las reglas que deben reijir sus relaciones entre sí, y con los demas pueblos del mundo.

La Filosofía reconoce á la razon individual como único juez de todo lo que toca al individuo; y á la razon colectiva, ó al *consensus* jeneral como al árbitro soberano de todo lo que atañe á la sociedad.

La Filosofía en la asociacion, procurará establecer el pacto de alianza de la razon colectiva, del ciudadano y de la patria.

La Filosofía ilumina la fé; explica la religión y la subordina también á la ley del progreso.

La Filosofía en la naturaleza inerte, busca la ley de su jeneracion; en la animalidad, la ley del desarrollo de la vida de todos los seres; en la historia, el hilo de la tradición progresiva de cada pueblo y de la humanidad; y por consiguiente, la manifestación de los designios de la Providencia: en el Arte, busca el pensamiento individual y el pensamiento social, los cuales confronta y explica; ó en términos metafísicos, la expresión armoniosa de la vida finita y contingente, y de la vida absoluta, infinita, humanitaria.

La Filosofía sujeta á las leyes racionales la industria, y el trabajo material del hombre.

La Filosofía, en suma, es la ciencia de la vida en todas sus manifestaciones posibles, desde el mineral á la planta, desde la planta al insecto infusorio, desde el insecto al hombre, desde el hombre á Dios.

La Filosofía es el ojo de la inteligencia examinando é interpretando las leyes necesarias que rijen al mundo físico y moral, ó al universo.

La Religión es el cimiento moral sobre que descansa la sociedad, el bálsamo divino del corazón, la fuente pura de nuestras esperanzas venideras, y la escala mística por donde suben al cielo los pensamientos de la tierra.

La Ciencia enseña al hombre á conocerse á sí mismo, á penetrar los misterios de la naturaleza, á levantar su pensamiento al Creador, y á encontrar los medios de mejora y perfección individual y social.

El Arte abarca en sus divinas inspiraciones todos los elementos morales y afectivos de la humanidad;—lo bueno, lo justo, lo verdadero, lo bello, lo sublime, lo divino; la individualidad y la sociedad, lo finito y lo infinito; el amor, los sentimientos, las visiones del alma, las intuiciones mas vagas y misteriosas de la conciencia; todo lo penetra y abarca con su espíritu profético; todo lo mira al través del brillante prisma de su imaginación, lo anima con el soplo de fuego de su palabra jeneratriz, lo embellece con los lucidos colores de su paleta, y lo traduce en inefables ó sublimes armonías. El canta el heroísmo y la libertad, y solemniza todos los grandes actos, tanto internos como externos de la vida de las naciones.

La Industria pone en manos del hombre los instrumentos para domeñar las fuerzas de la naturaleza, labrarse su bienestar, y conquistar el señorío de la creación.

Política, filosofía, ciencia, religión, arte, industria,—todo deberá encaminarse á la democracia, ofrecerle su apoyo, y cooperar activamente á robustecerla y cimentarla.

En el desarrollo natural, armónico y completo de estos elementos, está enumerado el problema de la emancipación del espíritu Americano.—*Esteban Echeverría*.

La justicia y la libertad.

6.—El labrador soporta el peso del día, espónese á la lluvia, al sol, á los vientos, para preparar con su trabajo la cosecha que ha de llenar por otoño sus graneros.

La justicia es la cosecha de los pueblos.

Levántase el artesano antes del alba, y enciende su pobre lámpara, y afanase sin cesar para ganar un poco de pan que le alimente á él y á sus hijos.

La justicia es el pan de los pueblos.

No rehusa el mercader tarea alguna, ni se queja de ningún trabajo; desgasta su cuerpo, y olvida el sueño á fin de acumular riquezas.

La libertad es la riqueza de los pueblos.

Cruza el marinero los mares, entrégase á las olas y á las tempestades, aventúrase entre escollos y sufre el frío y el calor, á fin de proporcionarse algún descanso para la vejez.

La libertad es el descanso de los pueblos.

Sujétase el soldado á las más duras privaciones, vela y pelea, y da su sangre por lo que llama gloria.

La libertad es la gloria de los pueblos.

Si hay en la tierra un pueblo que estime en menos la justicia y la libertad que el labrador su cosecha, el artesano un pedazo de pan, el mercader las riquezas, el marinero el descanso, y el soldado la gloria, levantad en derredor de ese pueblo una altísima muralla, á fin de que su aliento no inficione el resto de la tierra.

Quando luzca el gran día del juicio final de los pueblos,

serále dicho: ¿qué hiciste de tu alma? No ha sido vista de ella ni señal ni huella. Todo lo han sido para ti los golpes del bruto. Has gustado del lodo, anda á podrirte en el lodo.

Y por lo contrario, el pueblo que por encima de los bienes materiales haya colocado en su corazón los bienes verdaderos, que para conquistarlos no haya perdonado medio ni fatiga, trabajo ni sacrificio, oirá estas palabras:

A los que tienen alma, la recompensa de las almas. Por cuanto has amado mas que todas las cosas la libertad y la justicia, ven y posee para siempre la justicia y la libertad. — *Lamennais.*

Amaos y ayudaos los unos á los otros.

7. — Cuando un árbol está solo, bátenle los vientos y desnúdanle de sus hojas; y sus ramas, en vez de elevarse, se inclinan como si buscasen la tierra.

Cuando una planta está sola, no hallando abrigo contra el ardor del sol, se seca, se marchita y muere.

Cuando el hombre está solo, el viento del poder le inclina hácia el suelo, y la ardiente codicia de los grandes de este mundo absorbe la savia que le alimenta.

No imiteis pues á la planta ni al árbol que están solos; empero, unios los unos con los otros y allégaos y cobijaos mutuamente.

En tanto que viviereis desunidos, y que no pensare cada cual sino en sí, nada podeis esperar sino sufrimiento y dolor, desdicha y opresion.

¿Hay cosa mas débil que el gorrion y mas inerme que la golondrina? Cuando aparece, sin embargo, el ave de rapiña, las golondrinas y los gorriones logran ahuyentarla aunándose en derredor suyo y persiguiéndola de consuno.

Tomad ejemplo del gorrion y de la golondrina.

A aquel que se separa de sus hermanos, síguele el temor cuando anda, siéntase á su lado cuando descansa, y ni aun durante el sueño le abandona.

Si os preguntan pues: ¿Cuántos sois? Responded: So-

mos uno; porque nuestros hermanos somos nosotros, y nosotros nuestros hermanos.

Dios no ha criado ni pequeños, ni grandes, ni amos, ni esclavos, ni reyes, ni vasallos; sinó que ha hecho á todos los hombres iguales.

Empero, entre los hombres, háilos que tienen mas fuerza ó de ánimo, ó de voluntad; y esos son quienes tratan de avasallar á los demas, quando el orgullo ó la codicia sofoca en ellos el amor de sus hermanos.

Y Dios sabía que habia de ser así, y por eso mandó á los hombres que se amasen, á fin de que estuviesen unidos, y que los débiles no cayesen jamás bajo la opresion de los fuertes.

Porque aquel que es mas fuerte que uno solo, será menos fuerte que dos; y aquel que es mas fuerte que dos, será menos fuerte que cuatro; y de esa suerte nada temerán los débiles, cuando, amándose los unos á los otros, estén sinceramente unidos.

Un hombre transitaba por la montaña, y llegó á un sitio en que un enorme peñasco, que se habia desgajado sobre el camino, le llenaba y obstruía, y fuera de aquel camino no habia otra salida, ni á derecha ni á izquierda.

Este hombre, pues, viendo que no podia proseguir el viaje comenzado, á causa del peñasco, probó á moverle para abrirse paso, y fatigóse mucho en aquel trabajo, y todos sus esfuerzos fueron vanos.

Viendo lo cual, sentóse agobiado de tristeza, y dijo: ¿Qué será de mí cuando la noche llegue y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna, en la hora en que las fieras salgan á buscar su presa?

Y estando embebecido en este pensamiento, otro viajero sobrevino, el cual, habiendo hecho lo que habia hecho el primero, y habiéndose encontrado tan impotente como él para mover la piedra, sentóse taciturno é inclinó la cabeza.

Y despues de este segundo llegaron otros, y ninguno pudo mover el peñasco, y era grande el temor que todos tenían.

Por fin, uno de ellos dijo á los demas: Hermanos míos, enderecemos nuestros ruegos á nuestro Padre comun que está en el cielo: tal vez tenga piedad de nosotros en esta congoja.

Y fueron escuchadas estas palabras, y oraron de corazón al Padre común que está en el cielo.

Y cuando hubieron orado, el que había dicho: Oremos, dijo también: Hermanos míos, lo que ninguno de nosotros ha podido hacer solo, ¿quién sabe si no lo haremos todos juntos?

Y pusiéronse en pié, y todos á una empujaron el peñasco, y el peñasco cedió, y prosiguieron en paz el viaje interrumpido.

El viajero es el hombre, el viaje es la vida, el peñasco son las miserias que encuentra á cada paso en su camino.

Ningun hombre podría remover solo ese peñasco; pero Dios ha graduado su peso de tal suerte, que no detiene jamás á aquellos que viajan juntos.—*Lamennais*.

El mundo real.

•.—Lo que vuestros ojos ven, lo que tocan vuestros manos no son sinó sombras, y el sonido que hiera vuestro oído no es sinó un eco grosero de la voz interior y misteriosa que adora y ruega y jime en el seno de la creación.

Porque toda criatura jime, toda criatura pugna por nacer á la vida verdadera, por pasar de las tinieblas á la luz, de la región de las apariencias á la de las realidades.

Ese sol tan brillante, tan hermoso, no es sinó el ropaje, el emblema oscuro del verdadero sol, que alumbraba y vivifica las almas.

Esta tierra, tan rica y verdeada, no es sinó la pálida mortaja de la naturaleza; porque la naturaleza, también degenerada, ha bajado al sepulcro, como el hombre, pero como él para renacer.

Debajo de esa densa vestimenta del cuerpo, semejais á un viajero, que en su tienda de campaña, y ya cerrada la noche, ve, ó cree ver pasar fantasmas.

El mundo real está velado para vosotros. El que se recoja dentro de sí mismo le entreve como á lo lejos. Secretas influencias que duermen dentro de él despiértanse un momento, sollevantan una punta del velo que el tiempo

tiene con su mano rugosa, y encuéntrase su vista interior absorta en las maravillas que contempla.

Vosotros estais tambien en la orilla del Océano de los seres; no penetráis, empero, sus honduras. Caminais á la caída de la tarde á orillas del mar, y solo divisais un poco de espuma que arrojan las oleadas en la playa.

¿Con qué otra cosa os compararé?

Sois como la criatura en el seno de la madre, que espera la hora del nacimiento: como el insecto alado en el gusano reptil, anhelando salir de esta cárcel terrenal, para tomar vuestro vuelo hácia el Empireo.—*Lumennais.*

La palabra de Dios.

●.—Cuando despues de larga sequía cae una lluvia suave sobre la tierra, bebe esta ansiosa el agua del cielo, que la refresca y la fecunda.

Así tambien las naciones sedientas beberán con ansia la palabra de Dios, cuando caiga sobre ellas, á semejanza de vivificante rocío.

Y la justicia y el amor, y la paz y la libertad jermi-rán en su seno

Y será como en los tiempos en que eran todos hermanos, y no se oirá ya mas la voz del aino, ni la voz del esclavo, los jenídos del pobre ni los sollozos de los oprimidos, sino cánticos de alegría y de bendicion.

Los padres dirán á sus hijos: Nuestros primeros días han sido conturbados, y llenos de lágrimas y agonias. El sol ahora sale y se pone testigo de nuestro gozo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán las madres á sus hijas: Contemplad nuestras frentes, ahora tan serenas: el pesar, el dolor, la inquietud las marcaron en otro tiempo con hondos surcos. Las vuestras semejan á la superficie de un lago, cuando en la primavera ningun viento la riza. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán los mancebos á las virjenes: Bellas sois como las flores del campo, puras como el rocío que las refresca, como la luz que las tiñe. Dulce nos es ver á nuestros padres,

y dulce estar cabe á nuestras madres; empero, cuando os vemos y cuando paramos á vuestro lado, sentimos en nuestras almas una sensacion, que solo tiene nombre en el cielo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y responderán las vírjenes: Ajanse las flores y pasan: dia llega con que ni el rocío las refresca, ni la luz las tñe. En la tierra solo la virtud ni se marchita ni pasa. Nuestros padres son como la espiga que se hincha de grano por el otoño, y nuestras madres como la vid, que se carga de fruto. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!—*Lamennais*.

Trabajos estériles y trabajos fecundos.

10.—¿Creeis que el buey criado en el establo para uncir al yugo, y cebado despues para el matadero, sea mas envidiable que el toro que busca libre su pasto por el campo?

¿Creeis que el caballo ensillado y embridado, que encuentra siempre abundante forraje en el pesebre, goce de mejor suerte que el caballo padre que libre de toda traba galopa por el campo sueltamente?

¿Creeis que el capon, al cual arrojan el grano en el corral, sea mas dichoso que la paloma torcaz que á la mañana no sabe aun en donde ha de encontrar el alimento de cada dia?

¿Creeis que él que tranquilo se pasea en uno de esos sotos que llaman reinos, lleve vida mas dulce que el fujitivo que de monte en monte, y de peñasco en peñasco, se anda henchido el corazon con la esperanza de crearse' una patria?

¿Creeis que el siervo imbécil, sentado á la mesa de su señor, saborea muy mas sus manjares delicados, que el soldado de la libertad su pedazo de pan negro?

¿Creeis que el que duerme con la sogá al cuello sobre la paja que le ha estendido el amo, goce sueño mejor que aquel que, despues de haber peleado durante el dia para

no depender de nadie, descansa algunas horas en la noche sobre el suelo en un rincón de una heredad?

¿Creeis que el cobarde, que arrastra por todas partes la cadena del esclavo, viva menos cargado que el hombre de corazon que arrastra los grillos del prisionero?

¿Creeis que el hombre tímido que espira en su lecho, sofocado por el aire corrompido que rodea á la tiranía, tenga una muerte mas envidiable que el hombre animoso que devuelve á Dios en el patíbulo su alma, libre, como de él la recibió?

El trabajo existe en todas partes, y en todas partes el sufrimiento; solo que hay trabajos estériles y trabajos fecundos, sufrimientos infames y gloriosos sufrimientos.—*Lamennais*.

El desterrado.

■ ■.—Ibase errante por la tierra. ¡Dios guie al pobre desterrado!

He pasado por medio de los pueblos, y me han mirado, y yo los he mirado, y no nos hemos conocido. El desterrado en todas partes está solo.

· Cuando á la caída del día veia elevarse del fondo de algun valle el humo de tal cual cabaña, decíame á mi mismo: Dichoso aquel que encuentra á la noche el hogar doméstico, y se sienta en él en medio de los suyos. El desterrado en todas partes está solo.

¿Adónde van esas nubes que barre la tempestad? La tempestad me despide como á ellas: ¿y qué me importa dónde? El desterrado donde quiera está solo.

Esos árboles son hermosos, bellas son esas flores; pero no son las flores ni los árboles de mi país; nada me dicen. El desterrado donde quiera está solo.

Ese arroyo corre mansamente por la llanura, pero su murmullo no es el murmullo que en mi infancia oia: no trae á mi alma recuerdo ninguno. El desterrado donde quiera está solo.

Dulces son esos cantares; pero los contentos y las penas

que renuevan no son ni mis contentos ni las penas mias.
El desterrado donde quiera está solo.

He visto ancianos rodeados de párvulos, como el olivo de sus vástagos; pero ninguno de aquellos ancianos me llamaba hijo, ninguno de aquellos párvulos me llamaba hermano. El desterrado donde quiera está solo.

He visto virgenes sonreirse, con sonrisa tan pura como las auras de la mañana, á la vista de aquel á quien habia escogido amar para su esposo. Pero ni una sola entre ellas se me ha sonreido. El desterrado donde quiera está solo.

He visto mancebos, pecho con pecho, abrazarse como si de dos vidas hubieran querido hacer una sola; pero ni uno me ha apretado la mano. El desterrado donde quiera está solo.

No hay amigos, esposas, padres y hermanos sinó en la patria. El espatriado donde quiera está solo.

¡Pobre desterrado! cesa de jimir: todos están desterrados como tú; todos ven pasar y desvanecerse ante sus ojos padres, hermanos, esposas, amigos.

La patria no esta aquí abajo; en vano la busca el hombre; lo que cree su patria, no es sinó un albergue para pasar la noche.

Vase errante por la tierra; ¡Dios guie al pobre desterrado!—
Lamennais.

La oracion.

1.

1.º.—Solo, entre todos los seres aquí abajo, el hombre ora. Entre sus instintos morales, no hay otro mas natural, mas universal, mas invencible que la oracion. El niño la acoge dócil y presuroso; el anciano se repliega en ella como en un refugio contra la decadencia y el aislamiento. La oracion sube de por sí á los tiernos labios que apenas balbucean el nombre de Dios y á los labios moribundos que no tienen ya fuerzas para pronunciarlo. En todos los pueblos, célebres ú oscuros, civilizados ó bárbaros, hállase á cada paso actos y fórmulas de invocacion. En todas partes donde viven hombres, en ciertas circunstancias, á ciertas horas, bajo el imperio de ciertas impresiones del alma, álzanse los ojos, júntanse las manos, dobléganse las rodi-

llas, para implorar ó dar gracias, para adorar ó aplacar. Con arrobamiento ó temblor, públicamente ó en el secreto del corazon, á la oracion es á quien se dirige el hombre, como último recurso, para colmar los vacios de su alma ó sobrellevar el peso de su destino; en la oracion es donde busca, cuando todo le falta, apoyo para su debilidad, consuelo en sus dolores, esperanza para su virtud.

Nadie desconoce el valor moral é interior de la oracion, independientemente de su eficacia en cuanto á su objeto. Por el solo hecho de orar, el alma se alivia, se levanta, se sosiega, se fortifica; experimenta, al dirigirse hácia Dios, ese sentimiento de vuelta á la salud y al reposo que se derrama por el cuerpo cuando pasa de un aire tempestuoso y pesado á una atmósfera serena y pura. Dios viene en ayuda á los que le imploran, antes y sin que sepan si los oirá.—*Guizot*.

2.

Quando habeis orado ¿no sentís vuestro corazon mas aliviado y vuestra alma mas contenta?

La oracion torna la afliccion ménos dolorosa, y el gozo mas puro: préstale á esa dulzura y cordiales, y á este un perfume celeste.

¿Qué haceis en la tierra? ¿no teneis nada que pedir, al que os puso en ella?

Sois un viajero que busca su patria.

No camineis con la cabeza inclinada: es preciso levantar los ojos para reconocer el camino.

Vuestra patria es el cielo; y cuando mirais al cielo ¿no pasa nada dentro de vosotros? ¿ó es mudo por ventura ese deseo?

Háilos que dicen: ¿para qué orar? Dios es harto superior á nosotros para escuchar tan mezquinas criaturas.

Mas ¿quién ha hecho esas mezquinas criaturas, quién les ha dado el sentido, y el pensamiento, y la palabra, sinó Dios?

Y si tan bueno ha sido para con ellas ¿era por ventura para abandonarlas despues y rechazarlas lejos de sí?

En verdad, yo os lo digo, todo aquel que dice en su corazon que Dios desprecia sus obras, blasfema á Dios.

Otros hay que dicen: ¿A qué fin orar? ¿no sabe Dios por ventura mejor que nosotros lo que nos hace falta?

Dios sabe mejor que nosotros lo que nos hace falta, y por eso mismo quiere que le pidais; porque es él mismo, y todo él vuestra primera necesidad, y rogar á Dios es empezar á poseer á Dios.

El padre conoce las necesidades de su hijo. ¿Y será bueno sin embargo que solo por eso no tenga nunca el hijo dispuesta una palabra de súplica y una accion de gracias para su padre?

Quando los animales sufren, cuando temen, ó cuando padecen hambre, lanzan gritos lastimeros. Esos gritos son el ruego que dirijen á Dios, y Dios los escucha. Por ventura, ¿seria el hombre en la creacion el único ser cuya voz no hubiese de elevarse nunca hasta el Criador?

A veces pasa sobre las campiñas un viento que seca las plantas, y véñse entónces sus vástagos marchitos inclinarse hácia la tierra; humedecidos, empero, por el rocío, recobran su frescura, y alzan de nuevo su lánguida cabeza.

Siempre existen vientos abrasadores que pasan sobre el alma del hombre, y la marchitan. La oracion es el rocío que la reanima.—*Lamennais*.

La ley universal.

13.—Volved los ojos hácia el mundo: todo es combate, todo es diverso, todo pasa, todo es arrebatado en él. La vida no aparece sino para ser en el acto absorbida por la muerte, y, de la muerte, se ve surgir de nuevo é incesantemente la vida. Como un torrente que descende con impetuosidad de las montañas y corre á arrojarse al mar, las olas empujan á las olas; no puedo fijarlas un instante bajo mi mirada sin que las arrebate la corriente; no obstante, ellas pasan, y el torrente permanece. Nuevas olas suceden siempre á la ola que ha huido, y ni la fuente inagotable cesa de producirlas, ni la mar de absorverlas.

¿No hay acaso nada estable en esa corriente? ¿nada que atestigüe el designio de Dios? Por sobre todos estos fenómenos, observo ya la ley que impera. Cada criatura, que vive un instante en la superficie de este globo, y luego abona con sus restos la tierra que la ha nutrido, desaparece, sin dejar huellas de su ser: pero, mientras vive, sus formas, sus instintos, sus

acciones, su destino, son determinados por una ley constante; muerta esta criatura, otros seres, pertenecientes á la misma especie, sometidos á las mismas leyes, reproduciendo los mismos caractéres, viven sobre su tumba, y perpetuan su nombre y familia. Así aparece la regla en el desórden, la unidad en la variedad, la paz en la lucha, la vida en la muerte; y la majestuosa simplicidad de la ley, domina y gobierna la infinita variedad de los fenómenos.

¿En dónde se halla esta ley? La constato por inducciones, la espreso en una fórmula científica; pero, ¿no es acaso ella mas que una fórmula? ¿No es por ventura mas que una abstracción? Ella es verdadera, ella es lo verdadero. Cada ser, que Dios siembra en el espacio, lleva en sí mismo su ley, por manera que la especie está en cada individuo. Cada sustancia individual es hecha para desarrollarse, segun la ley que constituye y gobierna toda la especie, y su desarrollo es infalible como la ley misma emanada de Dios, si los alimentos y las condiciones de existencia no le faltan. Tomad una bellota: la encina está allí; depositadla en la tierra y confiadla á la mano que gobierna los vientos y hace manar el rocío; luego fermenta, se entreaubre, hace brotar jérmes y raíces, busca con unos la superficie del suelo, húndese con las otras mas profundamente en la tierra, yendo á buscar por todas partes jugos alimenticios. Andando el tiempo, lo que no era mas que un arbusto, se lanza, erguido, cubriéndose de hojas y llegando á ser inmensa encina. ¿En dónde está la fuerza que reúne, en ese sistema que se llama una encina, las partes de que está formada? Está en la sustancia constitutiva de la encina, depositaria de la ley y forma jeneral de la especie. Si echais en el mismo agujero de tierra, si regais con la misma agua, si cuidais con igual esmero dos semillas; cuya diversidad no pueden percibir vuestros ojos ayudados por los mejores instrumentos, ¿por qué dará la una solo orijen á una hebra de yerba, mientras producirá la otra un árbol corpulento? Es porque la vida está virtualmente en toda semilla con todas sus condiciones y todas sus leyes. Nosotros, espectadores del mundo, leemos las leyes en los efectos, cuando es en la sustancia que Dios las escribe.

Así cumple su ley todo ser, en su rango, bajo la mano de Dios, sin apartarse jamás de la línea prescrita, conspirando todos los seres juntos, por una sublime y constante armonía,

á la unidad del universo ; porque cada uno de ellos ha sido organizado, no solamente para alcanzar un desarrollo regular y no desaparecer de la superficie de la tierra antes de haberse reproducido en otro individuo de misma especie, sino para concurrir con todos los individuos de las otras especies al cumplimiento de un plan jeneral que señala á cada uno de ellos su papel á parte y su destino.

Un solo ser, y este es el hombre, soy yo mismo, ha sido colocado por el creador en una condicion diferente. Dios ha hecho de mí, no solamente un actor, sino un espectador del mundo. Me he dado una ley, como á las demás criaturas, si bieu me ha dejade libre de transgredirla ó seguirla. Me ha hecho depositario y dueño de mi destino.

Veo pues en mí mismo, leo en el fondo de mi conciencia la ley que el resto del mundo sigue á ciegas. No es solamente mi ley la que veo en ella, sino todas las leyes, porque Dios nada quiere que no sea análogo. Me ha hecho intelijente para que conozca mi destino, sensible para que lo ame, libre para que lo cumpla.

Sea cual fuere, por otra parte, mi destino, conozco ya sus rasgos mas jenerales, desde que conozco el destino del mundo. Soy hecho para tender hácia Dios, como todos los seres, y para favorecer, en todos los demás seres, el cumplimiento jeneral de mi destino idéntico.

De ahí en mi intelijencia, tres facultades : la una, que se dirige hácia Dios, la otra, hácia mí, y la tercera, hácia el mundo ; la razon, la conciencia y la percepcion. De ahí en mi sensibilidad ó en mi corazon, tres amores : el amor de Dios, el amor de sí, el amor de los hombres.

Hay en mi intelijencia una facultad que acompaña el ejercicio de todas las otras : es la conciencia ; y hay en mi sensibilidad un amor que jamas se olvida : es el amor de sí. Como nada puedo afirmar sin afirmarme á mí mismo, no puedo cesar, por mas que haga, de querer mi propia dicha.—*Julio Simon.*

Presencia de Dios.

14.—O Dios! Siento por do quiera tu presencia en la naturaleza. Por do quiera donde miro, veo tu huella luminosa. Tú no estás solamente en esos espacios lejanos donde brillan la luz y las estrellas: estás en el valle esmaltado de flores así como en la esfera de los astros. Por do quiera en la naturaleza, veo la huella de tu presencia.

En el bocaje que tiembla al soplo del céfiro, en las mieses onduladas, en la tempestad que retumba y ruje, en el torrente que resuena en la selva, en las olas del mar ajitado, en el arroyo que riega el valle, en la fuente que corre por la pradera, en el rocío y la lluvia que caen . . . por do quiera en la naturaleza, veo la huella de tu presencia.

En el relámpago y el trueno, siento tu presencia, ¡ó Ser invisible! Tu aliento es el que sopla al rededor de mí en la suave brisa de la tarde. Alturas y honduras, rocas y abisimos, el agua, el fuego, la tierra y el aire, todo me prueba que estás cerca de mí; por do quiera en la naturaleza, veo la huella de tu presencia.

¡Dios! ¿en dónde podré hallar un asilo contra tu cólera, si llegara á acusarme mi conciencia? Aunque saliese del mundo, siempre me alcanzarias. ¿Podria el cielo ocultarme, si quisiera huir lejos de tí? . . . ¡estás allí!—¿el abismo? ¡estás allí! ¿Podria la muerte sustraerme á tu poder? Nada, ¡oh nada! puede sustraerme á tí; por do quiera estás cerca de mí.

¿He de creer que, al hundirme en las profundidades del mar, escaparé á tus miradas? ¡Oh! allí tambien me descubriria tu ojo y me levantaria tu brazo. Aunque me ocultara en las tinieblas de la noche, no podrian estas sustraerme á tu vista: para tí, son luz las tinieblas de la noche. Siempre me ase tu mano. Nada, ¡oh! nada puede sustraerme á tu poder; por do quiera estás cerca de mí!

Aunque dijese: ¡cubridme, montañas y colinas! no estaria por esto menos en tu mano. Aun cuando, para escapar al dia del juicio, volara en alas del viento del Este hasta los confines de la creacion, en la soledad de la antigua nada, tú me arrancarías á la nada, como la aurora me arranca á la noche. Nada,

¡oh nada! puede sustraeme á tu poder; por do quiera estás cerca de mí!

¡O tú, que estás presente por do quiera, graba, pues, en mi corazón esta verdad, que nadie puede sustraerse á tu brazo y á tu vista. Guíeme siempre ella en la senda segura de la virtud, y que, á la idea de cualquiera acción mala, me grite con voz de trueno: nada, ¡oh! nada puede sustraerme á tu poder; por do quiera estás cerca de mí!—*Schaller*.

Himnos.

I.

15.—Quiero mostraros lo que es una cosa bella: una rosa abierta. Nada es mas hermoso. Mirad como se levanta sobre su tallo de musgo. Y parece que reina sobre todas las flores; sus hojas no parecen sino de color de fuego: el aire está lleno de su fragancia; ella hace la dicha de los ojos.

La rosa es bella; pero lo es mucho mas el que la cria.

¿Quereis saber lo que es fuerte? El leon es fuerte cuando, al salir de su cubil, sacude su increspada melena; cuando hace resonar los bosques con sus ruidos, ó ahuyenta con ellos todos los demás animales. El puede despedazarlos, devorarlos en un momento; es fuerte, terrible; pero el que ha criado el leon es mas fuerte.

El sol es majestuoso cuando brilla en el cielo azul, y vibra sus ardientes rayos sobre la tierra. Es obra de Dios, es lo mas perfecto que los ojos humanos pueden considerar; es esplendente, es magnífico; pero el criador del sol lo es mucho mas; los ojos mortales no podrian verle cara á cara, porque su resplandor es demasiado brillante para la debilidad de nuestra vista.

El penetra con su luz hasta el seno de las mas espesas tinieblas; todas sus obras están llenas de esta luz.

¿Qué nombre daremos á este gran ser que todo lo ha criado, y que es tan superior á todas sus criaturas?

Este gran ser es Dios, el que gobierna el mundo y arregla el movimiento de todas las cosas de que se compone, desde el astro que brilla en el firmamento hasta el grano

de arena que anda rodando bajo la planta de nuestros piés. ¡En él solo residen la belleza, la fuerza, el poder y la perfeccion!

II.

El sol se ha precipitado hácia el ocaso, la noche ha descendido sobre la tierra; y el aire abrasador ha comenzado á refrescarse.

Las flores cierran sus hojas coloradas, é inclinan su cabeza sobre su delicado tallo.

Los polluelos están recojidos bajo las alas de su madre; duermen; la madre misma duerme tambien tranquilamente.

Las avecillas han cesado de gorjear, y duermen con la cabeza metida debajo de una de sus alas. No se oyen ya las voces confusas de los muchachos que juegan, ni las pisadas de los que van y vienen.

Las abejas no zumban ya en derredor del colmenar ni entre las flores de madre-selva. Ellas han acabado su tarea; todo trabajo ha cesado en sus celdillas, donde reposan apaciblemente.

La oveja acostada sobre su suave vellon, no hace que las colinas repitan ya el eco de sus balidos.

El martillo del herrero no resuena sobre el yunque, ni la mordiente sierra rechina bajo la mano del carpintero.

Los hombres fatigados del trabajo, yacen sepultados en el sueño, y el niño reposa en el seno de su madre.

La oscuridad cubre los cielos y la tierra. Los ojos de todos están cerrados: todo duerme en la naturaleza.

¿Quién es él que cuida de tantos pueblos y de tantos seres abismados en el sueño y sin defensa?

Un ojo benéfico y siempre abierto, vela sobre la naturaleza; un ojo que penetra por entre las mas densas tinieblas hasta el fondo de los abismos, como si fuera en medio de la mayor claridad.

Cuando el sol no nos ilumina y la luna no nos refleja su luz; cuando ninguna estrella puede hacer pasar sus rayos por entre la opacidad de las nubes, un ojo para el cual nada hay oculto ni escondido, está vigilante sobre la gran familia del universo, y este ojo es el de Dios. Su mano protectora se estiende sin cesar sobre nosotros.

El ha hecho el sueño para reposar nuestras fuerzas después de las fatigas del día: y nos ha dado la noche para que podamos dormir con descanso.

A la manera que una madre cariñosa da una vuelta á su casa y la registra, con el dedo puesto en los labios, para alejar de su hijo todo lo que pudiera turbar su sueño, y corre cuidadosamente las cortinas de su camilla, temerosa de que una luz importuna venga á herir sus ojos delicados; así tambien Dios nos envuelve en un espeso velo y estiene en derredor de nosotros el silencio y la tranquilidad, para que su inmensa familia repose en dulce calma.

Labradores, reparad vuestras fuerzas con un sueño exento de inquietud. Jóvenes, y vosotros tambien, insectos, que zumbais por el aire, dormid con sosiego; Dios vela sobre vosotros, porque no duerme jamas; podeis cerrar los ojos con seguridad, porque el suyo está siempre abierto para protejerlos.

Quando la oscuridad de la noche se ha disipado y los rayos del naciente dia vienen á llamar á vuestros párpados, comenzad por alabar á Dios que ha cuidado de vosotros mientras dormiais.

Flores, ábríos, descojed vuestras hojas y exhalad vuestra fragancia para glorificar al Señor.

Pajaritos, volved á empezar vuestros cánticos en el momento de despertar; embelleced con ellos las verdes florestas; dirijidle vuestros conciertos, antes de cantar á vuestras compañeras, porque vosotros celebrais la gloria y la bondad de Dios.

¡Qué sus alabanzas estén en nuestros corazones, cuando dormimos! que al despertar las pronuncien nuestros labios!—
Mrs. Barbauld.

Grandeza de la naturaleza.

16.—En el borde del seto ó cerca de un arroyo, corretea un gusano que esparce, durante la noche, un rayo de luz, el cual desaparece con el dia.

Se ha disputado y se disputa todavia por saber de donde

viene la fosforescencia; unos la atribuyen á la cola y otros á la cabeza del animal.

Pero, lo que hay de cierto, es que la mano del Omnipotente que enciende las estrellas, le da una pequeña luz proporcionada á su grosor.

Tal vez que la benéfica naturaleza, al dar semejante lámpara al gusanillo, quiere advertir al viajero que camina, tome cuidado en fijarse donde sienta la planta.

«No aplastes, le dice, un gusano cuya útil luz puede servir, por débil que sea, para mostrarte durante la noche la piedra que cruza tu camino y evitarte una caída.»

Sea de ello lo que fuere, la verdad lejible y evidente es está; un poder divino es el que le dice de brillar y no le dice de brillar inútilmente.

Ricos y orgullosos, debe esto inspiraros mas humildes pensamientos: puesto que este gusano rastrero tiene su diamante, y puede, él tambien, jactarse de su esplendor.—*Cowper*.

La mar.

17.—Ay del que cruza los mares! Ese no duerme ya en paz!

La mar! Tambien hay en ella su alegría, en medio de su sempiterna agitacion. Cuando se hunden sus montañas móviles, el espíritu se expande en el infinito, como en su patria propia, y en cada punto del espacio sin limites, el alma, saturada de sublimidad y de grandeza, comprende y siente á Dios.

Con qué majestad tremenda se mecen, caminan y ruedan los cerros gigantes de cada ola! Avanzan, siguen y se pierden como hácia una playa desconocida donde el soplo de los huracanes reposara en calma sobre los arenales desiertos.

La ola invade rujiendo; pasa y llena el espacio con su voz enorme, y luego allá á lo léjos, ya pequeña y débil por la distancia, va siguiendo la multitud infinita, hasta que se borra en la línea del horizonte donde deja su última palpitation y su último eco, como un jemido de vaga y lejana tristeza.

Sobre el mar ajitado con impetu espantoso, el débil casco parece inmóvil y el cielo en convulsión. Horror sublime! el horizonte amenaza desplomarse; viene como el mismo huracán; la frente se cree hundida en su masa azul y vaporosa; la extensión desaparece y la mano se tiende para tocar una estrella. Es una ola que surge bajo la quilla estremecida alzándola sobre su cresta espumosa.

De allí se ve da nuevo el infinito: el cielo huyó y el espacio lo aleja hasta el vértigo de lo inaccesible. Entonces se descende, oh! se descende como al fondo del mar, hasta que las olas cercanas, hundiéndose en silencio como fantasmas colosales y monstruosas, abren la vista del horizonte donde el mar se ajita en masa, sordamente, como temblando de pavor.

Todas las creaciones de su seno pululan y hierven entre las aguas azuladas; todas surgen y se abisman; el alga y el pulpo asqueroso, la ballena y el pez volador. Los delfines saltan en líneas curvas siguiéndose en cadena; parecen un arco de rueda fantástica que gira con su eje en el mar.

En la noche el océano es un mundo como de otra creación y su grandeza se viste de majía y de delirios. Cada ola que se rompe en todo el espacio líquido, parece un volcán de fósforo movible: la estela es una senda tapizada de luceros; su rastro es del color de los fuegos fatuos y parecen surgir de él, desde la inmensidad profunda, millones de luciérnagas que vuelan en cada gota de agua removida.

La mar, en la línea de su seno repleto, tiene como una conciencia de su poderío: se mueve como todo lo grandioso: con pereza y majestad: hay dignidad en el andar de sus olas centrales. Pero en la costa del arenal africano su empuje supremo es contenido por los diques de la tierra. Allí redobra su ajitación enorme, y el combate embellece el cuadro con toda la sublimidad del espanto.

Al borde de la tierra, su ola se siente furiosa, como contenida por una esclavitud de que blasfema; lucha y se despedaza, cubriendo el dique de espuma: parece esgarrar sobre los peñascos, como un insulto. En la mar alta la ola es noble y tranquila: allí no ruje; canta con su voz tremenda: oh ¡ allí tiene la extensión y la libertad!

Sobre la costa el espectáculo es sublime, porque la ajita-

cion redobla esa belleza; la estela es mas brillante y la fosforescencia de las crestas desgarradas camina y se renueva por toda la inmensidad: hay luz en los abismos y como un volcan de estrellas en cada cumbre.

Oh mar de Dios, mar inmenso y sublime! cómo llenas el alma de meditacion y de grandezas, mientras tu aliento colosal va rodando como un huracan desmayado sobre tus crestas estremecidas! Oigo tu voz enorme que habla en la soledad del infinito. ¿Qué me decís? ¿Por qué me ajitas el alma con tus murmullos que enternecen y espantan?

Cuando sigo el impulso del torbellino de tus olas, siento como que mi conciencia se aniquila y me parece que mi naturaleza entera se funde en la inmensidad de la creacion; me encuentro parte de todo y cerca del Señor: siento en mí el latido de la vida universal: amo á las criaturas como hermanos, y si contemplo una estrella del cielo veo que me sonríe en su luz!

Tu canto lejano es como un coro de todos los recuerdos de la vida; toda voz amiga tiene un eco en él, mientras que el reflejo de su sonido repercutiendo en espacios invisibles, parece llamar sin descanso á otro mundo y á otra creacion.

Cuando el gran sol relumbra en la bóveda de los cielos, sus rayos se quiebran sobre tus aguas turbulentas y en cada uno de sus átomos revienta un arco-iris movible. Y cuando en la tarde su disco maravilloso se oculta tras de la línea del horizonte como la pupila de un ojo universal que duerme, la mar se entristece y desmaya, las olas ruedan con sijilo, y en medio de una soledad pavorosa, se oye allá á lo lejos el sollozo formidable del océano.

Rueda tus olas enormes, oh mar sublime, mar de Dios que te alienta! Muchas veces, en tus horas de calma, me pareces una criatura colosal y viva que pides á él, con tu voz grandiosa, la paz de los pueblos de la tierra á quienes unes sobre el globo con tu brazo de gigante! — Ricardo Gutierrez.

I

La noche.

¡Cuán sublime es, oh noche, tu lenguaje!
 Brillantes soles bordan tu ropaje;
 En paz medito con tu sombra amada,
 Bajo la negra bóveda sagrada.

DE FONTANES.

18.— ¡Cuán sublime es, oh noche, tu lenguaje! ¿Para qué almas no será un discurso elocuente el espectáculo de las noches en que limpia la atmósfera, aparecen en el azul del cielo esas noches tachonadas de estrellas? ¿Cuáles serán las que no se detengan alguna vez ante esos mundos radiantes, que se columpian sobre nuestras cabezas, y cuáles, las que no hayan buscado la solución del gran problema de las creaciones? Las calladas y solitarias horas de la noche son las más encantadoras, en verdad, de todas las horas de la vida. Son aquellas en que nuestra facultad de pensar nos pone en íntima comunicación con la grande y santa naturaleza. No estiende negros velos sobre el universo, como se dice muchas veces, al contrario: rasga los que el sol tiende en la atmósfera. El astro del día oculta los esplendores del firmamento, panoramas del cielo, que, durante la noche, están abiertos para nosotros. «A la media noche, decía Lord Byron, la bóveda de los cielos aparece sembrada de estrellas, como islas de luz, en medio de un océano suspendido sobre nuestras cabezas. ¿Quién puede contemplarlas y volver sus miradas á la tierra, sin experimentar un sentimiento melancólico, y sin desear alas para tender el vuelo, y confundirse entre sus inmortales resplandores?»

En medio de las tinieblas se levantan libremente nuestras miradas al cielo, atravesando el azul oscuro de la bóveda aparente, sobre el cual brillan sus astros: atraviesan las blancas rejiones, visitando los lejanos puntos del espacio, y en los cuales la distancia roba su esplendor á las estrellas más radiantes. Abréñse paso al través de esa extensión iexplorada, y se elevan aun más alto, fijándose en

aquellas pálidas estrellas nebulosas, cuya claridad difusa parece marcar los límites de lo visible. En este inmenso tránsito de la mirada, rápido el pensamiento alado acompaña al rayo visual precursor, dejándose arrastrar por su vuelo, y contemplando con asombro los lejanos resplandores. La pureza de las miradas celestes, renueva esta eterna predisposición á la melancolía que brota en el fondo de nuestras almas, y pronto el espectáculo de la naturaleza nos absorbe en un desvarío vago é indefinible.

Entónces; mil preguntas naeen en nuestro espíritu, y mil interrogaciones caminan delante de nuestra mirada. El problema de la creación es un gran problema. La ciencia de las estrellas es una ciencia inmensa. Su misión es abarcar la universalidad de las cosas creadas. El hombre que no experimenta sentimiento alguno de admiración con el recuerdo de estas impresiones, y ante el cuadro de las estrellas refulgentes ¿es digno, pues, de recibir la corona de la inteligencia?

La noche, sí, es la hora de la soledad: es la hora en que el alma observa y se rejenera con la paz universal. Es la hora en que uno vuelve en sí mismo, en que se aparta de la vida ficticia del mundo, en que se pone en relación mas íntima con la naturaleza, con la verdad: Una poetisa, Mme. de Girardin, ha descrito sus impresiones con gran delicadeza, diciendo:

Hé aquí la hora que descorre el velo
Que ocultaba mi enojo por el día.
Mi corazón á la primera estrella,
Se abre cual flores de la noche umbría.

Vaga, se cierne y pade en el espacio,
Del ángel de la noche conducida:
Nuestras almas cual sombras vengabundas
Pasan la inmensidad desconocida.

¿Qué resta á la existencia engañadora?
Sia cadena, dolor, ni ley ni vida,
El alma, mariposa de los cielos,
¿Encontrará su flor? ¿tendrá su vía?

Tus pacíficas sombras alumbradas,
Luces y oscuridad en tí reunidas,
La nada y la creación juntas nos muestras,
Cabe el misterio, la verdad divina.

Eduardo Young, que cantó *las noches* en el idioma de Newton, ha entonado himnos llenos de grandes pensamientos. «¡Oh noche majestuosa! exclamaba: ¡Glorioso progenitor del universo! ¡Tú, que has nacido antes que el astro de los días, debes sobrevivirle! ¡Tú á quien los mortales é inmortales contemplan con respeto! ¿Dónde empezaré tus alabanzas? ¿Dónde deberé concluir las? Tu frente tenebrosa está coronada de estrellas. Las nubes matizadas por las sombras, y replegadas en mil diversos contornos, componen los múltiples pliegues de tu manto brillante, que flota á tus pasos, y se despliega á lo largo del azulado firmamento. ¡Oh noche! ¡Tu grandeza sombría es lo mas admirable y sublime que la naturaleza posee! ¡Mi musa reconocida te debe inspiraciones! ¡Que no hay asunto mas digno de ser cantado por el hombre! ¿Podemos preparar mejor nuestros sentidos, que en tu contemplacion, para gozar las admiraciones de la felicidad celeste? El Eterno, que destina al hombre á contemplar su faz radiante, pone ante su vista esta escena maravillosa, como para acostumbrar sus ojos al estudio de las grandes creaciones.... Eleva mi pensamiento sobre la tierra.... ¡Qué pomposo aparato! ¡Qué profusion de maravillas! ¡Qué lujo y qué fausto ha desplegado el Criador sobre este gran teatro! ¿Qué mirada puede abarcar su estension? ¿Qué arte desconocido encanta el alma, la atrae hácia este espectáculo con una admiracion inagotable, y con una fuerza sin fin para contemplarlo?

«El dia no tiene mas que un sol; la noche tiene millares, cuya claridad lleva nuestras miradas hasta el seno del Eterno, al través de caminos ilimitados, donde están impresos los vestijios de su poder. ¡Qué torrentes de fuego derramados de esas innumerables urnas, caen agrupados desde las alturas del firmamento! Enajenado y confundido, á la vez me siento arrebatado á los cielos, y hundido en el polvo. ¡Oh! ¡dejadme ver! ¡Dejadme dar vuelo á mis ideas!.... Pero mi vista no encuentra limites, y mi pensamiento se extravía en un desierto. En medio de su vuelo, mi imaginacion sucumbe. Quiere reanimarse; pero no puede resistir al atractivo que la arrastra; pero no puede alcanzar el término que se aparta de ella. ¡Tan grande es su dicha! ¡Tan inmenso es su viaje!.... ¡Ambicion! ¡Ensalza ahora los grandes

espacios de tus conquistas en este átomo en que estamos ocultos! »

De todas las ciencias, la astronomía es la que puede hacernos conocer mejor nuestro valor relativo, enseñarnos las relaciones que unen á la tierra con la creacion. Sin ella, como lo atestigua la historia de los siglos pasados, nos es imposible saber, qué somos, dónde estamos. Sin ella, no puede establecerse una comparacion instructiva entre el lugar que ocupamos en el espacio, y la totalidad del universo. Sin ella, ignoramos á la vez la verdadera estension de nuestra patria, su naturaleza, y hasta el orden á que pertenece.

Envueltos en la oscuridad de la ignorancia, no podemos formarnos la menor idea de la disposicion jeneral del mundo. Espesas tinieblas cubren el estrecho horizonte que nos rodea, y el pensamiento humano, incápaz de elevarse sobre el espectáculo diario de la vida, no puede sin la ciencia, superar la estrechísima circunferencia trazada por los límites de la accion de nuestros sentidos. Por el contrario: cuando la antorcha de la ciencia del mundo nos ilumina, la escena cambia: los vapores que oscurecian el horizonte se desvanecen, y el ojo inteligente contempla en la serenidad de un cielo puro, la obra inmensa del Hacedor. La tierra parece un globo, balanceándose bajo la planta de la humanidad. Mil globos semejantes se mecen en el espacio. El mundo se ensancha á medida que crece la intensidad de nuestra mirada, y la creacion universal se desenvuelve entónces en su realidad ante nuestros ojos, estableciendo á la vez nuestro rango y nuestra relacion respecto de la multitud de mundos semejantes que componen el universo.

Es forzoso pedir este espectáculo á la noche: á la noche es forzoso invocar, cantando su grandeza con los trovadores sagrados, cuya lira es digna de ensalzar su magnificencia.

Descubre ¡ oh noche ! en tu silencio augustó,
De los cielos las pájinas sagradas.
Gravidad, astros, en cadencias dulces
Sobre vuestras carreras azuladas :
Y en tan solemnes horas,
Replegad, aquilones, vuestras alas.
Adormeced ¡ oh Tierra ! vuestros ecos.

Estended vuestras olas en las playas
 ¡ Oh mares, mares! Tu movable espejo,
 La imájen de los cielos mece y graba,
 Que dieron á tus ondas movimiento,
 Transparencia y colores á tus aguas.—(Lámartine).

C. Flammarion.

El cielo.

19.—La tierra no está sola en el cielo. Todas las estrellas que centellean en el espacio, son globos aislados, soles que brillan con luz propia. Estos se encuentran á inmensas distancias; pero hay astros menos distantes, y que se parecen mas al que habitamos. Ellas no son soles; son tierras oscuras, que como la nuestra, reciben la luz de nuestro sol. Estos mundos llamados planetas, están agrupados formando un sistema, de cuyo conjunto, es un miembro el globo que habitamos. En el centro de este grupo brilla nuestro sol, fuente de la luz que los ilumina, y del calor que los anima. Jirando en el vacío, que le rodea por todas partes, este grupo parece una flota de estraños buques, mecida en el océano de los cielos.

Una multitud de soles, rodeados, como el nuestro, por un grupo de mundos, de los cuales son los focos y las antorchas, parece columpiarse en todos los puntos de la estension. Estos soles son las estrellas de que están sembradas, si puede permitirse esta frase, las praderas de los cielos. A pesar de la ilusion causada por la perspectiva de lo lejano, inconmensurables distancias separan aquellos sistemas del nuestro: distancias tales, que las mas altas cifras de la numeracion, que tan rica es, apenas podrian bastar á fijar la menor de estas distancias. Un alejamiento recíproco, que nuestros guarismos no son bastantes á expresar, separan estas estrellas entre sí, alejándolas en las profundidades de lo infinito. No obstante las inexplicables distancias que separan estos soles entre sí, su número es tan considerable, que supera á todos nuestros medios de enunciacion. Millones y millones no bastan á determinar esta multitud. ¡ Que pruebe el pensamiento, si le es posi-

ble, á representar este considerable número de sistemas, y á discurrir las distancias que separan unos de otros! Confundido y anonadado ante esta infinita multitud, que nada basta á espresar, no podria sino admirar en silencio tan indescriptible maravilla.

Trasladándose sin cesar mas allá de los cielos, atravesando las lejanas playas de este océano sin limites, descubrirá nuevos espacios y nuevos espacios, y siempre, siempre mundos y mundos se presentarán á su vista. . . . Los cielos sucederán á los cielos, las esferas á las esferas. . . . Despues se presentarán á los desiértos del espacio otros inmensos desiértos: despues de las inmensidades, otras inmensidades. . . . y aun cuando llevados sin cesar durante siglos y siglos, con la rapidez del pensamiento, el alma hiciera perpetuo su vuelo, traspasando los limites mas inaccesibles que la imajinacion pueda concebir, allí el infinito de un espacio inesplorado se abriria ante ella. Allí, el infinito del espacio se opondria al infinito del tiempo, rivalizando continuamente sin que jamás pudiese el uno vencer al otro. . . y entónces el espiritu se cansará rendido de fatiga, viéndose en el pórtico de la creacion infinita, como si no hubiese andado un solo paso en el vacio.

La imajinacion para su vuelo y se detiene aniquilada. «Estrellas, lejiones brillantes que en todos tiempos habeis plantado vuestras tiendas en las llanuras de záfiro, ¿quién acertará á contar vuestras deslumbrantes miriadas, sino el que manda rodar por los cielos vuestros dorados carros? ¡Oh eternidad! ¿quién en esta tierra, y en presencia de esos ejércitos refuljentes, no participa de tus inmortales emociones? ¿Qué maravilla existe, ante la cual no sucumba el alma bajo el peso de sus propios pensamientos, y donde no se pierda la vista en el abismo de reflexiones luminosas que señalan el destino de una gloria no soñada?» (*Croly.*)

La grandeza de los cielos ha sido cantada por las liras de los bardos y de los trovadores; pero ¿cómo el canto del hombre podria espresar esta realidad? Delille ha procurado espresarla en algunos versos; pero la palabra no basta á trasladar los inmensos pensamientos que brotan en nuestra alma al contemplar esta maravilla.

Los soles á los soles suceden á mi vista.
 Se desvanece el cielo y se pierde en los cielos.
 De luengas creaciones miro tocar las cinas;
 Mas otro nuevo abismo bajo mis plantas veo.
 Los prodijiosos mundos se estienden, se dilatan:
 De repente descrecen: se amenguan, los contemplo:
 De grado en grado cambian, estienden sus cadenas.
 Y en llegando al sin fin torna al sin fin, de nuevo.
 Lo que llena los cielos, los aires ó la tierra,
 Claro mis ojos ven, mediante el pensamiento.
 Acaba el infinito do empieza el infinito,
 Y al perderse la tierra, comienza el universo.
 Hay mundos allá arriba, y mundos á mis plantas,
 Miles de mundos ruedan en círculos inmensos.
 Planetas, tierras, mares, maravillas fecundas,
 ¿Dó están vuestras orillas? ¡ Todos vivís un centro!
 Mas allá de estos mares de planetas y mundos,
 El Dios de la creacion eleva su ancho templo.
 Los astros son su córte, mundos de luz le alumbran,
 Y el círculo sin fin le ha llamado el *Eterno*.

C. *Flammarion*.

El espacio universal.

20.— Queremos abrir ante vosotros el espacio, y penetrar con todo empeño, en sus profundidades.

La velocidad de una bala de cañon á su salida, es de 400 metros por segundo; pero esta marcha seria lentisima para nuestro viaje por el espacio. La velocidad seria solo de 1440 kilómetros, ó 360 leguas por hora. Esto es insignificante. Hay en la naturaleza movimientos incomparablemente mas rápidos. La velocidad de la luz, por ejemplo, es de 70,000 leguas por segundo: lo que vale mas, y tomaremos este medió de traslacion. Permitasenos, pues, un ejemplo vulgar, diciendo que nos colocamos como á caballo en un rayo luminoso, y que nos dejamos arrastrar en su rápida carrera.

Tomando la tierra como punto de partida, nos dirijiremos en línea recta á un punto cualquiera del espacio. Partamos. Al fin del primer segundo, habremos recorrido 70,000 leguas. Otro segundo mas, y hemos atravesado 140,000. Continuemos. Diez segundos, un minuto, diez minutos han transcurrido, y cincuenta millones de leguas habremos atravesado.

Sigamos durante una hora, un día, una semana sin retardar nuestra marcha, durante meses enteros, por todo un año. La línea que habremos recorrido es tan larga, que espesada en kilómetros ó en leguas, el número en que esta medida esceda á la que podamos concebir, no presenta una idea de su longitud clara en nuestro entendimiento. Son trillones, millones multiplicados por millones; pero suspendamos nuestro vuelo. Llevados continuamente con esta misma rapidéz; y recorriendo 70 mil leguas por segundo de tiempo, atravesaríamos el espacio, siempre en línea recta, durante años enteros, durante cincuenta años, durante un siglo... ¿Dónde estaríamos? Mucho tiempo despues, habríamos atravesado las últimas rejiones estrelladas que se distinguen desde la tierra, las últimas que ha explorado la vista del telescopio. Despues de mucho tiempo, llegaríamos á otras rejiones desconocidas, inesploradas. Ninguna imaginacion tiene potencia para seguir el camino andado. Millares y millares, son una cantidad inapreciable, pequeña, y no significan nada ante el aspecto de esta estension prodijiosa, que detiene y estingue el curso de nuestra imaginacion... Este es el problema. No hemos andado un paso en la estension. No nos encontramos mas próximos al limite, que si hubieramos permanecido inmóviles en el mismo lugar. Podríamos empezar de nuevo idéntica carrera, á partir del punto en que estábamos, ó añadir á nuestro viaje otro de igual longitud; caminaríamos siglos y siglos en el mismo sentido, con la misma velocidad, sin fin ni tregua. Podríamos dirigirnos á un punto del espacio, cualquiera que fuese, á la izquierda, á la derecha, adelante, atrás, arriba, abajo, en todos sentidos; y cuando despues de muchos siglos empleados en esta carrera fantástica, vertijinosa, nos detuviésemos ofuscados, rendidos y sin esperanza, ante la inmensidad eternamente abierta, eternamente renovada, veríamos que nuestro vuelo secular, no nos habia hecho recorrer la mas pequeña parte del espacio, y que no estábamos mas adelantados, que al comenzar nuestro viaje. En realidad, el infinito nos envuelve, y como dijimos anteriormente, podríamos surcar el inmenso número de los mundos, durante una eternidad, sin encontrar jamás barrera, y si un espacio abierto eternamente.

De cuanto acabamos de esponer, se sigue, que todas nuestras ideas acerca del espacio, solo tienen un valor relati-

vo. Cuando decimos, por ejemplo, subir al cielo, bajar á la tierra, estas espresiones son falsas en si mismas; porque situados en el infinito, no podemos subir ni bajar, porque no hay *alto* ni *bajo*. Estas palabras, no tienen sino una aceptacion relativa á la superficie que habitamos. Indispensable, pues, se hace presentar al universo como una estension sin límites, sin orillas, ilimitada, incommensurable, en cuyo seno se columpian soles como el que nos alumbrá, y tierras como la que se mece bajo nuestras plantas. No hay cúpula, ni bóvedas, ni antemurales de ninguna especie: por todas partes el vacío, y en este vacío infinito, se ve un prodijioso número de mundos. Este espacio universal, es el que el autor del *Jenio del hombre*, ha querido celebrar con los notables pensamientos que siguen:

Aun cuando me adornase con alas de la aurora,
 Para contar los soles que el espacio decora:
 De las inmensidades sondando los profundos,
 Mi pensamiento uniera el número á los mundos,
 Bajo el sagrado abismo se perderia mi audacia.
 Y aun cuando por el tiempo midiese la distancia,
 Veria deslizarse los siglos reunidos,
 Caer el infinito en abismos perdidos;
 Y siempre me hallaria apartado del tema,
 Sin resolver jamás este vasto problema.

Saludando despues el jenio del hombre que descubrió estas maravillas, continúa:

Temblando y glorioso en loco anhelo,
 Del polvo el hijo elévase hasta el cielo.
 Subo, veo, recorro esta escala inflamada,
 De cometas y soles salpicada.
 No veo ya la tierra: el astro de la noche
 Lejos me va á esconder su blanco coche.
 Ya de Saturno pasa las fronteras,
 Y toca las cortinas de azul y de lumbreras.
 Ya la flanquea y llega á cielos alejados,
 A imperios luminosos, dominios estrellados.
 La débil vista acrecen atrevidos cristales;
 Se estienden las miradas á mundos siderales.
 Sobre la faz del sol, astrónomo orgulloso,
 Arrogante pasea el tubo prodijioso.
 Vago de cielo en cielo, de planeta en planeta,
 Y me remonto al vuelo de atrevido cometa.
 Y me acerco con él á los globos ardientes,

Astros ilimitados, soles independientes.
 Anchos rios de fuego por do quiera respiran,
 Almas del universo en sus imperios jiran.
 Bajo cielos lejanos de esferas sumerjidas,
 Miles de siglos cuentan sus órbitas hundidas.
 ¡ Es aquella la bóveda, gran Dios, de tu palacio,
 Y los dorados soles tus puertas de topacio ?
 ¡ Ah ! cuánto mas me afano por divisar tu esencia,
 Mas velado apareces á mi rastrera ciencia.
 ¡ Tierra donde he nacido ! ¡ En dónde está tu orilla ?
 ¡ Sol, cuán quieto nos muestras tu eterna maravilla !
 En cielos infinitos, cielos multiplicados,
 ▲ mis piés se amontonan cual puntos arjentados,
 Y siempre de los cielos el monarca invisible,
 Abstraído en sí mismo, feliz, inaccesible,
 Cerca y lejos y nudo de los diversos mundos,
 Razon del universo, espíritu profundo,
 Impera por encima de los cielos visibles,
 Y mas allá se asienta de soles increíbles.

C. Flammarion.

La contemplacion de los cielos.

21.— ¡ Qué bella ! ¡ qué digna del espíritu humano es la contemplacion de los esplendores visibles de la obra creada !
 ¡ Cuán superiores son estos estudios á las vulgares y pequeñas pasiones, que cautivan los dias del hombre y le llevan sus años ! ¡ Cómo elevan el alma hácia las verdaderas grandezas !

En el mundo artificial, que la humanidad se ha formado con sus hábitos sociales, venimos á ser estraños á la naturaleza, y cuando la examinamos entrando en sus maravillas, parece que entramos en un nuevo mundo. Hemos perdido el sentimiento de su valor, y esta pérdida es la privacion de las mas puras alegrías. Cuando saliendo de la vida social y tumultuosa venimos á la de la paz, se apodera de nuestra alma una impresion desconocida, como si la esfera de armonía en en la cual entramos, hubiera permanecido siempre lejos de las escursiones del pensamiento.

Los estudios de la naturaleza ofrecen un carácter precioso; pues, aplicados á la verdad, nos recuerdan nuestro orijen y la cuna maternal. La vida mundana es un verdadero destierro para el alma. Insensiblemente se acostumbra uno á

contentarse con apariencias, y á no buscar el fondo y la sustancia de las cosas; insensiblemente se pierden su valor y su grandeza, y se deja uno mecer en la superficie de este océano insondable, sobre el cual flotan las embarcaciones humanas.

Los objetos que nos rodean, hieren solo nuestras miradas, y olvidamos el pasado como olvidamos el porvenir. Pero hay horas de soledad, en las cuales el alma, jirando sobre sí misma, siente en el vacío de todas estas apariencias, cuán poco podrán satisfacerla: entonces busca con ansiedad, entonces vuelve con amor á las verdaderas grandezas, capaces solo de dar á su reposo una tierra firme, exenta de pérfidos engaños, en lugar de las fluctuaciones y de las dudas que la confunden y la ajitan: entonces el alma siente la nostalgia: entonces demanda la verdad, desea lo bello, y da un adios á las afecciones pasajeras.

En estas horas de meditacion, al contemplar las maravillas de lo creado, séale permitido al espíritu entregarse á las verdades que le cautivan, y dejándose arrobar por los encantos de los estudios á que se entregará con amor, absorbido por el grandioso espectáculo, olvidará los falsos placeres de la tierra, ávido de los verdaderos y profundos goces que la naturaleza, esta jóven madre, cuya edad se encuentra inmóvil, sabe verter en el alma de los hijos que la aman.

Las bellezas del cielo le arrastrarán con su hermosura y rogarán para que esta contemplacion no termine jamás. La noche le revela maravilla sobre maravilla, y entonces deseará no abandonar esta escena antes de que su curiosidad se encuentre satisfecha. El alma cuenta estas horas como las mas dulces de su vida y esclama con *Lamartine*:

Suspéndeme ¡oh tiempo! tus horas propicias
 Dè gratas delicias.
 Deten, digo al mundo, tu viva carrera
 Por la blanca esfera.
 Deten, digo al dia, detenme tu paso,
 Y viene el ocaso.
 Y digo á la noche: detenme una hora,
 Y vuelve la aurora.

Quando uno se entrega á estos altos y magníficos estudios, bien pronto siente la grande armonía, la unidad admirable, en la cual todas las cosas se encuentran confundidas: tenemos conciencia de que la creacion es una, que somos una

parte constitutiva de ella, y que una vida inmensa, que apenas sospechamos, nos envuelve. Entonces todos los fenómenos toman un puesto en el concierto universal. La estrella de oro que brilla en la profundidad de los cielos, y el pequeño grano de arena cristalizado que refleja el rayo solar, unen su luz: la esfera majestuosa que rueda con armonía sobre la órbita gigantesca y el pequeño pájaro, cuyos trinos sueñan en la enramada: la nebulosa inmensa que arrastra sus múltiples sistemas de soles en la vasta estension, y la colmena que recibe los romboedros de una república de concordia en eternal acuerdo, la gravitacion universal que arrastra en el espacio los globos formidables y los sistemas de mundos, y el humilde céfiro que lleva de flor en flor los perfumados y queridos jérmes, los grandes fenómenos y las acciones insensibles, se unen al movimiento jeneral: lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño se abrazan: sí, porque el universo es la accion de un solo pensamiento.

Ninguna palabra humana, ninguna obra formada por la mano de los hombres, sabrá rivalizar con el concierto de la naturaleza, con la obra de la creacion.

Comparad sino, la mas admirable y acabada obra maestra entre las maravillas del arte, con la mas simple y menos complicada elaboracion de la naturaleza.

Como lo esplica ya una frase antigua, comparad las riquezas de los ornamentos reales, el tisú oriental de las túnicas de Salomon en el apogeo de su gloria, las láminas de oro de su templo, y los mosaicos de sus palacios con la blancura de la azucena, con el encarnado de la rosa, y mirad si puede sostenerse la comparacion un solo instante.

El gran carácter que separa siempre sus obras, es en la una un poder limitado que marca el término de su facultad, mientras que en la otra imprime una potencia infinita que permanece siempre.

Amplíemos el poder de nuestros sentidos, tomemos ese anteojo admirable que hace distinguir gigantes donde se encuentran invisibles los mas ínfimos seres: en su foco el mas fino tisú, la obra mas delicada del arte humano, se trasformará en informe y grosero; por el contrario, el mas modesto tejido, formado por la mano de la naturaleza, revela riquezas ocultas, á medida que el poder amplificador aumenta.

Examinemos ahora nuestros aparatos mas maravillosos: des-

de nuestras máquinas formidables, cuyos senos encierran esos potentes hornos, de los cuales el hombre se ha declarado dueño, hasta esos instrumentos de precision tan escojidos, tan sensibles, con las fuerzas formidables de que la materia se encuentra animada, con las leyes admirables y rigorosas que rijen con incomprendible perfeccion los movimientos armoniosos de las esferas estrelladas en el concierto del cielo, y digamos cuanto el arte ha sobrepujado á la naturaleza.

Y la obra de la naturaleza se alza tan admirable en lo infinitamente pequeño, como en lo infinitamente grande.

El espectáculo sublime que desenvuelve en nosotros la contemplacion de los cielos, es el mas intenso, y es aquel cuya sublimidad se impone con mas soberanía al ánimo maravillado; pero si examinamos las mas pequeñas cosas, la imaginacion ante ellas queda tan confundida, como ante las mas gigantescas.

Esa pobre y diminuta mariposa blanca, que nacida ayer, será polvo antes que el dia de mañana se estinga, mostrará al ojo analizador del microscopio, magníficas plumas de un blanco de nieve, ó de un amarillo mate, simétricamente rayadas con tanto cuidado, como las de las águilas llamadas á franquear los cielos, mostrando á la vista, que sobre estas alas solo tiene un polvo impalpable, que se queda adherido á la epidermis de los dedos. Acaso sobre su frente contaremos veinte mil ojos.

Las finas gotitas del rocío suspendidas por la aurora en los hojas de las ramas, caen al suelo bajo las sacudidas de un pájaro que se posa en ellas, y veremos en el pasaje de esta fina lluvia, un arco iris no menos rico, que el arco gigante elevado al fin de una tormenta en los campos de la atmósfera: arrebatador y pequeño arco iris formado por unas decenas de segundos, y que desaparece como ha nacido.

Examinemos en los campos, esas humildes flores de coloreados pétalos: la esmeralda y el rubí que se suceden, el oro y el záfiro, casando sus delicados matices: esto es en pequeño la magnificencia de los colores que resplandecen en las estrellas dobles, &ª, &ª.

Podríamos continuar sin término estas apreciaciones comparativas, que nos mostrarían, sin cesar, en todos sentidos, el infinito de un poder creador.

Sin embargo, no pensamos en esto no, pasamos indiferentes al lado de estas maravillas.

Si, la noche estando privada de estrellas, dice un filósofo, hubiese sobre la tierra un lugar único donde las constelaciones y los astros estuviesen visibles, las peregrinaciones á este lugar no cesarian, y cada uno volveria ensalzando estas maravillas. Pero lo que nos rodea diariamente, pierde su valor: la costumbre adormece la atencion, y se olvida la naturaleza por seducciones infinitamente menos dignas de atencion.

Si por accidente se deja uno exaltar por estas maravillas de la ciencia del cielo, se vuelve pronto á las cosas del mundo, para no soñar mas que con sus falsas cuestiones.

La tierra tiene el don de cautivarnos de tal modo, que se olvida voluntariamente el cielo por ella.

Cuántas personas han dicho en prosa lo que espresa esta oda de Lebrun á un convidado astronómico:

Deja, amigo, rodar la inquieta Tierra
Y que busque en el Sol las estaciones:
Bebe y ríe: prefiero el dulce vaso
Al profundo saber de los Newtones.
¿Qué importa que en el centro de este mundo,
Esparciendo sus rayos á montones,
Fije el Sol los destinos de aquí abajo,
Si derrama el calor á borbotones,
Madurando el racimo, el dulce fruto,
Y presta al dulce jugo ricos dones,
Y todo su placer, toda su gloria,
No solo es fecundar nuestras raciones,
Sino que presta á la encantada uva
Un manantial fecundo de razones,
Que amar nos hace los inquietos dias
Al crear otro mundo de ilusiones?
Bajo el techo sombrío de la parra
Te daré, caro amigo, mis lecciones,
Para que aprendas que en la frágil vida,
Es la ciencia mejor las ilusiones.

Estos son dulcísimos pensamientos; pero ¿debe siempre vivirse con ellos, y el alma no siente algunas veces de deseo imperioso de elevarse sobre las funciones ordinarias de la vida? Que consista todo el placer y toda la gloria del sol solo en madurar la uva, esto es muy controvertible. Pero que el nuestro sea el de beberlo, es demasiado material. Dejemos su parte á cada cosa, embellezcamos la existencia con las

flores de la contemplacion, y tomemos por objeto hacernos mas y mas *espirituales*.

Meditemos, reflexionemos algunas veces en los encantos de la naturaleza. Dejémosnos conducir por estas reflexiones deliciosas, que nos alejan de los ruidos terrestres, para envolvernos en la calma y en el silencio. Subamos hasta la fuente limpida y jamás turbada, de donde emana todo consuelo en los dolores, todo bálsamo para las fatigas de nuestros dias, toda paz en las turbaciones, y cuando nuestros labios se encuentren marchitos por los vientos mundanos, acerquémonos á esta fuente cándida, y pidamos un beso á los labios de la naturaleza, y la aspiracion de este licor tan puro, nos guardará del envenenamiento.

¡ Horas de poesía, leves horas,
Que del divino ocaso las estrellas,
Y de la noche silenciosa aurora
Hunde en las sombras! Llévame con ellas
Ricos frutos del alma, luces bellas
Del noble pensamiento que coloras.
Déjame de la noche en el capuz,
Luz á mi pensamiento de tu luz.

{ KLOPSTOCK. }

«El colmo de la dicha, para el hombre, dice el filósofo Séneca, es sofocar todo mal deseo, elevarse á los cielos, y desenvolver los mas ocultos pliegues de la naturaleza.

«¡ Con qué satisfaccion ha volado el pensamiento á esos magníficos astros, y como se burla del mosaico de nuestras riquezas, y de nuestra tierra con todo su oro!

«Para desdeñar estos pórticos, estos artesonados brillantes de marfil, estos rios de lujo obligados á atravesar los palacios, es necesario haber abrazado el círculo del universo, y dejar caer desde lo alto una mirada sobre este globo mezquino, sumerjido en gran parte, en tanto que lo que sobrenada á lo lejos es inculco, hirviente ó helado. Ved aquí pues, dice el sabio, lo que tantas naciones se reparten con el hierro y el fuego en la mano. ¡ Aquí tenemos á los mortales con su risible frontera! Si se dotase á las hormigas con la intelijencia del hombre, ¿ no dividirian ellas tambien cualquier estension de un jardin en muchas provincias? Cuando te hayas elevado á los objetos

verdaderamente grandes de que yo hablo, cada vez que veas ejércitos marchar con sus banderas desplegadas, y como si todo esto fuese cosa seria, tantos caballeros que tan pronto corren á la descubierta, tan pronto desenvuelven en alassus soldados, sentirás la tentación de decir: estas son evoluciones de hormigas, que jiran con grande movimiento en un poco de terreno.

« ¡Oh cuán pequeño es el hombre si no se eleva sobre las cosas humanas hasta lo alto de esas rejiones sin límites, que nuestra alma está llamada á poseer, cuando abandonando la materia, y cuando purificada de toda mancha, y exenta de trabas, sea digna de volar hasta allá!

« Desde que toca estas rejiones, se alimenta y se desenvuelve, se siente como libre de sus hierros, y vuelve á su orijen primitivo: se reconoce como hija del cielo, con el encanto que encuentra en las cosas celestes, y entra, no como estraña, sino como hija en la morada paterna. Espectadora, no existe nada que no sondee é interrogue con avides. ¿Y quién se lo impediría? ¿No sabe que todo esto es de su dominio? »

El hombre no vive solo del elemento material: necesita el pensamiento. Y él es digno de este don, cuando se eleva á nobles contemplaciones, cuando ocupa su espíritu con estos bellos y fecundos objetos de estudio, cuando lleva en su frente el sello divino de su destino, y se ilustra mas y mas.

No olvidemos las enseñanzas de la noche, y vengamos á meditar algunas veces bajo su sombra silenciosa. En lugar de una meditacion vaga, ahora que hemos levantado parte del velo que ocultaba los misterios celestes, tendrá el pensamiento por objeto un espectáculo mejor comprendido, conoceremos lo que nos admira, y apreciaremos mejor las creaciones lejanas. Las horas nocturnas tendrán en adelante el doble precio á nuestros ojos, porque nos pondrán en adelante en comunicacion con unos mundos, cuya naturaleza ya nos es conocida. Y ahora, con una efusion mas íntima todavía, dirigiremos á la noche esta salutación, con la cual dimos principio á nuestra entrevista con el cielo:

¡Cuán sublime es, oh noche, tu lenguaje!
Brillantes soles bordan tu ropaje,
En paz medito con tu sombra amada,
Bajo la negra bóveda sagrada.

C. Flammarion.

Amor á la patria.

☛.—El instinto peculiar del hombre, el mas hermoso, el mas moral de los instintos, es el *amor á la patria*. Si esta ley no estuviese sostenida por un milagro permanente, y en el cual, como en tantos otros, no paramos mientes, los hombres se precipitarían en las zonas templadas, dejando desierto el resto del globo. Fácil es inajinar cuantas calamidades resultarían de esta aglomeración de la especie humana en un solo punto de la tierra. A fin de evitar estas desgracias, la Providencia ha fijado, por decirlo así, los piés de cada hombre á su suelo natal mediante una atracción invencible: así es que los hielos de la Islandia y las abrazadas arenas del Africa no carecen de habitantes.

Es también digno de atención que cuanto mas ingrato es un país, cuanto mas destemplado su clima, ó cuantas mas persecuciones se han sufrido en él, mas encantos nos ofrece. ¡Cosa extraña y sublime es que nos identifiquemos al suelo por la adversidad, y que el hombre que no ha perdido sino una cabaña sea el que mas eche de menos el techo paterno! La causa de tal fenómeno consiste en que la prodigalidad de una tierra demasiado fértil destruye, al enriquecernos, la sencillez de los lazos naturales que se forman por resultado de nuestras necesidades; así cuando dejamos de amar á nuestros padres, porque ya no nos son necesarios, dejamos de amar la patria.

Todo corrobora la verdad de esta observación. Un salvaje tiene en mas su choza que un príncipe su palacio; y el montañés halla mas encantos en su montaña, que el habitante de la llanura en su surco. Preguntad á un pastor escosés si querría cambiar su suerte con la del primer potentado de la tierra, y vereis como lejos de su querida tribu conserva en todas partes su recuerdo; como pide en todas sus rebaños, sus torrentes, sus nubes. No aspira sino á comer pan de cebada, á beber leche de cabra, y á cantar en el valle las mismas baladas que cantaban sus abuelos; desfallece sino vuelve á su país. Es una planta de la montaña, y por lo tanto sus raíces están destinadas á asegurarse en los peñascos, pues no puede prosperar sino la combaten los vientos y las lluvias; la tierra, los abrigos y el sol de la llanura le desecan.

¿Quién mas feliz que el esquimal en su espantosa patria? ¿Qué le importan las flores de nuestros climas, comparadas con las nieves del Labrador, y nuestros palacios en parangon con su ahumada caverna? Embárcase con su esposa en la primavera en algun hielo flotante, y arrastrado por las corrientes, se interna en alta mar sobre aquel trono del Dios de las tempestades. La montaña columpia sobre las olas sus luminosas cúspides y sus árboles de nieve; los lobos marinos se entregan al amor en sus lóbregos valles, y las ballenas le acompañan en el Océano. El osado salvaje, estrecha sobre su corazon, en su movible escollo, á la mujer que Dios, le dió, y goza con ella alegrías desconocidas en aquella mezcla indefinible de placer y de peligros.

El esquimal tiene por otra parte poderosas razones para preferir su país y su estado á los nuestros. Por degradada que nos parezca su naturaleza, adviértense, ya en él, ya en las artes que practica, ciertos rasgos que descubren la dignidad del hombre. El europeo se pierde todos los dias en un bajel, obra maestra de la industria humana, en la misma costa en que el esquimal, bogando en una piel de vaca marina, se burla de todos los peligros. Ora oye bramar el Océano, que lo cubre á cien piés sobre su cabeza, ora asalta los cielos en las turbulentas cimas de las olas; mécese con su pie en medio de ellas, bien así como se columpia un niño sobre las ramas en las tranquilas profundidades de un bosque. Al colocar á aquel hombre en la rejion de las tormentas, Dios ha impreso en su frente un ostensible sello de supremacia. «¡Vé! le gritó desde el seno del torbellino, desnudo te arrojo de la tierra; mas porque á pesar de tu miseria no ignores tus destinos, domarás los monstruos del mar con una caña, y hollarás incólume las tempestades.»

Así, al ligarnos á la patria, la Providencia justifica siempre sus grandes miras, pues tenemos mil razones para amar el suelo natal. El árabe no olvida el pozo del camello, la gacela y sobre todo el caballo, fiel compañero de sus escursiones; el negro se acuerda siempre de su ranchería, de su azagaya, de su banano y del sendero de la cebrá ó del elefante.

Refiérese que un grumete inglés habia llegado á profesar tan entrañable cariño al buque á cuyo bordo habia nacido, que no podia alejarse de él por un instante. Cuando se queria castigarle, se le amenezaba con enviarle á tierra, á cuya inti-

macion corria á ocultarse á la cala, prorumpiendo en gritos. ¿Qué habia inspirado á aquel jóven marinero tan vivo amor á unas tablas, juguete de los vientos? No procedia ciertamente su afecto de circunstancias meramente locales y fisicas. ¿Procedia acaso de algunas conformidades morales entre sus destinos y los del bajel? ¿O es que hallaba un placer secreto en reconcentrar sus alegrías y sus pesares en su cuna? El corazon se goza naturalmente en replegarse, por decirlo así, sobre sí mismo: pues cuanto menos se exterioriza menos superficie presenta á las heridas: ved aquí por qué los hombres muy sensibles; como lo son en jeneral los infortunados, se complacen en habitar reducidos retiros. Lo que el sentimiento gana en intensidad le pierde en estension: cuando la república romana tenia por límites el monte Aventino, sus hijos morian con júbilo por ella; pero dejaron de amarla cuando aquellos llegaron á los Alpes y al Táuro. Es indudable que alguna razon de este jénero alimentaba en el grumete inglés su amor al buque natal. Navegante ignorado en el océano de la vida, veia levantarse los mares entre él y nuestros dolores, y era en verdad feliz, puesto que divisaba desde lejos las tristes playas del mundo.

Quando nos hallamos lejos de nuestro país es cuando mas que nunca sentimos el poder del instinto que nos arrastra hácia él. A falta de realidades nos esforzamos en crearnos sueños que nos la retraten; el corazon es fecundo en quimeras, pues todo aquel que se ha alimentado al pecho de la mujer ha bebido la copa de las ilusiones. Ora convierte una cabaña en el techo paterno; ora aplica á un bosque, á un valle ó á una colina algunos de los dulces nombres de la patria. Andrómaca apellida *Simois* á un arroyo. ¡Y cuán tierna verdad se encierra en el riachuelo que reproduce un caudaloso rio de la patria! Lejos de las orillas que nos han visto nacer, la naturaleza nos parece raquítica, y la pálida sombra de la que hemos perdido.

Otro ardid del instinto patrio es conceder gran precio á un objeto de escaso valor intrínseco, pero que procede de nuestro país y hemos llevado al destierro. El alma se asocia hasta á las cosas inanimadas que han compartido nuestros destinos: una parte de nuestra vida se identifica con el asilo donde descansó nuestra felicidad, y sobre todo con aquel que prestó sombra á nuestro infortunio.

Para pintar la languidez interior que se experimenta fuera de la patria, el pueblo dice: *Este hombre tiene el mal del país*; verdadera enfermedad que no puede curarse sino regresando al suelo patrio. Pero por pocos años que haya durado la ausencia, ¿qué hallamos en los lugares que nos han visto nacer? ¿Cuántos hombres existen de los que habíamos dejado llenos de vida? Los sepulcros ocupan el lugar de los palacios, y estos el de aquellos; el campo paterno se ve cubierto de malezas ó entregado á un arado extranjero, y derribado yace el árbol que nos alimentara.

Si se nos preguntase en qué consiste la fuerza de los vínculos que nos ligan al suelo natal, nos costaría algún trabajo responder. Tal vez es una sonrisa de una madre, de un padre, ó de una hermana; tal vez es el recuerdo del viejo preceptor que nos educó, ó el de los tiernos compañeros de nuestra infancia; tal vez son los desvelos de una nodriza, de un antiguo doméstico, parte tan esencial de la casa (*domus*); son, por último, tal vez las circunstancias mas sencillas, y si se quiere, mas triviales: un perro que ladraba durante la noche en el campo; un ruiseñor que volvía todos los años al jardín; el nido de la golondrina en la ventana; el campanario de la iglesia, que se veía descollar sobre los árboles; el tejo del cementerio, el sepulcro gótico; ¡hé aquí todo! Pero estos pequeños medios demuestran con tanta mayor certidumbre la realidad de una Providencia, cuanto que no podían ser el orijen del amor á la patria y de las grandes virtudes que brotan de este amor, si una voluntad suprema no lo hubiese dispuesto así.—*Chateaubriand*.

La Escuela.

23.—Cien niños se reúnen bajo la dirección de un maestro de escuela. El hecho solo de salir cada uno del estrecho círculo de la familia, de la presión de su modo de ser habitual, la reunión de un grupo de seres bajo una autoridad, echa en el ánimo el primer jérmén de la asociación. Es preciso obedecer, es preciso obrar, no ya conforme á la inspiración del capricho individual, sino en virtud de una cosa como deber, según un método como regla, bajo una

autoridad como gobierno, con un fin que se dirige mas allá del tiempo presente. Hé aquí ya la moral inculcada, la naturaleza ruda sometida, *Mos Moris*, la costumbre; el hábito diario de obrar, de dirigir las acciones á un fin. Dícese de las matemáticas que son la disciplina de la razon; las escuelas por el solo hecho de asistir á ellas, á horas fijas, con objeto determinado, son la disciplina de las pasiones en jérmen, en desenvolvimiento. No se puede en ellas gritar cuando se quiere, ni reir, ni correr, ni pelear, ni comer; la vida social comienza, y deja trazas imperecederas en el espíritu y en las costumbres futuras del que va á ser hombre. La estadística de todos los paises ha probado este hecho sin comprenderlo. El saber leer mal, sin haber hecho uso de la lectura como medio de instruccion, se ha encontrado que es preservativo contra el crimen, puesto que son menos relativamente los criminales de esta clase, que los que da en cifras abultadas la masa del todo destituida del primer rudimento del saber. ¿Qué ha podido influir este comienzo estéril de enseñanza en la moralidad del individuo? Nada. Es la Escuela. No se aprende á leer de ordinario sino en la escuela; y la escuela moraliza los apetitos, educa el espíritu, domestica, subordina las pasiones. La escuela congrega á los hombres en jérmen, los hace froarse todo el dia sin ofenderse. El instinto del niño lo lleva á buscarle camorra á otro niño de su edad y fuerza que encuentra en la calle: el hábito diario de ver cien niños en la escuela bajo las mismas condiciones, le quita este sentimiento hostil; y el espíritu pendenciero del hombre natural, que mas tarde se traduce en puñaladas y homicidios, queda sofocado ó dulcificado en la fuente. El alma por otra parte, se sirve de órganos materiales para sus funciones, y es susceptible por el uso de robustecerlos y perfeccionarlos. El novillo endeble se convierte en buey fornido á fuerza de ejercitar sus músculos de traccion. La memoria, el juicio, la percepcion de las analogías y de los contrastes, se afinan, se desenvuelven con el mas pequeño ejercicio de la inteligencia. Aprender á leer, por el solo hecho de ejercitar en ello las facultades mentales sin aplicacion á los fines de la lectura, causa una revolucion en el espíritu del niño, lo mejora, lo dilata. Centenares de hombres han principiado y abandonado estemporáneamente el estudio, olvidando lo

que habian aprendido. Los que han cursado las aulas han olvidado todos, ó cuasi todos los testos: personas que solo estudiaron el latin y eso mal (y saber latin para los negocios de la vida, para la adquisicion de conocimientos, si no son profesionales, es como saber la quichua para el comercio); y sin embargo, es un hecho averiguado que esos hombres que abandonaron el estudio, esos estudiantes de latin tienen la razon mas desenvuelta que los que nada estudiaron.—*D. F. Sarmiento.*

Educacion de la mujer.

24.—Si puede decirse que el cristianismo ha dado á la mujer una elevacion permanente, como ser intelectual y moral, tambien es cierto que la edad presente ha abierto campo á su jenio, y enseñádonos á respetar su influencia. Era costumbre de otros tiempos considerar las prendas literarias del bello sexo como pedanteria, ó vanas pretensiones; y tacharlas como incompatibles con las afecciones y virtudes domésticas que constituyen el encanto de la sociedad.

Hánsenos leído muchas homilias sobre su amable debilidad y su sentimental delicadeza; sobre su tímida mansuetud y su rendida obediencia; como si probar el fruto del saber fuese un pecado mortal, y la ignorancia el único guardian de la inocencia. Las mas de las mujeres no tenían otro carácter que el de la pureza y devocion á sus familias.

Aunque estas calidades son admirables, parecia un abuso de los dones de la Pròvidencia negar á las madres la facultad de enseñar á sus hijos; á las esposas el derecho de tomar parte en las empresas intelectuales de sus esposos; á las hermanas é hijas el deleite de transmitir el saber en el círculo del hogar doméstico; á la juventud y á la belleza el encanto de un entendimiento ilustrado; á las ancianas y enfermas el consuelo de estudios que elevan el alma y alegran las tediosas horas del fastidio.

Esto ha pasado ya, en gran parte. Las preocupaciones que atacaban el bello sexo han cedido á la influencia de la verdad. Por medio de progresos lentos pero seguros, la edu-

cacion se ha extendido por todas las clases de la sociedad femenina. Ya no se teme que la cultura de la ciencia enjendre esa varonil osadía é inquieta independendencia, que alarma por sus arranques, y hiere con su volubilidad.

Hemos visto que aquí, como en cualquiera otra parte, el saber es favorable á la virtud y á la felicidad humanas; que el refinamiento literario añade lustre á la devocion de la piedad; que la verdadera instruccion, así como el verdadero gusto, es modesta y sin ostentacion; que la gracia de los modales recibe mayor pulimento que la disciplina de las escuelas; que el jenio cultivado arroja una luz de alegría sobre los deberes domésticos; y sus chispas, á semejanza de las del diamante, muestran á primera vista su poder y su pureza.

No hay una sola clase de la sociedad femeníl, por mas alta que sea, que no pague hoy homenaje á la literatura; ó que no se ruborize aun por la mera sospecha de esa ignorancia que, medio siglo ha, no era ni rara ni vergonzosa. No hay un solo padre cuyo orgullo no se inflame con la idea de que la felicidad de su hija está en gran parte bajo su propio dominio, ya sea que se mantenga en el apartado y tranquilo retiro doméstico, ó visite los bulliciosos salones del gran mundo.

Así se abre una nueva senda á la capacidad de la mujer, para aliviar la opresion de la desgracia, sin sacrificio alguno de dignidad ó de modestia. El hombre no aspira ya al esclusivo goce de las preeminencias de autor. En cuasí todos los ramos del saber tiene rivales ó asociados.

¿Quién hay que no admire con entusiasmo los preciosos fragmentos de Isabel Smith, la venerable erudicion de Isabel Carter, la elevada piedad de Ana More, la fuerza persuasiva de la Señora Barbaud, las elegantes memorias de su distinguida sobrina, las encantadoras ficciones de Madama d'Arblay, las vivas, pintorescas inájenes de la Señora Radcliffe, la brillante poesia de Felicia Hemans, el sin par jenio, la singular habilidad para pintar caractéres, y la enseñanza práctica de la Señorita Edgeworth.—*Story*.

Las mujeres nos gobiernan; hagámoslas, pues, perfectas.—Cuánto mas ilustradas serán ellas, tanto mas lo seremos noso-

tros. De la cultura del espíritu de las mujeres depende el valor moral é intelectual de los hombres. Es por las mujeres que la naturaleza obra sobre nuestro corazón.—*Sheridan*.

El sentimiento de la maternidad.

25.—En los animales, la maternidad es lo único que se asemeje á un sentimiento; la maternidad les da prevision, ternura, abnegacion, aun heroismo. La leona, á quien arrebatan sus cachorros, se hace terrible como un leon; el leon se aleja. He sido testigo del valor de una jóven madre curruca. Habia construido su nido en un matorral á altura de la mirada; el padre y la madre, segun costumbre de estos lindos pájaros, quedaban sucesivamente sobre el nido para empollar; por manera que, si yo me acercaba en el momento en que el macho estaba de guardia, el macho huía á las ramas superiores, volando, gritando, ajitándose; pero huyendo. ¿Estaba, por el contrario, la hembra? Quedaba ella. Veía yo su corazoncito latir bajo sus plumas, redondearse y brillar de terror sus ojos negros; no obstante, quedaba. ¿En esto, habia ciertamente un sentimiento! Habia valor, puesto que habia miedo; habla abnegacion, puesto que habia sacrificio. Por el amor maternal, toca el animal cuasi á la naturaleza humana y la naturaleza humana se eleva hasta la naturaleza divina!

¿Qué padre, en efecto, osaria comparar su ternura con la ternura de una madre? Muy distante estoy de querer negar la afeccion paternal; pero, para las mujeres, la maternidad es la vida misma. ¿Aquellos que les contestan todavia su rango de creadoras, no han, pues, jamás visto una madre recibir en sus brazos á su hijo recién nacido? ¿No han, pues, jamás contemplado esa divina primera mirada que ha inspirado por un dia al fogoso Rubens, en la figura de María de Medicis, el tierno jenio de Rafael? ¿Jamás vieron, pues, á una madre siguiendo el primer paso de su hijo, escuchando su primera palabra, ¡ay! y recibiendo su último suspiro? Cuando un niño muere, llora el padre; pero el tiempo no respeta mas en él ese dolor que los demás dolores; en cuanto á la madre, es una herida que no se cierra. En-

cuéntranse á veces figuras de mujeres marcadas con un sello peculiar de desesperacion: su palidez, su dulzura, el acen- to desalentado de su voz, su frente inclinada sobre el pe- cho, traicionan en ellas un no sé qué irreparablemente des- trozado que os oprime el corazon: aun éuando se sonrien, se ve que están prontas á llorar; indagueis la causa de su pena, se os dirá cuasi siempre que son madres que han per- dido algun niño en la flor de la edad. Una mujer ataca- da de la mortal enfermedad que le habia arrebatado su hijo diez años antes, exclamó, en medio de las angustias de la agonía: « ¡Ay! cuánto ha debido sufrir mi pobre hijo! » Atormentada por su propio mal, no pensaba mas que en el de su hijo. Tal es el amor maternal. Sin igual en la crea- cion, nace en un instante, inmenso, sin límites, sin cálculo! tan poderoso que trasporta á la que lo siente mas allá de las leyes de la naturaleza, haciendo del dolor un placer, de la privacion un goce, y esto, no accidentalmente, por accesos como en el amor, sino siempre y sin descanso. El tiempo no lo estingue ni no lo hiela la vejez, pues para él no existe ni decadencia ni progreso, ese otro signo de im- perfeccion! Ha nacido el primer dia del mundo tan com- plete como hoy, y sobre este punto Eva sabia tanto como Hecuba y la reina Blanca. ¿Hemos dicho lo bastante? No. Por último milagro, renueva todo entero el ser que lo siente y le sirve de educacion. Por él, la mujer coqueta se torna seria, la imprevisora reflexiva; ilumina, purifica; significa vir- tud é inteligencia así como abnegacion y amor; ¡es el cora- zon humano todo entero!—*Ernesto Legowé.*

La guerra.

26.—Un jóven ángel de alto rango habiendo sido envia- do en mision aquí abajo por primera vez, diéronle por guia, un viejo jenio. Llegaron, cerniéndose, sobre los mares de la Martinica, precisamente el dia en que se daba una ba- talla encarnizada entre las flotas de Rodney y de Grasse. Cuando, al través de las nubes de humo, vió el fuego de los cañones, las cubiertas llenas de miembros mutilados, los cuerpos muertos ó moribundos, los navios zozobrando,

encendiéndose ó volando en el aire, y en medio de esa escena de miseria y destruccion, al resto de las tripulaciones que, enfurecidas, se degollaban entre sí.

«Necio atolondrado, dijo colérico á su guia, no sabeis lo que haceis. Os encargais conducirme á la tierra, y me traeis al infierno!

—No, replica el guia, no me he equivocado; estamos realmente sobre la tierra, y son hombres los que veis. Jamas se tratan los diablos unos á otros de una manera tan bárbara; tienen mas juicio y mas de lo que los hombres llaman orgullosamente humanidad.»—*Franklin*.

«Un salteador de camino, que roba con una cuadrilla, no es menos ladron que cuando roba solo; y una nacion, que hace una guerra injusta, no es mas que una *grande cuadrilla*.»—*Franklin*.

Vanidad de la ciencia.

27.—No sé como me juzgará la posteridad; pero, en cuanto á mí, me considero como un niño que juega en la playa, divirtiéndose en recojer aquí y allá un guijarro pulido ó una linda conchita, mientras está delante de él el grande océano de la verdad, que todavía no ha sido explorado.—*Isaac Newton*, (pocos dias antes de su muerte.)

Beneficio de la razon y de la filosofía.

28.—Desde los primeros dias de las sociedades humanas hasta la venida de Jesucristo, mientras que en un rincon del mundo, una raza privilegiada guardaba el depósito de la doctrina revelada, ¿quién, os pregunto, enseñó á los hombres, bajo el imperio de religiones extravagantes y de cultos frecuentemente monstruosos, quién les enseñó que poseen una alma, y una alma libre, capaz de hacer el mal, pero capaz tambien de hacer el bien? ¿Quién les enseñó, en

presencia de los triunfos de la fuerza, y en la opresion casi universal de la debilidad, que la fuerza no es todo, y que hay derechos invisibles, pero sagrados, que aun el fuerte debe respetar en el débil? ¿De quién recibieron los hombres los nobles principios, que es mas bello guardar la fé dada que traicionarla, que hay dignidad en domeñar sus pasiones y conservarse templado en el seno mismo de los placeres permitidos? ¿Quién les ha dictado estas grandes palabras: un amigo es otro yo, se debe amar á sus amigos mas que á sí mismo, á su patria mas que á sus amigos, y á la humanidad mas que á su patria? ¿Quién les ha mostrado mas allá de los límites y bajo el velo del universo, un Dios oculto, pero en todas partes presente, un Dios que ha hecho el mundo con peso y medida, y que no deja de velar sobre su obra, un Dios que ha hecho al hombre porque no ha querido mantener oculta en la soledad inaccesible de su ser sus mas augustas perfecciones, porque ha querido comunicar y derramar su intelijencia, y lo que es mas, su justicia y lo que es mas aun, su bondad? ¿Quién, en fin, les inspiró esa tocante y sólida esperanza, que, concluida esta vida, el alma inmaterial, intelijente y libre, será recojida por su autor? ¿Quién les ha dicho que mas arriba de todas las incertidumbres, existe una certidumbre suprema, una verdad igual á todas las verdades de la jeometría, es á saber que, en la muerte como en la vida, un Dios omnipotente, todo justo y todo bueno, preside los destinos de su criatura, y que tras las sombras de la muerte, suceda lo que suceda, todo será bien, porque todo será obra de una justicia y bondad infinitas? Yo pregunto ¿qué potencia enseñó todo eso á millares de hombres en el mundo antiguo antes de la venida de Jesucristo, sino esa luz natural que se trata hoy con tan estraña ingratitud? Niéguese, ante los monumentos irrefragables de la historia, ó confiésese que la luz natural no es tan débil, por habernos revelado todo lo que da precio á la vida, Mas verdades ciertas y necesarias sobre las que reposan la familia y la sociedad, todas las virtudes privadas y públicas, y eso, por el puro ministerio de esos sabios ignorados del antiguo oriente y de esos sabios mejor conocidos de nuestra vieja Europa, hombres admirables, sencillos, grandes, que sin estar revestidos de sacerdocio al-

guno, no han tenido otra misión que el celo de la verdad y el amor á sus semejantes, y solo por ser llamados filósofos, es decir, amigos de la sabiduría, han sufrido persecuciones, el destierro, algunas veces en un trono y mas frecuentemente en los hierros: un Anaxágoras, un Sócrates, un Platon, un Aristóteles, un Epicteto, un Marco Aurelio! — *Victor Cousin.*

Espiritus especulativos.

29.—La vida es de dos maneras: una material, fenomenal; del momento. Otra que se concentra en las profundidades del alma, y saca sus leyes de existencia del fondo oculto y misterioso del corazón del hombre. Cada una de estas maneras de vida humana tiene sus representantes en la tierra; de ahí la clasificación de espíritus positivos, y espíritus especulativos. Para los que creen que las ideas que hasta hoy rijen el mundo no son ni parto de la casualidad, ni consecuencias forzosas de sus necesidades, sino los símbolos que nos recuerdan á la vez cabezas gigantes, y espíritus divinos, el hombre es sin duda un objeto bien digno de estudio, y de estudio profundo. Montesquieu, fatigando por 20 años su inmensa capacidad, rico, recojiendo y elaborando silenciosamente, sumido en la miseria, los mundos que creaba su alto espíritu, son mas que dos hombres; seres soberanos, seres que á la manera de Dios son grandes y eternos, porque hallaron é interpretaron la ley de la existencia humana.

Difícil le es al hombre sacudir el polvo de que está cubierto; hay una atracción poderosa entre la materia de su cuerpo y la de los objetos que la circundan. Hay una ley irresistible con frecuencia que le arrastra á ocuparse sobre todo de lo que inmediatamente contribuye á su felicidad, de todo lo que es aplicable, sin esperar el largo trascurso de los años. Dulce es sin duda contentar el deseo apenas nace, trabajar por la felicidad cuando se hace necesaria, dar al corazón lo que pide. Por esto la humanidad se revuelve insensata sobre la cadena que la agobia; por esto se prepara hoy el puñal, que, destinado al corazón del déspota,

mañana se empapa en nuestra sangre; por esto se saborea el momento presente, sin curarnos de que á una línea mas está la miseria, la profunda miseria.

No trabajar para otros; para el tiempo en que nuestro nombre habrá desaparecido bajo el peso de otros, no trabajar porque no se nos comprende ni remunera: ved ahí las ideas del que solo piensa en sí y en sus dichas: ved ahí las ideas del hombre egoísta y débil, del hombre que ha renegado de la fé humana y de la esperanza santa. El poeta que canta sus suspiros, el guerrero que entona el himno de sus triunfos fratricidas, es menos que un hombre, mas que un enemigo, es un impío.

Así la tiranía, que vela siempre y no cierra jamás sus párpados de fierro, se nutre de la inercia de todos, levanta los cadalsos, prepara los martirios, y conduce al rebaño por la inmundada senda de la esclavitud y del crimen.

El hombre que vive con el día, como el labrador que no prepara su tierra para la cosecha futura, tiene bajo sus plantas un abismo, y una cuchilla amenazante á una línea de su cuello. El pueblo incauto que ha padecido por las funestas manos de un tirano astuto, olvida lo que fué y descuida el porvenir, ya ha empezado á marchar por la senda desgraciada, por la abominable senda de su degradacion.

Desconfiad mucho de la dicha engañosa de esos pueblos, que mueren enlutados, como la aurora del día en las tinieblas de la noche.

Pero la inteligencia divina no nos ha abandonado en los desiertos del mundo, como las criaturas malditas.

Hay antorchas en la tierra, como luminas en el cielo. Globos que imprimen su movimiento al eje sobre que jiran; espíritus que penetran los misterios del porvenir sacudiendo el peso enorme de las preocupaciones del presente: almas templadas al crisol del martirio; la mediocridad las desconoce, las burla; la posteridad les consagra altares y templos.

Seres raros en un mundo que los repele; mártires del ciego fanatismo, de la ignorancia de los mismos á quienes iluminan, se ven separados de los hombres, porque los hombres los desechan. Una barrera insuperable los aleja tenaz, eterna tal vez; pero un vínculo mas fuerte los acerca: el amor, la fraternidad, la naturaleza.

La humanidad sufre y sus quejidos no mueren sin eco; porque ellos llegan hasta el corazón de esos hombres que tienen voces de templo, solemnes como los mandatos de Dios.

Reformadores audaces, legisladores que motejan el presente, preparando el porvenir, viven para todos y con la vida humanitaria, porque los elementos de la existencia individual no bastan á tan grandes necesidades. Espíritus que abrazan la creación y la interpretan, que contribuyen á la formación del mundo humano y lo dirigen, merecen apenas la amarga sonrisa del desprecio, la ingrata caridad de sus semejantes.

Allá en los siglos futuros, cuando monton de jeneraciones hayan desaparecido, y otras mas humanas, mas sociales hayan ocupado la escena, se oye un nombre, un libro se abre, se estudia; y entónces el que en su tiempo fué distinguido con el epíteto de visionario, loco, viene á ser el oráculo de los sabios, de los hombres, de los pueblos. ¡Bella gloria sin duda! ¡Ser la victima hoy para reinar mañana!

Poned los ojos en el inmenso camino que la humanidad ha recorrido; examinad la infinita serie de jeneraciones que se han sucedido unas á otras, los hechos de todas las edades, de todos los parajes de la tierra, un nombre, dos nombres vienen á daros la historia de los tiempos, la historia que no se aprende en las crónicas ni en los anales de los recopiladores.

Moises, Dante, Homero, son astros que los trastornos del globo no eclipsarán; faros eternos que brillan como el sol, porque son de esos seres que nacieron para eternizarse como el mundo, y que mientras la especie humana exista, vivirán cuando menos en el corazón de los que amen la mejora y prosperidad de sus semejantes.

Bellas y tempestuosas fueron las vidas de los mejores héroes de la humanidad, la virtud santa luchando con la miseria y la estúpida persecucion de los imbéciles, la justicia combatida y avasallada por el crimen, el sacrificio premiado por la burla, la santidad de la vida con la infamia de la persecucion; tales han sido siempre los premios que la ambicion y el vicio, monstruos humanos é infernales, des-

tinaron á los sublimes espíritus de los que la especie humana hoy llama *padres bienhechores*.

Oh! vosotros que vejetais contentos en la inculta tierra de la fértil América; vosotros que dejais caer por favor especial una sonrisa de piedad hácia el que no vive moribundo como vosotros. Mirad: Jesu-Cristo murió en la cruz, Dante fué proscrito de su bella patria, Rousseau segregado de la sociedad, Galileo procesado ante fanáticos crueles, Descartes fué infeliz, Saint Simon espiró en los brazos de la misericordia de muy pocos; no, vivid contentos hoy para hoy. ¿Qué os importa el dia de mañana?—*Miguel Cané*.

El hombre y el infinito.

30.—Contemple el hombre la naturaleza entera en su alta y plena majestad: aparte su mirada de los bajos objetos que lo rodean; mire esa luz resplandeciente colocada como una lámpara eterna para alumbrar el universo: aparezcásele la tierra como un punto, comparada con el vasto jiro que este astro describe; y asómbrese de que este mismo vasto jiro no sea mas que un punto pequenísimo respecto del que abrazan los astros que ruedan en el firmamento. Pero, si nuestra vista se detiene allí, pase adelante nuestra imaginacion, y se cansará mas pronto de concebir que la naturaleza de darle pábulo. Todo este mundo visible no es mas que un rasgo imperceptible en el anplo seno de la naturaleza; ninguna idea se le acerca. Por mas que hinchemos nuestras concepciones mas allá de los espacios imaginables, solo enjendramos átomos en comparacion de la realidad de las cosas. Es una esfera infinita cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. Es en fin el mayor carácter sensible de la omnipotencia de Dios, el que nuestra imaginacion se pierda en este pensamiento.

Considere el hombre, replegándose en sí mismo, lo que él es en comparacion de cuanto existe; obsérvese, como extraviado en este rincon apartado de la naturaleza; y desde este estrecho calabozo donde se halla alojado, quiero decir el universo, aprenda á apreciar en su justo precio la tierra, los reinos, las ciudades y á sí mismo. ¿Qué es un hombre en el

infinito? ¿Quién puede comprenderlo? Pero, para presentarle otro prodigio igualmente asombroso, investigue, en cuanto él conoce, las cosas mas delicadas. Representése un arado, que le ofrece en la pequeñez de su cuerpo partes incomparablemente mas pequeñas, piernas con coyunturas, venas en esas piernas, sangre en esas venas, humores en esa sangre, gotas en esos humores, vapores en esas gotas; dividiendo aun estas últimas cosas, agote sus fuerzas y sus concepciones, y sea ahora el objeto de nuestro discurso el último á que puede llegar: pensará tal vez que reside allí la extrema pequeñez de la naturaleza. Quiero hacerle ver en ello un nuevo abismo. Quiero pintarle no solamente el universo visible, sino la inmensidad de la naturaleza concebible en el recinto de este diminutivo de átomo. Vea en él una intinidad de universos, de los cuales cada uno tiene su firmamento, sus planetas, su tierra, en la misma proporcion que el mundo visible; en esa tierra, animales, y en fin, arados, en los cuales encontrará lo que han dado los primeros: y hallando todavía en los otros la misma cosa, sin término y sin reposo, piérdase en esas maravillas tan asombrosas en su pequeñez como las otras por su extension; porque ¿quién se admirará de que nuestro cuerpo que hace un momento no era perceptible en el universo, imperceptible él mismo en el seno de todo, sea ahora un coloso, un mundo, ó mas bien un todo, respecto de la nada á la que no puede llegarse?

Quien se considere de este modo se espantará de si mismo, y al considerarse sostenido en la masa que la naturaleza le ha dado, entre esos dos abismos del infinito y de la nada, temblará en presencia de esas maravillas; y yo creo que, convirtiéndose su curiosidad en admiracion, estará mas dispuesto á contemplarlas en silencio que á investigarlas con presuncion.

Porque, al fin, ¿qué es el hombre en la naturaleza? una nada respecto del infinito, un todo respecto de la nada; un término medio entre nada y todo. Infinitamente distante de comprender los extremos, el fin de las cosas y su principio están invenciblemente ocultos para él en un secreto impenetrable. Igualmente incapáz de ver la nada, de donde ha salido, y el infinito donde está sepultado. ¿Qué hará, pues, sino percibir alguna apariencia del medio de las cosas, en una eterna desesperacion de conocer ni su principio

ni su fin. Todas las cosas han salido de la nada y son llevadas hasta el infinito. ¿Quién seguirá esos asombrosos caminos? El autor de esas maravillas las comprende, ningún otro puede hacerlo.—*Pascal*.

La dicha.

31.—En los albores de la vida, nuestra naturaleza, despertándose con todas las necesidades y todas las facultades de que está provista, se encuentra con un mundo que parece ofrecer un campo ilimitado á la satisfaccion de las unas y al desarrollo de las otras. A la vista de este mundo que parece encerrar para ella la dicha, se lanza nuestra naturaleza, llena de esperanzas é ilusiones. Pero, está en la condicion humana que ninguna de esas esperanzas se llene, que ninguna de esas ilusiones se satisfaga. De tantas pasiones que Dios ha puesto en nosotros, de tantas facultades de que nos ha dotado, examinad, ved cual de ellas aquí abajo consigue su objeto, y llega á su fin. Parece que el mundo que nos rodea hubiese sido constituido de modo á hacer imposible semejante resultado. Y, sin embargo, estos deseos y estas facultades resultan de nuestra naturaleza; lo que quieren ellos, es lo que quiere ella; lo que quiere ella, es el fin para lo cual ha sido hecha, es su dicha, es su bien. Sufre, pues, y no solamente sufre, sino que estraña y se indigna; porque como ella no se ha hecho, no ha dependido de ella el tener ó no tener estas tendencias; la satisfaccion de estas tendencias le parece, pues, no solamente natural, sino tambien legitima; encuentra así mismo que las leyes de la naturaleza y las de la justicia han sido violentadas en lo que le pasa; y de allí, esa larza incredulidad primeramente, en seguida esa íntima protesta que oponemos á' las miserias de la vida. Mientras dura nuestra juventud, la desdicha nos causa sorpresa mas bien que temor; nos parece que lo que nos sucede es una anomalía, y por esto no quebranta nuestra confianza. Por mas que se repita esta anomalía, no nos desengañamos; preferimos acusarnos antes que promover dudas sobre la justicia de la Providencia; creemos que, si sufrimos des-

engaños, la culpa es nuestra, y nos esforzamos á ser mas diestros; y, aun cuando haya sido chasqueada mil veces nuestra destreza, nos obstinamos todavia en creerlo. Pero, al fin, sea que algun golpe terrible, viniendo á herirnos, nos abra de súbito los ojos, sea que, con el curso de la vida, llegue á prevalecer una esperiencia por largo tiempo prolongada, se nos aparece la triste verdad; entónces se desvanecen las esperanzas que nos habian mitigado la desdicha; entónces le sucede esa amarga indignacion que la hace mas penosa; entónces, del fondo de nuestro corazon oprimido por el dolor, del fondo de nuestra razon lastimada en sus creencias mas intimas, se eleva inevitablemente esta melancólica cuestion: ¿por qué, pues, ha sido el hombre puesto en este mundo?

Y no se crea que las miserias de la vida sean las únicas que tengan el privilegio de dirigir nuestro espíritu hácia este problema: sale de nuestras felicidades como de nuestros infortunios, porque nuestra naturaleza no es menos engañada en unas que en otras. En el primer momento de la satisfaccion de nuestros deseos, tenemos la presuncion, ó, por decir mejor, la inocencia de creernos dichosos; pero, si esta dicha dura, pronto lo que tenia primeramente de halagüeño se empaña; y, allí, donde habiamos creído sentir una satisfaccion completa, no experimentamos ya sino una satisfaccion mas débil, á la que sucede una satisfaccion mas débil aun, la cual se agota poco á poco, y viene á apagarse en el tedio y la repugnancia. Tal es el inevitable desenlace de toda dicha humana; tal es la ley fatal á la que nadie puede sustraerse. Ahora, si en el acto del triunfo de una pasion, tenemos la buena suerte de ser avasallados por otra, entónces, arrebatados por esta pasion nueva, escapamos, es cierto, al desencanto de la primera, y es así como, en una existencia muy llena y muy ajitada, podemos vivir bastante tiempo con la dicha de este mundo antes de conocer sus vanidades. Pero no puede durar siempre este aturdimiento: llega el momento en que esa impetuosa inconstancia en la prosecucion de la dicha, que nace de las variedades é indecision de nuestros deseos, se fija en fin, y en que nuestra naturaleza, recojiendo, por decirlo así, y concentrando en una sola pasion todas las necesidades de dicha que está en ella, ve esta dicha, la ama, la desea

en una sola cosa que está allí, y á la que aspira con todas sus fuerzas. Entónces, sea cual fuera esta pasion, entónces llega inevitablemente la amarga esperiencia que la casualidad habia postergado; porque, apenas lograda, esta dicha, tan ardientemente, tan únicamente deseada, espanta con su insuficiencia el alma, que agota sus fuerzas en buscar lo que habia soñado; esta misma investigacion aja y empaña una dicha, que no es lo que parecia ser, que no da lo que prometia; se ha conseguido toda la dicha que la vida podia dar, y el deseo de dicha no está estinguido. La dicha es, pues, una sombra, la vida una decepcion, nuestros deseos falaz lazo. Nada hay que contestar á semejante demostracion: ella es mas decisiva que la de la desdicha misma; porque, en la desdicha, podemos todavía hacernos ilusion, y, al acusar nuestra mala suerte, absolver la naturaleza de las cosas; miéntras que aquí, es la naturaleza misma de las cosas la que está convicta de maldad. Aunque todas las felicidades de la vida se pongan frente á frente del corazon humano, el corazon humano no está satisfecho. Por esto, ese melancólico regreso sobre sí mismo, que eleva al hombre de edad madura al pensamiento de su destino y lo conduce, inquieto, á preguntarse cual es este destino, nace mas comunmente aun de la esperiencia de las dichas de la vida que de la de sus miserias. Dos casos son estos en que la cuestion se ajita: no son los únicos.—*Jouffroy.*

La verdadera dicha.

33.—; Cuántos medios hemos recibido para ser felices! Placeres de los sentidos, placeres del espíritu, placeres del corazon, hé ahí, si supieramos usarlos, los bienes que la naturaleza ha derramado con profusion en el camino de la vida.

Y, guárdense bien de poner en la balanza los que vienen del cuerpo y los que nacen del fondo del alma. Rápidos y fujitivos, los placeres de los sentidos no dejan tras sí mas que vacío; y todos los hombres llegan, con la edad, á hastiarse de ellos. Los placeres del espíritu tienen un atractivo siempre nuevo; el alma es siempre jóven para disfrutarlos,

y el tiempo, lejos de debilitarlos, les da cada día mayor vivacidad. Pitágoras ofrece á los dioses una hecatomba para agradecerles un *teorema* que lleva todavía su nombre. Kepler no cambiaria sus *reglas* por la corona de los mas grandes monarcas. ¿Hay acaso goces superiores á semejantes goces?

Sí, los hay superiores. Por mas grandes que sean los arrobamientos que orijinan el descubrimiento de la verdad, puede ser que Newton, harto de años y de gloria, Newton, que habia hallado la ley de la gravedad, y descompuesto la luz, se haya dicho, al arrojar tras sí una mirada, *vanitas*; mientras el recuerdo de una buena accion basta para hermohear los últimos dias de la mas extrema vejez, y nos acompaña hasta dentro de la tumba!

¡Cómo se engañan los que colocan la suprema felicidad en las sensaciones! pueden conocer el placer, no tienen idea de la dicha. — *La Romiquière.*

La vida.

33. — Es pues la vida un dolor en que empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. Considérala como plazo que poner al jornalero; que no tiene descanso, desde que empieza, si no es cuando acaba. A la par empiezas á nacer y á morir, y no es en tu mano detener las horas, y si fueras cuerdo, no lo habias de desear; si fueras bueno, no lo habias de temer. Antes empiezas á morir, que sepas que cosa es vida, y vives sin gustar de ella, porque se anticipan las lágrimas á la razon. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida y la de todos, y su miseria, mira qué de cosas desdichadas ha menester para continuarse. ¿Qué yerbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte, ó de tu sustento, abrigo, reposo ú hospedaje? ¿Cómo puede dejar de ser débil, y sujeta á muerte y miseria, la que con muertes de otras cosas vive? Si te abrigas, murió el animal cuya lana vistes; si comes, el que te dió sustento. Pues advierte, hombre, que tienen tanto de recuerdos y memorias, como de alimento. Por otra parte, mira cómo en todas esas cosas ignoras la muerte que recibes, pues los manjares con que, á tu parecer sustentas el cuerpo, en su decoccion, por otra parte, gastan el

calor natural que es tu vida, con el trabajo de disponerlos. Vela eres, luz de la vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta; y cuanto mas aprisa arde, mas aprisa te acabarás.

Considera que, sin los venenos, las mismas cosas saludables te traen muerte. Un airecillo, si te coje el cuerpo destemplado; un jarro de agua, si sudas: el baño: la comida, si es demasiada: el vino: el movimiento, si te causas: el sueño prolijo. En ninguna cosa tienes segura salud, y es necedad buscarla; pues no puede dejar de estar enfermo, quien siempre, en su misma vida, tiene mal de muerte. Con este mal naces, con él vives, y de él mueres. Dejo de contar los venenos y cosas que la naturaleza creó contra tu vida. Y estas cosas que no están en tu mano, no las debias sentir, ni quejarte de ellas. Tu mayor miseria no es, sino que entre todos los animales, tú solo naciste contra tí mismo. ¿Qué enemigo tienes mayor de tu vida y quietud, que tú, pues de las cosas ajenas te congojas? Si el otro anda despacio, te enfadas: si habla mucho, te enojas: si le suceden desdichas, te deshaces en lástima: si tiene prosperidad, te carcomes con envidia: si te dicen una mala palabra, ó te dan un golpe, te afrentas y deshaces; y no teniendo tú culpa de que el otro sea desvergonzado, si no te puedes vengar, te mueres de coraje; y toda la vida te mueres de miedo de morirte, ó vives tan solícito de las cosas de acá, y con trabajo, como si no fueras mortal, y esta vida perecedera.— *Quevedo*.

La vida es un camino de hierro. A brillantes perspectivas inundadas de luz y que pasan delante de la vista como un ensueño, suceden, á intervalos, arcadas sombrías y cavernosas, profundos tuneles que serpean en las entrañas de la tierra. ¡Adios sol, adios verdura, adios vida! viajais en la sombra, en la muerte. El olor sepulcral, la humedad de las bóvedas, el ruido en la noche: hé ahí todo. En medio de estos oscuros pasos que han devorado el wagon, en medio de esas rejiones mustias donde las tinieblas combaten contra las tinieblas, ¡asústense los niños, enhorabuena! el viajero, él, sabe que está conducido; sabe dondè va; sabe que avanza, sabe que es un eclipse necesario, y que la luz volverá dentro de un momento.

En el seno de las perplejidades de la vida y oscurecimientos de la historia, los fieles pensadores conservan en su corazón, como lámpara encendida, fé en el progreso y confianza en la mano invisible que dirige el curso de las cosas humanas! —
Esquiros.

Breve, muy breve, un momento es la aparición del hombre en la tierra: su duración es la de un relámpago que brilla y ya pasó, cuando alzamos la vista para mirarle; sus fuerzas son flacas; inestables y aéreas sus propósitos; sus obras montoncillos deleznable de arena; sus grandezas, polvo, nada. Sin embargo de esta miseria y de esta caducidad, que en todo y por todas partes le rodea (¿lo creeríamos, si la experiencia continua no nos diese los testimonios mas evidentes de ello?) la desmedida arrogancia de sus pensamientos, el desenfreno temerario de sus deseos, ni caben en la inmensidad del espacio, ni en la eternidad del tiempo. Los mas señoreados por la sed terrible de gloria, por la sangrienta pasión de dominar, por la rabiosa locura de ensalzarse sobre su especie, por todos los delirios de un amor propio tiránicamente exclusivo, emplean este soplo de vida en asijir á sus hermanos, en hacerles una guerra perpetua, en alterar la paz de las naciones, y en agobiar el mundo con el insoportable peso de su existencia desastrada. Y cuando despues de haber corrido entre amarguras y remordimientos el cortísimo espacio que separa su cuna de su féretro, llegan al término de su carrera, sus semejantes, ó no vuelven los ojos para mirar su sepulcro, ó si lo hacen, es para que retiemble con las maldiciones que les arranca la memoria de las maldades que allí se encierran. Los héroes mismos, aquellos invencibles conquistadores, á cuya fama parece que viene estrecho el ámbito de la tierra y de los siglos ¿no se han inmortalizado como las erupciones de los volcanes, que duran eternas en los anales de la historia por la enormidad de los estragos que ocasionaron? Y la muerte de los Gengis y de los Timures ¿no es para la humanidad una época tan dichosamente memorable, como aquella en que, cesando el diluvio, empezó la tierra á salir de las aguas que la anegaron? El hombre de bien, el que dedicándose

al ejercicio de la beneficencia, fué protector, amigo, hermano de los hombres; este sí que es amado en vida con el amor mas verdadero y mas tierno, y llorado en la muerte por tantos como libraban en él su fortuna y la de sus familias desamparadas. Estas lágrimas dolorosas, estos suspiros acongojados, que del fondo de los corazones vuelan en pos de la pompa fúnebre del bueno, y acompañan noche y día la soledad de su sepulcro, son monumentos mas gloriosos mil veces que los mausoleos de mármoles y bronce, que las pirámides colosales, que tal vez levantó la mano envilecida de la adulacion, para inmortalizar magníficamente la depravacion y la ignominia del jénero humano. Y si al amor de la virtud hermanaron estos varones de paz la aficion á las letras, son mas y mas dignos de vivir en la memoria de la posteridad, y de que la verdad pronuncie su elojio en el templo de las Musas, para ejemplo de los que profesan su culto, y para desahogo del sentimiento que causa una pérdida tan irreparable. ¿Hay por ventura otro medio de vengarnos de la muerte salvando de su olvido las reliquias de los virtuosos, que el de entregar sus virtudes á la elocuencia y la historia, para que sobre los hombros del tiempo levante en su honor un monumento que sirva de leccion y de consuelo á las jeneraciones venideras? Los que pasen despues por el campo de la vida, cuando revolviendo las ruinas de lo pasado vean estos recuerdos preciosos, no podrán menos de entrar dentro de sí mismos, é inflamados en una emulacion jenerosa pagarán á la virtud su tributo de admiracion, de amor y respeto. En sus almas enternecidas se moverán afectos semejantes á los que siente el viajero solitario, que pasando por los despoblados escombros donde yace la Grecia, encuentra sepultado entre cenagosas inmundicias uno de aquellos modelos, en que las artes humanas competen con la naturaleza. Le ve, suspende su camino, se sienta á contemplarle despacio; y en tanto que sus ojos atónitos no se hartan de admirarle, su corazon se penetra de una tierna melancolia, las lágrimas se desprenden involuntariamente de sus ojos, caen y riegan los destrozados portentos de los Fidias y de los Praxiteles.—*Cienfuegos*. (En la muerte del marqués de Santa Cruz.)

El camino de la vida.

34.—La vida humana es semejante á un camino cuya salida es un espantoso precipicio: nos lo advierten desde el primer paso; pero la ley está dictada, es preciso avanzar siempre. Quisiera volver sobre mis pasos: anda! anda! Un peso invencible, una fuerza invencible nos arrastra; es necesario avanzar sin treguá hácia el precipicio. Mil contratiempos, mil penas nos fatigan y nos inquietan en el camino. ¡Oh! si pudiera evitar este espantoso precipicio. No, no; es necesario andar, es necesario correr, ¡tal es la rapidez de los años! Nos consolamos, empero, porque de tiempo en tiempo hallamos objetos que nos recrean, aguas que corren, flores que pasan. Quisiéramos detenernos: anda! anda! Y sin embargo, vemos caer todo lo que hemos dejado atrás: horroroso derrumbe, inevitable ruina! Nos consolamos porque llevamos algunas flores cogidas al pasar, que vemos marchitarse en nuestras manos de la mañana á la noche, algunos frutos que perdemos al gustarlos. ¡Encanto! siempre arrebatado, te vas al abismo. Ya todo comienza á borrarse; los jardines menos florecidos, las flores menos brillantes, sus colores menos vivos, las praderas menos risueñas, las aguas menos claras, todo se empaña, todo se borra: la sombra de la muerte se presenta; comenzamos á sentir la cercanía del fatal abismo. Pero, es necesario ir hasta el borde. Un paso mas. Ya el horror turba los sentidos, desvaria la cabeza, la vista se extravía: es necesario marchar. Quisiéramos volver atrás: imposible; todo se ha desplomado, todo se ha desvanecido, todo ha desaparecido.—*Bossuet.*

Ley universal de la muerte.

35.—En el vasto dominio de la naturaleza viviente, reina una violencia manifiesta, una especie de rabia prescrita, que arma unos contra otros á todos los seres. Luego que salis del reino insensible, hallais el derecho de la muerte

violenta escrito aun en los dinteles de la vida. Ya en el reino vegetal, se empieza á sentir su ley; desde el inmenso catalpa hasta la mas humilde gramínea, ¡cuántas plantas mueren, y cuántas son matadas! Pero, luego que entráis en el reino animal, cobra de repente la ley una espantosa evidencia. Una fuerza, á la vez oculta y palpable se muestra continuamente ocupada en poner de manifiesto, y por medios violentos, el principio de la vida. Ella ha escogido en cada gran division de la especie animal, cierto número de animales á quienes ha encargado devorar á los demas; por manera que hay insectos de presa, aves de presa, peces de presa y cuadrúpedos de presa. Ni un instante de su duracion hay en que el ser viviente no sea devorado por otro. Por sobre las numerosas razas de animales está colocado el hombre, cuya mano destructora no perdona á nada de lo que vive; este, mata para nutrirse, mata para vestirse, mata para ataviarse, mata para defenderse, mata para atacar, mata para instruirse, mata para divertirse, mata por matar. Este rey soberbio y terrible, todo lo necesita, y nada se le resiste. Sabe cuantas barricas de aceite le suministrará la cabeza del tiburón ó de la ballena; pincha su delgado alfiler en el carton de nuestros museos á la elegante mariposa que él ha cojido volando en las cumbres del Monte Blanco ó del Chimborazo; empaja el cocodrilo, embalsama el colibrí; á su mandato, viene la serpiente de cascabel á morir en el licor preservador que debe mostrarla intacta á los ojos de una larga serie de curiosos. El caballo que lleva su dueño á cazar el tigre, se pavonea bajo la piel de este mismo animal. Pide á la vez el hombre sus entrañas á este mismo caballo para dar sonido al arpa; á la ballena, sus barbas para sostener el corsé de la joven doncella; al lobo, su diente mas mortífero para pulir las obras mas delicadas del arte; al elefante sus colmillos para fabricar el juguete de un niño: sus mesas están cubiertas de cadáveres. Aun puede el filósofo descubrir como la matanza permanente está prevista y ordenada en el gran todo. ¿Pero, detendráse acaso esta ley en el hombre? No, sin duda. Entretanto, ¿qué ser será el que los estermine á todos? él; el hombre es el encargado de degollar al hombre.—*José de Maistre.*

Igualdad ante la muerte.

36.—«Morimos todos, decia esa matrona de la que la Escritura ha ponderado la prudencia en el segundo libro de los Reyes, y vamos sin cesar á la tumba, como aguas que se pierden para siempre.» En efecto, nos parecemos todos á aguas corrientes. Por soberbia que sea la distincion con que se congratulan los hombres, todos tienen un mismo origen, y este origen es pequeño. Sus años se empujan sucesivamente como olas. No cesan de escurrirse, hasta que, al fin, despues de haber promovido un poco mas ruido y atravesado un poco mas país unos que otros, van todos juntos á confundirse en un abismo, donde no se conoce ya ni principes, ni reyes, ni todas esas otras calidades soberbias que distinguen á los hombres; así, como esos rios tan ponderados quedan sin nombre y sin gloria, mezclados en el océano con los rios mas desconocidos.—*Bossuet.*

El trabajo de la muerte.

37.—Los cementerios que encubren las escenas de la tumba; las necrópolis de Egipto, que disimulan, con sus momias, la inevitable descomposicion de la materia humana; ciertas grutas de Sicilia, que tienen la propiedad de conservar los cuerpos; los subterráneos del Paris moderno, donde murallas de osamentas presentan en masa lo que cada uno ha visto en detalle, no permiten observar, como puede hacerse en las catacumbas; el trabajo no digo de la muerte, sinó de lo que está mas allá de la muerte. Al recorrer estas, pasais revista de las fases de la destruccion, como se observa, en un jardin botánico, los desenvolvimientos de la vejetacion, desde la flor imperceptible hasta los grandes árboles llenos de savia y coronados de anchurosas hojas. En cierto número de nichos sepulcrales que han sido abiertos en diversas épocas, se puede seguir en alguna manera paso á paso las formas sucesivas, de mas en mas alejadas de la vida, por las cuales lo que está allí

llega á tocar, de tan cerca como es posible, á la pura nada. Mirad primeramente este esqueleto: si está bien conservado, á pesar de todos esos siglos, probablemente es porque cavaron en terreno húmedo el nicho en que ha sido depositado. La humedad, que disuelve otras tantas cosas, endurece estas osamentas, cubriéndolas con una cáscara que les da mayor consistencia de la que tenían cuando eran miembros de un cuerpo viviente. Pero, esta circunstancia no es menos por esto un progreso de la destrucción: estas osamentas de hombres van trasformándose en piedra. Un poco mas léjos, hé aquí una tumba en la cual hay una lucha entre la fuerza que hace el esqueleto y la fuerza que hace el polvo: la primera se defiende; la segunda, gana terreno, pero lentamente. El combate que existe, en vos y en mí, entre la muerte y la vida, estará terminado, cuando ese combate entre una muerte y una muerte durará todavía largo tiempo. En el sepulcro inmediato, todo lo que fué un cuerpo humano no existe ya, escepto una sola parte, que cubre una especie de capa de polvo, algo achuchada, y desplegada como un pequeño sudario blanquecino, de donde sale una cabeza. Mirad en fin en ese otro nicho: allí no hay ya decididamente nada mas que puro polvo, cuyo color aun es algo dudoso, con motivo de un leve tinte rojizo. Hé ahí, pues, decís, la destrucción consumada. Todavía no. Al fijarse bien, reconocéis contornos humanos; ese montoncito que toca una de las estremidades longitudinales del nicho, es la cabeza; esos otros dos montoncitos, aun mas diminutos y deprimidos, colocados paralelamente algo debajo, á la derecha y á la izquierda de los primeros, son las espaldas; esos otros dos las rodillas. Las largas osamentas son indicadas por esos débiles rastros, en los cuales notais algunas interrupciones. Este último calco del hombre, esa forma tan vaga, tan borrada, apenas impresa en un polvo casi impalpable, volátil, casi trasparente, de una blancura cenicienta é incierta, es lo que mejor da alguna idea de lo que los antiguos llamaban una sombra. Si introducis vuestra cabeza en ese sepulcro para ver mejor, ¡tened cuidado! no os movais ya, no hableis, retened vuestra respiracion. Esa forma es mas frágil que el ala de una mariposa, mas pronta á desvanecerse que la gota de rocío suspendida al sol

en una hebra de yerba; un poco de aire ajitado por vuestra mano; un soplo, un sonido llegan á ser agentes poderosos, que pueden aniquilar en un segundo lo que tal vez diez y siete siglos de destruccion han respetado. Mirad; acabais de respirar, y la forma ha desaparecido. Hé ahí el fin de la historia del hombre en este mundo.

No es para satisfacer una vana curiosidad que contemplamos semejante espectáculo. Por mas penosa que sea la impresion que despierta instintivamente, la reflexion la torna luego en un sentimiento profundamente melancólico. Cuanto mas observa el alma, en sus detalles mas repugnantes, las leyes de la descomposicion del cuerpo, tanto mejor comprende que las leyes de la verdad, del deber, del amor, del sacrificio, de la santidad, que forman el mundo que le es propio, su verdadero mundo, son de órden diferente, invulnerable á todo principio de destruccion. Al escudriñar así el polvo de las catacumbas, llega á sentir mas á lo vivo que, para ella, no hay catacumbas.—*Mgr. Gerber.*

Inmortalidad del alma:

38.—Dios nada hizo en vano; es axioma que resulta á la vez del espectáculo del mundo y de la contemplacion de las perfecciones divinas. Luego, si hay en nosotros potencias inútiles para nuestra vida terrestre, si nuestras mas bellas facultades no encuentran aqui abajo ni su aplicacion ni su fin, es porque estamos destinados á vivir en otra parte. Atravesamos el mundo, pero como viajeros que se apresuran de volver al hogar nativo. Quejémonos de la lonjitud del camino, y no de la muerte que la termina.

¿Cómo nos bastaria este mundo? No tiene mas que un instante fugitivo entre la nada del pasado y la nada del porvenir. A medida que lo estudiamos, parece bajo nuestras miradas. Vivimos, pero cada minuto hace caer en derredor nuestro todos los cuerpos en disolucion. Desde que ya no nos basta vejetar, nos refujiamos contra el mundo en la ciencia, esto es, rechazamos con el pié la tierra para entrar en posesion de lo ideal. Dejamos á los individuos que caen bajo

nuestros sentidos, por las especies, que nuestra razon descubre y reconstruye detras de los fenómenos que ellos orijinan y ocultan al vulgo. Allí, apercibimos los principios á los cuales se ligan todos los seres; los comparamos entre sí, descubrimos sus analogías; nos remontamos á los principios de los principios mismos, y de eslabon en eslabon, llegamos hasta el pensamiento único, pero omnipotente, que, de un solo golpe, ha enjendrado todas las leyes y toda la materia del mundo, hasta el verbo creador que abraza en su unidad las leyes de donde resulta la armonía de las esferas. Nuestro espíritu recorre con arrobamiento esa jerarquía, simple, fecunda, eterna, de donde brota sin cesar el inagotable torrente de los fenómenos. Hé ahí el mundo de la ciencia, el verdadero mundo, el mundo ideal, la patria de nuestras almas.

«Edita doctrina sapientum templa serena.»

Los huéspedes de esas moradas eternas se sienten desterrados cuando bajan otra vez á la tierra. Esa chispa que contiene el mundo, que lo explica, que lo domina, que lo gobierna, no puede confundirse con el polvo del mundo, ni ser barrida por los vientos del mundo. Todos esos grandes resortes que mueven los astros se gastaràn y dejaràn caer los soles, antes que nuestra alma sienta la muerte.

¿Quién osará decir que lo absoluto, que la perfeccion no exista, ó que el mundo mismo sea la perfeccion? Si la perfeccion existe, quienes deben pertenecerle, somos nosotros que la conocemos. Cuando los gusanos se apoderen de nuestro cuerpo, nuestra alma se lanzará hácia ese Dios que ha entrevisto, que ha soñado, cuya existencia ha demostrado, por quien ha amado, hácia ese Dios que llena nuestra vida de sí mismo, y que no nos ha dado el pensamiento y el amor para que entreguemos estos tesoros á la podredumbre y á la nada. ¡Oh Pascal! el universo no puede aplastarme. Podrá, sí, destrozár mi cuerpo, mas se le escapa mi alma.

Es necesario sondear la bondad de Dios por un momento, es necesario perderse en ella. ¿Es posible que Dios sea, y que la desdicha, que la injusticia sean? Si debo concluir con mi cuerpo, ¿por qué Dios me ha hecho libre? ¿Por qué se ha revelado á mí en mi razon? ¿Por qué hizo de lo inmutable y lo eterno el constante objeto de mi pensamiento? ¿Por

qué me dió un corazón que ningún amor humano puede saciar? Este poder que trasforma el mundo, este pensamiento que lo mide y lo traspasa, este corazón que lo desdeña, ¿acaso me fueron dados para desesperación mía?

¡Ay! ¿qué es, pues, esta vida? una serie de decepciones amargas, amores puros que se traicionan, conocimientos que nos cansamos en buscar y se nos escapan, entusiasmos de los cuales nos burlamos el día siguiente, luchas que nos dejan sin aliento, angustias que nos despedazan el corazón, separaciones que nos hieren en nuestros sentimientos más caros y más sagrados. Hé ahí la vida, si debemos perecer! ¡Y hé ahí la Providencia!

¡Perecer! ¡Y qué! ¿no hemos acaso nunca visto ser pisoteada la justicia en el mundo? ¿acaso nunca se vió triunfante el crimen? ¿no hay por ventura criminales que, logrados sus fines perversos, han muerto en la voluptuosidad de sus impíos goces? ¿No ha bebido la cicuta Sócrates? Es acaso imparcial la historia misma? La posteridad, esa sombra que invoca el justo, ¿oírà su último grito? ¿Quién soportaría el pensamiento que pueda morir un inocente en el oprobio y en los suplicios, y no sea recibida esa pobre alma en el seno de Dios?

¡Oh última palabra de la ciencia humana! ¡Oh santa creencia! ¡ó dulce esperanza! ¿nos sería posible, sin vos, comprender el mundo, y sería posible, sin vos sufrirla? Una cadena indisoluble une al mismo tiempo la libertad, la ley moral, la inmortalidad del alma y la providencia de Dios. Ninguno de estos dogmas puede perecer sin acarrear la ruina de todos los demás. Los abrazamos todos juntos en nuestra fé y en nuestro amor, no queda ya lugar para la desesperación en una alma honesta profundamente convencida de su inmortalidad. Cuanto más se medita sobre la inmortalidad del alma, tanto más se halla en este pensamiento fuerza para resistir á todos los pesares de este mundo. Mortales, este mundo es nuestra verdadera patria, sacamos de él nuestras penas y nuestros placeres, dichosos si nos absuelve y nos recompensa, desdichados para siempre si nos rechaza y nos condena. Inmortales, no hacemos más que atravesarlo; no es para nosotros más que un accidente efímero, y todo está bien, á despecho del sufrimiento y del dolor, con tal que lleguemos al término de la prueba, libres de toda mancha

El dolor y la muerte pierden su aguijón, cuando fijamos nuestra vista sobre ese porvenir sin nubes. La muerte es tan poca cosa que los hombres se reúnen, en sus días de fiesta, para verla representada en espectáculo; la guerra misma se hace con pompa y como en ceremonia. Son juegos de escenarios y nada más; desempeñemos con garbo nuestro papel y no acusemos á la Providencia por supuestos infortunios que dejaremos á un lado con la careta. ¿Es pues, nuestra alma la que sufre y muere? No, no, es el hombre exterior, el personaje. Nuestra vida, la de nosotros está con Dios. No hay más pensamiento real, sustancial, que el pensamiento del Eterno; no hay más acción verdadera que el cumplimiento del deber. Solo el deber es verdadero, nada es el mal. « ¡Hombre! dice Plotin, ¿de qué te estás quejando? ¿De la lucha? Es la condición de la Victoria. ¿De una injusticia? ¡Qué es esto para un inmortal! ¿De la muerte? ¡Es la libertad! — *Julio Simon.*

Verdad de una vida futura.

39.—¿Qué más diré? Si todo fenece con nosotros, los desvelos que concedemos al nombre y á la posteridad son asaz frívolos; los honores tributados á la memoria de los varones ilustres, un honor pueril, puesto que es no poco ridículo honrar lo que no existe; la religión de los sepulcros, es una ilusión vulgar; las cenizas de nuestros padres y amigos, un vil polvo que es preciso esparcir al viento, pues á nadie pertenece; los postreros deseos de los moribundos, tan sagrados aun en los pueblos más bárbaros, no son otra cosa que el último sonido de una máquina que se rompe; y para decirlo en una palabra, si todo muere con nosotros, las leyes son una inmensa esclavitud; los reyes y los soberanos, unos fantasmas encumbrados por la necesidad de los pueblos; la justicia, una usurpación atentatoria á la voluntad humana; la ley relativa al matrimonio, un vano escrúpulo; el pudor, una preocupación; el honor y la probidad, quimeras vanas; los incestos, los parricidios y las negras perfidias, caprichosos juegos de la natu-

raleza, y nombres sin sentido, inventados por la política de los lejisladores.

Ved aquí á lo que se reduce la sublime filosofía de los impíos; ved aquí esa fuerza, esa razon y esa sabiduría de que sin cesar blasonan. Admitid sus máximas, y el universo entero volverá á caer en un espantoso caos; todo se verá confundido sobre la tierra; destruidas quedarán todas las nociones del vicio y de la virtud; las mas inviolables leyes sociales se desvanecerán; perecerá la disciplina de las costumbres; el gobierno de los Estados é imperios carecerá de regla; vendrá á tierra toda la armonía de los poderes políticos, y el jénero humano se convertirá en un tropel de insensatos, de bárbaros, de felones y de seres desnaturalizados, sin mas ley que la fuerza, sin mas freno que sus pasiones y el temor de la autoridad, sin mas lazo que la irreligion y la independéncia, sin mas dioses que sí mismos: ¡hé aquí el mundo de los impíos! Si este plan de gobierno merece vuestra aprobacion, formad si podeis una sociedad compuesta de semejantes monstruos; y nada mas nos quedará que deciros sino que sereis dignos de ocupar un lugar entre ellos.»—*Massillon.*

CRÍTICA LITERARIA

La cancion nacional.

1.—Favorecidas nuestras armas por la victoria, era necesario recordar al pueblo los triunfos alcanzados en ámbas márgenes del Plata y en los extremos de la República, confortarle en la esperanza de nuevas glorias y anatematizar al enemigo que resistia al torrente de la opinion argentina.

Para lograr estos fines, la Asamblea que tanto contribuyó con sus sabias y audaces medidas á preparar la independencia, apeló al patriotismo del P. Rodriguez y de D. Vicente Lopez, invitándoles á componer un canto popular que alentase á nuestros soldados en la pelea y mantuviese en el pecho de todos los ciudadanos el entusiasmo de la libertad. En la sesion que tuvo aquel cuerpo nacional el dia 11 de Mayo de 1813, se leyó la produccion de Lopez y fué declarada por aclamacion como «la única cancion de las Provincias Unidas.»

El pueblo fué de la opinion de la Asamblea con respecto al mérito del canto de Lopez, y lo aceptó, como esta, por aclamacion de todas las clases.

Espansiva como nuestra revolucion, la «marcha» comienza por despertar la atencion de la humanidad entera, para que escuche los vítores de los libres y el ruido de las cadenas que quebrantan, y contemple á la nacion victoriosa que se levanta coronada de laureles sobre el pedestal de un leon vencido. Sus hijos, animados por el jenio de la guerra, caminan con su espíritu jeneroso, conmoviendo con sus

pasos las cenizas de las jeneraciones que vivieron esclavas; y la América de tres siglos, convocada por el pueblo al juicio final de la venganza, acude á Quito, á Méjico, á Cochabamba, á los estremos y al corazon del continente, á batallar en la lid á que provoca el estandarte sangriento de los tiranos. El pueblo arjentino toma la iniciativa, y acude al ruido del trueno de las batallas, y por todas partes, en los muros orientales, en Suipacha, en Tucuman, escribe el padron de sus triunfos y la humillacion de sus opresores.

Cada estrofa de este cánto es un cuadro; cada imájen es un grupo animado de granito, que solo la pluma y no el pincel es capaz de detallar.....

El pueblo que ha pasado por todos los estados y situaciones de una revolucion tempestuosa, de cuyo seno Moreno y Rivadavia fueron espatriados, en donde los colores candidos y azulados de la bandera de Mayo han sido enlucidos con tiuta roja como la sangre, solo dos monumentos de gloria antigua han permanecido al abrigo de todo insulto, saludados con igual respeto por todos los partidos cada vez que la luz de Mayo amanecia—la pirámide de la plaza de la Victoria y la CANCION PATRIÓTICA. ¡Gloria al pueblo que la inspiró, y al poeta, intérprete de semejante inspiracion! — *Juan Maria Gutierrez.*

El Peregrino de Mármol.

1.

2.—EL PEREGRINO es un emigrado Arjentino, que viaja en el mar, desde el trópico de nuestro hemisferio hasta los 65° Sur; á donde le arrojan las borrascas, sin poder doblar el cabo meridional de América. Durante su viaje, de zona en zona, de grado en grado, canta la naturaleza americana, ya por sus recuerdos, ya por los cuadros que se desenvuelven á sus ojos. Los trópicos con sus océanos de luces, y su eterna primavera; el polo con su cielo nebuloso, y sus montañas de nieve; el mar en todos sus misterios, en to-

das sus diversas y multiplicadas faces; los astros, las nubes; todo, en fin lo que pertenece á la naturaleza, es para *el peregrino* la primera fuente de sus inspiraciones. Pero aun halla otra de mas viva y lujosa poesia—su propio corazon: los recuerdos de la patria, con su *pasado* glorioso, con su *presente* de lágrimas y sangre, con su *porvenir* rico de paz y de felicidad, como una promesa de Dios. Los recuerdos individuales del proscrito, del patriota, del amante, meditando sobre si mismo, é historiando con sus propias impresiones el carácter y los acontecimientos de la época, son otra fuente donde á menudo bebe el poeta *peregrino* sus inspiraciones. Y la naturaleza y el alma son los dos mundos misteriosos que revela en sus cantos.

Esto es *el peregrino*, escrito sobre la cubierta de una nave; flor del mar, regada por ese rocío de la desgracia, que se llama lágrimas; y alumbrada por el rayo de esa esperanza en el porvenir, que, dádiva preciosa de Dios, vive en el corazon de los que saben amarlo. Creacion pura de las olas nuestro poesia, deberemos á ellas los aplausos ó la censura del público. El mar ha tenido siempre sobre nosotros un poder de encanto irresistible; y donde todos hallan monotonía y aburrimiento, hallamos nosotros el inán de las inspiraciones y de la actividad del espíritu. Este fenómeno se explica fácilmente por las leyes eternas de la armonía:—el mar siempre es triste, y nuestro corazon nunca ha sido feliz.—*José Mármol*.

2.

El éxito de un libro no depende muchas veces de su mérito, sino de que consiga hacerse leer, venciendo dificultades de oportunidad. La edicion francesa de los viajes de Azara en la América Meridional, está casi toda sin venderse en los estantes del librero Dentu, desde 1809, y es el mejor libro que existe sobre las rejiones que describe. Cervantes tuvo que publicar él mismo la critica de D. Quijote, para conseguir que sus compatriotas leyesen el libro en que, por muchos años, estuvo compendiada toda la literatura española. ¿Tendrá Mármol que tocar algun arbitrio para

que el breve volúmen que tenemos por delante se abra camino entre un pueblo, cuya atencion absorben hoy las mas graves cuestiones politicas y sociales; para conseguir que espíritus ajitados profundamente, en presencia de realidades lúgubres ó espantosas, busquen solaz en lo que llamarán las aéreas creaciones de la fantasia?

Porque si el PEREGRINO consigue que le escuchen, seguros tiene el triunfo y la corona.

Y lo conseguirá, nos parece, con solo que se sepa quien es él, y cual es el pensamiento que representa. No es verdad que las producciones del poeta sean siempre aéreas y fantásticas; no lo es de manera alguna en el siglo en que vivimos; no lo es sobre todo en el PEREGRINO. Sus páginas son copias animadísimas de esas mismas realidades que ajitan hoy á los espíritus; encontramos en ellas las mismas escenas porque diariamente atravesamos; con la diferencia sola de que, en vez de leerlas en el severo lenguaje oficial, ó en el estilo descarnado y mal pulido de la prensa diaria, las vemos en cuadros movedizos, ricos de colorido, de verdad, y de inspiracion. ¿Por qué apartaríamos de ellas la vista cuando ponemos tanta atencion en un periódico?

Daremos una breve idea del PEREGRINO, y nuestro juicio acerca de su mérito.

Mármol recibió del que distribuye las dotes de la inteligencia todas las necesarias para elevarse, como poeta, á la contemplacion seria de las grandes escenas de la naturaleza y de la vida social; para comprender, á un solo golpe de vista, las grandes relaciones morales de todos los objetos entre si, de tal manera que los mas remotos y aparentemente inconexos se reunan en un solo cuadro, con naturalidad y sin violencia; para escojer, en fin, en la inmensa paleta del mundo visible, los colores que den á esos cuadros mas encanto, mas armonía y verdad. Esas son las dotes naturales del poeta. Mármol se sintió con ellas, y se aplica asiduamente á cultivarlas: sus progresos son evidentes: sus trabajos de hoy dejan atras, á una distancia en que se pierden de vista, sus mas aplaudidos ensayos; y aun que estamos ciertos de que EL PEREGRINO jamás perderá el puesto que ahora toma en la literatura nacional, tenemos

fé en que su autor ha de colocar otras obras en puesto todavía mas aventajado.

Como las condiciones de espacio, á que tenemos necesariamente que sujetarnos, nos impiden entrar en consideraciones jenerales que desearíamos hacer, procuraremos resumirlas todas diciendo: que para comprender y para juzgar los primeros ensayos de Mármol bastaba simplemente *el gusto* por la poesia, y el conocimiento de su mecanismo; mientras que para apreciar y hacer la crítica del PEREGRINO se necesita remontarse á la filosofia, á la historia, á la alta literatura, al conocimiento de la politica, de los partidos civiles, y de todos los elementos de nuestra sociabilidad. Es porque todo eso comprende el poema de Mármol, de que nos da una muestra el *Canto (el duodécimo)* que nos ocupa.

Desde los primeros ensayos de este jóven vimos con satisfaccion que desdeñaba la forma monótona y vulgar de la simple narracion, para adoptar en sus composiciones un movimiento casi dramático, una variacion incesante de situacion y de entono. Esto mismo advertimos, con éxito muy feliz, en el Peregrino. Su plan, ó idea jeneral, es evidentemente el del Childe Harold; pero quisieramos que el autor hubiera dejado que cada uno lo adivinase, sin haberlo él indicado en una de sus estancias. Mármol, como el bardo inglés, ha ido trasladando á sus lienzos las sociedades que visitaba, con sus pasiones, su literatura, sus grandes hechos, sus miserias, su historia y su politica; y donde no encontraba pueblos ni vida social que copiar, ha descrito las montañas, el mar, las nubes, los grandes fenómenos de la naturaleza visible; ó se ha concentrado en sí mismo, para sondear las altas verdades de la filosofia y de la moral. Escusado es decir que no ponemos en balanza á nuestro jóven amigo con el bardo inglés, ni al PEREGRINO con Childe Harold. Mármol mismo no ha pensado que podria, ya el dia de hoy, igualar á su modelo; seria esto querer luchar con las leyes del progreso intelectual. Mármol no puede todavía alcanzar á esa libertad de movimientos y de giros con que el poeta inglés espresa sus altísimas ideas; esa elegancia de formas y esa gala de colorido con que jamás deja de vestirlas; esa riqueza de *sustancia*, si esto puede decirse, que se encuentra en los cuatro cantos de Childe Harold; y cuyo sabor no gozan los espíritus incultos ó

vulgares. Depende esa diferencia de que nuestro jóven poeta no puede todavía tener, en el grado de Byron, ni el dominio absoluto de la lengua, que permite espresar todo sin embarazarse jamás en la espresion ni en el ritmo; ni la esperiencia del mundo, que revela los mas ocultos caracteres de la sociedad, ni el gran caudal de conocimientos adquiridos, que dan á la poesia esa solidez, esa sustancia, que tanto la ennoblece. Pero si Marmol no ha llegado todavía á ese punto, no seremos nosotros quienes pondremos límites á sus progresos, cuando los años y el estudio le hayan dado lo que Byron no debia á la naturaleza.

EL PEREGRINO viaja y se ajita por motivos muy diversos de Childe Harold. Proscrito casi en la cuna por una tirania innoble y retrógrada; comprimido en sus instintos de libertad; testigo del escarnio que los tiranos hacen de las pasadas glorias de la patria; asistiendo cada dia al espectáculo del infortunio de sus compatriotas proscritos; natural es que los tonos de su instrumento espresen siempre la vanagloria consoladora, aunque estéril, de los dias que pasaron,

Il misero orgoglio d'un tempo che fu;

el lamento sobre la ruina presente de la patria y sobre el duro infortunio de sus hijos; la maldicion á los tiranos; la exhortacion á los buenos á que perseveren y pongan fé en los dias que han de venir, y la esperanza consoladora en esos mismos dias. A esas ideas refiere siempre EL PEREGRINO cuanto ve y cuanto encuentra, en la naturaleza fisica como en el órden moral.—Ellas forman tambien el plan uniforme, y bien ejecutado, de este CANTO DUODÉCIMO, que se refiere todo al Rio de la Plata.

Entrando por él despues de una ausencia de pocos años, el PEREGRINO ve alzarse á su izquierda las nubes que le señalan su patria, Buenos Aires, y á su derecha las rocas de la *Patria Oriental*, bañadas por la luz del Sol. La gloriosa situacion de ámbos pueblos le arranca sentidas quejas; y vuélvese primero á contemplar su propia Patria. Piensa en lo que es hoy el nombre arjentino, y busca consuelo en lo pasado.

Antes era otra cosa, ántes valia
 La pena de llevar una estocada,
 El decir con orgullo y bizzarria:
 Nací Argentino, y en mi Patria amada
 No hay ya ni esclavitud ni tiranía;
 Y en la frente del hombre inmaculada,
 Donde la Libertad graba su sello
 Deslumbra un rayo de esperanzas bello.

Su imaginacion se exalla, su tono se levanta, movido de entusiasmo, como si asistiera á los tiempos que recuerda, ó viviese en los bellos dias de aquella patria, hoy tan desgraciada:

Entónces á la luz del claro dia
 Se conquistaban glorias inmortales,
 Y el corazon en ecos repetia
 Las voces de los cánticos triunfales;
 Entónces por la patria se moria,
 Y eran templos las urnas sepulcrales;
 Entónces ¡ay! las madres envidiaban
 La suerte de los hijos que espiraban.

.....
 Entónces en las bóvedas del templo
 La palabra de Dios repercutia;
 Y la virtud de Cristo era el ejemplo
 Que el sacerdote al pueblo descubria:
 Entónces esta lira que yo templo
 Á la voz de mortal melancolia,
 Otros templaban á la dulce y bella
 Voz de la libertad, en redor della.

.....
 Pero á esa Patria, valerosa, fuerte,
 Llena de gloria y opulencia y nombre,
 Rica de corazon, rica de espada,
 ¿Sabeis ahora lo que resta?..... ¡Nada!

Pocos y lúgubres versos refieren luego todo lo que esa patria ha perdido por la mano del despotismo. Eso trae á la memoria del poeta los sufrimientos, la resignacion virtuosa y la fé de sus proscritos compatriotas. Los que sin mancha de crimen han perdido la patria, y ven crecer en derredor de sí una familia cosmopolita, pueden solo comprender toda la verdad melancólica, todo el sentimiento de estas dos estancias, relativas á los hombres,

Que han bebido la hez de la amargura
 Bajo el pálido sol del extranjero,
 Y consuelan su misma desventura
 Con hablar á su Patria dulce agüero :
 Que bajo suelo extraño sepultura
 Dan á sus viejos padres y al guerrero ;
 Y les dicen : « Quedad, hasta que un día
 Llevemos ¡ ay ! vuestra ceniza fría.»

Que ven nacer sus inocentes hijos
 Sin nacer en la Patria de sus padres ;
 Y en vez de maldecir, hacen prolijos
 Que al empezar á hablar la llamen madre :
 Y siempre en Dios y la esperanza fijos,
 Cuando á su Patria la bonanza cuadre,
 Ven que el dolor y la vejez los labra,
 Sin decir de Escipion la cruel palabra.

Por un movimiento tan natural como poético, el PEREGRINO se levanta luego, para encararse con el pueblo que abdicó su dignidad y sus derechos en manos del despotismo; la inspiración del profeta, el enojo santo del Apóstol que reconviene y amenaza á los que apostataron de su fé, se encuentran en algunas de esas estancias, que tal vez no tienen superiores en nuestra lengua :

Cuenta que has de pagar, redil de esclavos,
 Pueblo sumido en lodazal de crimen,
 Espúrea raza de los hombres bravos
 Que hoy en la tumba de vergüenza jimen.
 Ah, bien la pagas ya ! . . . Sientes los clavos
 Y el son de las cadenas que te oprimen ;
 Dentro del corazón la verdad sientes,
 Y nuevo Galileo, crees y mientes.

Diputados, Ministros, Jenerales,
 ¡ Qué haceis ! Corred : el bruto tiene fiebre ;
 Arrastrad vuestras hijas virjinales
 Como manjar nitroso á su pesebre.
 Corred hasta las santas Catedrales,
 A vuestros piés la lápida se quiebre ;
 Y llevad en el cráneo de Belgrano
 Sangre de vuestros hijos al Tirano.

No era fácil mantenerse siempre á esa altura de pensamiento, de diccion, y sobre todo de verdad : el cuadro que sigue es inferior, y su fondo es una idea que tenemos por esencialmente falsa. Los grandes delitos de un tirano, su arro-

gancia y desmedida insolencia, pueden valerle tal vez el nombre, poco envidiable, de *grande y omnipotente* en el crimen, pero jamás servirán *para orlar de gloria á la Patria*, porque, si es lustre para ella haber sido grande en la victoria y en la inteligencia, no puede serlo haber levantado

en sus manos

Al mas grande de todos los tiranos.

Notamos antes que hay en las formas adoptadas por Mármol mucho de dramático, y frecuentes transiciones de un tono á otro: eso, que, bien desempeñado, es siempre muy bello, es tambien muy difícil de sostener, y muy espuesto á producir estravios. Mármol ha sido feliz en muchas de esas transiciones; pero no en todas. La parte en que el PEREGRINO muestra deseos de hallarse con Rosas y *de beber con él dos botellas* nos parece sumamente inferior á todo lo demás del canto, aunque ha dado lugar á la estancia III, que es bellísima, y encierra en sí sola toda una escena dramática.

Nada cura tanto al hombre de las estrechas preocupaciones de localidad, que el vulgo llama patriotismo, como la vista y el estudio práctico de otros hombres y de otros pueblos: Mármol ha palpado lo irracional de esas preocupaciones, y ha hecho con ilustrada independenciam justicia al estado social de otros pueblos, que sus compatriotas desprecian sin conocer. El modo como ha ligado á su asunto las consideraciones sobre los Estados Unidos, el Brasil y la España, es juicioso, natural, y ha dado origen á algunas bellas estancias. El atraso y degradacion á que vino nuestra madre patria en poder de los austriacos, despues de Felipe 2º, parece justamente presentado como origen primero del mísero estado de las que fueron colonias de aquella metrópoli. Si Colon hubiera nacido un siglo despues, y hecho á la España el presente de la América, cuando aquella dominaba al mundo, otra hubiera sido, dice Mármol, la suerte de esas rejiones, y el inmortal descubridor podria haber dicho á la América con orgullo y con razon:

Para que al mundo en lo futuro mandes,
Cuando te hallé desnuda entre las olas,
Te cubrí con banderas españolas.

Otra fué la suerte de la España, y otra le legó á sus hijos de América. Oprimido con las escenas que en toda ella se reproducen, y especialmente en su patria; el PEREGRINO aparta los ojos de la márjen derecha del Plata, para fijarlos en las rocas que divisa en la izquierda.

Ricas, animadas, llenas de frescor, son las descripciones de las costas orientales, de su cielo, de sus arroyos.

Y de esas mil espléndidas cuchillas
Llenas de gracia y aromadas flores,
Que en tiempo de la mies son amarillas,
Nubes que flotan ricas de colores;
Y cuando hiela Julio sus orillas
Y el Pampero desata sus rigores,
Son las oscuras y rollustas ondas
Que en el centro del mar se alzan redondas.

Recuerda el poeta que fué aquí donde hizo su primera entrada en el mundo, los primeros ensayos de su númen, su estudio primero de la naturaleza, y pasa también en revista los bellos días de la República, cuando

La industria de la Europa en raudas alas
Miraba la feliz Montevideo
Llegar, para cubrirla con sus galas.
Era el bello festin de su himeneo
Con el Progreso, en las brillantes salas
Del arte, de la ciencia y del deseo :
Pues cuanto pudo ambicionar su mente
Allí tenia para orlar su frente.

Atropellando las soberbias olas
Del Plata, dilataba sus cimientos;
Y en las rocas estériles y solas
Improvisaba ricos monumentos;
Y en ellos y do quier las aureolas
De las artes burlaban los momentos ;
Y eran, al contemplarla, recordadas
Las fabulosas grutas encantadas.

La guerra atajó esa marcha, destruyó esos campos; y marchitó fecundas esperanzas. No creemos posible espresar esas ideas con mas novedad y sentimiento que el que encierran estos versos :

Esa Patria tan bella en su regazo
Ahogó su tierna libertad querida,
Como madre inesperta que en su brazo
Su primer hijo sofocó dormida.

Vano y estéril fuera el trabajo del poeta, si la filosofía no formara el fondo de la obra que la imaginación embellece. Mármol no se contenta con la descripción de nuestras desgracias, busca sus causas, y las señala en la falta de educación civil, moral y religiosa; verdad muy trascendental, y que jamás debiera perderse de vista.

El espíritu necesita de solaz, después de la agitación de tantas escenas dolorosas; la situación presente de la patria no puede ofrecérselo; es preciso buscarle en la esperanza de la paz y de la tranquilidad. El *PENEGRINO* entona un canto profético, para vaticinar los días que están por venir. No hay colores más alegres que los de esperanza. Ellos visten las risueñas imágenes que la imaginación entreve, en todo ese canto, con el que remata esta parte del poema.

Tal es la obra del joven Mármol. Es lo mejor que de él conocemos: y poco hemos visto entre nosotros que le aventaje. Si consideramos que estos son todavía pasos que podemos llamar primeros en su carrera, ¡hasta donde no debemos prometernos que llegará!—*Florencio Varela. (1846)*

Estevan Echeverría.

1

3.—D. Estevan Echeverría era delgado de cuerpo, alto de estatura, de rostro pálido, de cabello recio, ensortijado y renegrido; tenía regulares las facciones de su fisonomía y elevada la frente. En sus modales y en toda su persona se traslucía la sencillez de su carácter. Pero, bajo la apariencia de una modestia de buen tono, podía advertirse fácilmente la satisfacción de su propia suficiencia. No tenía el don de la conversacion, aunque era social y abierto con sus amigos. Su palabra era dogmática y se espesaba casi siempre con fórmulas de escuela, de tinte filosófico y técnico. Habíase educado en Francia en una época de lucha intelectual, cuando la literatura que puede llamarse moderna se emancipaba del pasado bajo las banderas de Victor Hugo, y cuando la filosofía espiritualista daba recias batallas contra la escuela de la sensacion y del utilitarismo. Te-

nia, por consiguiente, algo del fanatismo intolerante que inspiran la victoria y el entusiasmo á los adeptos noveles de una escuela flamante.

La materia de sus estudios era variada y vastísima la aplicacion que habia dado á sus ricas facultades intelectuales. Se espresaba con propiedad en el lenguaje de las ciencias de observacion, y habia estudiado la mecánica y la química. Pero sus ciencias favoritas eran las sociales, basadas en la historia y en el derecho público. Profesaba mucho despegó por las producciones de la literatura española, con escepcion de los dramas de Calderon que leia con frecuencia. Conocia los poetas ingleses; pero se inclinaba mas á los alemanes, con especialidad á Schiller y á Goethe, á quienes estudiaba valiéndose de las traduccionés francesas de Staffer y de Barante. A pesar de su continuo contacto con los libros extranjeros, remedaba felizmente, cuando queria, el decir castizo de los buenos hablistas castellanos, aunque caia con frecuencia en el arcaísmo, tanto en la frase como en los *Vocablos*, usando de una espresion que le era familiar. Era enemigo de lo que él llamaba «la hojarasca de los poetas jerundios,» y creia con razon que la poesia reside en el pensamiento y que este debe buscar para vaciarse el molde mas natural y no el mas rotundo.

Echeverría señala una época nueva en el gusto poético del Rio de la Plata. El mató la tradicion clásico-latina; confundió los jéneros, mezcló los ritmos, exajero y afeminó un tanto la armonia del periodo. Rasgó el velo que ocultaba al público las pasiones y los dolores individuales del poeta, salpicando con la atrevida palabra, yo, casi todas sus producciones. Le oimos con estrañeza hablar de él, de su corazon, de sus hastíos y desencantos, y nos trajo ese raudal de lágrimas que muchos han derramado despues, brotadas únicamente de sus plumas de acero. En una palabra, él levantó un altar á Lamartine, y deprimió los ídolos de aquella noble escuela que, teniendo por maestros á Horacio y á Virjilio, habia llegado hasta nosotros en las páginas de Racine, de Melendez y de Quintana. Echeverría vulgarizó la musa, y dió ocasion á que se acrecentara el número de los versificadores, á punto que hemos podido

decir alguna vez con Plinio: *Magnum proventum poetarum annus hic atulit.*

Sin embargo, Echeverría localizó la poesía, por decirlo así, y la quitó el cosmopolitismo descolorido que tenía antes de él. Ir á buscarla en la Pampa, en los campamentos militares de la frontera, en los aduares de los bárbaros y en los enmarañados pajonales de la llanura, es una feliz audacia cuya gloria le pertenece entera. Es tan verdadera su inimitable pintura del Desierto en el primer canto de la *Cautiva*, que un naturalista europeo la ha traducido literalmente en una obra que nada tiene de poética, con el objeto de dar idea exacta de esa planicie maravillosa que se extiende desde el Plata hasta el pié de los Andes. El fué entre nosotros quien primero se atrevió á dar movimiento dramático á las composiciones líricas, convirtiendo en poemas mas ó menos estensos aquellos asuntos que no habrían inspirado á sus antecesores mas que una oda ó una elegía. El creyó que la *poesía* y la *filosofía* no solo eran consonantes sino hermanas, y trató de hacerlas andar á la par, poniendo en metro, pensamientos é ideas, que no habian salido antes de él de la sobria mesura de la prosa didáctica. Si en este camino tropieza algunas veces, las mas le recorre airoso, como por ejemplo en ciertas pájinas de su poema AVELLANEDA, en las cuales revela con maestría el trabajoso destino del hombre en la vida seria, laboriosa y martirizada de las democracias en formacion.

Fuese en la cubierta de un buque, al lado de la chimenea del invierno, á la márjen del Rio patrio en las tardes de frescas brisas ó bajo el techo pajizo de la estancia,—en la hora que él ha llamado «de los tristes corazones,» y á que los católicos dan el poético nombre de «las oraciones,» los amigos de Echeverría sabian bien que no podian contar con él. En ese momento se reconcentraba en sí mismo y bajaba con las sombras del crepúsculo al fondo de su *yo*, como él diria. Entonces á sus solas tomaba lecciones prácticas y experimentales de los fenómenos de la conciencia, meditaba sobre las sensaciones recibidas durante el dia, y evocaba los hijos de su imaginacion, dotándoles de formas y colores. En esas horas componia. El no necesitaba tinta, ni papel, ni lapiz, ni de luz en la lámpara para producir, arreglar y corregir centenares de versos. Todo lo verificaba

mentalmente, lo hacia en la memoria, la cual le era en extremo fiel y le conservaba bajo sellos inviolables el rico depósito que la confiaba. Cuando ya rebosaba aquel recipiente capacísimo de sus tesoros, rogaba á algun amigo que tomase la *pluma y escribiese. Envuelta entonces en su capa y velando con el gorro griego su frente hasta las cejas, comenzaba á soltar en hebras vibrantes el oro y la seda de sus estrofas, hasta que los dedos oficiosos cedían al cansancio de la tarea.

Un corazón sensible, *irritable* en el sentido de la expresión de Horacio, si se quiere, y sobre todo una imaginación robusta, tales son las dotes que según los maestros en la ciencia de las facultades humanas constituyen al poeta. El corazón era en Echeverría el órgano especial por cuyo intermedio mantenía la más frecuente conciencia de que existía. Ese *péndulo misterioso*, como él le llama en alguna parte, punto de inesplicable contacto entre el espíritu y la materia, le ha sugerido composiciones notables, verdaderas autopsias artísticas en las cuales campean á la par la ciencia unida á los sentimientos, la melancolía á la inspiración. Esa sensibilidad se exaltaba y exasperaba en Echeverría, por razones nobles y justas, de lo cual tenemos una prueba en las cartas que dirigió á un periódico cuando este trató de mancillar con ingeniosas calumnias la pureza de los fines que habían llevado el autor del *Dogma Socialista* á ponerse al frente de una sociedad de jóvenes patriotas.

Si no puede negarse la delicada sensibilidad de nuestro poeta, mucho menos podría ponerse en problema la intensidad de su imaginación. Esta facultad consiste principalmente en la memoria de las escenas que han pasado á nuestra vista en épocas apartadas, reproduciéndose sus impresiones con la misma viveza que cuando las contemplábamos con el auxilio de los sentidos; es también la ilusión de verdad, si podemos espresarnos así, causada por los seres ideales y demás creaciones de la fantasía. Bien, pues, Echeverría describiendo la sequía de los campos, el incendio voraz alimentado por las plantas silvestres cobijadoras de fieras, el festín de los salvajes, ha producido en la *Cautiva* una prueba evidente del poder de sus facultades imaginativas y de la eficacia con que se concentraban en el foco de su espíritu las cosas que ideaba ó había palpado.

Cualquiera persona que preste atención á la lectura de aquel poema, experimentará en la duracion de algunos minutos todas las impresiones que durante dias enteros le embargaran atravesando la pampa; con la ventaja de que el poeta es un *cicerone* que descubre fuentes de sentimiento y de admiracion en que no todos habrian bebido sin su auxilio.

Los buenos jueces de las obras de arte, reservan para sus juicios parciales una piedra última de toque, un tribunal en última instancia que nunca falla sinó en justicia,—la impresion absoluta y definitiva que aquellas dejan en el ánimo. Al salir el lector del paraíso de Milton, se considera trasportado á la hora de la creacion, y ve los leones palpar en parte y en parte permanecer asidos á la materia inorgánica; deslumbrable la belleza todavía sin pecado de los primeros padres y se siente pasmado al eco del sublime *fit*. Tales impresiones no aciertan á producir las sinó las obras de grandes maestros. En una escala inferior acontece lo mismo con la lectura de la *Cautiva*. Al cerrar el libro, el alma queda oprimida bajo el peso silencioso de la inmensidad, el nombre de Dios se presenta involuntariamente á los labios, y cuanta descripción se oye despues de la llanura, sus bellezas y peligros, parece imperfecta y descolorida. La obra de Echeverría se entra en el alma sin que los sentidos se aperciban de su intervencion en el fenómeno, y quien sabe hacer este milagro es un poeta inspirado.

¡Ah! pero la inspiracion como todo destello de la ciencia divina, tiene sus eclipses y desfallecimientos al tocar en ese vaso de barro.

Vaso de muchos pensamientos locos,—segun la bella expresion de Bartolomé de Arjensola, que se llama la cabeza del hombre. Echeverría como Homero ha dormitado frecuentemente en sus poemas estensos, y entre los ocho mil versos que contiene el *Anjel cuido*, por ejemplo, es preciso, á nuestro juicio, pasar por alto una gran parte. Echeverría ha olvidado mas de una vez que el arte no es el daguerreotipo, y que la verdad del poeta es siempre ideal porque tiene su tipo en lo absoluto, hácia el cual tiende con nobles y dolorosos esfuerzos, como él mismo lo reconocia y practicó jeneralmente en sus obras. En su poema *La guitarra* hay un diálogo entre el protagonista y una esclava africana en que trata de aparecidos y ánimas en pena, y allí puede advertirse cuanto

mal causa este jénero de *realismo* intencional á la belleza de aquella produccion.

No es tarea fácil el hacer una crítica de *la obra* de Echeverría. Está en toda ella de tal modo mezclado el oro de buena ley con materias humildes, el poeta y el filósofo, el publicista y el visionario; es tan vasta la esfera en que se ha movido durante su existencia de pensador, que solo despues de un exámen muy detenido de todas sus producciones podria fallarse sobre el mérito jeneral del *dulce ruisenor de los consuelos*. (1)—Juan M. Gutierrez.

2.

Echeverría es uno de nuestros literatos mas afamados.—Sus composiciones líricas, sus poemas, sus escritos en prosa fueron leídos con avidez en los tiempos ya lejanos en que inició lo que puede llamarse el movimiento revolucionario de nuestra literatura. Conviene que la jeneracion jóven se familiarice con aquel noble y vigoroso espíritu que condensaba, por decirlo así, todas las nociones de la ciencia social en la época en que vivió y que supo abrir al arte anchos y nuevos caminos por los cuales hallaron nuestros poetas un mundo entero de bellezas desconocidas. Echeverría era un hombre reflexivo, estudioso, inspirado y amante de su patria. Podria presentársele como el tipo del ingenio sud-americano, sagaz, delicado, flexible, apto para comprender las verdades que obtiene como premio la paciente investigación y para sentir con viveza las emociones que los bellos espectáculos de la naturaleza despiertan en las almas noblemente apasionadas.

Los jóvenes que cultivan la literatura, hallarán sin duda en la lectura de las obras de Echeverría, placeres delicados y puros, enseñanzas fecundas y severas. Cuando se trata de evitar que los hombres de letras puerilicen en busca de una popularidad fácil y pervertidora, cuando se trata de hacerles adquirir esos hábitos meditativos indispensables para el progreso intelectual.—Esteban Echeverría, desdeñoso como Horacio de la insipiencia del vulgo, investigador concienzudo en las cuestiones de la ciencia y del arte, es todavía, despues de la muerte, el bienvenido para los pueblos del Plata.

(1) Espronciones de Mármol.

Sus escritos políticos no son, no pueden ser ya, por la marcha natural é incesante de las ideas, una revelacion sorprendente para sus conciudadanos, como lo fueron tal vez cuando el malogrado arjentino volvió al seno de su patria, despues de beber á largos sorbos la ilustracion europea; pero son y serán siempre un alto ejemplo para enseñarnos á disciplinar y dirigir las fuerzas intelectuales en órden á hallar la solucion de los problemas que se refieren al bien de la sociedad.

Nada es tan eficaz para inspirar aversion hácia el hueco charlatanismo de los que hablan y escriben sin reflexionar, como la lectura de las obras de Echeverría. El conocia los serios deberes del literato y sabia practicarlos con escrupulosa austeridad. No escribia para halagar las preocupaciones vulgares y alcanzar las victorias estruendosas pero efimeras obtenidas por los que dicen á gritos las necesidades que el vulgo ama como á sus hijas; y sacrificaba siempre el efecto inmediato á las reglas del criterio artistico, inaccesible para la gran mayoría de personas que no tienen un gusto refinado. Escribió *La Cautiva* en humildes octosilabos como para hacer contraste con los ampulosos alejandrinos á cuya sonoridad deben algunos versificadores su fama poco envidiable, probando que la poesia reside en las ideas y en el sentimiento, y que las modestas formas de un metro sencillo pueden albergar dignamente la sublime inspiracion del poeta. Supo reconcentrarse en los senos de la conciencia y sondear pacientemente las profundidades del mundo interior, así como habia estudiado las maravillas de la naturaleza. Esperó los favores de la musa en las horas silenciosas de austeras vijilias, y la invisible confidente bajó á su alma con una frecuencia y una amabilidad de que pocos pueden jactarse á pesar de haberla invocado muchas veces. Rompió la tradicion clásica á que habian estado sujetas las jeneraciones poéticas de la República Arjentina, quitó á nuestra literatura el carácter de «cosmopolitismo incoloro» que habia tenido hasta entonces, inspirándose en las peculiaridades de nuestra naturaleza y de nuestra sociedad, é introdujo en la poesia las audaces franquezas de la espresion, que muestran con sus verdaderos matices y en todo su vigor los fenómenos del alma humana. Sus cuerdas favoritas eran las que se armonizan con la solemne majestad de la medita-

cion y con los tiernos suspiros de la elejia. No tenia, juzgando por los versos que conocemos, los acentos imprecatorios del señor Mármol, ni ostentó siempre la gracia elegante de Juan Maria Gutierrez, espíritu suave y esquisito que parece haber sido en tiempos dichosos el preferido de alguna musa insinuante y seductora. Pero ninguno de nuestros poetas hasta la aparicion de Ricardo Gutierrez ha tenido el alma mas impregnada de melancolia que el dulce *rui señor de los Consuelos*, ni ha espresado mas fielmente las angustias de un noble espíritu en una época aciaga y en una tierra cubierta de sombras y humedecida por la sangre de luchas fratricidas. En su alma se albergaba ese indefinible sentimiento en que se condensan, perdiendo mucho de su amargura, los males de la vida, sin llegar á confundirse jamás con la horrible desesperacion ó la sarcástica indiferencia de los que han dado á la esperanza un eterno adios. Su espíritu se oscurecia con las nubes de la tristeza como el mundo con las sombras del crepúsculo, pero brillaba tambien con los fulgores de halagüeñas visiones. Echeverría ha contemplado el ideal, ha sentido los dolores y los placeres de esa contemplacion, y ha reflejado en bellas estrofas las variadas escenas de su drama interior.

Pobre poeta! ¿Quién le hubiera dado ver á su patria libre del monstruo que la ensangrentaba, cuando él la miraba con tristes ojos desde la opuesta ribera del Plata? ¿Quién le hubiera dado asistir en vida al desenvolvimiento de la civilizacion en este suelo que amó con fervoroso patriotismo y cuyas bellezas cantó el primero con acentos inspirados? El se hundió en las rejiones de la muerte, llevando el alma herida aunque no desesperada. Entonces todo era sangre y tinieblas. Ahora no es todo luz y alegría, pero las fuerzas morales contienen por fin el desborde asolador de la barbarie. La sombra de Echeverría se levanta! es la sombra de un pensador, es la sombra de un poeta! Un noble amigo la guia y la introduce solemnemente en la rejion de los vivos. Nosotros los jóvenes que alcanzamos dias mejores que esos austeros peregrinos y seguimos su gloriosa tradicion, inclinémonos con respeto y con amor ante la imájen de aquel ilustre muerto cuya inspiracion hará siempre honor á nuestras letras y á nuestro país.—*Pedro Goyena.*

Rivera Indarte.

4.—En Rivera Indarte el poeta no había nacido; se formó con el estudio. La chispa divina que incendia el alma del mortal predestinado le había sido negada, y él, nuevo Prometeo, en vez de ir a buscar al cielo, la arrebató a la tierra y fué poeta contra los decretos de la naturaleza. La lectura del Dante y de la Biblia hicieron vibrar algunas cuerdas sonoras de su corazón, y entonces dió sus primeras armonías. El infortunio poetizó su alma con la melancolía, y los suspiros del dolor, al pasar por sus labios, se convirtieron en endechas tenazmente elaboradas, bajo la presión irresistible de la fuerza de la voluntad. En este estado, el estudio de los poetas ingleses vino a ser, para él, una revelación que le iluminó en el camino por donde debía marchar. Nada convenia mejor a la naturaleza de su talento que el carácter profundamente filosófico de la poesía inglesa, la única poesía en que los poetas no se permiten faltar a la verdad y a la ciencia, a lo que deben el privilegio de que gozan de ser citados en la tribuna y en los tratados de filosofía. Con esos modelos a la vista, Indarte aprendió a pensar en verso; así es que, la calidad más notable de sus producciones poéticas, es la riqueza de ideas en que abundan, y el tono reflexivo que las domina.

Desprovisto de las facultades perceptivas del poeta por vocación, tuvo que suplirlas por el arte, estudiando la poesía como quien estudia una ciencia. Su oído rebelde a la armonía se educó en los ensayos del ritmo y la cadencia, y aunque jamás pudo conseguir dar a sus versos el número de esos versos intuitivos que salen fundidos de una pieza, como Minerva de la cabeza de Júpiter, consiguió subordinarlo a la medida, y encontró en las dificultades mismas de la rima su principal auxiliar; y careciendo de la inspiración espontánea, la suplió con la idea. Así es como la poesía se redujo para él a medida y pensamiento. Para terminar su educación poética emprendió un estudio concienzudo de los clásicos, de los poetas italianos, ingleses, portugueses y españoles, para dar por este medio a su ima-

jinacion el ante poético que le faltaba, y consiguió, como los viajeros que atraviesan campos sembrados de yerbas aromáticas, impregnar el alma con sus perfumes. Así es como Rivera Indarte se hizo poeta. Para los que están en el secreto de las dificultades con que luchaba, sus versos, elaborados bajo las disciplinas del estudio, se presentan como los instrumentos de tortura del cenobita subordinando cruelmente la materia. Para los que no están en el secreto, basta leer sus producciones, para conocer que era un poeta de fuerza, y no de inspiracion.

Poeta por eleccion, le era mas fácil que á otro cultivar indistintamente todos los jéneros de poesia, y en efecto, casi todos los ha cultivado: la poesia sagrada, las canciones eróticas, la elejía, la epopeya en escala menor, la sátira, política y social, la oda, los himnos y los poemas patrióticos.

Nodier ha dicho: «La poesía ha venido acompañada de tres musas innortales que dominarán las jeneraciones poéticas del porvenir: la Fé, la Religión y la Libertad.»

Tales han sido las musas de Rivera Indarte, ora empuñase el arpa del Salmista, ora se acompañase con la lira de Tirteo ó con la dulce citara de Anacreon. Tenia fé, era religioso y amaba la libertad; por eso, se inspiró de esas tres deidades, y por eso fué poeta.

Tenia en su cabeza una poética especial para su uso, que no era la de Boileau ni la de Horacio, pero que sin embargo no estaba en pugna con las reglas de estos lejisladores del buen gusto.

En materia de poesia sagrada, no reconocia mas maestro que los libros poéticos del Antiguo Testamento. Procurando imitarlos y penetrarse de su espíritu, llegaba á ser prosaico, á trueque de reflejar exactamente á su modelo.

Respecto de la poesía en jeneral, pensaba que debia tener un objeto determinado, y marchar con firmeza hácia él, como la bala que se dirige al blanco. Con este motivo, ha dicho en su introduccion al poema de D. Cristóbal:— «La poesia debe tener una mision de premio y de castigo, y no perderse en el platonismo de las ideas, ni en la espiritualizacion del amor. Solemnizar las fiestas en honor de los héroes y maldecir á los tiranos fué el destino que tuvo en la antigüedad.» En esto se fundaba para es-

tablecer la supremacia de los poemas patrióticos ó de circunstancias, lo que, además de no carecer de fundamento, era natural en un escritor de circunstancias. Sus poemas en este jénero eran verdaderos mosaicos, pacientemente trabajados. El lo conocia muy bien; por eso decia, en uno de ellos: — «He mezclado, segun están en mi alma, las armonías de la esperanza á los gritos de la desesperacion, y á los desacordes ayes de las penas, las bendiciones del cielo con las blasfemias de los condenados, y las fantasias de la inspiracion á los presentimientos interiores. Esto, que será locura para muchos, para mí es poesia.»

Tales eran sus dotes de poeta: tales sus ideas sobre la poesia....

Indarte estaba destinado por la naturaleza y por la direccion de sus estudios á ser un poeta filosófico. El tenia las calidades que requiere este jénero de poesia: la imaginacion que viste la idea y la reflexion que nutre la poesia; el sentimiento de la belleza moral y la habilidad para presentar contrastes marcados entre la virtud y el vicio, á lo que debe añadirse la fé, que es la madre fecunda de las creaciones de esta especie; y el conocimiento profundo del corazon humano, que es el hilo conductor en el laberinto de las pasiones. Con tales dotes, él se hubiese remontado en alas de la musa filosófica á las mas altas rejiones del espiritu, analizado poéticamente las tempestades del corazon, y sorprendido en su tránsito fujitivo las emociones del alma, y las impresiones que cruzan la cabeza en los raptos lucidos de la produccion luminosa. Su voz no hubiese resonado como el eco del torrente que se precipita irresistible, sino como el murmullo del rio que corre constantemente en su mismo nivel, secundando las riberas que lo contienen. Con mas imaginacion, con mas profundidad, y mas buen gusto y mas sensibilidad que Young, cuya poesia filosófica tiene aun sus admiradores, él hubiera añadido una nueva cuerda á la lira argentina, y arrancado de ella sonidos dignos de acompañar el canto de la verdad.—*Bartolomé Mitre.*

Juan María Gutierrez, considerado como poeta.

5.—Son encantadores los versos del Dr. Gutierrez, cuando penetra en esa rejion de las hadas, alfonbrada con rosas, iluminada por suaves luces, donde nacen los tiernos amores y la esperanza ensaya sus volidos, como una ave jóven todavía. Gutierrez ha nacido con el gusto de todas las delicadezas del corazón y del pensamiento, con la vocación y la paciencia del artista que anhela por realizar sus visiones en formas acabadas, dejando en sus obras testimonios imperecederos del grado de perfección á que logran llegar los esfuerzos intelectuales del hombre, en esa *labor duritia*, por la cual el poder de la mente saca de la nada flores, nubes, astros, mujeres que no encanecen y pasan sobre las alas del tiempo eternamente jóvenes y eternamente bellas. Es ya una vulgaridad que el secreto del acierto en las cosas del arte, consiste en seguir las tendencias dominantes del espíritu, en dejarse llevar por los impulsos naturales hácia las rejiones por donde ha de viajar el pensamiento y en donde ha de tomar los elementos de lo que será luego un cuadro, una fantasía, una leyenda. En tales condiciones, la obra del artista saldrá fresca, colorida, movidiza, viva, en fin; y la vida es todo. El artista la busca siempre. Cuando la halla y la concentra en algunas estrofas ó pinceladas, goza, en cuanto es posible, de un placer semejante al del buen Dios contemplando el universo recién nacido de su voluntad omnipotente. Nunca es mas feliz el Dr. Gutierrez que cuando sigue el vuelo de su espíritu ajitado suavemente por uno de esos delicados sentimientos, cuyos matices reflejan solo las almas escojidas. Don Juan María Gutierrez es un poeta crepuscular, un poeta de medias tintas, cuya musa de alas perfumadas canta en las horas en que las aves saludan la venida del sol ó lloran la muerte del día. Los albores de la mañana, las armonías de la tarde, las flores del aire, los pájaros que cruzan el mar, los amores injenuos del hijo de la llanura, encuentran siempre en él un cantor que siente su belleza y la expresa en versos llenos de un encanto singular. El Dr. Gutierrez, no tiene la fogosa y audaz imaginación de Mármol, ni la fácil abundancia y las intuiciones de Echeverría, ni la

penetrante mirada con que se interna en los senos del alma Ricardo Gutierrez; pero ninguno de ellos le aventaja, ni siquiera le iguala, en la gracia y elegancia de la versificación, en la suavidad del colorido, en la delicadeza embelesadora de las formas.—*Pedro Goyena.*

Ricardo Gutierrez.

6. — El joven poeta, cuyo nombre hemos escrito al frente de estos renglones ha penetrado hondamente en la conciencia humana, y buscado allí alimento para sus inspiraciones, prescindiendo á veces de la naturaleza esterna ó fijando en ella su mirada para descubrir lo que podria contribuir á esplicarle los rasgos de la entidad moral que pinta en sus poemas. En todos los tiempos ha habido poetas, y en jeneral, artistas, que sin darse cuenta de las observaciones anteriores, creyeron hallar la fuente primitiva y verdadera de la poesia en los espectáculos del mundo. Donde quiera hallamos cuadros que representen paisajes, y versos que los describen: esos cuadros y esos versos son obras incompletas, á las cuales falta lo que las haria verdaderamente bellas; se asemejan al mundo en los cinco primeros dias de la creacion, cuando ya hidrópico de vida y cubierto de lujosas galas, reclamaba á Dios el espíritu, el alma, el hombre que le complementara, y, dominándole, produjera en su seno nuevos y magnificos desarrollos de fuerza, de formas, de vida, en fin. Y si á veces gozamos contemplando un cuadro donde el artista ha pintado una escena en que la persona humana no aparece; si leemos con placer versos en que se refleja una parte de la naturaleza, sin que se describa una situacion psicológica cualquiera, — es porque la viveza con que ellos nos presentan un espectáculo puramente exterior, suscita en nosotros un fenómeno íntimo que nos coloca en la misma situacion en que un ser humano estaria en el lugar que el cuadro ó los versos reproducen por medio de los colores ó de las palabras. Venimos entonces á completar el cuadro ó los versos, siendo, en cierto modo, los habitantes del paraje en ellos descrito, y viéndonos por una especie de óptica psicológica retratados allí, aunque el pintor no haya siquiera bosquejado nuestra figura en su lienzo, ni el poeta

entretreído nuestro nombre en el estambre de sus estrofas. La naturaleza queda trunca é inesplicable, si se suprime al hombre; el arte parece si le destierra de sus dominios; así lo entiende Ricardo Gutierrez, y todos sus versos lo revelan. Tómese cualquiera de sus poesías, y se hallará siempre en ellas al poeta íntimo, al psicólogo inspirado que cruza y sondea con el vuelo y la mirada audaces del águila, los amplios horizontes del mundo interior.

Pocas maneras de comenzar un poema, conocemos tan felices como la introducción á *La fibra salvaje* de Ricardo Gutierrez. Leyéndola, mas de una vez han venido á nuestra memoria los recuerdos melancólicos de esas horas que se pierden en el pasado como todas las demás, pero dejando en el alma infájenes invisibles y dulcemente simpáticas que la majía del arte sabe siempre evocar. Son encantadoras las noches en estas rejiones sud-americanas, ora brillen en las tinieblas de su azul oscuro los tímidos luceros que Victor Hugo llamó pupilas de los ángeles, ora derrame en ellas su suave claridad el astro pálido eternamente que la musa de los antiguos trasformaba en una cazadora enamorada. Solo una alma grosera no elevaria en esas noches, su mirada á los cielos; ni sentiria levantarse en su seno el coro simpático de los recuerdos, entre inefables armonías que el músico romeda sin igualar jamás. Las sombras que bajan del firmamento, para estenderse majestuosas sobre la llanura como un fúnebre sudario, despiertan la imájen de la muerte: pero al través de esas sombras lucen astros cuya luz es dulce y bienhachora; y si la imájen de la muerte se presenta, jamás viene sola: descende con ella la esperanza, amiga cariñosa y fiel, consoladora de nuestras penas, elevada por el Cristo al rango de virtud. La luz de la luna no fué jamás la luz de la alegría. Pálida y apenas tibia, parece la irradiación de una vida próxima á estinguirse; pero esa vida que se va ¿no es, por lo mismo, mas tierna, mas bella al sumerjirse en el gran misterio donde todo penetra al fin y concluye?

Es triste y suave tu esplendor, viajera *
de la fúnebre noche solitaria:
Íntima es tu plegaria
¡oh brisa pasajera!
que vas de árbol en árbol sollozando
el lastimero adios de tu partida;

remedo de la vida
 que de una hora en otra hora va volando,
 los recuerdos llorando
 de la última hora ya perdida !
 ¿ Tú, la invisible huella
 que hasta el horror de tu natal desierto,
 guía tu rumbo incierto,
 no vuelves á cruzar ? En él acaso
 mueres, mueres ? ay ! ella
 como tú, su camino
 sigue también que lo marcó el destino !

Este preludeo revela un poeta. En ese soplo fujitivo de la brisa que cruza la llanura, estremeciendo las yerbas del desierto y despertando quejumbrosos sonidos en el follaje de los árboles, un espíritu vulgar hallaría solo un fenómeno comun que se explicaría ó no ; el poeta descubre allí una semejanza que el vulgo no encuentra: esa brisa es la vida ; ese leve ruido que produce al rozarse con las hojas, es la queja exhalada del corazon herido por el dolor : esa triste viajera de la noche solitaria, es el alma humana recorriendo el largo itinerario que la lleva . . . ¿adónde? Esta pregunta va al fondo de los poemas de Ricardo Gutierrez.

Se ha reprochado, y hasta cierto punto con razon, al jóven Gutierrez un escepticismo desesperante, agregando que no es esa situacion patológica del espíritu humano la que deben reflejar los versos de un poeta que surge entre la muchedumbre de un pueblo nuevo y varonil, sobre cuya espalda no pesa con enorme gravedad el fardo de los siglos que abruma las viejas sociedades. La poesía de Gutierrez es, en realidad, como un cielo cubierto de nubes sombrías, donde brillan á veces los fulgores de una esperanza que se estingue rápidamente, haciendo todavía mas oscura la rejion que iluminó. Diremos oportunamente, hasta donde consideramos justo criticar los poemas de Gutierrez, bajo este aspecto. Nos parece que no se hallan exentos de reproche, considerados desde tal punto de vista: pero no creemos, como algunos, que debe condenárseles *in limine* por ser *poemas llorones*. Quien tenga el alma rebosando de pueril satisfaccion; quien viva contento en el dia y para el dia, sin llevar sobre sus hombros la carga de un doloroso pasado, y sin ver en perspectiva, las sombras siniestras de un horizonte misterioso,— no lea los versos de Gutierrez; pareceránle sueños de enfermo, *ægrî somnia* como decia Horacio, quejidos y lamenta-

ciones de una alma incontentable. Pero el poeta no canta para los que no han sentido alguna vez las mortales congojas de este penoso destierro que se llama la vida: para aquellos que ocupan una zona inferior á la que en que la zooloía y la moral colocan al hombre; para aquellos que parecen haber hallado en la tierra el cielo cuya lejanía es el martirio constante de las almas nobles. Ellos viven en las delicias de un optimismo candido y grosero, que un espíritu distinguido no cambiaria jamás por sus esperanzas insatisfechas y sus amargas penas; ellos han recibido ese necio contentamiento de la vida, como una compensacion del grado inferior de desarrollo á que sus facultades y sentimientos pueden llegar. Viven, mueren; y sobre su tumba puede grabarse el antiguo epitafio: he comido, he bebido, he gozado. Para ellos no hay mas poesia que la estrofa insulsa de las canciones de sobre mesa, y las chispas efimeras de una especie de pirotécnica rimada, cuyo brillo los alegra y excita como alegran y excitan á los niños los fuegos de artificio en una fiesta de plaza pública.

La rejion de la poesia es otra; el alma del poeta y las armonías que hace en ella brotar la inspiracion, quedarán siempre inaccesibles para aquellos *satisfechos* que dicen, con mas verdad que el estóico: dolor! eres una palabra vana. Si leyeran *La peregrinacion de Childe-Harold*, de lord Byron, *La fibra salvaje* ó el *Lázaro* de Gutierrez, penetrarian en un mundo completamente extraño para ellos; y negarian lo que no sienten ni han sentido jamás. Pero el poeta, cuya alma es la urna que encierra los dolores de su siglo, el cielo en que se proyectan las sombras que envuelven á la humanidad, el sensorio conmovido por todos los sacudimientos que la estremecen,—podria exclamar como Petrarca hablando de su Laura: *no es una mentira!* no es una vana creacion de la mente esa pena devoradora que seca la sangre y la epidérmis, lento martirio, inevitable desde el dia en que los reflejos del ideal lejano alumbraron las miserias de la vida! Allí donde está el deseo insaciado, la congoja, el dolor, allí está la poesia; este infierno es la gloria del poeta; sin pasar por él y sufrir, no brotará jamás la estrofa divina de sus labios; y necesitará siempre, como los santos del cristianismo, llevar sobre su frente los signos del martirio, para entrar en el coro de los escojidos.

Todos los hombres dan testimonio del sufrimiento; y los espíritus privilegiados mas elocuentemente que los demás. El dolor, en su mas alta acepcion, es el sentimiento que nace inevitablemente en el alma, por la desproporcion enorme entre sus aspiraciones y los objetos que el mundo le ofrece para satisfacerlas. Ni el oro, ni la voluptuosidad, ni la ciencia colman ese angustioso vacio que parece hacerse tanto mas grande cuanto mas se arroja en él para llenarle. El hombre es un viajero que recorre el mundo en busca del ideal; escitado, combatido, nuevamente estimulado, luego desfallecido, pero andando siempre, siempre, siempre! En todos los tiempos y en todos los climas, la vida es una aspiracion, es decir, un deseo, satisfecho de un modo imperfecto y pasajero, para renacer anhelante hasta la consumacion de los siglos. El deseo es una pena; la satisfaccion es un goce; pero el deseo es vivo, profundo, enérgico, sin cesar renovado, sin cesar creciente; y la satisfaccion es efimera, transitoria, incompleta: el deseo es la herida abierta siempre y siempre sangrando; la satisfaccion es el bálsamo siempre escaso y nunca eficaz; el deseo es el dolor, nube oscura que nos envuelve y dentro de la cual un invisible monstruo nos clava su garra implacable; la satisfaccion es la luz de una aurora que promete un bello dia, y se estingue rápidamente, dejando en pos de sí tinieblas cada vez mas sombrías, pobladas de monstruos cada vez mas crueles.

Tal es la vida! El artista la siente mas intensamente que todos los demás; la comprende mejor que todos los otros, y la espresa, la traduce, la simboliza con el mármol ó los colores, con la nota ó la palabra; la refleja bajo esta faz ó bajo aquella, en tal ó cual situacion; y el valor de la obra artistica crece á medida que es mas viva y adecuada la espresion, á medida que el aspecto reflejado es mas importante y trascendental. Y lo mas importante, lo mas trascendental que la vida humana presenta es lo que en ella se liga mas íntimamente con la vida futura que la completa, con el destino superior á que tiende; es la aspiracion, el anhelo, el dolor, en fin. Por eso, desde las primeras revelaciones de la musa, por pueriles y candorosas que fuesen, las obras del arte reprodujeron siempre la sombra inevitable del dolor; por eso, desde los tiempos

que se pierden en los mas lejanos horizontes, hasta la hora que ajita en estos momentos sus alas sobre la humanidad— la escultura, la pintura, la música, la poesía brotaron del dolor y le espresaron, perpetuándole en tipos intelejibles para las jeneraciones que pasan unas en pos de otras, leyendo la eterna cifra, y hallando siempre formulada allí la vida en lo que tiene de intimo y sublime. No hay creacion duradera del jenio artistico que no represente una pena ó una lucha, que importa siempre un esfuerzo y, por lo mismo, un dolor. Aun aquellas obras de arte que la mirada vulgar encuentra risueñas y hasta grotescas, ofrecen para el ojo escudriñador del que observa profundamente, rasgos que son la huella del dolor, y luces pálidas que no se confunden, por cierto, con los fulgores fosforescentes de la alegría. La humanidad lee, hace siglos, el Quijote; y la inmensa mayoría de los lectores le tiene solo por un libro divertido, no faltando quien le arroje con desden, entre los cuentos y fábulas que sirven para entretener á los niños. Entretanto, quien quiera que habiendo sondeado las profundidades del alma, tenga educado el sentimiento del arte, se asombrará al estudiar el significado múltiple y serio de aquel libro maravilloso, prisma de innumerables facetas, donde los tipos humanos se reflejan en la más lujosa variedad de formas y situaciones. Aquel D. Quijote flaco, sobrio, noble, esforzado, delirante, es la España, es la humanidad caballeresca, es el heroismo caricaturado—y, por lo mismo, una de las obras mas prodijiosas del ingenio humano. Bajo las galanas descripciones de las páginas de Cervantes, bajo aquellas risas festivas ó socarronas, se descubre algo frio y oscuro. La muerte del ingenioso hidalgo es uno de los cuadros mas melancólicos que pueden idearse: el noble caballero, despues de errar largo tiempo en dolorosas aventuras, sirviendo de ludibrío á jentes groseras, por haber querido socorrer á los débiles y proteger á los desamparados,—llega á sus postreros dias á convencerse de que fué una locura arrojarle en aquella carreta que le llenó de siusabores; echa en esos momentos supremos una mirada al pasado y otra al porvenir; y se lamenta, cuando ya no hay remedio, de haber gastado estérilmente la savia de una vida que pudo serle de honra y provecho, y solo fué de burlas y amarguras.

Lord Byron decia que la vida es un poco de amor, un poco de vino y mucho fastidio, reflejando en esa frase el espectáculo de su propia existencia: él habia nacido bello, rico, inteligente; el vulgo creia que se hallaba, por eso, destinado á pasar sobre la tierra dias que fuesen una fiesta encantadora y jubilosa. Arrojóse en el torbellino de los placeres, corrió en pos de todo lo que sonrie y de todo lo que brilla, y encontró, al fin, en el fondo de todas las copas aquel hastio desesperante que hacia esclamar á Salomon: vanidad de vanidades! Un dia descubrió una nueva via para su fogosa actividad; y fué á poner su corazon y su brazo al servicio de una noble causa—la libertad de la Grecia; pero ya era tarde, y la muerte recojió su espiritu en la víspera de la lucha. Los tipos de sus poemas son, como se ha observado con razon, uno solo en el fondo: el mismo Byron; y Byron era el hombre de su siglo, el hombre de todos los siglos apasionado y sufriente, la encarnacion viva y palpitante de esa sociedad que ha agotado todas las satisfacciones terrenas, sin saciar la eterna aspiracion del alma. Lara, Manfredo, el Infiel son personajes que sangran dolorosamente.

Y bien: esos tipos de dolor, de desesperacion, de actividad estraviadas en sendas tortuosas, desenfrenada, enloquecida, que se estrella en todas las barreras, y estalla por fin en espantosas crisis,—tienen sus parientes en las soledades del nuevo mundo, en la vida casi primitiva de nuestras nacientes sociedades; y aunque parezca paradoja, el gaucho de las llanuras argentinas, es un personaje eminentemente byroniano, cuya fisonomia moral ofrece rasgos de hiriente semejanza con los personajes del poeta inglés. Estos son tipos varoniles que no hallan cauce despejado para su impaciente actividad, á la cual no dan pábulo suficiente los placeres, la gloria, el amor; sienten dentro de sí una especie de incontentable demonio que los arroja en todas las sendas, sin que hallen jamás el punto de reposo, el oasis anhelado; un tremendo hastio los devora; sufren en la soledad, en los viajes, en las fiestas. El gaucho argentino es tambien una actividad anhelosa de algo que no encuentra, un ser que se debate penosamente en una vida martirizada, cuando pareciera destinado á una existencia, por lo menós, soportable. En los personajes de Byron se es-

plica la desmoralizacion de la vida, diremos asi, por las formas demasiado rijidas, segun él, á que debia sujetarse el hombre en la sociedad en que el poeta vivia, y por la impaciencia intemperante de conquistar un ideal que no se alcanza sobre la tierra y que la moral nos enseña á obtener por la perseverancia en el cumplimiento del deber,—pero que las almas fogosas no se resignan á conseguir en largas expectativas, queriendo tomarlo por rápidos asaltos, siempre dolorosos y siempre ineficaces.—¿Hasta qué punto son disculpables los que se lanzan en semejante vida? No entraremos ahora en el estudio de esta cuestion. La organizacion, cuyo molde no podia tolerar Lord Byron, tenia, sin duda, defectos, porque no hay organizacion social perfecta en pueblo alguno de la tierra; pero no es dudoso que el estado de irritacion que producia en el poeta el sentimiento demasiado vivó de las penalidades de la vida, fué parte para que exajerase los inconvenientes de las formas y exigencias, de los hábitos y tradiciones que tan ardentemente combatió. Nos limitamos á marcar aquí la influencia que esas condiciones sociales tuvieron en su carácter y su vida, que es el carácter y la vida de los personajes que ha pintado, para mostrar y explicar la analogia de ellos con otros caracteres y con otra literatura.

El gaucho es el tipo orijinal, característico de nuestra sociedad. En él se reúne lo que tenemos de nuestro verdaderamente. Por eso las producciones literarias que pueden, con razon llamarse argentinas son las que describen el campo en que se desenvuelve y actúa, como *La cautiva*; las que describen el gaucho mismo, como el *Facundo*; las que describen el escenariio y el actor, la pampa y el gaucho, como el *Lázaro* de Ricardo Gutierrez. El gaucho es una bella manifestacion de la naturaleza humana, que si no lo honra con monumentos levantados sobre el haz de la tierra, con obras de ciencia ó de arte, con la aplicacion de los grandes principios á la organizacion de las sociedades, como el alemán, el inglés, el francés, el norte-americano,—guarda en los senos de su alma, virjenes y potentes los jérmenes del hombre del porvenir. Allá, en la estension ilimitada de la pampa discurre en brioso corcel, este hombre americano, varonil y tierno, intelijente y audaz, que, asimilándose algún dia los preciosos elementos conquistados en

esta labor incesante de los siglos que se llama el progreso, será el digno ciudadano de la república futura, próspera y colosal. Al presente se debate en la ignorancia y la miseria, errante aventurero que no halla en el comercio, en la industria, en la ciencia ó en el arte, vias por donde corra fecundante la actividad de su espíritu: ella se desborda tumultuosa en riñas, en correrías, en montoneras, protesta sangrienta á veces hasta la ferocidad, de una clase desgraciada contra el hombre feliz de las ciudades, encerrado en su vanidoso egoismo; y cuando así no se desborda, se ajita delirante en las profundidades de su conciencia, desgarrando cruelmente sus fibras mas delicadas y sensibles. El gaucho nace y se desenvuelve en presencia de una naturaleza amplia, abierta, incommensurable; y este espectáculo presente siempre á su espíritu, favorece, sin duda, el desarrollo vigoroso del sentimiento de la personalidad. Necesita para vivir dominar el corcel que vuela bajo su impulso, matar el toro de cuya carne se alimenta, soportar perpetuamente el sol, las lluvias, los huracanes impetuosos como un soplo pujante de la eternidad. De ahí su coraje, su arrojo, su firmeza. Pero aquel desierto donde solo puede uno ampararse de los rayos del sol bajo los pocos árboles que derraman su sombra sobre la faz de la pampa, como si fueran nubes venidas de los cielos para templar en algo los rayos de la luz, segun la espresion del poeta; esa naturaleza donde discurren el toro y el potro, que es necesario matar y domar para vivir y moverse—tiene otros aspectos que inspiran sentimientos de una índole diversa de los que esplican los rasgos varoniles de la fisonomía del gaucho. Por las tardes, cuando el sol se esconde majestuosamente entre rojizas nubes, como el rey de la creacion envolviéndose en una púrpura incomparable; cuando las sombras se estienden sobre la llanura; cuando el silencio misterioso de la pampa es solo interrumpido por los gritos del toro ó el chajá; y las melancólicas estrellas comienzan á brillar en el purísimo azul de un cielo sin fin, parece que el alma halla, por momentos, en el desierto una especie de crepúsculo de la gloria, destinado á las mas tiernas efusiones del sentimiento y á esas meditaciones severas en que vislumbramos los contornos del mundo prometido. La luz que se va, las nubes ligeras que flotan en la at-

mósfera como velos de ángeles invisibles, la brisa perfumada que riza la verde grama semejante á *un mar de esmeralda*, los sordos ruidos, la solemne quietud de la inmensa soledad, todo convida al amor, á la esperanza, á la melancolía—todo suscita y despierta esa vida recóndita del mundo interior, nunca mas activa y poderosa que en las horas en que la vida eterna pareciera extinguirse. Por eso el gaucho es amante; por eso es músico y poeta. Mas hay otra influencia que modifica el espíritu del gaucho, y que es necesario tener en cuenta para explicarse los poemas de Ricardo Gutiérrez: es el desamparo, es la falta de garantías para el ejercicio de las facultades que tan abundantemente le ha regalado el Creador. El gaucho sumido en la ignorancia, lejos de los centros de población y de cultura, está sujeto siempre al capricho de los mandones irresponsables de la campaña. Su condicion no ha mejorado desde los tiempos coloniales hasta el presente. Entónces se hallaba bajo el imperio insolente de los próconsules que enviaba el rey á estas comarcas; y vejetaba oscuro, pobre, envilecido en rejiones que esperan todavía la aplicacion de la fuerza libre é inteligente del hombre para derramar, como el cuerno de la fábula, los mas preciosos dones. Un dia brotó en la mente de los argentinos el pensamiento de emanciparse de la metrópoli; y ese pensamiento fué luego una resolucion invencible, manifestada en los estallidos del entusiasmo que brillaron con las luces de Mayo, en las márgenes del Plata. La bandera que simbolizaba las nuevas ideas y los nuevos tiempos, flotó en ese dia, ajitada por las brisas de la libertad para no abatirse jamás, y su noble majestad fué paseada en toda la América, entre el humo de los combates y al resplandor de las victorias, por el brazo robusto del animoso campesino. Su sangre ha humedecido la tierra libertada, desde las márgenes del gran rio hasta los Andes y el Ecuador: sus huesos están esparcidos acá y allá como testimonio del oruento sacrificio al través de la vasta estension del mundo conquistado para la libertad y civilizacion. Ahora gozamos nosotros, los habitantes de las ciudades, los frutos de aquella sangrienta lucha; pero él vive aun en el bárbaro y tenebroso cautiverio en que nos mantuvo por siglos la colonia. Fué nuestro hermano en el sacrificio; pero no lo es en la libertad y en la grandeza.

Vive todavía esclavo en un país que cualquiera llamaría la mansión de la libertad; pobre, en una tierra que cualquiera llamaría la fuente de la riqueza y la abundancia. Tal es el gaucho! espíritu sensitivo, noble, esforzado, debatiéndose en la ignorancia y la miseria, sumergido en la profunda tristeza de una vida destinada á grandes manifestaciones, pero cohibida por eternas tiranías y oscurecida por eternas sombras!

Si el alma humana, aun en las mejores condiciones de existencia que puede alcanzar sobre la tierra, siente vibrar lúgubrementex las fibras heridas por el dolor, y experimenta aquella incesante inquietud que penosamente nos revela algo que sobre el mundo no alcanzamos, ofreciendo en los sentimientos que nacen de esa situacion, una fuente inagotable de inspiracion al músico y al poeta—¿qué torrentes de anargura, qué salvajes y dramáticas armonías no hallará el artista en las profundidades del alma de ese hombre varonil y desdichado que se llama el gaucho de los campos argentinos? Allí fué la musa de Ricardo Gutierrez á beber sus nobles y severas inspiraciones; de allí brotó ese manantial de poesia que la vara májica del poeta hace saltar de entre la corteza áspera del campesino, como el hebreo inspirado hizo manar en otro tiempo raudales de agua pura de la roca al parecer estéril. De allí nacen tambien los inconvenientes y las calidades de esta poesia; íntima, profunda, enérgica, conmovedora, es al mismo tiempo monótona y sin accidentes. No podria ser de otro modo, si,—aunque elevándolos hasta el grado supremo de la inspiracion,—reflejase el poeta los elementos que halla en la fuente donde bebe. El gaucho es, como lo hemos dicho, profundamente sensitivo, inteligente y tambien esforzado y audaz. Pero como su inteligencia permanece ineducada todavía; como no se han incorporado en ella esos elementos que son, por decirlo así, el coeficiente de las inteligencias ilustradas,—no tiene la riqueza y la variedad de nociones que influyendo en la sensibilidad, suscitan nuevos sentimientos y los complican en combinaciones y matices interesantísimos, presentando á la voluntad numerosos programas de accion donde se revele la fuerza libre que la constituye. La vida del gaucho, rica, pues, de sensibilidad, lo es solo bajo ciertos aspectos; siente y siente profundamente, pero siempre las mismas penas,

siempre los mismos placeres, que incesantemente dan materia á su reflexion, y le mantienen sumido en una indolencia dolorosa ó le arrojan en los únicos caminos abiertos á su actividad: las riñas, las correrías, las montoneras.

El reproche de monotonía que se hiciera á la poesia de Ricardo Gutierrez, se fundaria, entónces, en la ignorancia de los caractéres que interpreta y retrata. Por lo demás, ese inconveniente se halla ampliamente rescatado por la intensidad del sentimiento, que, por lo mismo que no se complica ni se dispersa, guarda mas savia y estimula mas enérgicamente la voluntad, siquiera la impulse siempre en rumbos ya conocidos, para producir siempre los mismos actos. Esta falta de novedad, esta falta de variedad ha sido notada ya por los críticos en los poemas de Byron; y no puede decirse que sea un defecto. No está obligado el artista á mostrar lo bello bajo todas sus faces ó bajo muchas de ellas. Basta que su obra lo refleje bien, aunque sea bajo uno solo de sus aspectos para hacer inmortal su obra. ¿Qué importa que Lara y Manfredo se parezcan, si los dos son bellos?

Ricardo Gutierrez buscó su inspiracion y sus tipos en su propia patria; tomó lo bello donde la mano de Dios se lo habia puesto mas cercano; haciéndolo así, procedia no solo como artista, sino tambien como patriota y servidor de la humanidad y la justicia. Sus estrofas no son solamente poéticas; son tambien la protesta de una clase desheredada y sufriente; son bellas y justicieras á la vez.—*Pedro Goyena.*

Renan.—La vida de Jesus.

7.—La «Vida de Jesus,» el acontecimiento literario de la época, como lo llama la prensa francesa. la primera en sentir su impresion y en espresarla, traducida dignamente por el americano á quien sus antecedentes literarios mas adecuados hacian para esta tarea, será dentro de breves dias repartida por entregas y á módico precio, para el público de esta ciudad.

Dudamos mucho que el libro de Renan vertido á nuestro

idioma, y lanzado á la circulacion, alcance la repercusion infinita que ha tenido en Paris, viniendo á ser en un momento dado la preocupacion de todos los espiritus.

Fáltanos el espíritu literario de la antigua y nueva Atenas; y mas que todo, fáltanos el reposo de una sociedad ilustrada y vieja, que se adormece bajo la mano del despotismo, y que muerta á la vida política, á la actividad viril del ciudadano, entretiene su vida y su inteligencia buscando por todas partes una voluptuosidad para su corazon ó para su espíritu, en el epicurismo del sentimiento ó en las curiosidades de la idea.

Pero, si el libro de Ernesto Renan no está destinado á encontrar en nuestro pueblo para la repercusion y el eco la *urna sonora* de que habla el poeta, no por eso dejaremos de afirmar que circulará rápidamente, y que á su rededor se ha de agrupar el mayor numero de lectores que pueda Buenos Aires presentar.

El Sr. Renan termina la magnífica introduccion de su libro, diciendo que él plantea un problema, cuya solucion se ha de encontrar en su lectura. ¿Cómo Cristo es mas bello, coronado con su aureola divina, Dios y no hombre, ó restituido plenamente á la integridad y á las condiciones del ser humano, con el corazon apasionado, y la sangre roja latándole en las arterias?

O para aproximarnos á los términos mismos con que Mr. Renan propone la cuestion formidabile. ¿En qué consiste la gloria del Cristo? ¿Es mas grande relegado fuera de la historia, y colocádolo sobre la ley que rige á los seres y á los hechos humanos? O por el contrario, ¿es mas grande y se le rinde un culto mas verdadero, cuando se muestra que la historia entera es incomprendible sin él, el mas perfecto de todos los hijos de los hombres?

Hé ahí, sin duda, una gran cuestion para el historiador y para el filósofo, como para el poeta.

Goëthe hablaba un dia de la Mesíada de Klopstock con sus ángeles y sus nubes que janás rozan la tierra, y de la poesia de sus imitadores, meciéndose siempre entre seres vaporosos é ideales, y decia: Falta aquí para commoverse, cobrar interés, pensar y sentir—la libra humana—formulando de este modo una de las mas admirables reglas de la poética moderna.

Se nos ocurre preguntar ¿si esto mismo no lo ha sentido instintivamente la Iglesia, cuando ha aunado en el Cristo el ser humano y el ser divino, haciendo de él—*Hombre y Dios*—dualismo misterioso sin el que el dogma no tendria asidero en los corazones, dualismo que seduce y atrae como un prodigio en la cuna de Belen, y que se vuelve patético, desgarrador, cuando llega sangrienta, sombría la tragedia del Calvario?—*Ecce Homo*.

¿No sería posible contestar á Mr. Renan que mas grande y mas bello que el Cristo hombre de su libro, es el Cristo—hombre y Dios,—viviendo con el rostro cubierto de sudor como el hombre, resucitando como Dios, tal como lo adoramos en la tradicion y en los altares?

• El pueblo no se preocupará de la cuestion de Mr. Renan sobre la grandeza del Cristo, subordinado á la ley histórica, ó colocado sobre ella; y solo se preguntará en la soledad de su conciencia y de su pensamiento ¿Cuál Cristo es mas bello y mas santo, el Cristo que él bendijo ó rogó en la felicidad ó en el llanto, ó el Cristo de este libro que por encumbrar un hombre, deja desiertos los altares?

Mucho nos tememos que la respuesta no sea en favor de Mr. Renan, á pesar de que ha difundido por su libro, con arte infinito, todas las seducciones de la imaginacion y del sentimiento.

A lo menos, por lo que á nosotros toca, sabremos decirlo—su Cristo es bello.—Engrie al hombre; y al leer este libro, por primera vez nos hemos inclinado, sin sufrir vértigos, sobre ese abismo en cuyo fondo se oculta la cuna de las religiones,—y hemos seguido con pensamiento respetuoso y recojido, á la idea religiosa que nació con el hombre y que despues de haber vagado errante por todos los santuarios y por todos los pueblos, vino al fin á encarnarse en una doctrina mas vasta, mas santa y mas pura.

Pero ¿cuál de nosotros no tiene en su memoria un Cristo mas bello, allá perdido con el recuerdo de su primera plegaria, brotada con una lágrima y salida de una pena, la primera tambien que conturbó el corazón?

El pueblo prosternado lloraba; los golpes que caian sobre el madero, resonaban en el corazón de la muchedumbre, escuchándose sobre los golpes y sobre el llanto la voz del Sacerdote que contaba la antigua leyenda, la

historia del que siendo Dios, se hizo hombre, para anunciar su religion divina, sufrir y morir por los hombres.

El niño siente por primera vez removerse su corazon, bajo el impulso de un sentimiento... y luego mas tarde, cuando todo ha pasado, se encuentra todavia sobrecojido en su lecho, pasando su primera vijilia, sorprendido de ver tan pálida la luz de la luna, y escuchando ese vago rumor de la noche y de los vientos, que le parece el llanto del mundo por su Dios.

Hé ahí el «Cristo» ante el que palidece el libro de Mr. Renan.

Pero debemos decirlo sin embargo—Cuando el Dr. Strauss publicó su libro de controversia, dogmático y árido, tambien titulado «La vida de Jesus», los criticos se levantaron entonces para preguntar—¿Qué hombre de bronce es este, qué libras de metal son las suyas, que al suprimir y matar al Cristo no revela ningun sentimiento humano, ni siquiera por los altares de medio mundo que quedan desiertos, por tanto corazon desolado, por esos millones de almas que deja estraviadas y perdidas, sin la fé de su Cristo, en los caminos de la eternidad?

Este mismo reproche no puede ser dirijido á Mr. Renan.

Si Mr. Renan pertenece á los *sepultureros* de creencias divinas, es en cambio creador de creencias humanas.

Al través del libro del Dr. aleman nada queda—Cristo desaparece y nadie le sustituye.

Mr. Renan baja á Cristo de los altares, donde se le quema el incienso del culto rendido á Dios; pero en cambio ¿cuán grandiosa figura humana se presenta delante de los ojos deslumbrados del lector? En balde se dice que no es un Dios—El corazon se conmueve, las rodillas se doblan, y apenas se alcanza á contener en los labios la plegaria que escapa, rindiéndole adoracion.

Y luego, para hacer imperceptible esta transicion ¿Cuánta luz, cuánta seduccion, cuánto prestigio se derrama sobre esa cabeza humana? El arte del escritor es infinito.

Nada mas distante de nuestro intento, que el hacer un juicio sobre el libro de Mr. Renan. Habiamos principiado á escribir este artículo, sin otro propósito que el de llamar la atencion sobre la traduccion anunciada por el Sr. Bilbao—Pero, la improvisacion, ese Dios caprichoso del dia-

rista nos ha conducido lejos— Pedimos perdon á nuestros lectores.

Puesto que se publica en nuestro idioma y por nuestras imprentas el libro de Mr. Renan ¿por qué no tendríamos del mismo modo las diversas refutaciones que este libro ha provocado, para asistir así á la gran controversia religiosa que hoy preocupa á la Europa, y cuyos ecos están muy distantes de apagarse.

Cada uno á su puesto.

Si el Sr. Bilbao traduce y pone al alcance de todos el libro de Renan, ¿por qué un eclesiástico ilustrado que quisiese hacer honor á sus creencias y rendir tributo público á su fé, no emprenderia la misma tarea con las *Refutaciones*.

La Iglesia jamás desdeñó la lucha; y por eso se ha dicho con tanta verdad, que su historia no es mas que una inmensa controversia, siempre renaciente y jamás concluida.

Los libros no se exorcizan, y en los debates de la inteligencia y del pensamiento, no se prevalece con el aparato fantástico de las censuras. Así lo entendieron todos los grandes escritores de la Iglesia desde Tertuliano hasta Bossuet, que escribió iluminado por la controversia su mas profundo y admirable libro—*N. Avellaneda*.

El Fausto de Estanislao del Campo.

1

Del Campo:

8.—Las buenas obras son siempre hijas de los bellos sentimientos, porque las mejores y mas grandes ideas nacen en el corazon, llevando consigo la emocion de que nacieron.

Su pobreza de poeta, empeñada en aliviar dolorosos infortunios, ha apelado á ese infatigable alquimista de la imaginacion, que elabora los sueños de oro y fabrica los palacios en el aire, y ella, evocándole al Demonio, ha tenido el poder de ponerlo al servicio de la santa accion, con algo digno de la elevacion del propósito (1).

(1) La primera edicion de *Fausto* fué vendida á beneficio de los hospitales militares, produciendo 20,000 pesos.

No es otra la idea jeneratriz del poema monumental de los alemanes.

Fausto trae el mal por la acción poderosa del genio, á concurrir á la obra de la humanidad, y el mal no consigue triunfar de la altura de su alma, porque no alcanza á encontrarla satisfecha sinó en las grandes y nobles aspiraciones,

Su campestre guitarra bien podia sin ruborizarse pedir un óbolo al arpa homérica de Gæthe, y preciso es convenir en que, la puerta del poderoso no se ha cerrado esta vez, como de costumbre, al llamado del mendigo.

El genio del norte ha permitido al payador argentino pasear á la rubia Margarita por la pampa inmensurable, en donde no habia estampado jamás su divina sandalia la musa de la epopeya, y ella, soñando con sus amores y encaminándose á su desastre, se ha detenido un instante en la orilla del gran rio,

á ver las olas quebrarse
como al fin viene á estrellarse
el hombre con su destino.

En esta importacion de la leyenda de la edad media, en esta nacionalizacion del poema metafísico, dadas las respectivas distancias, su trova americana ha conservado los rasgos característicos de las fisonomías, los suaves matices del sentimiento, las caprichosas sombras de la fantasia, como los acordes de Mozart y las melodías de Bellini guardan su armonía ó su cadencia al resonar en una vihuela.

El mérito de su trabajo consiste para mí en haber comprendido y transmitido á su relato los eternos tipos del *Fausto*: un artista vulgar no copiaria jamás los cuadros de Rubens ó las telas de Murillo.

Desnuda su bella composicion del lenguaje gaucho, veo diseñarse en sus estrofas á la niña que *vivia entre las flores como ellas*, demandando á las margaritas los secretos del corazón, y se me representa la *virgen de cera* vestida de celeste, aérea vision de la *Inmaculada*, como la concibió su creador, imájen seductora de esa mujer querida del poeta, perdida en el mundo antes de ser hallada, que hay siempre la esperanza de encontrar algun dia, bello ideal que un ángel proscrito traeria de su Edén á la tierra.

El Satanás de sus versos huele á azufre, hace santiguarse, y su inacabable sarcasmo

suelta una risa tan fiera
que toda la noche entera
en mis orejas sonó.

Algo de siniestro sobrecoje á la naturaleza al aparecer con su infernal guitarra

Haciendo un extraño ruido
en las hojas tropezaban
los pájaros que volaban
á guarecerse en su nido.

El dolor suena en sus rimas con sus acentos verdaderos, con esos acentos que solo saben oír los inspirados artistas, y que un copista nunca trasmite:—

Ya de sus ojos hundidos
las lágrimas se secaban,
y entretremblando rezaban
sus labios discoloridos.
.....

Cuando el cuerpo de su hermano
bañado en sangre miró,
.....

Apenas medio alcanzaron
á darse una despedida,
pues en el cielo, sin vida
sus dos ojos se clavarun.

Las delicadas reminiscencias del amor, traen sus plateados celajes á la noche sombría del remordimiento;

Ella creía que como antes,
al ir á regar su huerta,
se encontraría en la puerta
una caja con diamantes.

Darnos á saborear así, en humilde décima, la obra jefe que ha desesperado á los traductores de todos los pueblos, es algo que debe engrair sus ambiciones de literato.

Debe vd. estar satisfecho de sí mismo, pues que ha llegado vd. á dar carta de ciudadanía á una creación prodigiosa, en que el cielo y la tierra, las fuerzas vivas de la naturaleza y las sobrenaturales del espíritu, toman una fi-

gura humana para hacerse palpables á la sensibilidad del vulgo.

Pero, permítame Vd., que temiendo ver esterilizarse en una mala via las dotes preciosas de su imaginacion, por el éxito de su *Fausto*, le someta una opinion que me ha inducido á escribirle estos renglones, robando un instante á un farrago de papel sellado.

Amo la poesia popular, cuanto detesto la poesia académica, ficticia, de frase perfumada con agua de Lubin.

La poesia popular es Homero, es Ossian, la del ciego que va cantando por las faldas del Himeto los recuerdos aun vivos de la hermosa Elena, y del temible Aquiles, la del bardo que, entre las brumas de la Caledonia, da cuerpo á las tradiciones en las figuras del heróico Fingal y la pálida Malvina.

La poesia popular no es la frase chillona y agria del rancho. La india de los toldos es tan hija de la naturaleza como la Eva de la Biblia, recién formada de la costilla del hombre, ó como la Venus mitológica, saliendo núbil de las espumas del mar, pero no serviria jamás de modelo á los pintores y á los estatuarios.

El gaucho se va. Es una raza de centáuros que desaparece. Hay en ellos grandes cualidades, grandes pasiones, originalidades características, costumbres pintorescas, materiales abundantes para la poesia. De ellos se puede decir tambien— «no dejan tras sí grandes ciudades ni monumentos que desafien al tiempo, pero han vivido,» han padecido, se han inmolado, dejan un tierno recuerdo, y los que recojan piadosamente sus últimos suspiros, tienen derecho á la simpatía y al renombre.

Arroje Vd. pues, lejos de sí, la guitarra del gaucho, que si á veces nos toca el corazon en la puerta del rancho, á la luz de las estrellas, es porque en ciertos estados del alma basta una nota melodiosamente acentuada para conmovernos profundamente y acosarnos por mucho tiempo con su vago recuerdo. Tome la lira popular, la lira de los *edas*, de los trovadores, de los bardos y cuéntenos como ese gaucho caballeresco y aventurero abrevaba su caballo, en los torrentes de la Cordillera, y arrollaba en los desfiladeros los tercios de Bailen y de Talavera, como salvaba la demografía

cia con Artigas, se encaramaba en la tiranía de Rosas, y ha ido rodando en una ola de sangre hácia el mar de la nada.

Una sociabilidad oriĝinal y una revolucion fundamental, in-cierran todas las pasiones, todos los dolores, todos los infortunios, todos los dramas del corazón humano. La mina es vasta. Falta el minero capaz de explotarla.

Descubra Vd. la veta, puesto que tiene Vd. el don de sentir al gaucho dentro de sí mismo. Piense, sienta como él, y háblenos como Vd.

Su leyenda del *Fausto* vale, por el tipo virĝinal de Margarita, por la figura diabólica de Mefistófeles, que Vd. nos ha reproducido, por el perfume de pasion inocente, de extravío inculpable, de remordimiento sincero, y de reliĝiosidad injenua, que serán siempre fuentes inagotables de poesia.

La forma no ha matado al fondo. Por el contrario, el fondo ha dado vida á la forma.

Puesto que Vd. puede concebir y dibujar á Margarita, comprender y exhibir á Mefistófeles, es Vd. un artista, tome la paleta inmensa de la Pampa, y en la rica tela de su imaginacion, ensaye un cuadro de verdadera literatura americana.

Tentanda via.—

Juan Cárlos Gomez.

2:

Sr. D. Estanislao del Campo.

Recuerdo que una noche alegre, en que yo apreciaba infinidad de ocurrencias criollas que decia vd. al vuelo, á propósito de las escenas del *Fausto*, lo tenté á escribir en estilo gaucho, sus impresiones de ese espectáculo, seguro de que un cuadro compeñiado bajo el punto de mira de tan oriĝinal criterio, ofrecia un interés particular.

Para un carácter como el de su indole literaria, era este tema completamente seductor, y yo veia que la oportunidad y el motivo podrian pocas veces tentar con mejor éxito la Musa de Hidalgo, para levantar sobre el torbellino de nuestra sociedad, desprovista de perfil trasmisible y determinado,—la extraordinaria, especialísima, profunda y poética indole americana primitiva, refugiada hoy naturalmente en el corazón del *paisano*.

Veia tambien en este tema, como *vl. mismo*, una ocasion feliz para reflejar nuestro tipo primitivo con caractéres tanto mas saltantes, cuanto que iban á resultar de la aparicion hecha por él mismo de una sociedad diversa.

Cierto es que era esta una empresa dificil. Fuera de Hidalgo, no tenemos en esta rama de nuestra literatura, sino manifestaciones mas ó menos felices de los jiros de lenguaje y comparaciones del gaucho—accesorios que nunca reflejan la indole de las razas, porque emanan del modo de sentir de ellas, que es tambien el único modo de *animar* la interpretacion en el dificil rol de poeta caracteristico.

El tecnicismo es una simpleza, y el pensamiento que no retrata mas que la construccion del idioma, no tiene un dia de vida. Para pintar é interpretar al gaucho, es preciso trasladarse, no á su lenguaje sino á su corazon, y arreglarlo todo, no al paisaje, sino á su preocupacion, á su filosofia, y á su sentimiento.

Así se comprende que dos solos versos puedan reflejar el carácter del *paisan*, con sus preocupaciones y su religion enteras, cuando Hidalgo pone en boca del gaucho que va á afrontar un peligro, este compendio de su alma:—

puse el corazon en Dios
y en la viuda, y embestí.

Usted verá todos los dias pretendidas descripciones de la indole y costumbres del gaucho, donde todo se reduce á hacinar significados campesinos que no tienen mas particularidad que estar subrayados hasta el fastidio.

Es que no todos tienen bastante luz interna para penetrar el corazon ajeno en la voráGINE de sus instintos, y creen que, dibujando la vestimenta, puede reflejarse el tipo moral, deduciéndolo por la vulgaridad de lo comun.

Esos que así son retratados, no son gauchos de este mundo ni del otro: son simples camiluchos que no constituyen jénero de raza.

El Dr. Cané, que era un talento literario muy notable, dice en una de sus novelas, que el tipo del gaucho es digno del estro de Byron, y yo pienso humildemente, que en el corazon de Quiroga habia tela para el mismo Shakespeare.

El que se acerque, entonces, mas á aquellos corazones

extraordinarios, por la mayor fuerza de su jenio, estará mas próximo á la interpretacion de su mundo y al foco de nuestra poesia popular y tradicional, inagotable en encantos.

Vd. ha venido al terreno mas difícil, pero al mas grandioso: la majestad está siempre en esa especie de topografía humana que nunca se halla á la superficie. Es por eso que su leyenda está colorida con los dos tintes mas sublimes de la poesia, la filosofia y el sentimiento, — que son los arqueos de la expresion: el que sube sobre esta tripode, está en el camino de la belleza, de donde se domina todo accesorio: el que entra al espíritu, domina la materia: así, Hidalgo, no ha copiado al gaucho; ha mirado por los ojos del gaucho: no se ha amanerado á su sentimiento, ha sentido por su corazon.

Todas estas dificultades redundan en provecho de vd. una vez que se ha levantado á la atmósfera de la interpretacion verdadera: *Anastasio el Pollo* es aquí de la raza de Santos Vega.

Ha tocado vd. el tema espléndidamente, haciendo gala de recursos desconocidos que todavía no habia manifestado en poesia, — y me permito decirle que esto es culpa suya, porque antes, en todo lo que ha escrito, solo ha querido *ver* las cosas como un paisano, y hoy las ha *sentido* como él.

El *Fausto*, Anastasio, es lo más notable que he visto á propósito del poema de Gœthe, y no encuentro nombre de poeta americano que no se hallara favorecido al pié de muchas de sus estrofas.

La introduccion es un hermoso trozo de descripcion local, un bello cuadro de costumbres, de mano maestra. Hay en todo ese prólogo una infinidad de imágenes comparativas, de peculiaridades de frase y de toques jenerales que ocuparian mucho espacio para transcribirse.

El cuadro donde comienza la narracion, tiene un raro interés descriptivo que hace apresurar la lectura en busca de los incidentes graciosísimos que se suceden sin descanso: cada estrofa, cada verso, y á veces cada palabra, rebosa de pensamiento y de interpretacion.

La tercera parte tiene una novedad especialísima, comprendida en los recursos que hasta hoy no habia desplegado vd., — tiene un caudal de encantadora y sentimental

poesía, revestida de una sencillez, tan admirable, que no la hace estraña en la boca de un paisano.

Aparte, pues, del mérito jenérico de su *Fausto*, reconozco con particular sorpresa (no sabia que vd. era un poeta tan serio) la hermosura del trozo descriptivo del mar, rival de aquel con que trae la aurora sobre el jardin de Margarita, de aquel otro con que pinta la noche de la serenata, de aquel de la comparacion de la flor, y de aquella magnífica digresion del capitulo que acaba con esta sentida y hermosisima estrofa:—

Soltar al aire su queja
será su solo consuelo,
y empapar con llanto el pelo,
del hijo que usted le deja.

Esta es la poesía: aquí empieza el camino de Hidalgo y el estro de Santos Vega. Despues de ellos, nada se ha hecho en nuestra poesía popular que pueda igualar el encanto de esas reflexiones.

No me es ya estraño entonces que haga vd. copia tan abundante de las semejanzas y jiros que chispean por todas las estrofas de su *Fausto*: el que entra á la seriedad ha pasado por la malicia.

Siento que la especialidad de su trabajo, que es uno de sus méritos particulares, no esté al alcance de todos sus lectores; para valorarla completamente, es preciso conocer el primer poema del Parnaso alemán y la mas sublime partitura del jenio francés.

Su *Fausto*, Anastasio, es pues, una obra de poesía envidiable. Me felicito sinceramente de haber prestado motivo á ella y le agradezco de corazon el buen momento que me ha dado con su lectura.

Aplaudo verla en público, celebrada justamente en todas las clases de la sociedad.

Por mas á lo serio que tome el hombre las situaciones sociales, en ninguna de ellas se desfavorece con sus pruebas de arte y de talento, porque ellas siempre lo enaltecen, llevándolo á las verdaderas jerarquías, que son las que ocupa por su organizacion cerebral *en la estiba de la jente*, como dice vd.

Si tuviera que fortalecer esto con ejemplos, le citaria

nombres célebres en la humanidad que han jugado con los pueblos más grandes de la tierra, sin desdeñar el cultivo de las letras, y empezando por David y Salomón.

Un buen libro ó una hermosa poesía, hacen honor, de Dios para abajo, á todos los hombres del mundo, en cualquier terreno que pisen, desde el trono hasta el cadalso. — Vd. ha merecido ese honor. — *Ricardo Gutierrez.*

3.

Sr. D. Estanislao del Campo.

Amigo :

He leído en su manuscrito, que devuelvo, el sabroso diálogo de Anastasio y D. Laguna, sobre el *Fausto*: óptimo. Vd. quizá no ha meditado el serio peligro á que se espone dando á luz su obra, habiendo entre nosotros tantos alemanes, de esos que nadando en el infinito, se embaucan en la contemplacion de las nubes, tras de las cuales á menudo solo se oculta el vacío, ó bien á veces, como sucede con el *Fausto*, sirven de velo á la divinidad que se columbra en su seno. Ha profanado Vd. el santuario del sublime poema, del cual nadie puede hablar con propiedad sinó en tudesco, porque en romance no hay quien esplique sus delirantes bellezas. Treinta años gastó Gœthe en meditarlo y componerlo — Gœthe, el Júpiter Olímpico de la literatura jermánica. Y parece indudable, segun la opinion de la rubia y soñadora Alemania, que solo le compuso para ella; pues si Vd. dice á algun alemán: « he leído el *Fausto* » — su fisonomía toma al momento una espresion entre desdeñosa y sarcástica, que traducida al español quiere decir: — « le ha leído Vd., pero no le ha entendido. »

Quizá tienen razon; jentes de letras conozco yo que lo confiesan *sotto voce*. ¿Qué mucho si la misma madame de Staël, ferviente admiradora del gran oráculo de Weimar, le llamó la pesadilla del espíritu, agregando, segun recuerdo, que si la imaginacion pudiese concebir un caos intelectual, el *Fausto* debería haber sido compuesto durante ese periodo de ebuli-

cion y de tinieblas! Mas, por lo visto, Anastasio no ha sufrido el mareo que causa en el ánimo esa composición vertiginosa. En un santiamén se ha dado cuenta del enmarañadísimo drama, tal como nos le presenta en la ópera la mano impía del compositor. En su lenguaje rústico lo narra, lo comenta, lo critica, mezclando con naturalidad inimitable lo peregrino á lo grotesco. Preciso es, amigo, que su númen sea el mismo Mefistófeles para haberle inspirado á Vd. la mas estrafalaria de cuantas ideas puedan venir á la mente, y sobre todo, para haberle sacado airoso del berenjenal en que se habia metido. Su parodia está llena de gracia, de novedad y de frescura. Los dos *paisanos* que Vd. nos hace conocer, atraviesan por entre la nebulosa metafísica del *último poeta*, como suelen hacerlo gallardamente á través de las brumas de la pampa, nuestros gauchos, interrumpiendo los cantos con que entretienen el camino, para fijarse aquí y allí en las perspectivas fantásticas que produce el miraje. Singular es que sostengan su larga plática con tanta amenidad y donaire. ¡Cuánto ingenio no es necesario para que no decaiga el interés! A este milagro concurren una versificación fácil y espontánea, un pincel galanamente colorido, un epigrama chispeante del cual se escapan algunos versos de una melancolia espresiva: engarzados en una composición tan lozana y burlesca, parecen lágrimas en el rostro de un niño que rie y llora al mismo tiempo.

Pláceme, trovador paisajista, por habernos puesto en íntima relacion con esos dos *aparceros*. Parias de nuestra sociedad, llenos de galas postizas y descoloridas por la adopción de costumbres exóticas, se van á conversar al río, que con la pampa de donde vienen, son las únicas cosas grandes que nos van quedando. Parientes de Santos Vega, *aquel de la larga fama*, se perderán como él en el desierto, perseguidos y errantes, después de haber exhalado sus trovas al pasar por *la ciudad*, que, envuelta en una atmósfera pesada y deletérea, aspira con deleite el perfume de las flores campesinas arrancadas por la mano de sus románticos pastores.

Buenos Aires, olvidada de sí misma, envanecida con su lujo europeo, escuchando con avidez los cantares que le recuerdan su juventud y su inocencia perdida, se me figura á Linda de Chamounix, estremecida y ruborizada en medio de la pompa que la cerca, y que deslumbrara su virtud, al escuchar las armonías agrestes de sus nativas montañas.

Vd. que no haria un gran papel tocando la zampoña de *Pierrotto*, puntea admirablemente la guitarra, que vale tanto como cualquier otro instrumento, desde que entre sonrisas haga sentir y recordar.—*Cárlos Guido y Spano*.

Lope de Vega.

9.—El hombre que recibió de la naturaleza mas dones de poeta, y el que mas abusó de ellos fué sin duda *Lope de Vega*. Don de escribir su lengua con pureza, con claridad suma y con elegancia; don de inventar, don de pintar, don de versificar de la manera que queria, flexibilidad de fantasia y de espíritu para acomodarse á todos los jéneros y á todos los tonos, una afluencia que jamás conocia estorbo ó escasez; memoria enriquecida con una lectura, si no acendrada, por lo menos grande; aplicacion infatigable que aumentaba la facilidad que naturalmente tenia. Con estas armas se presentó en la arena, no conociendo en su osadía ni límites ni freno. Desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya todo lo recorrió, todos los jéneros cultivó, y en todos dejó señales de desolacion y talento.

Avasalló el teatro, llamó á sí la atencion universal, los poetas de su tiempo fueron nada delante de él. Su nombre era el sello de aprobacion para todo; las jentes le seguian en las calles; los extranjeros le buscaban como un objeto extraordinario; los monarcas paraban su atencion á contemplarle. Hubo criticos que alzaron el grito contra su culpable abandono, envidiosos que le murmuraban, infames que le calumniaron. Ejemplo triste, añadido á los otros muchos que prueban que la envidia y la calumnia nacen con el mérito y la celebridad: puesto que ni la amable cortesania del poeta, ni la apacibilidad de su jenio, ni el gusto con que se prestaba á alabar á los otros, pudieron desarmar á sus detractores, ni templar su malignidad. Pero ninguno de ellos pudo arrebatarle el cetro que tenia en sus manos, ni la consideracion que tantos y tan célebres trabajos le habian adquirido. Su muerte fué un luto público, su entierro una concurrencia universal: hay un libro

de poesías españolas hechas á su muerte, otro de italianas: y viviendo y muriendo siempre estuvo oyendo alabanzas, siempre cojiendo laureles, admirado como un portento, y aclamado *Fénix de los ingenios*.

¿Qué queda al cabo de dos siglos de toda aquella pompa, de aquellos ruidosos aplausos que entonces fatigaron los ecos de la fama? Al ver que de tantas poesías y poemas cómo compuso es muy raro, quizá ninguno, el que puede leerse entero, sin que á cada paso choque por su repugnancia; que su obra mas estudiada y querida, su *Jerusalén*, es un compuesto de absurdos, donde lo poco bueno que se encuentra hace todavía mas deplorable el abuso de su talento; que de tantos centenares de comedias apenas habrá una que pueda llamarse buena; en fin que de tantos millares de versos como su incansable vena produjo, son tan pocos los que han quedado grabados en las tablas del buen gusto; no puede menos de exclamarse, ¿dónde están pues los cimientos de aquel edificio de gloria levantado en obsequio de un hombre solo por el siglo en que vivía, y que asombra y da envidia á la imaginacion que les contempla desde lejos?

No era posible que tuviesen otro resultado trabajos hechos con tal precipitacion, con semejante olvido de todos los buenos principios, y de todos los grandes modelos; sin plan, sin preparacion, sin estudio ni atencion á la naturaleza. La necesidad de escribir precipitadamente para el teatro, donde él habia acostumbrado al público á novedades cuasi diarias, descompuso y como que relajó todos los resortes de su ingenio, llevando la misma priesa y el mismo abandono á todos sus demás escritos. Así es que, á escepcion de algunas poesías cortas en que la buena inspiracion del momento podia aprovecharse en él, en todas las otras hay faltas imperdonables de invencion, de composicion y de estilo. ¡Facilidad fatal que corrompió en él todo cuanto bueno habia! Ella le hizo deslucir la claridad, el número, la elegancia, la sencillez, la afluencia y aun la fuerza de que también estaba dotado; dando lugar á figuras impropias, á alusiones históricas ó fabulosas, pedantescas é importunas, á esplicaciones frias y prolijas de lo mismo que ya ha dicho; en fin, á la flojedad, á la llaneza, á la falta de tono

insufrible en que dejeneran la rica abundancia y la candidez amable de su dición y sus versos.

Era pues bárbaro, se dirá, el siglo que consentia tales extravíos, y que daba tanto aplauso á un escritor tan defectuoso. No era bárbaro, aunque sí condescendiente con esceso. Hubo entonces muchos buenos ingenios que deploraban este desórden; pero no podían contrastar al aura popular que la clase de trabajos de *Lope* se llevaba consigo, y que en algun modo su talento autorizaba. La jeneral dulzura y fluidez de su poesía, la claridad de su espresion intelijible cuasi siempre al menos docto, el lenguaje de la galantería fina y culta que él inventó, y puso en uso en las comedias, el decoro y aparato con que autorizó la escena; los rasgos de sensibilidad viva y delicada que de cuando en cuando presenta; el papel sobresaliente y brillante que las mujeres hacen jeneralmente en sus obras; en fin su imperio absoluto en el teatro donde los aplausos tienen mas solemnidad y enerjia, todas son circunstancias que concurren á disculpar al público de entónces el cual no era injusto en admirar mas á quien mas placer le daba.—*Quintana*.

El Quijote.

I.

10.—Si hemos de atenernos al testimonio de dos siglos, el mejor libro que escribió Cervantes es el *Quijote*, obra superior, no solo á todas las de su época, sino á las de los tiempos modernos; que lleva impreso el sello del carácter nacional, y que, por lo tanto, ha gozado siempre del mas alto favor y aprecio, á que no ha podido llegar otra alguna. No se sabe á punto fijo cuando Cervantes empezó á escribirla, y si solo que, en los veinte años anteriores á la aparicion de la primera parte, nada publicó. Lo poco que de él sabemos durante este largo y triste período de su vida, tan solo nos proporciona la noticia de que procuraba su subsistencia y la de su familia con la ajencia de negocios, jeneralmente de poca importancia, y algunos de no muy gratas consecuencias para él. Solo te-

nemos la tradicion de sus persecuciones en la Mancha, y el dato auténtico de que el *Quijote* «se enjendró en una cárcel»; circunstancias poco notables, aunque, si efectivamente fueron las que produjeron el resultado, constituyen un fenómeno singular, no solo en la historia de Cervantes, sino en la de la humanidad entera, demostrando cuán diversos eran su índole y su temperamento de lo que comunmente distingue á los hombres de grande ingenio.

El esquisito y delgazado discurso de los criticos ha adulterado el objeto que Cervantes se propuso al escribir el *Quijote*, pues hasta se ha querido suponer que trató de describir el infinito y perpetuo combate de la parte poética con la parte prosáica del alma, entre el heroismo y la jenerosidad por un lado, y el egoismo y el interés por otro, representando en esta lucha la realidad y la verdad de la vida humana. Pero, esta conclusion metafisica, deducida de un exámen y estudio de la obra imperfecto y exajerado, es diametralmente opuesto al espíritu de aquella edad, que nunca usó de la sátira jeneral y filosófica, y contrarió tambien al carácter del mismo Cervantes desde su entrada en la carrera de las armas y posterior cautiverio, hasta el momento en que su corazon benévolo, noble y ardoroso, dictaba la dedicatoria de *Pérsiles y Sijismundo* al conde de Lémos.

Ciertamente que si se fija la atencion en su persona, se verá un corazon alentado por una dulce y jenerosa confianza en la virtud de los hombres, y un ánimo siempre robusto, sereno y arrostrando el infortunio con buen humor, que se compadecen mal con el odio melancólico y mezquino á todo lo grande y jeneroso que envuelve en si tal esplicacion del *Quijote*. Pero él mismo prohibió terminante que se diese á su libro ninguna significacion ni intencion secreta; porque desde el principio de su obra anuncia sin rodeo alguno y en los términos mas claros y espicitos, que su propósito es destruir el favor y autoridad que gozaban los libros de caballerias, y, al concluirla, declara de nuevo no haber tenido mas deseo que el de hacer odiosas las historias fabulosas y desastradas de los libros de caballerias, gozándose y recreándose en ello como en cosa de la mayor importancia. Y así lo era realmente, porque sobran por desgracia las pruebas de que el fanatismo

y delirio, que por estos libros hubo en España en el siglo XVI, llegó á causar inquietud á las jentes mas cuerdas y sensatas. Muchos son los autores contemporáneos que hablan de los grandes perjuicios causados á la sociedad por estos libros, y, entre ellos, el venerable Fr. Luis de Granada y Malon de Chaide, autor de la elocuente *Conversion de la Magdalena*. Guevara, el afortunado y erudito cortesano del emperador Carlos V, se queja amargamente de que en su tiempo solo se leian el *Amadis de Gaula*, el *Tristan*, el *Primaleon* y otros libros del mismo jaez; y el ingenioso autor del *Diálogo de las lenguas* dice haber perdido diez años en la corte estudiando á *Florisandro*, *Lisuarte*, *El Caballero de la Cruz*. Finalmente, sabemos positivamente por algunos escritores lo que Cervantes mismo no hace mas que indicar, á saber, que muchos creian aun ciegamente la verdad de cuanto refieren los tales libros de caballerias. Llegaron, por último, á ser tan perniciosos, que se prohibió su venta é impresion en Ultramar, y que, en 1855, las cortes hicieron una peticion solicitando igual prohibicion en España y que se recojiesen además y quemasen cuantos habia en circulacion; lo cual probaria que el mal era grave, puesto que llamaba ya la atencion de los hombres amantes del bien público.

Destruir una pasion tan profundamente arraigada en el carácter y costumbres de todas las clases de la sociedad, hacer desaparecer la única lectura que en aquel tiempo gozaba completa boga y popularidad, era seguramente empresa atrevida y que no anuncia por cierto un espíritu débil y quebrantado, ni falta de fé en lo mas bello de la naturaleza humana; lo admirable es que Cervantes lo consiguió completamente sin que nos pueda quedar de ello la menor duda. Ni un solo libro de caballerias se escribió despues de la publicacion del *Quijote* en 1605, desde cuya fecha cesaron hasta las reimpressiones de los mas leidos y populares, esceptuando tan solo uno ó dos casos de poca importancia; de manera que desde entonces hasta nuestros dias han ido sucesivamente desapareciendo, hasta llegar á ser meras curiosidades bibliográficas; extraño ejemplo del poder y fuerza del ingenio, que así destruyó oportunamente y de un solo golpe todo un ramo de literatura, favorito y floreciente entre un pueblo grande y activo.

El plan jeneral que Cervantes adoptó para conseguir su intento, aunque sin prever quizá toda la marcha del pensamiento, y menos aun su completo resultado, fué tan sencillo como original. En 1605, publicó la primera parte del *Don Quijote*, figurando que un honrado hidalgo manchego, lleno de pundonor, caballerismo y entusiasmo, de carácter dulce y afable, considerado por sus amigos y querido de sus dependientes, tiene el juicio enteramente trastornado, de resultas de la continua lectura de los famosos libros de caballerías, hasta el punto de tenerlos por ciertos y de creerse destinado á ser uno de aquellos entes imposibles, llamados caballeros andantes, que en ellos figuran. Arrebatado, pues, de esta idea, sale efectivamente á correr el mundo en busca de aventuras para defender á débiles y desvalidos, en deshacer tuertos y vengar agravios, á imitacion de los héroes de dichos libros.

Para completar el aparato caballeresco que ya habia empezado á disponer, acomodando una antigua y desusada armadura, el hidalgo escoje entre sus vecinos, para que le sirva de escudero, un labrador de mediana edad, ignorante y crédulo en su grado, si bien de dulce y honrado carácter, gloton y embustero, egoista é interesado, pero fiel á su señor; con bastante malicia para conocer de vez en cuando la extravagancia y locura de su amo, y unas veces festivo, otras malicioso en el modo de interpretarlas. Salen ámbos de su aldea en busca de aventuras, que forja la imaginacion acalorada del caballero, trasformando molinos de vientos en gigantes, ventas solitarias en castillos, cuerdas de presidarios en caballeros oprimidos y maltratados; y entretanto, el escudero traduce estos hechos en la prosa clara y pura de la verdad, con una sencillez y candor verdaderamente admirables, sin intencion ni malicia de ningún jénero, presentando dicha circunstancia un contraste singular con la dignidad y entonacion caballeresca de su señor, y con sus magnificas ilusiones. Por lo dicho, se puede fácilmente venir en conocimiento de que una serie de aventuras tal, solo podia tener un término dado: el caballero andante y su escudero sufren mil contratiempos ridiculos, y, por último, son conducidos como dementes á su casa, donde Cervantes los deja, insinuando que no ha concluido aun la historia de sus aventuras.

La segunda parte del *Don Quijote* contradice el proverbio

que en ella misma cita Cervantes, de que «nunca segundas partes fueron buenas.» Antes al contrario, nosotros la juzgamos superior á la primera. Hay en ella mas lozanía y vigor, y si la caricatura llega casi á pasar el límite señalado, la invencion, los pensamientos, el estilo y hasta la materia son mas felices, y la ejecucion mas acabada. El carácter de Sanson Carrasco, por ejemplo, es una adición muy feliz, aunque algo atrevida, y las aventuras del palacio de los Duques, donde el héroe llega al último extremo de su locura, el gobierno de Sancho en la isla Barataria, la bajada á la cueva de Montesinos, y la vision que en ella tuvo; la escena con el capitán de bandidos Roque Guinart y con Jinés de Pasamonte, el forzado y titiritero, así como la burlesca y caballeresca hospitalidad de D. Antonio Moreno en Barcelona; y por último, el vencimiento de Don Quijote en la misma ciudad, son cuadros admirables. Todos, en esta segunda parte, pero especialmente el colorido y la entonación, prueban que el tiempo y la acogida bien merecida del público sazonaron y robustecieron aun mas el buen juicio y profundo conocimiento de la naturaleza humana, que Cervantes manifiesta en todas sus obras, y que constituyen la parte principal de su ingenio, formado y educado entre las tormentas, disgustos y tristezas de una vida azarosa y agitada.

Pero, en ambas partes, ostenta Cervantes el impulso é instinto particular de su genio original y creador, principalmente en la pintura de los caracteres de D. Quijote y Sancho Panza; caracteres cuyo contraste encierra un fondo inagotable de gracia, y que puede decirse simbolizan el todo de la ficción. Son los dos personajes principales, y por consiguiente el autor se complace en tenerlos continuamente en escena: á medida que la historia adelanta, les va cobrando mayor cariño, y esto mismo le hace ponerlos despues en situaciones tan improvisadas y nuevas para él como para los lectores. El buen hidalgo, que al principio parece un remedo de Amadis de Gaula, se transforma lentamente en un personaje diverso, aislado, independiente, de noble y generosa índole, de sentimientos delicados, lleno de honradez y caballerosidad, y tan delicado á todo lo bueno y grande, que le cobramos el mismo afecto que le profesan el cura y el barbero, y casi nos unimos al sentimiento de su familia cuando esta lamenta su muerte.

Lo mismo, y quizá aun mas, sucede con Sancho: en un principio se presenta como opuesto á Don Quijote, y es de creer que solo aparece en la escena para hacer resaltar aun mas las extravagancias y rarezas de su amo; hasta que al llegar á la mitad de la primera parte, comienza ya á decir uno de aquellos refranes que despues forman el fondo de su conversacion y carácter; y solo al empezar la segunda ostenta aquella mezcla particular de agudeza y credulidad, de que da muestra en el gobierno de la ínsula barataria; pintura majistral que completa aquella figura con todas sus proporciones grotescas, á la par que propias y convenientes.

Cervantes llegó realmente á cobrar cariño á aquellas creaciones de su fértil ingenio, como si fueran entes materiales, hablando de ellos y tratándolos con una animacion é interés que contribuyen en gran manera á la ilusion de los lectores. Asi es que Don Quijote y Sancho, nos han sido presentados con tal exactitud, que el caballero alto, enjuto y entonado, y el escudero rechoncho, decidior y malicioso, existen y viven en la memoria de cuantos los conocen, mas fuertemente que ninguna otra creacion del talento humano. Los grandes poetas, Homero, Dante, Shakespeare y Milton, llegaron sin duda á mayor elevacion, y se pusieron mas en contacto con los atributos mas nobles de la naturaleza del hombre; pero Cervantes, escribiendo bajo la influencia natural y libre de su ingenio, reconcentrando instintivamente en su ficcion el carácter especial de todos los tiempos y de todos los paises, de los ignorantes como de los sabios; y está universalidad singularisima, le ha granjeado el tributo de admiracion y simpatías de la humanidad entera; recompensa que no ha alcanzado aun ningun otro escritor.

Dificil es creer, que cuando Cervantes acabó su obra, no estuviese bien persuadido de su indisputable mérito: hay ciertamente en el mismo *Don Quijote* trozos que revelan cuan completamente conocia su ingenio, sus inspiraciones y su vigor. Pero hay, por otra parte, tanto descuido, abandono y contradicciones en la obra, que al parecer manifiestan la indiferencia de su autor respecto á su triunfo en vida ó á su fama póstuma. El plan, que se puede presumir fundadamente alteró mas de una vez, miéntras escribia su libro, es vag, é inconexo; el estilo, aunque riquisimo en locuciones y frases castellanas, es descuidado é incorrecto, y los sucesos é incidentes que forman la fábula, llenos

de anacronismos, que en vano han querido conciliar con el asunto principal y los accesorios, Ríos, Pellicier y Eximeno.

Sin embargo, el libro que con tanto abandono é indiferencia arrojó Cervantes al mundo, y que debemos creer miraba mas como un esfuerzo para destruir el absurdo gusto, la necia afición que en su tiempo habia á los libros de caballerías, que como un trabajo serio, grave é importante, lo ha llegado á ser en grado eminente, y un aplauso público, jeneral, continuo é irrecusable, ha calificado su obra de primer modelo clásico en las ficciones de su especie, y uno de los monumentos mas notables del ingenio moderno. Pero, aunque esto baste para asegurarle eterna fama y gloria entre los hombres, Cervantes es todavía acreedor á mayor elogio en efecto, si queremos hacerle la justicia que mas grata hubiera sido á su corazón. si queremos gozar y comprender bien su inmortal *Don Quijote*, debemos recordar al leerlo, que esta agradable novela no fué fruto de sentimientos juveniles y ardientes, ni de una existencia tranquila y feliz, ni escrita en los mejores años del autor, en la flor de su ingenio, en la primavera de las ilusiones y de las esperanzas, sino que, á pesar de sus inagotables gracias, de la pintura animada que hace del mundo, de la confianza y amor que respira por la bondad y la virtud; se compuso á la vejez, cuando estaba ya próximo al término de una vida agitada y azarosa, llena de esperanzas frustradas, de infructuosas luchas, de calamidades y amarguras; que se empezó á escribir en una cárcel, y se acabó, cuando la mano de la muerte helada ya oprimia el corazón de su autor. Si pues, durante su lectura, tenemos presentes estas consideraciones, deberemos sentir y sentiremos la alta admiración y reverencia que se merecen el grande esfuerzo que creó el *Don Quijote* y el jenio y carácter del escritor; si lo olvidamos, seremos injustos con uno y con otro.—*Ticknor*.

II.

En el principio, *Don Quijote* no es mas que un loco, un loco rematado, un loco de atar, y sobre todo de apalearse, pues el pobre hidalgo recibe mas golpes de las bestias y de la jente que los que podria soportar el mismo espinazo de

Rozinante. Igualmente, Sancho Panza no es mas que un grueso palurdo de aldeano, tragándose, por interés y simplicidad, los estravíos de su amo. Pero, dura poco esto. ¿Hubiera acaso podido Cervantes quedar largo tiempo entre la locura y la bobería? Además, cobra cariño á sus héroes, á quienes llama *los hijos de su inteligencia*; pronto les presta su juicio, su ingenio, haciéndoles una reparticion igual y bien determinada. Al amo, da la razon elevada é ilustrada que puede enjendrar en un espiritu sano el estudio y la reflexion: al criado, el instinto limitado, pero certero, el buen sentido innato, la rectitud natural, siempre que no la perturba el interés, que todo hombre puede recibir al nacer, y que la comun esperiencia basta para cultivar. Don Quijote, no tiene ya enferma mas que una casilla del cerebro: su monomanía es la de un hombre de bien á quien escandaliza la injusticia y entusiasma la virtud. Sueña todavía en hacerse el consolador del aflijido, el campeon del débil, el terror del soberbio y del malvado. Sobre todo lo demás, raciocina á las mil maravillas, diserta con elocuencia; es *mas bien hecho*, como dice Sancho, *para ser predicador que para caballero andante*. Por su parte, Sancho ha dejado á un lado el hombre de antaño; se muestra fino aunque tosco, socarron aunque sencillote. Don Quijote no tiene ya mas que asomos de loco, él tambien no tiene ya mas que asomos de credulidad, que, por otra parte, justifican la inteligencia superior de su amo y el apego que le tiene.

Empieza entonces un admirable espectáculo. Vese á esos dos hombres, que se han hecho inseparables como el alma y el cuerpo, esplicándose, completándose el uno por el otro; reunidos para un fin á la vez noble é insensato; practicando acciones locas y hablando con cordura; espuestos al escarnio de la jente cuando no á su brutalidad, y poniendo de manifesto los vicios y las torpezas de aquellos que los escarnecen ó maltratan: promoviendo en el principio las burlas del lector, en seguida su compasion, y en fin su mas viva simpatía; consiguiendo enternecerle casi tanto como divertirle, proponiéndole á la vez entretenimiento y lecciones, y formando en último resultado, por el perpetuo contraste de uno con otro, y de ámbos con el resto del mundo, el inmutable fondo de un drama inmenso y siempre nuevo.

En la segunda parte del *Don Quijote*, sobre todo, es don-

de se muestra á las claras el nuevo pensamiento de su autor, madurado por la edad y esperiencia del mundo. En ella, se trata de caballeria errante solo lo suficiente para continuar la primera parte, á fin de que el mismo plan jeneral las reuna y las abraze. Pero, ya no es una mera parodia de los romances caballerescos; es un libro de filosofía práctica, una coleccion de máximas, ó mas bien de parábolas, una amena y juiciosa crítica del jénero humano todo entero. Ese nuevo personaje, introducido en el trato familiar del héroe de la Mancha, el bachiller Sanson Carrasco, ¿no es por ventura la incredulidad escéptica que se burla de todas las cosas, sin miramiento ninguno? Y, para preseytar otro ejemplo, ¿quién no ha pensado, al leer por primera vez esta segunda parte, que Sancho, revestido del gobierno de la *Insula Barataria*, iba á proporcionarle motivos para reirse? ¿Quién no ha creido que ese monarca improvisado no cometeria mas locuras en su lecho de justicia que Don Quijote en su penitencia de la Sierra-Morena? Era una equivocacion, y el juicio de Cervantes se remontaba á mucha mayor altura que el mero entretenimiento del lector, del que no se olvidó sin embargo. Quería probar, que esa ciencia tan ponderada del gobierno de los hombres, no es el secreto de una familia ó de una casta, que es accesible á todos, y que se precisa, para ejercerla convenientemente, cualidades mas preciosas que el conocimiento de las leyes y el estudio de la politica: buen sentido y buenas intenciones. Sin salir de su carácter, sin ultrapasar la esfera de su espíritu, Sancho Panza juzga y reina como Salomon.....

.....¿Para qué hacer la apolojia del libro de Cervantes? ¿quién no lo ha leído? ¿quién no lo sabe de memoria? ¿quién no ha dicho con Walter Scott, el mas entusiasta admirador de Cervantes, así como su mas digno rival, que es una de las obras maestras del espíritu humano? ¿Hay un cuento mas popular, una historia que mejor agrade á todas las edades, á todos los gustos, á todos los caracteres, á todas las condiciones? ¿No se tiene siempre ante la vista á ese Don Quijote, largo, delgado y grave; á ese Sancho, lerdo, rechoncho y chistoso; y la ama de aquel, y la mujer de este, y el cura, y el barbero, maese Nicolás, y la criada Maritornes, y el bachiller Carrasco, que sé yo, y todos los personajes de esta historia, incluso Rocinante

y el rucio, otra pareja de amigos inseparables? ¿Puede uno haber olvidado cómo está concebido este libro, cómo está ejecutado? ¿Puede uno no haber admirado la perfecta unidad del plan, y la prodijiosa diversidad de los detalles? ¿esta imaginación tan fecunda, tan pródiga, que sacia la curiosidad del mas insaciable lector? ¿el arte maravilloso con que se suceden y enlazan los episodios, que anima un interés siempre variado, siempre creciente, y que se deja entretanto sin rencor por el placer aun mas vivo de encontrarse otra vez en presencia de los dos héroes? ¿su concordancia y contraste á un mismo tiempo, las sentencias del amo, las agudezas del criado, una seriedad nunca pesada, una chanza nunca fútil, una alianza íntima y natural entre lo burlesco y lo sublime, la risa y la emoción, el entretenimiento y la moralidad? ¿Puede uno, en fin, haber dejado de sentir la amenidad y belleza de ese lenguaje magnífico, armonioso, fácil, revistiendo todos los matices y todos los tonos; de ese estilo, en que se encuentran todos los estilos, desde el cómico mas familiar hasta la mas majestuosa elocuencia, lo cual hizo que se dijese del libro, que era «divinamente escrito en una lengua divina»—*Luis Viardot.*

Job.

I.

■ ■ ■.—Hoy he leído el libro todo entero de Job, pudiendo convencerme de que no es la voz de un hombre, sino la de una época, y que el acento vibrante en tan palpitantes páginas, procede de lo mas recóndito de los siglos. Según la opinion admitida, el mundo se hallaba en su infancia, cuando la criatura humana se espresaba en tales términos; no obstante, todo indica en esta epopeya del alma, en este drama del pensamiento, en esta filosofía lírica, en este jemido elejiaco, la sabiduría melancólica de una época de madurez. ¡Cuántos años y cuántos siglos fueron necesarios para que la humanidad acumulase, removiese, escudriñase sus ideas latentes en lo mas íntimo de su ser, si se considera la profundidad de las conclusiones metafísicas sobre las miserias de la destinación hu-

mana y los misterios de la Providencia divina, que contiene este monumento poético!

¿Quién podrá admitir que, desde luego y al abrir la boca, al primer gemido del alma, haya hablado el labio humano á la vez como hombre y como Dios? ¿Cómo pudo suceder que este primer grito del corazón, que estalla y revienta de cólera, de dolor, de plenitud; que este primer rujido de la fibra del león, atormentado por la suerte, haya podido aventajar á todo cuanto pudo producir en nuestros días el arte más esperto en lo relativo al pensamiento y estilo? ¿En dónde pudo hallar Job su ciencia de la naturaleza, su experiencia de las cosas humanas, su consancio de vivir, ese suicidio de la desesperacion, sino en el tesoro de nuestras miserias y lágrimas, acumulado durante siglos en un abisino escavado por el tiempo en época antiquísima?

Si, de un modo especial, llegó á pintar algun libro la poesía senil, el desaliento, la amargura, la ironía, la recriminacion, la amarga queja, la impiedad, el silencio, la postracion seguida de la resignacion, esto es, la impotencia que se cambia forzosamente en virtud, y mas adelante ese consuelo que, mediante la piedad divina, levanta al ánimo abatido, seguramente es el libro de Job, ese sublime diálogo consigo mismo, con sus amigos, con Dios, escrito por el Platon lírico del desierto.

No consta de un modo exacto, en qué lugar, y, sobre todo, en qué tiempo llegó á brotar de la humana fibra ese poema, ó si se quiere, esa historia. Muchos la atribuyen á Moises; pero, segun el testimonio de la misma Biblia, no era elocuente ni poeta el caudillo hebreo, sino hombre de Estado, historiador y lejislador, mientras que Job se expresa en el idioma de mas acendrada poesía que hizo vibrar el humano labio. La elocuencia y la poesía fundidas en un solo chorro é indivisible en los gritos del hombre, presiden á la palabra del patriarca de Hus, que narra, discute, escucha, responde, interpela, se irrita, apostrofa, inyectiva, ruje, estalla, canta, solloza, escarniza, implora, reflexiona, se juzga, se arrepiente, se aplaca, adora, se cierne, se mece en las alas de su religioso entusiasmo, domoñando sus punzantes cuitas y justificando en el fondo de su desesperacion á Dios contra sí mismo, cuando dice:

«Está bien». Tal se nos muestra el Prometeo de la palabra, elevado al cielo vocinglero y ensangrentado en las garras mismas del huitre que le roe el corazón; tal se nos muestra la víctima llegada á ser juez por la impersonalidad sublime de la razón celebrando su propio suplicio, arrojando al cielo, como el romano Bruto, gotas de su propia sangre, no como insulto, sino como libación al Dios de justicia.

Así, pues, Job no es un hombre, sino la humanidad entera; y una raza que puede sentir, pensar y expresarse con tal acento, es realmente digna de trocar su palabra por la palabra sobrenatural y dialogar con su Creador.

Tales son las notas que apuntó mi propia mano en las márgenes de una Biblia de familia, notas que me ciño á copiar y transmitir intactas á mis lectores.

II.

En el día continúo, analizo y cito:

«Había un hombre en la tierra de Hus, llamado Job. Este hombre era justo.»

Aquí vemos un cuadro patriarcal y pastoral de la opulencia, consideración y dicha doméstica de ese varón justo y venturoso: despues, en algunas estrofas rápidas como el desmoronamiento de una casa, ó de una tienda que repentinamente se desploma, vemos á los pastores y rebaños del árabe poderoso, arrebatados por los enemigos de su estirpe; las nubes, preñadas del rayo, incendian sus cosechas, los Caldeos matan sus camellos, el simun, viento del desierto, derriba su pabellon sobre su prole y la sofoca durante un festin. El patriarca desgarrá sus vestiduras y se afeita la cabeza en señal de luto, pero no acusa al Dueño del bien y del mal, sino se prosterna y lo adora.

«Desnudo salí del seno de mi madre la tierra, y desnudo volveré á ella. Dios me lo dió todo, Dios me lo quitó. Hágase siempre su voluntad, y bendito sea eternamente su nombre.»

Tal habla el sabio, tal habla el varón pio y prudente; mas no tarda en volverse á mostrar el hombre de arcilla, de carne y sangre, pues no se siente el dolor en el momento mismo del golpe, sino en el rechazo ó repercu-

sion de este, y para todo se requiere tiempo, aun para el suplicio. El de Job se agrava, y el patriarca enferma y desfallece, tendido en una pajaza infecta ó inuladar hediondo, como animal inmundo, objeto de asco y horror para su propia mujer, quien lo apostrofa, diciéndole:

«Morid de una vez;»

pero su piadoso estoicismo sobrevive á este ultraje.

«In-ensatos sois, les dice: ¿á qué fin morir? Si hemos recibido los bienes de la mano de Dios ¿por qué no recibiremos con el mismo respeto los males?»

Pero, sus amigos lejanos, noticiosos de su ruina y de las purulentas llagas que su cuerpo consumen, no tardan en llegar para contemplar á esa gran victima de la suerte, deseosos de consolarla y alentarla. A la manera de los árabes, se sientan en torno del abatido Job, y horrorizados al ver sus úlceras, permanecen siete dias y siete noches sin despegar los labios y sumidos en el mas lúgubre silencio. Su presencia, su silencio, su fisonomía, debian de ser para Job un espejo en el cual se reflejaban sus miserias, cuya contemplacion exterior debia ser mas terrible que cuanto le sujeria su propio ánimo, pues, incapaz de resistir, prorrumpe en un primer jemido que parece arrasar los diques de su alma, si bien no pasa de un grito de dolor la esplosion repentina. Nosotros mismos tradujimos esas mismas lágrimas de Job en versos bien debilitados como acento, é indignos del modelo; pero, hay que considerar, independiente de la distancia del tiempo, que la flaqueza del escritor se agregaba á la impotencia de la lengua.

«¡Ah! perezca para siempre el dia que me vió nacer. ¡Ah! aniquilada perennemente sea la noche en que fui concebido, el seno que me dió el ser y las rodillas que me recibieron; borraré Dios para siempre dia tan nefasto del cómputo del tiempo, y, eternamente oscurecido con la sombra de la muerte, nunca vuelva á contar entre los dias, como si nunca hubiera existido.

«Actualmente, quisiera dormir aun en el olvido, y acabar mi sueño en esa larga noche desprovista de aurora, con esos conquistadores que devora la tierra, con el fruto concebido que muere antes de despuntar á la luz y nunca vió el sol.

«Mis dias declinan como la sombra, y en vano me esfuerzo en precipitarlos; oh! Dios mio! cercenadlos del nú-

mero de los soles que contar debo! El aspecto de mi larga desgracia aleja, repele, importuna á mis hermanos cansados de mis males; y en vano me dirijo al grupo de mis amigos, cuya piedad me escapa y se escurre como la onda en la pendiente de los collados.

«Tal como una nube que pasa, se ha desvanecido mi primavera, ni jamas verán mis ojos los vestijios de cuantos bienes llegué á gozar. Arrancado de la tierra por el aliento iracundo de los vientos embravecidos, voy á un paraje del cual no me es posible volver. Mis valles, mi propia habitacion, y este mismo ojo que llora, nunca volverán á ver mis pasos.

«El hombre vive un solo dia en la tierra entre la muerte y la pena, y de miserias saciado, cae en fin como la flor. Pero, á lo menos, regada por el rocío, la raiz de las flores puede reverdecer lozana un momento; mas despues de la vida, el hombre es un lago cuyas aguas se escurren, y en vano las busca el viajero en el exhausto cauce.

«El soplo del furor divino derrite mis dias como la nieve, y limita mi esperanza que fluye como el agua por los dedos. Abrid mi último asilo para que pueda en las tinieblas hallar un lecho tranquilo do repose mi dolor. ¡Oh sepulcro, mi padre sois! ¡mi madre sois, podredumbre, y hermanos míos, oh gusanos!

«Pero los dias afortunados del impío no se eclipsan por la mañana, y tranquilo prolonga su vida con la sangre del huérfano. Sus raices á lo lejos se estienden, su familia cubre á Segor como un rebaño en las colinas: mas adelante, en un rico mausoleo se halla reclinado en el valle, y parece que vive aun.

«Tal es el secreto de Dios que adorar me toca en silencio. La mano divina trazó la senda de la aurora, pesó el océano, suspendió los cielos. A los ojos del Altísimo, desnudo comparece el abismo, y el mismo infierno se muestra desprovisto y sin velo. ¿Qué soy yo á los ojos del omnipotente que formó la tierra y diseminó las estrellas del firmamento?»

Provocados por este largo sollozo del paciente, los amigos de Job le prodigan esos consuelos, que no pasan de recriminaciones, y humillan al hombre desdichado, en lugar de asociarse á sus lloros.

Bajo su simulada piedad, siente Job el ultraje, y el patriarca aboga por su propia causa con un sentimiento algo orgulloso de su inocencia, alegando la desproporcion entre sus culpas, si es delincuente, comparadas al castigo que lo agobia. Sus palabras contienen las primeras represalias del hombre contra Dios.

«Si, dice, he pecado, pero pluguiese á la voluntad divina que las culpas que me atraieron la ira de mi juez, fuesen pesadas en la balanza con lo que sufro. El peso de mis tribulaciones excederia á la arena del mar. Así no es de extrañar que mis palabras se hallen impregnadas de mis gemidos. ¿Os figurais que me quejo por el placer de quejarme? ¿Ruje acaso de privacion el asno que pasta en el desierto en medio de la yerba de las colinas, ó muje el toro de hambre cuando se hallan sumidas sus pezuñas hasta las rodillas en pingües y espesos pastos? ¡Oh! ¿Por qué no me concede Dios lo que deseo? Acábeme de romper, pues empezó á torcerme; estienda su mano y arránqueme, como la yerba.»

Su paciencia lo abandona y no puede menos de exclamar:

«¿Soy yo acaso de piedra y es de bronce mi carne?»

Con imágenes sublimes afea á sus falsos amigos la dureza de sus corazones y su conmiseracion acusadora.

«¿Acaso os rogué que vintieseis?»

Vuelve á enternecerse de nuevo al conocer su propio suplicio, y suavizando sus propias imprecaciones, no puede menos de compadecerse de sí mismo, procurando despertar la compasion de sus propios acusadores.

Estos replican por banalidades de sensatez vulgar, tan fáciles en la boca del hombre dichoso que apostrofa al miserable. El diálogo se anima y se enardece.

«Tú hablas como la tempestad;» le dicen.

El mismo Job procura moderarse y hablar el lenguaje de sus supuestos amigos, á fin de que no presten sus palabras á la censura. Su filosofia es sin tacha, y fácilmente se comprende que sofoca interiormente el grito y comprime su corazon entre sus manos. El patriarca suspira una elejia planidera sobre las miserias é instabilidades terrestres.

«El hombre nacido de la mujer, vive un número reducido de dias y se arrastra repleto de penas. La criatu-

ra mortal brota como la yerba pisada por los transeuntes, escurriéndose como el agua, deslizándose como la sombra. ¿Acaso es digno de vos, Señor, fijar vuestra vista en esa nulidad llamada hombre, y establecer un juicio entre vos y ese reptil rastrero? Retiraos á lo menos algun tanto de mí, hasta que venga mi hora postrera como la hora en que recibe su salario el mercenario. ¡Ah! el árbol cortado no pierde toda esperanza, pues puede vejetar y florecer de nuevo; y aun cuando se hallan secas bajo el polvo sus raices, la humedad del agua puede volverle su savia y hacer retoñar sus hojas como en el dia en que fué plantado por primera vez. Pero ¿dónde está el hombre, cuando el cadáver yace putrefacto y por el polvo oculto? Exhausto como un lago, seco á fuer del cauce de un rio cuyas ondas evapora el sol, la criatura humana nunca volverá á despuntar á la luz. ¿Pensais acaso que reviva el hombre una vez difunto? »

Esta interrogacion terrible nos muestra la duda terrible que comienza á blasfemar, el sentimiento de la inmortalidad pronto á desvanecerse y el ateismo rodando en torno de la desesperacion. Los amigos lo interrumpen acusándolo de impiedad, de escándalo y apostrofando severamente al blasfemador. Pero, Job los escucha con ese desprecio que confiere el exceso del tormento, como la última superioridad del hombre sobre la desgracia.

« Y yo tambien he oido á menudo pláticas semejantes, les dice. Mudaos, que vuestros consuelos me pesan; yo podria tambien hablar como vosotros, si en vuestro lugar estuviese y vosotros en el mio. »

El furor lo arrebató.

« ¡Tierra, no cubras mi sangre, ni ahogues mi grifo! »

Luego, osa emitir amargas censuras contra los decretos divinos.

« ¿Por qué el hombre no puede entrar en juicio con Dios como con su igual? esclama. ¿Por qué viven los impíos en la opulencia? Numerosos como sus reses, sus nietos salen como rebaños de sus tiendas, y sus hijos se regocijan al ver sus juegos. Entre los hombres, unos mueren llenos de dias, ricos y dichosos, mientras que otros en la amargura del alma sin haber gustado bien alguno; y no

obstante, todos duermen á la vez en el polvo, y los gusanos surcan igualmente sus cadáveres.»

El delirio enardece al acongojado varon, que opone á sus amigos la prosperidad del malvado, sin atreverse á concluir, si bien insinua la indiferencia de Dios y por consiguiente el ateismo. Su sátira sangrienta contra la humanidad se eleva hasta el Criador de esta misma humanidad, cómplice de lo que no castiga en este inundo.

Pero de repente, y como para lograr de Dios y sus amigos el perdón de sus blasfemias, cambia de nota y exhala el himno mas inspirado y majestuoso que balbucearon los labios humanos al Omnipotente.

« ¡Cómo! esclama, ¿á quién pretendéis vituperar? ¿Acaso á quién os dotó de la vida y la palabra? En presencia del pensamiento, palpitan las tinieblas de la muerte y se estremece el piélago profundo con todos los habitantes que bullen y ahijan en sus abismos recónditos. La mano omnipotente sostiene y estiende la bóveda de los cielos sobre el vacío, hace flotar la tierra sobre la nada, condensa las aguas sobre las nubes, etc. »

Despues, como si se arrepintiese de haber degradado en demasia al hombre, pondera sus artefactos industriales, cuya enumeración atestigua que ya en aquella época habia trasformado al globo el trabajo. Al mismo tiempo el patriarca diviniza la intelijencia, ó lo que denomina sabiduría del hombre.

« Hay un lugar en que se forma la plata, y un retiro está depositado el oro.—El hierro procede del seno de la tierra, y el bronce se halla pegado á la rocá.—El hombre hace retroceder los confines de las tinieblas, y descubre hasta esas piedras tenebrosas que circundan las sombras de la muerte.—En las montañas, que jamas vieron impresas las huellas de sus pasos, ahueca valles y se sepulta hasta las entrañas de la tierra.—Esta tierra coronada de cosechas, se halla despedazada interiormente por un incendio.—Allí, medra el zafir, allí, se forma el oro.—A ningun ave cupo conocer esas rutas, que ni aun llegó á apercibir el ojo del buitrè.—Los animales agrestes las ignoran, y nunca penetran en ellas los leones.—El hombre hiende los peñascos y derriba las montañas hasta su raíz, abre un paso al traves de la piedra, descubre sus tesoros.

mas recónditos, detiene su carrera y muestra á la luz la profundidad de su cauce.

« Pero, ¿quién podrá hallar la sabiduría? ¿Dónde existe la morada de la inteligencia? La criatura humana desconoce su precio, pues no existe en la historia de los vivos. El abismo dice: No es mio, y el mal grita: no la conozco. No se compra á peso de oro, ni se logra su posesion con la plata mas pura. Superior al ónice y al zafir, aventaja en valor al oro de Ofir. Nada valen á su lado el cristal, ni la esmeralda, ni las joyas mas preciosas. El coral y el beril se desvanecen en su presencia, y su valor escede al de las perlas del mar. No admite comparacion con el topacio de Etiopía, ni puede ser trocada por los tejidos mas finos.

« ¿De dónde viene la sabiduría? ¿Dó mora la inteligencia? Oculta se halla á los mortales y á las aves del cielo. El infierno y la muerte dijeron: Hemos oido hablar de don tan precioso; mas Dios solo conoce sus vias, y solo sabe donde habita el ser omnipotente, cuya mirada llega á la estremidad de la tierra y contempla todo lo que existe bajo los cielos. Cuando pesaba la fuerza de los vientos y media las aguas del abismo; cuando daba leyes á la lluvia é indicaba el camino al rayo y á las tempestades; entónces vió la sabiduría, entónces mostró ese tesoro inestimable contenido en su ser, cuya profundidad solo cupo sondear el Todopoderoso. El Altísimo dijo al hombre: Temer al Señor, tal es la sabiduría; huir el mal, tal es la inteligencia. »

Por una reminiscencia natural, un regreso sobre sí mismo lo interna en la contemplacion de su juventud y de su felicidad pasada, de la cual traza un cuadro embellecido por la distancia y el pesar.

« Y ahora, dice, soy el escarnio y ludibrio de los hijos, cuyos padres mendigaron un lugar entre los guardianes de mis rebaños. »

Escandalizado por su degradacion y pervertido por la consideracion de su miseria, se hincha al recordar su propia virtud.

« ¿Qué se atreva el mundo á acusarme, prorumpo con orgullo; qué me responde el Todopoderoso? »

« ¡ Oh Job, detente! »

Esclaman sus amigos espantados de su blasfemia, pero sus discursos son insuficientes para cerrar los labios del agriado delincuente, cuando el Soberano interlocutor, el mismo Dios, bajo la forma de una inspiración sagrada é irresistible, interviene en el diálogo y todo lo confunde: amigos, enemigos, orgullo, murmuración, duda, queja, blasfemia y al poeta mismo, bajo la majestad fulminante de la palabra interior que, en el seno de Job ruje. Los hombres en efecto no poseen acentos semejantes, y al lado de este poeta del desierto, de este bardo de los tiempos primitivos, pálidos y enervados se muestran Sócrates, Platon y Ciceron.

«¿Quién oscurece la sabiduría por insensatos discursos? Ciñe tus lomos como un guerrero, y respóndeme cuando yo te pregunte.

«¿Dónde estabas tú cuando estableció mi mano los cimientos de la tierra? Dímelo, si tienes inteligencia para ello? ¿Quién tomó esas medidas? ¿Lo sabes acaso? ¿Quién estendió el cordel sobre la tierra? ¿Dó se hallan afianzadas sus bases? ¿Quién depuso la piedra angular, cuando cantaban mis loores todos los astros matutinos y embriagaba el júbilo á los hijos de Dios? ¿Quién contuvo al mar en sus diques, cuando rompía sus vinculos como el niño que sale del seno de su madre? ¿Dónde estabas tú cuando yo rodeaba al piélago de nubes como de un vestido que cubre el cuerpo, y lo envolvía en las tinieblas como el recién nacido en los pañales? Yo fui quien le señaló sus límites, yo fijé sus puertas y barreras. Yo fui quien le dije: Hasta aquí llegarás sin ir mas lejos, y aquí quebrantarás el orgullo de tus olas.— ¿Eres tú quien desde que viniste al mundo, mandas comparecer á la estrella de la mañana é indicas á la aurora el lugar en que debe nacer? ¿Eres tú quien alumbras las estremidades del universo, y cuya luz disipa á los impíos? La tierra, como blanda arcilla, adquiere nueva faz y ostenta nuevo vestido. ¿Quitarás tú la luz á los impíos? ¿Quebrantarás tú sus brazos ya levantados? ¿Has penetrado acaso en la profundidad de los mares? ¿Has caminado en el seno del abisino? ¿Se han abierto á tu presencia las puertas de la muerte? ¿Ha divisado tu vista la entrada de las tinieblas? ¿Has considerado la estension de la tierra? Habla, dímelo, si lo sabes. ¿Cuál

es la ruta de la luz y el lugar de las tinieblas? ¿Te hallas en estado de conducir las á ámbas á su destinacion, ó de comprender la voz de su respectiva morada? Seguramente sabias tú que debias nacer, y te constaba de antemano el número de los dias de tu vida.—¿Has penetrado en el receptáculo de la nieve, ó llegaste á ver los tesoros del granizo que preparé para el dia de la desolacion, de la guerra y del combate? ¿Te consta acaso por qué vias se esparce la luz, y por qué camino invade á la tierra el Aquilon? ¿Quién abrió un desagüe á los torrentes de las nubes; quién trazó los surcos del rayo? ¿Quién vertió la lluvia en los campos áridos, en el desierto do no habita mortal alguno, para apagar la sed de las angustiadas tierras y hacer jerminal la yerba de los prados? ¿Quién la lluvia formó? ¿Quién las gotas del rocío? ¿De dónde salió el hielo? ¿Quién produjo la escarcha? Las aguas se endurecen como la piedra, y la superficie del abismo se afianza. ¿Podrás tú acercar las Pleyadas, ó dispersar las estrellas de Orion? ¿Convocarás tú á su tiempo á los diferentes signos que se muestran en el cielo, á la Osa y su brillante raza? ¿Conoces tú el órden del espacio cristallino y su influencia en la tierra? ¿Podrá llegar tu voz hasta las nubes y precipitar torrentes de aguas? ¿Partirá á tu voz el rayo y podrá decirte á su regreso: aquí estoy? ¿Quién prescribió leyes á su marcha irregular? ¿Quién dió intelijencia á los metéoros? ¿Quién podrá contar las nubes y hacer bajar las aguas del cielo, cuando se vuelve dura la tierra como el granito y no hay medio de destripar los terrones? ¿Eres tú quien ofreces su pasto á la leona y sacias á sus cachorros, cuando reclinados en sus cavernas asechan su presa desde el fondo de sus cubiles? ¿Eres tú quien preparas al cuervo su alimento, cuando se hallan dispersos sus hijuelos y acosados por el hambre, claman al Señor? ¿Eres tú quien engalanas al pavon con su pintado plumaje de colores mil, quien coronas á la garza con su vistoso penacho y das sus alas ligeras al avestruz? El ave del desierto abandona en la tierra sus huevos que debe calentar la arena, olvidando que tal vez serán pisados ó estrellados por animales agrestes. Insensible para su posteridad como si no existiese, no teme que inútil sea su postura, pues Dios le privó de sa-

biduria y le negó la inteligencia. Pero, cuando llega el tiempo y levanta sus alas, se bur'a del caballo y caballero. ¿Eres tú quien das sus fuerzas al corcel espumante y eriza su cuello de movedizas crines? ¿Eres tú capaz de hacerlo saltar como la langosta? Su aliento difunde el terror, su casco escarba la tierra, y el valeroso animal, enardecido de orgullo, corre en busca del peligro, arrostrando la cuchilla y burlándose del pavor. Sobre su cuerpo resuena el son de la aljaba, brilla la lanza llameante y el venerable chispea. El animal hierve, se estremece, devora la tierra. Apenas respira el agrio son del clarín, cuando esclama: ¡Vamos! Y de lejos, respira el combate, la voz de los caudillos que como el trueno retumba, y el estrépito fragoroso de las armas. — ¿Acaso requiere tus órdenes el gavilán para hendir el aire y extender sus alas en la dirección del mediodía? ¿Aguarda tu voz el águila para elevarse hasta las nubes y colocar su nido en la cima inaccesible de las rocas? »

Entonces respondió Job al Omnipotente, diciendo:

«¿Qué puedo contestar yo al Señor, siendo como soy, una criatura llena de flaqueza á quien solo cabe el derecho de adorar en silencio? Demasiado hablé, y no quiero agravar mi culpa con nuevas palabras.»

A la sazón, habló de nuevo el Señor á Job de en medio del torbellino:

«Ciñe tus lomos como un guerrero, y respóndeme cuando pregunte:

«¿Te atreverás á negar mi justicia y me condenarás para justificarte? ¿Acaso iguala el mío tu brazo, y truena tu voz como la mía? Rodéate de grandeza y magnificencia, revístete de gloria y majestad. Esparce la cólera sobre el orgulloso, y haz de modo que una sola de tus miradas derribe al soberbio. Arroja tus ojos sobre los impíos, y sean confundidos estos; húellalos en el paraje de su gloria. Ocúltalos en el polvo, desfigura su cuerpo en el sepulcro. Entonces confesaré yo que tu brazo tiene el poder de salvar.»

Entonces, respondiendo Job al señor, dijo:

«Yo sé que todo lo podeis, y que ningún pensamiento puede ocultarse á vuestros ojos. ¿Quién es el mortal insensato que osó oscurecer la sabiduría con insensatos dis-

«cursos? Sí, yo quise explicar maravillas que no acertaba á comprender, y prodijos que escedian á mi intelijencia. Inspiradme, vos, Señor, y me atreveré á hablar. Permittedme que os pregunte y comprenderé la sabiduría. Mis oídos habian oido hablar de vos, pero ahora los ojos de mi alma os contemplan. Sí, me acuso, me anonado en vuestra presencia, y quiero espiar mi temeridad en el polvo y las cenizas.»

Así, todo al silencio regresa, todo vuelve á su primitivo lugar en el ánimo del poeta árabe; y á la voz de Dios, cuyo eco es su propia palabra, la luz al caos inunda. En vano grita el dolor, murmura el orgullo, duda la desesperacion, argumenta la impiedad, blasfema el delirio, discurre la hipocresia, tropieza la razon, llega el hombre hasta negar ó condenar á Dios; Dios negado, pero indestructible, se levanta y hace hablar á la conciencia por su propia voz; la creacion entera protesta, la omnipotencia visible atestigua la justicia invisible, el hombre se confunde y vuelve á la vez á su nada y á su inmortal esperanza. El poema empezado como una narracion, proseguido como un drama, dialogado como una argumentacion, cantado como un himno, llorado como una elejia, vociferado como una blasfemia, fulminado por un destello sobrenatural de luz, acaba por un acto de adoracion como todo debe acabar entre el hombre y Dios.

Esta lectura deja en el alma el prolongado resonar del rimbombante bronce suspendido entre el cielo y la tierra, en el cual el golpe del divino martillo hace retumbar la escala cromática y diatónica de las grandezas, pequenezes, penas de espíritu, miserias de cuerpo, felicidades, tristezas, esperanzas, murmullo, blasfemia, desesperacion, consuelo humano; retumbo, cuyas vibraciones, prolongadas en el aire inmóvil mucho despues del golpe, se confunden para siempre con las respiraciones y el pensamiento. En una palabra, este episodio colosal parece una página arrancada á un poema sobrehumano, escrito por algun gigante del pensamiento, en la época que todo era desconunal en el mundo; ó, si se quiere, se muestra como una roca inmensa de Balbec, cuyo titánico volúmen induce al viajero á preguntarse, qué mano humana fué capaz de remover tan impotente mole y tal conjunto de ideas...; Misterio! — *Lamartine.*

Alfredo de Musset.

12.— . . . ¿Leerle? — Lo sabemos todos de memoria. Ha muerto y nos parece que todos los días le oímos hablar. Una conversacion de artistas que chancean en un taller, una bella señorita que se inclina en el teatro al borde de su palco, una calle lavada por la lluvia donde lucen los empedrados ennegrecidos, una fresca y risueña mañana en los bosques de Fontainebleau, nada, nada hay que no nos lo presente vivo por segunda vez. ¿Hubo jamás una voz mas sincera y vibrante que la suya? A lo menos, él no ha mentido jamás. No ha dicho sino lo que sentia, y lo ha dicho como lo sentia. Ha pensado en voz alta. Ha hecho la confesion de todos. No se le ha admirado; se le ha amado; era mas que un poeta, era un hombre. Cada uno encontraba en él sus sentimientos, aun los mas íntimos y fujitivos; se abandonaba, se daba, tenia las últimas virtudes que nos quedan, la jenerosidad y la sinceridad. Y tenia el mas precioso de los dones que pueden seducir una civilizacion envejecida, la juventud. ¿Cómo ha sabido hablar de « esa ardiente juventud, árbol de áspera corteza que cubre con su sombra los caminos y los horizontes! » ¿Con cuánto arrebató ha lanzado y entrechocado el amor, los celos, la sed del placer, todas las impetuosas pasiones que suben con las olas de una sangre virjen desde lo mas profundo de un jóven corazón! ¿los ha sentido alguno con mas intensidad? Estaba lleno de ellos, se ha entregado á ellos, se ha embriagado con ellos! Se lanzó al través de la vida como un caballo de raza encabritado en el campo, y al cual el olor de las plantas y la magnífica novedad del vasto cielo precipitan de lleno en una furiosa carrera que se estrella en todo y lo quebranta al fin. Pidió demasiado á las cosas; quiso de un solo rasgo, ásperamente, ávidamente, saborear toda la vida; nó la recojió, no la gustó; la arrancó como un racimo, y la esprimió; la machucó, la retorció; y quedó con las manos sucias y tan sediento como antes. Entonces exhaló un sollozo que ha resonado en todos los corazones. Qué ¡tan jóven y ya tan cansado! Tantos preciosos dones, un espíritu tan fino, un tacto tan delicado, una fantasia tan movible y tan rica, una gloria tan precoz, una irradiacion tan súbita de belleza y de

jenio, y al mismo tiempo las angustias, el hastío, las lágrimas y los gritos! ¡qué mezcla! Con el mismo jesto adura y maldice. La eterna ilusion, la invariable esperiencia están juntas en él para combatirse y desgarrarse. Se convierte en viejo y permanece jóven ¡es poeta y es escéptico! La musa y su belleza pacifica, la naturaleza y su fréscura inmortal, el amor y su bienhechora sonrisa, todo el enjambre de las visiones divinas pasa apenas delante de sus ojos, cuando se le presentan ya entre las maldiciones y los sarcasmos, todos los espectros del libertinaje y de la muerte. Como un hombre, en medio de una fiesta, que bebe en una copa cincelada, de pié, en el primer lugar, entre los aplausos y la música, con los ojos risueños, con la alegría en el fondo del corazon, enardecido y vivificado por el vino jeneroso que baja á su pecho, — ¿á quien súbitamente se vé palidecer! ¡Habia veneno en el fondo de la copa! Caé y respira violentamente, sus piés convulsos golpean las sedosas alfombras, y todos los convidados le miran con asombro. Hé ahí lo que hemos sentido el dia en que el mas amado, el mas brillante de entre nosotros, ha palpitado de repente con un ataque invisible, y se ha caido hipeando fúnebremente entre los esplendores y las alegrías engañadoras de nuestro banquete!

Y bien, así como era, le amamos siempre; no podiamos escuchar á otro; á su lado todos nos parecian frios ó mentirosos. Salimos á media noche del teatro en que él escuchaba á la Malibran, y entramos en esa lúgubre calle de los Molinos donde, sobre un lecho pagado, ha venido su Rolla á dormir y espirar. Los faroles arrojan reflejos vacilantes sobre los empedrados. Sombras inquietas avanzan de las puertas y arrastran sus vestidos de seda ajados, para buscar á los transeuntes. Las ventanas están cerradas; una que otra luz pasa al través de un postigo mal cerrado y muestra alguna dalia muerta en el asiento de una ventana. Mañana un organillo ambulante rechinará delante de esos vidrios, y las nubes descoloridas dejarán sus rezumos en esas paredes sucias. Qué! ¿de este humilde lugar es de donde ha salido el mas apasionado de los poemas? ¿son esas fealdades y esas vulgaridades de barro y de casa de huéspedes las que han hecho manar esta divina elocuencia? ¿son ellas las que en este momento han amontonado en ese corazon marchito todas las magnificencias de la naturaleza y de la historia, para hacerlas brotar en una

luz resplandeciente y brillar bajo el mas ardiente sol de poesia que existió jamás? La compasion se despierta; pensamos en ese otro poeta que allá, en las islas de Wight, se divierte en rehacer epopeyas perdidas. ¡Cuán feliz es entre sus bellos libros, sus amigos, sus madre-selvas y sus rosas! No importa. El otro, en este mismo lugar, en este fango y en esta miseria, ha subido mas alto. De lo alto de su duda y de su desesperacion, ha visto el infinito como se vé el mar de lo alto de un cabo batido por las tempestades. Las relijiones, su gloria y su ruina, el jénero humano, sus dolores y su destino, todo lo que hay de sublime en el mundo se le aparece entonces en un relámpago. Ha sentido á lo menos esta vez en su vida, esa tempestad interior de sensaciones profundas, de sueños jigantescos y de voluptuosidades intensas cuyo deseo le hizo vivir, y cuya falta le hizo morir. No ha sido un simple *dilettante*; no se ha contentado con probar y gozar; ha impreso su sello en el pensamiento humano; ha dicho al mundo lo que es el hombre, el amor, la verdad, la felicidad. Ha sufrido pero ha inventado; ha desfallecido, pero ha producido. Ha arrancado desesperadamente de sus entrañas la idea que habia concebido, y la ha mostrado á los ojos de todos, sangrienta pero viva. Esto es mas dificil y mas bello que ir á acariciar y contemplar las ideas de los demas. No hay en el mundo mas que una obra digna de un hombre, la jeneracion de una verdad á la cual nos entregamos y en la cual creemos. — *Enrique Taine.*

La Ristori en Medea.

13.—Cuando las impresiones nuevas, terribles y multiplicadas del cuadro á que asistimos dejan el espiritu aturrido y el corazon lleno de indefinibles palpitaciones, no es por cierto semejante momento el aparente para analizar con claridad lo que pasa dentro y fuera de nosotros mismos.

Las grandes impresiones no encuentran su elocuencia en las frases.

El dolor intenso, la alegría infinita, el amor supremo, el entusiasmo vertiginoso, no tienen palabras, sino gritos.

Estallan, no hablan.

Para hablar es necesario salir del imperio de las emociones, sacudir la fascinación poderosa, hacernos dueños, en fin, de nuestro ser embargado, y esto es difícil que suceda cuando se trata del espectáculo á que hemos asistido en la noche del miércoles.

Un gran pintor de la Grecia, trazando el sacrificio de la hija de Idomeneo, representó vuelta de espaldas la figura del padre y sacrificador.

Consideraba que el pincel era impotente para reproducir aquella situación inaudita del espíritu, dibujada en los rasgos de un semblante humano; y dejaba que el alma de cada uno terminase el cuadro incompleto.

Una columna en blanco es tal vez el único lenguaje cuando no puede reproducirse la impresión y la multiplicación de lo sublime que quita toda personalidad á los espectadores para convertirlos en satélites arrastrados sin voluntad donde los lleva la voluntad del genio.

Pero el público no se contenta con páginas en blanco.

A nosotros el deber de llenarlas, aunque sea violentando las leyes de la sensación y cambiando con dolorosa violencia el mágico prestigio que aun nos envuelve en su atmósfera poderosa.

Medea fué algo más que la interpretación sublime de un gran rol.

Adelaida Ristori ha sido antenoche, para el pueblo de Buenos Aires, la revelación de lo desconocido ó más bien la realización de lo ideal que está en todos los espíritus y de que apenas encontrábamos en el mundo exterior una traducción trunca ó un fragmento deforme.

Adelaida Ristori es para nosotros la *revelación de la tragedia*; pero la revelación grande, absoluta, completa, perfecta y evangélica, si puede usarse esta palabra para expresar la grandeza y la verdad típica que no admiten más allá.

Su frente alta parece dar un límite sobrehumano al pensamiento. Sus ojos están preñados de relámpagos. Su boca parece aspirar atmósferas superiores. Su ademán tiene la majestad olímpica. En su voz vibran todos los tonos, desde las notas varoniles del imperio, desde el grito salvaje de la pasión furiosa, hasta la modulación suavísima empapada en las lágrimas tibias de la ternura.

La Ristori no es una actriz, ni una mujer simplemente. Es la musa fatídica de la Tragedia.

Es la Melpómene antigua con su manto azul y su túnica de largos pliegues, calzando el trágico coturno y apoyada en la diestra, armada del puñal, sobre los altares de Tracia.

Su actitud y juego escénico es el esfuerzo sublime del arte que se esconde á sí mismo para hacerse olvidar y confundir con la verdad.

Tómese una actitud cualquiera de la Ristori.

Sea que ella abrumie con su desprecio como cuando Yason le ofrece hacerla partir en una nave cargada de tesoros ;

Sea que estienda su brazo para fulminarle con la acusacion de parricidio ;

Sea que caiga desesperada al pié de los altares de Saturno ;

Sea que en la reaccion del dolor á la venganza, medite, al levantarse de sus gradas, en aquella actitud admirable que es imposible describir ;

Sea que suplique, doblando su frente altiva á los piés de su rival ;

Sea que oprima á sus hijos contra el pecho, con el hondo grito de la desesperacion y la ternura, aplicando sus mejillas contra sus mejillas, su cuerpo contra su cuerpo y materializando la aspiracion de confundir tres almas en una ;

Sea que, como la leona irritada los arrebate en sus brazos, abrazando con su mirada el muro humano que la aprisiona ;

En cualquiera de esas actitudes, decimos, la Ristori seria un modelo sublime ofrecido á la obra maestra de un escultor.

Y en nada de esto hay sin embargo el menor estudio aparente, la menor afectacion, el menor recuerdo de la propia persona.

No se podria cambiar una sola línea de aquella magnífica estatua sin dejarla imperfecta ; y sin embargo, ella las cambia todas, obedeciendo á una nueva situacion y encontrando otra actitud nueva irreprochable hasta en las jesticulaciones de las manos y hasta los pliegues de la túnica.

De lo sublime á lo ridículo no hay mas que un paso,

se ha dicho siempre. Pero ese paso tiene la profundidad de un abismo.

En el teatro es donde mas de cerca se toca esta verdad.

Queriendo ser sublimes, los actores son simplemente exagerados.

La alegría, la tristeza, el amor, el odio, son como nadie los ha soñado, como no es posible que sean. Instrumentos falsos, que no vibran al unisono con el corazon de los espectadores, no pueden producir armonias. Su llanto eterno no inspira risa y sus huecas declamaciones se estrellan contra la frialdad del que escucha.

Esos son los que no han podido salvar el abismo.

Realizar la *verdad ideal*, hé ahí la obra del jenio y la que ha alcanzado Adelaida Ristori.

Parece que en esto hay contradiccion, pero no es así.

Praxiteles no busca las formas en el primer modelo. Reune las bellezas dispersas y evoca de la masa marinórea la Venus antigua.

Esa es la *verdad ideal* de la forma, pues no por ser escepcionalmente hermosa, deja de ser esa Venus una estatua de mujer.

Esa es la *verdad ideal* de la Ristori. Su pasion no es la verdad vulgar de cada momento y de todas las personas. Es la concepcion mas grande y elevada de lo posible, sin dejar de ser lo verdadero.

Yason le dice que tiene un medio de probar que ama á sus hijos.

—¿Cómo? contesta Medea.

—Arrancándolos á la vergüenza y á la desgracia.

—¿Cómo?

—Inmolándose á su salvacion!

—¿Pero cómo, dime, cómo?

La última de estas preguntas la hace Medea oprimiéndose la frente y como queriendo arrancar de ella la revelacion que no alcanza. ¡Es sublime de espresion y de naturalidad!

Medea llamando á sus hijos, ajitando los brazos alargados por la febril impaciencia, espresando en su fisonomía el espasmo del amor materno, al escuchar su voz ó al sentir en sus rodillas el contacto de sus manos, ha llegado sin duda al ideal de la espresion, sin que esos grandes rasgos tuvieran otra luz que la verdad.

Pero donde mas se muestra el jenio de la artista es en las situaciones que ella misma crea.

Toda la escena del último acto reposa en esta sola palabra: *tú!* que Medea arroja como una condenacion contra Yason.

La situacion es obra de la artista y en esta parte es algo mas que intérprete del poeta.

.....
 Confesamos que no eramos muy partidarios de la tragedia antes de oir á Madama Ristori.

Esto se explica perfectamente.

Para hablar el lenguaje de los héroes, es necesario tener el alma de los héroes.

Para hablar el lenguaje de las grandes pasiones, es necesario el jenio capaz de sondear su inmensidad.

Ese idioma no puede ser traducido por todos; y es por eso que la tragedia, tan ridicula y detestable como es en su medianía, es sublime cuando encuentra sus grandes intérpretes.....—*José María Gutierrez.*

Fisiología de la Ristori.

14.—....La fama de la Ristori la precede en sus viajes, y antes que ella ponga su pié en la playa, ya está hecho en cada uno de los que piensan oirla el propósito de admirarla, propósito quizá oculto pero no por eso menos completo, porque es imposible no ceder á la influencia del crédito de la trágica pregonado por sus grandes triunfos.

Cuando ella va á mostrarse por primera vez en cada representacion, un estremecimiento jeneral en los espectadores la anuncia; parece que cada uno quiere acomodar bien sus nervios para que la fuerza de sus impresiones los encuentre preparados á una lucha desconocida.

La Ristori es una mujer alta, bien proporcionada, algo delgada, de figura airosa, de ademán imperativo, habitualmente erguida; parece mas dispuesta á experimentar los impulsos del orgullo y de la cólera que los de la ternura y el dolor injenuo, quizá porque acostumbrada á imitar á las

reinas, el alma de las reinas ha concluido por introducirse en su cuerpo á prestarle esas actitudes altivas.

La mayor parte de los habitantes de este pueblo solo estamos destinados á mirar de lejos á la Ristori y para estos es necesario pintarla cual se la ve de lejos y en el teatro —La Ristori es una propiedad pública cuyo propietario es el mundo entero que tiene sobre ella el derecho de admirarla, y la fotografía que la retrate no debe tomarla como mujer en el seno del hogar doméstico, sino como la heroína de las tragedias en medio del público que la aplaude, en medio de las pasiones momentáneas que la animan, pero á las cuáles no deja de prestar la mujer del hogar parte de su alma.

Su frente es despejada y proporcionalmente mas alta que ancha: es frente de mujer altiva.

Por eso pinta mejor la situacion de su alma cuando alza la cabeza para mandar que cuando la inclina suplicando, y pinta mejor la situacion de su alma, porque siente mas vivamente el estímulo que la vuelve imperiosa que el que la obliga á humillarse.

Sin embargo, en el lienzo de su frente hay campo para todas las espresiones posibles, desde las que atestiguan las borrascosas pasiones de un corazon perverso, hasta las que muestran la inocencia y candor del alma virgen.

Sus ojos algo cansados ya por el tiempo y por el pesado ejercicio que están obligados á ejecutar, no son de un color determinado, y por esto no son propios para espresar mas bien una pasion que otra; la fuerza de su espresion no debe buscarse en sus condiciones de colorido y de brillo, sino en los accidentes de sus movimientos y en la armonía del conjunto que contribuyen á formar con las demas facciones.

En los movimientos de esos ojos, dirigidos por los músculos patéticos, las espresiones serian acabadas y bellisimas si no se notara cuando la accion es llevada al último grado, que uno de ellos, el derecho, se desvia mucho hácia arriba y adentro, produciendo un efecto que solo se hace perdonar en virtud de la rapidez con que pasa.

En todas las demas posiciones, la Ristori hace de sus ojos lo que quiere.

Si busca espresar las ternuras de un amor naciente, una

tenue capa de líquido se esparce sobre su pupila y parece que destila la esencia del amor, en cada reflejo de su córnea humedecida.

Si trata de pintar la cólera que domina el alma de una mujer ofendida y que aspira venganza, parece que del fondo de sus ojos parten los rayos de fuego con que ha de atravesar el pecho del que osó levantarse hasta ella.

Y cuando el dolor intenso quiebra aquella naturaleza de hierro, los brazos de la artista se echan hácia atrás, su cabeza se inclina sobre el pecho, sus órbitas se agrandan, una seccion mayor del globo de sus ojos aparece, y el eje de su mirada penetra hasta el fondo de la tierra como para buscar un punto de apoyo á aquella cabeza cuyo cerebro está apretado por la fuerza de una pasión violenta que ha llenado de sangre sus arterias.

Esta actitud es poderosa y no hay espectador que la resista. La trágica da con ella á tal grado la medida de su dolor interno, que el que la mira siente una tensión mayor en su cerebro, una crispación involuntaria de los dedos y una parálisis ficticia del torrente de su sangre.

Después de una impresión así hay necesidad de descanso, y el que ha presenciado ese cuadro, se alegra de que se concluya para respirar con libertad.

La boca de la Ristori es otra de sus facciones que más y más bien trabaja.

Sus labios son finos, terminados en extremos enteramente móviles.

Es boca hecha para espresar las finuras de la pasión exajerada y hablar más á los ojos que á los oídos.

Sus extremos se dirijen con frecuencia hácia arriba para espresar el desden ó la cólera contenida, ó caen acercándose á la barba, cuando la trágica mira al cielo con ademán dolorido é implorando la protección de Dios para su alma atribulada.

Cuando el alivio de su espíritu se derrama en forma de llanto de sus ojos, sus labios se dilatan primero para dejar escapar el exceso de calor que ahoga su pecho y luego se contraen como para reprimir esa exhalación del sentimiento que parece haber salido á pesar de la artista.

Después de una escena de llanto, testimonio de la debilidad humana y signo perenne de la flaqueza de la mujer,

la reaccion se manifiesta con nuevo brio y si las lágrimas se escaparon acompañadas de suaves y calladas palabras, un torrente de frases enérgicas brota de aquella boca inimitable como una protesta contra la debilidad pasada.

Todas las facciones de la artista se animan, sus miembros han cobrado fuerza y gastan en movimientos oportunos pero sin medida aquella exuberancia de vida con tal perfeccion que la misma naturaleza parece solo ser la copia de aquel modelo.

No hay quizá una funcion sobre la cual tengan mas influencia las pasiones actuales que la de la respiracion.

La cólera, el temor, la intensa alegría, todas las grandes emociones suspenden ó perturban la respiracion, y á causa de esto y del desarreglo consiguiente de la circulacion, cuando el hombre experimenta esas emociones, sufre un verdadero padecimiento, se ahoga, busca aire, lo cual no es mas que un medio de dar tiempo á que el espasmo del sistema nervioso se apacigue.

La Ristori ejecuta todas estas transformaciones, practicando á voluntad fenómenos que no dependen de ella, sino de la vida vejetativa á la cual la voluntad no manda, y sus sollozos y su respiracion entrecortada por el poder del arte es igual, exacta, idéntica á la que la naturaleza ejecuta cuando es presa de esas emociones.

Y se sabe y se ve cuanto ha hecho el arte de esta mujer en su organismo, no solo observando que despues de tan grandes esfuerzos simulados, no da indicios de la menor fatiga, sino teniendo en cuenta este hecho fisiológico que apunto.

Los hombres respiran mas con el diafragma que con los músculos del torax.

Las mujeres dejan quieto á su diafragma y hasta inmóvil en algunas circunstancias y respiran con el pecho.

De aquí resulta que mirando el seno de una mujer se puede contar el número de sus movimientos respiratorios y apreciar la fuerza y la estension de cada uno.

Pues bien, mirando á la Ristori mientras ejecuta sus fuertes papeles, se aprecia por el levantamiento de su pecho la estension, el tiempo, la fuerza de cada movimiento y la perfecta armonía que hay entre las pasiones de su alma en

momentos supremos y el estado del organismo que sufre su influencia.

No hay nota de música tierna, ni melodía encantadora aunque sea semejante á los coros que la poesía del cristianismo hace cantar á los ángeles del cielo, no hay vibracion de cuerda fabricada aunque sea la cuerda del arpa de David, ni timbre del metal mas sonoro que se iguale á los dulcísimos sonidos de la voz humana.

Los que han amado alguna vez á una mujer, saben cuanto se graba en los oidos el dulce acento de su voz y cuanto dicha añade á la felicidad presente el blando timbre de una palabra tierna.

El timbre agradable tiene tal atractivo que la sola percepcion de él enjendra un afecto inesplicable hácia la persona que posee en su voz seductora una fortuna.

Todos los hombres saben que el tono, el timbre, la cadencia, el ritmo de la voz humana, cambian con los afectos del ánimo, y que hay un tono y un timbre para espresar la ternura y el amor, y otro tono y otro timbre para pintar el odio y la cólera.

La queja, el ruego, la indiferencia, el temor, la ironía y odio tienen su voz propia, y estas gradaciones en los elementos del sonido tienen tal influencia sobre el ánimo, que basta el tono y la actitud para cambiar completamente el sentido de la palabra.

No habla lo mismo Júpiter tonante cuando arroja sus rayos sobre los mortales, que la virgen seducida al implorar perdon por su desvío.

La Ristori conoce todos los tonos, todos los timbres y todas las inflexiones de la voz articulada; á tal grado que recorre en un momento, segun la pasion que la anima, desde los sonidos mas profundos y oscuros hasta los mas blandos y suaves.

Su garganta es el órgano de su espíritu que vibra al unisono con cada elemento de su pasion actual.

Cuando oprimida por el dolor baja la voz y habla quejándose de su suerte infausta, es tanta su dulzura y tal la cadencia de su palabra, que la mas grande compasion nace en el alma del que la oye quejarse con tanta verdad y amargura.

Cuando ha de llorar, sus últimas palabras son húmedas, las contracciones de la glotis parece que las empapan y que la

lengua apenas puede despegarse de las paredes de su boca. Esto es exactamente lo que debe suceder; todas las impresiones que habian de determinar el llanto, producen en la cavidad de la boca un efecto de aglutinacion que hace tardía y pesada la diccion. Los líquidos que en estado normal son fluidos, se estancan con el llanto y oponen á los movimientos de la lengua una resistencia mayor.

¿Llora entónces la Ristori? ó como la hemos visto mandar á sus pulmones, manda tambien á las glándulas de su cuello?

Mas si en vez de esto quiere pintar el espanto que se apodera de ella, su voz se ahueca, se hace mas sorda, parece que viene de mas lejos, y que llega cansada. Entónces tambien manda que la glotis se dilate, que la prominencia de sus cuerdas vocales se borre, que una mayor cantidad de aire salga al mismo tiempo de su garganta y produzca al chocar con las cuerdas, ese sonido oscuro, flojo, sordo y blando.

En todas estas variedades, los efectos producidos son completos.

Pero donde mas debe admirarse á la Ristori, es en el conjunto de los cuadros que forina.

Entre las leyes de la pintura está lo siguiente en primera línea:

« Si un cuadro no ha de tener mas que un personaje, para que el cuadro sea completo es nesessario que el personaje sea sublime. »

La Ristori verifica en el teatro lo que los grandes pintores en el lienzo. Ella llena con su figura el escenario, y la atencion del público se detiene parada á contemplarla, como el amante de la pintura ante un cuadro de Rafael.

En ese cuadro vivo falta el fondo y el paisaje, pero nadie lo nota, porque la atencion queda absorbida en la figura que se destaca.

El perfil de la Ristori lleva el sello de su índole; no es un perfil comun, es un perfil que se graba y no se olvida. Este perfil es el acento de sus aptitudes que sobresale notablemente cuando manda con imperio en el desempeño de una trajedia.

Entonces levanta la cabeza, afija su cuerpo erguido sobre su planta y alza su brazo rijido como el acero.

Ni un pliegue de su manto de reina se escapa de la ley que rije el acto, y desde el cabello hasta la última fibra de

su organismo, todo concurre bajo el imperio de una fuerza desconocida, á completar el cuadro.

Sus facciones le obedecen con tal docilidad que mas que partes de su organismo, parecen esclavas de sus pasiones.

La Ristori debe ser una mujer excesivamente nerviosa y debe haber gastado mucho talento de observacion y mucho poder de imitacion para haber llegado á copiar tan bien el efecto de lo moral sobre el organismo humano.

Comprendo que á pesar de estas dotes eminentes, la afamada trájica tiene tambien defectos que á un critico justo y severo no le sería difícil señalar, pero sobre todas sus cualidades y defectos se halla este grande hecho de observacion:

El que ve y oye á la Ristori pierde hasta el aliento de criticarla.—*Eduardo Wilde.*

Ojeada sobre la literatura.

15.—Cuando se ha dicho que la literatura es la expresion de la sociedad, no se ha querido decir que ella reflejaba tan solo los vicios que encierra; no, porque entonces la literatura tendria por mision sembrar el escándalo como elemento de rejeneracion, y la rejeneracion vendria á ser la familiarizacion del vicio.

Ni la antigua literatura ni la moderna han tenido tal mision.

Segun han sido las creencias de los pueblos, la literatura ha tenido que ser el reflejo de ellas y comunicarles el sello de sus aspiraciones.

El mundo antiguo está representado por la literatura griega. • La literatura griega, fué el ideal, la enseñanza de la literatura latina. Entre una y otra no hay mas diferencia que el ser la segunda una imitacion de la primera.

El mundo griego fué la expresion del amor á lo bello en la poesia, en las artes y en las formas, segun las creencias paganas. Esas creencias limitaban el vuelo inmortal del alma al perfeccionamiento de las formas.

De ahí es que esa literatura tenia por base la observacion del mundo material. La intelijencia se apoderaba de las impresiones que los sentidos recibian, y del estudio

de ellas salia la creacion fantástica de la perfeccion de la materia, que respondia á la aspiracion por lo bello en los objetos puestos al alcance de los sentidos.

Una sociedad que materializaba el ideal de sus aspiraciones no podia dejar de alcanzar la perfeccion, reflejando en la literatura, en las artes, en los gustos el bello ideal de las necesidades de los sentidos.

Por eso es que la sociedad griega no ha tenido quien la supere en los modelos que dejó en bellas artes, ni en poesia. El Partenon, el Apolo del Belveder, el Júpiter de Fidias, la Iliada de Homero son modelos de arquitectura, de estatuaria, de poesia que no han vuelto á reproducirse, ni por los romanos que se apoderaron de aquella civilizacion, ni por los modernos que la tomaron en parte.

Era que esa literatura reflejaba la sencillez, la vida inspirada por la contemplacion de la naturaleza, y no alcanzaba á mas que á espresar el amor perfecto á lo bello de lo eterno, de las formas, ideal que las creencias sensualizaban para darse cuenta del Olimpo material en que creian.

Con la caida del paganismo, el mundo antiguo fué vencido por la victoria del cristianismo, y entonces estas creencias que desligaban el alma de las ideas materialistas vino á formar de los pueblos sociedades que buscaban la perfeccion en el mundo infinito del espiritu.

Desde entonces la literatura tuvo que ser el reflejo de esas aspiraciones que no encuentran el ideal en el perfeccionamiento de las formas, sino en el perfeccionamiento del ser moral, puesto en contacto con el mundo invisible.

Las primeras manifestaciones de esta literatura las encontramos en los tiempos de la edad media, cuando con la caida del Imperio Romano, desaparecieron sus obras dejando á las sociedades que salian de la mezcla del elemento bárbaro, en la oscuridad del pasado. Esa literatura fué la espresion orijinal de la vida de aquellos pueblos en su amor por el heroismo personal, por la fuerza bruta y á la vez de los sentimientos enjendrados por las nuevas creencias, que les hacia contemplativos de la eternidad y daban expansion á las nuevas cualidades del espiritu, al

amor del alma sobre el deseo de los sentidos, al honor del caballero sobre la perfeccion de las formas, á la aspiracion indefinida de un mundo ideal que condenaba la materializacion de la vida futura.

Esa literatura, sin modelos que imitar, entregada á su propia inspiracion, quedó consignada en los romances de la caballeria, en las canciones de sus trovadores. No imitó, no tuvo reglas á que ceñirse; fué melancólica como el aislamiento del alma ahuyentada del contacto de los infernos ó de la esperanza de la gloria. Fué heróica como el culto por el valor individual que se ponía al servicio del honor. Fué tierna como el amor que inspiraba la mujer, salida del estado degradante del sensualismo á que la redujera la sociedad antigua, perfeccionada por la moralizacion de los sentimientos, por la dignificacion del corazon.

Ariosto es el poema de aquella edad que pinta al caballero; Tasso el que nos diviniza la mujer en la creacion de su Armida; Dante el que nos revela el horror de las creencias sobre la eternidad de los infernos; la arquitectura gótica, la que nos espresa la aspiracion moral de aquella edad en sus arcos de fillgrana y en sus espirales aéreos que representan la ascension del espíritu hácia el infinito.

Por eso, esa literatura fué nueva como la creencia que le daba vida; y es desde entonces que puede señalarse la primera aparicion del romanticismo, escuela que rompiendo con el viejo mundo en ideas, en gustos, en aspiraciones, daba existencia á los brotes espontáneos de la inteligencia, dominada por la contemplacion de la naturaleza que habia dejado de ser el paraiso de los antiguos, y se convertía en una morada que preparaba á buscar el Olimpo en las rejones de los mundos y de los soles que rodan en la bóveda celeste.

La literatura antigua habia desaparecido para los pueblos de la edad media, pero no para los monjes que vivian fuera del contacto de sus contemporáneos y salvaban en sus claustros el legado de los escritores griegos y latinos.

Los monjes cultivaban su inteligencia leyendo las obras de la antigüedad; y por eso sus gustos, sus escritos, no eran los que reflejaban la época en que vivian sino la época que habia muerto.

Sin aspiracion propia, encadenados por la literatura latina, al mismo tiempo que los pueblos creaban la literatura romántica, los monjes creaban la literatura clásica, que no era otra cosa que una indijesta copia de los autores antiguos, cuyo mérito estaba en ostentar erudicion, someter el pensamiento propio al pensamiento ajeno y sacrificar á la belleza de las formas, á las reglas de composicion la espontaneidad del espíritu libre.

La literatura del renacimiento, que sucedió á la vida de las sociedades feudales, tuvo que ser clásica, porque abjuró el imperio de la razon, no tuvo elementos propios en que inspirarse, y fué obligada á sustentarse de la contemplacion del mundo antiguo.

Cuando los pueblos salieron de esa tumba del pasado, sintieron la necesidad de la vida del derecho; entónces su literatura dejó de ser clásica, fué la expresion de las investigaciones filosóficas, de las necesidades que se sentian por el amor á la libertad, fué política y social, revelando en sus entrañas la preñez de la revolucion.

Desde entónces la literatura moderna tuvo una mision distinta de la antigua.

Está habia sido sensual, limitada en sus aspiraciones materiales, desconociendo el amor moral, sacrificándolo todo á lo bello de las formas.

Aquella vino á ser espiritual, sin límites en el espacio, tomando por móvil el amor y como base orgánica de la familia, y la libertad como fundamento de la organizacion de las sociedades.

Por eso es que la literatura moderna, para responder á las necesidades del espíritu libre, tiene por mision en sus composiciones, reflejar los vicios para condenarlos, estudiar sus causas para combatirlas; y el modo como las combate es reflejando á la vez las virtudes sociales para presentar el choque entre esas manifestaciones del organismo humano, dando el triunfo á los sentimientos morales.

La literatura moderna seria aun poca cosa, si ella se limitase á tomar las manifestaciones tanjibles de las asociaciones.

Tiene que inspirarse en la realidad para idealizarla, apoderarse del corazon para conmovele en pro de la perfecti-

bilidad, ilustrar la inteligencia para purificar las acciones y acabar por lanzar el pensamiento á las rejiones poéticas de lo bello, creadas por el esfuerzo de la imaginacion.—*Manuel Bilbao.*

Curtis.—La Constitucion de los Estados Unidos.

Ita, ex varis quæ si elementis congregavit corpus unum, populum que romanum fecit. Floro, lib. 1.

. Y de elementos tan diversos aglomerados en un solo cuerpo, salió el pueblo romano.

16.—Para estimar en toda su importancia la obra de la Constitucion de los Estados Unidos y el mérito de los hombres que la formaron, creemos conveniente indicar las circunstancias en que se hallaban las Colonias del Norte, cuya independencia habia sido reconocida por la Inglaterra, y algunos incidentes y pormenores omitidos por el Sr. Curtis.

En 1786 era jeneral el convencimiento de que la Confederacion no podia inantenerse en el pié en que se encontraba. Desde 1781 hasta aquel año, el Congreso habia hecho requisiciones á los Estados por mas de diez millonés de pesos, y no habia entrado á tesoreria sinó la quinta parte de esta suma. El Congreso entonces declaró de la manera mas solemne que la crisis habia llegado y que el pueblo de los Estados-Unidos debia declarar si queria ó no guardar la fé pública en sus obligaciones. Los Estados parecian inclinarse á conceder al Congreso facultades para crear impuestos con tal que todos convinieran en esta medida; pero varios de ellos absolutamente se negaron.

El tratado mismo con Inglaterra no habia podido cumplirse, y las guarniciones inglesas todavia ocupaban sus puestos en el Oeste.

No era posible concluir tratados de Comercio con las naciones extranjeras porque no habia seguridad de que sus provisiones fuesen cumplidas por los varios Estados.

En una palabra, las circunstancias eran tales que si el Gobierno de la Union no acababa por su propia debilidad, el menor accidente ó convulsion podria hacerlo desaparecer.

En esos difíciles momentos un gran peligro apareció en el Estado que se había puesto á la cabeza de la guerra de la Independencia. Grandes tumultos, una verdadera insurreccion se levantó en Massachusetts contra las cargas que ya sufría la poblacion, y lo que era mas singular, la mayoría de la cámara de representantes parecia inclinarse á contemporizar con los rebeldes. El Congreso en esas circunstancias con nada podia auxiliar al Estado para contener la insurreccion. Los rebeldes fueron vencidos por los talentos y resolucion del Gobernador del Estado Jaime Boudoin. Pero el suceso habia causado una grande alarma no solo en la Nueva Inglaterra, sino en toda la Union, al sentir este nuevo ejemplo de la impotencia del Congreso; y mas, cuando era reconocido por los Estados que la Confederacion no tenia poder para intervenir en el caso de la rebelion de un Estado.

En esas circunstancias tan extraordinarias, al dia siguiente de una guerra, como dice el señor Laboulaye, en medio de esas pasiones que sublevan las revoluciones, y que como las olas del mar se ajitan largo tiempo despues que la tempestad ha pasado, emprendieron salvar la patria hombres que por su consagracion al país, por la fuerza de su carácter, la enerjía de sus convicciones, no ceden en nada á lo que la antigüedad nos presenta de mas noble, Washington, Hamilton, Franklin, Madison, nombres inmortales en la historia de América y del mundo. Fundaron un Gobierno Nacional, á fuerza de luces, de coraje y de paciencia, cerrando la revolucion. Washington y sus amigos salvaron una segunda vez á la patria.

A ese tiempo ya habia tenido lugar la reunion en Anápolis de los comisionados de algunos Estados, para arreglar sus relaciones de comercio y mantener una fuerza naval en el Chesapeake. Nueva York habia asentido á esta reunion y habia nombrado por su comisionado á Hamilton, ya muy distinguido en la guerra y en la paz. El entónces, por medio de un manifiesto, propuso á los varios Estados la reunion de una Convencion Jeneral para tomar en consideracion el estado de la Union, pues no era posible reglar el comercio entre los Estados particulares, sin efectuar un cambio correspondiente en el sistema jeneral del Gobierno. Los defectos de ese sistema eran la verdadera causa de los embarazos que sentian los negocios públicos. En los artículos de la Confederacion estaba

previsto que ningun cambio pudiese hacerse en ellos, á menos que fuese convenido por el Congreso y confirmado por la lejislatura de cada Estado. Pero se comprendia que el Congreso, caido en una prematura decrepitud, no era el cuerpo propio para las reformas que eran indispensables, y por esto se proponia una Convencion especial para ese grande objeto.

El proyecto fué adoptado por los comisionados de Anápolis, y muy luego el Congreso, por los peligros que cada dia crecian, resolvió el 21 de Febrero de 1787 que el segundo lúnes del próximo Mayo, se reuniese en Filadelfia una Convencion de Delegados nombrados por los Estados, con el objeto de revisar los artículos de la Confederacion, y presentar al Congreso y á las varias lejislaturas las alteraciones y provisiones que fuesen convenidas, á fin de que confirmadas por los Estados hicieran que la Union pudiera conservarse, y que la Constitucion federal correspondiese á las necesidades del gobierno.

En esta convencion se hallaban los hombres principales de aquellos Estados. Allí estaba, como delegado de la Virginia, Jorge Washington, sacado de su retiro del monte Vermont, el hombre que habia dirigido el Congreso de 1774, el que, con su poderosa palabra, habia escitado á las Colonias á no tolerar que el parlamento inglés se abrogara el derecho que nunca habia tenido de gravarlas con impuestos, el jeneral que desde el primer dia habia mandado los ejércitos de la Confederacion hasta que por sus victorias obtuvo el reconocimiento de la independenciam de los trece Estados.

La Pensilvania habia sido muy feliz en la eleccion de sus delegados. A la cabeza de ellos se hallaba Benjamin Franklin entonces de 82 años, el jóven impresor que se mezquinaba los alimmentos para poder comprar libros, el embajador que hallándose de repente en presencia de los reyes y en medio de las cortes de Europa, habia probado que podia competir con los mas hábiles diplomáticos de la Inglaterra y de la Francia. Por su venerable edad, por sus largos y grandes servicios, por su sereno y benigno aspecto, imponia respeto á toda la Asamblea y veremos en el momento mas crítico ceder está á su palabra y salvar con ella á toda la nacion.

Con él habia venido tambien por la Pensilvania el Gouverneur Morris, reputado como uno de los superiores talentos de la

América que ya preveía y anunciaba los peligros de una democracia no organizada; y el que al fin redactó la Constitución de los Estados Unidos, Roberto Morris, el que había dirigido la hacienda pública desde el día que se creó, y Jaime Wilson, escocés, que tanto iba á ilustrar á la Convencion con el conocimiento de las leyes y de las instituciones de su país, en lo que eran aplicables á su nueva patria.

Por la Virginia estaba Edmundo Kandolph, que tantos servicios habia prestado á la guerra de la Independencia.

Massachusetts habia mandado á Rufo King, jurisconsulto eminente que veremos oponerse muchas veces á la Constitución que se proyectaba, pero que una vez sancionada fué el que mas decididamente trabajó para que se adoptara por el Estado que habia representado. Su nombre irá siempre unido á cada uno de los artículos de la Constitución.

Por Sud Carolina se hallaba Cárlos Pinckney, soldado, abogado, bravo y jeneroso, consagrado á las miras de los Estados del Sud, pero pronto á someter sus opiniones, y hacer todo sacrificio por reunir en un cuerpo los miembros dispersos de la Confederacion. Habia en la Convencion dos jóvenes á quienes puede decirse que va á deberse la Constitución ó la aceptación de ella: Jaime Madison por la Virginia, despues presidente de los Estados Unidos, gran político y gran orador, y Alejandro Hamilton por Nueva-York, el compañero de Washington en la guerra, su secretario, su amigo, el hombre de mas extraordinario talento que conocia la América.

Habia en la convencion otros hombres muy notables, como Lutero Martin por Marilandia, Jorje Mason de Virginia & ., cincuenta y cinco miembros representando duce Estados, pues que Rhode Island no concurría á la Convencion.

Algunos pocos de los principales americanos se hallaban ausentes. Juan Say era secretario de Negocios Estrangeros bajo el Congreso; Tomás Jefferson se hallaba de embajador en Francia, y Juan Adams en Inglaterra.

La presidencia de ese cuerpo se dió por voto uniforme á Jorje Washington: sus sesiones eran secretas por el estado ajitado de los espiritus. No nos ha quedado ningun diario de las importantes discusiones; pero Madison todas las noches escribia lo que se habia tratado en la Convencion. Despues, el Federalista manifestó los fundamentos de la Constitución que se presentó á los Estados.

Las miras sobre la nueva política de la Convencion eran muy diversas ó contrarias. Algunos Estados estaban por mantener el antiguo carácter de la Confederacion, como una mera liga de Estados independientes con un Congreso compuesto de una Cámara, investido con algunos pocos poderes adicionales.

Para otras de las Colonias, el principio de aislamiento de la ciudad en que se basaba la Constitucion de las antiguas repúblicas de la Grecia, era la forma política que se amoldaba á su estado social, á sus progresos naturales por su posicion en las costas del Atlántico, y á los derechos mismos que sus pueblos habian conquistado á costa de tantos sacrificios. Era la forma bajo la cual habian vivido; y ahora con una soberanía actual que les constituia el gobierno propio, que no lo obtendrian bajo de una constitucion política que subordinase el Estado particular á un gobierno jeneral de la Union.

Pero la opinion mas jeneral era la creacion de un Gobierno Nacional.

El sistema de aislamiento crearia solo Estados excepcionales, débiles é impropresivos, cuyas constituciones y leyes estarian por necesidad en conflicto con las leyes é instituciones de los Estados vecinos, y en lugar de la fraternidad que se habia creado entre ellos por sus mutuos esfuerzos para obtener su independencia de la Inglaterra, se veria nacer la discordia y la guerra por el choque de los intereses. Mejor era seguir el ejemplo de Roma que no se encerró en sí misma, sino que se estendió al exterior de ella, admitió en su seno otras ciudades, otros pueblos, otras razas de hombres. Su principio de asociacion habia hecho, que bajo el monte Palatino vivieran confundidos sin distincion de sangre, hombres de todos los rincones de la Italia, latinos, sabinos, grandes y pequeños, libres y esclavos.

Aunque algunos de los delegados deseaban ante todo una declaracion solemne de los derechos de los hombres, el mayor número no lo creia necesario. Los individuos no tenian que deber sus derechos á las constituciones ú organizaciones políticas. Dios mismo, creando al hombre libre, intelijente y responsable, le habia dado derechos que todo lejislador debe respetar. Toda enueneracion pues de los derechos de los ciudadanos era inútil, como lo habia demostrado la esperiencia; viene despues la lejislacion que regla y limita esas libertades.

Al comenzar los delegados á tratar de la constitucion ú

organizacion de la Confederacion, se advierte desde las primeras pájinas del Sr. Curtis que por primera vez los lejisladores que deben crear la Constitucion de una nacion, no entran en combinaciones artificiales, ni pretenden formar una república de fantasia. Los delegados de la Convencion no hacen valer grandes estudios especulativos, inútiles para la vida de los pueblos. El interés, la conveniencia de cada Estado, sus derechos y su poder actual, el gobierno propio de cada pueblo, ninguna soberanía exterior al Estado que pudiera limitar la libertad de los individuos, debian ser las condiciones de la Union.

La constitucion pues de un Gobierno Nacional presentaba inmensas dificultades; pero los delegados entraron resueltos á vencer esas dificultades que parecian insuperables. Con el resultado que dieron á su patria, podemos decir que la fortuna de las naciones no es obra de un ciego destino, y que ellas se la forman por el carácter, por la constancia y por la enerjía de sus actos.

¿Los Estados votarian por Estado como siempre habian votado en los Congresos precedentes, ó las votaciones serian individuales? En este último caso, los Estados pequeños quedaban subordinados al mayor número que lo compondrian los Estados mas poblados. Pero si no fuese así, los Estados menores, la minoría de una Cámara podria impedir la sancion de las leyes y muchas veces ser estas la mera voluntad de los Estados menores.

¿Los Estados serian representados segun su poblacion, ó segun su riqueza, ó por una combinacion de su riqueza y poblacion? En la poblacion ¿se contarían los esclavos? Los Estados que los tenian no cedian en este punto, pues los esclavos eran una de las riquezas de ellos, y su elemento económico mas poderoso. Ellos tampoco sometian á la lejislatura nacional que se crease la condicion de esas personas, la cual debia solo ser reglada por cada Estado.

¿La nacion debia ó no mantener el comercio de esclavos? Los Estados esclavotas no cedian su posesion actual, ni entraban en la Union, si queria variarse. Los delegados á la Convencion no reconocian ninguna soberanía exterior al Estado; su reunion era voluntaria; nada les importaba el voto del mayor número; eran pueblos independientes que podian reunirse ó no para formar una nacion.

Dos soberanías no podían existir, la soberanía nacional y la soberanía de los Estados. ¿El Congreso debía tener ó no un veto sobre las leyes de los Estados que causasen un conflicto con las leyes nacionales? Si las leyes de los Estados invalidasen las leyes nacionales, ¿podría el Congreso emplear la fuerza para hacer cumplir sus leyes? Si no era así, ¿qué importaban las leyes que la nación diera? Los Estados concedían al Congreso veto sobre sus disposiciones, y no le permitían usar en ningún caso de la fuerza contra alguno de los Estados. De la discusión de esta importante materia, se verá salir la creación del poder judicial de los Estados Unidos, que no tenía ejemplo en las naciones de Europa. Verdaderamente no quedaba soberanía alguna en la inteligencia común de esta palabra.

Los primeros hombres de la Convención querían crear un gobierno fuerte, con todos los poderes que la experiencia de los siglos demostraba ser necesario para conservar las libertades individuales; que el cuerpo nacional tuviese las facultades del parlamento inglés, la omnipotencia legislativa. Pero muchos de los Estados no cedían la soberanía de que estaban en posesión y sostenían la necesaria limitación del poder nacional: que no pudiese legislar sobre los Estados, pues de otra manera no concluiría la existencia independiente de estos: que era preciso restringirlo á objetos determinados que solo debían comprender.

Entre tanto era también de toda necesidad contener los abusos que se habían visto en los cuerpos legislativos de los Estados. El derecho de propiedad nada importaría si como había sucedido, los deudores pudiesen en virtud de leyes promulgadas eludir el pago de sus obligaciones, si pudiese continuar en los Estados la facultad de emitir papel moneda, y en general, legislar á su albedrío sobre los bienes y las personas.

La Convención se halló en la alternativa de formar la Unión de solo los Estados mayores, unidos bajo la base de una representación proporcional, ó de abolir el Gobierno de los Estados, y hacer de todo, un solo cuerpo. Pero ni lo uno ni lo otro era posible. Esta parte de la discusión de la Convención es la más interesante porque su resultado fué acabar con el poder soberano y absoluto, que tenían los cuerpos nacionales en todas las Constituciones conocidas y acabar al

mismo tiempo con la soberanía de los Estados particulares limitando las unas por las otras.

La composición del Senado fué el punto donde fueron á chocarse los elementos diversos que habían combatido sobre la representación de los Estados en la Cámara de Diputados. Si la representación del Senado se hacía según la población, los Estados menores no entraban en la Unión. Si se hacía por igual representación de los Estados, todos los principios se violaban: el Senado no representaría al pueblo sino al Estado particular; y era una consecuencia lójica que entónces en el Senado la votación sería por Estados, lo que desnaturalizaba la esencia del cuerpo legislativo que debía ser el representante del pueblo de la Confederación, un cuerpo homogéneo, de un mismo origen en sus dos Cámaras.

En esta materia la historia de la Constitución es la más interesante. La comisión de compromiso para resolverla no halla medios que proponer: la Unión por lo que tanto se había trabajado, va á acabarse, cuando la voz de Franklin concluye la famosa cuestión.

Los Estados tampoco querían dar al Gobierno Nacional facultades ilimitadas para arreglar el comercio exterior. Las producciones de los Estados eran muy diversas, y en algunos insignificante la esportación de sus productos.

Si la esportación hubiese de sufrir imposición de derechos, la Constitución pasaría solo sobre algunos Estados gravando y limitando su industria. La incidencia de los impuestos sería chocante, pues precisamente los más poderosos quedarían libres de ellos. Mas por otro lado, la facultad de la imposición debía ser el primer derecho del gobierno nacional para procurarse rentas ó para evitar que los impuestos gravasen demasiado la importación. El derecho absoluto de reglar el comercio, haría que las leyes tendiesen á no gravar la producción en el interior, sino que el impuesto fuese pagado por el consumidor extranjero.

Aun en casi todas las materias de detal, los miembros de la Convención diferían entre sí, y tenían que luchar con las influencias exteriores. Pero allí estaba el jenio de Hamilton para evocar el orden del más profundo caos. Sin embargo, si sus grandes talentos, auxiliados por la poderosa voz de Madison y por la respetable palabra de Franklin, ilustraba todas las materias en discusión, ellos erraban sin duda en las bases

sobre que debía levantarse la Constitución. Franklin sostenía que el poder legislativo debía componerse de una sola Cámara y que el poder ejecutivo debía residir en tres personas; Hamilton, que el Presidente y los Senadores debían tener su puesto por vida; Madison, que el Congreso debía tener un veto absoluto sobre las leyes de los Estados. ¿Quién formó, pues, la admirable Constitución de los Estados Unidos? ¿Quién crió esa gran república sin unidad política, sin unidad en el derecho, sin unidad en la religión? El pueblo de aquella nación, el buen espíritu, el patriotismo de los miembros de la Convención, el sentido común que halló medio para conciliar todos los intereses al parecer esencialmente opuestos. Todas las dificultades se sometían á comisiones de compromiso, y allí los Estados manifestaron que nada era imposible para pueblos que buscaban de buena fé la union y la conservación de sus primeros derechos. La historia del Sr. Curtis nos hace conocer la manera en que fueron resueltas dificultades tan insuperables, dando en su solución á las edades venideras la gran lección de que los intereses de todos los pueblos están en la mas absoluta armonía, y que existe entre ellos una solidaridad fatal en la fortuna y en la desgracia.

De este modo, despues de cuatro meses, de Mayo á Setiembre, de las mas empeñadas discusiones que llenaban esos largos dias, la Constitución al fin quedó firmada, y fué presentada al pueblo de los Estados Unidos para su aceptación, si la encontraba conveniente.

Algunos delegados continuaron protestando contra el plan propuesto, pero aquel famoso documento fué firmado por uno ó mas de los representantes de cada uno de los Estados presentes en la Convención. Cuando Franklin hubo de poner su firma, dijo aquellas memorables palabras que dirijieron la conducta de casi todos los miembros de la Convención: «Dentro de estas murallas nacieron mis convicciones contra varias de las disposiciones de la Constitución, dentro de estas murallas morirán. Yo espero que por la salud del pueblo y en nombre de los intereses de la posteridad olvidemos nuestras opiniones y recomendemos á los Estados la aceptación de esta Constitución.» Tal era la importancia de este hombre, que ese consejo fué recibido como un precepto religioso.

Presentada la Constitucion á los Estados, Hamilton y Madison, que habian estado siempre en la mas absoluta oposicion el uno al otro, unidos á Jay comenzaron á publicar el *Federalista* para asegurar la aceptacion de la Constitucion: cuerpo de doctrinas que los americanos miran como la mas completa esposicion de los principios de la ley constitucional, y cuya influencia fué sentida en toda la Union.

El primer estado que ratificó la Constitucion fué Delaware, el 7 de Diciembre de 1787. Lo siguió el importante Estado de Pensilvania influido por Franklin y por los trabajos de todo jénero de Wilson. Despues fué New Jersey, Jeorjia, Connecticut. Pero al principio del año 1788 todos calculaban que las principales batallas por la Constitucion debian tenerse en Massachusetts, New York y Virginia y que aunque los tres Estados aceptasen la Constitucion, aun se requeria uno mas para llenar el número místico de nueve, del cual todo dependia, pues el Congreso habia declarado que la Constitucion solo se pondria en ejercicio, si nueve Estados la aceptaban.

La Convencion de Massachusetts despues de largos debates la ratificó el 7 de Febrero por una pequeña mayoria. Marylandia la siguió en Abril, y Sud Carolina en Mayo.

Habia ya ocho votos; pero era dudoso que New York, Virginia y New Hampshire la aceptarán. Nord Carolina y Rhode-Island no querian pronunciarse. La Convencion de la Virginia se reunió en Richmond á principios de Junio, y la de New York en el mismo mes en Poughkeepsie, pequeña ciudad á 75 millas de New York. En la una estaba Madison, y en la otra Hamilton. Las pájinas en que el Sr. Curtis nos refiere el medio de comunicacion de correos á caballo entre Hamilton y Madison para notificarse de la marcha y resultado de dos Convenciones, presenta un interés tal, que el libro no puede cerrarse.

En New York, el Gobernador Clinton y sus amigos eran los jefes que dirijian la oposicion á la aceptacion de la Constitucion.

Pero Hamilton estaba allí sin perder de vista el objeto que procuraba alcanzar. En los últimos dias de la Convencion de Poughkeepsie, las calles de New York estaban llenas de jente, esperando por horas la resolucion de la Convencion. Llegaban los correos por la mañana. Hamilton

tiene la palabra. Llegaba el correo por la tarde.—Hamilton sigue combatiendo la oposicion. Este hombre singular dirigia sus vijilantes ojos á la altura del Este, esperando noticias de New Hampshire ó volviéndose al Sud, esperando los correos de la Virginia, con una firme paciencia y decidida fé sobre el resultado. Su extraordinaria solicitud correspondia á la gran causa.

En la Virginia, la oposicion era llevada por Patrick Henry, cuya varonil elocuencia y los grandes servicios que habia hecho á su patria durante la guerra de la Independencia daban un inmenso poder á sus palabras.

Pero el jóven Madison era el honor de aquel Estado; sus palabras eran poderosas, pero poderosos eran tambien los obstáculos que debia vencer. El era ayudado por los talentos de Marshall, el que fué despues tan conocido entre los jurisconsultos como Presidente de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos. Todo dependia de la Virginia. Si aceptaba la Constitucion se llenaba el número de nueve Estados, y era seguro que New York la aceptaria tambien. El grande orador por la Constitucion correspondia á aquellas solemnes circunstancias.

Al fin, New Hampshire aceptó la Constitucion. Estaban ya los nueve Estados y muy luego á principio de Julio; llegó la gran noticia del triunfo de Madison, que la tierra de Washington habia ratificado la Constitucion.

La Convencion de New York aun trepidaba, pero no era posible abandonar el centro y el corazon de la Union, dejando crear allí una república independiente.

Hamilton habia vencido ya á la oposicion y el triunfo obtenido en diez Estados, daba nuevos argumentos á los federalistas. El 16 de Julio, consiguieron al fin que la Constitucion fuera aceptada.

Entónces sucedió lo que no ha tenido ejemplo sino en aquellos pueblos. New York y la Virginia celebraron la aceptacion de la Constitucion por once Estados de la manera mas extraordinaria. Toda oposicion habia acabado. Los mismos que en la Convencion Jeneral y en la Convencion de los Estados se habian opuesto á su aceptacion se felicitaban de ver unidos á los once Estados bajo una Constitucion que los pueblos unánimemente aceptaban; y elevaban hasta el

cielo los nombres de Hamilton y de Madison presidiendo las fiestas populares con que se celebraba aquel suceso.

Washington resultó electo Presidente por votacion unánime en los diversos Estados. Se habia señalado el primer miércoles de Marzo del año siguiente, 1789, para llevar á efecto la Constitucion é inaugurar el primer Gobierno Nacional. En esos dias los templos estaban llenos, implorando la bendicion del cielo sobre el nuevo Gobierno. Adams, elegido Vice-Presidente conducia á Washington á la silla presidencial que estaba en un gran balcon de la casa del Congreso, y allí el Canciller Livingston le tomó el juramento, y el Secretario del Senado le presentó la biblia. Washington respondió: «Yo juro, Dios me ayudará,» se hincó y besó la biblia. El Canciller entónces lo proclamó Presidente de los Estados Unidos, y en alta voz exclamó: «¡larga vida á Jorje Washington, larga vida á la Constitucion de los Estados Unidos!» exclamacion que un numeroso pueblo repetia, en medio de las salvas de artilleria.

Así principió el primer Gobierno de la gran república, y la Constitucion que debia cambiar la faz del mundo.

Esa Constitucion y la historia de su formacion serán medidas con la mas profunda emocion, por sus admirables efectos en aquellos territorios y por los que prepara á la América toda, y á la Europa misma, ahora y en las futuras edades; por sus consecuencias en la libertad y felicidad de todos los pueblos; por los directos y tácitos cambios que ella va forzando á hacer en todo cuerpo social; por el establecimiento de un nuevo y poderoso imperio; por la dignidad á que ella eleva á los pueblos y á los individuos mostrándoles que el único gobierno libre, es el gobierno propio, el gobierno del pueblo. Si es cierto que una Constitucion política no puede aspirar á la universalidad, es sin embargo indudable que la Constitucion de los Estados Unidos crea principios y provisiones que el tiempo hará que todas las naciones se los asimilen en la Constitucion de sus poderes sociales.

Los diversos Estados reunidos en la Convencion, rejidos entónces por muy diferentes Constituciones, tomaron muy luego el ejemplo de la Constitucion Nacional, y puede decirse que se han uniformado tanto en su modo de ser político, como si la misma Convencion hubiese votado sus

leyes constitucionales. Esos pueblos, esos Estados, entonces dispersos, que aun observaban sus diversas Constituciones coloniales forman hoy por el espíritu de sus instituciones, por su organizacion interior, una masa homogénea, una nacion fuertemente consolidada, rejida y gobernada por iguales principios.

Su poderoso ejemplo en el exterior, las lecciones que su estado feliz presenta á la potencia misma que le disputó su independencia, ha acabado ó acabará el sistema colonial con que fué oprimida la América por 300 años. Hoy las colonias inglesas, hermanas de las antiguas colonias del Norte, tienen un gobierno propio, son pueblos libres. La Inglaterra les dice todos los días: «Wayward, sisters;» andad hermanas mías, y con toda sinceridad les asegura que cuando ellas quieran separarse de la metrópoli y gozar de su independencia absoluta, no opondrá ningun obstáculo y será la primera en reconocerlas como Estados soberanos, esperando que prosperen como los Estados Unidos, para ser como ellos una tierra de abundancia, donde la Gran Bretaña irá, por su comercio y su industria, á nutrir las fuentes de su riqueza.

La Constitucion garantió á los Estados la forma republicana, acabó en América el sistema monárquico, en presencia y á despecho de las grandes monarquías de Europa. Todas las colonias de la América española imitando á los Estados Unidos, se constituyeron en repúblicas. La democracia se extendió por todo el nuevo mundo: no hay individuos ni clases privilegiadas; los países se pertenecen á sí mismos; sus conquistas son inmensas en los reinos é imperios de la Europa, y quién sabe si ella es el medio de que la Providencia se sirve, como dice Tocqueville, para dar al mundo otra forma social.

El fundamento de la Union americana ha resuelto el problema de una gran república, que gobierna un vasto territorio y una numerosa poblacion. Un sistema que limita los objetos de la lejislacion nacional y deja los intereses domésticos á las autoridades locales, hace que el crecimiento de la nacion no tenga otros términos que su estension territorial; y así se ve que los pueblos de la nueva Inglaterra, son tan fácilmente gobernados, como los que están situados sobre el Pacífico. Resolucion de un gran problema que los

publicistas juzgaron imposible. La Constitucion, pues, es tan remarcable por lo que rehusa á los poderes públicos, como por lo que les acuerda.

En los Estados Unidos todas las libertades están garantidas por las instituciones mas sólidas. La libertad individual, la libertad de la palabra y de la prensa, la libertad de los cultos, la libertad de la enseñanza, la libertad de los Bancos, y de todo trabajo y de toda industria, no son teorías que la práctica desmienta.

A los 70 años de la existencia de aquella república, la Constitucion que la creó ha puesto en sus manos la lumbrera de la civilizacion; ¡cuánto han ganado las ciencias, las artes, el comercio, la industria, y cuánto ha ganado y ganará en adelante la especie humana con el principio, base del ser de los Estados, la educacion del hombre, y el mayor poder de los pueblos ilustrados! Figurémonos lo que seria hoy el mundo si no hubieran existido los Estados Unidos, ó si dejaran de existir, y entónces seremos forzados á creer que esa Constitucion, no fué obra de los hombres, sino el destino cumplido de las jeneraciones que llegaban.

El estudio mas útil de esa Constitucion, será á nuestro juicio el que se haga de la obra del Sr. Curtis. Ella nos demuestra su importancia histórica y científica, enseñándonos los diversos medios que los hombres de aquella famosa Convencion tentaron para formar la Union americana; las dificultades que vencieron por los medios mas singulares; los principios y doctrinas de un nuevo derecho constitucional, creado por primera vez; el estado de los pueblos que debia rejir: todos los antecedentes históricos y científicos indispensables para comprender el sistema de la Constitucion, y la posicion relativa en que despues de ella quedaron la Nacion y los Estados que la formaron.—*Dr. Velez Sarsfield.*

CARTAS Y DIALOGOS

De las batuecas este año que corre.

Andrés mio:

1. — Yo pobrecito de mi, yo Bachiller, yo batueco y natural por consiguiente de este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de rejion en rejion, yo hablador, y careciendo de toda persona dotada de chispa de razon con quien poder dilucidar y ventilar las cuestiones que á mi embotado entendimiento se le ofrecen y le embarazan, y tú cortesano y discreto!!! ¡Qué de motivos, querido Andrés, para escribirte!

Ahi van, pues, esas incultas ideas, tales cuales son, mal ó bien compajinadas, y derramándose á borbotones, como agua de cántaro mal tapado.

«¿No se lee en este país porque no se escribó, ó no se escribe porque no se lee?»

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada mas.

Terrible y triste cosa me parece escribir lo que no ha de ser leído; empero mas árdua empresa se me figura á mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

¡Mal haya, amen, quien inventó el escribir! Dale con la civilizacion, y vuelta con la ilustracion. ¡Mal haya, amen, tanto achaque para emborronar papel!

A bien, Andrés mio, que aqui no pecamos de ese exceso. Y torna los ojos á mirar en derredor nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡O infeliz moderacion! ¡O ingenios limpios los que no tienen que enseñar! ¡O entendimientos claros los que nada tienen que aprender! ¡O felices

aquellos, y mil veces felices, que ó todo se lo saben ya, ó todo se lo quieren ignorar todavía!

¡Maldito Guttemberg! ¿Qué genio maléfico te inspiró tu diabólica invencion? ¿Pues imprimieron los egipcios y los asirios, ni los griegos ni los romanos? ¿Y no vieron y no dominaron?

¿Qué eran mas ignorantes, dices? ¿Cuántos murieron de esa enfermedad? ¿Qué remordimientos atormentaron la conciencia del Oinar, que destruyó la biblioteca de Alejandria? ¿Que eran mas bárbaros, añades? Si crímenes, si crueldades padecian, crímenes y crueldades tienen diariamente lugar entre nosotros. Los hombres que no supieron, y los hombres que saben, todos son hombres, y lo que peor es, todos son hombres malos. Todos mienten, roban, falsean, perjuran, usurpan, matan y asesinan. Convencidos sin duda de esta importante verdad, puesto que los mismos hemos de ser, ni nos cansamos en leer, ni nos molestamos en escribir en este buen país en que vivimos.

¡O felicidad de haber penetrado la inutilidad del aprender y del saber.—*M. J. de Larra.*

Al lector de «Paris en América.»

Amigo lector :

☛.—Te ofrezco este librito, escrito para tu entretenimiento y el mio. No lo dedico ni á la fortuna ni á la gloria. La fortuna es una muchacha que hace seis mil años va corriendo tras de los mancebos : la gloria es una vivandera que no gusta sino de los soldados. Yo soy viejo, no he muerto á nadie, asi es que no deseo mas que buscar la verdad á mi guisa y solo decirla á mi modo. Si no tengo toda la gravedad de un buey, de un ganso, ó de un.... (elije el nombre que te plazca), perdóname.

Los primeros actos de la vida nos hacen llorar muy á menudo para que no sea permitido reir antes que caiga el telon; y, cuando uno ha perdido sus ilusiones de veinte años, no toma á lo serio ni la comedia ni á los comediantes.

Si este librito te agrada, bien está; si te escandaliza me-

gor; si lo arrojas, haces mal; si lo comprendes, sabes mas que Maquiavelo.—Haz de él el breviario de tus horas perdidas, que no lo sentirás: *Non est hic piscis omnium*. Las paradojas de la vispera son las verdades del dia siguiente. Al buen entendedor, salud!

Un dia tal vez, á la luz de mi linterna, tú verás toda la fealdad de los ídolos que adoras hoy: puede ser tambien que mas allá de la sombra menguante, percibas en todo el encanto de su sonrisa inmortal, á la Libertad, hija del Evangelio, hermana de la justicia y de la piedad, madre de la igualdad, de la abundancia y de la paz. Ese dia, lector amigo, no dejes que se estinga la antorcha que te confio; alumbrá, alumbrá á esa juventud que ya nos estrecha y nos empuja, pidiéndonos que le indiquemos el camino del porvenir. Que ella sea mas loca que sus padres, pero de otra manera, tales son mis votos y mis esperanzas.

Dicho esto, ruego á Dios que te libre de ignorantes y de necios, que, en cuanto á los perversos, eso corre de tu cuenta. La vida es una lucha: has nacido soldado, defiéndete; ó, mejor aún, toma á los americanos la antigua divisa de la Francia; *Adelante! Siempre y do quiera, adelante!*

Adios amigo,

Rene Lefebvre (Ed. Laboulaye).

P. L. Courier á M. N.

Plaisance, Mayo de 1804.

3. —Acabamos de hacer un emperador, y, por mi parte, no he dejado de contribuir á ello. Hé aquí el cuento. Esta mañana, d'Anthouard nos reune, y nos espone el asunto, pero llanamente, sin preámbulo ni peroracion. Un emperador ó la república, ¿cuál os gusta mas? como se dice: asado ó puchero, potaje ó sopa, elija V. Concluida su arenga, nos quedamos mirándonos unos á otros, sentados en círculo. « Señores, ¿qué opinais? » Ni una palabra, nadie descoce los labios. Siguió así un cuarto de hora ó mas, hacién-

dose ya muy molesto para d'Anthouard y para todos nosotros, cuando Maire, un jóven, un teniente que tal vez conoces, se levanta y dice: «Si quiere ser emperador, séalo enhorabuena; pero para decir la verdad, no me gusta tal cosa.—Espíquese V, dijo el coronel, ¿quereis, ó no quereis?—No quiero, replicó Maire.—Está bien» Nuevo silencio. Empezamos á mirarnos unos á otros como personas que se ven por primera vez. Estaríamos aun así á no haber yo tomado la palabra. «Señores, dije, me parece, salvo mejor opinion, que eso no nos incumbe: la nacion quiere un emperador, ¿nos toca acaso á nosotros deliberar sobre ello? Este razonamiento pareció tan fuerte, tan luminoso, tan *ad rem*... ¿Qué quieres? Arrastré á la asamblea. Jamás orador tuvo éxito tan completo. Todos se levantan, firman y nos vamos á jugar al billar. Maire me decia: «A fé mia, comandante, hablais como Ciceron; pero decidme, ¿por qué deseais tanto que sea emperador?—Para concluir de una vez é irnos á hacer una partida al billar. Bonita cosa hubiera sido el quedarnos allí todo el dia. No, señor; pero V., ¿por qué se opone?—No lo sé, pero me imaginaba que habia nacido para algo mejor.» Esta fué la contestacion del teniente, que no me parece tan tonta. En efecto, ¿qué significa, dime? ¡un hombre como él, Bonaparte, soldado, jefe de ejército, el primer capitan del mundo, querer que se le llame Majestad! ¡Ser Bonaparte, y hacerse Sire! *Il aspire á descendre*: ¡qué error! se figura subir igualándose á los reyes. Prefiere un titulo á un nombre. ¡Pobre hombre! Sus ideas no están á la altura de su fortuna. Ya lo sòspeché cuando le ví dar su hermanita á Borghese, y creer que este le hacia demasiado honor.

La sensacion producida es débil. No se sabe bien todavia lo que todo eso significa: verdad es que bien poco nos importa, y apenas si lo recordamos.

Demanelle, segun imagino, no convocará asamblea. Se contenta con enviar las firmas y las consiguientes aseveraciones de entusiasmo, amor á la persona, etc.

Hé aquí nuestras nuevas; mándame las del pais en que estás, y como se ha representado la farsa entre vosotros. Casi lo mismo sin dudo.

Chacun baise en tremblant la main qui nous enchaîne

Con permiso del poeta, eso es falso. No se tiembla. Se quiere dinero y no se besa mas que la mano que paga.

Aquel César lo entendia mejor, y por eso era hombre de ma: peso. No tomó titulos gastados, sino que hizo de su propio nombre un titulo superior al de rey.

Adios, te esperamos aquí.

José de Maistre á su hija Constanza.

San Petersburgo, 1808.

4.—Así, pues, mi querida hija, despues de haber leído mi sermon sobre la ciencia de las mujeres, me estás preguntando, *¿de dónde proviene que están ellas condenadas á la medianía?* Con esto, me estás preguntando la razon de una cosa que no existe, y que jamás he dicho. De ningun modo están las mujeres, condenadas á la medianía, si bien, por el contrario, pueden ellas aspirar á lo sublime, pero á lo sublime *femenino*. Cada ser debe quedar en su esfera, y contentarse con las perfecciones que le han sido deparadas por la naturaleza. Aquí, poseo un perro, que es un chiche para todos; si á este se le antojase hacerse ensillar y embridar para trasportarme al campo, me fastiadiaria tanto como el caballo inglés de tu hermano, que, por hacer el papel de gracioso, imaginara saltar sobre mis rodillas ó tomar el café conmigo. El error de ciertas mujeres consiste en que se persuaden que, para ser distinguidas, deben serlo del mismo modo que los hombres. Nada hay mas erróneo que esto.

Es el perro y el caballo.

Séales permitido á los poetas el decir:

Le donne son venute in excellenza
Di ciascun arte ové hanno posto cura. (1)

Yo te hice ver lo que vale esto. Si una hermosa señora me hubiera preguntado, hace veinte años, «¿no creéis, señor, que podria una señora ser gran jeneral así

(1) Las Señoras han descollado en todas las artes de que se han ocupado.

como un hombre?» no hubiera dejado de contestarle : «sin duda, señora. Si mandaseis vos un ejército, se echaria el enemigo á vuestras plantas, como yo mismo lo estoy haciendo; nadie se atreveria á disparar un tiro, y entrarían en la capital enemiga al sonido de los violines y de los tamboriles.» Si me hubiese dicho ella: «¿Qué cosa me impide el saber en astronomía tanto como Newton?» le hubiera contestado con la misma sinceridad: «nada absolutamente, mi divina beldad; tomad el telescopio, los astros tendrán á mucha honra el ser mirados de soslayo por vuestros bellos ojos, y se apresurarán en revelaros todos sus secretos.» Hé ahí como se habla á las mujeres, en verso y aun en prosa. Pero, la que toma esto como dinero al contado, es muy necia.....

Por lo demás, mi querida hija, es preciso nada exajerar; creo que las mujeres, en jeneral, no deben engolfarse en conocimientos que contrarian sus deberes; pero estoy muy distante de creer que deban ser completamente ignorantes. No quiero que crean que Pekin está en Francia, ni que Alejandro el Grande pilló en matrimonio una hija de Luis XIV. La bella literatura, los moralistas, los grandes oradores, etc. bastan para dar á las mujeres toda la cultura que ellas necesitan.

Cuando hablas de la educacion de las mujeres que apaga el jenio, no reparas en que no es la educacion la que produce la debilidad, sino la debilidad la que permite esta educacion. Si existiera un pais habitado por amazonas, á quienes viniese la idea de proporcionarse una colonia de muchachitos para educarlos como se educa á las mujeres, pronto los hombres se conquistarían el primer puesto, y darian palmetazos á las amazonas. En una palabra, la mujer no puede ser superior sino en siendo mujer; pero, luego que quiere *emular* con el hombre, no es mas que un mono.

Adios, *monito*, te quiero casi tanto como á *Biribi*, quien, sin embargo, tiene una inmensa reputacion en San Petersburgo.

Del mismo á la misma.

5.—He recibido con gran placer, querida hija mia, tu última carta sin fecha. La he encontrado llena de buenos sentimientos y de buenos propósitos. Soy completamente de tu opinion: quien *quiere* una cosa la consigue: pero la cosa mas difícil del mundo es *querer*. Nadie puede saber cual sea la fuerza de la voluntad *aun en las artes*. Quiero contarte la historia del célebre Harrison de Lóndres. Éra, á principios del último siglo, un jóven aprendiz de carpintero en una apartada provincia, euando el Parlamento propuso un premio de diez mil libras esterlinas para el que inventara un reloj de ecuacion para el problema de las lonjitudes (si alguna vez tengo el honor de verte te explicaré eso). Harrison se dijo: *quiero ganar ese premio*. Echó á un lado la sierra y el cepillo, vino á Lóndres, se hizo aprendiz de relojero, *trabajó cuarenta años*, y ganó el premio. ¿Qué dices de ello, mi querida Constanza? ¿Se llama esto *querer*?

Amo el latin por lo menos tanto como el aleman; pero, continuó creyendo que es un poco tarde. A tu edad, sabia yo de memoria á Virjilio y compañía, y hacia cinco años poco mas ó menos que me ocupaba de eso. Se ha querido inventar *métodos fáciles*, pero no son mas que ilusiones. No hay métodos fáciles para aprender cosas difíciles. El único método es cerrar uno la puerta, hacer decir que no está en casa, y trabajar. Desde que se ha puesto en Francia á enseñarnos como es menester aprender las lenguas muertas, nadie las sabe, y es muy chusco que los que na las saben se empuñen en probar los vicios de los métodos empleados por nosotros que las sabemos. Voltaire ha dicho, segun lo que me cuentan (porque yo no sé nada de eso; jamas lo he leído entero, y hace treinta años á que no leo una línea suya), *que las mujeres son capaces de hacer todo lo que hacen los hombres*, etc. Este es un cumplimiento hecho á una mujer linda ó bien una de las mil y una tonteras que dijo en su vida. Lo contrario es precisamente la verdad. *Las mujeres no han hecho ninguna obra maestra en ningun jénero; no*

han hecho la *Iliada*, ni la *Eneida*, ni la *Jerusalen libertada*, ni *Fedra*, ni *Atalia*, ni *Rodoguna*, ni el *Misántropo*, ni el *Tartufo*, ni el *Jugador*, ni el Panteon, ni la Iglesia de San Pedro, ni la Venus de Medicis, ni el Apolo del Belvedero, ni el Perseo, ni el *Discurso sobre la historia universal*, ni el *Telémaco*. No han inventado el álgebra ni el telescopio, ni los anteojos acromáticos, ni la bomba hidráulica, ni la máquina de tejer, etc; pero han hecho algo mejor que todo eso; en su regazo se forma lo mas excelente que hay en el mundo: *un hombre honrado y una mujer honrada*. Si una señorita se ha dejado educar bien, si es dócil, modesta, piadosa, cria hijos que se le parecen y esta es la mejor obra maestra del mundo. Si no se casa, su mérito intrínseco, que es siempre el mismo, no deja de ser útil de una manera ó de otra. En cuanto á la ciencia, es una cosa muy peligrosa para las mujeres. Casi todas las mujeres sabias han sido desgraciadas ó ridículas por la ciencia. Ella las espone comunmente al *pequeño* peligro de desagradar á los hombres y á las mujeres. (Nada mas). A los hombres, que no quieren ser igualados por las mujeres, y á las mujeres, que no quieren ser sobrepasadas; la ciencia naturalmente gusta de aparecer; porque todos somos orgullosos. ¡Pues bien! ¡Hé aquí el peligro; porque la mujer no puede ser sabia impunemente sino á condicion de poner tanto esmero en ocultar lo que sabe como el otro sexo pone en mostrarlo. En esta materia, hija mia, no te creo fuerte; tu cabeza es viva, tu carácter decidido. No te creo capaz de morderte los labios cuando te venga la tentacion de hacer una pequeña escaramuza literaria. No puedes imaginarte cuantos enemigos me hice en otro tiempo por haber querido saber mas que mis buenos Allobrogos. Yo era ciertamente un hombre, puesto que despues me casé con tu madre. Piensa en lo que sucederá á una pobre señorita á quien se le antoja subiral trípode para pronunciar oráculos. ¡Mas fácil es que se case una coqueta que una mujer sabia. Porque, para casarse con una mujer sabia, es preciso no tener vanidad, lo que es muy raro; mientras que para casarse con una coqueta, basta ser loco, lo que es muy comun. El mejor remedio contra los inconvenientes de la ciencia en las mujeres, son precisamente las labores domésticas

de que se rien. Es menester aun hacerlas con afectacion para que lo sepan todas las comadres. El famoso Haller estaba un dia en Lausania, sentado al lado de una respetable señora de Berlin, muy bien emparentada, y, por lo demas, ridícula á mas no poder. La conversacion cayó sobre las masitas, artículo principal de la constitucion de ese país. La dama le dijo que ella sabia hacer catorce clases de masitas. Haller le pidió el detalle y la explicacion de eso. Escuchó pacientemente hasta el fin sin la menor distraccion y sin la menor señal de burlarse de la dama. La *senatrice* quedó tan encantada de la *ciencia* y cortesía de Haller que, en la primera eleccion, puso en juego todos sus sobrinos, toda su jeñtusa, toda su influencia, y le hizo alcanzar un empleo que jamas habria tenido él sin la manteca, y los huevos, y el azúcar y la pasta de almendra, etc. Ahora bien, mi queridísima h'ja, si Haller hablaba de masitas, ¿por qué no hablarías tú de medias y de calcetas? ¿Por qué no las harías tambien para tener parte en alguna *eleccion*? pues las *remendonas* influyen mucho en las elecciones. Conozco aquí una señora que gasta cincuenta mil francos al año en su tocador, aunque sea ya abuela, como podria yo ser abuelo si alguno hubiera querido ayudarme. Ella es muy amable y me quiere mucho, por mas que no le agrada á tu madre. De manera que no me sucede nunca pasar seis meses sin verla. Al fin y al cabo, se ha puesto á hacer calcetas. Es cierto que en cuanto ha concluido una media la arroja por la ventana y se complace en verla recojer. Dijele un dia que me gustaria mucho que tuviese la bondad de hacerme medias; y en el acto me pregunto cuantas queria. Le repliqué que no queria ser indiscreto y que me contentaria con *una*. ¡Grandes carcajadas! Me ha prometido bajo palabra de honor que me hará *una* media. ¿Quieres que te la envíe, mi querida Constanza? te inspirará tal vez el deseo de hacer calceta, en tanto que tu madre no te asigna cincuenta mil francos para tu tocador.

Por lo demas, confieso que si estais destinadas una y otra á no casaros, como parece que lo ha decidido la Providencia, la *instruccion* (no digo la ciencia) puede seros mas útil que á otras, pero es menester tomar todas las precauciones posibles para que no os perjudique. Es

menester sobretodo que os calleis la boca y que no hagais citas jamas hasta que seais *dueñas*.

Hé aquí, mi queridísima hija, una carta de pura moral. Creo sin embargo que mi sermoncito no te habrá hecho bostezar. En primera oportunidad escribiré á tu madre. Abraza á mi querida Adela y no dudes nunca del profundísimo respeto con que soy por toda la vida, tu buen padre.

Cuando me escribes en aleman, haces muy bien de escribirme en caractéres latinos. Esa letra tudesca no ha podido entrar todavía en mis ojos, ni, por desgracia, la pronunciacion en mis orejas.

Del Dr. Avellaneda al Sr. D. Cárlos Guido y Spano.

6.—Gracias, mi estimado amigo, por el volúmen de sus poesías que debo á su fina galantería.

Sabe Vd. que soy viejo admirador de sus bellos versos, griegos por sus formas artisticas, por el sentimiento de la belleza en la naturaleza visible, y al mismo tiempo delicados é íntimos por los sentimientos que espresan.

Su musa nació hacen dos mil años en Grecia; y al través de Lamartine y de Hugo, se la ve seguir por las márgenes del Céfiso los pasos de la dulce Erina, ó sorprender á las Ninfas lascivas al recojer las flores que brotaban sobre el musgo de sus aguas.

Ha debido Vd., como acaba de hacerlo otro jóven poeta en Francia, dedicar su armonioso volúmen á Hipatia, la bella y santa pagana que murió por los antiguos Dioses.

Ignoro si Sainte Beuve tenia razon al afirmar que en todos nosotros hay un poeta muerto jóven, al que el hombre sobrevive: pero puedo á lo menos decir por mí que á pesar del prosaismo de mi vida, sé comprender, sentir y amar al poeta que me envia con su libro lo mas noble y luminoso de su mente y lo mas íntimo de su ser.

Siempre suyo,

N. Avellaneda.

Del Sr. D. Carlos Guido y Spano al Dr. Avellaneda.

7. — He leído con sumo interés y gratitud la carta que me ha hecho Vd. el honor de dirigirme: tiene la gracia de un vaso antiguo cincelado en bronce de Corinto.

El docto Ministro que se desvela por el público bien, se ha dignado ensalzar la obra humilde de un simple alumno de las Musas. ¿Será acaso porque también él es de Arcadia?

La amistad, según Pitágoras, es una igualdad armónica. Sin duda aquel sentimiento ha inspirado á Vd. sus espresivas cláusulas: yo las recojo agradecido como un galardón, como una palma.—*Carlos Guido y Spano.*

Lejos del hogar.

A la Señora Doña Juana Manuela Gorriti.

I.

8.—Desde la orilla del río que los indios Mamaroh en su poético lenguaje *pariente del mar*, Paraná, sin duda por su magnificencia y el caudal de sus aguas correntosas que se dirijen al Océano, he visto muchas veces descender el sol, iluminando con sus últimos rayos las nubes que le acompañaban en su adiós, dejando, al ocultarse, la luz tan dulcemente melancólica del crepúsculo de nuestro país, de esa hora de inefable y serena hermosura, precursora de las noches argentinas, tranquilas y despejadas. ¿Las habeis olvidado? ¿Os acordais, señora, de esa luz crepuscular alumbrada por la cual jugariais sin duda siendo niña, cuando habitabais en vuestro hogar? Dicen que allá en vuestra provincia natal son bellisimas las tardes, perfumadas las auras, celeste el cielo, trasparente la atmósfera: ¡los niños aman tanto aquellas escenas! Y los que tienen vuestra alma, vuestro talento, vuestra inteligencia, deben haber amado aun mas en sus juegos infantiles los bellos espectáculos

de la naturaleza. ¿Los habeis olvidado? Vuestros libros responden por vos: los recordais aun, puesto que los describis herinoseándolos.

Cuando escuchéis el murmullo del Rimac, cuando contempleis el ocaso del sol, cuando las brisas rozen vuestra frente inspirada, señora, pensad que fué á la orilla de uno de los rios de vuestro país donde un compatriota vuestro leyó por primera vez vuestras obras.

Era la tarde; el sol descendia rodeado de nubes que en extrañas y fantásticas figuras se agrupaban, separándose al soplo de las auras para dejar lucir sus últimos y dorados rayos en su ocaso. Era una despedida amorosa de las nubes de su amante el sol, que les enviaba cariñoso su moribunda luz. Contemplaba estasiado aquel magnífico espectáculo: el Paraná corria murmurando entre los árboles de las islas, lamiendo el pié de las barrancas, y en el horizonte la silueta azul de los montes empezaba á envolverse en la húmeda atmósfera de las aguas que tan rápidamente pasaban para confundirse en el seno inmenso de su pariente el mar. ¿Cuántas miradas se habrian detenido sobre esa superficie suavemente ondulada y correntosa, que anda, anda, y no cesa en su curso sino mezclándose con las embravecidas olas del Océano?

Señora, yo tenia en las manos un libro, su título decia: *Recuerdos de la infancia*: era una hoja de album de un peregrino. Ese libro pintaba con coloridos tan maestros los cuadros como naturales eran las sombras y brillante la luz; habia tanta ternura en esas páginas y un *no sé qué* tan profundo de tristeza, que volví preocupado con la lectura de aquel libro y la contemplacion de aquella tarde.

La autora de ese libro erais vos, señora. Las aguas que, jugueteando, corrian presurosas, me recordaron las escenas de la niñez que corren tan veloces para confundirse despues en el inmenso dédalo social, ajitado, terrible, mezclado de tormentas y de lágrimas! Yo estaba como vos, señora, lejos del hogar de mi niñez! Como vos, á los recuerdos de la infancia se mezclaba el santo recuerdo de las tumbas: como á vos, esos recuerdos sacudian rudamente mi corazon para avisarme la ausencia eterna de mi padre! de mis hermanos! El hogar estaba triste ya para no alegrarse nunca; porque, do quiera que mis recuerdos de

niño me llevasen, sombras amigas me tendian las manos, pero eran sombras! porque ¡ay! algunas tumbas encierran ya el despojo de los míos!

Lejos del hogar! lloraba al recordar mi infancia, recuerdo que avivó la sentida descripción que haceis de la vuestra; vos me conmovisteis, pues, y mis lágrimas cayeron sobre las bellisimas páginas de vuestro libro.

II.

¡Recuerdos de la infancia! escenas placenteras y seductoras que pasasteis veloces para no volver y que estais ahora mezcladas con las agitaciones de la vida ¡adios! Recuerdos evocados por la lectura de vuestro libro, reminiscencias inolvidables de la primera edad, refrescad mi frente preocupada por la narracion seductora de las vuestras!

Ayudada por vuestra memoria y á la triste luz de la lámpara del proscripto, habeis reconstituido el Chamical, sus edificios derruidos, sus arboledas, sus jardines, y habeis evocado los recuerdos que quedaron grabados en la ardiente é impresionable imaginacion de la que entonces era niña. Al hacerlo, se han levantado, para ayudar vuestra memoria, la sombra de los muertos, y vuestras reminiscencias están empapadas en lágrimas, escritas á la sombra melancólica de las tumbas!

Cada una de esas páginas encierra una ternura tan profunda, la luz de los cuadros está mezclada de medias tintas tan propias, que al leer vuestros *Recuerdos de la infancia*, parece sentirse el aire que mecia las arboledas que describis y distinguirse la suave luz de la luna en los corredores del Chamical, y la ilusion fascina: impresionais, señora, con vuestras descripciones. Hay sin embargo en la suave melodía de vuestro lenguaje y en el jiro espontáneo de vuestros pensamientos, un no sé qué de melancolía que se asemeja al canto triste del bardo.

Escribis lejos del hogar! ya no teneis á vuestro lado á los que os amaron en la niñez, á los que os acompañaron en vuestros juegos: ya no mirais aquellas arboledas, aquellas flores, aquellos matorrales y aquella hermosisima campiña de vuestro pais, el Chamical no existe! Algunas tumbas han ido quedando en el camino de la vida, ami-

gos y compañeros que fatigados duermen el sueño de la muerte!

Tambien yo escribo lejos de mi hogar; tambien duermen el sueño de la muerte aquellos que alegraron mi niñez! Los recuerdos de la infancia que habeis evocado, señora, en vuestro precioso libro, despertaron en mi memoria el recuerdo de la mia. El ángel de la muerte me pareció se levantaba desplegando sus alas á la luz moribunda del crepúsculo, para decirme «tu hogar está desierto.» ¡Ay! señora, vuestro libro ha sido para mí la evocacion terrible de los espíritus del mundo de los sueños y de las visiones!

III.

A pesar de la ausencia, no olvidais la patria. Vuestros libros están llenos de recuerdos de la tierra natal; recuerdos embellecidos por el santo amor del peregrino, engalanados por vuestra poesía, vivificados por vuestros sentimientos. *El guante negro—Los recuerdos de la infancia—El lucero del manantial*—son preciosas producciones que encierran suavísimos perfumes y vagas armonías, que revelan que sufris el *mal del país*, la nostalgia! ese dolor misterioso de los que viven lejos de la patria y de sus lares. Es imposible leer vuestros libros sin sentirse engreido al reconoceros argentina; porque las escenas son argentinas y argentinos los héroes de vuestras novelas.

En vuestros libros se encuentra naturalidad en el argumento, verdad sostenida en los caracteres, fuego y colorido en los cuadros, moralidad consoladora en las tendencias y un espíritu tranquilo dirige el desarrollo de los detalles; el conjunto halaga el corazón. Vuestras novelas merecen ser analizadas: habeis aprendido á contemplar lo bello en las obras de Dios y dais á las vuestras una originalidad tan natural como sencilla.

Hay en la delicadeza de los sentimientos que pintais y en las escenas que describis, ese esquisito tacto que revela el corazón de la mujer; la lectura de vuestros libros produce el efecto de las brisas perfumadas: embelesan y encantán.

Hablais de la patria con entusiasmo, amais la libertad

como un culto, y en vuestros libros palpitan estos sentimientos de un modo fascinador.

Vuestros escritos enriquecen las letras americanas y honran la patria de vuestro nacimiento; no desmayéis, señora, en vuestra brillante carrera de escritora.—¡Adelante! ¡adelante! el porvenir es vuestro, y la celebridad recompensará vuestras tareas. Desde la orilla del Paraná, lejos como vos, señora, del hogar paterno, tributo entusiasmado el homenaje debido á vuestro talento.—V. G. Quesada.—Paraná, 1861.

Lord Chesterfield á su hijo.

Bath, 28 de Junio de 1742.

Mi querido hijo:

3.—Tus promesas me causan gran placer, mas el cumplimiento de ellas, con que cuento, me lo procurarán aun mayor. Estoy seguro de que conoces que el faltar á tu palabra es una locura, una deshonra y un crimen: locura, porque nadie te creerá en lo sucesivo; deshonra y crimen, porque la verdad es el primer deber de la religion y de la moral, y no pudiendo suponerse que el que to quebranta posee ninguna otra buena cualidad, llegará indispensablemente á ser aborrecido de Dios y de los hombres. En tal virtud, espero de tu veracidad y honor que, ademas de tu promesa, harás lo que tu propio interés y ambicion deben aconsejarte, que es sobresalir en cuanto emprendas. Cuando yo tenia tu edad me habria avergonzado de que alguno de mis condiscipulos supiese su leccion ó jugase á cualquier cosa mejor que yo, y no habria descansado un momento hasta no aventajarle. Julio César, que tenia una noble sed de gloria, acostumbraba decir que preferia mas ser el primero en una aldea, que el segundo en Roma; y aun lloraba delante de la estatua de Alejandro el Grande, al reflexionar que este, á la edad de treinta años, se habia cubierto de mas gloria que la que él habia adquirido siendo de mayor edad. Estos son los sentimientos que elevan á un hombre, y el que carece de ellos vejetará en la os-

curidad y el desprecio, al paso que el que tratare de sobresalir en todo, estará á lo menos seguro de lograrlo en muchas cosas. El único medio de que te distingas con honor es atender constantemente á lo que aprendas, y así no tendrás necesidad de trabajar la mitad del tiempo que de otro modo seria necesario empleases. Una aplicacion dilatada, difícil é infructuosa, solo es propia de los espíritus limitados, á la vez que las almas despejadas atienden regularmente y aperciben al instante cualquiera cosa. Una de dos: ó quieres atender á tu leccion y de este modo aventajar á tus compañeros, adquirir reputacion y proporcionarte mas tiempo para divertirte, ó prefieres descuidar tu leccion y dejar así que te tomen la delantera otros jóvenes aun menores que tú, sufrir que se burlen de tí, como de un zote, y no tener tiempo para divertirte, porque te aseguro que si no adelantas, tampoco permitiré que juegues. ¿Cuál es pues el medio para alcanzar esa perfeccion que me has prometido? Es, primero, cumplir con tu deber para con Dios y los hombres, porque sin eso todo lo demás no vale nada; segundo, adquirir grandes conocimientos sin los cuales serias hombre despreciable aun cuando fueses honrado; y finalmente, observar las reglas de la urbanidad y buena crianza, porque sin esto serias incómodo y desagradable en la sociedad aun cuando fueses instruido y honrado.

Ten presente estas tres cosas y resuélvete á sobresalir en ellas, puesto que son de lo mas útiles y necesarias para este mundo y para el otro. A medida de los progresos que en ella hicieres, ganarás el afecto y ternura de quien es Tuyo.

Mad. de Sevigné á su hija.—En los rochers.—1671.

10.—Ya sabeis que soy siempre algo tenaz en mis lecturas; las personas á quienes hablo tienen interés en que lea buenos libros; el que leo es la *Moral* de Nicole, donde hay un tratado sobre el arte de vivir en paz con los hombres, que me encanta; no he visto nada mas útil, ni tan lleno de ingenio y de luz. Si no le habeis

leído, leedle; si le habeis leído, volvedle á leer con nueva atencion: creo que todos nos encontramos en él; por mi parte, estoy persuadida de que ha sido compuesto para mi; tambien espero sacar de él algun provecho y lo procuraré con todo empeño. Ya sabeis que no puedo aguantar que los viejos digan: Soy demasiado viejo para corregirme; mas bien perdonaria á los jóvenes que dijese: soy demasiado joven. La juventud es tan amable que habria que adorarla, si el alma y el ingenio fuesen tan perfectos en ella como el cuerpo; pero cuando uno ya no es joven, entonces es cuando hay que perfeccionarse y hacer lo posible por ganar en las cualidades buenas lo que se pierde en las agradables. Mucho tiempo ha que he hecho estas reflexiones y por esta razon quiero trabajar todos los dias en mejorar mi ingenio, mi alma, mi corazon y mis sentimientos. De esto tengo hoy llena la cabeza, y de esto, lleno mi carta, no teniendo otros muchos asuntos de que hablaros.

Os creo en Lambesc, pero no os veo bien desde aquí: hay sombras en mi imaginacion que os ocultan á mi vista. Ya me representaba por completo el palacio de Grignan, veia vuestra estancia, me paseaba por vuestra azotea, oia misa en vuestra hermosa iglesia, pero ahora he perdido la brújula: aguardo con impaciencia nuevas de ese sitio y de como es el obispo. En mi último paquete habia una carta que me daba mucha esperanza. Aunque habeis dejado pasar dos ordinarios sin escribirme, espero un poco el viérnes tener carta vuestra, y si no la tengo, habeis sido tan previsora que no estaré con cuidado; hay cuidados, como por ejemplo ese, que demuestran tanta bondad, tanto cariño y ternura, que en verdad encantan. *Amen*, queridísima mia y muy amable; no quiero escribiros mas hoy, aunque me sobra el tiempo: no tengo mas que fruslerías que contaros y sería abusar de una teniente jenerala que tiene mucho que hacer y eso es bueno cuando estais en vuestro palacio de Apollidon. Nuestro abad, nuestro La Mousse son siempre todos vuestros, y en cuanto á mi, hija mia, no necesito deciros lo que soy para vos y lo que sois para mí.

El conde de Guiche es en la corte el único de su aire y modales; un héroe de novela que no se parece á los otros hombres: esto me escriben.

El Padre Isla á un amigo.

11. — Amigo y Señor: — Estoy vivo, robusto, alegre, flaco y viejo; voy á entrar en los 70 años. No me morí á tres jornadas de Turin, llamada del rey de Cerdeña, segun dijeron en Bilbao, no sé para qué.

Nada tengo y nada me falta, porque estoy mas contento que cuando me sobraba todo. He tenido gran consuelo en saber de VV. dos ó de V. uno. Este pais (*Bolonia*) no puede ser mas delicioso, ni la ciudad mas magnífica, ni la jente noble mas tratable: limpieza, policia y cultura: espresiones, cuantas V. quiera, mas no se hable de otra cosa. Los templos y edificios públicos, soberbios palacios suntuosos, muebles especiales, calles espaciosas; literatos á pasto, academias como paja, plaza abundantísima, comercio grande y bullicioso, hombres que corren, damas que vuelan y frailes que bailan.

Este es el pueblo en donde vivo. Las campañas, jardines, palacios, casinos, bosques, huertas, arroyos, rios, pozos, fuentes, y en una misma pieza, viña, monte, tierra y huerta. Los caminos públicos, como las calles de los jardines de Aranjuez: los alimentos, de bella apariencia, pero de poca sustancia. El vino es la mitad agua, pero sabe á vino. Las damas mas damas le beben, como allá se bebe la orchata. Puede haber hidrópicos, pero no borrachos, hablo del vino venal. — Está V. obedecido en la descripcion que me pide de esta rejion, y lo estará siempre en todo lo que dependiere de mi. Lo mismo digo al otro V. y lo rubrico. — *Isla*.

De D. Antonio de Guevara á D. Enriquez.

12. — Magnífico señor y mi amigo antiguo: Valdivia, vuestro solicitador, me dió una carta, la cual parecia bien ser de su mano escrita; porque tenia pocos renglones y muchos borrones. Si como os hizo Dios caballero, os hiciera escribano, mejor maña os diérais á entindar cordovanes, que á escribir procesos. Siempre trabajad, señor, en que si escribiéredes al-

guna carta mensajera, que los renglones sean derechos, las letras juntas, las razones apartadas, la letra buena, el papel limpio, la nema sutil, la plegadura igual, y el estilo claro; porque es la ley de corte, que en lo que se escribe se muestre la prudencia, y en la manera de escribir se conozca la crianza. En la carta que me fué dada, se contenian muchas preguntas debajo de muy pocas palabras: y que, por una turquesa, hagamos ambos á dos bодоques, será pues el caso, que á cada pregunta responderé una sola palabra.

Preguntáisme, señor, que ¿á qué vine á la corte? Y á esto os respondo, que no vine de mi voluntad, sinó que me constringió necesidad; porque, en el debate y pleito que traemos la iglesia de Toledo y yó, fuéme necesario venirme á disculpar, y al pleito desmasañar. Decíme, señor, ¿qué es lo que hago en la corte? Y á esto os respondo, que segun mis contrarios me siguen, y mis negocios se alargan, que ninguna cosa hago sinó que me desahogo.

Decíme, señor, que os escriba ¿qué es la cosa en que mas ocupo el tiempo? Y á esto os respondo, que segun los cortesanos tenemos por oficio, mal querer, cizañar, blasfemar, holgar, mentir, trafagar y maldecir; con mas verdad podremos decir del tiempo, que le perdemos, que no le empleamos. Decíme, señor, que ¿quiénes son los con quien mas converso en esta corte? Y á esto os respondo, que es de tan mal viduño la corte y su jente, que los que en ella andamos, y donde niños nos criamos, no es nuestro estudio buscar con quien conversamos, sinó en descubrir de quienes nos guardamos. Apenas tenemos tiempo para defendernos de los enemigos. ¿Y quereis que nos ocupemos en buscar nuevos amigos? En las cortes de los príncipes, yo confieso, que hay conversacion de personas, mas no hay confederacion de voluntades; porque aquí la enemistad es tenida por natural, y la amistad por peregrina.

Es de tal condicion la corte, que los que mas se visitan, peor se tratan, y los que mejor se hablan, peor se quieren. Los que andan en las cortes de los príncipes, si quieren ser curiosos, y no necios, hallarán muchas cosas, de qué de espantar, y muchas mas de qué se espantar.

Otras cosas hay en esta corte á buen precio, ó por mejor decir, á buen barato: es á saber, crueles mentiras, nuevas falsas, amistades finjidas, envidias continuas, malicias dobla-

das, palabras vanas, y esperanzas falsas: de las cuales, las siete cosas tenemos en esta corte tanta abundancia que se pueden poner tiendas, y pregonar ferias. Preguntáisme, señor, si hay buena espedicion en los negocios, porque queriades enviar á despachar algunos. A esto os respondo, que segun las cosas de la corte son pesadas, enojosas, prolijas, costosas, intrincadas, malhadadas, desaseadas, suspiradas, lamentadas y marañadas; téngome por dicho, que si son los diez despachos van noventa desesperados. Escribíisme, señor, que os escriba, si hay hoy año buena feria aquí en Medina. A esto os respondo, que como yo soy cortesano y pleiteante; y no tengo mercadería que vender, y menos dineros, con que las comprar, ni sé de qué la loar, ni hallo de qué me quejar, mas que de, andando por esta feria, veo en estas tiendas de burgaleses tantas cosas ricas y apacibles, que en mirarlas tomo gozo, y de no poderlas comprar, tomo pena . . . Muchas veces he tornado á leer vuestra carta, y no he hallado mas que responder á ella: que á la verdad mas parecia interrogatorio, para tomar testigos, que no carta para amigos. No quiero mas decir, sino que escapo de escribiros muy cansado, y aun enojado, no de responder á la carta, sinó de construir maldita letra. Nuestro señor sea en vuestra guarda, y á mí me dé gracia para que le sirva. De Medina del Campo, á 5 de Junio, año de 1532. — *Guevara.*

El sí de las niñas.

ESCENA 1ª.

Don Diego, Simon.

13.—*Don Diego.* ¿No han venido todavía?

Simon. No, señor.

Don Diego. Despacio la han tomado por cierto.

Simon. Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara. . . .

Don Diego. Sí. Yo no digo que no la viese: pero, con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

Simon. Ello tambien ha sido estraña determinacion la

de estarse V. dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir....Y, sobretudo, cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

Don Diego. Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

Simon. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay mas en esto que haber acompañado V. á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

Don Diego. Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

Simon. Adelante.

Don Diego. Algo, algo....Ello, tú lo has de saber, y no puede tardarse mucho....Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas....Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad....Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

Simon. Sí, señor.

Don Diego. Pues bien....Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

Simon. Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

Don Diego. Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita; pero, mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leído muchas de las cartas que escribia; he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara: en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos días; y á decir verdad, cuantos ojos hicieron de ella me parecen escasos.

Simon. Sí, por cierto....Es muy linda y....

Don Diego. Es muy linda, muy graciosa, muy humilde....Y, sobre todo, aquel candor, aquella inocencia. Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí....Y talento....sí, señor, mucho talento....Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es....

Simon. No hay que decírmelo.

Don Diego. ¿No? ¿Por qué?

Simon. Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

Don Diego. ¿Qué dices?

Simon. Excelente.

Don Diego. ¿Con qué al instante has conocido....?

Simon. ¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole á V. que me parece muy buena boda: buena, buena.

Don Diego. Sí, señor....Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

Simon. Seguro que sí.

Don Diego. Pero, quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

Simon. Y eso hace V. muy bien.

Don Diego. Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaría quien murmurase y dijese que era una locura, y me....

Simon. ¿Locura? ¡Buena locura!....¿Con una chica como esa, eh?

Don Diego. Pues ya ves tú. Ella es una pobre....Eso sí....Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo: he buscado modestia, recojimiento, virtud.

Simon. Eso es lo principal....Y sobre todo, lo que V. tiene ¿para quién ha de ser?

Don Diego. Dices bien....¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?....Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de istérico, viejas, feas como demonios....No, señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos.... Y deja que hablen y murmuren y....

Simon. Pero, siendo á gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

Don Diego. No, yo ya sé lo que dirán; pero.... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporción en la edad, que....

Simon. Vamos, que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas.

Don Diego. ¿Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete ú

ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años, pocos meses ha.

Simon. ¿Y bien, qué?

Don Diego. Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años, no hay quien me los quite.

Simon. Pero, si yo no hablo de eso.

Don Diego. ¿Pues, de qué hablas?

Simon. Decía que... Vamos, ó V. no acaba de explicarse, ó yo le entiendo al revés.... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

Don Diego. ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

Simon. ¿Con usted?

Don Diego. Conmigo.

Simon. ¡Medrados quedamos?

Don Diego. ¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?

Simon. ¡Y pensaba yo haber adivinado!

Don Diego. ¿Pues que creías? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

Simon. Para don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias.... Para ese, juzgué que se guardaba la tal niña.

Don Diego. Pues no señor.

Simon. Pues bien está.

Don Diego. ¡Mire V., qué idea! ¡Con el otro la había de ir á casar!.... No señor, que estudie sus matemáticas.

Simon. Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

Don Diego. Que se haga hombre de valor y....

Simon. ¡Valor! ¿Todavía pide V. mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó V. entonces del valor de su sobrino; y yo le ví á V. mas de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

Don Diego. Sí, señor, todo es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

Simon. Si está V. bien seguro de que ella le quiere,

sino la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre....

Don Diego. ¿Pues no ha de serlo?...¿Y qué sacarian con engañarme? Ya ves tú la relijiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendás; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija: púes todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer. La criada que la ha servido en Madrid, y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo, me ha informado de que jamás observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detras de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupacion y sus diversiones....¿Qué dices?

Simon. Yo, nada, señor.

Don Diego. Y no piensas tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se esplique conmigo en absoluta libertad....Bien que aun hay tiempo....Solo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla....Y es muy buena mujer, buena....

Simon. En fin, señor, yo desearé que salga como V. apetece.

Don Diego. Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto....¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

Simon. ¿Pues qué ha hecho?

Don Diego. Una de las tuyas....Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid....Y me costó buen dinero la tal visita....En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza á su rejimiento....Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid, recibí la noticia de su llegada.

Simon. Sí, señor.

Don Diego. Y que siguió escribiéndome, aunque algo pe-
rezoso, siempre con la data de Zaragoza.

Simon. Así es verdad,

Don Diego. Pues el pícaro no estaba allí cuando me es-
cribía las tales cartas.

Simon. ¿Qué dice V.?

Don Diego. Si, señor. El día 3 de julio salió de mi
casa, y á fines de setiembre aun no había llegado á sus
pabellones....¿No te parece que para ir por la posta hizo
muy buena diligencia?

Simon. Tal vez se pondría malo en el camino, y por
no darle á V. pesadumbre....

Don Diego. Nada de eso. Amores del señor oficial y de-
vaneos que le traen loco....Por ahí, en esas ciudades,
puede que....¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos
negros, ya es hombre perdido....¿No permita Dios que
me le engañe alguna bribona de estas que truecan el ho-
nor por el matrimonio!

Simon. ¡Oh! No hay que temer....Y si tropieza con
alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para
que le engañe.

Don Diego. Me parece que están ahí....Sí. Busca al
mayoral, y dile que venga, para quedar de acuerdo en la
hora á que deberemos salir mañana.

Simon. Bien está.

Don Diego. Ya te he dicho que no quiero que esto se
trasluzca, ni....¿Estamos?

Simon. No hay miedo que á nadie lo cuente.

ESCENA V.

Doña Irene, Don Diego.

Irene.—Es muy jitana y muy mona, mucho.

Diego.—Tiene un donaire natural que arrebatá.

Irene.—¿Qué quiere V.? Criada sin artificios ni embele-
sos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su
madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su co-

locacion; no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de V., que tanto se ha empeñado en favorecerla.

Diego.—Quisiera solo que se esplicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y

Irene.—Oirá V. lo mismo que he dicho ya.

Diego.—Sí, no lo dudo; pero el saber que le merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

Irene.—No tenga Vd. sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero, hágase V. cargo de que á una niña no le es licito decir con injenuidad lo que siente. Mal pareceria, Señor Don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero á V.

Diego.—Bien: si fuese un hombre á quien hallara por casualidad en la calle, y le espetara ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa, que Además, que hay ciertos modos de esplicarse

Irene.—Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de V., y en todo me manifiesta el particular cariño que á V. le tiene. ¡Con qué juicio hablaba ayer noche, despues que V. se fué á recojer! No sé lo que hubiera dado porque hubjese podido oirla.

Diego.—¿Y qué? ¿Hablabá de mí?

Irene.—¡Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta!

Diego.—¡Calle! ¿Eso decia?

Irene.—No, eso lo decia yo, y me escuchaba con una atencion, como si fuera una mujer de cuarenta años, lo mismo ¡Buenas cosas le dije! Y ella que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo ¿Pues no da lástima, señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el día? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos; ella niña, sin juicio ni experiencia, y él niño tambien, sin asomo de cordura, ni

conocimiento de lo que es mundo. Pues, Señor, (que es lo que yo digo) ¿quién ha de gobernar la casa? ¿Quién ha de mandar á los criados? ¿Quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien, que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante que da compasion.

Diego.—Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos, que carecen del talento, de la esperiencia, y de la virtud, que son necesarias para dirigir su educacion.

Irene.—Lo que sé decir á V. es, que aun no habia cumplido los diez y nueve, cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto Don Epifanio, que esté en el Cielo: y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso, y al mismo tiempo, mas divertido y decidor. Pues para servir á V., ya tenia los cuarenta y seis muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

Diego.—Buena edad; no era niño; pero . . .

Irene.—Pues á eso voy . . . Ni á mi podia convenirme en aquel entónces un boquirrubio con los cascos á la jineta. No Señor . . . y no es decir tampoco que estuviere achacoso ni quebrantado de salud; nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana: ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecia que le amagaba de cuando en cuando; pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y encinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se murió de al-fombrilla.

Diego.—¡Oiga! Mire V. si dejó sucesion el bueno de Don Epifanio.

Irene.—Sí, señor: ¿pues por qué no?

Diego.—Lo digo porque luego saltan con . . . Bien que si uno hubiera de hacer caso . . . ¿Y fué niño ó niña?

Irene.—Un niño muy hermoso. Como una plata era el anjelito.

Diego.—Cierto que es consuelo tener, así, una criatura, y . . .

Irene.—¡Ay, Señor! Dan malos ratos; ¿pero qué importa? Es mucho gusto, mucho.

Diego.—Yo lo creo.

Irene. — Sí, señor.

Diego. — Ya se vé que será una delicia, y . . .

Irene. — ¡Pues no ha de ser?

Diego. — Un embeleso, el verlo jugar y reír, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

Irene. — ¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero lo aseguro á V. que....

— *D. Leandro Fernandez Moratin.*

Anjelo, tirano de Padua.

ESCENA PRIMERA.

La Tisbe, Anjelo Malipieri, Homodei dormido.

1.ª. — *Tisbe.* Sí, monseñor, sois aquí el magnífico podestá, el dueño absoluto de Padua, el que con pleno y libre poderío dispone de la vida ó de la muerte. Sois el enviado de Venecia; y en donde quiera que os presentais, allí parece que está la faz y la majestad de la república. Si pasais por una calle, monseñor, ciérranse los balcones y ventanas; los que transitan por ella huyen unos de otros, y todo tiembla dentro de las casas. Los pobres paduanos, cuando se ven delante de vos, tienen la misma serenidad y valor que los habitantes de Constantinopla en presencia del gran turco. Ni mas, ni menos. En Brescia, donde yo he estado tambien, es muy diferente. Seguro es que Venecia no osaria tratar á Brescia como trata á Padua; Brescia sabria volver por sí; porque cuando Venecia alza el brazo para herir, Brescia muere, y Padua lame la mano. Es mucha vergüenza esto. Pero, aunque seais el amo y señor de toda la ciudad, y, ademas con pretensiones de serio tambien mio, habeis de saber, monseñor, que quiero deciros la verdad muy clara. No os asusteis: no voy á hablar de asuntos del Estado, sinó de los vuestros. Porque, dígolo otra vez, sois un hombre tan particular que no hay quien os comprenda, ni yo entiendo como podais estar enamorado de mí, y tener celos de vuestra mujer.

Anjelo. — Tambien tengo celos de vos, señora.

Tisbe. — No es menester que lo digais; y eso, que ignoro cuales sean vuestros derechos para mandar en mí. Aquí me tienen todos por dama vuestra; por mujer que todo lo puede con vos; pero ya sabéis que esto no es cierto.

Anjelo. — Magnífica ha estado la función.

Tisbe. — Ya se ve, como soy una pobre cómica de teatro, se me permite que dé saraos á los senadores y que procure divertir á nuestro dueño, aunque por hoy no puedo decir que lo haya logrado. Mas mustia teneis la cara que negra es mi careta. Las luces de la función se cuentan á cientos; pero nada basta á disipar la sombra de vuestro rostro. Deberiais pagar con vuestra alegría mi esmero en distraeros y recrearos. Vamos, monseñor, reíos un poco.

Anjelo. — Sí, ya me río. — ¿No me dijisteis que era hermano vuestro ese jóven que ha venido con vos á Padua?

Tisbe. — Mucho que sí. ¿Y qué tenemos?

Anjelo. — Ya ví que le hablasteis ahora poco. ¿Y quién era el otro que le acompañaba?

Tisbe. — Un amigo suyo; un vicentino, llamado Anafesto Galeofa.

Anjelo. — Y vuestro hermano, ¿cómo se llama?

Tisbe. — Rodolfo, monseñor, Rodolfo. Mas de cien veces os lo tengo ya dicho. ¿Y es esta toda la agradable conversacion que guardais para mí?

Anjelo. — Perdonad, Tisbe; no volveré á haceros mas preguntas. Ayer hicisteis de un modo admirable el papel de Rosmonda. Sabed que este pueblo debe darse por feliz en teneros en su teatro, y que toda la Italia, al admirar vuestros talentos, envidia á estos mismos paduanos que os causan tanta compasion. ¡Ay, Tisbe! los aplausos que os tributan son amargos para mí, porque me abrazan los celos, cuando pienso que son tantos los ojos que gozan de vuestra hermosura. — Y decidme, Tisbe, ¿quién era aquel máscara que os habló esta noche entre las dos puertas?

Tisbe. — Perdonad, Tisbe; no volveré á haceros mas preguntas. — Bien se cumple. Ese hombre, monseñor, era Virjilio Tasca.

Anjelo. — ¿Mi teniente?

Tisbe. — Vuestro esbirro ó alguacil.

Anjelo. — ¿Y qué queriais con él?

Tisbe. — No fabricaríais malos castillos en el aire si á mí se me antojara no deciroslo.

Anjelo. — ¡Tisbe!

Tisbe. — No incomodarse, que yo soy franca y contaré toda la historia. ¿Sabeis quién soy yo? una pada, una mujer de la plebe, una cómica, una cosa que hoy acariciáis y mañana despreciareis, una pura comedia. Pero así, tan poco como soy, tuve una madre. ¿Sabeis lo que es tener una madre? ¿la habeis tenido, vos? ¡sabeis lo que es ser una criatura tierna, pobre, débil, desnuda, miserable, hambrienta, sin ningun arrimo en el mundo, y conocer y sentir que teneis cerca de vos, á vuestro lado, en donde quiera que esteis, andando, si andais; parándose, si os parais; sonriendo, si llorais, una mujer . . . no, hasta ahora nadie sabe si es mujer, porque es un ánjel quien os enseña á hablar, á reir, á amar también; quien calienta vuestros dedos entre sus manos, vuestro cuerpo en su regazo, vuestra alma en su corazon; quien os da su leche cuando sois pequeñuelo, su pan cuando estais crecido, y su vida siempre; á quien decís, ¡madre mía! y quien os responde, ¡hija mía! de un modo tan dulce, que el cielo mismo se regocija de escuchar ambas palabras! Pues bien, yo tenia una madre así. Era una pobre mujer, sin marido, que cantaba canciones morlacas en las plazas públicas de Brescia. Yo la acompañaba; nos daban algunas monedas, y estos fueron los principios de mi vida. Donde mi madre se paraba siempre era al pié de la estatua de Gatta-Melata. Un dia parece que cantaba una copla, cuyo sentido no comprendia, ni ciertos versos que parece eran ofensivos á la señoría de Venecia, y que arrancaban grandes risotadas á los criados de un embajador que nos estaban escuchando. Un senador que pasaba por allí miró, oyó, y dijo á un capitán que le acompañaba: «Esa mujer á la horca.» Estas cosas se hacen muy pronto en Venecia. Al instante echaron mano á mi pobre madre; no habló ni una sola palabra: ¿de qué le hubiera servido? Me cogió en sus brazos; tomo su crucifijo, y se dejó maniar. Me parece que estoy viendo ahora el crucifijo: de cobre muy lindo. Al pié de la cruz está mi nombre, Tisbe, toscamente puesto con la punta de una navaja. Diez y seis años tenia yo entonces, y veia á aquellos hombres maniar á mi madre, sin poder hablar, ni gritar, ni llorar, inmóvil, he-lada, muerta como en un sueño. Cuantos estaban allí, ca-

llaban también. Pero el senador llevaba de la mano á una niña, sin duda su hija, que se compadeció mucho de nosotras. ¡Una niña hermosísima, monseñor! ¡Anjelito! Se abrazó á las rodillas del senador, lloró tanto y con tanto calor, con tan bellos ojos, que alcanzó el perdón de mi madre. Sí, monseñor, lo alcanzó. Cuando mi madre se vió suelta, me besó, mojándome la cara con sus lágrimas: tomó su crucifijo y se lo dió á la hermosa niña, diciendo: «Señorita, guardad este crucifijo y no sereis desdichada.» Pasado esto, mi madre se murió; ¡santa mujer! yo me he hecho rica, y quisiera ver otra vez á esa criatura, á ese ángel que salvó á mi madre. ¿Quién sabe? ya será una mujer, y por lo tanto desgraciada. Tal vez la pudiera yo servir ahora. A cualquier pueblo donde llego, busco al esbirro, al alguacil, á los hombres de la policía; les refiero el caso, y al que me encuentre á esta mujer que busco, ofrezco darle diez mil cequies de oro. Aquí tenéis el motivo que me hizo hablar entre las dos puertas á vuestro alguacil Virjilio Tasca. ¿Quereis saber más?

Anjelo. — ¡Diez mil cequies de oro! ¿Y qué daríais á esa mujer misma si llegaseis á encontrarla?

Tisbe. — Mi vida, si la quiere.

Anjelo. — ¿Pero, cómo podreis conocerla?

Tisbe. — Por el crucifijo de mi madre.

Anjelo. — ¡Toma! lo habrá perdido.

Tisbe. — No por cierto. Nadie pierde lo que gana de esa manera.

Anjelo. — (*Reparando en Homodei.*) ¡Señora! ¡Señora! ahí está un hombre. ¿Sabeis que hay un hombre ahí? ¿Qué hombre es ese? ¿Quién es?

Tisbe. — (*Riendo á carcajadas*) Vaya, vaya; mucho que lo sé. Hay un hombre, y por más señas que está durmiendo y con muy buen sueño. ¿Ireis ya á concebir sospechas? Es mi pobre Homodei.

Anjelo. — ¡Homodei! ¿Quién es ese Homodei?

Tisbe. — Este Homodei es un hombre, monseñor, como yo, yo la Tisbe, soy una mujer. Homodei es un maestro de guitarra que el señor primiciero de San Marcos, muy amigo mio, me envió, poco ha, con una carta que os enseñaré, celoso de Satanás; y no venia sola, porque le acompañaba un regalo.

Anjelo. — ¿Cómo es eso?

Tisbe. — Toma, un verdadero regalo veneciano, una caja,

cuyo contenido se reduce á dos pomitos, uno blanco y otro negro. En el blanco hay un narcótico muy activo que hace dormir sobre doce horas con un sueño muy parecido á la muerte; y en el negro, hay veneno, de ese terrible veneno que Malaspina dió al papa en una pildora de acibar, como ya sabeis. El señor primiciero me dice que esto puede servir en un lance; vamos, una galantería, como podeis conocer. Y concluye su carta previniéndome que el portador del regalo es un tonto incapaz de sacramentos. Quince dias hace que se halla aquí; y bien pudierais haberlo visto, porque come en mi casa, duerme donde le viene mas á mano, y anda tocando y cantando hasta que se vaya á Vicencio. Ahora vino de Venecia. Así anduvo tambien mi pobre madre, de pueblo en pueblo. Estará conmigo todo el tiempo que quiera. Esta noche ha entretenido algunos ratos á nuestros convidados; pero, sin duda, no debe gustarle mucho la fiesta cuando se ha dormido. Buena prueba de que es tonto.

Anjelo. ¿Me respondereis de ese hombre?

Tisbe. Vamos, ¿quereis burlaros? Bravo motivo para ese sobresalto. Un maestrillo de guitarra, un idiota, un hombre dormido. Dejemos eso, y decidme por Dios, señor podestá, qué teneis ó qué os inquieta. No parece sino que vuestras ocupaciones se reducen todas á estar siempre preguntando quién es este, quién es aquel. De todos sospechais: ¿Teneis celos, ó teneis miedo?

Anjelo. Ambas cosas.

Tisbe. Celos, ya lo entiendo. ¡Cómo que habeis tomado á vuestro cargo el celar á dos mujeres! Pero ¡miedo! ¡vos, que sois el señor en este pueblo, vos, á quien por el contrario todos temen!

Anjelo. Esa es la primera razon para temblar. (*Acercándose á ella, y hablando bajo.*) Oid, Tisbe. Es verdad, acabais de decirlo; mi poder no tiene límites aquí: soy señor, déspota y soberano de esta ciudad: soy el podestá enviado por Venecia á Padua; la garra del tigre para el cordero. Sí, muy poderoso; pero en medio de mi poder absoluto, sabedlo, Tisbe, hay sobre mí una cosa grande, terrible, llena de tinieblas: hay Venecia. ¿Y sabeis lo que es Venecia, pobre Tisbe? ¡Venecia es, voy á deciroslo, la inquisicion de Estado, el consejo de los Diez! ¡Ay! ¡el Consejo de los Diez! Hablemos bajo, Tisbe, porque

quizá nos está escuchando aquí. Hombres que ninguno de nosotros conoce, y de quienes somos conocidos todos nosotros; hombres que no se ven en ninguna ceremonia, y que están visibles en todos los patibulos; hombres que tienen en sus manos todas las cabezas, la vuestra, la mia, la del dux, y que no tienen ni toga, ni corona, ni estola, ni nada que los designe á la vista, nada por donde podáis decir *¡este es uno de ellos!* Un signo misterioso debajo de sus trajes, cuando mas, y ajentes en todas partes, y en todas partes verdugos: hombres que no dejan ver nunca al pueblo de Venecia mas rostros que esas melancólicas bocas de bronce, siempre abiertas debajo de los pórticos de San Marcos; bocas fatales, que al pueblo le parecen mudas, y que sin embargo hablan de un modo muy recio y muy terrible, porque dicen á cualquiera que pasa: *denunciad*. Hecha la denuncia, la prision es su consecuencia: preso un hombre, no hay mas que decir. En Venecia todo se hace con secreto, con misterio, con seguridad. Sentenciar y ejecutar la sentencia es una cosa misma: nada hay que ver, nada hay que decir: ni hay grito posible, ni mirada útil: la victima lleva una mordaza, y el verdugo una careta.

¿Os dije que habia patibulos? Me equivoqué. En Venecia no se muere en el cadalso; se desaparece. Falta un hombre de pronto del seno de su familia. ¿Qué se ha hecho de él? Los plomos, los pozos, el canal Orfano lo saben. Suele oirse de noche que arrojan algo al agua: si pasais por allí, apretad el paso. Prescindiendo de esto, bailes, festines, iluminaciones, músicas, góndolas, teatros, carnaval de cinco meses; esta es Venecia. Vos, Tisbe, cómica bellísima, la conocéis por este lado: yo, que soy senador, la conozco por el otro. Sabedlo, en todos los palacios, en el del dux, en el mio, sin noticia ni conocimiento del que le habita, hay un callejon secreto, traidor perpetuo de todas las salas, de todos los gabinetes, de todos los dormitorios: un corredor tenebroso, cuyas puertas no son sabidas de vos, sino de otros, y por donde se oyen pisadas sin poder atinarse con el punto fijo donde suenan: una mina misteriosa, donde entran y salen á cada paso hombres desconocidos, pero que llevan algún objeto. ¡Y las venganzas personales que juegan en todo

esto, y que se satisfacen en las tinieblas! Durante la noche me incorporo en mi lecho, aplico el oido, y distingo pasos por las paredes. Aquí teneis la congoja en que vivo. Yo mando en Padua; pero todo esto manda en mí. Sujetar á Padua es mi encargo; y mis instrucciones ser inexorable, terrible. No puedo ser déspota sino bajo la condicion de ser tirano. Jamas me pidais favor, ni indulto para nadie; no hay cosa que yo pudiera negaros; pero me perderiais. Nada me está prohibido para castigar: para perdonar, todo. Esta es mi suerte; tirano de Padua, y esclavo de Venecia. Grande será la vijilancia que se ejerza conmigo; no lo dudeis: ¡ah! ¡el Consejo de los Diez! Poned á un cerrajero en una cueva, y mandadle hacer una cerradura; aun no la habrá concluido, y ya tendrá la llave en su bolsillo el consejo de los Diez. ¡Señora! ¡Señora! El criado que me sirve, me espía; el amigo que me saluda, me espía; el clérigo que me confiesa, me espía; la mujer á quien digo yo te amo, sí, Tisbe, me espía tambien.

Tisbe. Señor, ¿que decis?

Anjelo. No hablo de vos, Tisbe; jamas me habeis dicho que me amais; lo repito: ¿cuánto me mira, es un ojo del Consejo de los Diez; cuanto me oye, es un oido del Consejo de los Diez; cuanto me toca, es una mano del Consejo de los Diez! ¡Mano tremenda, que comienza por tentarme muy de quedo, y acaba por arrebatarme súbitamente! Yo, el magnífico podestá de Padua, no tengo la menor seguridad de que mañana no se presente de pronto en mi cuarto un miserable esbirro que me mande seguirle; y aunque no sea mas que un miserable esbirro, es seguro que tendré que seguirle: ¿y adónde? á algun subterráneo, de donde él saldrá sin mí. Señora, ser de Venecia es pender de un cabello. No hay suerte mas triste ni mas amarga que la mia: estoy asomado á un horno ardiendo que se llama Padua, la cara cubierta siempre con una máscara, representando mi papel de tirano, rodeado de peligros, de precauciones, de terrores; temiendo á cada instante un estallido, y temblando á cada momento de verme muerto por mis propias manos, como el alquimista por su veneno. Compadecedme, señora, y no me volvais á preguntar por qué tiemblo.

Tisbe. En efecto, es muy espantosa vuestra situación.

Anjelo. Si, señora; soy el potro con que el pueblo da tormento á otro pueblo. Estos instrumentos se gastan muy pronto, y se rompen mas á menudo. ¡Soy muy desdichado, Tisbe! Para mi no hay mas que una cosa agradable en el mundo, y esa sois vos; y con todo conozco que no me amais. ¿Será cierto que tampoco amais á otro?

Tisbe. No, no; tranquilizaos.

Anjelo. Me decis ese no con tanta frialdad!

Tisbe. Digolo como puedo decirlo.

Anjelo. No seais mia sino quereis, pero no lo seais de otro, Tisbe. Que nunca llegue yo á saber que otro....

Tisbe. ¿Si creereis que estais muy amable cuando me mirais de esa manera?

Anjelo. Pero, Tisbe, ¿cuándo me amareis?

Tisbe. Cuando os amen aqui todos.

Anjelo. Está bien; pero quedaos en Padua: no quiero que os marcheis. ¿Lo ois? Si faltaseis de aquí me faltaria la vida. Alguien veo que se acerca á nosotros. Ya hace tiempo que estamos hablando, y puede haberse reparado y dar tambien sospechas á Venecia. Me marchó. *(Deteniéndose y señalando á Homodei)*

¿Con qué me respondeis de este hombre?

Tisbe. Como de un niño que estuviese durmiendo.

Angelo. Vuestro hermano es el que llega. Quedaos con él.—V. Hugo.

Truth, Humbug y el Dr. Lefebvre.

15—Ahí tiene usted á mi sucesor, dijo Truth tomándose la mano. Mi querido Humbug, el doctor será para usted un buen socio.

—El doctor, repuso Humbug, es imposible; tiene la cara de un corzo.

—¿Cuál es pues, pregunté yo, la especie de animal que surte á los periodistas?

—Para ser buen periodista, dijo Humbug, con cómica seriedad, se necesita tener cara de perro, olfato de perro, la impu-

dencia del perro, el valor del perro y la fidelidad del perro. Cara de perro, para intimidar á los pícaros; olfato de perro, para husinearlos de lejos; la impudencia del perro, para ladrar tras de ellos á pesar de sus jestos y amenazas; el valor del perro, para saltarles al pescuezo; la fidelidad del perro para alejarse, detenerse y volver al primer llamado de la verdad.

— Señor director de avisos, dije con impaciencia, yo no suponía que usted tuviese por la verdad una pasión tan viva y desinteresada.

— ¿Y por qué, mi sabio Esculapio? repuso en un tono chocarrero. ¿Cree usted que yo no sé que dos y dos son cuatro? ¿Qué es lo que da el precio de los avisos? El número de los lectores.

¿Qué es lo que trae lectores? La opinión. ¿Por ventura se atrae la opinión engañándola? La verdad es el cuerpo del periódico; los avisos no son mas que la crinolina, ridiculo vestido dado por la mentira y la vanidad. *Desinit in piscem mulier formosa superne.* ¿Quién tiene la culpa? El espíritu y el buen gusto del público.

— Señor, díjele revolviendo la caja de rapé entre mis manos para apoyar mis palabras, no todas las verdades se pueden decir: las hay que perturban y despedazan la sociedad.

— Sí, mi querido doctor; la verdad es revolucionaria.

— Por fin, lo confiesa usted.

— No hay duda. Vea usted la Reforma: ¿á qué precio ha libertado la conciencia?

— Eso es, dije golpeando con mi baston; eso es!

— Y el evangelio, repuso Humbug. Qué trastorno! Una civilización destruida, Júpiter destronado, los Césares menospreciados y derrocados. Qué dicha no hubiera sido que se hubiese ahogado en el origen esa verdad que mataba un mundo y producía otro nuevo! Nada dice usted, mi estimado Hipócrates. ¿Y la revolución francesa?

— Señor, no toquemos á las cosas sagradas. Lo que orijinó el mal fué la resistencia de los privilegiados. Confiese usted al fin que hay verdades que espantan. . . .

— Sí, como la luz espanta á los ladrones.

— Las hay que son odiosas para los que las escuchan.

— Sí, cuando se perturba la alegría de la vanidad, ó se despiertan les remordimientos.

—Las hay que son peligrosas para los que las dicen.

—Sí, cuando tienen corazón de esclavo ó de lacayo.

Yo volví la espalda á este sofista devergonzado que no temía atacar juiciosas preocupaciones y sacudir el cojín donde el mundo duerme en paz hace dos mil años. Me dirijí á Truth que habia vuelto á sus recortes y no parecia escucharnos.

—¿En qué piensa usted, mi querido enfermo? le dije; tal vez le fatiga nuestra conversacion.

—Doctor, me contestó sonriendo, perdone usted la impertinencia de mi imaginacion; pensaba en Pilatos. Estaba oyendo á aquel grave administrador que dice á Cristo: *qué cosa es la verdad?* saliéndose sin aguardar la respuesta. En tiempo de Tiberio César, usted habria sido un excelente gobernador de la Judea.

—Cómo! agregó animándose, ¿no siente usted que para nosotros los hombres, la verdad es la vida, y la mentira la muerte? Busque usted en torno suyo países prósperos, ilustrados, honrados, caritativos: ¿no son aquellos donde cada cual tiene el derecho de decir la verdad, toda la verdad sin acepcion de personas, sin respeto á las preocupaciones, privilegios y abusos? Busque usted los países miserables, ignorantes, sin moralidad: ¿no son aquellos donde bajo todas las formas reina la mentira oficial? Contemple usted la grandeza de la Inglaterra, el crecimiento de la América, la fortuna de la Australia. ¿Qué fuerza ha levantado á nuestros Estados-Unidos de tres millones á treinta y un millones de hombres? No se equivoque usted á ese respecto, es la verdad.

Deje usted á los políticos inventar sistemas y combinar formas de gobierno. Vea usted cuales son las instituciones vivas de los pueblos libres. Escuelas, asociaciones, tribuna, prensa; ¿qué es todo esto, sino otros tantos instrumentos para propagar la verdad y atraer hácia ella todos los corazones?

Cuente usted los periódicos de un pueblo y sabrá usted su altura en la escala de la civilization: ese es un termómetro que no engaña nunca. ¿Por qué? Porque la verdad no es mas, bajo otro nombre, que la ley que gobierna el mundo moral; porque hay relaciones naturales entre los hombres, como las hay entre las cosas. Reconocer y respetar

esas relaciones, es reconocer y respetar la verdad, ó por mejor decir, á Dios mismo, presente en el mundo por medio de su voluntad toda poderosa.

—Mi querido Truth, contesté un poco conmovido por ese flujo de palabras, Humbug tiene razon, usted ha nacido para predicar. Pero la esperiencia me ha enseñado hace mucho tiempo que la práctica es lo contrario de la teoría. ¡Cuántas verdades admirables de lejos, pero que se desvanecen en la prueba! Diariamente oigo repetir que los hombres son hermanos, que la mujer es igual al hombre, que los gobiernos han sido hechos para los pueblos....

—¿Lo duda usted? dijo Truth.

—No, *teóricamente* no lo dudo; pero trate usted de poner en práctica esas máximas hermosas, ¿adónde llegará usted en su intento?

—Al reinado del evangelio, respondió el periodista con gravedad estraña. Si usted tiene un ideal mas puro, dígalo usted; si nada tiene usted que poner en su lugar, no desempeñe usted el triste papel de Mefistófeles. La humanidad tiene la necesidad de creer y de esperar.

—Hola! mi interesante doctor no cree en la teoría, dijo Humbug con una risa impertinente. Cuando usted habla, ¿sabe usted lo que dice? cuando usted da un remedio á sus enfermos, ¿sabe usted lo que hace?

No se enoje usted: si lo sabe, usted hace teoría á pesar suyo; si no lo sabe, ¿qué razon tiene usted para tener tanto orgullo en no discurrir?

Yo me sumerjé en el sillón, crucé las piernas y los brazos, y mirando á la cara á Humbug, díjele:

—Señor, escúcheme usted formalmente, si usted es capaz de algo serio. En teoría vuelvo á repetir, yo amo la verdad, la amo como usted puede amarla; pero la prensa no es la verdad. Hay en ella una mezcla tal de pasiones, de injurias, de mentiras que sublevan un corazón sensible.

La libertad feroz que reina en este país no es la de mi gusto; largo tiempo he meditado sobre esto, y si usted tuviese á bien comprenderme, yo le diria como se puede organizar sabiamente la verdad, abolir la licencia del mal y no dejar mas que la libertad del bien.

—Impida vd. que ladren los perros, exclamó Humbug con una risotada; la cuadratura del círculo está hallada.

--Yo supongo --continué sin contestar á esta burla necia-- yo supongo un gobierno ilustrado, moral, paternal, que no piensa mas que en el bien de sus súbditos.

—Doctor, eso es teoria!

—No señor, esto es observacion. En ese gobierno hay ministros inteligentes. . . .

—Comprendo, dijo el insoportable burlon; ministros ilustrados, morales, paternos, que no piensan mas que en el bien de sus administrados.

Sí, señor, y esos ministros tienen á sus órdenes millares de agentes. . . .

—Todos ilustrados, morales, paternales, etc., en una palabra, una lejion de ángeles de traje negro.

—Por amor de Dios, Humbug, cálese usted, exclamó Truth, déjele usted acabar su cuento de hadas.

—Señor Truth, le contesté con sequedad, por mi boca hablan la razon y la esperiencia: escúcheme usted. En manos de ese sabio gobierno, que todo lo sabe, que lo ve todo, que todo lo oye, que no tiene ni preocupaciones ni pasiones, en sus manos, digo, entrego el depósito de la verdad, pero no porque yo quiera darle el monopolio de ella, pues soy amigo de la libertad, pero reglamentada, limitada, moralizada!

Yo reduciré pues el número de los impresores, como para hacer de la tipografía una censura prudente y discreta, un sacerdocio conservador; luego limitaré el número de los periódicos, á fin de constituir un pequeño número de tribunas, verdaderas cátedras donde no se dejará hablar mas que á la decencia y la moderacion.

Habrá periodistas como hay sacerdotes, esto es, ministros de la verdad, que recibirán del gobierno su carácter y su símbolo.

Si, á pesar de la sabia direccion del Estado, algun gacetero insolente, olvidando la gravedad de sus deberes, faltase al respeto que debe á la autoridad, personificacion de la justicia y de la verdad. entonces yo no acudiré al jurado, que tiene la mano pesada y deja que se escurra por entre sus dedos mas de una dudosa inocencia; á la administracion, siempre paternal y protectora, será á quien dejaré la mision santa de castigar la mentira y en caso necesario de contenerla antes de nacer.

La administracion, siempre prudente, ilustrada, desinteresada, y que sabe mejor que nadie lo que le conviene ó lo que la traba, será la que castigará la audacia y la ignorancia; ella sofocará la oposicion naciente como Hércules ahogaba las serpientes en la cuna.

Merced á esta hijiene injeniosa, los periódicos serán un alimento inocente, un remedio en lugar de un veneno; la prensa será la antorcha en manos del poder; ya no será de temer el incendio.

Se tendrán miramientos con las preocupaciones útiles, con los errores saludables; se medirá la verdad segun las necesidades del Estado, y las fuerzas de las poblaciones; y si alguna doctrina nueva aparece fuera, se aguardará á que ella haga la dicha del país de su orijen, antes de perturbar inútilmente las almas tranquilas y que aspiran al reposo.

Hé ahí mi teoría: que dice usted de ella, señor Humbug?

—*D. . . . d rascal!* exclamó, asestándome en el hombro un puñetazo capaz de descornar un buey. Es una felicidad el tener la imaginacion; siempre tiene uno algun disparate que decir! Estaba viendo el momento en que, con ese aire solemne, este socarron embobaba á un viejo yankee como yo.

—Señor Humbug, le dije estregándome el hombro, estos groseros argumentos no me gustan. Aporrear no es responder!

--Apretar el gznate tampoco! exclamó el periodista riendo. Continúe usted doctor: es usted mas entretenido de lo que cree: *Verba placent et vox.* (1) Pero adios; esta es la hora de hacer el diario; el tiempo es dinero; usted me arruina.—*Ed. Laboulaye.*

(1) Me place su lengusje y su voz.



ÍNDICE.



PÁGINAS.

Dos palabras.....	5
-------------------	---

DISCURSOS Y TROZOS ORATORIOS.

1.— <i>D. Bernardino Rivadavia</i> en su renuncia de Presidente de la República Argentina ante el Congreso Nacional.....	7
Discursos pronunciados al sepultarse los restos del Sr. D. Bernardino Rivadavia, por:	
2.— <i>El Dr. D. Dalmacio Veles Sarsfield</i>	8
3.— <i>El Señor Marmol</i>	16
4.— <i>El Señor D. Domingo Sarmiento</i>	18
5.— <i>El Señor D. Bartolomé Mitre</i>	23
6.—Discurso del Jeneral <i>D. Bartolomé Mitre</i> , en la inauguracion de la estatua del Jeneral San Martin.....	29
7.—Discurso pronunciado en Montevideo por el Jeneral <i>D. Tomás Guido</i> al ser conducidos á Buenos Aires los restos del Jeneral Don Carlos Maria de Alvear.....	35
Discursos pronunciados al ser depositados en la tumba los restos del Brigadier Jeneral D. José María Paz, por:	
8.— <i>El Dr. D. Dalmacio Veles Sarsfield</i>	39
9.— <i>El Señor D. Bartolomé Mitre</i>	41
10.—Discurso pronunciado por el <i>Dr. D. Juan M. Gutierrez</i> en el sepulcro del Dr. D. Vicente Lopez.....	47
11.— <i>A Avellaneda, Alvarez, Acha, Lavalle, Maza, Varela, Beron de Astrada</i> , y en su nombre á todos los mártires de la patria, por <i>Echeverria</i>	50
12.—Discurso pronunciado por <i>D. Felix Frias</i> en la Cámara de Diputados del Estado de Buenos Aires en el enjuiciamiento de Rosas.....	52
13.—Discurso pronunciado en Palermo por <i>D. Bartolomé Mitre</i> en la adjudicacion de premios de la esposicion Agrícola Rural.....	55
14.—Las ciencias y la sociedad, <i>Jorje Cuvier</i>	61
15.—Invencion de los globos areostáticos, <i>Francisco Arago</i>	64
16.—La Horticultura, <i>Lamartine</i>	66
17.—Discurso pronunciado por el <i>Dr. Avellaneda</i> en la inauguracion del ferro-carril en Chivilcoy.....	70

18.—Discurso pronunciado por el <i>Dr. Avellaneda</i> con motivo de la colocacion de la piedra fundamental del Colegio Nacional del Rosario.....	73
19.—Idem, idem, al abrir el concurso de las Máquinas Agrícolas.....	76
20.—Las ciencias, las letras y las artes, <i>Amadeo Jacques</i>	80
21.—Dogma de la República Argentina, <i>Alberdi</i>	91
22.—La educacion no es la instruccion, <i>Alberdi</i>	93
23.—La educacion comun, <i>Nicolás Avellaneda</i>	96
24.—La educacion, <i>Ed. Everett</i>	97
25.—El maestro de Escuela, <i>Domingo F. Sarmiento</i>	98
26.—Sobre la importancia del saber, <i>Ed. Everett</i>	102
27.—La vida, <i>Jouffroy</i>	103
28.—Del problema del destino de la humanidad, <i>Jouffroy</i>	107
29.—Peroracion de la oracion fúnebre del príncipe de Condé, <i>Bossuet</i> ..	113
30.—Discurso pronunciado por <i>V. Hugo</i> , en la tumba de Federico Soulié	115
31.—Idem, idem, por <i>V. Cousin</i> , en los funerales de Larauza.....	117
Discursos pronunciados en el acto de ser depositados en el mausoleo de Florencio Varela los restos del jóven D. Domingo F. Sarmiento, muerto en el asalto de Curupaity, por:	
32.— <i>El Dr. D. Nicolás Avellaneda</i>	120
33.— <i>El Dr. D. Pedro Goyena</i>	121
34.—Discurso pronunciado por el <i>Dr. Rawson</i> , en la muerte del Dr. D. Márcos Paz.....	123
35.—Idem, idem, por el <i>Sr. D. Domingo F. Sarmiento</i> en la muerte de José Casacuberta.....	127
36.— <i>El Dr. D. Juan Chassaing, José María Gutierrez</i>	131
37.—Idem idem, <i>Nicolás Avellaneda</i>	135
38.— <i>Jorje M. Mitre, José María Gutierrez</i>	193
39.—Filosofía de la historia, <i>Vicente Fidel Lopez</i>	147
40.—Causas de la revolucion de Mayo de 1810, <i>Bartolomé Mitre</i>	154
41.—La revolucion—La democracia—El caudillaje, <i>Idem</i>	156
42.—La República Argentina en 1825—Quiroga, Rosas y Dorrego, <i>José Manuel Estrada</i>	160
43.—Sitio de Montevideo, <i>Andrés Lamas</i>	167
44.—Las tropas de Rosas á fines del año 1851, <i>Domingo F. Sarmiento</i> ..	169
45.—Pasaje del Paraná, <i>Idem</i>	171
46.—Saludo á Lafayette, <i>Ed. Everett</i>	173
47.—Franklin y su folleto «Buen Sentido», <i>P. L. Courier</i>	175
48.—Recuerdos nacionales, <i>Ed. Everett</i>	177
49.—Los Estados Unidos de América, <i>Bancroft</i>	179
50.—Suerte de la raza india, <i>Story</i>	181
51.—La sociedad, <i>Arnott</i>	183
52.—La tierra de libertad, <i>Carran</i>	184
53.—A la Asamblea Constituyente, <i>Mirabeau</i>	185
54.—El imperio romano y el cristianismo, <i>Alejandro Dumas</i>	188
55.—Establecimiento del cristianismo, <i>Frayssinous</i>	190
56.—El cristiano, <i>Lacordaire</i>	193
57.—Poder del hombre, <i>Idem</i>	194
58.—El Siglo XIX, <i>Eugenio Pelletan</i>	195
59.—La República, la propiedad, el inmigrante y el hogar, <i>Nicolás Avellaneda</i>	199
60.—Navegacion interior, <i>Alberdi</i>	205

61.—Libre navegacion de los rios, <i>Velez Sarsfield</i>	207
Discursos pronunciados en la solemne instalacion de la Exposicion Nacional, por:	
62.— <i>El Sr. D. Eduardo Olicera</i>	211
63.— <i>El Sr. D. Nicolás Avelleda</i>	216
64.— <i>El Sr. Presidente de la República, D. Domingo F. Sarmiento</i>	227
65.—Discurso del Ministro de Instruccion Pública, <i>Dr. D. Nicolás Avelleda</i> , en la clausura de la Exposicion Nacional, y distribucion de los premios.....	228
66.—Los jardines de la Exposicion en Córdoba, <i>O. Ojeda</i>	234

DISERTACIONES MORALES Y FILOSÓFICAS.

1.—Progreso, <i>Echeverría</i>	243
2.—Fraternidad—Igualdad—Libertad, <i>Idem</i>	244
3.—El honor y el sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social, <i>Idem</i>	249
4.—Gloria y reputacion, <i>Idem</i>	251
5.—Emancipacion social americana, <i>Idem</i>	253
6.—La justicia y la libertad, <i>Lamennais</i>	255
7.—Amos y ayudados los unos á los otros, <i>Idem</i>	256
8.—El mundo real, <i>Idem</i>	258
9.—La palabra de Dios, <i>Idem</i>	259
10.—Trabajos estériles y trabajos fecundos, <i>Idem</i>	260
11.—El desterrado, <i>Idem</i>	261
12.—La oracion, <i>Guizot, Lamennais</i>	262
13.—La ley universal, <i>Julio Simon</i>	264
14.—Presencia de Dios, <i>Schaller</i>	267
15.—Himnos, <i>Mrs. Barbauld</i>	268
16.—Grandeza de la naturaleza, <i>Couper</i>	270
17.—La mar, <i>Ricardo Gutierrez</i>	271
18.—La noche, <i>Camilo Flammarion</i>	274
19.—El cielo, <i>Idem</i>	278
20.—El espacio universal, <i>Idem</i>	280
21.—La contemplacion de los cielos, <i>Idem</i>	283
22.—Amor á la patria, <i>Chateaubriand</i>	290
23.—La escuela, <i>Domingo F. Sarmiento</i>	293
24.—Educacion de la mujer, <i>Story, Sheridan</i>	295
25.—El sentimiento de la maternidad, <i>Legouvé</i>	297
26.—La guerra, <i>Franklin</i>	298
27.—Vanidad de la ciencia, <i>Newton</i>	299
28.—Beneficio de la razon y de la filosofia, <i>V. Cousin</i>	299
29.—Espiritus especulativos, <i>Miguel Cuncé</i>	301
30.—El hombre y el infinito, <i>Pascal</i>	304
31.—La dicha, <i>Jouffroy</i>	306
32.—La verdadera dicha, <i>Laromiguiere</i>	308
33.—La vida, <i>Quevedo, Esquiros, Cienfuegos</i>	309
34.—El camino de la vida, <i>Bosquet</i>	313
35.—Ley universal de la muerte, <i>José de Maistre</i>	313
36.—Igualdad ante la muerte, <i>Bosquet</i>	315

37.—El trabajo de la muerte, <i>Mgr. Gerbel</i>	315
38.—Inmortalidad del alma, <i>J. Simon</i>	317
39.—Verdad de una vida futura, <i>Masilon</i>	320

CRÍTICA LITERARIA.

1.—La canción nacional, <i>Juan María Gutiérrez</i>	322
2.—El peregrino de Marmol, <i>José Marmol, Florencio Varela</i>	323
3.—Estevan Echeverría, <i>Juan M. Gutiérrez, Pedro Goyena</i>	332
4.—Rivera Indarte, <i>Bartolomé Mitre</i>	340
5.—Juan María Gutiérrez, considerado como poeta, <i>Pedro Goyena</i> ...	343
6.—Ricardo Gutiérrez, <i>Idem</i>	344
7.—Renán, La vida de Jesús, <i>Nicolás Avellaneda</i>	355
8.—El Fausto de Estanislao del Campo, <i>J. C. Gomez, Ricardo Gutiérrez, Guido y Spano</i>	359
9.—Lope de Vega, <i>Manuel Quintana</i>	369
10.—El Quijote, <i>Ticknor, Viardot</i>	371
11.—Job, <i>Lamartine</i>	380
12.—Alfredo de Musset, <i>Enrique Taine</i>	393
13.—La Ristori en Medea, <i>José M. Gutiérrez</i>	395
14.—Fisiología de la Ristori, <i>Eduardo Wilde</i>	399
15.—Ojeada sobre la literatura, <i>Manuel Bilbao</i>	405
16.—Curtis—La Constitución de los Estados Unidos, <i>Dr. Velez Sarafeld</i>	409

CARTAS Y DIALOGOS.

1.—De las batuecas, <i>Larra</i>	423
2.—Al lector de Paris en América, <i>Laboulaye</i>	424
3.— <i>P. L. Courier</i> á un amigo.....	425
4.— <i>José de Maistre</i> á su hija.....	427
5.— <i>Idem, idem</i>	429
6.— <i>Del Dr. Avellaneda</i> , á D. Carlos Guido y Spano.....	432
7.— <i>De D. Carlos Guido y Spano</i> al Dr. Avellaneda.....	433
8.—Lejos del hogar, <i>V. Quesada</i>	433
9.— <i>Lord Chesterfield</i> á su hijo.....	437
10.— <i>Mad. de Sevigné</i> á su hijo.....	438
11.— <i>El Padre Isla</i> á un amigo.....	440
12.— <i>Guevara</i> á D. Enriquez.....	440
13.—El sí de las niñas, <i>Moratin</i>	442
14.—Anjelo, <i>V. Hugo</i>	450
15.—Truth, Humburg y el Dr. Lefebvre, <i>Laboulaye</i>	457

DEL MISMO AUTOR

CURSO GRADUAL Y METÓDICO
DE GEOGRAFÍA

FÍSICA POLÍTICA E HISTÓRICA

ARREGLADO

PARA USO DE LOS COLEJIOS Y ESCUELAS

DE LA

REPÚBLICA ARGENTINA

NUEVA EDICIÓN COMPLETAMENTE REFUNDIDA